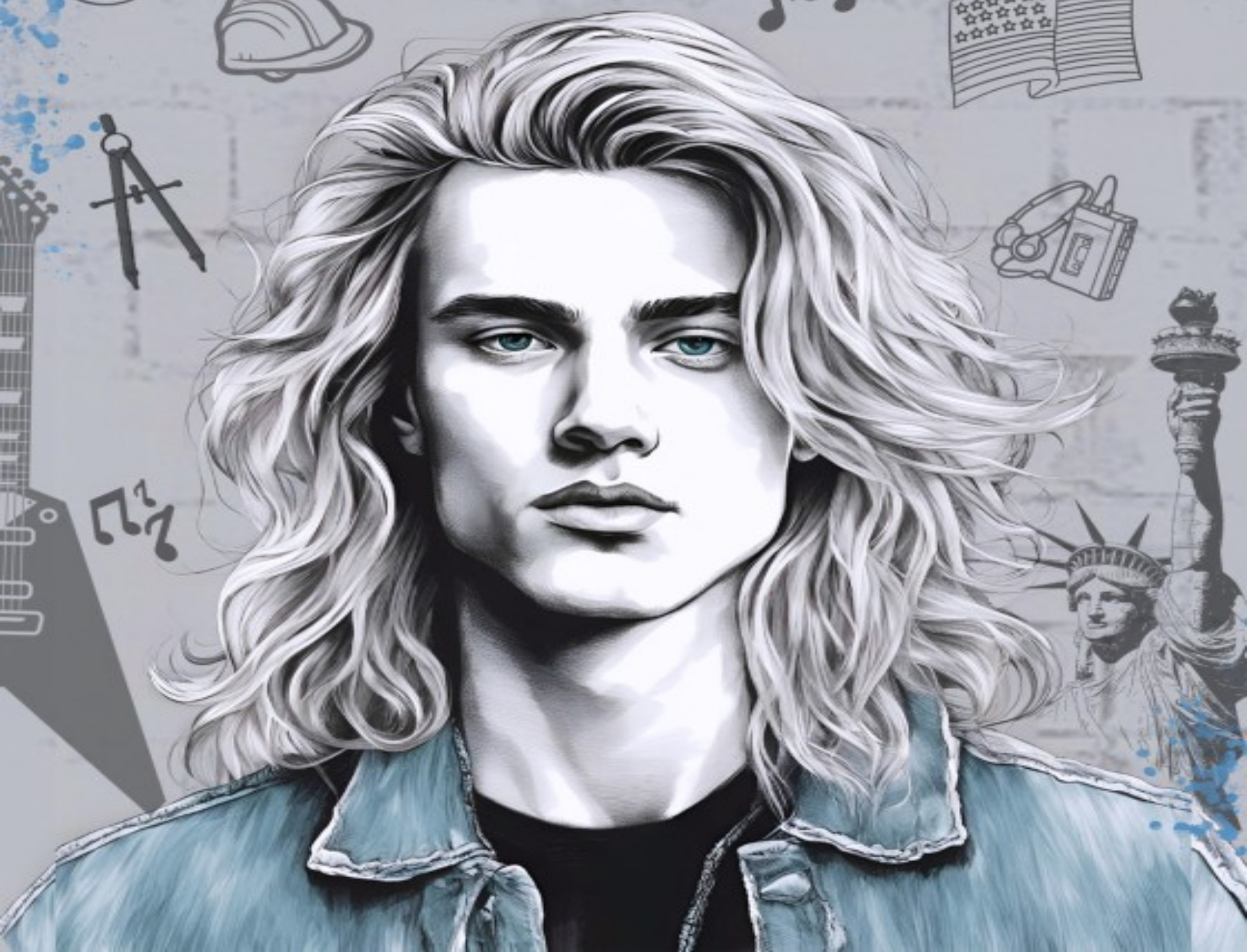
LILY PEROZO

El gran problema de LENNY



EL GRAN PROBLEMA DE LENNY

Lily Perozo

Derechos de autor © 2025 Lily Perozo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPITULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPITULO 42
CAPÍTULO 43
CAPITULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
ADELANTO
Acerca del autor
La caótica vida de Lauren
Libros de este autor

Pretendo que estoy bien, pero estoy perdido y asustado.
Y nadie lo entiende realmente, ahora estoy bailando al ritmo
de una banda con todos los demonios en mi cabeza.

Damiano David.

Seis meses de tortura que me vendiste como un paraíso
prohibido, yo te amaba de verdad, tengo que reírme de mi
propia estupidez, porque he cometido errores muy graves,
pero tú haces que el peor de ellos parezca insignificante.

Olivia Rodrigo.

Oh, cariño, puedo amarte si me dejas,
Intento contenerme, pero tu corazón pesa demasiado
Tus ojos hablan, pero tus palabras no me lo dicen,
no me dicen si también tú me quieres.

Damiano David.

CAPÍTULO 1

Julio 1987: Maryland – Estados Unidos.

Patrick Russell, repasaba con las yemas de sus dedos los relieves de la ficha de plata que ostentaba el número veintiuno dentro de un triángulo, imagen que simboliza la filosofía de la organización: «unidad, servicio y recuperación».

Esa ficha era la representación visual de más de dos décadas de sobriedad, pero no había sido fácil mantenerla, porque seguir con el progreso y el crecimiento de su camino hacia la recuperación, era una lucha diaria. Habían sido incontables las veces que su mente lo llevó al borde del precipicio; sobre todo, en sus momentos de desesperación, pero gracias a que asistía todas las semanas a las reuniones, había conseguido mantener firme sus valores morales y espirituales, como la serenidad, la fortaleza y la humildad.

Se guardó la ficha en uno de los bolsillos del pantalón y se acercó a la mesa de aperitivos para servirse un café, pero se quedó con la jarra en la mano, mientras releía por millonésima vez el cartel que estaba colgado en la pared; a través de los años, lo había visto cambiar muchas veces de forma y tamaño mas no de sentido. Ya que era el lema principal: «Solo por hoy, un día a la vez»

—Patrick, ¿cómo estás? —le saludó Jack.

Él se espabiló y enseguida se sirvió café en un vasito de plástico.

—Bien —dijo, volviéndose hacia su amigo, a quien conoció en Vietnam y que también llevaba unos veinte años sobrio—. Has llegado más temprano, ¿no fuiste al trabajo?

—Se averió una de las máquinas; así que, nos mandaron a casa, necesitaban el lugar despejado para que los ingenieros

pudieran hacer su trabajo.

—¿La de cuál línea? —preguntó, luego de darle un sorbo al café.

—La de Brunswick. —Jack, trabajaba en MARC Train, la ruta de trenes de cercanía de Baltimore—. No te preocupes si tienes que viajar, eso lo solucionarán esta noche.

—No, no viajaré. Mis límites no van más allá de Maryland —dijo con una escueta sonrisa.

—Un alivio, nada como la tranquilidad de los suburbios… —También se sirvió un café—. Hoy es tu turno de moderar la reunión, ¿cierto? —preguntó, mientras dirigía la mirada a otros de los miembros que estaban reunidos en la entrada del recinto.

—¿Podrías hacerlo por mí? —pidió Patrick, poniéndole una mano en el hombro a su amigo.

Esa noche, su estabilidad emocional no era la mejor, no contaba con los ánimos para liderar la reunión. Jack solo tuvo que mirarlo a los ojos por pocos segundos para darse cuenta de que algo lo atormentaba.

—Está bien, yo me encargo —asintió comprensivo y se acercó al grupo—. Chicos en tres minutos empezamos, pueden ir ubicándose en sus puestos.

Patrick terminó con su café, desechó el vaso en la papelera y fue a sentarse; donde terminó siendo un eslabón más de la cadena circular que se cerraba con el miembro más importante de esa reunión: el moderador.

—Buenas noches a todos. —Jack, abrió la reunión, repasando con su mirada a cada uno de los miembros—. Alcohólicos Anónimos es una comunidad de personas que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo… —inició con el preámbulo que en cada encuentro se repetía, porque siempre había algún miembro nuevo.

Al terminar, les dio la bienvenida a los nuevos integrantes, eran dos hombres que estaban en sus tempranos treinta, aunque tenían la apariencia de cincuenta; ellos bien sabían, lo mucho que el alcohol consumía la vitalidad de una persona, pues pasaron por eso, y

también habían sido testigos de cómo era la lucha contra esa enfermedad.

—Lionel, ¿quieres contarnos tu experiencia? —Lo instó Jack.

—¿P-p-por dónde debo empezar? —preguntó lleno de dudas, con todo el cuerpo tembloroso y la frente perlada de un pegajoso sudor frío.

—Estamos aquí para escucharte, cuéntanos lo que quieras, cómo te sientes en este momento… o si prefieres, desde cuándo empezó tu problema con el alcohol —lo alentó con voz casi paternal.

—En este momento, siento que estoy a punto de morir… —Soltó una risita irónica, pero también llena de nervios—. Llevo cuarenta y ocho horas sin tomar una gota de alcohol y mi cuerpo se está resistiendo… Es como si mi vida estuviese perdiendo cualquier motivo, porque solo me siento verdaderamente vivo tras tomarme cinco o seis *whiskeys*, eso me hace sentir eufórico y me dan ganas de comerme al mundo. —Se estrujaba las manos. Aun así, no dejaban de temblarle—. Pero solo soy un esclavo del alcohol y estoy aquí porque he tocado fondo… he perdido mi trabajo y a mi familia. El alcohol me lo ha quitado todo, no quiero que también me quite la vida… Ahora mismo, me siento vacío, miserable, ya nada me hace feliz, ni siquiera el alcohol…

—Volverás a ser feliz —intervino Jack, mientras todos los demás asentían de acuerdo—. Solo estás enfermo, el alcoholismo es una enfermedad. Es como cualquier otra, solo que ataca tu cabeza y tu espíritu, pero tiene cura, la tiene. La decisión está en tus manos, tú decides si tirar la toalla o seguir adelante y recuperar tu vida.

—Quiero volver a ser el hombre que era antes de caer en las garras del alcohol, aunque siempre fui muy tímido podía tener control sobre mis decisiones… Sin embargo, cuando empecé a emborracharme me volví más extrovertido y estaba a la altura de mis amigos, podía ser más gracioso, más valiente; al principio, fue maravilloso, pero poco a poco prefería beber que estar con ellos; solía gastarme en una noche el sueldo de un mes… invitaba a todo el bar, tenía la facilidad para hacer amigos, pero mi personalidad se fue degradando, empecé a sentir un malestar conmigo, porque al

momento de despertarme después de una noche de consumo desenfrenado de alcohol, era terrible, era una agonía…

Todos ahí lo comprendían, pues habían pasado por eso. Aunque tenían sus propias experiencias y habían escuchado cientos de veces testimonios iguales o muy parecidos, no intervenían, solo dejaban que Lionel se desahogara. Eso también les ayudaba a tener muy presente que no querían volver a ese punto; por esa razón, siempre debían estar muy alerta para no volver a caer en ese infierno.

—En unas horas destruía todo lo que era, todo lo que sentía… y no me reconocía, porque me comportaba de una forma de la que no soy…, sé que estando ebrio he actuado como una alimaña en las relaciones personales… en cualquier aspecto. —Prefirió aclarar, porque era consciente de todo el daño que había causado—. Al día siguiente lo que quedaba de mí… Del verdadero Lionel, se sentía anonadado y entonces me llegaban los cuestionamientos sobre cómo he podido hacer ciertas cosas, cómo he podido llegar a esto… Es una sensación terrible; por supuesto, empecé a plantearme las maneras de controlarme y me he dicho muchas veces que la próxima vez no voy a llegar a embriagarme, pero sin darme cuenta, una vez más pierdo el control…

—Eso es lo que todos los alcohólicos quisiéramos, pero precisamente, porque somos alcohólicos no podemos controlarnos —intervino Howard, otro miembro que llevaba poco más de cuatro años de sobriedad—. No tenemos la voluntad para tomarnos una cerveza y luego irnos a casa… pero lo bueno es que estás aquí, buscando los medios para tratar esta enfermedad.

—No sé si esta vez vaya a lograrlo, porque no es la primera, llevo un par de años queriendo no beber, pero siempre termino tropezando, este tiempo ha sido de un sufrimiento terrible, porque me he quedado solo… —La voz empezó a vibrarle por el llanto contenido.

—Pero ya no estás solo… —Patrick, que estaba a su lado, le puso una mano en el hombro, regalándole un apretón para reconfortarlo. Era imposible que Lionel no fuese una mirada a su propio pasado; así, tan tembloroso y desorientado llegó él. Pero pertenecer a ese grupo, le había salvado la vida, de eso no tenía

dudas—. Estamos aquí para ayudarte, ahora nosotros somos tus mejores amigos. Sé que en este momento puedes sentirte destrozado, porque tu mejor amigo era el alcohol… Es irónico, porque durante mucho, tiempo consideramos que nuestro mejor amigo es ese que nos destroza la vida. No vamos a mentirte, esto va a ser muy difícil, y pensarás que todos aquí estamos locos, pero con el tiempo te darás cuenta de que hemos pasado por lo mismo, en mayor o menor escala, pero entendemos el infierno que estás viviendo.

—Y quiero que sepas que aquí ninguno será tu juez —intervino Jack—. Porque ya sabemos que el peor juez has sido tú mismo, que te has insultado de todas las maneras posibles y que has pasado mucho tiempo odiándote… Estamos aquí para rescatarte, para enseñarte una vida más allá del alcohol, hay muchísimas cosas para hacer que no tienen ninguna relación con la bebida…

—Gracias, solo espero, en algún momento, poder pedirle perdón a todas las personas a las que he defraudado; sobre todo, poder perdonarme —susurró bajando la mirada a sus manos temblorosas.

—Todo es un proceso, pero lo conseguirás —lo alentó Jack.

—Solo no me abandonen —suplicó.

—No lo haremos, esta noche podrás elegir a un padrino, para que te guíe en todo momento —le anunció Jack.

Lionel asintió en repetidas ocasiones, por la ansiedad contra la que estaba luchando. Luego la reunión siguió y fue el turno para que otros contarán sus experiencias y hablaran de sus avances, hasta que Jack, posó su mirada en su amigo.

—Patrick, ¿por qué no nos cuentas qué es lo que te atormenta? Sabes que las penas tienen menos peso si son compartidas.

Patrick soltó un largo suspiro, sabía que no era bueno guardarse las emociones y que estaba bien, de vez en cuando, sentirse perdido. Estaba con quienes podía desahogarse sin temor a empeorar las cosas, ahí podía liberar su dolor y frustración.

Inclinó su torso hasta apoyar los codos sobre las rodillas, para luego entrelazar sus dedos y mirar al piso; le era mucho más fácil

dejar fluir las palabras sin mirar a nadie más. Muchos ahí, ya lo sabían.

—Ayer se cumplieron dieciséis años desde que Susan desapareció, dieciséis años… Y la agonía no disminuye con el tiempo, no es como una adicción a la que, con los años, puedes controlar un poco más…y un poco más al año siguiente; por el contrario, cada vez son más terribles los pensamientos de todo lo que pudo o puede estar pasándole a mi hija… Quiero tener esperanza, quiero pensar que está bien, pero le he creado cientos de infiernos distintos… y en todos ellos, mi tortura es peor, el dolor me retuerce por dentro. Estoy molesto, furioso…

—Patrick, sé que llevas muchos años luchando con algo muy difícil, y está bien si en ocasiones no sabes cómo lidiar con eso; porque la incertidumbre es la que maneja los hilos de tu frustración.

Jack había sido testigo de lo mucho que Patrick y su familia habían sufrido; incluso él, que formó parte del equipo de búsqueda de la comunidad. Pasaron meses rastreando toda la zona en busca de la niña, habían repartido miles de folletos. Después de muchos años, no habían conseguido nada. Admiraba mucho a Patrick, porque consiguió mantener la entereza en una situación como esa. No sabría cómo hubiese podido llevarlo él si alguno de sus hijos desapareciera.

Los miembros más nuevos, miraban confundidos, poco entendían de la situación; aunque podían ver el sufrimiento en su compañero. Les surgieron las dudas si fue la desaparición de la hija lo que lo llevó a caer en el alcoholismo.

—A veces siento que no puedo más, quisiera liberarme de esa carga… Si eso significa, por lo menos, hallar el cuerpo de mi hija, eso me daría un poco de paz, pero luchar contra la agonía es desgastante. Vivo sobre una cuerda floja que se balancea entre la esperanza y la desesperación… Hay momentos en los que me encuentro cuestionando a Dios sobre sus caminos y sus planes… —Dejó salir por fin su dolor a través de algunas lágrimas que se estrellaron contra el suelo—. Mi cabeza se llena de preguntas: ¿Si Dios Todopoderoso, está en todos lados y en todo momento, porque dejó que mi niña desapareciera, por qué dejó que se la llevaran?…

La biblia nos enseña a través de su palabra que Dios nos ama a todos, si es así, si también amaba a Susan, por qué alejarla de su familia… Ella era demasiado pequeña, era un ser inocente… —Levantó la cabeza para mirar a Jack, porque él podría comprenderlo —. ¿Acaso la usó para castigarme por todo lo que hice en la guerra? ¿Fue esa su manera de hacer justicia por todos a los que tuve que matar en Vietnam? Porque si es así, eso no es justo. Mi Susie no lo merecía, mi esposa y Lenny no lo merecían… Tal vez yo sí. Pudo haberme castigado de otra forma, sin tener que hacerles daño a mis seres queridos. —Se limpió las lágrimas, aunque éstas seguían cayendo.

—Amigo mío, la pena ha estado devorándote y robándote la alegría, es comprensible que experimentes todas esas emociones que son completamente válidas porque estás tratando de ver a través de tu dolor —dijo Jack, no era fácil para él, dar consejos ante una situación tan desgarradora, pero su misión era evitar que Patrick se hundiera—. Aquí no podemos darte una solución a eso, lo sabemos, pero puedes permitirte sacar todo lo que llevas dentro… Entre nosotros eres un gran ejemplo, porque a pesar de todo, tienes ganas, luchas todos los días y te enfrentas a la vida, tu situación te desgarra el corazón, pero estás donde tienes que estar, cumples como marido, como padre… eres un buen amigo, buen hijo. Permítete este momento de desesperación.

Patrick recibió palmaditas de consuelo en la espalda de varios de sus compañeros y también muchas palabras de aliento; si bien, eso no solucionaba su situación, por lo menos, le hacían sentir un poco mejor.

Como cada año, cuando se cumplía otro aniversario de la desaparición de Susan o cuando cumplía años, se volvía más vulnerable, pero en casa debía fingir entereza, porque debía convertirse en el pilar al que su mujer necesitaba asirse. Cuando estuvo un poco más calmado, recurrió a la oración de sanación, de cierta manera, siempre le daba paz. Era ese momento en que volvía a ponerse en pie y se limpiaba las rodillas para seguir adelante con su vida.

CAPÍTULO 2

Julio 1987: Birmingham – Inglaterra

Lauren era la marioneta de la ansiedad, mientras esperaba sentada en uno de los sofás del vestíbulo del Grand Hotel Birmingham, la llegada del autobús en el que viajaba la banda Sweet Poison. Había pasado un mes desde la última vez que vio a James, decir que lo había extrañado muchísimo, sería una gran falacia, porque la verdad era que lo había echado de menos cada minuto de cada día.

Para ella era como una tortura que estaba durando una eternidad, a pesar de que mantenían una comunicación constante, no poder verlo, besarlo o acurrucarse entre sus brazos, fue lo más difícil que enfrentó hasta el momento. Por supuesto que había seguido muy de cerca toda la gira, trataba de escuchar la mayor cantidad de entrevistas de radio, también sintonizó los programas en los que se presentaron, y a los que ella podía tener señal; además, guardaba una veintena de revistas y recortes de periódicos en los que reseñaban lo exitosa que estaba siendo la gira, y eso que no llevaban ni la mitad.

Cuando llegó a Birmingham para sus vacaciones de verano, reunió el valor para quedarse, esta vez, en la casa de sus padres; aunque en el oratorio no le hicieron cuestionamientos, sí quiso decirle al padre Francis, que había decidido enfrentar, por fin, uno de sus más grandes temores; en parte, era cierto, aunque su mayor motivación era poder recibir ahí las llamadas de James.

El padre la felicitó por tener la valentía de asumir sus responsabilidades como una Spencer; sin embargo, para ella, la primera semana fue bastante difícil, porque la opresión que la nostalgia ejercía en su pecho casi no le dejaba respirar. Al menos,

las tres primeras noches, la acompañó la señora Rose, que se encargó de consolarla todas las veces que el llanto se impuso.

El corazón empezó a martillarle fuerte contra el esternón, todo su cuerpo empezó a temblar y mariposas… no, no solo mariposas, golondrinas, colibríes, todo tipo de aves cobraron vida en su estómago cuando vio que el autobús arribaba a la fachada victoriana del gran hotel, que debido a su magnitud era un emblema para la ciudad.

Llevada por el más puro frenesí, se levantó y sin importarle ni un poco su comportamiento, corrió por los brillantes pisos de mármol hacia la entrada. Esperaba que James estuviera tan emocionado como ella, y que bajara de primero, porque no quería esperar un minuto más para lanzarse a sus brazos. Sin embargo, sufrió un pellizco de desilusión cuando el primero en bajar fue el mánager, pero rápidamente pensó que solo seguía algún tipo de protocolo para asegurarse que los chicos no fueran a ser asediados por las fanáticas. Ella misma, había visto en las noticias como en Blackpool, Aylesbury, Sunderland, entre otras ciudades, numerosos grupos de chicas se arremolinaban a las afueras de los hoteles o en las estaciones radiales.

—Hola, Lauren, que bueno volver a verte. —La saludó de buen agrado, al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

—Joyce, también me alegra mucho verte. —Puso su mano sobre la del mánager y le sonrió—. Dime que los chicos han venido contigo.

—Por supuesto… —Joyce no terminó la frase cuando Billie apareció en los escalones del autobús.

A pesar de que se le notaba bastante cansado, Lauren lo vio sonreír muy animado. Podría jurar que estaba realmente feliz de verla.

—¡Oh, Billie! —Corrió para abrazarlo—. ¡Te he echado mucho de menos!

—También nos has hecho mucha falta, Lauren. La banda no es lo mismo sin ti, quién lo diría, ¿no? —Correspondió al abrazo.

—Lo están haciendo demasiado bien, ¡el éxito que están consiguiendo es asombroso! —dijo en cuanto se apartó.

—Sí, esto es una locura, solo que nadie nos dijo que el éxito traería consigo tanto desgaste físico y mental.

—Merecerá la pena, lo sé...

—¡Lauren! —Tommy la llamó con un grito de júbilo.

—¡Thunder! —Ella se volvió y corrió hacia él, llevada por la euforia de volver a verlo, se lanzó a sus brazos, rodeándole el cuello.

Tommy la abrazó por la cintura, levantándola del suelo. Le hacía extremadamente feliz reencontrarse con ella; sin duda, la banda no era lo mismo sin Lauren, en muy poco tiempo se habían acostumbrado a su presencia.

Ray, que aún estaba dentro del autobús iba a bajarse, pero vio que James seguía dormido; aún tenía la reseca bastante fresca. La noche anterior bebió sin control a pesar de que en varias ocasiones le pidió un poco de moderación, porque habían acordado que Lauren los estaría esperando en el hotel y suponía que debía estar, si no sobrio, por lo menos, espabilado.

Consideró la idea de dejarlo ahí hasta que le diera la gana de despertar, pero sabía que, si James no bajaba, Lauren iba a sentirse muy desilusionada; así que, tomó la decisión de despertarlo.

—James… James —lo llamó mientras lo zarandeaba—. James, hemos llegado.

—Ray, no molestes… —refunfuñó.

—Hemos llegado, Lauren te está esperando…

—Lauren, oh, mierda… Lauren… —Se espabiló, a pesar del terrible dolor que le taladró la cabeza—. ¿Ya estamos en Birmingham?

—No, estamos en la luna, imbécil —reprochó Ray—. Te dije que pararas de beber, mira ahora el decadente aspecto que tienes.

—No me jodas, estás peor que Joyce… —Se toqueteaba los bolsillos en busca de un poco de coca, para poner en orden sus adormecidos sentidos.

Encontró en el bolsillo derecho de sus vaqueros, el estuche de plata que contenía el polvo blanco tomó un poco y se lo frotó en la encía superior, luego esnifó otro poco, lo suficiente como para eliminar la resaca. Guardó el escuche se hizo de unas gafas de sol, para ocultar sus agrietados ojos; en menos de cinco minutos, sintió

el gran momento eufórico producto de la dopamina que la sustancia le despertaba, pero también se emocionó, porque al estar más alerta pudo ser consciente de que por fin vería a Lauren. La había extrañado, jodidamente que sí.

Sin embargo, su euforia se vio empañada, cuando al bajar, vio a su novia en los brazos de Tommy. Lo que le desagradó, no fue el abrazo en sí, sino la forma en que él la pegaba a su cuerpo, alzándola del suelo. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no estallar en celos, se obligó a pensar que solo estaba viendo demonios donde no los había. Aún así, tenía muy presente que había pillado a su amigo, en más de una oportunidad, mirando las piernas de su chica, sabía que la vista de los hombres era muy inquieta y siempre le tranquilizó pensar que él no arruinaría tantos años de amistad por una mujer. No, Tommy no le haría una mierda como esa.

Ray prefirió quedarse detrás y que James saliera antes que él, para que no fuera el último, porque eso solo le daría a entender a la pobre chica que era poco el interés que le tenía.

En cuanto Lauren se soltó del abrazo de Tommy, el corazón se le saltó un latido al ver a su novio, todo su cuerpo reaccionaba desmedido por él. Solo entonces se daba cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Necesitaba que él la viera, que la abrazara, porque ante su mirada y bajo su toque, sentía que cobraba vida.

Soltó una risita de puro nervio y los ojos se le llenaron de lágrimas, estaba segura de que toda su piel se había sonrojado, porque la sentía caliente. Cuando James le sonrió y le abrió los brazos, su mundo se redujo a él, corrió, estrellándose contra su cuerpo. Su novio la atrapó y la levantó, enseguida las piernas de Lauren se aferraron a su cintura y le dejó caer una lluvia de besos en los labios.

—Te extrañé, maldita sea, te extrañé —dijo James, en medio del torrente de besos que Lauren le propiciaba.

—Yo también, un mes sin ti no ha sido un mes, ha sido una eternidad —dijo aferrada a él con piernas y brazos. No quería soltarse y no iba a hacerlo.

Esta vez fue James quien buscó sus labios para darle un beso más profundo, uno más apasionado. Su lengua entró en la boca de Lauren, sin reparos, sin piedad y con premura, acariciando cada recoveco.

Ella pudo sentir en ese beso el sabor del alcohol aún bastante intenso, a pesar de que la lengua de James hurgando en su boca era bálsamo para sus ansias, también fue la convicción de que, hasta hacía pocas horas, estuvo bebiendo. No estaba segura de cómo sentirse al respecto, quizá podría hacer un comentario en el que le hiciera saber que su estado de resaca era más que evidente, pero prefirió no arruinar el reencuentro con tontos reclamos y se limitó a sonreír cuando sus bocas se separaron; ya que, era normal que celebraran con alcohol terminado un concierto.

—Chicos, chicos… Vamos dentro —los instó Joyce, al ver que un grupito de chicas se estaba formando al otro lado de la calle.

Ellos no podían permitirse la distracción de las fanáticas, debían descansar un par de horas, para luego ir a las entrevistas que tenían en Jam Radio y en Dazzle FM.

A pesar de que James tampoco quería bajar a Lauren, tuvo que hacerlo para poder entrar al hotel, debía firmar la ficha de ingreso y que le indicaran cuál era su habitación. El asistente de Joyce entró primero para agilizar todo el proceso.

—Hola, Ray… disculpa que no te saludé antes —dijo Lauren, mientras avanzaba de la mano de James hacia la recepción.

—No te preocupes, sé que te ganó la euforia por ver al flaco feo que tienes por novio. —Le sonrió al tiempo que le daba una palmadita en la espalda—. Me alegra volverte a ver.

—A mí también, este ha sido el mes más largo de mi vida. ¿No te parece que ha sido eterno?

—La verdad, no… Bueno, es que vamos a un ritmo vertiginoso, la mayoría del tiempo, ni siquiera sé en qué lugar del país estoy… De hecho, hace un par de noches, tu novio agradeció a la ciudad incorrecta, pensé que esa mierda solo le pasaba a Elton John.

—Pero supe cómo corregir mi error, mucho mejor de lo que lo hizo Elton —comentó James con una discreta sonrisa.

Lauren sí se rio con ganas, sabía que ese era un impase que podía pasarle a cualquiera, sobre todo cuando debían estar en tantos lugares en tan poco tiempo.

—Chicos, firmen aquí. —Douglas, puso sobre el mostrador de mármol las fichas de ingresos y le ofreció el bolígrafo a Billie.

Una vez que el bajista terminó de firmar, recibió de manos del asistente las llaves de su habitación y le cedió el bolígrafo a James, quien firmó rápidamente, recibió las llaves y sin perder tiempo tomó la mano de Lauren para dirigirse hacia los ascensores.

—Chicos, nos vemos en un par de horas aquí, por favor, no lleguen tarde —pidió Joyce, antes de que James se alejara demasiado.

—Está bien, en dos horas te lo traeré —le dijo Lauren al mánager.

—Gracias, sé que, con tu ayuda, las cosas con James serán más fáciles —suspiró Joyce.

—Eso espero —sonrió y levantó la mano para despedirse, luego miró a su novio—. Parece que no has sido muy responsable —le dijo en voz baja, mientras se alejaban.

—Tonterías —masculló James.

En el ascensor se les unió Billie y Tommy, lo que hizo que se despertara cierta tensión en James. De manera posesiva, sujetó a Lauren por las caderas y la pegó a su cuerpo, sin importarle la presencia de sus compañeros, empezó a besarle el cuello; ella se rehusaba un poco, poniéndole las manos en el pecho y con una risita incómoda.

—Sé que se mueren por follar, pero pueden esperar a llegar a la habitación —comentó Tommy con una sonrisa lasciva—. A menos que quieran espectadores, de ser así, por lo menos, hagan la invitación.

—No. Tranquilo James —chilló Lauren, sintiendo que las mejillas se le calentaban por el sonrojo.

—¿Qué te hace pensar que quiero que nos mires? —cuestionó James con cierta arrogancia.

—Entonces no te la comas delante de nosotros —intervino Billie muy serio.

—Bien. —James le dio la vuelta a Lauren y la abrazó por la espalda.

—Disculpen, chicos —sonrió incómoda, acariciando los antebrazos que le rodeaban la cintura. Le pareció que había cierta tensión entre ellos, o quizá solo se trataba de pura irritación por el cansancio.

—No te disculpes, no pasa nada. —la tranquilizó Tommy con una leve sonrisa.

—¡Por fin! —exhaló Billie cuando las puertas se abrieron.

Se moría por dormir, por lo menos, hora y media; en cuanto entrara a la habitación, avisaría a la recepción que lo despertaran en ese tiempo. De todos, estaba seguro de que era a él a quién más le estaba pasando factura la gira, porque no podía dormir en ningún vehículo en movimiento, no importaba lo muy cansado que estuviera, no conseguía rendirse como los demás.

Joyce, James y Ray, le habían dicho que tomara los somníferos, pero prefería no hacerlo, porque necesitaba estar alerta mientras estuvieran en la carretera; sabía que eso era un trauma bastante arraigado, ya que su padre murió por quedarse dormido al volante y tanto él como Theresa, siendo apenas unos niños de diez y ocho años, iban en el asiento de atrás, y no pudieron hacer nada para evitar la colisión.

James cogió la mano de Lauren y miró el número de su habitación en el llavero, mientras avanzaban por el pasillo.

—Nos vemos en un rato —le dijo ella a Tommy, cuando él también abría la puerta de su habitación—. Descansa.

En respuesta, él le guiñó un ojo y entró.

Una vez dentro de su habitación, Lauren esperó que James dejara libres las ansias que le mostró en el ascensor; en cambio, lanzó las llaves sobre la mesa junto a la entrada y se quitó las gafas.

—Voy a ducharme —le avisó al tiempo que se quitaba la camiseta, la verdad, no recordaba si se había aseado el día anterior.

—Vale —musitó un poco desanimada y se dedicó a admirar lo bonita que era la habitación.

Caminó hasta el bar, la nevera estaba dotada de por lo menos una veintena de botellitas de alcohol, así como refrescos; en la mesa

de al lado, había cigarrillos y algunos dulces, se hizo de una barra de chocolate y se la terminó de pocos mordiscos, antes de que James saliera del baño. Un llamado a la puerta la hizo volver, enseguida fue a abrir y se encontró a un empleado que traía un maletín.

—Disculpe, señorita. Este es el equipaje del señor James MacLeod.

—Muchas gracias, puedo recibirlo. —Lauren tendió la mano.

Él se lo ofreció y con una pequeña reverencia se marchó. En el momento en que ella se dirigía a la cama, James salió del baño con una toalla en la cintura y con otra se frotaba el cabello.

—Llegó tu equipaje, ¿dónde lo dejo? —preguntó con una leve sonrisa.

—En cualquier parte.

—¿Quieres que te saque algo de ropa?

—No, por ahora no voy a necesitarla. —Tiró al suelo la toalla con la que se secaba los cabellos y corrió para atrapar a Lauren.

Ella soltó un chillido infestado de risa y soltó el maletín que cayó sobre la alfombra con un sonido amortiguado. Él sin mucho esfuerzo la levantó del suelo y la lanzó a la cama donde su cuerpo delgado rebotó; no perdió tiempo en quitarle con desesperación la camiseta, despeinándola en el proceso.

—Sé que dos horas son muy poco tiempo para quitarme las ganas que te tengo. —Se acercó y le mordisqueó los labios, mientras ella correspondía y se desabrochaba los pantalones cortos con urgencia—. Pero no voy a desaprovechar ni un minuto; así que, saldremos de esta habitación en el último segundo —le dijo entre besos y se deshizo del sostén.

—También te deseo con todas mis ganas, J-Rock… Los días son demasiado aburridos sin ti… —Le ayudó a él a quitarse las zapatillas.

—Aquí estoy, cariño, dispuesto a darte mucha entretención… Soy tu esclavo, puedes robarme toda la energía.

La sujetó por las piernas y tiró de ellas hasta ponerla al borde del colchón. Sin reparos empezó a repartirle besos, lamidas y mordiscos por el abdomen, las costillas, y bajó hasta ubicarse en medio de sus muslos.

Lauren se agitó y se aferró con fuerzas a las sábanas mientras que James la elevaba con cada azote de su lengua sobre su clítoris y las sincronizadas penetraciones de dos de sus dedos. Se corrió demasiado rápido, y supuso, que fue debido al ardiente deseo, que estuvo dormido a la espera de él.

James estaba demasiado ansioso, en otro momento, habría buscado el segundo orgasmo de Lauren a través del sexo oral, pero también necesitaba desfogarse. Quería penetrarla, hundirse en ella hasta donde le fuese posible; así que, se subió al colchón y se ubicó en medio de su chica, que lo recibió con las piernas separadas y aún temblorosas.

Pocos minutos después, terminó desfallecido sobre ella; con su corazón golpeando fuertemente contra los senos turgentes y el rostro escondido en el cuello, donde se satisfacía con su olor. Lauren le prodigaba caricias en los cabellos húmedos y los hombros, era como un bálsamo para aliviar el ardor que le dejaron las laceraciones provocadas por sus uñas. Empezó a repartirle besos por el cuello, el hombro, y bajó hasta el pecho, dejando descansar su cabeza ahí, justo donde estaba el latido desaforado de su corazón, mientras le acariciaba las caderas.

—¿Te he dicho cuál es mi sonido favorito?

—No sé, ¿el de alguna de tus canciones? —preguntó, prodigándole más caricias en la espalda.

—No, no es el de ninguna canción, aunque intenté simularlo en una canción en particular…

—¿Cuál es? —curioseó, le era imposible no sentir todo ese raudal de emociones que experimentaba cuando estaba con James. Sobre todo, cuando estaba manso sobre su cuerpo y entre sus brazos.

—Este… El de tu corazón latiendo así, por mí. Me gusta saber que se acelera tanto después de follar... Por si no lo has notado, la introducción de *Diosa del Universo*, ese golpeteo de la batería es tu corazón latiendo, justo como en este momento.

—¡¿En serio?! —Lauren había escuchado muchas veces la expresión «Tocar el cielo con las manos», pero justo en ese momento lo estaba viviendo, comprendía que se refería a alcanzar la

máxima felicidad... Esa que James acababa de darle con su confesión.

—No lo dudes ni por un segundo… —Levantó la cabeza para mirarla a los ojos. Lauren enseguida le atrapó la cara entre sus manos—. Me fascinas, muñeca. —Inclinó su boca sobre la de ella y la besó cómo si fuera el último beso que iba a darle—. Soy tu hombre y me tienes de rodillas —murmuró, dejándole el aliento sobre los labios y mirándola directamente a los ojos.

—Te amo, J-Rock… Soy tu mujer.

—Lo eres, no olvides eso, porque solo tú y yo sabemos lo que somos, en nuestra intimidad somos los verdaderos.

—Lo somos —dijo sonriente y más enamorada que nunca de él.

Él se acostó a su lado, para liberarla de su peso y la acomodó sobre su pecho. Ella lo abrazó, acurrucándose como tanto lo había deseado y soltó un largo suspiro.

—¿Eso, a qué se debe? —preguntó James mientras le recorría con las yemas de los dedos la columna vertebral.

—Es que no quiero que volvamos a separarnos. —Dejó que la nostalgia se evidenciara en su voz.

—No pienses en eso en este momento —replicó, al tiempo que la sujetaba por la cintura y se la puso encima—. Mejor disfrutemos del momento —la alentó aferrado a las caderas, indicándole el compás del movimiento que anhelaba.

Lauren apoyó las manos en el pecho de James y se movió al ritmo que él le marcaba, mientras le sonreía; al menos, por un momento, todo lo que le preocupaba se desvaneció por completo.

CAPÍTULO 3

Tras el descanso de la segunda vez que se entregaron a los inherentes placeres del sexo. Lauren se levantó, tomó la toalla que James había dejado a los pies de la cama, se envolvió y fue al minibar, se hizo de otra barrita de chocolate, pero también de un cigarrillo.

—¿Quieres? —le preguntó a James que seguía en la cama con los brazos cruzados debajo de la cabeza.

—¿Qué es? —Elevó un poco la cabeza para mirarla.

—Chocolate y cigarrillo, pero hay otras cosas… Cacahuates. —Se acuclilló y abrió la nevera—. Vodka, ginebra, güisqui… Pepsi, Coca-Cola y agua.

—Pepsi.

Lauren sacó una lata, pero no regresó a la cama hasta que se terminó el chocolate de un par de mordiscos y se prendió un cigarrillo. En las últimas semanas se había pegado mucho más a la nicotina, pero era debido a la ansiedad que le generaba estar lejos de James.

Le tendió la Pepsi y él se incorporó para sentarse y bebérsela; hubiese preferido alcohol, pero todavía sentía la resaca por debajo de la piel, a la espera de que se le pasara el efecto de la coca para hacerle vivir un gran malestar. Se bebió la lata casi de un trago y luego miró a Lauren acercarse a las ventanas y correr las cortinas.

—Tiene unas vistas hermosas… ¡Desde aquí se puede ver el oratorio! —exclamó emocionada.

—¿En serio? Quiero verlo. —Salió de la cama hacia la ventana —, ya que estoy seguro de que no me llevarás a conocer a Francis, ni mucho menos a la madre superiora.

—Algún día, cuando te compres un bonito traje y te pongas corbata —dijo sonriente y expulsó el humo de la calada que había dado.

—¿Sabes que puedo llamar a la recepción y solicitar uno?

—Tienes un compromiso en unos minutos.

—Después estaré desocupado.

—En otro momento.

—Lo sabía, sé que no soy el tipo de hombre que ninguna chica bien presentaría a sus padres, ni que me vista con el traje más costoso... pero estoy tranquilo con eso, no necesito la aprobación de los padres, me conformo con follarme a las hijas… A ver, muéstrame —dijo acercándose a la ventana.

—¡James, estás desnudo! ¡Cúbrete! —le pidió escandalizada, solo a él se le ocurría exhibirse de esa manera.

—No me preocupa, no soy tímido, pero tú puedes cubrirme. —Se puso detrás de ella y la abrazó—. ¿Cuál es el oratorio?

—Ese de allá. —Extendió el brazo señalando a la derecha—. ¿Ves la catedral? Al norte está la escuela San Felipe Neri, detrás está el cementerio, el edificio de la izquierda es el orfanato… Le llaman la pequeña Roma, porque todo está muy junto y por su arquitectura.

—Entonces pasaste la mayor parte de tu vida correteando por «la pequeña Roma». —James le dio un beso en el hombro y volvió a mirar los edificios de estilo neobarrocos, que ciertamente parecía un pedacito de Italia en Birmingham.

—No, no correteando, está prohibido correr… —hizo una pausa para darle otra calada al cigarrillo—. Bueno, no estrictamente prohibido —aclaró mientras exhalaba el humo—. Solo está permitido durante las horas de juegos y bajo la supervisión de las novicias; así evitaban que nos saliéramos de control y termináramos con más moretones o raspones de la cuenta.

—¿Fue mientras jugabas que te hiciste esta herida? —le preguntó, acariciándole con las yemas de los dedos la cicatriz en el mentón. Siempre le había causado curiosidad, pero solo hasta ahora se daba el momento perfecto para saberlo.

—No lo sé… no lo recuerdo, creo que ya la tenía cuando llegué al oratorio, debí hacérmela estando muy pequeña.

—¿En serio, no te gustaría saber quiénes son tus verdaderos padres? ¿Cuál es tu origen? Si quieres, puedo ayudarte a averiguarlo, me gustaría embarcarme en una aventura como esa, podríamos aprovechar que estamos aquí y solicitarle a la Madre Superiora toda tu información, por poca que sea… Y de ahí iniciamos con la investigación, puede que termines siendo la jodida Anastasia Románova, hija del último Zar de Rusia…

—Pues, me he conservado bastante bien. —Lauren soltó una risotada, sabía que James solo estaba bromeando—. Ni parezco que tuviera más de ochenta años… mis tetas, aún están en su lugar.

—Sí que lo están —dijo con una risita provocadora, al tiempo que le acunaba el seno izquierdo y le dio un beso en el cuello—. No, en serio muñeca, ¿por qué no lo intentas?

—Porque supongo que ya la policía hizo lo suficiente. Si no lograron dar con mi origen, ellos que tienen los recursos para hacerlo, no creo que por mi parte lo consiga. —Le dio una larga calada al cigarrillo, por ser la última—. Admito que también me da miedo buscar y no encontrar respuestas, toda mi vida ha estado llena de frustraciones, no quiero seguir acumulando más. —Solo tuvo que estirar la mano, para apagar la colilla en el cenicero que estaba en la mesa junto a la ventana—. ¿Ves el campanario…? —dijo señalando la torre, para cambiar de tema.

—Sí. —James no siguió insistiendo, porque era evidente que Lauren no quería hurgar en su pasado.

—Por las noches, solía escaparme de la habitación y subir ahí, era la única manera de poder ver el mundo exterior… Bueno, no iba sola, siempre lo hice con Henry —sonrió con nostalgia.

—¿Henry? —curioseó, elevando las cejas. Pudo percibir la melancolía en la voz de Lauren.

—Sí, Henry —respondió, asintiendo—, era mi alma gemela, mi mejor amigo… y mi primer amor.

—¿No me habías contado sobre él? Dime si ahora que estás en Birmingham debería preocuparme. ¿Fue con él con quien terminaste por falta de comunicación? —Los celos le apretaron el pecho.

—No te lo he dicho, pero el día que la policía me rescató, éramos tres; dos niños y una niña… Al otro niño lograron devolverlo

con sus padres. Henry y yo no contamos con la misma suerte, y no, no tienes que preocuparte, porque él murió de leucemia cuando tenía doce años.

—Lo siento, cariño. —Le besó la mejilla con ternura—. Sí que lo has pasado mal. Sé que nada de lo que pueda hacer por ti, recompensará todo lo que has perdido, pero me gustaría por lo menos, hacerte feliz.

—Me haces feliz, J-Rock —sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

James la estrechó más fuerte entre sus brazos, meciéndola suavemente. En ese momento el timbre del teléfono irrumpió en la atmósfera de amor y comprensión que habían creado.

—¡Ay, mierda! Es hora de irnos… —James soltó a Lauren y corrió a coger el teléfono.

—Sí, maldición, se supone que debía estar pendiente y avisarte. —Ella también corrió y se hizo de las prendas que estaban en el suelo para empezar a vestirse—; en cambio, te entretuve con mi estúpida historia…

James, aunque había levantado el auricular, no contestó a quien quiera que estuviese del otro lado de la línea.

—Lauren, mírame… —le pidió, deteniéndola en su prisa por ponerse las bragas. Ella levantó la vista hacia él—. Tu historia no es estúpida, ¿entendido? —le dijo muy serio.

—No, no lo es —sonrió con una mezcla de ternura y melancolía.

—Bien, no vuelvas a decirlo.

—No lo haré —dijo mirándolo a los ojos.

James asintió y entonces sí se dispuso a atender la llamada, ya había escuchado lejana la voz de Joyce.

—Enseguida bajamos… En cinco minutos —dijo y colgó.

—¿Se molestó? —preguntó Lauren, mientras se abrochaba el sostén, ya se había puesto los pantaloncitos.

—Sí, pero nada obtendrá con eso —dijo al tiempo que se acuclillaba para buscar en el maletín su ropa—. Más que volver a ponerse de buen humor.

—Supongo que le preocupa tener que cumplir con los horarios, el tiempo en televisión y radio es muy importante.

—Lo es, pero nada más importante que pasar tiempo con mi chica… Así que, por mí, hoy puede irse el mundo a la mierda. Siempre y cuando, nos salvemos tú y yo.

—Qué egoísta, J-Rock —soltó una risita al tiempo que se sentaba al borde de la cama para ponerse las zapatillas—. Pero no niego que estoy de acuerdo contigo.

—Estarías loca si no lo aceptaras.

James se vistió rápidamente, fue al baño para buscar en uno de los bolsillos de los vaqueros que se quitó, la billetera y el cofrecito en el que guardaba la coca; sabía que en cuanto se le pasara el efecto, se sentiría como la mierda y antes de que eso sucediera, prefería ponerse hasta arriba de nuevo. Regresó a la habitación, le sonrió a Lauren, agradeciendo que no hiciera preguntas, quizá imaginó que solo fue a mear. Así que, le ofreció la mano y salieron para encontrarse con el grupo que ya esperaba en la recepción.

—Es comprensible, totalmente comprensible… —dijo Ray con una risita pícara—. No te juzgo. —Le gustaba que su primo estuviera con Lauren, de alguna manera, ella lo equilibraba.

—Vamos, vamos —los alentó Joyce, mientras les aplaudía para que se dieran prisa.

Lauren no podía evitar estar avergonzada con el mánager, había hecho que se retrasaran cuando le prometió que le ayudaría para que estuvieran a tiempo. James no le soltó la mano, cuando subieron en el autobús, primero lo hizo él y detrás lo siguió ella, sin que el contacto entre ellos se rompiera. Dentro olía bastante a un ambientador de un aroma cítrico y fresco. Lo que le hizo suponer a Lauren, que mientras ellos descansaban alguien se encargó de hacer la limpieza en el vehículo.

—¡Tenemos una invitada! ¿Cómo te llamas? —Rick, abordó a la chica que venía de la mano del vocalista de la banda, mientras hacía una bonita toma de ella.

—No molestes, Rick, ahora no… —pidió James, poniendo la mano contra la lente de la videograbadora y lo apartó—. Por aquí, muñeca. —Le hizo un ademán para que se ubicara en el asiento de la ventanilla.

—¿Quién es? —preguntó ella, volviéndose para mirar por encima del asiento al joven con la videocámara, que abordaba a Ray.

—Es Rick, se encarga de registrar la gira, hace como una especie de video bitácora, pero a veces es bastante molesto —respondió James, mientras le acariciaba con las yemas de los dedos la suave piel del muslo derecho a su novia.

—Pero es buena idea, es material que pueden usar para hacer algún documental o un videoclip —comentó Lauren, mirando a James.

—Sí, creo que es lo que Joyce pretende hacer, necesita un videoclip promocional para el primer álbum…

—Es que todo fue tan rápido que no hicieron un videoclip, me muero por verlos en MTV. ¿Te imaginas? ¡Sería fabuloso!

—Sí —sonrió—. ¿Te gustaría salir en uno de nuestros videos?

—¡Me encantaría! —asintió, visiblemente emocionada.

—Hey, Rick… Ven aquí. —James llamó al camarógrafo, que estaba captando en video la subida al autobús de cada miembro de la banda y también del resto del equipo.

—Dame un minuto. —Quería captar el momento en que Robin, le anunciaba a Joyce, el último reporte de ventas de boletos en Manchester.

—¿Se agotó? —preguntó Joyce, necesitaba confirmar, porque no se lo creía.

Si la banda seguía cosechando ese éxito, la próxima gira deberían programarla para que se presenten en los grandes festivales como el de Reading o el de Glastonbury, en los que la audiencia supera a los ochenta mil; eso los consagraría en todo el país e incluso en el continente.

—Sí, me preguntaron si se podría abrir una fecha más, pero les dije que no, en la agenda ya no hay espacio —mencionó Robin de forma bastante diligente.

—Está bien, ¿averiguaste si los medios están cumpliendo con la publicidad acordada? —preguntó, al tiempo que se ubicaba en su asiento. A él no le importaba el registro que hacía Rick, era como si no existiera, pero se debía a la experiencia de muchos años en ese trabajo.

—The Sun, Daily Mirror y Daily Mail, lo están haciendo… —Robin se acercó un poco más al mánager—. Aunque Daily Mirror, en su último tabloide no favoreció mucho a James, por haberse equivocado de ciudad —susurró, para que no escuchara ningún miembro de la banda.

—Era de esperar, no se lo iban a perdonar —masculló Joyce, frunciendo el ceño—. ¿Qué dijeron?

—Que está siguiendo a pasos agigantados a las estrellas de rock, que terminan en el fondo de una botella de alcohol y de la decadencia —susurró Robin—. Pero en otras noticias más favorables, me comuniqué con la discográfica y me informaron que la banda pasó las cuarenta mil copias vendidas, por lo que le harán la entrega del disco de platino en el concierto en Leicester.

—¡No me jodas! —Joyce tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener el estoicismo, porque no quería que los chicos se enteraran de esa noticia tan extraordinaria—. ¿En serio? En ocho días duplicaron las ventas… —murmuró. La verdad no se lo podía creer, si tan solo hacía poco más de una semana que recibieron el disco de oro en Gloucester.

Robin asintió con una sonrisa que no dejaba opción a dudas.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —celebró Rick—. Tu cara ha sido un poema, Joyce —rio con ganas.

Bien sabía que cuando el mánager y su asistente secreteaban no podía ventilar la información con los de Sweet Poison; así que solo se alejó, para ir a grabar a James y a la chica que lo acompañaba, tratando de mantener el equilibro con la videocámara en un autobús en movimiento.

—James, el incorregible James… Ahora sí me dirás quién es la hermosa señorita que te acompaña.

—Es mi novia, te presento a Lauren.

—Un placer —dijo ofreciéndole una mano, mientras mantenía la videocámara con la otra y se apoyaba con la cadera en el asiento, para no caer—. Soy Rick, y cómo te has podido dar cuenta, soy el camarógrafo.

—Un placer, Rick. —Lauren le ofreció la mano y una sonrisa—. No te vi cuando salieron de Londres.

—Es que fui el último miembro del Staff en ser recogido… —bajó la voz para que no le escuchara Joyce—. Esa fue una muy mala organización, porque debí ser el primero.

—Estoy de acuerdo —sonrió ella.

—¿Desde hace cuánto se conocen? —Empezó Rick a recolectar material para su documental.

—Un año —respondió Lauren.

—Nos conocimos el verano pasado, aquí en Birmingham —completó James y compartió una mirada cómplice con su novia.

—Entonces, si eres *brummie*, y este inadaptado es londinense, ¿cómo llevan la distancia?

—Lauren vive en Londres, estudia en la UCL.

—Sí, nos conocimos aquí, pero volvimos a vernos en Londres, ahí nos hicimos novios. —Lauren miraba a James con ojos soñadores, debido al amor que se le salía por las pupilas.

—¿Y cuánto tiempo llevan de novios? —Rick no iba a parar de hacer preguntas hasta que estuviera satisfecho.

—Diez meses —respondieron al unísono y rieron.

—Lauren, ¿cómo llevas el acoso de las mujeres?

—No es fácil, es algo que está fuera del control de ambos, pero confío en James —respondió con honestidad.

—¿Y estás aquí para evitar que te sea infiel? Porque ese es un miedo muy común, ¿no? —Esas preguntas despertaban el morbo del público.

—Rick, por ahí no… —intervino James algo molesto—. Sin preguntas incómodas, sino ve a hacérselas a tu madre. Que ya suficiente tenemos con los tabloides.

—Está bien, lo siento —se disculpó el camarógrafo.

—No, no me preocupa —medió Lauren, tratando de sonreír para mostrarse despreocupada, aunque en el fondo, esa pregunta fue un golpe en la boca de su estómago que la dejó sin aliento—. Estoy aquí, porque vengo a Birmingham durante el verano para visitar a mi familia. Por otro lado, no es mi deber evitar ninguna infidelidad, porque un engaño nada tendría que ver conmigo, pero tiene todo que ver con mi pareja… Es James quien debe respetar lo que tenemos.

—¿Y te preocupa que te sea infiel? —hizo la pregunta lo más rápido que pudo, para evitar que James volviera a reprenderlo.

—No lo sé, ¿a ti te preocupa que tu novia te sea infiel? —Lauren intervino antes de que su novio mandara a volar a Rick.

—¡Basta, Rick! —dijo James mirándolo con furia.

—Vale, no molesto más, pero me pueden regalar una bonita toma para la clausura de este video.

—Eliminarás todas las estúpidas preguntas que hiciste y solo dejarás este clip —dijo James con tono de mando—. Lauren es mi novia, la mujer que amo. —Cogió la mano femenina y entrelazó sus dedos, atrayendo con eso su mirada—. Somos dos mitades, con ella ni siquiera siento que tenga que expresar mis propios pensamientos porque muchas veces sabe lo que quiero, incluso antes de que yo mismo me dé cuenta. —Le soltó la mano para pasarle el brazo por detrás del cuello y acercarla.

La sonrisa de Lauren se convirtió en una mordida de su labio, dejándole ver a James, las evidentes ganas que tenía de un beso y él que sabía perfectamente cómo leerla, no dudó ni un segundo en comérsele la boca con las ganas suficientes como para que, a Rick, no le quedaran dudas de que la relación entre ellos era más sólida que nunca.

—Ha quedado perfecta, se percibe lo enamorados que están… —Iba a decir que eso era contraproducente para el vocalista de una banda en auge, pero sabía que James se molestaría—. Por ahora, les dejó para que disfruten de su momento. —Fue a sentarse al lado de Billie. Ya que Ray y Tommy iban parloteando sobre música en el último asiento del autobús.

CAPÍTULO 4

Las instalaciones de Jam Radio, funcionaban en uno de los tantos edificios de oficinas de estilo victoriano, que le daban carácter a la calle Colmore Row. El trayecto había sido bastante corto, ya que se ubicaba a pocas cuadras del hotel.

Desde la ventanilla, Lauren vio una pequeña multitud de chicas, que rápidamente se agolparon frente al autobús, como si fueran un enjambre de abejas ante un panal. Agitaban carteles en los que expresaban amor y admiración hacia los miembros de la banda. Algunas tenían camisetas alusivas al grupo; probablemente pintadas por ellas mismas, porque lucían bastante originales y no como la que habían sacado en masa con el logo de Sweet Poison, como parte de una gran estrategia comercial.

De manera inevitable sintió un pellizco de angustia en el pecho, al pensar en la posibilidad de ser reconocida por alguna de las chicas, buscó con la mirada caras conocidas, pero no halló ninguna; sin embargo, eso no le aseguraba que no pudieran identificarla. Tragó grueso el nudo de zozobra atorado en la garganta, no tenía otra opción que arriesgarse.

«No puedo seguir ocultándole al padre Francis ni a la Madre Superiora mi relación con James, porque tarde o temprano lo sabrán y es mejor si se enteran por mí y no por otros», pensó al tiempo que apartaba la mirada de la ventanilla.

El primero en levantarse fue Joyce, se detuvo en medio del pasillo con la mirada puesta en sus representados.

—Chicos, por favor, no se detengan a saludar, porque ya estamos sobre el tiempo.

—Entendido, jefe —exhaló Ray al tiempo que se levantaba.

—¿Sucede algo? —le preguntó James, al verla pensativa.

—No, nada. —Ella negó con la cabeza y le sonrió—. Vamos —lo alentó para que se levantara.

En cuanto se abrió la puerta del autobús, el griterío histérico de las chicas se coló en el interior, contundente e imparable como una ráfaga de viento helado. El primero en descender fue Rick, que rápidamente se acomodó en un ángulo perfecto para captar la llegada de cada miembro de la banda a la estación radial.

Lo siguió Ray, en cuanto lo vieron, los ánimos de las chicas se hicieron más intensos. Siguiendo las órdenes del mánager, caminó rápido hacia la entrada del edificio; aun así, durante el corto trayecto alzó las manos, saludando a las chicas en varias oportunidades.

Casi detrás de Ray, fue Tommy y Billie, que al igual que el baterista también le dieron un poco de atención al público, con ademanes, lo que hizo que los gritos se hicieran más agudos y el alboroto más notable.

James le cogió la mano a Lauren, que iba un paso por detrás de él por el pasillo del autobús, pero en cuanto bajaron, se acoplaron al mismo andar rápido, uno al lado del otro. El vocalista usaba la mano libre para saludar a las chicas, mientras que Lauren iba con la cabeza gacha, para evitar en lo posible ser vista; a pesar de eso, pudo notar desconcierto y envidia en algunas miradas, lo único que le daba seguridad era el agarre firme de su novio.

Eran seguidos por Joyce y Robin, que les servían como escolta al miembro más asediado de la banda. Al entrar en el edificio, el bullicio se atenuó tras las puertas del vestíbulo y la tensión en Lauren se disipó, solo entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Fueron recibidos por el asistente ejecutivo del programa, les dio la bienvenida con rápidos apretones de manos y los condujo a la cabina donde los esperaban los locutores. Ahí se hicieron las presentaciones y cada uno de los miembros de la banda se fue ubicando en los puestos que estaban en torno a una mesa redonda, la que estaba adecuada con micrófonos y botellas de agua.

Lauren, Joyce y Robin se sentaron en un sofá de tres plazas que estaba pegado a una de las paredes laterales, desde ahí, podían ver no solo a los invitados especiales, sino también la sala de

control. Mientras que Rick, prefirió quedarse de pie, pululando por la cabina para hacer algunos videos de esa entrevista.

Antes de salir al aire, los presentadores sugirieron hacer una entrevista previa a los chicos, para ponerse al tanto sobre los temas a tratar; ya que para los locutores era necesaria, porque así, sabrían cómo abordar a cada miembro de la banda basados en sus personalidades. Una vez estructurada la temática de la entrevista, hizo entrada el asistente con una bandeja en la que traía una botella de güisqui y varios vasos.

—¿Prefieren que les sirva ahora o al terminar la entrevista?

—Yo necesito un poco de valor líquido —pidió Billie, que aún le ponían un poco nervioso ese tipo de compromisos.

—Yo también. —Tommy alzó la mano.

—Mejor sírveles a todos, por favor —dijo Joyce, que le extrañó que no hubiese sido James el primero en pedir.

Supuso que solo estaba intentando comportarse por Lauren; ese era uno de los puntos positivos de que ella estuviese presente, de alguna manera, podía ayudarles a controlar al vocalista, aunque también pesaba la negatividad que provocaba que las seguidoras se mostraran decepcionadas al ver a su ídolo acompañado.

—Bien —dijo el chico.

Todos se bebieron casi de un trago la primera ronda de güisquis; por lo que el asistente les sirvió más. Mientras James y Tommy encendieron cigarrillos, enseguida Joyce los imitó y en poco tiempo el humo espesó el ambiente, pero todos ahí estaban acostumbrados a respirar nicotina.

David, uno de los entrevistadores, les avisó que a la cuenta de tres estarían al aire; todos asintieron y vieron cómo iba descontando con los dedos. Una vez al aire y bastante cerca del micrófono, David anunció con entusiasmo a sus invitados, dándoles la bienvenida: ¡Sweet Poison! Y les siguieron los aplausos de todos.

Habían estructurado una entrevista bastante sencilla, de preguntas y respuestas rápidas. Ya que solo tenían media hora de programa.

—¿Se describen como escandalosos? —preguntó David, iniciando, esperaba que fuera un momento bastante ameno.

—No —respondió James, frunciendo el ceño con desconcierto.

—¿Sus letras son disruptivas o instigadoras?

—Hacemos Rock and roll —dijo Tommy, sonriendo.

—Un grupo de rock, ¿solo eso?

—Sí, nada más —intervino Ray con una risita, tomándose eso de buen agrado. Ellos no solían caer en las provocaciones de los periodistas.

Sabían que esas preguntas eran debido a las letras en las que hacían alusión a la hipocresía monárquica, pero ellos no estaban en contra de la Reina, solo hacían música.

—¿Cómo se sienten con el éxito que están obteniendo? —preguntó Cliff, el otro entrevistador—. ¿Qué se siente estar en el tercer lugar de las listas musicales?

—Sorprendidos —contestó Billie.

—Es sensacional —lo siguió James, que miró al bajista y sonrió estando de acuerdo—. Sí, estar en el tercer lugar es sorprendente.

—¿Miden el éxito con las ventas de álbumes? —Esta vez fue el turno de David para seguir con la entrevista.

Antes de que cualquiera pudiera responder, Ray hizo una mueca ambigua, que podría ser interpretada como desaprobación o desinterés.

—Nos dejamos llevar más por las reacciones del público —tomó la palabra Tommy, mientras giraba el vaso de cristal en la mesa.

—Sí. —Ray estuvo de acuerdo—. Nos enfocamos más en cuánta gente viene a vernos en los conciertos.

—De las ventas de álbumes se encarga, Joyce. —Billie sonrió y miró al aludido—. Nuestro mánager y la disquera, quizá lo miden de esa manera; nosotros nos preocupamos más por ofrecer un buen espectáculo.

—¿Cuándo harán videos musicales?

—Es cuestión de tiempo —dijo James, mientras afirmaba con la cabeza—. Solo eso.

—¿Cómo es estar de gira?

—Es muy divertido —intervino Ray.

—Lo estamos disfrutando —añadió Billie—. Las cosas van bastante bien.

—¿Cómo reaccionan los fanáticos ante la banda? —siguió Cliff con la lista de preguntas.

—Genial —exhaló James el humo del cigarrillo—. Están con nosotros y nos tratan mucho mejor de lo que imaginamos.

—¿Describan la relación que tienen con sus fanáticos?

—Todos somos iguales —respondió Tommy—. Iguales que nuestros fans, no hacemos nada que ellos no podrían hacer, a veces es un poco difícil llegar a ellos por los grandes escenarios, la seguridad y todo eso, no es tan íntimo como cuando tocábamos en los *pubs*, pero era de esperarse.

—Los lugares pequeños son más divertidos —dijo Ray, miró a sus compañeros que rieron y asintieron de acuerdo—. El ambiente es más intenso, sin barreras se puede ver a todos y tener más contacto físico.

Debido a esa respuesta del baterista, David, decidió hacer la siguiente pregunta.

—¿Por qué es tan importante estar cerca de sus fans?

Ray miró a su primo para que fuera él quien diera la respuesta.

—El flujo de energía —dijo James que aún saboreaba el último trago de licor que había bebido—. Recibimos una energía increíble directamente de ellos. Mientras más lejos estemos es más difícil sentir esa conexión… ¿Por qué querríamos separarnos de ellos? —contrainterrogó con una sonrisa de incredulidad.

—¿Qué piensan sus padres de todo esto?

Todos rieron, algunos divertidos y otros un tanto incómodos.

—Les gusta —dijo Tommy encogiéndose de hombros.

—Mi madre me apoya —comentó James—. Mi padre, bueno… lo que sea —soltó una risa amarga que dejaba ver su descontento por el abandono, luego miró a Lauren—. Pero el mayor apoyo lo recibo de mi novia, ella ha sido una parte indispensable no solo para mí, sino para todos, se ha involucrado como nadie externo lo haría. —La miró con orgullo y amor.

Lauren que estaba sentada de piernas y brazos cruzados, al lado de Joyce, sonrió emocionada; podía sentir que se estaba sonrojando, mientras su corazón empezó a martillar tan fuerte que

pensó que no solo iban a escucharlo todos en la cabina, sino también los miles de radioescuchas.

—Mis padres dicen que es una puta locura —rio Ray.

—Mi madre acepta lo que hago, entiende que me apasiona la música, y siempre he contado con el apoyo de mi familia, sobre todo con el de mi hermana Theresa —confesó Billie.

—¿Por qué debería pagar alguien para ver a Sweet Poison en vez de a otra banda de rock? —preguntó Cliff, con un ánimo bastante alto.

—Espero que, porque le guste, porque quiera vernos —dijo James con una sonrisa de confianza, los demás chicos del grupo también rieron más como una muestra de humildad que de arrogancia.

—Porque nosotros ofrecemos algo diferente —alegó Tommy con seguridad—. Algo más que *riffs* básicos, nos entregamos al máximo todo el tiempo, tenemos cosas variadas. —Al terminar, le dio una larga calada a su cigarrillo y enseguida bebió un trago de güisqui.

—Me gusta pensar que somos interesantes de ver… —intervino Billie—. Tenemos algunas letras bastante complejas y realistas, muy acordes con la actualidad.

—¿Cómo ven el futuro del rock?

—Se mantendrá por un buen rato —alegó James, al tiempo que sacudía la ceniza de su cigarrillo en el cenicero que estaba en el centro de la mesa—. Siempre ha sido así, siempre presente.

—La última pregunta —anunció David—. Esta es difícil, ¿es cierto que Joyce Oldham es el quinto miembro de la banda?

Todos soltaron sendas carcajadas y miraron al mánager, que también reía.

—Sí, lo ves en todo momento con nosotros —respondió Ray mientras reía—. Ese hombre vive y muere por el grupo.

—Muy bien, muchas gracias, chicos, gracias a Sweet Poison por esta fantástica entrevista —se despidió Cliff riendo, al igual que todos y pulsó el botón para salir del aire.

Casi al mismo tiempo, todos se quitaron las diademas de los auriculares y se levantaron. Sabían que no podían perder tiempo, así

que se despidieron con apretones de manos y agradecieron por la oportunidad que les brindaron.

Al salir del edificio el grupo de seguidoras se había hecho un poco más grande, por lo que el griterío desmedido que suplicaba atención, acompañado por saltos y manos estiradas tratando de tocarlos, no se hizo esperar en cuanto ellos salieron.

El personal de seguridad del edificio trataba de contener a las jovencitas apasionadas; esta vez, los integrantes de la banda, se detuvieron unos minutos para firmar unos cuantos discos, camisetas e incluso algunas tetas. Lauren comprendía que en ese momento James debía darle su atención al público, porque ese era su trabajo. Así que, prefirió hacerse a un lado y mirar todo ese espectáculo, en el que hasta un par de seguidoras terminaron desmayadas.

Ray quiso auxiliar a una de ellas, pero Joyce no se lo permitió y le pidió a uno de los hombres de seguridad que lo hiciera, porque sabía que en cuanto él se acuclillara a socorrerla las demás le caerían encima.

—Chicos, de prisa… —Los alentó el mánager.

—Sí, un momento —dijo James, que firmaba un disco y luego lo hizo con un afiche.

—Chicas, lo siento, debemos irnos, las esperamos mañana en el concierto, gracias por venir —dijo Tommy, que recibía en ese momento un beso en la mejilla de una jovencita que estaba a punto de dislocarle el cuello; mientras él intentaba quitársela de encima.

—¡Ray, te amo! —gritó una tan agudo y fuerte, que pudo ser escuchada por encima de la algarabía.

Él que estaba subiendo el último escalón para entrar al autobús, se giró y miró, sin saber quién le había dicho tal cosa.

—¡Yo también! —Se despidió con un enérgico ademán.

—Fue muy lindo lo que dijiste, siempre contarás con mi apoyo incondicional… Estoy muy orgullosa de ti y todo lo que has logrado. —Lauren se aferró al brazo de James y apoyó la cabeza en su hombro.

—Solo dije la verdad. —Le sujetó la barbilla, instándola que subiera la cabeza para mirarla a los ojos—. No solo has sido de gran ayuda, sino que también me inspiras, has entrado en todos los

rincones de mi vida. —Inclinó la cabeza para darle un beso, que empezó siendo lento y tierno, pero que, con cada movimiento de sus labios y cada roce de sus lenguas, se fue haciendo más apasionado e intenso—. Todo es tan distinto cuando estoy contigo —murmuró sobre los labios húmedos de ella.

—Te amo. —Le dio un beso y luego otro—. Odio tanto extrañarte —suspiró, le encantaba sentirse con la certeza de que había una persona en el mundo que haría cualquier cosa por ella y por la que ella haría cualquier cosa. Eso le daba mucha paz.

James volvió a apoderarse de su boca hasta dejarla sin aliento y con los latidos alterados.

—Chicos, haremos una parada para comer —anunció Robin—. Deberá ser rápido, tenemos una hora exacta.

Todos asintieron de acuerdo; así que, se detuvieron en el restaurante que ya estaba pautado, bajaron y se pidieron comida que no llevara mucho tiempo, la mayoría optó por hamburguesas.

Al final de la tarde y tras terminar con la segunda entrevista radial, dieron por cumplido los compromisos de ese día, así que Joyce los liberó de cualquier otra obligación.

—A partir de ahora, pueden hacer lo que quieran; eso sí, mañana a las diez, los quiero a todos en el vestíbulo, porque de ahí saldremos a la prueba de sonido en el Arena... —les anunció al salir de la cabina de Dazzle FM—. El que quiera regresar al hotel puede subir al autobús.

Contaron con la tranquilidad de que; al parecer, la mayoría de las seguidoras se reunieron a las puertas de Jam Radio, porque al llegar a Dazzle solo se toparon con un grupo de seis chicas con las que compartieron unos diez minutos, les dieron autógrafos y se tomaron fotografías.

—Sé que te gustaría conocer al padre Francis —dijo Lauren, mientras bajaba las escaleras, cogida de la mano de James—. Pero, admito que soy una cobarde y aún no le he dicho de nuestra relación…

—Porque sabes que no seré de su agrado, sé perfectamente que esa es la razón, pero no me molesta —dijo bastante despreocupado—. Te quiero a ti y no necesito la aprobación de nadie más. Así que, no te sientas presionada a hacer las presentaciones.

—Aun así, me gustaría involucrarte más en mi vida, ¿quieres ir a la casa de mis padres? Para que los conozcas, al menos, por fotografías o videos. —Hizo esa propuesta después de pensarlo mucho y llegar a la conclusión de que eso era lo mínimo que él merecía.

—¿Lo dices en serio? —La miró sorprendido—. No tienes que sentirte en la obligación de nada…

—Quiero que me acompañes, James —lo interrumpió con seriedad—. Claro, solo si tú quieres.

—Sí quiero —respondió con una gran sonrisa.

—Entonces, iremos en taxi.

Sin embargo, cuando llegaron al vestíbulo, se dieron cuenta de que iba a ser un problema salir a la calle y esperar en medio del asedio de una veintena de chicas. Al parecer, eran bastante ágiles en correr la voz.

—Va a ser imposible —gimió Lauren, con los ánimos desinflados. En ese momento quería que James fuese un chico que pudiese llevar una vida normal.

—Espera un momento —dijo él y caminó hasta la recepción, donde estaba un joven encargado del área—. Disculpa, ¿será que tienen alguna salida de emergencia?… una por la que pueda salir sin ser visto.

El chico solo tuvo que mirar a la acera para comprender la solicitud del vocalista de la banda.

—Sí, claro… Dame un minuto. —Levantó el auricular del teléfono, para comunicarse con uno de los hombres de mantenimiento, le explicó rápidamente la situación y colgó—. Ya vendrá alguien para sacarte por la puerta de atrás.

—Gracias. —James le sonrió y se alejó; esta vez para ir a hablar con el representante—. Joyce, por ahora, no iré al hotel, me ayudarán a salir por la puerta de emergencia, ¿podrías esperar hasta que me vaya para que puedan subir al autobús? Por favor.

—Está bien. Chicos, esperemos cinco minutos —pidió el mánager al resto del grupo.

—Gracias —le dijo James y le hizo un ademán a Lauren para que se acercara. Ella no dudó en ir con él—. Está solucionado, en un minuto nos vamos. —Le dio un beso en la sien.

En menos de ese tiempo, llegó el hombre de mantenimiento y se acercó al grupo de los músicos.

—¿Quién saldrá por la puerta de emergencias?

—Nosotros —contestó James, cogiendo la mano de su novia—. Vamos —la instó guiñándole un ojo, al ver que ella le regalaba una sonrisa radiante—. Adiós, chicos. Muchas gracias por esperar.

—Gracias, nos vemos luego —les dijo Lauren y se despidió diciéndole adiós con la mano.

El hombre les hizo un ademán y ellos lo siguieron. Los guio al otro lado del salón, luego a la derecha y hacia un pasillo, bajaron unas escaleras, para encontrarse frente a una pesada puerta de hierro.

—Por aquí pueden salir —les dijo al tiempo que la abría.

—Muchas gracias, es muy amable —dijo Lauren, sonriendo afable.

—Gracias. —James le dio una palmadita en la espalda.

Cuando salieron, miraron a ambos lados, para asegurarse de que no fuesen sorprendidos. Aún así, él le sujetó la mano y la instó a correr para cruzar la calle y subir a un taxi. Les fue imposible no empezar a reír como niños en plena travesura.

CAPÍTULO 5

Lauren sabía que James no conocía Birmingham, ya que siempre había estado en la ciudad solo de paso, por lo que se dedicó a señalar los lugares más emblemáticos que se toparon por el camino. Le contaba anécdotas que los hacían reír, mientras él le regalaba una caricia persistente en el muslo.

—Ya casi llegamos, es esa que ves al final —dijo Lauren, apuntando con el dedo la gran mansión de estilo jacobino que estaba al terminar el sendero enmarcado por el colorido borde herbáceo.

—¡¿Me estás jodiendo?! —preguntó con los ojos saltones.

—Es impresionante, ¿cierto? —Lauren soltó una risita. No esperaba que James se sorprendiera tanto.

—¿Impresionante? ¡Es un puto castillo! —silbó, en realidad, pensaba que Lauren le estaba tomando el pelo.

—No, no es un castillo —rio relajada—. Aunque sí es bastante grande.

—¿Estás segura de que tus padres no eran de la realeza?

—No, pero sí sé que la casa perteneció a un vizconde… o algo así me dijo mi padre. Ya no lo recuerdo, mi mamá quería que me aprendiera la historia de la propiedad, pero mi papá nunca fue estricto con eso, le daba igual si me sabía de memoria si fue construida en 1.832 o 1.845, ni mucho menos los nombres de los arquitectos… o si la capilla es neogótica o isabelina…

—Entonces tendrá hasta un libro que cuenta su historia.

—Lo tiene —asintió muy segura.

El coche hizo la mitad de la rotonda de la fuente y se detuvo en la entrada principal, que quedaba al oeste de la gran propiedad de ladrillos rojos y en forma de «L»

—¿Les dejó aquí? —preguntó el conductor.

—Sí, ¿cuánto le debo, señor? —preguntó Lauren.

Antes de que ella pudiera sacar la billetera de su cartera, James se apresuró a pagar por el servicio.

—Muchas gracias —dijo él cuando le tendió el billete de diez libras al hombre—. Puede quedarse con el cambio.

—Gracias —intervino Lauren con una sonrisa.

James tiró de la manilla y abrió la puerta; al bajar, le ofreció la mano a Lauren. Parados, frente a la gran fachada, él miró las grandes ventanas con arcos de piedra, parteluces y travesaños.

—Debe tener como cinco pisos —silbó James, que todavía no salía del asombro.

—No, solo son dos pisos, el ático y el sótano... Aunque no lo creas, nunca he ido al sótano, sé que ahí mi padre tiene una gran cantidad de licores.

—Eres millonaria, Lauren… —musitó embelesado.

—Mis padres lo eran —lo interrumpió con una risita.

—Pero ahora, todo esto es tuyo —le dijo cogiéndole la mano.

—Eso dice el testamento, pero la verdad, no lo siento mío —confesó, apretando un poco más sus dedos en torno a los de James.

—Ya llegará el momento en que sientas que eres la dueña de todo esto, quizá cuando nos mudemos aquí…

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso escucho una propuesta de matrimonio acercándose? —sonrió al tiempo que tiró de la mano de él, instándolo a entrar en el porche.

—¿Quieres que te pida matrimonio? —Evadió la respuesta con otra pregunta, mientras le sonreía.

—No lo sé… —Le soltó la mano para buscar las llaves en la cartera—. No tengo por qué responder a esa pregunta capciosa. Lo menos que me gustaría, sería influenciar en tus decisiones. —Metió la llave en la cerradura y se volvió a mirarlo por encima del hombro antes de abrir—. Bienvenido. —Le sonrió radiante.

—Gracias… —Todo lo que iba a decir después, se le quedó atorado en la garganta cuando entraron al gran vestíbulo; se volvió a ver la impresionante lámpara de araña que colgaba del altísimo techo.

Si desde afuera la propiedad le pareció extraordinaria, por dentro lo era aún más. Nunca había estado en una casa como esa, podría compararla con la magnitud de un hotel de lujo. Cuando llegaron al salón, se veía reflejado en el piso de madera noble, los destellos de los cristales de las ventanas creando un bonito y colorido espectáculo.

—Me gusta este efecto, parece un caleidoscopio.

—Ah, sí… es muy bonito, solía jugar aquí…

—¿Cómo? —curioseó él.

—Un día me proponía no pisar los azules; otro, no pisar los rojos… Muchas veces mi mamá jugaba conmigo. —Recordó con una sonrisa melancólica, mientras avanzaba hasta el gran salón que daba paso a la biblioteca—. Y ahí están, te presento a mis padres. —Señaló la imponente pintura que estaba sobre la chimenea de estilo Tudor.

—¡Vaya! Tu padre parecía ser un hombre bastante imponente. Me habría cagado en los pantalones si hubiese tenido que venir a pedirle permiso para corromper a su niña…

Lauren soltó una risita y se aferró al brazo de James, mientras admiraba la gran pintura.

—Mi padre era el hombre más noble del mundo; aunque sí, era intimidante, admito que la primera vez que lo vi me asusté, pero en cuanto me habló, solo bastó un minuto para darme cuenta de que su apariencia nada tenía que ver con su personalidad. —La voz se le hizo ronca, pero no iba a llorar, no quería empañar ese momento con tristeza—. Supongo que parecer imponente le favorecía en los negocios.

—Absolutamente. —James estaba convencido de eso—. Tu madre era hermosa, muy refinada… —Miró a Lauren—. Ella sí que no me hubiese querido ni un poco, me habría mandado a sacar con los perros.

—No teníamos perros —intervino Lauren riendo.

—Supongo que no le habrían hecho falta. —Le dio un beso en la cabeza—. Y esa niñita tierna y pecosa de vestido carísimo… Quién iba a pensar que terminaría transformada en una joven rebelde con el pelo teñido de negro, pantalones de cuero y camisetas rotas.

—Mi madre no, pero estoy segura de que mi padre sí… —Le guiñó un ojo—. ¡Y le habría encantado! —dijo muy segura, le cogió la mano para llevarlo con ella, quería mostrarle cada rincón de la casa, incluso, esos a los que no había ido.

—Ya, aquí podría quedarme a vivir, en este espacio —dijo dando una vuelta para poder admirar los estantes repletos de discos de vinilos, casetes y videocasete—. No necesito más, esto debería ser catalogado como un museo —dijo mientras se acercaba a uno de los estantes y sacó Black Sabbath, el disco debut de la banda—. Creo que no me alcanzaría la vida para poder escucharlos todos.

—También es mi lugar favorito, por lo que es la parte que más valoro de mi herencia.

Lauren soltó un suspiro al tiempo que se sentaba en el sofá, para admirar como tantas veces ya lo había hecho, lo que, en vida, fue el paraíso de su padre. James se paseó entre los estantes, fascinado con todo lo que ahí había; para él, eso era un invaluable tesoro.

—¿Puedes prestarme este? —le preguntó, mostrándole el disco de la banda *hard rock* Deep Purple.

—Eh… no, lo siento, pero no…

—Muñeca —casi que le salió con puchero.

—Te amo mucho, pero no. —Negó con la cabeza—. Estás de gira y en medio de tantos viajes podría perderse, y no me perdonaría que algo como eso pasara.

—Vale, lo entiendo, pero después de que termine la gira, ¿me lo prestarás? —preguntó al tiempo que lo devolvía a su sitio.

—Podría —asintió.

James fue a sentarse a su lado, para tener desde ahí una perspectiva más amplia de ese santuario a la buena música.

—Esto debió llevarle mucho tiempo y dinero —musitó con total admiración.

—Sí, mi padre amaba este lugar, era su preferido. Y me enorgullece saber que confió tanto en mí como para dejarlo en mis manos… ¿Entiendes por qué no puedo prestarte nada de lo que hay aquí? —le preguntó, sujetándole la mano y con la otra le acarició el antebrazo.

—Lo entiendo, entonces vendré a escucharlos aquí. —Se acercó y le dio un beso en los labios—. Siempre que tú me lo permitas.

—Gracias por comprender. —Lauren correspondió al tierno beso de su novio—. Siempre serás bienvenido.

—Te amo, muñeca. —Volvió a besarla, esta vez con mucho más entusiasmo, instándola a que recibiera su lengua que se escabulló cadenciosa por los rincones de la boca femenina.

Lauren lo recibió, acoplándose a sus demandas, lo abrazó por el cuello y él la sujetó por la cintura, acercándola más a su cuerpo, a medida que el intercambio de caricias y chupones, se hacía más intenso.

James se inclinó sobre ella, mientras le recorría a besos y lamidas el cuello, instándola a que se dejara vencer sobre el sofá, consiguió que se acostara y se ubicó entre sus piernas, las cuales abrió un poco más apartándola con sus manos por las rodillas y empezó a mover su pelvis en busca de la fricción que le ayudara a avivar su deseo y erección.

Lauren se entregaba a esa sensación que solo James despertaba, esa sensación en su cuerpo que le pedía más, que la hacía perderse en su aroma, en el sabor de su boca y en el tacto de su piel caliente. Sin embargo, aún no perdía la lucidez que trajo consigo la incomodidad de pensar que no estaba bien lo que estaba haciendo, no ahí. Era un sentimiento de que estaba irrespetando la memoria de sus padres de la peor manera, por lo que, por más que quisiera no conseguía que su lívido fuese más fuerte que su consciencia.

—J-Rock, no… aquí no —susurró, tratando de detenerlo, mientras él seguía besándole el cuello.

—Cariño… —insistió, acariciándole uno de los senos.

—Aquí no, por favor. —Le cogió la cara para apartarlo y lo miró a los ojos—. No puedo, perdóname, pero no me siento cómoda.

—Está bien, lo entiendo —exhaló, como una válvula de escape a sus emociones alteradas. Debía poner a raya su excitación. Le dio un beso casto en los labios, la punta de la nariz y la frente—. Vamos a tu habitación, aún no me la enseñas.

—Puedo enseñarte mi habitación, pero no tendremos sexo, no en la casa, es que aquí siento la presencia de mis padres…

—¡Oh, mierda! No me digas que están penando… —Se levantó rápidamente.

—¡No! ¿Qué? No… —Lauren no pudo evitar reír, porque James había palidecido—. No me refiero a eso, quise decir… que tengo muy presente su recuerdo.

—Ah, vale, vale… —Se peinó el cabello hacia atrás con los dedos, como un signo de alivio.

—¡Qué cobarde! —Le dio un puñetazo juguetón en el muslo.

Él también rio, porque cayó en la cuenta de que había sentido miedo de verdad.

—Necesito algo fuerte para pasar el susto. —Se levantó y le ofreció la mano—. Llévame a ver esa colección que tu padre tiene en el sótano… ¿O tampoco puedes ofrecerme un trago?

—Eso sí puedo ofrecerte, pero como te dije antes, nunca he ido al sótano; no sé, es que me da un poco de miedo y evidentemente no estoy en compañía del hombre más valiente. —Ella que seguía sonriente aceptó la mano que él le ofrecía.

—Ay, muñeca, no me ofendas… que, si pones en mis manos un atizador, soy bastante capaz de defenderte.

—No creo que sea necesario, con tu presencia será más que suficiente.

Él le dio un beso en la mejilla y salieron cogidos de la mano, antes de dirigirse al sótano, Lauren prefirió ir a por una linterna porque no estaba muy segura de dónde estaba el interruptor para encender la luz.

—Imagino que para mantener así de impecable esta casa, se necesitará de un ejército —comentó James, cuando bajaban las escaleras del sótano.

—Sí, recuerdo que siempre había muchas mujeres limpiando, pero siempre estuve más apegada a la señora Rose, que es la encargada de administrar la casa.

—¿Aún se encarga del mantenimiento?

—Sí, aunque nadie viva aquí, ella trata de mantenerla en óptimas condiciones.

Lauren le había contado lo difícil que fue para ella regresar a esa casa, que no fue sino hasta el año pasado que encontró el valor para pasar una noche ahí en compañía de sus amigas; pero este verano decidió quedarse, para que pudieran mantenerse en comunicación mientras él estaba de gira. Él intentó hacerle compañía todo lo que pudo a través del teléfono; de verdad, había sido bastante poco, porque pasó más tiempo en conciertos, ofreciendo entrevistas y estando ebrio o drogado, que hablando con su novia.

—¿Dime por qué nunca habías bajado aquí? —silbó James impresionado cuando una hilera de lámparas de arañas iluminó un techo de ladrillo abovedado—. Tu padre sí que tenía buen gusto… Este es el sueño de cualquier hombre.

—Ya te dije, le tenía miedo, solo que nunca imaginé que fuese algo como esto. —Lauren también estaba sorprendida, porque no esperaba un lugar tan bonito y sobrio.

Las paredes al igual que el techo eran de ladrillos, pero tenían estantería empotradas de caoba, llenas de muchas botellas de todos los licores que pudiera imaginar, había barriles, una barra con butacas que podrían ser la envidia del más lujoso pub; también en una esquina, una mesa redonda y dos butacas Chesterfield de cuero marrón. Estaba segura de que hasta ahí llegaba la buena administración de la señora Rose, porque todo estaba impecable y el cuero de los muebles reluciente.

James como si fuese un niño, se paseó curioso por las estanterías y cada tanto en medio de un silbido, sacaba una botella para enseñársela a Lauren y decirle las maravillosas cualidades de cada una.

—Sé poco sobre licores, pero este es un güisqui escocés de pura malta, de las Tierras Altas, de veinticinco años. —Leyó la etiqueta trasera que tenía por logo un hermoso ciervo de doce puntas plateado—. Un trago de esto debe ser un sorbo de la más puta gloria.

—Tú llevas un poco de las Tierras Altas en tu sangre, te vendría bien un sorbo de ese licor. —Lauren le sonrió, sentada con las piernas cruzadas en una de las butacas—. ¿No crees?

—¿Lo dices en serio? —Se sentía realmente honrado y eso debía reflejarse en su mirada.

—Por supuesto, sírvete —le dijo agarrando un vaso de cristal tallado, de los que estaban sobre una bandeja en la mesa que tenía al lado.

—Gracias. —Se sentó en la otra butaca, lo que dejaba la mesa en el medio de ambos—. Esto es más escocés que el pusilánime de mi padre.

—¡James! —Lauren soltó una risita y puso el vaso de su lado, luego agarró uno para ella—. Me he antojado de un poco de producto escoces, quiero saber si sabe tan bien como lo único que he probado hasta ahora.

—Supongo que con lo «único» te refieres a mí…

—Hasta ahora, después de que pruebe ese güisqui ya no lo serás.

—Acepto que así sea, solo porque se trata de este gran tesoro —comentó al tiempo que quitaba el precinto de seguridad y luego retiró el tapón de corcho, no pudo resistir la tentación de llevarse el pico de la botella a la nariz y apreciar el aroma entre los que destacaba la vainilla y el regaliz, luego la alejó para admirarla una vez más—. The Dalmore —leyó como si estuviese hipnotizado por la botella—. A las damas primero —sonrió, sirviéndole a Lauren.

—Gracias —musitó sonriente.

Le fue imposible para ella no imaginar en una situación semejante a sus padres, disfrutando de una copa de un buen licor y de la invaluable compañía el uno del otro; sobre todo, viviendo la complicidad del amor.

James se sirvió y tras dejar la botella sobre la mesa, levantó su vaso, invitando a Lauren a hacer un brindis.

—¡Por tus padres! —El tintineo del cristal fue lo único que se escuchó en los siguientes segundos; él pudo ver que los ojos de su novia se cristalizaron por las lágrimas contenidas—. Porque gracias a ellos, podemos vivir este momento.

—Por mis padres —dijo con la voz rota y bebió un tragó para pasar las lágrimas que le ahogaban la garganta—. ¡Guao! —exclamó luego del primer sorbo y alejó el vaso para admirar el líquido ámbar

—. Estoy segura de que no sé nada sobre güisqui, pero está muy rico… Es más dulce que los otros que he probado.

—Sí que lo es. —James estuvo de acuerdo, tras haberse tomado de un trago lo que se había servido—. ¿Puedo servirme otro poco?

—Adelante —le instó ella.

Bebió otro poco y también le ofreció su vaso para que lo rellenara. Por un brevísimo momento, le atacó la duda, sobre si su padre hubiese querido que hiciera eso; sin embargo, enseguida tuvo la certeza de que él hubiera preferido que lo disfrutara ella a que lo hiciera cualquier desconocido.

—Con gusto. —James le sirvió más, mientras le sonreía.

Tras varios tragos, Lauren podía sentir la calidez del alcohol en su pecho y garganta, también lo sentía en la cabeza. Estaba más desenfadada y relajada, llevada por esa seguridad en su personalidad que le otorgaba el licor y reía por todo. James le contaba sobre tonterías vividas en los días que llevaban de gira, esas que se habían escapado a sus cortas conversaciones por teléfono y ella se lo tomaba más divertido de lo que realmente era.

—Creo que es hora de regresar al hotel —le avisó a James, cuando su última carcajada cesó.

—Pensé que nos quedaríamos a dormir aquí —dijo él, más presto del control de la situación, ya que el efecto de la cocaína en su sistema le restaba efectividad al alcohol.

Lauren negó con la cabeza, se bebió lo último que tenía en su vaso y soltó una risita.

—¿Eso qué significa? —preguntó James, acariciándole con las yemas de los dedos, la mano que le tendía con el vaso.

—Que tú y yo, sabemos perfectamente que no vamos a dormir…

—¿Me deseas? —preguntó con tono seductor y subió la caricia por el antebrazo.

—Sí, mucho. Siento tanto deseo de estar contigo que algunas veces me da vergüenza. No sé si está bien que una mujer desee tanto a un hombre como yo te deseo, James. —Buscó la mirada azul de su novio.

—Me gusta que sientas ese deseo tan desmedido por mí… Sí, me gusta mucho —asintió y caminó con sus dedos hasta posarlos sobre su seno izquierdo, tanteándolo, incitándolo.

—Pero no aquí. —Le atrapó los dedos, deteniendo sus intenciones—. Vamos al hotel, podemos llevarnos la botella y terminarla en la habitación, ¿qué te parece?

—Tú y yo, en la bañera del hotel, con la mitad de esta botella, es el plan perfecto —asintió, mirando que aún les quedaba licor.

—Podemos llevarnos otra… Elígela. —Señaló con la barbilla hacia la estantería que cubría toda una pared.

James no dudó, enseguida se levantó y fue a por otra botella de güisqui, como la que casi se terminaban no había dos; así que, se decidió por un Mortlach etiqueta azul de veinte años.

Lauren deseaba pasar esa noche con James, porque sabía que, al día siguiente, después del concierto no podría quedarse con él, ya que Enya había aceptado su invitación de venir a pasar unos días con ella y no le parecía educado, pedirle que viniera y luego dejarla sola.

Varios minutos después, Lauren llamó a la compañía de taxis, para que fueran a buscarlos, cerró muy bien las puertas y guardó las llaves en su cartera. Al llegar al hotel se fueron directos a la habitación y en cuanto entraron, James dejó la botella sobre la mesa del minibar y enseguida tiró de la mano femenina para comérsele la boca.

Ella no perdió tiempo y empezó a desvestirlo con una urgencia casi violenta, cómo si no hubiesen tenido la oportunidad de entregarse al placer esa misma mañana.

Él también arrancó cada prenda que le impedían tener a Lauren desnuda, luego la levantó y ella se aferró con sus piernas a las caderas, sin dejar de besarse, la llevó a la cama donde tuvieron sexo una vez más.

Una vez con las ganas saciadas, siguieron el plan que habían pautado, se fueron al baño, pero James le pidió a Lauren que entrara en la bañera, que él llevaría el licor; aprovechó que no estaba bajo el amparo de la mirada de su novia, para prepararse un par de rayas en la mesa del minibar, las esnifó con rapidez y con la

mano limpió cualquier resto del polvo blanco que quedó en la superficie de caoba.

Regresó al baño con la botella y un vaso. Desde la bañera, lo recibió con una sonrisa y sumergida en espuma con aroma a lavanda. Como ninguno de los dos se preocupó por volver a vestirse, enseguida entró y se complació con el agua cálida y la presencia de la joven que amaba.

CAPÍTULO 6

Maryland – Estados Unidos

Lenny retrocedió varios pasos, admirando las pruebas de pinturas que había hecho sobre una de las tablas del revestimiento de la parte frontal de la casa de sus padres. Ya habían hecho el esfuerzo de reemplazar el tejado, por lo que consideraba necesario darle una nueva cara a su hogar, aunque tenía su cabaña, seguía considerando la casa en la que creció: su hogar.

Había una franja blanca, otra beige y una tercera, gris claro. Miró desde varios ángulos, imaginando cómo luciría toda la fachada con cada uno de esos tonos, tras bastantes minutos, llegó a la conclusión de que el color que menos le gustaba era el beige, pero no era suya la opinión final.

—¡Mamá! —llamó a su madre, para que le ayudara a elegir, solo esperaba que no fuese a decidirse por el color que a él menos le gustaba—. ¡Mamá, ¿puedes venir un momento?! —Pero no fue su madre quien llegó, sino Stella.

—Mami, está sacando las galletas del horno, que esperes un minuto… ¿Qué haces? ¿Qué es eso? —apuntó hacia las pruebas que su hermano había hecho.

—Es para ver qué color queda mejor para pintar la casa… ¿Cuál te gusta? —preguntó, sonriéndole.

—El gris, es muy bonito, ¿puedo ir contigo a comprar las pinturas?

—Solo si mamá te da permiso…

Stella no dijo nada, sino que salió corriendo a buscar a su madre y en menos de un minuto, regresó, casi arrastrándola por la mano, no le dejó que se quitara el delantal.

—Tienes que verlo, mami… Es muy bonito, mira lo que hizo Lenny.

—Oh… ¿y eso? —masculló mirando los manchones en el revestimiento de la casa.

—¿Cuál es tu favorito? A mí me gusta el gris —dijo Stella muy entusiasmada.

—Mi favorito es el celeste de siempre. —Hizo un mohín.

—Mamá, ese celeste está desde que puedo razonar… —comentó Lenny—. Ya es hora de cambiarlo, ¿no crees? ¿Cuál te gusta más?

—Cariño, ya gastamos muchos de nuestros ahorros en reemplazar el tejado, no podemos hacer más gastos… —su voz denotaba que no estaba en absoluto convencida.

—Lo haré por mi cuenta, enviaré a dos obreros de la firma para que la pinten.

—Ay, Lenny… Sé que tienes las mejores intenciones, hijo, pero prefiero que se mantenga igual. No me gustaría cambiarle el color, así que, si deseas que se vea renovada, puedes comprar el celeste… Espera un momento, tu padre tiene la referencia guardada, ya te la busco.

—Yo creo que el gris se vería muy bonito —intervino Stella—. Será como una casa nueva.

—Pero no queremos una casa nueva, cariño… queremos nuestra casa de siempre —dijo con una noble sonrisa.

—También me gusta mucho el gris. —Lenny decidió apoyar a Stella.

—Pero no será gris, Lenny. —La voz de Madeleine se hizo más determinante—. Se pintará del mismo celeste o no se hará… —chasqueó la lengua—. Déjalo así, yo me encargó de cubrir esos manchones. —Estaba segura de que en el cobertizo había un poco de ese color que había quedado de la última vez que lo usaron.

Lenny cerró los ojos y respiró hondo para no hacer visible su rabia, pero por más que intentó tragarse su opinión, su actitud sumisa no se impuso esta vez. Su paciencia rebasó el límite, sobre todo, porque conocía muy bien cuáles eran las razones por las que su madre no quería cambiar el color, no quería hacer reforma ni ningún cambio a la casa.

—Sabes que eso no hará ninguna diferencia… Mantener las cosas a como cuando desapareció Susan, no hará que ella regrese. De nada te ha servido mantenerte estancada en el tiempo, ¿o no te lo han dejado claro los últimos dieciséis años? —preguntó con los dientes apretados, para contener su molestia, aunque era realmente visible por la forma en que su rostro se enrojeció.

—Lenny, es que no entiendes…

—¡No, mamá! Ya es suficiente… —su voz se alteró—. ¡Ya!... Tienes razón, nadie puede entender tu dolor, pero tú tampoco te esfuerzas un poco por entender a los demás, porque nada ni nadie más te importa, no haces más que darte golpes de pecho, mientras todo a tu alrededor es un caos…

—¿Qué es un caos? Intento ser una buena madre, lo intento… —balbuceó, sorprendida ante la reacción de su hijo.

—¿Lo intentas? ¿Es lo que crees? —reprochó con el ceño intrincadamente fruncido.

Stella no entendía lo que estaba pasando, por lo que miraba a su madre y a su hermano con extrañeza.

—Sé que contigo he fallado, que cuando Susie desapareció, te hice a un lado, pero era que no quería que me vieras sufrir, no quería que te dieras cuenta de que estaba muerta en vida…

—Eso lo sé… Lo entiendo, mamá, pero tu mundo solo se trata de Susan, todos los demás sobramos… ¿Acaso, no pensaste por un momento que aun muerta en vida, también te necesitaba? ¿Qué necesitaba, aunque fuesen los despojos de una madre?

—Lenny, yo… Lo siento. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos—. No he sido una madre para ti, lo sé… te pido perdón por eso, no puedo cambiar el pasado, pero todos los días intento resarcir todo el daño que te he causado.

—Justo como acabas de hacerlo, al pensar primero en Susan, en pensar que, si haces algún cambio en la casa, ella no va a reconocerla cuando regrese… Creo que es hora de que entiendas que eso no va a pasar, es momento de que te des por vencida —dijo con una seriedad que no dejaba dudas de que lo que decía era lo que realmente sentía.

La indignación cubrió a Madeleine como una segunda piel, daría todo lo que fuera por no haber escuchado esas palabras de Lenny, pero comprendía que estaba lleno de resentimiento, solo por eso lo perdonaría y haría como si no las hubiese dicho.

—El día que tengas hijos, me comprenderás… Entonces sabrás que cuando se trata de un hijo, no podrás darte por vencido nunca… Una madre no sabe rendirse.

Lenny negó con la cabeza y juzgó a su madre con la mirada, se dio por vencido, no quería seguir con el tema, porque temía que la discusión se hiciera más fuerte, y eso sería lo que pasaría si se sacaba todo lo que llevaba arraigado en su interior por tantos años. ¿Acaso no se dio por vencida con él? Porque justo así, era como lo veía.

—No te preocupes, me encargaré de quitar los manchones; no sea que, por mi culpa, Susan se equivoque de casa… Eso sería imperdonable, ¿verdad, mamá? Aunque sé que en el fondo me culpas tanto como a tía Melanie… Porque sí, debía cuidar también de Susan y no lo hice…

—¡Lenny! No, no te permito que digas eso, no te culpo por nada… —Deseó quitarle esa idea de la cabeza, pero su hijo empezó a alejarse con rapidez—. ¡Lenny! ¡Oh, por Dios! ¿Por qué demonios haces eso? ¿Por qué te comportas así? ¡Ya no eres un niño! —gritó su frustración.

—Mami —chilló Stella y le sujetó la mano. Estaba muy confundida y triste por ver cómo se habían tratado su madre y su hermano. Nunca los había visto discutir.

Lenny no respondió, estaba demasiado molesto e indignado como para detenerse. Necesitaba tiempo para que sus emociones volvieran a equilibrarse; por lo que, tampoco podría, de momento, cubrir con el maldito color celeste, las pruebas que hizo.

—Ven aquí, cariño. —Madeleine cargó a Stella—. No pasa nada —Le dio un beso en la mejilla.

—Pero Lenny está furioso, ¿por qué no quiere a Susie? —Desde su inocencia, comprendió que el motivo de su estallido era debido a su hermana.

—Mi pequeñita, por supuesto que Lenny quiere mucho a Susie. —Aunque le sonreía a su hija, su voz estaba rota por las lágrimas que luchaba por no derramar—. Pero sabes que es muy obstinado con su trabajo, quería que aceptara sus cambios…

—Pero para mí, la casa se vería muy bonita pintada de gris… aunque preferiría que fuese como un arcoíris.

—No creo que la municipalidad nos permita pintarla como un arcoíris. —Le sonrió de manera genuina.

—¡Qué mal! —hizo un puchero.

—Sí, muy mal… Pero debemos cumplir las reglas. ¿Quieres comer galletas con leche? —le preguntó mientras le hacía dar saltitos en sus brazos.

—¡Sí!

Madeleine le dio varios besos en la mejilla; estaba tratando de que su hija no se diera cuenta de lo afectada que se sentía por los reproches de Lenny, pero lo cierto era que deseaba desesperadamente poder echarse a llorar.

Cuando Lenny llegó a su cabaña, se dio cuenta de que no iba a tranquilizarse en un buen rato. Lo mejor era poner unos cuantos kilómetros de distancia; así que, se duchó rápidamente, se vistió y subió a su coche. Pensó en ir con su tía, porque siempre había sido su refugio en sus momentos de tormenta, pero no quería cargarla con más problemas. Prefirió conducir a Baltimore, sin tener la certeza de dónde se hospedaría ni mucho menos cuándo regresaría.

Madeleine al escuchar el sonido del motor del coche de Lenny, se levantó de la mesa de la cocina, donde estaba viendo cómo su hija remojaba las galletas de chispas de chocolates en la leche y se las devoraba. Se asomó por la ventana que estaba sobre el lavaplatos, aunque sabía que desde ahí no podría verlo marcharse. Se cubrió la boca con una mano para ahogar el sollozo; aun así, varias lágrimas se le derramaron.

No tenía dudas de que con Lenny había fallado como madre, pero jamás imaginó que él le guardara tanto resentimiento, eso le rompía el corazón; así como probablemente ella se lo rompió cuando

tan solo era un niño. Se había dado cuenta de que pedir perdón no iba a ser suficiente para unir los pedazos fragmentados, que nada de lo que hiciera de ahora en adelante repararía el daño que causó.

Tuvo que hacer de tripas corazón para no preocupar a Stella con su estado. Una vez que se comió tres galletas y el vaso completo de leche, le pidió que fuera a jugar en su habitación, que ella debía encargarse de limpiar la cocina y poner a lavar las sábanas.

Al tiempo que se dedicaba a las labores del hogar, se permitía vivir sus emociones a través del llanto, mientras se comía la cabeza, pensando a dónde pudo haber ido su hijo. Y a cada minuto quería ceder a la tentación de llamar a Melanie para preguntarle si estaba con ella, pues sabía que siempre buscaba ahí la paz; esa que, a pesar de ser su madre, le robaba.

Con el paso de las horas, trataba de ocupar su mente, su cuerpo y energía en otras cosas, hasta el punto de dejar cada rincón de su hogar reluciente, también se esmeró en preparar un pastel de carne, hizo más galletas, que guardó en un recipiente en la alacena y horneó pan de maíz.

Cuando su esposo llegó, empezó a sentirse más preocupada porque no había escuchado a Lenny regresar. Patrick enseguida se dio cuenta de su semblante, porque ella había aprendido a ocultar ciertas emociones a sus familiares, pero no a su marido; él la conocía demasiado bien; sin embargo, no le dio tiempo de ponerlo al tanto, porque Stella, cómo siempre, llegó como un vendaval a recibirlo.

—No es nada grave, no te preocupes… Luego lo hablamos. —Trató de tranquilizarlo con una sonrisa forzada y un beso en la mejilla.

—Mami está horneando pastel de carne, también hizo galletas de chispas de chocolate y pan de maíz… —parloteó Stella—. ¿Quieres galletas? Están riquísimas.

—Sí, me comeré una antes de la cena —dijo Patrick y con su hija cargada se acercó a la alacena donde Madeleine solía guardarlas —. Ayúdame a sacarlas —la alentó.

Stella se hizo del envase de cristal con ambas manos. Mientras Patrick miraba a su mujer; aunque le dijo que no era nada serio, podría estar más tranquilo si le hubiese dicho cuál era el motivo de su estado.

—Papi, ¿puedes darme una? —le preguntó en un susurro para que su madre no la escuchara, porque ya le había dicho, que tres fueron suficiente por ese día.

Patrick sabía que esa pregunta secreteada era porque Madeleine no le permitiría otra, pero no podía no consentir a su niña. Que le entregó el frasco y lo puso en la encimera.

—Pero me prometes que te comerás toda la cena —murmuró, cómplice.

—Sí, me la comeré toda —asintió sonriente, tratando de convencer a su padre, mientras veía cómo él destapaba el frasco.

—Bueno, toma. —Sacó la galleta y se la entregó, siempre cuidando que Madeleine no se diera cuenta; de cierta manera, ayudaba que estuviera tan taciturna.

—Gracias, papi. Te quiero. —Sonrió aferrada a la galleta con ambas manos, como si se tratara de un tesoro.

—Yo también, mi pequeña. —Le dio un beso en la mejilla—. Ve a comértela en la sala.

La niña asintió, entonces él la bajó y le dio una palmadita en la espalda, alentándola a que se fuera, mientras Madeleine estaba dedicada a la preparación de una ensalada.

Él se hizo también de una galleta y de un par de mordiscos se la comió. Se limpió en los vaqueros los restos de grasa que le quedaron en las manos, mientras se acercaba a su mujer.

—Maddie, ¿qué te atormenta, cariño? —Se hizo de un par de hojas de lechuga para ayudarle a trocearla.

Solo hizo falta una mirada de soslayo de Madeleine para que él entendiera que primero debía lavarse las manos.

—No importa que trates de distraerme, estoy esperando una respuesta —dijo mientras metía las manos debajo del chorro de agua—. Aunque no voy a obligarte a que me cuentes qué sucedió si no quieres.

Madeleine negó con la cabeza mientras ponía en la plancha las rodajas de melocotón. No quería mortificar a su marido, pero sabía que, si no hablaba con él, de igual manera iba a estarlo.

—Es Lenny —chasqueó los labios.

—¿Lenny? —Le pareció extraño que su hijo fuese el motivo del estado de Madeleine, porque debía admitir que Dios lo había premiado con un primogénito digno del mejor de los ejemplos.

Lenny era un hombre inteligente, trabajador, respetuoso, sin vicios. Sus distracciones se resumían a salir de vez en cuando con sus amigos a tomarse algunas cervezas y asistir a conciertos de rock, aunque tuviera que irse a otro estado a ver a sus bandas favoritas; porque sus aventuras amorosas tampoco significaban ningún problema. Comprendía que los jóvenes, huían a los compromisos y mucho más a formar una familia. Cuando él tenía la edad de Lenny, ya se había casado con Madeleine, había regresado de la guerra y tenía un hijo de dos años.

—Sí, hoy tuvimos una discusión. —La voz se le quebró—. Me hizo duros reproches, sé… sé que no he sido una buena madre con él, que lo descuidé durante mucho tiempo, eso lo sé, pero eso no hace que sus recriminaciones me dolieran menos… —La barbilla le tembló y se le derramaron varias lágrimas.

—¿Qué te dijo? ¿Por qué lo haría? —No era que no creyera en su mujer, solo que le costaba mucho pensar en su hijo haciéndole algún tipo de reclamo a Madeleine.

—Piensa que lo culpo por la desaparición de Susan…

—¡Es una locura! —intervino Patrick—. Era un niño.

—No lo sé, Patrick… Creo que le molestó mucho que no le dejara cambiar el color de la fachada, solo que me gusta mucho el celeste. —Sabía que su mentira era innecesaria, porque al igual que su hijo, su marido conocía perfectamente la razón, ya que, más de una vez, lo había expresado. No solo con la pintura, sino con cada rincón de la casa.

—Lo sé, cariño. —Patrick dejó una hoja de lechuga sin trocear, para abrazar a su mujer y darle un beso en los cabellos.

—Me pidió que dejará de esperar un milagro, porque Susan no va a regresar…

—Iré a hablar con él —decidió Patrick. No tenía intención alguna de reprenderlo, solo quería comprenderlo. Le pediría que se liberara y le arrojara a la cara cualquier recriminación que quisiera hacerle; después de todo, Lenny tenía todo el derecho a sentirse abandonado, porque eso hicieron, sería demasiado injusto invalidar sus emociones.

—No está, se fue… Escuché cuando se marchó en el coche, me preocupa que no haya regresado, pero imagino que debe estar con Melanie… ya que siempre va con ella.

—Sí, seguramente se fue con tu hermana. ¿Quieres que le llame?

—No, mejor no. Supongo que no debe tardar en volver.

Madeleine no quería que su hermana se enterara de lo que había pasado con Lenny, solo esperaba que él no se lo hubiese contado, porque como siempre, iba a creerse mejor madre para él que ella.

—De acuerdo. —Le dio otro beso—. No te preocupes, todo estará bien… Seguro que se le pasará la rabieta.

—Solo quiero que comprenda que no le culpo por nada; por el contrario, soy yo quien se siente culpable porque sé que no he cumplido mi papel de madre. Debí hacer las cosas de otra manera, ser más fuerte… y darle más tiempo y amor a mi hijo.

—Cariño, no digas eso… hicimos lo que pudimos para protegerlo de todo el dolor y la desesperación que estábamos viviendo.

Ella asintió y respiró hondo para dejar de llorar, aunque no podía sacarse de la cabeza la mirada cargada de recriminación de Lenny. Se dedicó a quitar de la plancha los melocotones.

—Iré a poner la mesa —avisó Patrick.

—Gracias, amor —dijo un poco más tranquila—. Ya solo me falta echarle las nueces a la ensalada.

—Está bien. —Buscó en la alacena los platos y los llevó al comedor.

En menos de cinco minutos, estaban reunidos con Stella en la mesa, mientras Patrick le servía a la niña una porción del pastel de carne con masa de hojaldre.

CAPÍTULO 7

La gira de Sweet Poison, estaba siendo exitosa y haber llenado en pleno el estadio Birmingham International Arena, era uno de los tantos ejemplos. Las luces estallaron en un resplandor carmesí cuando los primeros acordes de la guitarra de Tommy rugieron por los altavoces. Un estruendo de gritos sacudió el lugar, la multitud estaba eufórica, y en medio de ese clamor, James emergió de las sombras como un depredador entrando en su cacería.

Vestía una camisa de seda desabotonada, pegada a su torso, y unos pantalones de cuero que abrazaban cada movimiento de sus caderas. Sus pasos eran felinos, seguros, marcando el ritmo con el vaivén de su cuerpo mientras se deslizaba por el escenario con una arrogancia innata.

Tomó el micrófono con la mano enguantada, acercándolo a sus labios con la delicadeza de un amante, y dejó que su voz invadiera el recinto. Grave, rasposa, cargada de un magnetismo que hacía estremecer a la audiencia. Su canto era un hechizo que atrapaba a cada espectador, arrastrándolos a su universo de excesos, pasión y peligro.

Se movía como si el escenario fuera su territorio, su reino. Caminaba con esa mezcla de desafío y seducción que mantenía a todos —hombres y mujeres— hipnotizados. Se inclinó sobre el borde, alzando la barbilla, dejando que las luces delinearan su mandíbula afilada y la sombra de una sonrisa maliciosa.

En un momento, se llevó una mano al pecho, dejando caer la cabeza hacia atrás en un gesto de puro éxtasis, emitiendo una nota que parecía desgarrarle el alma. Luego, con un giro fluido, volvió a la carga, deslizándose entre los demás miembros del grupo, jugando con ellos, avivando el fuego del espectáculo.

Cuando llegó el estribillo, James extendió una mano hacia la multitud, con los ojos encendidos les dedicaba una mirada entre desafiante y provocadora. Las primeras filas respondieron con un grito ensordecedor, algunas chicas extendían los brazos y otras se sujetaban el rostro como si fueran a desmayarse. Sonrió con arrogancia porque sabía lo que provocaba, lo que despertaba y se alimentaba de ello.

Un golpe de batería marcó el clímax del tema, y James, con un movimiento brusco, se arrancó la camisa, lanzándola sin mirar a la muchedumbre enloquecida. Su cuerpo brillaba bajo las luces y el sudor resbalaba por su pecho marcado. Dio una vuelta sobre sí mismo, el cabello despeinado le caía sobre los ojos, antes de soltar la última nota con un gemido casi pecaminoso.

El silencio duró pocos segundo. Luego, el rugido del público estalló con fuerza. James se quedó ahí, con el micrófono colgando entre sus dedos, su respiración agitada y una sonrisa satisfecha en los labios; era invencible, y todos lo sabían.

Lauren, en compañía de Enya, disfrutó tras bambalinas del concierto, en el que el grupo derrochó energía y talento, con el mismo entusiasmo de siempre; a pesar de que físicamente estaban agotados y doloridos, no permitieron ni por un segundo que sus padecimientos le impidieran ofrecer un gran espectáculo.

Ayudó mucho que una hora antes del concierto, el servicio médico, le inyectara corticoides a James para ayudarle con la laringitis aguda que estaba presentando, y a Tommy por el dolor en el cuello y la zona lumbar, que le provocaba mantener la misma posición al tocar la guitarra.

Con cada presentación, a Lauren se le hacía menos difícil ver cómo James le dedicaba *Sweet and Innocent*, a una de las afortunadas del público, solía elegir a las que hacían la petición a través de carteles, por lo que cada vez eran más los que llevaban.

En medio de una multitudinaria ovación, salieron corriendo del escenario, el último en abandonarlo, como siempre, fue Ray, luego de lanzar las baquetas al público. Las luces se apagaron y ellos recibieron de mano de los *roadies* toallas y botellas de agua. Aunque, la mayoría prefería bebidas alcohólicas.

A pesar de que podía considerarse que eso ya era una rutina, la adrenalina y la emoción se vivía como la primera vez y se alimentaban con toda esa energía que la gente le transmitía a través de su asistencia.

Lauren, llena de orgullo, abrazó a James, le dio un beso y lo felicitó por otra extraordinaria presentación. Él correspondió al besó de su novia, le cogió la mano y junto al grupo se fueron al camerino.

—¿A dónde vamos a ir a celebrar? —preguntó Ray, desde el sofá en el que estaba acostado, ya más descansado—. Escucho recomendaciones, *brummie* —se dirigió a Lauren, pues era la que conocía la ciudad.

—No lo sé, no conozco muchos lugares, pero puedo preguntar. —Lauren se levantó del regazo de James, pero no pudo alejarse porque él la retuvo por la muñeca izquierda.

—Podemos celebrar en el hotel, el bar tiene buen espacio —propuso James, tirando del agarre para que su novia volviera a sus piernas.

—Enya, ¿te gustaría ir? —preguntó Lauren, con una sonrisa afable, secretamente deseaba que aceptara, así podría pasar más tiempo con James. Ya que, no consideraba educado de su parte, mandarla sola a casa.

Apenas tuvo tiempo de hacer las presentaciones esa misma noche, justo antes del concierto. Porque previamente, tuvo que ir a buscarla a la estación de tren, de ahí la llevó a la casa para que dejara la mochila y se cambiara. Sin embargo, ella que conocía bien a Enya, se dio cuenta de que Billie le llamó bastante la atención; y para él, ella tampoco pasó desapercibida, solo que todavía mantenían las distancias.

—Sí, sería un sacrilegio no celebrar semejante espectáculo —respondió con una sonrisa y su mirada se escapó al bajista, quién tenía los ojos puestos en ella.

—Vamos… —inhaló Tommy, luego de meterse una raya de coca, para contrarrestar el efecto del corticoide que le provocaba sueño y no quería perderse por nada una noche de celebración. Luego se inclinó sobre la mesa y esnifó la otra.

Drogarse delante de los demás, ya lo tenía bastante normalizado; después de todo, se había convertido en un hábito para todos los presentes, o casi todos, porque Lauren no había cedido a la tentación de sustancias más estimulantes que la marihuana. Y tras ofrecerle a su amiga, y que esta se negara, comprendió que no consumía, pero tampoco pareció que le escandalizara que otros lo hicieran.

Todos se levantaron y salieron del camerino, en el pasillo le informaron al mánager que irían al bar del hotel, para que hiciera las llamadas correspondientes y que habilitaran un espacio para la banda y sus invitadas.

En la furgoneta, Billie le pidió a Enya que se sentara a su lado; esa fue su manera de romper el hielo y enseguida empezaron a conocerse.

Lauren que iba junto a su novio, compartían miradas y sonrisas, al ver la asombrosa química que existía entre el bajista y la irlandesa.

—¿Quieres hacer una apuesta? —propuso James, con un susurro en el oído de Lauren.

—¿Qué quieres apostar? —preguntó ella, con una risita, porque él le hizo cosquillas con el aliento.

—Que Billie y Enya terminarán follando esta noche. —Le mordió el lóbulo, un poco más arriba de dónde tenía el pendiente de aro.

—No, no lo creo. —Sonrió, encogiéndose de hombros, ante las provocaciones de su novio—. Es que Enya es así, muy conversadora.

Miró de soslayo a su amiga, se le veía muy cómoda platicando con Billie, que la miraba con atención y bastante interés, pero Enya contaba con un carisma envidiable, tenía la habilidad innata para conectar con las personas. Y lo dejaba claro que había conseguido que el miembro más callado de la banda tuviera toda su atención puesta en ella.

—No se trata de una simple conversación, hay ahí atracción… ¿Qué quieres apostar? —la instó James.

—Es tu juego, ¿qué apuestas? —Se animó Lauren.

—Si gano, en cuanto termine la gira, te irás a vivir conmigo.

—¿C-c-cómo? —boqueó Lauren, no sabía si estaba impresionada o demasiado feliz. Quizá si él ganaba esa apuesta, la más beneficiada sería ella. ¿Qué podría ser más perfecto que despertar todos los días al lado del hombre que amaba?

—Lo que escuchaste. —Le dio un beso en el cuello—. ¿Tú, qué apuestas?

—Si no follan esta noche, cuando termine la gira, me iré a vivir contigo. —Lauren no tuvo que pensárselo mucho, quería eso más que a nada. Aunque eso significara que debiera levantarse mucho más temprano para ir a la universidad, pero por pasar más tiempo junto a James, merecía la pena cualquier sacrificio.

Él soltó una corta carcajada, mientras jugueteaba con sus dedos entre los mechones oscuros del cabello de Lauren.

—Me gusta tu apuesta, es bastante arriesgada.

—Lo es. —Ella asintió sonriendo—. Pero estoy dispuesta a enfrentar cualquier desafío.

—Te amo, muñeca —murmuró juguetón y le dio un beso en el cuello, mientras la apretaba a su cuerpo en un estrecho abrazo.

Estar con ella le daba equilibrio a su vida; sí, podía tener a otras mujeres dispuestas a hacer lo que fuera por él, pero le bastaba con que solo Lauren lo quisiera. Era a la única que deseaba dispuesta a complacer todos sus deseos.

—Me gusta que me ames. —Se volvió hacia él y le sujetó el rostro con ambas manos, apenas se tomó pocos segundos para mirarlo a los ojos, buscando en ellos la confirmación al sentimiento que expresó con palabras. Ahí estaba, ese brillo en sus pupilas; no se contuvo más y lo besó, un beso que empezó arrebatador, voraz, lleno de ganas.

Empujó con su lengua la de James, para llevar en su boca la impúdica caricia, pero fue por poco tiempo, porque como siempre, él se impuso, tomando el control del beso con una habilidad que le hacía vibrar hasta la conciencia.

—Podrían esperar a llegar al hotel —protestó Tommy, que iba al lado de James y con su espalda lo empujaba contra la ventanilla, por estar en medio del frenesí del beso.

—¿Te molesta? —gruñó James, al tomar un respiro en medio del beso, fijando su mirada en el guitarrista.

—Sí. —Lo empujó con el codo, más hacia Lauren, tratando de dejar el espacio suficiente para poder respirar.

—Oh, disculpa, Tommy. —Lauren soltó una risita y se alejó del beso, tratando de recobrar la compostura y el aliento. Por lo que, cuando James se acercó para volver a besarla, le puso una mano en la boca apartándolo—. Esperemos llegar al hotel. —Le fue imposible no sentirse amonestada por el guitarrista.

Cuando llegaron, eran esperados por un grupo de fanáticas que no iban a poder sortear; así que, se prepararon para compartir con las chicas, por lo menos, unos minutos. Como siempre, bajaba primero Reik para captar con su videocámara la llegada de los chicos, que esperaron dentro de la furgoneta, vehículo que usaron para el traslado hasta el estadio, ya que el autobús estaba en mantenimiento: un requisito obligatorio, antes de partir a otra ciudad.

El personal de seguridad, que viajaba en otra furgoneta, bajó e hizo una barrera para que los chicos pudieran salir. El primero en descender fue Ray, que enseguida fue asediado por gritos agudos y manos estiradas que se morían por tocarlo.

—Buenas noches, chicas. —Se detuvo para firmar todo lo que le ofrecían—. Me prestan un Sharpie… —pidió sonriente. Disfrutaba mucho de esos momentos, incluso, los molestos destellos de las cámaras fotográficas.

Cogió uno de los tantos marcadores y empezó a estampar su nombre en los discos, afiches y cualquier pedazo de piel que le pidieran.

—Ray, eres mi favorito… De verdad, eres fenomenal —dijo con voz temblorosa una jovencita bastante atractiva, de la que no estaba muy seguro si era mayor de edad. Terminó de estampar su firma en el antebrazo, la sujetó por la mandíbula y le dio un beso en la boca.

—También eres mi favorita… —Le guiñó un ojo y antes de que las demás se le fueran encima, caminó rápidamente a la entrada del hotel, dejando una estela de gritos.

El siguiente en bajar fue Billie, que, para sorpresa de todos, lo hizo de la mano de Enya, apenas se detuvo para firmar un par de afiches y siguió; quizá, él podría pasar por ser el más prepotente del grupo, lo cierto, era que no solía ser muy extrovertido y no sabía cómo lidiar con esas situaciones, porque le abrumaban demasiado.

Luego le siguió James en compañía de Lauren, ella le soltó la mano y retrocedió un par de pasos, para dejarle el espacio y tiempo suficiente para que se dedicara al público; después de todo, a ellas le debían todo lo que, hasta el momento, habían logrado.

A estas alturas, no debía ser un secreto para nadie que era la novia de James, ya que él se había encargado de decirlo en todas las entrevistas que le habían hecho; además, varios periodistas también los habían fotografiado. Lo que le recordaba a Lauren que cada vez era más difícil para ella seguir ocultándoselo al padre Francis y a la Madre Superiora, lo único que le daba un poco de calma, era saber que, a ellos, el mundo de los tabloides no les interesaba en absoluto; sin embargo, existía la posibilidad de que alguien se lo dijera.

Por primera vez se sintió aceptada, cuando varias de las chicas le saludaron y también le pidieron que les firmara la nota de una revista, ella miró a James, sin saber qué hacer, pero tan solo bastó una mirada de él para comprender que quería que se involucrara en el momento; así que, caminó y tomó el marcador. Soltó una risita de puro nervio, porque no tenía la más remota idea de qué hacer, no había imaginado que algún día alguien le pediría un autógrafo y no lo había practicado; al final, solo escribió su nombre y le dibujó un corazón. Eso dio pie a que más chicas también le pidieran autógrafos.

—Lauren, ¿qué se siente ser la novia de James? —preguntó una de las chicas.

Ella levantó la mirada en busca de quién le había hecho la pregunta, y al verla, le sonrió.

—Es estupendo. Tengo al mejor novio.

—Sí, tienen muy buena química, hacen una linda pareja.

—Gracias —dijo James, que se acercó y llevándole una mano a la cintura, la aproximó a él, instándola a que entraran, porque si

Lauren estaba esperando a que cesaran las preguntas, eso no iba a pasar.

—¡Gracias, chicas! —Ella se despidió con la mano y una sonrisa.

Tan solo habían dado pocos pasos cuando los gritos se hicieron más histéricos y empezaron a llamar al guitarrista. Sin duda, él era el favorito de las masas y eso no le preocupaba mucho a los demás. Ya habían asimilado que a las chicas Tommy les parecía más atractivo, así era siempre, el rubio de la banda se llevaba la mayoría de los elogios.

Tampoco se sorprendieron cuando se presentó en el vestíbulo con un par de jovencitas, con las que iba a celebrar y a pasar la noche. Ray, al ver eso, no dudo en correr a la salida; buscó a esa que besó, le emocionó darse cuenta de que seguía ahí, le cogió la mano y se la llevó dentro, ante las miradas cargadas de envidia de las demás.

—Vamos. —Se la llevó al bar del hotel, antes de que Joyce interviniera.

El mánager solía cuidarle las espaldas y cuando sospechaba que había una menor de edad con ellos, terminaba alejándola y mandándola a volar; según él, para evitar denuncias o demandas legales.

¡A la mierda! Joyce era demasiado rígido. Él quería a esa y, por lo menos, aparentaba unos dieciséis.

Al entrar al bar, habían juntado cuatro mesas y dispuesto sillas en el extremo derecho del lugar, para que el grupo pudiera estar unido. A partir de ese momento, las botellas de todo tipo de licor y algunos cócteles no pararon de llegar; así mismo, algunos miembros de la banda empezaron a formar rayas de coca que no dudaron en esnifar o frotarse el polvo en las encías.

A pesar de que Lauren no aprobaba el consumo, no era secreto para ella que, tanto a James como los demás chicos, les molestaba que se les reprochara por eso, mucho menos en momentos de celebración, por lo que prefirió ignorar que su novio en menos de un minuto hizo desaparecer tres líneas. Sin embargo, era la primera vez que lo veía drogarse desde que llegó el día anterior, lo que le hizo

suponer que lo tenía bastante controlado; así que decidió relajarse y disfrutar del momento como lo estaban haciendo todos los demás.

A medida que el alcohol se apoderaba de todos, el ambiente se hacía más descontrolado y los destrozos empezaban a suceder. James subido en una mesa empezó a bañar a todos con champán, mientras que Tommy lanzaba las botellas vacías que terminaban en cristales rotos en el suelo, lo que significaba un gran peligro para cualquiera; aun así, todos le celebraban que lo hiciera.

A ellos poco les importaba romper cualquier cosa a su paso, no había amonestaciones ni los expulsaban de ningún lugar; a pesar de que muchas veces los otros huéspedes solían quejarse. Los hoteles estaban preparados para ese tipo de contingencias y terminaban pasándole las facturas a Joyce. En cambio, el mánager, sí les había advertido que los destrozos causados corrían enteramente por cuenta de ellos y no entraban en el porcentaje que a él le tocaba por sus funciones.

Cuando James bajó de la mesa, escurriendo champán, buscó la boca de su novia; mientras la besaba con ardorosa pasión y lascivia desmedida, vertió sobre ambos la mitad de la botella. Ella se apartó del beso riendo y saboreó sobre su labio superior la bebida que mojaba su rostro. Le quitó la botella a su novio y la puso sobre la mesa, de dónde seguramente la agarraría Tommy.

—Vamos a follar —le propuso James, sujetándola posesivamente por el cuello. Ejerciendo la presión exacta para permitirle apenas respirar.

Lauren afirmó, sabía que debía aprovechar, porque no podría quedarse con él después de terminar la celebración, suponía que Enya iba a querer descansar. Hasta el momento, no notaba un gran avance entre Billie y ella, solo conversaban y de vez en cuando reían, integrándose más a la juerga. A todas luces, iba a ganarle la apuesta a James.

Él volvió robarle la cordura cuando la penetró con su lengua, en un beso que fue rápido pero arrebatador, luego se apartó y le pasó el brazo por encima de los hombros para llevarla a la habitación, dejando atrás una estela de silbidos, porque no dejaba opción a dudas de lo que ellos iban a hacer. Lauren de cierta manera

agradeció que Tracy, solo hubiese podido ir a la prueba de sonido, porque ella era mucho más recatada y ese tipo de demostraciones la escandalizaban; en cambio, con Enya, podía mostrarse sin reservas.

Desde el momento en que entraron en el ascensor las manos de James volaron al botón de sus vaqueros, pero ella le pidió un poco de paciencia mientras trataba de retener sus avances, aun así, suspiraba y gemía debido a los besos que le repartía por el cuello y a las promesas cargadas de las proezas sexuales que le haría. Consiguió llegar a la habitación con cada prenda en su lugar, pero en cuanto cerraron la puerta, se desvistieron con urgencia.

Casi una hora después, con el apetito carnal satisfecho, decidieron regresar al bar donde la fiesta seguía en un auge más descontrolado; ya que encontraron a Tommy esnifando rayas de coca sobre las tetas de una de las chicas que le acompañaba, mientras que la otra estaba de rodillas, debajo de la mesa, haciéndole una felación; para sorpresa de Lauren, Billie y Enya estaban comiéndose a besos.

Mientras que Ray brillaba por su ausencia, al igual que su conquista de la noche; seguramente estaban teniendo sexo en la habitación, el baño, o cualquier esquina que se los permitiera. Se sentó y se hizo de la primera cerveza que vio medio llena y que aún estuviera fría, se la bebió de un trago con la intención de aplacar la sed que le dejó la apasionada entrega con su novio. Solo entonces, Enya se percató de los recién llegados y se apartó de la revisión de amígdalas que Billie le estaba haciendo.

Como Lauren lo imaginaba, su amiga no se sonrojó en absoluto, porque se tenían la confianza suficiente como para no caer en juicios de valor cuando de relaciones se trataba. Además, a ella le encantaba la idea de un posible noviazgo entre Enya y Billie, de todos los miembros del grupo era el más maduro, el más serio y responsable.

—Estoy mucho más cerca de ganar la apuesta, las probabilidades están claras —le susurró James, sentado a su lado, mientras le acariciaba con las yemas de los dedos la parte posterior del cuello.

—Me resigné a perder —respondió, estremeciéndose ligeramente por el sutil toque—. Pero todavía puede que las probabilidades terminen cambiando; así que, no cantes victoria antes de tiempo.

—Olvidaba que eres una mujer de fe —rio roncamente y se abalanzó hacia la mesa a prepararse un par de rayas, porque el efecto de las anteriores ya estaba pasando.

Lauren se mordió ligeramente el labio y le acarició la espalda, deseando en ese momento que James no necesitara tanto los efectos del narcótico; de manera inevitable, sintió que la cocaína empezaba a ser más indispensable para él que ella.

James se apartó y miró a Lauren mientras se presionaba una de las fosas nasales, pudo notar la desaprobación en sus ojos.

—Tranquila, esto solo me da la energía que tú me quitas… ¿No quieres un poco? —Le ofreció el tubo inhalador—. Te sentirás como si fueras la puta ama del universo.

—No —negó con sus palabras y con la cabeza—. No necesito eso para sentirme en la cima del universo, contigo es suficiente.

Deseaba con todo su corazón surgir el mismo efecto en él, que no necesitara nada más que a ella para sentirse el hombre más poderoso y afortunado del mundo.

James en respuesta le mordió suavemente en la clavícula, luego le besó ese pedacito. Se había enganchado a la piel de Lauren como lo había hecho a las drogas y al alcohol; sin duda, era un hombre proclive a las adicciones.

El bar había cerrado al público desde hacía unas cuantas horas, solo permanecían en el lugar, algunos de los miembros del grupo y sus invitados; porque, al parecer, Ray no tenía intenciones de regresar.

Tommy se marchó en compañía de las dos fanáticas, que harían cualquier cosa con tal de cumplir las fantasías de su ídolo. Los tres no solo iban bastante alcoholizados sino con las narices bien empolvadas, lo que aseguraría horas de desenfreno.

Cuando Lauren vio su reloj de pulsera, se dio cuenta de que el tiempo pasó volando, ya era bastante entrada la mañana, aunque la

penumbra era la dueña del ambiente, ya que el bar no tenía ventanas que permitieran la entrada del mínimo resplandor.

—Enya, cuando quieras irte, me dices —consideró que era prudente decirle, aunque se le veía bastante cómoda con Billie.

Jamás había visto a dos personas hablar por tanto tiempo y con tanto interés, en este punto, ya debían haberse confesado hasta sus secretos más ocultos. Sí, se habían comido la boca varias veces, pero no había sido un aliciente para que dejaran de conversar.

—¿Quieres irte o te gustaría acompañarme a la habitación? —le propuso Billie en un susurro.

Enya miró a Lauren y luego se volvió hacia los ojos oscuros del bajista. Era consciente de lo que pasaría si aceptaba la invitación, sin embargo, nada conseguía negándose que lo deseaba.

—Puedes pasar más tiempo con James. —Le sujetó la mano a Billie y se levantó—. Nos vemos por la tarde.

—Está bien, nos vemos… —respondió Lauren sonriente y la vio alejarse de la mano del bajista.

—Que lo pasen bien —les deseó James, sonriendo mordaz.

—Oh, mierda, he perdido —gimió Lauren, desconsolada, al tiempo que los seguía con la mirada.

—No nos consta que vayan a follar, puede que solo quieran dormir —comentó James—. Después de todo, la esperanza es lo último que se pierde… ¿o no?

Lauren lo miró y alzó una ceja irónica, porque bien sabía que él se estaba mofando de ella.

—Nosotros somos los únicos que vamos a dormir. —Apartó la botella de güisqui de la que él bebía directamente—. Necesitas descansar.

—Muñeca, no seas aguafiestas, todavía queda la mitad. —Se hizo de la botella y volvió a ponerla frente a él.

—J-Rock, ya todos se fueron, si quieres podemos seguir en la habitación. —Volvió a quitarle la botella a pesar de la renuencia de él por seguir aferrado al alcohol.

Le mortificaba verlo cada vez más dependiente, esperaba que una vez que llegaran a la habitación se olvidara de seguir bebiendo que no le hacía nada bien a la laringitis que ya tenía.

—Está bien, vamos… —Al levantarse se apoyó con una mano en el hombro de Lauren y se hizo de otra botella de güisqui, pero estaba tan ebrio que no se percató de que estaba vacía.

Lauren tuvo que servirle de apoyo durante el trayecto hasta la habitación; llegó agotada, porque él era más alto y el alcohol casi lo había convertido en un peso muerto; apenas consiguió arrastrar los pies.

—Ven, acuéstate… ten cuidado —jadeó sin aliento cuando le ayudó a dejarlo en la cama; luego se llevó las manos a la altura de los riñones con la intención de que la presión le aliviara el dolor.

James estaba vencido ante la borrachera, la botella vacía se le escapó de la mano y cayó al suelo. Entonces ella se sentó al borde del colchón, dándole la espalda y empezó a llorar al tiempo que dejaba la otra botella sobre la mesa de noche.

Le dolía mucho ver al hombre que amaba en esa situación, él había trabajado tan duro en busca del éxito y de todo ese reconocimiento que estaba obteniendo; sin embargo, en el proceso de alcanzar la fama se estaba dejando partes de su alma y parecía que quería rellenar esos pedazos con toda esa mierda que estaba consumiendo. Se cubrió la cara con ambas manos para ahogar el llanto, no podía evitarlo, la impotencia le oprimía el pecho. Quería hacer más por James, pero no sabía cómo.

—Cariño, muñeca… —balbuceó y estiró la mano para sujetarla por el brazo—. ¿Qué te pasa? Ven aquí. —La atrajo a su pecho.

Lauren se acurrucó contra él y dejó descansar la cabeza, seguía llorando, pero mantenía una fuerte lucha por contener sus emociones.

—Se siente tan bien, tenerte así… Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, muñeca… lo mejor, no quiero verte triste… ¿Soy el causante de tu tristeza?

—No… —Lauren negó con la cabeza y lo abrazó—. Tú eres mi felicidad, J-Rock… Pero… —se quedó en silencio, no encontró el valor para hacer su petición.

—¿Pero? —la instó con la voz rasposa, porque empezaba a vencerse ante la borrachera.

—No me gusta verte así…

—¿Así cómo?

—Perdiendo el control, veo que no puedes parar… Eso me pone triste —confesó con temor de que él se molestara—, y me preocupa.

—No tienes de qué preocuparte, todo está bien, esta noche solo quise pasarlo bien, ¿no crees que merezco distraerme? ¿Acaso no puedo perder un poco el control después de tanto trabajo?

Esos cuestionamientos de James la hicieron sentir culpable, no sabía por qué, pero le hizo creer que estaba siendo injusta con él.

—No quise decir eso; sí, creo que mereces pasarlo bien, te lo mereces… Solo que existen otras maneras de celebrar tus éxitos sin tener que terminar en este estado.

—¿Te molesta que me divierta…?

—No, James, no es eso… —chasqueó la lengua, quiso alejarse, pero él la abrazó con fuerza—. Olvida lo que dije —suplicó con la voz ronca, no sabía si esa opresión que empezó a sentir en el pecho era miedo u obediencia.

—Lo olvidaré, solo si te quedas justo donde estás, no huyas.

—No lo haré —musitó—. Te quiero demasiado como para alejarme de ti… —chilló su verdad.

«Aunque me duela demasiado ver cómo te estás autodestruyendo». Pensó el resto de la frase.

—Quiéreme lo suficiente como para que no puedas dejarme, porque si lo haces, me estarías matando. Te necesito a mi lado.

Lauren asintió con la cabeza y prefirió quedarse en silencio, hasta que se quedaron dormidos.

Ese mismo día, tuvieron que enfrentarse a la inminente despedida. Sweet Poison debía seguir con la gira. Entre tanto, Lauren terminaría de pasar el verano en Birmingham; aunque estuviese quedándose en casa de sus padres, solía ir al oratorio a ayudar; ya que, no había encontrado un trabajo con el cual distraerse.

No obstante, la promesa de que se iría a vivir con James, una vez regresaran a Londres, la hacía sentir muy feliz, pero también bastante ansiosa, porque deseaba que ese momento llegara cuanto antes. Sin duda, lo que restaba del verano se le iba a hacer eterno.

CAPÍTULO 8

Una vez que el grupo se despidió para seguir con la gira, Lauren quedó sumida en una terrible nostalgia y, en cuanto el autobús desapareció de su vista, se echó a llorar en los brazos de Enya, quien se abocó a consolarla. Con cariño, la instó a subir a un taxi y regresar a casa, pues ya nada tenían que hacer en el hotel.

Durante el trayecto, Lauren se fue calmando poco a poco, aunque por bastante tiempo se mantuvo taciturna y con la mirada perdida a través de la ventanilla. Enya comprendió que debía tener muchas cosas dándole vueltas en la cabeza y otras tantas oprimiéndole el pecho, así que se dedicó a acompañarla en silencio.

En cuanto llegaron a la casa, la guio a la habitación y la ayudó a meterse en la cama. Luego fue a buscarle agua. En poco tiempo, el cansancio producto del ajetreo de los días previos les pasó factura a ambas, y se quedaron dormidas en el mismo lecho, y ni siquiera el hambre logró despertarlas; no fue sino hasta la mañana siguiente que se sintieron con la energía suficiente para salir de la cama.

Enya despertó un par de horas antes, se duchó por un buen rato y luego fue a la cocina a preparar el desayuno. Había sido criada con las comodidades y lujos suficientes como para no haberse preocupado durante su niñez y adolescencia por hacerse sus comidas; sin embargo, cuando empezó la universidad, tuvo que aprender varias formas de subsistir, entre ellas cocinar, lavar y tender la cama.

—Buenos días —saludó Lauren con la voz todavía algo ronca, a pesar de que ya se había duchado.

Llevaba un albornoz y una toalla en la cabeza. Haber permanecido un largo rato bajo el agua de la regadera la ayudó con su estado anímico y también con el cansancio en su cuerpo, pues

amaneció adolorida, como si todos sus músculos estuvieran en tensión. Fue el olor a comida lo que la llevó a la cocina sin siquiera cambiarse.

—Buenos días —respondió Enya con una sonrisa mientras freía un par de huevos—. ¿Te sientes mejor?

Lauren asintió, caminando hacia la sartén para ayudar, pero antes de que pudiera hacer cualquier ofrecimiento, sonó el teléfono y fue a contestar. No tenía que alejarse mucho, solo ir a la entrada de la cocina, donde estaba colgado el aparato junto al quicio de la puerta.

—Aló —saludó al levantar el auricular.

No le extrañó que fuera el padre Francis, ya que solía llamarla por las mañanas o las tardes. Sin embargo, en los días que James estuvo en la ciudad, fue ella quien se adelantó en la comunicación, ya fuese desde el hotel o desde cualquier cabina, porque no podía dejar que él supiera que estaba pasando tanto tiempo fuera de casa. Si lo descubría, empezaría a hacer preguntas que ella no podría responder y tampoco tenía ganas de seguir mintiéndole.

Fue una conversación bastante corta, en la que le aseguró que estaba bien y le preguntó si podía llevar a Enya para que conociera el oratorio; además, le ofreció un par de manos extra para ayudar en las labores del orfanato. Ella sabía que nunca estaba de más.

Francis aceptó el ofrecimiento de Lauren y terminó la llamada con la promesa de que pronto se verían. Luego de colgar, ayudó a Enya con las tostadas. No se preocuparon por hacer un desayuno completo: solo huevos fritos, pan, salchicha y té con leche.

Dos horas después, estaban en el patio trasero del oratorio colgando sábanas. El estado de ánimo de Lauren mejoró considerablemente, pues antes de salir de casa había recibido una llamada de James.

—¿No me has dicho cómo te fue con Billie? —Por fin se atrevió a preguntarle a Enya. Desde que estaban desayunando quiso abordar el tema, pero no quería que su amiga la viera como una entrometida.

—Ah, bien… muy bien —respondió mientras ponía una pinza para sostener la sábana que estaba colgando.

—¿Muy bien? Solo eso… Pero si vi que tienen una química increíble —comentó deseando saber más.

—Sí, eso es innegable, pero solo fue una aventura de una noche.

—¿Acaso no fue bueno…?

—No se trata de eso —intervino Enya. Bien sabía hacia dónde se dirigiría la pregunta de Lauren—. Lo pasé muy bien, tuvimos buena química en todos los aspectos.

—¿Entonces por qué dejarlo en solo una noche? ¿Billie está de acuerdo con eso? —Lauren dejaba clara su confusión no solo con sus palabras, sino también en sus gestos.

—Sí, por supuesto, se lo dejé claro… Mi intención nunca fue más allá de una sola noche.

—¿Y eso por qué? No lo entiendo. ¿Por qué no darte la oportunidad de vivir una relación con él? Podrían volver a verse… Además, Billie es un buen hombre. De todos los integrantes del grupo, es el más responsable y maduro —le dijo mientras sacudía una funda.

—Porque ser la novia de cualquier integrante de una banda de rock es estar dispuesta a vivir un infierno… No, no estoy tan loca como para soportar el estilo de vida que ellos llevan, y… —Era muy tarde para recoger sus palabras. Odió haberse dejado llevar por su espontaneidad cuando vio cómo el semblante de Lauren cambiaba —. Oh, lo siento…

—No, no te preocupes, Enya. No te disculpes, porque tienes razón. No es fácil, y tú has sido testigo de que mi noviazgo tiene más malos momentos que buenos; solo que, aunque los buenos sean pocos, superan por mucho a los malos.

—No quise decirlo de esa manera, Lauren… De verdad, yo no podría, pero tú llevas muy bien la situación. Además, James te quiere… —Enya no sabía cómo enmendar su error—. Lo que quiero decir es que tu autoestima puede soportar toda esa horda de seguidoras. Quizás es porque estás a su lado desde el principio y te has adaptado paulatinamente a ser la novia de una estrella de rock.

—No estoy para nada adaptada, y mi autoestima es una mierda a causa de todas las críticas que recibo por parte de las seguidoras.

—No podía no ser sincera con Enya; era su mejor amiga, había estado junto a ella en las peores situaciones y siempre fue su apoyo emocional—. Pero más fuerte que todo eso es lo que siento por James.

—Y él te hace sentir segura, que es lo más importante.

—Sí, lo hace —respondió, cogiendo otra funda para colgarla—. Y no te he contado lo más importante. —Se mostró más emocionada.

—¡Cuéntame! —pidió Enya, bastante interesada y feliz por verla otra vez animada.

—¡Cuando termine la gira, nos iremos a vivir juntos! —chilló ilusionada.

—¿Qué? ¡No lo puedo creer! —Enya se lanzó a abrazarla—. Es maravilloso, Lauren… Amiga, estoy muy feliz por ti.

—Sí, tampoco me lo podía creer cuando me lo pidió —expresó dichosa.

Aunque confiaba ciegamente en Enya y la quería como si fuese su hermana del alma, no iba a decirle que James le hizo semejante propuesta a través de una apuesta en la que la involucraba. Lo último que quería era herir a su amiga.

—¡¿Por qué tanta algarabía?! —cuestionó con tono de reprimenda la hermana Antoniette, que llegaba con otro cargamento de sábanas en una cesta.

—No es nada, hermana —dijo Lauren riendo—. Solo celebrábamos que casi habíamos terminado, pero me doy cuenta de que todavía nos falta. —No mintió, solo ocultó la verdadera razón de su felicidad.

—Y aún queda otra cesta —dijo Antoniette, al tiempo que ponía la carga en el suelo.

Lauren y Enya se encogieron de hombros en un gesto de resignación; la hermana Antoniette las imitó, por lo que terminaron riendo.

—¿Será que sí terminamos hoy? —preguntó Lauren sonriente, al tiempo que ponía sobre el tendedero otra sábana.

—Solo si mueven más las manos y menos la boca —les dijo y aprovechó para hacerse de la cesta que Lauren acababa de vaciar.

Las chicas soltaron risitas que sofocaron al taparse la boca.

—¿Siempre son así de estrictas? —curioseó Enya.

—No, no todo el tiempo… Solo deben mostrar carácter o no se ganan el respeto de los niños.

—Y a ti todavía te tratan como a una niña. Imagino que te ven como si fueses su hija.

—Quiero creer que es así, que me ven como a una hija, porque para mí ellas son mis madres… Bueno, la Madre Superiora es, para mí, la mejor representación materna, y las hermanas son como tías. No sé si así es como funciona una familia normal… pero ellas y el padre Francis son todo lo que tengo.

—¿Es mejor tía la hermana Antoniette que Harriet? —azuzó en broma.

—¡Por supuesto! —Lauren no dudó ni por un segundo—. Ya sabes que el poco respeto que le tengo a Harriet, es por no irrespetar la memoria de papá… y estoy segura de que es por la misma razón por la que ella aún me tolera.

—Imagino que con los años tu relación con los Spencer se hará cada vez más distante… ¿Todavía solo los ves cuando te celebran el cumpleaños?

—Sí… bueno, hace poco vi a Brendan.

—Y, como siempre, trató de humillarte.

—Fue un encuentro bastante extraño. Por supuesto, fue tan insoportable como siempre, pero también tuvo momentos de amabilidad… —Lauren decidió no contarle a Enya sobre el incidente en el pub con James; prefería no hablar de los problemas en su relación. Además, ya no tenía sentido, porque consiguieron solucionarlo.

—¡¿Cómo?! Esto sí que es una novedad…

—Sí, aunque solo me dio un aventón. Estuve en una situación incómoda con unos hombres que estaban bastante ebrios, así que se ofreció a ponerme a salvo… —Intentaba pensar sobre la marcha y no dar demasiados detalles.

—Bueno, por lo menos se comportó como el primo que debería ser —masculló. Sabía que ese tipo de situaciones eran más comunes de lo que ellas desearían.

Siguieron con la tarea de tender al menos una treintena de sábanas. En su mayoría, estaban bastante desgastadas y algunas manchadas, pero era todo lo que tenían para cubrir las literas de los niños.

Al terminar, decidieron ir al cuarto de lectura y, entre las dos, leyeron un cuento. Los pequeños, sentados en el suelo, se mostraron muy atentos a la historia y aplaudieron con entusiasmo cuando, al unísono, dijeron la palabra «fin».

Maryland – Estados Unidos.

Madeleine vacilaba entre la angustia y la molestia porque, desde hacía tres días, Lenny no regresaba a casa; si no hubiese sido por Melanie, que les aseguró que se encontraba bien en un hotel en Baltimore, tanto ella como Patrick habrían muerto de desesperación. Le pareció una falta de consideración, por parte de su hijo, que no les informara a ellos, que eran sus padres, sobre su paradero. Sin embargo, se tomó la molestia de mantener al tanto a Melanie.

Estaba decidida a reprocharle su proceder, aunque eso significara que las diferencias entre ellos se hicieran más grandes. Por eso, en cuanto escuchó el motor del Mustang entrando a la propiedad, dejó a medio cargar el lavavajillas y salió enérgica hacia la cabaña, tanto que olvidó quitarse el delantal.

Al llegar, subió los escalones del porche y aporreó la puerta con la resolución intacta. Estaba por volver a golpear cuando él le abrió. No podía discernir si su semblante era de fastidio o extrañeza.

—Mamá…

—Lenny —lo interrumpió—. Nunca te he reprendido…

—Porque nunca te he dado motivo, mamá.

—Nunca me habías dado motivo, querrás decir —reprochó con el ceño bastante fruncido.

—¿Quieres pasar? —preguntó, haciendo un ademán, dispuesto a llevar esa discusión en buenos términos.

—No, aquí estoy bien. —Se cruzó de brazos y alzó la barbilla en una actitud bastante molesta.

—Entiendo, desde ahí será la reprimenda —suspiró resignado.

Jamás había visto ese brillo de furia en los ojos de su madre. Era la primera vez que la veía viva, viva de verdad. Y, por muy contradictoria que pudiera ser la situación, le hacía feliz conocer ese rasgo de su carácter.

—¿Cómo es posible que hayas sido tan inconsciente con nosotros? ¿Por qué demonios no nos llamaste? ¿Te parece que es un juego? ¡Sabes perfectamente el maldito trauma con el que vivimos, como para que decidas largarte sin decir a dónde! ¿Te parece justo? —cuestionó, roja de ira, llevándose las manos a las caderas.

—Llamé a tía Mel para hacerle saber que estaba bien y le pedí que les informara —se excusó, al tiempo que recargaba el hombro derecho contra el marco de la puerta.

—¡Melanie no es tu madre! Debiste llamar a esta casa, no a la de tu tía… ¿Acaso es más importante ella que tus padres?

—No se trata de eso. —No quería dar una respuesta que pudiera lastimar a su madre.

—¿Entonces de qué se trata, Lenny? ¿Por qué llamarla a ella y no a nosotros? ¿Tienes idea de lo angustiada que estaba?

—La llamé porque le tengo más confianza, solo eso… Lamento haber hecho que se preocuparan, no era mi intención. Imaginé que comprenderían que solo quería unos días lejos de casa… No soy un niño que pueda desaparecer del jardín.

La valentía que la molestia le había infundido se hizo añicos ante las palabras de su hijo.

—Lo entiendo —gimió mientras asentía—. Estás empeñado en echármelo en cara, después de tantos años…

—No se trata de eso, mamá. No quiero hacerte reproches, solo intento decirte que no soy un niño indefenso.

—¿Y por ello tienes que hacer esas comparaciones tan dolorosas? —cuestionó, con las lágrimas al borde de los ojos; sin embargo, aún había rabia en su mirada.

—Tienes razón… —soltó un lánguido suspiro—. Lo siento, no debí decir eso.

—Sí, no debiste, pero es lo que sientes… Solo te pido que dirijas todo tu resentimiento hacia mí, no hacia Susie. Ella no tiene la culpa.

Se moría por decirle que él no podía mandar sobre sus emociones, que no podía simplemente erradicar eso que le hacía sentir que, por culpa de Susan, a él lo hubiesen hecho a un lado. Sí, la culpaba, porque con su desaparición le robó a sus padres.

—No, no puedo sentir resentimiento por ella. Casi ni la recuerdo, mamá —dijo en un tono cansado.

—Entiendo, cariño, pero cuando encontremos a Susie, estoy segura de que volverás a recordarla, y también tendrán mucho tiempo para crear nuevos momentos…

—Sí, supongo —la interrumpió. Era inevitable que siempre terminara llevando la conversación a la esperanza de encontrar a Susan. Tratar de que no lo hiciera era una causa perdida—. Estoy bastante cansado, me gustaría dormir un par de horas antes de ir a la oficina.

—Sí, por supuesto, enseguida me voy para que descanses… pero antes quiero pedirte que vengas a cenar esta noche a casa, ¿podrás?

—Iré.

—Dime qué quieres comer.

—Lo que quieras.

—No, dime qué te gustaría, quiero complacerte.

Lenny sabía que, si no le daba una respuesta concreta a su madre, ella no iba a desistir.

—Costillas a la barbacoa —cedió.

—Bien, te prometo que serán las mejores costillas que te comerás en la vida —dijo, sonriéndole con ternura. Ya la rabia que la había llevado hasta la puerta de la cabaña de su hijo se había esfumado, y cómo no, si no podía pasar mucho tiempo molesta con su primogénito.

Lenny era mucho más alto que ella, con los ojos azules cristalinos, tan atrayentes como los de Patrick, y un cabello rubio sedoso, como si hubiese sido besado por el sol.

—Todo lo que cocinas es lo mejor que voy a probar en mi vida. —Se acercó y le dio un beso en la frente. Sabía que ella esperaba

esa muestra de afecto que le ratificara que las asperezas se habían limado.

Esa noche, cuando entró por la puerta trasera de su casa, el aroma dulce y ahumado de la salsa con la que su madre bañaba las costillas le hizo agua la boca. La encontró pisando las papas para hacer el puré.

—Cariño, ya casi está listo, puedes ir al comedor…

—¿Llegó papá? —preguntó, acercándose, y no pudo resistir la tentación de robarse un trozo de papa que brillaba dorada por la mantequilla.

—No, pero ya no debe tardar, porque hace quince minutos me llamó para decirme que estaba cerrando.

—Supongo que Stella está en su habitación.

—Sí, está jugando, no baja hasta que no escucha el motor de la Wagoneer.

—Iré a molestarla. —Se limpió las manos en el delantal que su madre tenía puesto.

Madeleine asintió y sonrió; al parecer, a Lenny se le había pasado la rabieta, y eso la dejaba mucho más tranquila. Por eso, cuando Patrick llegó, la encontró de muy buen ánimo, tarareando *Total Eclipse of the Heart* mientras troceaba unas hojas de lechuga.

Ver a su esposa feliz y con ese vestido verde menta que afinaba su cintura, pero con una falda que caía sobre sus caderas y se movía suave contra sus turgentes nalgas, la convertía en la mujer más provocativa del mundo para él. No pudo controlar el febril impulso de empalmarse contra ella y sujetarla por las caderas.

—Buenas noches, amor —saludó, y le dio un beso en el cuello.

—Buenas noches. —Se le escapó una risita provocada por las cosquillas que su marido le despertó con la barba—. ¿Cómo fue tu día?

—Bastante bien —susurró y le dio varios besos suaves a lo largo de la mandíbula, al tiempo que su mano derecha escalaba en busca del seno izquierdo de su mujer—, pero quiero que mi noche sea mucho mejor —hizo su provocativa petición, instado por el débil gemido de Madeleine.

—Haré mi mejor esfuerzo para hacer que tu noche sea increíble…

—No tienes que esforzarte mucho, siempre superas con creces mis expectativas —dijo sin dejar de repartirle besos por el cuello.

—Sí, pero ahora debes detenerte porque los niños…

A Madeleine no le dio tiempo de terminar, porque los agudos gritos de Stella irrumpieron en la cocina, acompañados por la risa algo ronca de Lenny. Eso hizo que la pareja se separara abruptamente y se mostraran nerviosos, como si hubiesen estado cometiendo la peor de las travesuras.

—¡Papi, papi! —Stella corrió a sus brazos en busca de refugio—. ¡Sálvame! —chilló de alivio cuando él la atrapó.

—¿Qué sucede? ¿Cuál es la guerra? —preguntó, al tiempo que la alzaba y miraba a Lenny.

Su hijo estaba sonrojado y con los cabellos bastante revueltos. Enseguida olvidó el mal momento que le hizo pasar al desaparecer, y desistió de cualquier reprimenda. De inmediato comprendió que tenerlo en casa era la razón por la cual su mujer estaba tan feliz.

—Hola, papá —saludó Lenny, acercándose a su progenitor para darle un beso en la mejilla.

—Hola, hijo —correspondió, y cuando se apartó, le puso detrás de la oreja un mechón de cabello—. Parece que ya hace falta un corte.

Lenny no se había hecho más que despuntar el cabello en los últimos años, por lo que lo llevaba casi a mitad de la espalda.

—Sí, en algún momento volveré a dejarlo por encima de los hombros. —Enseguida se lo recogió en un moño, sujetándolo con una de las gomas que siempre llevaba en la muñeca derecha, junto a varias pulseras y brazaletes de cuero.

—La cena ya está lista —intervino Madeleine, una vez que vertió un poco de aceite de oliva en la ensalada—. Pasen al comedor.

—Princesa, ve con tu hermano, que yo ayudaré a tu madre a poner la mesa.

—Yo quiero ayudar —se ofreció Stella.

—Bueno, puedes llevar los cubiertos, pero con cuidado, no vayas a tropezar —concedió Patrick, al tiempo que la ponía en el

suelo.

—Yo también quiero ayudar —dijo Lenny, y fue en busca de los platos en la alacena.

Pocos minutos después, todos estaban reunidos en la mesa.

—Gracias, mamá. —Lenny le sonrió mientras ella le llenaba el vaso con jugo de arándano.

—De nada, cariño… —Le devolvió la sonrisa y, una vez que terminó, fue a llenar el vaso de Stella.

—Mami, no quiero, ¿puedo tomar una soda Shirley Temple?

—Es muy tarde para una soda, después no podrás dormir…

—Sí, prometo que me dormiré… —Buscó con la mirada a su padre en busca de apoyo—. Papi, me dormiré temprano, lo prometo.

Patrick compartió una mirada con Madeleine; no quería quitarle autoridad. Ella asintió.

—Yo la traigo —dijo Lenny y se levantó para ir a la cocina.

—Gracias —sonrió cuando su hermano le trajo la lata.

Él la destapó y vertió la mitad en un vaso de cristal. Luego le agitó los cabellos cobrizos mientras compartían una sonrisa.

—A cenar —suspiró Patrick, feliz de poder compartir con su mujer y sus hijos. Nada atesoraba más que los momentos en que todos se reunían.

CAPÍTULO 9

Agosto 1987: Birmingham - Inglaterra

Lauren se echó a correr para alcanzar al padre Francis antes de que entrara al confesionario; de otra manera, no iba a poder subirse al tren que partiría en dos horas; porque luego debía oficiar la Eucaristía y después volvería a escuchar los pecados de más feligreses.

—¡Padre! ¡Padre! —Lo llamó casi sin aliento. Aún no sabía cómo él a su edad podía caminar tan rápido—. Puedo hablar con usted, solo será un minuto. —Lauren vio cómo la sotana se aireó cuando se detuvo y se giró hacia ella.

—Hija, ¿no puedes esperar? Ya voy tarde al confesionario. —Se volvió en medio del patio que conducía de la casa parroquial a la catedral.

—Por favor, es importante lo que tengo que decirle, de no serlo no lo retrasaría.

—Bien, tú dirás, hija mía. —Soltó un ligero suspiro.

Ese gesto no pasó desapercibido para Lauren y quiso reírse, porque era la manera en que Francis dejaba ver que se rendía y acudía a la paciencia. Esa que solo tenía para ella.

—Tengo que regresar a Londres… —Decidió no andar con rodeos—. Hoy mismo, de ser posible aprovechar el tren que sale en un par de horas —dijo casi sin respirar y notó cómo la confusión se apoderaba del rostro del sacerdote.

—Pero dijiste que pasarías el verano aquí…

—Sí, sí, esa era mi intención —se apresuró a interrumpirlo—, pero ahora todo cambió, hace algunos meses envié mi currículum a varias galerías y museos con la intención de trabajar medio tiempo,

mientras esté en la universidad, pero esta mañana me llamaron de la residencia para informarme que tengo que ir a una entrevista hoy por la tarde a una de las galerías.

—¿Y te dijeron cuál?

—No. —Lauren se mordió el labio mientras se lo pensaba y negó con la cabeza—. Solo me dijeron que es una galería de arte contemporáneo y que lleva poco tiempo de haber sido inaugurada. —No podía mirar al padre Francis a los ojos cuando mentía.

—En ese caso no hay nada que yo pueda hacer, solo darte la bendición para que llegues con bien y para que consigas el empleo.

—Gracias, padre —exhaló aliviada, sin atreverse a seguir haciendo más grande la mentira.

—Sé que cada pequeño paso que des dentro del mundo del arte será un eslabón más en la cadena que labrará un futuro brillante para ti. —Le dio un apretón cariñoso en el mentón, logrando con eso arrancarle una sonrisa.

—Gracias por la confianza que me tiene, padre. —Levantó la mirada hacia él.

—Y cómo no, si nunca me has dado motivos para no creer en ti —le dijo con una sonrisa de pura ternura; ella volvió a bajar la mirada, sabía que ese tipo de elogios la sonrojaban, como prueba de su modestia—. ¿Te gustaría confesarte antes?

—¿Qué? ¿Ahora? —preguntó con la voz estrangulada, porque la había tomado por sorpresa.

—Por supuesto, tienes que regresar a Londres cuanto antes, ¿no?

—Sí, sí, debo irme cuanto antes… —Lauren, en cuestión de segundos, trataba de ser lo más ingeniosa posible—. Pero no se preocupe, el domingo iré con el padre Vaughan. —Aunque sus visitas a la iglesia habían disminuido considerablemente, de vez en cuando asistía a la Catedral de la Preciosísima Sangre de Cristo de Westminster y ahí se confesaba, algo que Francis sabía—. Ya le he hecho perder suficiente tiempo e imagino que debe tener fila frente al confesionario. Que me dé prioridad sería una burla hacia los feligreses.

—Tienes razón, en ese caso, ve con mi bendición —le dijo al tiempo que le hacía la señal de la cruz.

—Gracias, padre. Amén. —Asintió y enseguida los latidos de su corazón empezaron a ralentizarse.

Estando un poco más tranquila le dio un fuerte abrazo y cerró los ojos con fuerza, porque se sentía una pecadora. Sabía que no existía excusa alguna para mentirle, pero toda la situación se había vuelto imparable.

Un par de horas después, con mochila a cuesta, estaba abordando un tren, pero no con destino a Londres, sino a Liverpool, próxima ciudad en la que Sweet Poison se presentaría.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que vio a James, desde entonces, extrañarlo se había hecho una tortura que se intensificaba cada día. Después de analizarlo, comprendió que estaba en sus manos ponerle fin a ese sufrimiento; así que, decidió acortar sus vacaciones en Birmingham e integrarse a la gira de la banda, aunque faltaran pocas ciudades para terminar, quería estar con su novio y vivir la experiencia de viajar con ellos.

Por supuesto, su intención era sorprenderlos, por lo que solo contó con la ayuda de Joyce, que le compartió la dirección del hotel donde se estaban hospedando; además, le dijo que ese día se lo tomaron para descansar. Solo esperaba que el representante no arruinara su sorpresa.

El viaje de casi tres horas lo pasó escuchando música y admirando el paisaje, pues era primera vez que iba por tierra al noroeste del país y no quería perderse detalle. Cuando el tren se detuvo en el tercer andén en la estación Lime Street, sintió cómo la ansiedad se le concentraba en la boca del estómago y era tan pesada como una roca. Respiró profundo, en un intento por controlar esas sensaciones que le despertaba la certeza de saber que cada vez estaba más cerca de ver a su novio.

Pausó la música, se quitó la diadema de los auriculares y guardó el walkman en la mochila, luego se levantó y se acomodó su único equipaje en la espalda. En cuanto salió de la estación, subió al primer taxi libre y dio la dirección del hotel que llevaba anotada en

un pedazo de papel, que se aseguró de guardar muy bien en el bolsillo de la mochila, porque jamás volvería a cometer el error de arriesgarse a extraviar algo tan importante.

Era en momentos como ese, que recordaba con mucha nostalgia la efímera, pero muy bonita relación que tuvo con Leonard. Y entonces llegaban a ella cientos de preguntas… ¿Ya la habría olvidado? ¿Tendría novia? ¿En todo este tiempo regresó a Londres? ¿Volverían a encontrarse algún día? Si eso llegaba a pasar, ¿cómo reaccionarían? Y también se planteaba la idea de cómo hubiese sido su vida junto a él. Sin embargo, rápidamente desistía de cualquier anhelo con el americano, porque su amor por James era incondicional.

El auto se detuvo frente a la imponente fachada del hotel Adelphi, situado en el centro de Liverpool y uno de los más emblemáticos del país; ya que le precedía la fama por ser uno de los principales puntos de llegada y salida de los viajeros de los transatlánticos antes de embarcarse en su viaje a Norteamérica, incluido el Titanic.

Con el corazón desbocado y una sonrisa que no podía controlar llegó a la recepción, donde preguntó por Joyce Oldham y se anunció con su nombre. El mánager le había sugerido que lo hiciera de esa manera, porque si preguntaba por James corría el riesgo de que le negaran el acceso, aunque se presentara como su novia.

—El señor Oldham, desea hablarte —le informó la recepcionista ofreciéndole el auricular del teléfono.

—Muchas gracias. —Lauren lo cogió entusiasmada—. Aló, Joyce —saludó con la voz ronca, debido a la felicidad que la tenía con los nervios alterados.

—Hola, Lauren… Los chicos están en la piscina, ¿deseas subir a la habitación a dejar tu equipaje…?

—No, no hace falta. Solo traje una mochila, prefiero reunirme con ellos en este momento.

—Está bien, de todas maneras, la recepcionista te hará entrega de una copia de la llave de la habitación de James.

—Está bien, muchas gracias —reprimió un chillido de emoción.

—Diviértete. Nos vemos para la cena.

—Hasta luego. —Cuando le regresó el auricular a la mujer de rasgos indios, se dio cuenta de que estaba temblando.

Era muy probable que pensara que ella era una seguidora más de la banda, y que por alguna razón contaba con el privilegio de la ayuda del mánager. La mujer no terminó la llamada, sino que volvió a comunicarse con Joyce por varios segundos, luego colgó el teléfono y abrió uno de los cajones que estaban detrás del mostrador.

—¿Deseas que te guíen a la piscina? —preguntó al tiempo que le entregaba la copia de la llave de la habitación 304.

—No, no es necesario, puedes explicarme cómo llegar, por favor. —Se aferró a la llave como si de ello dependiera su vida y se la llevó contra el pecho.

La mujer asintió y le indicó el camino hacia la piscina, Lauren le agradeció por su amabilidad. Mientras se alejaba se guardó en uno de los bolsillos traseros del vaquero la llave. Quería correr para llegar más rápido, pero se recordó que ya estaba ahí y debía controlar sus ansias.

A unos metros de llegar pudo escuchar la algarabía que provenía del sitio de recreación, así que se animó a ir más rápido. Sin duda el ambiente era de descontrol, aunque su objetivo era James, vio que no solo los integrantes de la banda disfrutaban de las zonas húmedas, sino que también había mujeres con diminutos bikinis, algunas incluso en toples; de inmediato, el terror de encontrarse a James en una situación que la estuviese irrespetando le atenazó el corazón, pero por más que lo buscaba solo vio a Ray bailando con un par de jovencitas rubias, luego distinguió a Billie descansando en una tumbona cubriéndose del sol con su sombrero de copa y llevaba puesto unos vaqueros mojados.

Su vista voló hacia las parejas o tríos que intercambiaban besos y caricias, pero únicamente reconoció a uno que otro *roadie*, que no solo se mostraban sexualmente activos con mujeres sino también con hombres. En la piscina, había más personas, entre las cuales estaba Tommy, aunque se hallaba de espaldas, su cabello largo y rubio era inconfundible.

Había un reguero de todo tipo de botellas de alcohol, tanto al borde de la piscina, como dentro y también en las mesas, donde además le acompañaban porros, montoncitos o rayas de coca y pepas de quién sabe qué otros tipos de drogas. Eso bien podría ser una representación actual de Sodoma y Gomorra.

Tras salir del asombro que le causó ver aquella fiesta pervertida a pleno día, avanzó apartando con la punta de sus botas, una que otra botella. Le fue imposible no sentirse prácticamente invisible porque todos estaban en lo suyo y parecían no darse cuenta de su llegada.

Con cada paso que daba, le surgía el miedo de encontrarse a James siéndole infiel, pero al siguiente paso emergía de nuevo la confianza en él y en la promesa que le hizo. Sin embargo, se preguntaba, que tan fundamental podía ser para ella la fidelidad, era como si se tratara de un mecanismo de defensa de su cerebro preparándose para perdonar cualquier cosa que pudiera ver.

—¡Lauren!

Ray fue el primero en hacerla sentir que no se había convertido en un fantasma.

—¡Ray! —le saludó con una sonrisa, que probablemente expondría su incomodidad.

Él sujetando a una de las chicas por la cintura, la alejó un poco, mientras la otra le repartía besos por el cuello. Con la habilidad de la práctica, pudo liberarse de sus conquistas de turno y avanzó hasta ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, genuinamente sorprendido.

—Mi tiempo en Birmingham terminó. —Se encogió de hombros y le sonrió. Le fue imposible no darse cuenta de lo mucho que estaba intoxicado, pero no era quién para juzgarlo ni mucho menos era su madre para reprenderlo—. Así que, decidí aceptar la invitación de unirme a la gira… Espero que el ofrecimiento aún se mantenga.

—¡Por supuesto! Lo vamos a pasar de puta madre…

—No es como que te haga falta mi presencia para pasarlo genial —sonrió alargando la mirada hacia el par de chicas que esperaban por él.

—¡Ah! —exclamó sin mucha emoción—. Eso solo es distracción, lo paso mejor cuando tú estás con el grupo. —Trastabilló un poco, pero consiguió mantenerse en pie y la abrazó con fuerza—. Tú eres familia...

—Gracias por considerarme parte de la familia —dijo con una risita sofocada, porque casi la asfixiaba con su afectuoso abrazo.

—Lo eres, eres todo lo que el imbécil de James necesita…

—Y él es todo lo que yo necesito. —Con bastante esfuerzo rompió el abrazo—. ¿Dónde está?

—Debe estar por ahí.

Señaló vagamente hacia donde estaba el grupo de *roadies*, lo que provocó que el estómago de Lauren se encogiera y enseguida su mirada se desesperó por encontrarlo entre el festín de piernas, brazos y lenguas entrelazadas.

—De verdad, me alegra que estés aquí. —Le estampó un beso en la mejilla, mientras las pupilas de ella seguían vagando entre la orgía.

—Está bien, iré a buscarlo… —Retrocedió otro poco—. Nos vemos luego, cuando te desocupes. —Volvió a mirar a las acompañantes que se manoseaban entre ellas; a millas de distancia se podía percibir que estaban hasta la médula de alcohol y drogas.

Por un brevísimo momento se preguntó si realmente ese ambiente era para ella, porque se sintió bastante fuera de lugar; sin embargo, se espabiló rápido y caminó, con el corazón oprimido y la respiración contenida, en busca de su novio. Esquivó el amasijo de personas que estaban entregados al placer, el alcohol y las drogas.

Justo detrás había varias tumbonas que bordeaban el extremo más alejado de la piscina, entonces vio a James, estaba rendido en una de las tumbonas con el intenso sol de verano quemándole la piel, a pesar de que su aspecto era deplorable, se sintió aliviada de encontrarlo inconsciente, con una botella de güisqui que apenas sostenía, porque se apoyaba en el suelo, y no con una o varias mujeres.

Ese impulso que la llevaba a él, la hizo correr porque temió que no estuviera respirando y nadie se hubiera dado cuenta. Al llegar se acuclilló al tiempo que se quitaba la mochila y la dejó en el suelo.

Parecía estar desmayado y tenía las fosas nasales con rastros de cocaína.

—James. —Lo zarandeó un poco y se percató de que, a pesar de estar bajo el intenso sol, su piel estaba fría—. J- Rock —chilló angustiada, con las rodillas apoyadas en el suelo encontró fuerzas para moverlo de forma más contundente—. ¡James, despierta!

Él a duras penas consiguió abrir temblorosamente los párpados, eso hizo que a Lauren le regresara el alma al cuerpo y empezó a darle varias palmaditas en la mejilla izquierda para despertarlo. James terminó reaccionando, no solo abrió los ojos, sino que también le sonrió; sin embargo, parecía estar perdido en tiempo y espacio.

—¿Lauren? —La sujetó por la mandíbula, solo para cerciorarse de que era real y no una alucinación de la experiencia psicodélica que todavía dominaba en su organismo.

—Sí, J-Rock… soy yo. —Le sujetó la muñeca para liberarse del agarre, ya que le estaba lastimando, pero más allá del dolor infligido le mortificaba el estado de su novio.

—Preciosa, ven, ven aquí, acuéstate conmigo, tomemos un poco de sol. —Tironeó del brazo de Lauren.

—Parece que llevas mucho tiempo bajo el sol, ¿te parece si vamos a la habitación? —propuso, haciendo a un lado la botella que hasta hacía menos de un minuto tuvo en la mano.

—No, no, ven aquí… —Apretó más fuerte debido a la resistencia que ella ponía.

—James, no —gimió por el dolor de los dedos de él enterrándose en su carne—. Apenas puedes mantenerte despierto.

—Eso puedo solucionarlo enseguida… —La soltó y giró de medio lado, con la intención de buscar impulso para ponerse de pie, pero solo terminó cayendo, haciendo aún más patético su espectáculo.

—Ten cuidado. —Lauren acudió en su auxilio, pero fue rechazada.

—Puedo solo, no soy un inválido… —Gateó hasta que consiguió ponerse en pie y caminó tambaleándose en busca del subidón que solo le daría la cocaína.

Ella lo siguió cuidándole los pasos, no podía no mortificarse y sentía como si tuviera una mano en su garganta que le hacía casi imposible respirar. Le costaba creer que James estuviera en ese estado cuando apenas empezaba la tarde; seguramente ni siquiera había dormido.

—Oye, Lauren… ¿Qué haces aquí? —le preguntó Tommy desde la piscina. Por lo menos, él parecía más lúcido que todos los demás.

—Vine para unirme a la gira, quería sorprenderlos… —sonrió con evidente tensión, porque la sorprendida era ella.

—¡Qué buena noticia! Entonces empieza a divertirte y deja de ser el perro faldero de James… ven, date un chapuzón. —La invitó al tiempo que salía del agua.

—En un rato —declinó de esa manera la invitación del guitarrista. Prefería llevar a su novio a la habitación para que descansara. Así que se apresuró a quitarle el tubo de plata con el que pretendía esnifar—. James, ha sido suficiente por hoy… necesitas un respiro de toda esta porquería.

—No me digas que es suficiente cuando no tienes ni puta idea… —gruñó amenazante.

—James… —titubeó, porque la actitud retadora de él la desconcertó y la puso nerviosa.

Muy rápido se dio cuenta de que James no necesitaba de la herramienta que ella le había arrebatado, porque se volcó sobre la mesa y esnifó directamente la primera raya. No le dio tiempo de ver cómo hacía desaparecer la segunda, porque unos brazos la sujetaron por la cintura alejándola.

Tommy la cargó y sin que ella pudiera reaccionar, terminaron en el fondo de la piscina, su instinto de supervivencia se activó y se aferró al cuello del rubio, mientras emergían.

—¡Estás loco! —gritó horrorizada y se pasó una mano por la cara para apartarse los cabellos—. Casi me ahogo… —tosió sonrojada, porque le había entrado agua por la nariz, que le provocó una corriente que se esparció por su cerebro.

—No iba a permitirlo. —Tommy reía, sin soltarle la cintura y manteniéndola a flote—. Si vas a divertirte, mejor que empieces

cuanto antes; deja que James haga lo que quiera, de otra forma, se pondrá de muy mal humor, y créeme, no quieres verlo así…

—¡Lauren! —La voz imperativa de su novio interrumpió la advertencia de Tommy—. ¡¿Qué mierda haces?! —cuestionó parado al borde de la piscina—. ¡Quítale las manos de encima a mi chica! —exigió, señalando con amenaza a su compañero de banda.

Ella se apartó abruptamente de Tommy ante el reproche de su novio y nadó para salir.

—¡¿Qué te pasa hermano?, relájate! —le pidió el guitarrista con una risita incrédula ante la absurda actitud de James—. Solo fue una broma.

Varias de las personas se volvieron a mirar la escena que se estaba dando. Lauren salió escurriendo y mientras se apartaba el pelo mojado, James la sujetó con fuerza por el codo, tirando de ella.

—Me estás lastimando, no tienes que ser tan violento —pidió tratando de zafarse, pero solo consiguió que la sujetara con más ahínco, lo que le hizo comprender que era mejor colaborar con él y trató de igualar el ritmo apresurado de sus pasos—. ¿A dónde vamos?

—A la habitación… ¿O prefieres quedarte con Tommy? —cuestionó con una mirada irascible.

—No digas tonterías, vine aquí por ti, pero tengo que ir por mi mochila. —Se volvió a mirar por encima del hombro donde dejó su único equipaje junto a la tumbona. Ahí tenía una considerable cantidad de dinero en efectivo que sacó de la caja fuerte de la casa de sus padres y no podía confiar en dejarla ahí con tantas personas desconocidas.

—Luego vendré por ella.

—No puedo dejarla ahí, no puedo… —A pesar de que era casi arrastrada por James, ancló los pies en el suelo; si quería moverla tendría que cargarla, aún así, lucharía por zafarse.

—¿Qué mierda te pasa? —recriminó James, volviéndose a mirarla con los ojos inyectados en sangre.

—¡No! ¿Qué mierda te pasa a ti? ¿Por qué demonios me tratas con tanta violencia? —le cuestionó con el ceño fruncido, porque a pesar del miedo que le provocaba su actitud, también estaba furiosa

—. Si es que te molesta que esté aquí, puedes decírmelo y me largo enseguida… lo menos que esperaba era un recibimiento como este —su voz se tiñó de decepción.

—No, no es eso, muñeca. —James soltó un suspiro con el que pretendía equilibrar sus emociones y le soltó el brazo—. Lo siento… no sé qué más decir, estoy sorprendido. —Se acercó para darle un beso, pero ella lo rechazó; entonces chasqueó la lengua—. Iré a buscar tu mochila.

Una vez que James se alejó, ella se dio cuenta de que estaba temblando, no sabía si era de rabia o miedo; de lo que estaba segura era que no se trataba de frío, porque el calor del verano era agobiante. Le costaba mucho reconocer a James en ese hombre, no parecía ser el mismo que se despidió de ella hacía apenas dos semanas en Birmingham. Las ganas de llorar le estaban ganando la batalla, pero no iba a sucumbir, por eso se limpiaba las lágrimas al borde de los párpados y le dio la espalda a los presentes, aunque la mayoría regresó a lo que estaban haciendo, no quería convertirse en el tema de conversación.

«Creo que fue muy mala idea haber venido», pensó con ganas de largarse de ahí, pero sabía que por mucho empeño que pusiera no se iba a olvidar lo que acababa de pasar. Ya no tenía caso recoger sus pasos, solo terminaría atormentada por las suposiciones que empezarían a surgir en su mente.

—Aquí tienes —dijo James, entregándole la mochila.

—Gracias —masculló, la agarró y se adelantó. Quería que él se diera cuenta de lo molesta que estaba.

Sin embargo, en pocos pasos consiguió alcanzarla y le pasó el brazo derecho por encima de los hombros, en un abrazo protector y dominante, le dio un beso en la sien y otro en la mejilla.

—Me alegra que estés aquí, porque sin ti soy un puto caos… equilibras mi vida, muñeca… —Le dio otro beso en la mejilla—. Eres mi eje, jamás dudes de eso, porque el día que no estés conmigo, será mi perdición.

—No digas tonterías, jamás te dejaré… Tú y yo, juntos por la eternidad. —Lauren sonrió enternecida; así era como James derrumbaba cualquier barrera.

—Y más allá, si es verdad que hay vida después de esta, espero poder volver a encontrarte.

—Te estaré esperando en la cafetería de una gasolinera.

Era verdad, James y ella tenían problemas, pero muchas parejas los tenían; además, él era el único hombre que la entendía. A veces se odiaba a sí misma por desearlo, por alegrarse cuando le brindaba ese tipo de atención, por seguir necesitando su aprobación y cariño. Pero lo amaba, sin importar que eso significara seguir en un infierno de angustia e incertidumbre.

Cuando llegaron a la habitación, de inmediato, la acorraló contra la pared junto a la puerta y empezó a besarle el cuello, mientras le desabotonaba los vaqueros, que aún estaban empapados.

—J-Rock, espera… un momento… —Lauren trataba de apartarlo, luchando contra su deseo, porque no estaba siendo nada agradable.

Le gustaría que primero se diera una ducha y se cepillara los dientes porque apestaba a alcohol, quizá tampoco se había duchado en un par de días, algo que pasaba comúnmente cuando extendía la celebración de algún concierto y olvidaba su higiene personal, sobre todo cuando no estaba ella para recordárselo.

—¿Qué pasa, amor? ¿Acaso no me deseas tanto como yo? —cuestionó, dejándole la respiración pesada en la oreja.

Luchaba por bajarle los pantalones, ya que ella le sostenía las muñecas y le esquivaba la cara. La desaprobación de ella encendió una hoguera en el centro de su pecho y se extendió por todo su cuerpo.

—No, no es eso… —chilló al sentir que no se detenía, consiguió arrastrar el pantalón y la ropa interior, dejándola en sus muslos.

—¿Entonces qué es? —La sujetó por las caderas y la hizo volver de cara a la pared—. Es que prefieres que te folle Tommy —gruñó, al sujetarle por el pelo, presionándole la mejilla contra la pared.

—¿Qué dices? J-Rock, por favor, así no… así no quiero… —su voz se tiñó de pánico, el corazón enseguida se le disparó en latidos e intentaba que la presión de su cuerpo contra la pared disminuyera,

al empujarse con las palmas de las manos, pero James la superaba en fuerza—. Detente… No hagas algo que no podré perdonarte…

—Eres mi chica, tengo el derecho de reclamarte, así como tú tienes la obligación de complacerme…

—No… —gimoteó, entrando en pánico.

—¿No quieres complacerme? ¿Entonces prefieres a Tommy? —recriminó con los dientes apretados, mientras la sometía con una mano y con la otra intentaba exponer su erección.

—Claro que quiero complacerte, pero no de esta manera… Sí quiero, sí te quiero… —Por primera vez, en los brazos de James, temblaba de miedo y no de placer. Quería encontrar las palabras adecuadas que lo hicieran cambiar de opinión, pero su cerebro no conseguía pensar con claridad—. Solo te deseo a ti, solo esperaba que pudiéramos ducharnos antes, quería sacarme el agua con cloro… y que tú pudieras refrescarte… —No quería que su voz delatara su terror, pero no hacía más que vibrar—. No sé por qué se te metió en la cabeza que Tommy pudiera interesarme al menos un poco…

—Más te vale. —Esas últimas palabras de Lauren, hicieron que se detuviera y la volviera de nuevo de cara a él.

Esa frase de James a ella le sonó como la más aterradora de las amenazas, no solo por el tono que usó, sino porque cuando él se molestaba se le enrojecían las mejillas, el cuello y el pecho; en ese momento los tenía de un carmín intenso.

—Te amo, te lo he demostrado de todas las maneras posibles… —dijo llevando las manos temblorosas a las mejillas, estaba desesperada por calmarlo, porque le había dejado claro que ese estado en el que se encontraba era demasiado inestable.

Lo miró a los ojos, y a pesar de su renuencia a besarlo en ese momento le buscó la boca, James la recibió voraz, introduciendo su lengua lo más que pudo en la suya, hurgó, mordisqueó sus labios casi con rabia. A ella se le revolvió el estómago, no sabía si era producto del miedo o del sabor poco agradable y lastimero de ese beso.

—Y quiero seguir haciéndolo, vamos al baño, ¿sí? —suplicó la propuesta y contenía el aliento.

—Está bien, pero muero por tenerte toda la tarde para mí, quiero follarte hasta la saciedad, porque te he extrañado como un puto loco.

Lauren asintió con seguridad y sumisión. Lo que él quisiera: eso haría ella.

James llevó las manos a las prendas que se le quedaron enrolladas en los muslos, se puso de rodillas y empezó a bajarlas; a pesar de que sus movimientos no eran amenazantes, Lauren se tensó y tragó el nudo de miedo que la sofocaba, al tiempo que le acariciaba los cabellos, lo que era equiparable a las mansas caricias que se le otorgan a un animal para hacerlo entrar en calma, porque todavía no se sentía segura, le daba pavor que en cualquier momento volviera a alterarse.

—Esto no vamos a necesitarlo bajo la regadera —la instó, elevando la cabeza para mirarla a los ojos.

—Tienes razón —forzó una sonrisa. Sacó un pie, luego el otro.

James bajó la cremallera de una de las botas media caña que ella calzaba, se la quitó y luego lo hizo con la otra. Una vez desnuda de la cintura hacia abajo, él volvió a incorporarse y le tomó la mano para conducirla al baño.

CAPÍTULO 10

Lauren esperó a que James se quedara dormido, lo cual, afortunadamente, sucedió bastante pronto. Salió de la cama, y a pesar de que sentía la necesidad de hacerse de una sábana para cubrir su cuerpo desnudo, prefirió no hacerlo, no iba a correr el riesgo de despertarlo, porque no estaba preparada física ni emocionalmente para complacerlo.

En cuanto entró al baño se metió bajo la ducha, no hacía ni un par de horas que estuvo ahí, donde por primera vez tener sexo con su novio no fue en absoluto satisfactorio, muestra de ello era que sus partes más sensibles estaban resentidas. Se vio obligada a hacer algo que debería ser consensuado y con esa certeza surgieron las lágrimas. Lloró sintiéndose humillada, había sido vulnerada por el hombre que amaba; y lo peor fue que tuvo que colaborar con su propia degradación. Sin embargo, empezó a preguntarse hasta qué punto eso podría considerarse un maltrato; después de todo, eran una pareja y no siempre las dos partes iban estar dispuestas o en condiciones de complacer al otro… ceder, de vez en cuando, debía ser parte de todo lo que significaba amar a otro, eso creía, pero la verdad, no lo sabía.

Cerró la llave y se puso un albornoz; al mirarse en el espejo, notó que tenía los párpados hinchados y algunas partes enrojecidas por el llanto y la forma tan poco amable con que James la besó. Pensó en llamar a Enya para contarle lo sucedido, quizá podría darle un consejo; sin embargo, rápidamente sacudió esa idea de su cabeza, porque no quería que creyera que era una tonta, o peor aún, que terminara juzgándola.

«Y Telma no es una opción, porque no le agrada en absoluto James», se negó a esa otra posibilidad e inspiró hondamente las

lágrimas, cogió una toalla de mano y empezó a frotarse el cabello. «Tampoco es para tanto, tan solo fue un episodio que seguramente no volverá a repetirse… Ahora que estoy con él en la gira, podré controlarlo… Me lo ha dicho, si estoy a su lado es una mejor persona, no necesita de tanta mierda en su sistema», se convenció de eso y lo perdonó.

Regresó a la cama, se sentó al borde del colchón y se quedó admirándolo por varios minutos, aunque solo habían pasado dos semanas de no verlo, le pareció que estaba mucho más delgado y tenía unas profundas ojeras. Con mucho cuidado se acostó a su lado y lo abrazó; ahí, refugiada en su calor, se dio cuenta de que lo seguía amando más que a nada y que también sentía cierta lástima por él.

Regodeada en esos sentimientos se quedó dormida, hasta que el hambre la despertó, la habitación estaba en penumbras y las cortinas corridas le dejaron claro que ya era bien entrada la noche. No tenía idea de cuántas horas durmió, pero debieron ser muchas. A pesar de estar de espaldas a James, podía sentir el calor de su cuerpo, se volvió a mirarlo por encima del hombro y seguía profundamente dormido.

Giró sobre su costado para ponerse de frente a él y se quedó admirándolo por un largo rato; podría haberse quedado así una eternidad, en esa serenidad que él dormido le brindaba, pero sus tripas volvieron a protestar. Le acarició el pecho, apenas con las yemas de sus dedos para despertarlo y que la acompañara al restaurante del hotel, pero James no mostró signo alguno de querer salir del sueño; por lo que, prefirió dejarlo descansar, debía estar bastante agotado, solo Dios y él sabían cuánto tiempo llevaba sin reposar lo suficiente.

Al salir de la cama se debatió entre la idea de bajar a comer o pedir servicio a la habitación, ganó la segunda, porque tuvo más peso en ella el temor de que James despertara y no la viera, imaginó que podría pensar cosas absurdas, y lo menos que quería era volver a enfrentarse a los celos de su novio. Levantó el teléfono para solicitar el servicio, aunque no sabía si James iba a despertar en los próximos minutos, decidió pedir comida para él también.

Una hora después, había saciado su apetito y la comida de James se había enfriado, sabía que era importante que él se alimentara, pero no quería despertarlo. Tiraban de ella el deseo por dejarlo descansar y el miedo de que al despertar siguiera comportándose como un idiota; así que, se movió por la penumbra sumida en el más fastidioso aburrimiento.

Hastiada de esa situación y segura de que hiciera lo que hiciera James no iba a despertar, agarró el control remoto y se metió en la cama junto a él; encendió el televisor, dejándolo en un volumen bastante bajo.

En cuanto vio que estaban retransmitiendo la segunda temporada de *Blackadder* en *BBC One*, no dudó en ver el episodio; y en menos de un minuto, tuvo que cubrirse la boca con la mano para sofocar las risas que le arrancaba Rowan Atkinson, con su extraordinaria actuación en la que interpretaba a Edmund, Lord Blackadder, aristócrata que intentaba ganarse el favor de la Reina Isabel I.

La media hora que solía durar el capítulo pasó demasiado rápido y se desternilló de risa más de una vez; por fortuna, James seguía profundo y no se inmutó. Esperó ilusionada a que transmitieran otro capítulo, pero la emisión no estuvo de su lado, porque empezó uno de los tantos programas de concurso televisivo que poco le llamaban la atención.

Apuntó el control remoto hacia el televisor, en busca de algo más que la entretuviera, porque no tenía nada de sueño, mientras saltaba entre los canales, James se removió captando su atención. Estuvo a punto de pulsar el botón de apagado y deslizarse con cuidado en el colchón para acostarse, ya que estaba sentada con la espalda apoyada en el cabecero, pero él solo buscó refugio y calor en su cuerpo, la abrazó por las caderas y le puso la pierna izquierda sobre las estiradas de ella.

Se quedó tan quieta que hasta retuvo la respiración, pero él seguía sin despertar, mostrándole una faceta vulnerable que la llenaba de ternura y mucho más amor, ese amor que le hizo olvidar rápidamente los malos momentos que vivió ese día. En respuesta a

ese magnífico sentimiento, le acarició el brazo tatuado con el que le envolvía las caderas.

Volvió a su momento de ocio y como no encontraba ningún programa ni película interesante, decidió ir a su canal favorito para ver videoclips. La pantalla le mostró a Pat Benatar con su imponente estilo de cabello corto rojizo y una camiseta a rayas blanco y negro, que dejaba al descubierto su espalda y que complementaba con unos pantalones ajustados de un brillante charol negro.

What ya tryin' to do to my heart
What ya tryin' to do to my heart
You go around tellin' lies
And now you wanna compromise
What ya tryin' to do to my heart
You better run, you better hide
You better leave, from my side, yeah...

What ya tryin' to do to my soul
What ya tryin' to do to my soul
When everything i have is yours
And now I'm closing all the doors
What ya tryin' to do to my soul
You better run, you better hide
You better leave from my side, yeah...

Lauren siguió la letra de la canción en su mente, mientras tamborileaba con sus dedos sobre las tintas indelebles, que daban forma a una composición de varios tatuajes entre los que estaban: un ancla, un casete, algunas notas musicales.

Perdió la cuenta de todos los videos musicales que vio, y cuando estaba por apagar el televisor para por fin irse a dormir, anunciaron que pasarían la entrevista que le hicieron a Sweet Poison. Era la misma que transmitieron la semana pasada; aunque ya la había visto, no iba a perder la oportunidad de volver a ver a su novio diciendo ante las cámaras de MTV, lo importante que ella era para él y para la banda.

«¿Qué es más importante para James MacLeod que la música?», preguntó la periodista.

«La chica a la que amo», respondió él sin titubear. «Ella está primero que nada y por encima de cualquier cosa»

Expuso ante el mundo lo mucho que la amaba, eso hizo que en su interior las mariposas aletearan con fuerza y que su corazón se hinchara de orgullo, acrecentando así su amor por él.

Ya era bien entrada la madrugada cuando terminó la entrevista, decidió no apagar el televisor mientras iba al baño a cepillarse los dientes y lavarse la cara, cuando regresó, con control en mano, dejó la habitación a oscuras, luego se metió bajo las sábanas y se abrazó a su novio.

El ensordecedor sonido del teléfono y las maldiciones de James, sacaron a Lauren del profundo sueño en el que se sumió. Sus párpados se resistían a abrirse y mientras se los frotaba, escuchó a su novio tropezar con la lámpara antes de coger el teléfono para atender la llamada.

—No, Joyce, no lo olvidé, solo me quedé dormido. No crees que es normal que esté hecho mierda, no hemos parado ni un puto día…

Lauren pensó que sus recriminaciones estaban de más, pues el representante había ajustado la agenda para que ellos tuvieran días de descanso. Que los desperdiciaran en celebraciones extenuantes, nada tenía que ver con los compromisos; sin embargo, prefería no hacer ninguna acotación, porque por el tono de voz de James, era evidente que estaba de muy mal ánimo; y ella lo menos que quería era ser la diana a la cual apuntara su molestia.

—Sí, sí… no jodas, Joyce, ¿qué quieres? Que me encierre en la maldita habitación… Sí, en quince minutos bajo… ¡Quince putos minutos!

Si el mánager tenía algo más que decir no pudo, porque colgó con la misma irreverencia que mantuvo durante la conversación. Luego se volvió hacia Lauren.

—Muñeca, lo siento, te he despertado. —La abrazó y le besó el cuello—. Es que Joyce me colma la paciencia... Lo único bueno de

este día es tenerte a mi lado.

—Tienes un compromiso, ¿cierto? —Le cerró el cuello con los brazos y soltó una risita por las cosquillas que él le hacía con los suaves besos que le repartía por el cuello.

—La jodida prueba de sonido… y para hacer todo peor, tengo un puto dolor de cabeza, siento que se me derrite el cerebro.

—Te pediré unas aspirinas, mientras ve a ducharte —lo alentó, dándole unas palmaditas en el culo.

—No, no tengo tiempo para ducharme, voy a mear y nos vamos… —Le besó la mejilla, la frente y por último los labios—. Vístete, no tardes —soltó un gran suspiro al tiempo que se levantaba.

Lauren también salió de la cama, descolgó el teléfono y pidió el medicamento; luego de colgar, se acercó a su mochila y se puso lo primero que sacó: unos pantaloncitos de jeans deshilachados y una camiseta sin mangas que le llegaba por encima del ombligo. Se calzó las únicas botas que llevó.

Mientras se peinaba su larga y abundante cabellera con los dedos, para recogérsela en una cola alta, James salió del baño desnudo con los cabellos escurriendo agua. Evidentemente no se duchó; sin embargo, se cepilló los dientes y se lavó la cara.

Lo vio rebuscar entre el desorden de prendas que salían de la maleta abierta, se hizo de unos vaqueros, cogió una camiseta que ya había usado un par de veces, por lo que estaba bastante arrugada, después de olisquearla por varias partes, concluyó que podía ponérsela una vez más.

—¿No te vas a poner ropa interior? —preguntó ella, al ver que se ponía los vaqueros.

—No siempre hace falta que la use, además, no creo que tenga limpia —respondió al tiempo que subía el zíper de los vaqueros, cuidando de no arrancarse unos cuantos vellos púbicos en el proceso, o peor aún, pellizcarse el pene.

Lauren pensó que en cuanto regresaran de la prueba de sonido mandaría a la lavandería la ropa de James. No podía ir por ahí sin ropa interior y oliendo a sudor, sobre todo, cuando tenía tanto contacto con el público. Por el atuendo que usaba durante los

conciertos no se preocupaba porque sabía que de eso se responsabilizaba vestuario y se los dejaban preparados en los camerinos, pero de sus prendas del día a día, sí debía encargarse él.

—Bueno, voy a cepillarme los dientes, ya no deben tardar en traer las aspirinas, recíbelas, por favor.

Al entrar dejó la puerta a medio abrir, por lo que, mientras terminaba de enjuagarse la cara, escuchó cuando llegó el servicio a la habitación. Debía darse prisa, así que salió mientras se secaba el rostro.

—Estoy lista, podemos… —se interrumpió cuando escuchó la característica tos breve y seca que le daba a James después de esnifar. Al quitarse la toalla lo vio sentado al borde de la cama frotándose la nariz con una mano y con la otra barría de la superficie de la mesa de noche, las huellas de las líneas que acababa de inhalar—. No te parece que es muy temprano —masculló, entre molesta y decepcionada.

—Te dije que tengo un dolor de cabeza insoportable.

—Por eso te pedí las aspirinas —gruñó, apretando con fuerza el paño, al tiempo que reparaba en el terrible aspecto que tenía, a pesar de que había dormido por más de doce horas, sus ojeras y la palidez del rostro lo hacían lucir enfermo.

—Esa mierda no sirve, necesitaba de algo más eficaz… La coca actúa mucho más rápido —se justificó, levantándose—. Vamos… —Caminó a la puerta sin esperarla—. ¿Prefieres quedarte? —preguntó con desdén, echándole un vistazo por encima del hombro y la vio en el mismo lugar retorciendo el paño.

—¿Preguntaste si podía ir?

—¿Y desde cuándo tengo que pedir permiso para que estés conmigo? Si quieres quedarte, hazlo, pero no busques excusas.

Lauren asintió lentamente, haciendo un gran esfuerzo para no mostrarse ansiosa, tenía que contener cada parte de su cuerpo, sobre todo su boca, porque temía decir algo que aumentara el mal genio de James. Así que, lanzó la toalla sobre la cama y se hizo de las aspirinas porque seguramente ella sí iba a necesitarlas. Cuando llegaron a la recepción, se encontraron con una nota de Joyce en la que le informaba que se verían en el estadio Anfield.

—Maldito imbécil —rezongó James al tiempo que arrugaba el papel—. En cuanto se termine el contrato lo mandaré a comer mierda.

—Puede pedirnos un taxi, por favor —pidió Lauren, un tanto avergonzada por el vocabulario de su novio frente al recepcionista.

—Sí, enseguida —dijo levantando el auricular.

En cuanto llegó el vehículo fueron escoltados por dos hombres de seguridad, para evitar el asedio de las fanáticas que prácticamente acampaban frente al hotel. James no saludó ni miró a las jóvenes que les llamaban a gritos, solo tiraba de la mano de su novia para que le llevara el ritmo de las zancadas e iba con la cabeza gacha.

Durante el trayecto no hizo más que despotricar del mánager y del resto de los integrantes de la banda, que eran unos traidores por no esperarlo. Que el grupo no sería nada sin él, que, gracias a su esfuerzo y dedicación habían encontrado el éxito y la fama; él, él y muchas veces más él.

Lauren se mantenía callada, sintiendo que James estaba a punto de ahogarla en esa cascada de egolatría que salía de su boca. La verdad, empezaba a desconocerlo, y no estaba segura si lo dicho anteriormente sobre el trabajo en equipo, solo se trató de una estrategia para quedar bien con los medios. Sin embargo, al llegar al estadio, pareció mudar de piel porque no hizo ni uno solo de los reclamos que dijo que haría, los saludó como si nada hubiese pasado, excepto a Joyce, a quien trató con seriedad. El mánager enseguida le pidió que subiera al escenario, correspondiendo al mismo trato del vocalista; luego se dirigió a Lauren con menos hostilidad.

—Es un caos andante… —dijo mientras veía a James subir las escaleras hacia el escenario—, y está a punto de tirar por la borda todo por lo que han trabajado, deberías hacerlo entrar en razón —le pidió a la jovencita a su lado.

—Lo intentaré, pero si soy sincera, no creo que pueda —confesó, reteniendo un suspiro. Ya James le había dado muchas muestras de su carácter determinante.

—Eres su novia, los hombres siempre terminamos cediendo a las exigencias de las mujeres que amamos, solo tienes que ser más enfática… o esta será la primera y última gira que tendrán —aseguró, mirándola a los ojos, mientras se mantenía con los brazos cruzados en el pecho.

—Joyce, no lo creo, Sweet Poison no es solo James… Sí, sé que de alguna manera la está cagando con sus irresponsabilidades, pero en este punto pienso que solo es producto del agotamiento y algo de hastío… Necesitan descansar, y no lo digo solo por él, sino por todos, tú incluido… La gira les ha tomado mucho tiempo.

—Ha sido una gira corta, si se sienten abrumados con una gira en el Reino Unido, no podrán con una en Estados Unidos.

—¿Piensas llevarlos a América? —preguntó con emociones contradictorias despertando en su pecho.

—Mi objetivo es que puedan convertirse en un grupo icónico, uno que haga historia… Para eso deben conquistar el mundo, pero ciertamente no están poniendo mucho de su parte, sobre todo James, creo que todo esto lo está superando, no pensé que fuese tan inmaduro.

—Las bandas de rock son un caos en sí mismas… No conozco al primer miembro intachable de alguna banda.

—Tienes razón, lo único que debe ser perfecto de una banda de rock es su música… —Estaba por decir algo más, pero en ese momento el ruido potente de los instrumentos opacó su voz. Se acercó y le puso una mano en el hombro para hablarle en el oído y que pudiera escucharle—. Solo trata de encarrilar a James, ¿sí?

—Haré mi mejor intento —respondió alto para que le escuchara.

Joyce asintió y se marchó, tenía otros compromisos que atender.

Lauren se quedó admirando cómo los chicos practicaban para el concierto de esa noche, sobre el escenario, seguía intacta la misma esencia de Sweet Poison; no, ella no quería que eso terminara destruyéndose, eran demasiado buenos como para que todo quedara en el olvido, o peor aún, que se ganaran el título del grupo que fracasó. Decidió tomar la palabra del mánager e intentar que James se convirtiera en un problema menos. En ese momento vio a

un *roadie* con una hielera en la que llevaba latas de cervezas y botellas de agua.

—¿Es para los chicos? —le preguntó, atravesándose en su camino.

—Sí.

—Yo me encargo. —Ofreció sus brazos para cargar la hielera. Sentía la necesidad de volver a formar parte activa de todo eso y no solo ser la novia del vocalista.

—Es mi trabajo —dijo un tanto receloso, no quería perder su empleo.

—Yo me encargo, tranquilo. Si quieres puedes ir a por toallas.

—¿Segura? —Seguía mostrándose desconfiado.

—Sí —aseguró y le quitó la hielera. Se dio media vuelta y subió a la tarima, pasó por detrás de James, Tommy y Billie y dejó la hielera sobre la plataforma a un lado de la batería, mientras le sonreía a Ray.

No era la primera vez que estaba en un escenario, pero se sorprendía de lo imponente que se veía, aun vacío. Solo había varios *roadies* y empleados del estadio concentrados en hacer su trabajo. Algunas veces se le permitía el acceso al club de fans a las pruebas de sonido, pero este no fue el caso. Hicieron un pequeño receso y se acercó a ofrecerles bebidas refrescantes.

—Agua —le pidió Tommy guiñándole un ojo.

Lauren corrió y le entregó una botella, luego fue con Billie que le pidió agua también. Cuando fue el turno de James, le desilusionó que eligiera cerveza, aún era demasiado temprano para empezar a beber; enseguida se arrepintió de no haber sacado las malditas latas de la hielera.

—Aquí tienes —le ofreció con seriedad.

—Baja del escenario —le ordenó con dientes apretados y le arrebató la lata.

Lauren lo miró con el ceño fruncido de puro desconcierto, no sabía que había hecho mal, pensó que quizá su expresión al ofrecerle la cerveza fue demasiado evidente y eso le molestó o simplemente era víctima del mal humor que le producían las drogas. De cualquier forma, no iba a empezar una discusión, así que se dio

media vuelta, caminó enérgica y bajó de la tarima. Hubiese regresado al hotel si no tuviera la certeza de que eso podría empeorar las cosas; se sentó en el suelo, junto a varios *flight case* apilados, en los que transportaban los instrumentos, equipos de sonido y de iluminación.

La banda retomó la prueba; sin embargo, tras el primer riff todo cesó de manera abrupta.

—Tommy te estás adelantando. —Se escuchó la voz de James a través del micrófono—. Vamos de nuevo, concéntrate.

Ese tipo de desajustes eran comunes y precisamente para evitarlos era que se hacían las pruebas antes de los conciertos. No solo para afinar los instrumentos, probar el sonido, las luces o los efectos especiales y visuales, sino para también seguir el ritmo. Así que a Lauren no le pareció extraño y siguió con sus caóticos pensamientos; sin embargo, cuando iniciaron de nuevo, James volvió a interrumpir.

—No, no… ¿Qué te pasa, Tommy? ¿Qué mierda te pasa? ¿Dónde carajos tienes la cabeza?

—¿Ahora qué?, lo hice bien, estoy siguiendo el maldito tiempo.

—No lo sigues… —insistió—, pero vamos una vez más.

Tommy apenas daba los primeros acordes cuando James lo detuvo.

—Yo no sigo con esta mierda —gruñó, dejando caer el micrófono.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Joyce que venía de los camerinos.

—No lo sé —respondió Lauren al tiempo que se levantaba—. Al parecer Tommy se está adelantando, aunque no me lo parece. —Siguió los pasos del mánager que iba raudo hacia el escenario.

Cuando llegaron a la tarima un *roadie* le entregaba otra guitarra a Tommy.

—No, no es el maldito instrumento. —Tommy rechazó al *roadie* que le hacía entrega de otra guitarra.

—¿Qué demonios pasa ahora? —refutó Joyce con las manos en las caderas y la respiración agitada. A su edad, subir corriendo escaleras no era su deporte favorito.

—Según el puto oído de James, me estoy adelantando, pero no es así… —Miró a su derecha, buscando apoyo en el bajista—. Billie, estoy bien con el tiempo, ¿no es así?

—No intentes hacerme parecer como un maldito imbécil... —James no esperó a que Billie diera una respuesta—. No estás concentrado en hacer bien tu trabajo, porque prefieres comerte el culo de mi novia con la mirada…

—¿Qué…? ¿Qué mierda dices? —balbuceó Tommy y luego se le escapó una risita de incredulidad.

—Te he visto, no me creas estúpido, vi cómo le miraste el culo… Ayer hiciste lo mismo, y te advierto, vuelves a hacerlo y te sacaré los malditos ojos…

Lauren que estaba detrás de Joyce, apenas podía creer que todo eso fuera producto de los celos. No solo ella miraba pasmada toda la situación, Billie, Ray y la mayoría de los *roadies* también.

—La cocaína te está comiendo el puto cerebro —se mofó Tommy.

—¿Qué dijiste? —James avanzó amenazante—. ¡Repítelo!

—Qué estás delirando, hermano… Deja de meterte todo lo que se te atraviese —aconsejó un poco más conciliador, decidiendo dejar de lado la provocación—. Porque estás viendo demonios donde no los hay.

—Quieres follarte a mi chica, no es de ahora, Tommy, lo he visto, he visto la lujuria en tus ojos…

—James, no digas tonterías… —intervino Lauren.

—¿Digo tonterías? Él se muere por follarte, sé que fantasea con eso, y no es más que tu puta culpa, por ponerte esos pantaloncitos que te cubren apenas nada… —dijo con la mirada enfurecida y la apuntaba con un dedo—, quieres provocarlo, ¿verdad?, por eso te los pones…

Lauren boqueó sin saber qué decir y sus ojos se volvieron saltones ante la indignación. No podía creer que James le echara la culpa de algo que solo pasaba en su cabeza. Jamás pensó que le reprocharía su forma de vestir y la acusaría de provocadora. Quería gritarle que no era su asunto si él o quien fuera se ponía cachondo

con su forma de vestir, eso era problema de ellos. Pero sabía que, si lo decía, solo haría que los ánimos se caldearan todavía más.

—¿Y eso que tiene que ver con el desempeño de Tommy como guitarrista? —protestó Joyce interponiéndose entre los dos, para evitar cualquier enfrentamiento físico—. Chicos, dejen sus problemas personales fuera del escenario…

—James, cálmate… —intervino Ray—. Estamos aquí para hacer música, para vivir el sueño de tocar en grandes escenarios, no lo arruines con estupideces.

—¿Que tu amigo quiera follarse a tu chica es una estupidez? No me jodas, Ray… Sé por qué lo digo, llevo tiempo tragándome toda esa mierda, pero ya no más… —Él tenía muy presente todas las veces que se había pillado a Tommy mirando con deseo a Lauren; había intentado disimularlo, pero jamás fue bueno ocultando las cosas, eran muchos años conociéndolo como para no hablar con certeza.

—Será mejor que regrese al hotel… Lo menos que quiero es causar problemas —dijo Lauren con la voz rota, tenía ganas de llorar, pero más que de tristeza era de rabia.

Se dio media vuelta y se marchó, decidida a que cuando James llegara hablaría seriamente con él, para luego irse a Londres, porque fue pésima idea integrarse a la gira.

CAPÍTULO 11

Solo cuando llegó a la salida del estadio se dio cuenta de que no tenía nada en los bolsillos con qué pagar un taxi que la llevara hasta el hotel. Inhaló profundamente su frustración y exhaló la rabia, quiso gritar para ver si así podía drenar todo lo que sentía, pero antes de dar muestras de un patético espectáculo, pensó en una solución que no fuera caminar hasta el hotel, porque no tenía ni puta idea de cómo llegar.

Se acercó a uno de los trabajadores del estadio y le pidió que le ayudara a comunicarse con Joyce, el hombre amablemente habló por el radio y tras una sucesión de comunicaciones que tardó unos pocos minutos, estacionó frente a ella una furgoneta negra.

—¿Lauren? —preguntó el conductor.

—Sí —respondió acercándose a la puerta del copiloto. Estaba segura de que ese era el chofer que Joyce dijo que le enviaría.

—Oldham, me pidió que te llevara al hotel.

—Oh, sí —dijo, abriendo la puerta—. Muchas gracias. —Sin perder tiempo se ajustó el cinturón de seguridad.

Ella no tenía ganas de hablar, suficiente era el hervidero que bullía en su cabeza, por lo que agradeció que el hombre durante todo el camino no dijera una sola palabra, solo iba concentrado en la carretera y en las letras de las canciones de Michael Jackson que salían del reproductor.

Volvió a darle las gracias cuando la dejó en la entrada principal del hotel. Lauren se fue directamente a la habitación y guardó en su mochila el par de prendas que quedaron por fuera, dejando el equipaje listo para partir en cuanto hablara con James.

Sentada al borde del colchón en la agónica espera de su novio, pensaba hasta la mínima palabra que le diría, miró el desorden de

ropas, y a pesar de que no merecía que se preocupara por eso, lo hizo más por la angustia que le provocaba a ella que por hacerle el favor a él. Se levantó y se acuclilló junto al marullo de prendas sucias y arrugadas. Empezó a separar pantalones y camisetas, dejándolas dobladas sobre la moqueta.

En poco tiempo se arrepintió de haber tomado semejante iniciativa, porque sintió en el bolsillo de unos vaqueros un paquete; al principio, pensó que podía tratarse de drogas, pero cuando lo sacó, el corazón se le contrajo dolorosamente al darse cuenta de que eran un par de condones. ¿Por qué demonios, James tenía condones si con ella no los usaba, para eso estaba tomando la Hana todas las noches sin falta?

Sí, claro que sabía el porqué, pero le aterraba admitirlo, ya que eso la dejaría como la más grande de las estúpidas. Sin duda esa era una razón más para largarse cuanto antes, y pensar seriamente, si merecía la pena seguir en esa relación que le traía más desdichas que alegrías. Enseguida las lágrimas empezaron a correr abundantes por sus mejillas y todo el cuerpo le temblaba, se sentía furiosa, ofendida, usada y subestimada.

Ya no solo se ponía hasta el culo de coca, sino que también le estaba siendo infiel y además tenía el descaro de hacerle un estúpido espectáculo de celos. Agarró el paquete y lo puso sobre la mesa de noche, porque quería poner a la vista las pruebas de su promiscuidad.

Después de mucho llorar y analizar la situación en la que se encontraba, decidió que era mejor marcharse sin darle explicaciones; así que, cogió su mochila y caminó a la salida, pero antes de que ella pudiera abrir la puerta, alguien más lo hizo. Esperó ver el descarado rostro de James, sin embargo, se topó con un gran ramo de rosas blancas.

—Esta es mi bandera de la paz, porque sé que debes estar muy molesta… —James ladeó la cabeza para dejarse ver el rostro. Mirar las huellas del llanto en su novia, le hizo darse cuenta de que como lo había supuesto, necesitaba llegar a una negociación pacífica.

Ver la desfachatez en James, solo hizo que un volcán en su interior empezara a entrar en erupción y encontró un valor que no

sabía que tenía. Le arrebató el ramo y empezó a golpearlo.

—Sabes qué es lo que vas a hacer con tu bandera de la paz… —gimoteaba en medio de la arremetida, mientras él intentaba cubrirse el rostro con los antebrazos—. Te la vas a meter en el culo, espero por lo más sagrado, que aún conserven las espinas.

—Muñeca, detente… Lo siento, sé que me porté como el más perfecto de los imbéciles… Me dejé llevar por los celos.

Los pétalos empezaron a desprenderse y terminaron esparcidos en la moqueta, los tallos que aún conservaban las espinas no tardaron en aruñar los antebrazos de James. Él llevado por el dolor de las heridas y la impotencia de no haber conseguido con su detalle contentar a Lauren, decidió reaccionar de una forma más contundente; por lo que, se hizo de lo que quedaba del ramo y se lo arrancó violentamente, para terminar, arrojándolo al suelo.

—¡Cálmate! —le exigió sujetándola con fuerza por los brazos y zarandeándola. Estaba bastante sorprendido, porque jamás esperó una reacción tan violenta por parte de su novia.

—¡Suéltame! —gritó en medio del llanto, mientras se sacudía en el agarre. Estaba despeinada y sonrojada. Su rostro se había convertido en un manchón gris por el delineador y el rímel corrido—. Quítame las manos de encima, no me toques. —Su respiración agitada le apartaba algunos mechones de la cara.

—Solo si te calmas, tienes que tranquilizarte… ¿Qué mierda te pasa? ¿Acaso enloqueciste? —preguntó sin soltarla, ya empezaba a cansarse, pero no iba a darse por vencido.

—Sí, sí… tú me robaste la cordura… ya no quiero seguir con esto, suéltame… —Consiguió darle un pisotón y una patada en la pantorrilla.

—¡Maldita sea! —Se quejó James, soltándola, y para calmar la furia del momento, le pegó un puñetazo a la ventana, casi enseguida la sangre brotó y empezó a sacudirla por el dolor, en poco tiempo el carmesí manchaba la moqueta y las paredes.

Lauren se asustó, pero no corrió en su auxilio, en ese instante le importaba más su propio dolor y humillación que la herida de James.

—Me voy, no quiero volver a verte nunca más. —Recogió su mochila que no supo en qué momento se le cayó.

—Lauren, no entiendo… Explícame… Sí, sé que mi actitud en los ensayos fue patética, pero no es para que estés así. —Se apretaba la mano para detener la hemorragia, pero seguía brotando por entre sus dedos.

—Quizá eso de ahí te dé la respuesta. —Apuntó con la barbilla hacia la mesa de noche donde reposaba el paquete con el par de condones—. He soportado que te alcoholices, que te pongas hasta el tuétano de drogas, incluso puedo tolerar tu absurda desconfianza y que juzgues mi forma de vestir…, pero no voy a perdonarte que me seas infiel… que te revuelques con quién sabe cuántas zorras…

—No, yo no… —Él intentó acercarse.

—¡No me lo niegues! ¡Nadie lleva condones a menos que vaya a usarlos! —Estaba tan molesta y furiosa que quería lastimarlo, herirlo de verdad, por lo que agarró dos de las botellas del bar y se las lanzó; sin embargo, James consiguió esquivar el ataque y eso acrecentó su impotencia.

—No sé dónde los conseguiste, pero eso no es mío. ¡Te lo juro! Esos condones no son míos. —Se mostró vencido, con los ojos llenos de lágrimas, pero era más por el dolor que provenía del corte en su mano.

—Eres demasiado cínico —chilló limpiándose los hilillos de mocos y lágrimas que le salían de la nariz—. Tan cínico, sabes muy bien que lo único que no puedo perdonarte es que me seas infiel, eso me rompe el corazón, me lo hace trizas…

—Cariño, yo… mi muñeca, te juro que no… —Se puso de rodillas y así avanzó hasta ella.

—No tiene caso que sigas negándolo, esto no puedo perdonarlo… No podemos seguir juntos, no quiero esto, no quiero ser la burla de nadie… —Le daba manotazos a las manos llenas de sangre con que él pretendía tocarla.

—Te estoy diciendo que no son míos, ¡maldita sea! ¡Te digo la verdad! —gritó desesperado.

—¿No son tuyos? —Caminó envalentonada en busca de los vaqueros—. ¡Entonces, llegaron aquí mágicamente! —Al sacudir con

fuerza los vaqueros, se pegó con la hebilla del cinturón en el pómulo y le hizo una herida. La rabia no le permitió sentir dolor; sin embargo, sí pudo percibir la sangre tibia bajarle por la mejilla, pero no podía alterarse más de lo que ya estaba.

—Te has lastimado, estás sangrando… —Se preocupó James levantándose para ir a auxiliarla, pero solo recibió los vaqueros estrellándose contra su pecho—. Esto no es mío, me los prestó Ray… son de Ray. —Apenas miró la prenda y la lanzó al suelo.

—Y piensas que soy estúpida, que esperas que crea semejante mentira. —Lloraba desconsolada, al tiempo que se pasaba el dorso de la mano por la herida en el pómulo y empezó a asustarse al ver que la sangre no se detenía—. Solo quiero irme, esto se terminó James. —Volvió a coger la mochila que soltó para poder hacerse de las botellas.

—No, no, no… Lauren, no vas a dejarme, no voy a permitir que me dejes ni que termines nuestra relación… —Corrió para sujetarla, pero ella fue más rápida y salió de la habitación.

James sabía que no importaba lo que dijera, ella no iba a creerle, por lo que recogió los vaqueros y poco le importó lastimarse la herida en la mano, corrió tan rápido como pudo y atrapó a Lauren por un brazo.

—Suéltame, James, me estás haciendo daño… ¡Suéltame, maldita sea! —Debido a sus gritos, algunas puertas empezaron a abrirse.

—¿Qué mierda pasa? —preguntó Billie al asomarse; solo llevaba una toalla envuelta en las caderas y el pelo mojado. No cabía dudas de que acababa de salir del baño.

—¡Oh, mierda! —exclamó Rick, bastante sorprendido al ver a la pareja ensangrentada—. James, déjala…

—¡Cierra la puta boca! —advirtió, señalándolo amenazador con la mano que tenía libre, mientras tiraba con fuerza de Lauren—. No te metas en mis asuntos.

El camarógrafo alzó sus manos con un gesto tranquilizador y regresó a su habitación, poco le interesaban los problemas de parejas; al que si no le haría nada de gracia ese escándalo sería a Joyce.

James se detuvo frente a la puerta de la habitación de Ray, la aporreó con contundencia y sin descanso, mientras luchaba con su novia que parecía más un animal salvaje. Su primo abrió la puerta, llevaba puesto solo la ropa interior blanca y unas medias del mismo color, de su cuello colgaba la diadema del walkman que sostenía.

—¿Qué diablos…? —su pregunta quedó inconclusa, al ver a su primo y a su novia como si acabaran de regresar del frente de una batalla.

—¿De quién es esto? —lo interrogó James, estampándole contra el pecho los vaqueros.

—¿Qué? —sofocó una risa producto del asombro al tiempo que agarraba la prenda y su mirada saltaba de Lauren a James y viceversa.

—¿De quién son estos vaqueros? —interrogó con más contundencia, ya que era la marioneta de la desesperación.

Ray extendió los pantalones ante él, estaban arrugados, manchados de sangre, aun así, pudo distinguirlos.

—Son míos, te los presté la semana pasada… pero ya así no los quiero, tíralos a la basura. —Se lo estampó contra el pecho.

—Ves, te dije que no son míos —le dijo James a Lauren, que ante la respuesta de Ray pareció calmarse un poco.

—¿Por qué? Todo este escándalo por unos putos vaqueros. —Ray, todavía estaba confundido.

—No se trata de los vaqueros —habló Lauren con la voz muy ronca, se había calmado un poco, pero seguía llorando—. Sino de lo que encontré en ellos.

—¿Qué encontraste en ellos? ¿Coca, anfetaminas, condones, marihuana, cigarrillos…? Cualquier cosa podría ser mía, hasta un millón de libras… porque ya los había usado cuando se los presté, solo que olían menos a diablo que los de él… —explicó Ray y pudo notar cómo las facciones de James se aliviaban un poco. Eso solo quería decir que de alguna manera lo estaba salvando.

Lauren no sabía si creer, porque Ray le guardaba las espaldas a James; después de todo, eran primos. No tenía cómo rebatir y terminó quedándose estancada en la parte en que aceptaba las

disculpas de James, porque era más fácil eso que llegar a la raíz del problema.

Solo bajó la mirada, dejó caer los hombros y se dio por vencida; entonces el coraje cedió al dolor y a la vergüenza. Se cubrió la cara con la mano que no tenía inmovilizada para echarse a llorar, con su cuerpo trémulo y aún más desconsolada.

James se sintió destrozado y arrepentido al verla tan vulnerable, no tenía ni puta idea de si lo había perdonado o todavía estaba furiosa con él; no obstante, la abrazó con fuerza y empezó a darle besos en la mejilla, saboreando sus lágrimas, sudor y sangre.

Lauren correspondió al abrazo, empuñando con fuerza la tela de la camiseta en la espalda de James. Se sentía agotada, amarlo y odiarlo le robaba todas las fuerzas.

—Mi amor, lo siento…

—Yo también —musitó escondiendo el rostro en el pecho de James, mientras él le besaba los cabellos.

—Nunca más volveremos a pelear, no así.

—No, nunca más. —Ella estuvo de acuerdo.

—Estaremos juntos por siempre, recuérdalo siempre… Yo te amo más que a nada y a nadie, muñeca, te lo digo de corazón. Yo renunciaría a todo… a todo. Al dinero, a la música y a la fama. Renunciaría a todo con tal de estar contigo, de tener una vida contigo.

—¡Bueno! ¡Bueno! —Ray intervino con aplausos, saliendo al pasillo—. Todos a su habitación, que el espectáculo es esta noche en el Anfield, no este.

Se dejaron escuchar algunos bufidos y murmullos en una clara demostración que desaprobaba lo que había sucedido entre la pareja.

—Interrumpen nuestro descanso con su estúpido drama y ellos terminarán follando —gruñó Billie—. ¡Genial! —reprochó, pues esa situación, en verdad, comenzaba a cansarlo.

—No es tu problema, nadie te llamó —advirtió James, que seguía abrazando a Lauren.

Enseguida todos los espectadores regresaron a sus habitaciones, dejando a la pareja en el pasillo.

—No puedes responder de esa manera, después de todo, tiene razón —intervino ella en un tono bajo y condescendiente. Era consciente de que habían protagonizado un escándalo—. Mejor regresemos a la habitación, necesito curar tu mano.

—Y yo curaré tu pómulo, ¿te duele? —la preocupación teñía su voz y le acarició con el pulgar debajo de la herida, retirando la sangre que se había espesado.

—Un poco —mintió, porque en realidad sentía como si le hubiesen dado el más fuerte de los puñetazos; por lo que le fue imposible contener una mueca de dolor.

De regreso en la habitación, fueron más conscientes del desastre que hicieron; sin embargo, no iban a ponerse a organizar nada, prefirieron ir al baño donde sabían que estaba el botiquín de primeros auxilios.

Ella se sentó en la tapa del inodoro, mientras que James se arrodilló entre sus piernas, y como habían prometido, se curaron las heridas el uno al otro. Al terminar, se dieron un beso que poco a poco se intensificó, lo que dio paso a una entrega sexualmente abrumadora. No había heridas o insultos que la pasión que estallaba en ellos no pudiera curar.

—Estamos hechos el uno para el otro —jadeó James mientras penetraba en ella con contundencia y luego la ahogaba con las arremetidas de su lengua.

—Sí, somos perfectos… —gemía Lauren al borde del orgasmo y se aferraba con fuerza a la espalda masculina. Él la tenía empotrada contra la pared de la ducha—. De alguna manera lo somos —aseguró mientras se sentía arder y apenas podía respirar.

Luego pidieron servicio a la habitación, comieron e hicieron una siesta de un par de horas, para despertar con el tiempo exacto para vestirse y encontrarse con el resto del grupo en la recepción.

Esa noche en el estadio Anfield de la ciudad de Liverpool el grupo Sweet Poison consiguió un lleno total, a pesar de que no era primera vez que lograban acabar con la boletería, la emoción que los embargaba no se comparaba con nada vivido hasta el momento.

Lauren observaba desde un extremo del escenario a su novio caminar de un lado a otro seguido por el reflector de una potente luz

amarilla, mientras cantaba con una voz melosa y ardiente, seduciendo a todos los presentes.

Cuando volvió al centro del escenario, se acercó al micrófono y miró a la derecha, en busca de su presencia, al verla levantó una ceja y le sonrió de medio lado, con una sensualidad que arrancó gritos a todas las féminas, mientras que a ella hizo que se le dispararan los latidos, se le erizara la piel y le vibrara el vientre.

Con la mano vendada se aferró al pie del micrófono con pasión y suavidad, como lo hacía tantas veces del cuello de su novia. El *riff* sensual que ejecutó Tommy y el cambio de luces amarillas a un rojo intenso antecedió a la letra de la próxima canción, lo que hizo que el público estallara en súplicas y empezaran a agitar sus pancartas.

—Esta noche quiero llamar al escenario a la chica que me corrompió y me robó el corazón. —Estiró la mano hacia la derecha, dejó de mirar al público y giró la cabeza hacia su novia—. Ven aquí, muñeca.

A Lauren no solo se le saltó un latido de la emoción, sino que al mismo tiempo se le formó un nudo de nervios en la boca del estómago; sin embargo, en nombre del amor y del extraordinario gesto de James, se armó de valor para hacer a un lado el miedo escénico y con una gran sonrisa atendió al llamado.

Llevaba puesto unos pantalones y un top, ambas prendas en cuero negro, el cabello, se lo peinó hacia un lado y se lo armó como la melena de un león, lo que le ayudó a ocultar la herida que le dejó la hebilla del cinturón; después de que James le limpiara la sangre, se dio cuenta de que afortunadamente solo se trató de un simple rasguño que esperaba sanara muy pronto y no dejara cicatriz.

Con un deseo arrebatador y una sensualidad arrolladora, la sujetó por la cintura y la hizo chocar con su ardiente cuerpo bañado en sudor, luego le dio un beso que la dejó sin aliento y por poco le hizo desaparecer el suelo. Una vez que se separaron, le cantó mirándola a los ojos *Sweet and Innocent*; eran aplaudidos por los fanáticos de la relación, pero también los amparaban cientos de miradas cargadas de envidias, sobre todo hacia ella; que, en cambio, no se había sentido tan dichosa en mucho tiempo.

CAPÍTULO 12

Agosto 1987: Maryland – Estados Unidos

La ansiedad no permitió que Madeleine conciliara el sueño en toda la noche, por lo que no pudo disimular las ojeras ni con todo el maquillaje que se aplicó. Por su parte, Patrick tampoco consiguió pegar ojo y temía quedarse dormido en la carretera.

—Debemos llevar esto, lo necesitamos —dijo Madeleine al tiempo que tapaba con manos temblorosas el filtro de café, también guardó media docena de galletas de avena; aunque sabía que el nudo de nervios que tenía en el estómago no le dejaría pasar bocado.

—Está bien, cariño. —Patrick cargaba con una caja en la que tenían varias carpetas con lo más importante del caso de Susan. A pesar de que habían mandado bastante información, ellos quisieron llevar más, porque no se perdonarían olvidar nada.

—Lleva eso al coche, llamaré a tu madre para decirle que vamos saliendo. —Más que informarle a su suegra de su itinerario, quería saber cómo había pasado la noche Stella.

Debido al importantísimo compromiso que tenían esa mañana decidieron que, por primera vez, Stella durmiera fuera de casa y al cuidado de otras personas que no fueran ellos. Lo que inevitablemente, les despertó miedos pasados; además, de que se convirtió en otro aliciente para que no pudieran dormir.

Patrick esperó al volante a que su mujer hiciera la llamada mientras él con los ojos cerrados intentaba renovar la fe. La esperanza no la había perdido, pero la fe muchas veces sí le había vacilado; anhelaba con todo su corazón que este nuevo esfuerzo diera resultados. Abrió los ojos cuando escuchó la puerta mosquitera

cerrarse y vio a Madeleine acercarse no solo con el filtro de café y las galletas, también traía un par de botellas de agua y una sonrisa de tranquilidad. Abrió la puerta para ella y le recibió el termo para acomodarlo en el salpicadero.

—¿Todo bien? —preguntó en cuanto se ubicó en el asiento.

—Sí, Stella no quiso dormir sola; así que, durmió con ellos…

—¿No se orinó en la cama?

—También me preocupó que lo hiciera, pero me dijo que no —suspiró aliviada, porque su niña aún tenía la costumbre de algunas veces mojar la cama.

—Menos mal —exhaló al tiempo que giraba la llave en el contacto para poner en marcha el motor.

—¿Crees que lleguemos a tiempo? —Estaba de los nervios, no podía evitarlo—. No me perdonaría llegar tarde.

—Sí, todavía tenemos tiempo de sobra.

Salieron de la propiedad cuando apenas despuntaba el amanecer, tenían por delante un trayecto de un par de horas hasta Washington, donde los entrevistarían en las noticias de NBC a las nueve de la mañana.

Intercambiaron muy pocas palabras durante el viaje, sin embargo, no se soltaron la mano ni por un momento, era la manera en que se dejaban saber que estaban juntos en eso. Faltando una hora para la entrevista, Patrick aparcó en el estacionamiento de la calle Capitolio al noroeste de la ciudad. Eran pocas las veces que venían a la capital; aun así, conocía muy bien sus calles. Fueron recibidos por el productor del programa y mientras los conducían a los camerinos, empezaron a hacerles varias preguntas, aunque ya muchas las habían contestado por teléfono y por escrito, pues no les incomodaba, entre más se interesaban en la historia de Susan, mejor.

Los llamaron en cuanto empezó una pausa comercial; previamente, los presentadores habían anunciado que ellos estarían en el siguiente segmento. Los ubicaron en sus asientos y le acomodaron los micrófonos; tanto Madeleine como Patrick, estaban temblando de los nervios, ya que era primera vez que estarían en un programa tan importante, después de dieciséis años de vivir en ese

infierno, por fin, tenían la posibilidad de dirigirse a todo el país y no solo a su pequeña localidad o cuando mucho al estado.

—En treinta segundos saldremos al aire. ¿Se sienten bien? —preguntó el periodista al ver que estaban un poco pálidos, aunque era comprensible, quería que la pareja estuviera cómoda.

—Sí, sí —asintió Madeleine y tragó grueso—. Un poco nerviosa.

—Eso es normal, pero recuerden, nosotros los guiaremos… De todas formas, al final podrán decir las palabras que crean convenientes.

—Gracias —dijo Patrick—. ¿Sí pondrán en pantalla la foto y el dibujo?

—Por supuesto, estará en todo momento, en la parte superior derecha de la pantalla —anunció la presentadora.

Patrick inhaló como muestra de satisfacción y asintió. Enseguida empezó la cuenta regresiva de cinco segundos para salir al aire, lo que hizo que los nervios se intensificaran en el matrimonio Russell Lewis.

—Dieciséis años; sí, señores, dieciséis años llevan Madeleine y Patrick sin saber de su pequeña hija Susan, quien desapareció el 7 de julio de 1971 mientras jugaba en el jardín de su casa… Madeleine y Patrick, bienvenidos a NBC News.

—Muchas gracias —dijo Patrick, mirando al presentador y luego hacia la cámara frente a ellos.

—Gracias por darnos la oportunidad de hacer llegar al país nuestra súplica —respondió Madeleine, llevándose una mano al pecho, la otra la tenía fuertemente asida a la de su esposo.

—Sentimos mucho que haya pasado tanto tiempo —intervino Marvin Kalb—. Por favor, cuenten a los televidentes cómo desapareció la pequeña Susan… cuéntennos su historia.

Madeleine y Patrick compartieron una breve mirada acordando con ese gesto que fuese él quien empezara. Así que trató de ser breve pero conciso, ya que sabía que el tiempo en televisión era demasiado valioso.

—¿Cómo se sintieron al llegar a casa y constatar que la pequeña Susan no estaba? —preguntó Bárbara con tono compasivo.

—Las palabras no pueden describir la angustia y desesperación que sentimos —respondió Madeleine con la voz rota—. Solo queríamos que el mundo se detuviera para poder salir a buscar a nuestra bebé.

—¿Se arrepienten de haber hecho ese viaje? —Marvin, no lo hizo con ánimos de juzgar, solo de poner en contexto a los televidentes.

—Fueron las vacaciones que nunca debimos haber tomado —intervino Patrick. No tenía intenciones de esconder lo arrepentido que estaba, habían sido muchas las veces que pensó que, si no hubiesen viajado, su hija estaría con ellos.

—¿Cómo han sido capaces de llevar el paso del tiempo? ¿Cómo viven las fechas especiales?

—Para nosotros el calendario cambió, ya no lo vemos como primero de enero, diez de febrero… —trataba de explicar Madeleine mientras luchaba con las lágrimas—. Contamos los días desde que Susie no está… Para nosotros, hoy no es diez de agosto, hoy hace 5.878 días que desapareció nuestra niña… que alguien se la llevó.

—Entiendo, como padres, imagino que viven una tortura...

—Así es, aunque no hablamos de nuestro dolor, simplemente seguimos adelante —interrumpió Patrick.

—¿Creen que Susan aún sigue con vida?

—Sí, definitivamente —dijo Madeleine sin titubear.

—Por eso seguimos buscándola —añadió Patrick.

—¿Y por cuánto tiempo seguirán buscándola? —Marvin estaba consciente de que era una pregunta innecesaria, pero sabía que la respuesta de los padres llegaría al alma de las personas.

—Siempre, hasta mi último aliento —respondió Madeleine, mientras su marido asentía de acuerdo con sus palabras.

—Si Susan llega a ver esta entrevista, le dará esperanza saber que sus padres no están dispuestos a abandonar su búsqueda —dijo Bárbara, viendo con admiración a los padres.

—Con respecto a la investigación policial, ¿cómo se han sentido? ¿Creen que han hecho lo posible para dar con el paradero de Susan?

—Un padre nunca está satisfecho con los esfuerzos del orden público, sobre todo, si no se obtienen los resultados esperados: que, en este caso, es volver a tener a Susan con nosotros —decidió ser Patrick quien diera esa respuesta—. Sin embargo, debo admitir que la policía ha hecho un gran trabajo, han usado los recursos que les dio el Estado de la mejor forma posible, y a pesar de que han pasado tantos años, siempre están dispuestos a tratar de brindarnos respuestas.

—Por mi parte —intervino Madeleine—. Puedo decir que la policía ha hecho lo posible, pero admito que me llena de frustración ver que hay casos de desaparición de niños que atraen toda la atención de los medios de comunicación y otros son prácticamente nulos, como es el caso de Susan… Sí, los primeros días, los medios hicieron eco del caso de nuestra hija, pero rápidamente lo olvidaron… y la capacidad de atención del público es muy corta, en poco tiempo olvidan que alguien se llevó a Susan del jardín de nuestra casa, y siguen con sus vidas.

—Por eso debemos luchar para que el mundo no olvide a nuestra hija, ni lo mucho que nos hace falta. —Patrick tragó grueso, quería mantener la calma, pero las duras emociones hacían nudo en su garganta—. Como padres, luchamos con todo lo que tenemos, hacemos lo que sea por nuestros hijos… Muchas veces la policía nos ha pedido que no hagamos nada, que solo debemos esperar a que avance la investigación, pero no podemos sentarnos, eso es imposible… Han pasado tantos años y sé que muchos esperan que perdamos la esperanza, pero eso no pasará.

—¿Aún tienen fe de que verán a Susan de nuevo?

—Sí, la tenemos. —Los padres respondieron al mismo tiempo.

—Si alguien nos diera una prueba de que encontraron el cadáver de Susan, o evidencias concretas… algún tipo de información clara de que ella ya no esté viva… por muy duro que pueda ser para nosotros, lo aceptaríamos, pero como eso no ha pasado, aún mantenemos la esperanza de que regrese a casa, con su familia —reafirmó Patrick.

—¿Para ustedes qué es la peor parte de todo esto? —interrogó Bárbara, conmovida con el relato.

—Es un sufrimiento constante, pero creemos que la peor parte es el no saber qué pasó, la duda persistente, pero tenemos que hacer lo que esté a nuestro alcance para mantener viva la esperanza y seguir buscando a Susie. —Madeleine apretó un poco más la mano de su marido, mientras miraba a los ojos de la periodista—. Por eso estamos aquí, para que nos ayuden a que el mundo sepa que aún buscamos a nuestra hija.

—Sabemos que la búsqueda de Susan es como una aguja en un pajar, pero cuentan con el apoyo de NBC, haremos lo posible para que los televidentes tengan muy presentes que unos padres desesperados claman por el reencuentro con su hija —dijo Marvin y les dedicó una mirada comprensiva—. Es por eso por lo que hemos abierto una línea de ayuda anónima y confidencial… En la parte inferior de la pantalla está el número, también sigue disponible el número residencial de los Russell… —anunció mirando a la cámara, pero luego volvió a ver a los visitantes—. ¿Tienen algo para decir?

—Por favor, ayúdennos, ayúdennos a encontrar a Susan, creo firmemente que ella está viva —suplicó Madeleine con la voz rota y los ojos llenos de lágrimas que se obligó a no derramar—, no creo que nos la hayan arrebatado para siempre, no lo creo… mi corazón de madre así lo siente, por favor, si tienen información o sospechan de algo, sin importar lo mínimo que sea, por favor, solo tengan la amabilidad de hacer una llamada.

—Sabemos que han pasado muchos años —medió Patrick—, pero la policía nos ha ayudado a hacer un dibujo de cómo podría lucir Susan con diecinueve años… Creo que está apareciendo en pantalla. —Miró a la mujer y ella asintió confirmando que la imagen seguía fija—. Además, mi hija tiene como distintivo una cicatriz en el mentón y un par de lunares en el hombro izquierdo, están muy juntos.

—Si tuvieran la certeza de que Susan lo estuviera viendo en este momento, ¿qué le dirían? —los instó Bárbara.

Madeleine miró a la pantalla, imaginando esa posibilidad, enseguida se le agolparon muchas palabras en la garganta que luchaban con el llanto por salir, respiró hondo para calmarse y aprovechar la oportunidad.

—Te amamos, Susie… No ha pasado un solo día en que no pensemos en ti, tus papis te extrañan muchísimo… —No pudo seguir porque las lágrimas se hicieron presente.

—Queremos que sepas que desde el día en que te arrebataron de nuestro lado —prosiguió Patrick—. Te llevaste contigo un pedazo de nuestras almas. Nada, absolutamente nada ha sido lo mismo sin ti y no lo será hasta que volvamos a abrazarte… Te queremos hijita… —Negó con la cabeza porque su voz se rompió y si seguía adelante solo podría pronunciar sollozos.

Marvin y Bárbara comprendieron que los Russell no podrían continuar porque estaban bastante afectados y era completamente entendible. Tampoco contaban con mucho tiempo más para seguir al aire, por eso decidieron despedirse. Le dieron las gracias a la pareja y les compartieron algunas palabras de consuelo, en las que le prometieron que harían lo posible para que la ayuda por el canal no quedara solo en esa entrevista, que esperaban se retrasmitiera varias veces.

CAPÍTULO 13

1987: Manchester – Inglaterra

Lauren no podía comparar las últimas dos semanas junto a James con un cuento de hadas, porque seguían algunos desacuerdos debido a los vicios cada vez más descontrolados por parte de él. Sin embargo, no habían vuelto a pelear como lo hicieron en Liverpool y la mayoría del tiempo se la llevaban muy bien.

Además, seguía adelante la decisión de que en cuanto terminaran la gira, se irían a vivir juntos; eso le emocionaba demasiado, porque estaba segura de que, con menos presiones y compromisos, James no tendría que depender tanto de todos esos malos hábitos adquiridos en los últimos meses, y empezaría a desintoxicarse de toda esa mierda.

Acababan de llegar a Manchester, otra ciudad en la que se presentarían, por lo que a Lauren se le hacía cada vez más tangible el sueño de ir a la residencia a por sus cosas y llevarlas al apartamento que compartiría con James. Al volver, él no quería seguir viviendo en la misma casa con los chicos; según sus propias palabras, quería más independencia y privacidad, sobre todo si iba a vivir con su novia.

En el fondo, Lauren sabía que esa decisión la había tomado debido a los celos irracionales que sentía por Tommy, si bien, no habían vuelto a pelear, la tensión entre ellos era evidente. Ella, por su parte, para evitar que las cosas empeoraran, prefirió tener el menor contacto posible con Tommy y él también se apegó a esa regla tácita.

—Vamos a la habitación —dijo James cogiéndole la mano en cuanto se levantaron de los asientos del autobús.

—Pensé que podríamos ir a desayunar en el restaurante del hotel —comentó, un paso por detrás de él, ya que el pasillo del autobús no les permitía ir uno al lado del otro—. Estoy hambrienta.

Salieron temprano de Preston; aunque fue un viaje de tan solo dos horas, empezó a pasarle factura no haber cenado la noche anterior. James respetó que estuviera agotada y la dejó que se fuera a dormir apenas terminó el concierto; en cambio, él llegó pasada las cuatro de la mañana de la celebración, como era costumbre, bastante ebrio, pero no la molestó y se quedó dormido sin siquiera cambiarse.

Se despertaron con el tiempo justo para darse una ducha y recoger sus equipajes. En la recepción del hotel entregaron sus pertenencias a un empleado que se encargó de llevarlo hasta el maletero del autobús.

—Puedes comer galletas o cacahuates del bar de la habitación, o si prefieres pides que te suban algo, porque solo quiero dormir, necesito descansar —dijo sin mirarla.

—Entonces sube a dormir, yo iré al restaurante…

—Prefiero que vengas conmigo —la interrumpió, mientras bajaban las escaleras del autobús. Fue inevitable no sentirse aliviado al ver que no había fanáticas esperando por ellos, así no los retrasarían.

—J-Rock, preferiría comer en cualquier lugar menos en la habitación —dijo con cautela, lo que menos quería era ponerlo de mal humor, algo que solía pasar muy rápidamente cuando estaba con la resaca viva, justo como en ese momento—. En serio, me hastío hasta la médula mientras tú duermes.

—Puedes ver televisión, sabes que no me molesta.

—No quiero ver televisión, me gustaría salir y conocer un poco la ciudad, no hacemos más que encerrarnos en cada lugar al que llegamos…

—Sabes que no puedo salir, no me dejarían en paz.

—A ti no te dejarían en paz, pero no te estoy pidiendo que me acompañes… Es que quiero ir a la Galería de Arte a ver las obras de Valette y Charles Mengin… Te he dicho cuánto quiero ver a la poetisa griega Safo de Mitilene.

—Bueno, cariño, ese es el precio a pagar por ser la novia de una estrella de rock… —La egolatría se escapó a raudales—. No te quejes, que eres la envidia de medio país.

—Es que no quiero estar a la sombra de la «estrella de rock». —Lauren soltó una mueca de burla y fastidio—. Por eso no te pido que me acompañes, mi vida no depende de la tuya, somos seres independientes… —Se calló, porque en ese momento llegaron a la recepción donde estaba Joyce repartiendo las llaves de las habitaciones, no solo de los miembros del grupo, sino del gran equipo de trabajo que conformaba la gira.

—Gracias —le dijo James al mánager cuando recibió la llave y sin soltarle la mano a su novia, se dirigió a los ascensores—. Yo dependo de ti, muñeca —alegó una vez se alejaron del grupo.

—¿Hasta para vigilarte el sueño? —ironizó la pregunta.

James se volvió a mirarla con una ceja levantada y tiró de su mano para entrar en el ascensor.

—¿No te parece que estás siendo bastante altanera? —cuestionó serio.

—No, tú estás siendo demasiado intransigente, James. Te estoy pidiendo un poco de tiempo para mí y mis intereses… ¿No es suficiente todo lo que te doy y todo el tiempo que paso contigo? Estamos juntos veintitrés horas al día, la hora restante solo me la permites porque no puedes acompañarme al baño en todo momento o porque no te interesa enterarte de lo que hablo por teléfono con el padre Francis… porque cuando converso con mis amigas sí estás al pendiente…

—Porque ellas no hacen más que ponerte en mi contra…

—No lo hacen —bufó, quería soltarse del agarre, pero sabía que, si lo hacía, sería el detonante para que estallara esa pelea que tanto había evitado.

—¿En serio no lo hacen? Sé que Telma me odia… Ella envidia lo que tenemos. Cariño, no sé cómo no te das cuenta de eso y permites que siga siendo tu amiga, si claramente no quiere tu felicidad.

—Ella no te odia, solo siente cierta reserva hacia ti…

James la interrumpió con una carcajada sarcástica.

—Ahora le llaman «reserva» —dijo mirando el número de la habitación en el llavero.

—Bueno, no puedo cambiar sus sentimientos y tampoco puedo dejar de ser su amiga, simplemente porque tú no seas de su agrado, debemos llevarnos bien, recuerda que es mi compañera de habitación.

—Lo era, ya no tienes que guardar las apariencias con ella, porque no tendrán que seguir compartiendo habitación.

—No le quitaré mi amistad, James.

—No te pido que lo hagas. —Se encogió de hombros para mostrar desinterés, pero su mandíbula estaba tensa.

—¿No lo haces? —Lo miró directamente a los ojos.

—Llegamos —anunció, ya que las puertas del ascensor se abrieron, salvándolo de dar cualquier respuesta.

La verdad, él no quería que Lauren siguiera la amistad con Telma, porque la muy maldita no hacía más que meterle estupideces en la cabeza.

Solo cuando James metió la llave en la cerradura de la puerta, fue que Lauren se dio cuenta de que él había conseguido llevarla a la habitación, pero se prometió no quedarse ahí, en cuanto se durmiera se largaría; estaba cansada de tanto encierro. Desde que se integró a la gira, habían recorrido varias ciudades, pero era como si hubiese estado todo el tiempo entre un cuarto de hotel y un *backstage*.

Él le soltó la mano y se ubicó detrás de ella, justo antes de abrir la puerta, se quitó la bandana que llevaba en la muñeca.

—¿Qué haces? —preguntó sobresaltada cuando le cubrió los ojos.

—Tengo algo para ti —susurró y le dio un beso en el cuello mientras le hacía el nudo.

—¿Qué cosa? —sonrió expectante, sabía que debía ser bueno, por la forma en que James bajó sus defensas. El tono de su voz pasó de ser soberbio a sugerente.

—Ya verás. —Le dio otro beso en el cuello, luego abrió la puerta y le puso las manos sobre los hombros para guiarla—. Puedes entrar.

—No quiero irme de bruces… —Soltó una risita de nervio e intriga, mientras el corazón se le desbocaba.

—No dejaré que lo hagas.

Lauren empezó a caminar con cautela, extendía los brazos al frente, esperando tantear alguna superficie. Después de varios pasos, James la retuvo por los hombros.

—¿Ahora? —preguntó girando la cabeza hacia la derecha, ya que de ese lado sentía la respiración de su novio sobre su cuello.

—No soy muy bueno con las sorpresas. —Empezó a desatarle el nudo—. Sin embargo, espero que te guste.

Lauren sintió que la bandana cayó de sus ojos y tardó unos segundos en abrir los párpados. Cuando lo hizo, la ligera nube de oscuridad se fue esparciendo para brindarle un hermoso espectáculo de pétalos de rosas rojas sobre las impolutas sábanas blancas de la cama; casi enseguida distinguió la forma de un corazón acompañada de la palabra «Te amo» en el centro y sobre el cabecero había un cartel que decía: «Feliz aniversario, muñeca»

La moqueta estaba cubierta de globos, más pétalos y serpentina plateada, que probablemente se convertiría en un gran problema para la mujer de la limpieza. Junto a la ventana había una mesa redonda cubierta por un mantel blanco y con un desayuno completo servido.

Lauren emitió un chillido bastante agudo de pura emoción mientras recorría con la mirada cada detalle. Nunca imaginó que James la sorprendiera de esa manera, solo en ese instante caía en la cuenta de que estaban cumpliendo un año de noviazgo. Los últimos días habían sido tan agitados que muchas veces perdía el sentido del tiempo, imaginó que él debía estar mucho más desorientado, pero le emocionaba haber estado tan equivocada.

—J-Rock —dijo conmovida al tiempo que se volvía hacia él.

—¡Feliz aniversario, vida mía! —sonrió satisfecho de haberla sorprendido—. No lo esperabas, ¿cierto? Seguramente pensaste que no lo tendría en cuenta.

—No lo sé… sí, tienes razón, no lo esperaba. —Se lanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos—. ¿En qué momento pediste que hicieran todo esto?

—Anoche, en cuanto terminó el concierto… Joyce me ayudó. —No podía restarle importancia al favor de su mánager que desde hacía una semana vivía recordándole esa fecha tan especial; por supuesto, en algún momento de la gira, él le pidió que lo hiciera—. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —exclamó al tiempo que tomaba impulso para abrazarse con sus piernas a la cintura de su novio; él enseguida la alzó, sujetándola por los muslos—. Te amo… te amo mucho más que hace un año —confesó mirándolo a los ojos.

—¿A pesar de todas las diferencias que tenemos? —preguntó también perdido en la mirada de ella.

—A pesar de todo, de las discusiones, de los malentendidos, de las duras pruebas, te amo a pesar de todo, J-Rock… Eres tú mi adicción. —Dejó que fueran sus acciones las que demostraran sus sentimientos y lo besó, lo hizo con todas las ganas que él le despertaba.

James correspondió al beso de Lauren, un beso abrasador, un beso intenso que parecía no tener fin; ella lo sorprendió cuando se quitó la camiseta y casi enseguida el sostén, entonces se elevó un poco más, ofreciéndole sus tetas turgentes.

—Pensé que estabas hambrienta… —Se detuvo para chuparle el pezón izquierdo—. El desayuno se va a enfriar —dijo antes de pasarse con su boca al otro pezón.

—Ahora solo quiero comerte a ti… —gimió fuerte ante la combinación de placer y tortura que James le prodigaba a sus pezones. Se los mordía, chupaba y lamía hasta ponerlos tan erectos que le dolían, pero ese sufrimiento era el que quería—. Todo lo demás puede esperar.

Él se lanzó a la cama con ella, destruyendo el corazón de pétalos, pero eso era lo que menos les importaba, estaban más urgidos por quitarse las ganas y entregarse sin restricciones.

En un año, habían aprendido perfectamente cómo complacerse, la forma en que cada uno anhelaba el placer; James conocía palmo a palmo el cuerpo de Lauren, sus puntos más sensibles, las maneras en que le gustaba que la acariciara o dónde ejercer presión. Asimismo, sabía el momento justo para hacer sus penetraciones

superficiales o más profundas, también cuando las quería más rápido o lentas. Las posiciones que la llevaban al puto clímax en segundos o las que le daban placer de forma más constante y hacían que el sexo fuese más duradero.

Sabía qué palabras usar para hacer que se mojara a raudales o donde podía azotarla para que ocurriera lo mismo. Ella, por su parte, tenía el récord en hacer que sus erecciones alcanzaran el punto más alto en el menor tiempo; había aprendido a mamársela como ninguna otra, porque Lauren sabía escuchar; sí, ella atendía a sus peticiones sin palabras. Prestaba atención a sus jadeos y preguntaba siempre sobre las maneras en que podía complacerlo. En conclusión, la química sexual entre ellos era única y quizás ese era el punto más fuerte de su relación. Así que, terminaron otra ardiente entrega con los cuerpos temblorosos, sudados, jadeantes y sonrientes.

—¿Ahora sí quieres alimentarte de otra cosa que no sea de mí? —preguntó James, pero antes de que ella pudiera responder, le selló los labios con un intenso beso.

—Estoy muy a gusto aquí… Aunque necesito recuperar las fuerzas, las piernas todavía me tiemblan y no sé si podré llegar a la mesa —confesó con la mirada puesta en los labios hinchados de él.

James le dio un beso en la frente y se levantó.

—En ese caso, te llevaré —dijo ofreciéndole los brazos.

—¿Lo dices en serio?

—Sabes que contigo todo va en serio… Ven aquí, mi amor.

Lauren no esperó una segunda petición, así que se lanzó a los brazos de su novio, que la cargó cómo si se tratara de una pareja de recién casados; justo así se sentía ella, por lo que sonreía con la felicidad escapándosele por los poros.

Con cuidado él la sentó en la silla, recibió el beso que le dio en agradecimiento y luego se sentó en la otra. Desnudos se dispusieron a disfrutar del desayuno que por tanto tiempo les esperó.

—Entonces, ahora nos duchamos y vamos a la Galería de Arte —propuso James.

Lauren olvidó masticar el pedazo de pastel de masa de hojaldre relleno de grosellas, azúcar y especias, al pasarlo entero terminó con el trozo atorado, lo que le provocó un ataque de tos, solo entonces

agradeció que el té se hubiese enfriado, porque gracias al gran trago que le dio, no terminó asfixiada.

—¿Estás bien? —preguntó levantándose para auxiliarla.

Lauren asintió y a pesar de que tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas le pidió con un gesto que siguiera en su puesto.

—¿No será un problema…? —carraspeó y empezó a darse golpecitos en el pecho.

—No lo creo.

—¿Y las fanáticas? Porque estoy segura de que van a reconocerte.

—Podemos camuflarnos, ayudarnos a pasar desapercibidos con algunas prendas… ¿Qué te parece? Claro, solo si quieres que te acompañe, porque cómo ya has hecho planes sin mí.

—¡Tonto! Por supuesto que quiero que vayas conmigo... Nada me gustaría más —sonrió emocionada.

Se apresuraron a terminar con el desayuno, luego se fueron al baño y se ducharon juntos; sin embargo, mientras Lauren se desenredaba el cabello y James ponía pasta dentífrica en el cepillo de dientes, escucharon que llamaron a la puerta.

—Iré yo —avisó él.

Cogió un albornoz, se lo puso y salió del baño. Al abrir, se encontró con el botones que traía sus equipajes, tal como le había pedido a Joyce, que lo enviaran después de que subiera con Lauren; lo que menos deseaba era tener acompañantes en un momento tan especial.

—Muchas gracias, yo me encargo. —Le quitó la mochila y la maleta; anulando con eso el ingreso del hombre a la habitación.

—Con gusto, señor. —Hizo una reverencia y se marchó.

James cerró la puerta con el pie y llevó el equipaje hasta la cama, dejándolo sobre las sábanas desordenadas y algunos pétalos de rosas que habían soportado la batalla sexual a la que tuvieron que enfrentarse.

Aprovechó para buscar en su maleta la cajita de plata en la que guardaba la coca, se llenó a tope la cucharilla y esnifó, primero la fosa nasal izquierda, luego la derecha. En muy pocos minutos empezaría a sentirse mucho más eufórico.

—Ay, qué bien que llegó el equipaje —dijo Lauren al salir del baño.

James que ya no se preocupaba porque ella lo viese consumiendo ningún tipo de droga, no se inmutó, simplemente inhaló otro poco y guardó con cuidado la caja de plata de dónde la había sacado.

—Sí, ya llegó —dijo al volverse, caminó hasta ella y le dio un beso—. Iré a cepillarme.

—Vale. —Lauren, con una escueta sonrisa, no pudo contener las ganas de limpiarle con el pulgar los restos de cocaína que le quedaron en una de las alas nasales—. No tardes.

—No lo haré. —Le sonrió, sin darle la mínima importancia a lo que ella había hecho; por el contrario, le pareció un gesto bastante tierno.

Ella se obligó a que eso que acababa de pasar no le arruinara su maravilloso estado de ánimo; incluso, se justificó al pensar que esta vez él sí necesitaba un poco de estímulo para poder estar mentalmente alerta, ya que, no había descansado.

Empezó a buscar en la mochila, sacó las bragas y se las puso, luego se hizo del sostén, se lo estaba abrochando cuando sintió las manos de James dispuestas a ayudarle, por lo que permitió que se encargara del resto; al terminar, le dio un beso en la clavícula y ella sonrió complacida.

Quince minutos después, salieron de la habitación, con gorras y gafas oscuras, esperaban que, con eso, pudieran pasar desapercibidos; sobre todo él, que se recogió el cabello dentro de la gorra y se puso una camisa de mangas largas para ocultar los tatuajes.

Como siempre que tenían que evadir las consecuencias de la fama, con la ayuda de algún empleado del hotel salieron por la puerta de servicio y subieron al taxi que los esperaba.

La emoción en Lauren era palpable, durante todo el trayecto no paró de parlotear sobre las pinturas más reconocidas, compartiendo con James cuales eran sus favoritas. Él, en cambio, solo se limitaba a seguirle la corriente, asentía a todo lo que ella decía, mas no opinaba sobre pinturas, frescos, esculturas; ni nada de eso, ya que

su conocimiento sobre esa rama en el arte era bastante limitado, lo suyo era la música, de eso sí podían preguntarle lo que fuera: sonata, sinfonía, ópera, metal, rock, glam, pop; cualquier género lo conocía a la perfección.

Cuando llegaron, ella suspiró extasiada y se mostró ansiosa por entrar, lo cogió de la mano y tiró de él llevándolo directamente a la taquilla de información, les dieron unas credenciales para el acceso, un folleto informativo y un mapa de la galería.

Llevaban casi una hora paseándose entre pinturas a las que ella se les quedaba admirando cada detalle; además leía la leyenda de la pintura, pero también le mostraba la información que estaba en el folleto que le dieron. James tuvo que suprimir más de un bostezo, no era que no le interesara solo que no estaba familiarizado y también empezaba a sentir los estragos de la resaca.

En el momento en el que estuvieron frente a *Sappho*, la pintura de la poetisa griega que tanto quería ver, a Lauren le fue imposible no emitir un chillido de la emoción, su corazón empezó a latir fuerte y lágrimas de dicha anidaron al filo de sus párpados.

—¡Es hermosa! —exclamó con las manos en el pecho. En esa obra, Safo aparecía con una postura relajada y sensual, vestida en un atuendo negro que apenas cubría su torso, dejando al descubierto sus pechos—. ¿Si sabes quién es? —Se volvió para mirar a James.

—¿El pintor? —preguntó, alzándose de hombros en un gesto de poco interés.

—¡No, Safo!

—Un poco… —Meneó la cabeza en un gesto ambiguo, por lo que Lauren lo miró con los ojos entornados—. Bueno, está bien, no tengo ni puta idea, solo veo que tenía unas tetas muy bonitas.

—Es poco lo que se sabe de ella, solo que fue una poetisa griega de la época arcaica que nació en la isla de Lesbos y que provenía de una familia noble, cuya fortuna la obtuvieron del saqueo de Troya… Murió peleando en la guerra entre lesbios y atenienses por la posesión de Sigui...

—Ya, interesante historia… —James no pudo contener el bostezo.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad? —masculló desilusionada.

—Oh, no, muñeca… Solo es agotamiento…

—Sí, tienes razón —intervino dándole un codazo cómplice en el costado—. Prácticamente no has dormido, mejor regresemos al hotel.

—No, cariño. —Le sujetó con un par de dedos la barbilla y le dio un beso en los labios—. Cuéntame más sobre Safo, ¿qué tipo de poesía escribía? —La instó con una delicada sonrisa.

—El Papa Gregorio VII ordenó la quema de todos los manuscritos porque los consideraba inmorales. Te imaginarás qué tipo de poesía escribía —sonrió y levantó una ceja en señal de picardía.

—¿Eróticos? —preguntó provocador.

—Sin duda, pero en sus obras mezclaba el romanticismo con una visión más libre y provocadora de la mujer y su sexualidad… —suspiró y volvió la mirada de nuevo a la pintura, quedándose por casi un minuto siguiendo los trazos—. ¿No te parece que Mengin consiguió representarla como una figura femenina potente, capaz de despertar pasiones y sentimientos profundos…? —Se detuvo en su pregunta al ver que su novio estaba metiéndose coca en plena galería—. No puede ser, James, lo que haces es una falta de respeto —masculló.

—Nadie nos está viendo —alegó, ya que en la sala solo estaban los dos—. Es un poco para mantenerme despierto.

—Regresemos al hotel —dijo con determinación y se alejó.

—Muñeca, pero si aún falta por mirar…

—Sí, aún falta mucho, pero prefiero que duermas a que sigas mintiéndote esa mierda, necesitas dormir, y no seguir forzando tu sistema nervioso, porque cuando menos lo esperes se te va a derretir el cerebro.

—No exageres, cariño. —Soltó una risita que expresaba la poca importancia que le daba al consejo de su novia y la sujetó por la mano para evitar que se fuera. Sabía que si eso pasaba iba a estar molesta toda la tarde—. Ven, vamos a la sala siguiente.

—No, J-Rock, de verdad, prefiero volver al hotel; así también descanso… Recuerda que por la tarde tienes la entrevista —le

recordó el compromiso del grupo con Billboard.

—Ay, mierda, sí, sí… Es hoy, ¿cierto?

—Sí, lo es. Así que será mejor irnos.

En ese caso, no tenía sentido que él siguiera mostrando un interés que en realidad no sentía.

—Sí, vámonos… pero podemos regresar mañana para que veamos lo demás. —Le plantó un beso en la mejilla.

Lauren asintió y sonrió solo por no contrariarlo, pero ella sabía que tenía la agenda llena e iba a ser imposible que pudieran regresar, por lo menos, no en esta oportunidad.

Al llegar al hotel se dieron cuenta de que no iban a poder entrar por la puerta de servicio porque no tenían cómo avisar para que les abrieran; así que se arriesgaron a que el taxi los dejara en la entrada principal, donde había un séquito de fanáticas haciendo vigilia.

—Si quieres bajo y pido que te abran la puerta de servicio porque no creo que puedas pasar desapercibido —dijo Lauren, sabiendo que el atuendo de despiste no serviría de nada, sobre todo porque varias chicas se volvieron a mirar el vehículo.

—No es necesario, ya se han dado cuenta, será mejor enfrentar el momento —dijo, tratando de mover lo menos posible los labios.

James le pagó al taxista, bajó con una sonrisa y de la mano de su novia. De inmediato la avalancha de jovencitas histéricas se le fue encima.

—¡James! ¡James! —Solo se escuchaba en medio del griterío y la confusión.

Él intentaba abrirse espacio, mientras tiraba de la mano de Lauren que quedó atrapada en medio del asedio femenino.

—Chicas, por favor… Un minuto —pedía, tratando de sortear las manos que se estiraban para tocarlo, pero en ese momento una se le colgó del cuello para poder darle besos.

—Una foto, ¿puedo tomarme una foto contigo? ¿Me das un autógrafo? James, te amo… —Las jovencitas no paraban en su histeria sin importar lastimarlo—. ¡Te amo! ¡James, eres el mejor! ¡Me das un autógrafo! ¡Un autógrafo, por favor!

Él no podía perder la paciencia ni ser descortés, pero estaba a muy poco de mandarlas a todas a la mierda, sobre todo, cuando su novia chilló a causa de que alguien le dio un tirón de pelo solo por abrirse paso para llegar hasta él.

—¡Qué mierda! ¡Aléjate! —salió en defensa de Lauren y estuvo a punto de empezar a apartarlas a empujones, pero se salvó de hacerlo porque el personal de seguridad del hotel llegó en su rescate —. ¿Cariño, estás bien? ¿Estás bien? —preguntó preocupado, al verla sonrojada y despeinada.

—Sí, sí… —respondió, no solo estaba nerviosa, también tenía un par de rasguños en el antebrazo derecho y le dolía el cuero cabelludo, pero no tanto como para echarse a llorar.

En su fuero interno quería comprender la actitud de las chicas al tener la oportunidad de estar tan cerca de su ídolo, pero lo cierto era que le molestaba muchísimo que lo hicieran de esa manera. Incluso él tenía un rasguño en el cuello, le rompieron la camiseta; las gafas y la gorra desaparecieron entre la multitud. Sin duda, fue muy mala idea aventurarse de esa forma ante una estampida de adolescentes neuróticas.

James agradeció la barrera que crearon los hombres de seguridad para contener a las enloquecidas *groupies* y se alejó tanto como pudo, una vez a salvo en el vestíbulo del hotel, se tomó el tiempo para volver a revisar a Lauren.

—Lo siento, debí hacerte caso y esperar para entrar por la puerta de servicio —se disculpó, estaba avergonzado con ella, y demasiado molesto con la reacción desmedida de sus seguidoras. Le miró un par de rasguños en el brazo. Ella todavía estaba temblando —. Mira nada más cómo te lastimaron…

—No es tu culpa, ya no te mortifiques, mejor vamos a la habitación para que puedas descansar.

—Sí, está bien. —Le dio un beso en la frente—. Vamos. — Entrelazó sus dedos a los de ella y se fueron juntos a la habitación.

CAPÍTULO 14

Cuando Lauren despertó, luego de una muy merecida siesta, le desconcertó no ver a James a su lado, porque antes de quedarse dormida él estaba ahí, casi rendido.

—¡James! —Lo llamó por si estaba en el baño, al no recibir respuesta, decidió levantarse y fue a mirar, pero tampoco estaba.

«¿Dónde puede estar?» —Miró el reloj sobre la mesa de noche —. «Ya casi es hora de la entrevista con Billboard… quizá solo está reunido con los chicos», pensó al tiempo que giraba el pomo de la ducha.

Ella sí que necesitaba refrescarse, ya que en cuanto entraron en la habitación, se fueron directos a la cama. Dónde la mimó y le pidió perdón varias veces por el incidente ocurrido con las *groupies*. Fueron las caricias en su cabello y espalda lo que la convenció de que se rindiera entre sus brazos.

Cuando salió del baño, cubriéndose el cuerpo con una toalla y el pelo mojado pegado a la espalda y los hombros. Vio entrar a James fumando; con el entusiasmo que solo el alcohol le despertaba.

—Muñeca. —Se acercó cogiéndole la cara mientras mantenía entre su dedo medio e índice el cigarrillo, expulsó el humo hacia un lado y le plantó un beso con bastante euforia—. Ya llegó la gente de Billboard… Nos esperan en veinte minutos.

Ella sonrió confundida, cómo era posible que estuviese ebrio.

«No durmió, esperó a que yo lo hiciera y se fue a beber», concluyó decepcionada y algo cansada de esa situación; por lo que desistió de hacer cualquier reclamo. En ese instante no tenía caso, ya que otra discusión solo lo retrasaría y le había dado su palabra a Joyce de que haría lo posible para que James cumpliera con los compromisos del grupo.

—Está bien, no tardo nada. —Caminó a donde estaba su mochila para buscar la ropa—. Ve a ducharte… —chasqueó al ver que él sacaba una botellita de tequila que se empinó y la vació de un solo trago.

—No, cuando regrese… Si ya nos duchamos esta mañana antes de ir a la galería.

—James, por favor, dúchate, eso te ayudará a estar más concentrado.

—Está bien, como mande la señorita —cedió fastidiado y aplastó el cigarrillo en el cenicero que estaba en el bar.

—Es por tu bien.

—Ya, lo sé… —masculló al tiempo que se quitaba la camiseta—. Todo lo haces por mi bien; al parecer, tú sabes mejor lo que me conviene. —La ironía fue palpable en su voz. También se quitó los vaqueros, dejándolos en la entrada del baño.

Lauren no iba a discutir, así que no le siguió la corriente, terminó de vestirse y buscó su neceser para maquillarse. En ese momento no quería mortificarse con las presiones que la fama ejercía en su novio, ni mucho menos tratar de salvarlo de sus propios demonios internos, que ella bien sabía que los tenía.

Él salió de la ducha desnudo y aún mojado, quejándose de que hacía calor, sacó de la maleta lo primero que encontró: unos vaqueros azul claro rotos y un chaleco de cuero negro, y sin importarle tener el cabello todavía escurriendo, se puso una bandana roja. Se sentó al borde del colchón junto a su novia para calzarse unas botas texanas, mientras ella se aplicaba concienzudamente una espesa capa de rímel.

A pesar de que Lauren estaba concentrada en la tarea de darle más volumen a sus ya tupidas pestañas, pudo darse cuenta de que el esmalte negro en las uñas de James estaba bastante descamado.

—¿Por qué no te quitas ese esmalte? —Buscó en su neceser—. Aquí tienes removedor y algodón.

—No, así está bien. —Le dio un beso en la mejilla, terminó de ponerse las botas y se levantó para ir al bar a por otra botellita de licor.

—Bueno, como quieras —masculló devolviendo al bolsito el removedor y el algodón.

—¿Aún te falta mucho? —preguntó luego de acabarse el segundo tequila, lanzó la botella a la basura y caminó a la mesa de noche para hacerse de los cigarrillos.

—No, ya casi termino. —Se hizo rápidamente del lápiz labial.

Poco tiempo después salieron de la habitación cogidos de la mano con destino a la sala de conferencias del hotel, lugar en el que se llevaría a cabo la entrevista para la famosa revista estadounidense. En el camino se encontraron a Billie, y poco después a Ray.

Al llegar, la luz tenue de la tarde en Manchester se filtraba a través de las cortinas, iluminando el pequeño salón donde la banda Sweet Poison se reuniría para su entrevista con Billboard.

Lauren se sorprendió un poco al ver que quien haría la entrevista sería una mujer, que, a sus ojos era bastante atractiva, con una abundante cabellera castaña, unos pechos generosos y unos llamativos labios que tenían sobre el superior un lunar que los hacían lucir más sensual.

—Chicos, les presento a Kristen Paterson, la corresponsal de Billboard. —Joyce hizo un ademán hacia la mujer, que lo tenía nervioso. Era tan hermosa y sensual que lo intimidaba; sobre todo porque él no solía tener ojos para otras mujeres que no fuera su esposa.

—Un placer, James MacLeod. —Extendió la mano para saludarla.

—El placer es mío, me emociona por fin conocer a los Sweet Poison —sonrió con la certeza del impacto que causaba en el género masculino.

—Mi novia, Lauren —se apresuró a presentarla, porque pudo sentir la tensión en ella—. Espero que no te importe que nos acompañe.

—No, para nada —le dijo a James y desvió la mirada hacia la chica—. Mucho gusto, eres tan hermosa como se ve en las fotos. —Estrechó la mano de la jovencita.

—Gracias, encantada de conocerte. —Lauren le sonrió. Que James hubiese tomado la iniciativa de presentarla hizo que el temor provocado por la inseguridad se disipara un poco.

Billie y Ray, se mostraron bastante entusiasmados con la periodista que le envió la revista, no podían estar más que agradecidos, porque se lo pasarían muy bien durante la entrevista deleitándose con las piernas y el escote de la mujer.

—Falta Tommy, ¿saben dónde está? —preguntó Joyce un tanto preocupado, lo menos que quería era hacer esperar más a Kristen.

—Aquí estoy, Joyce —dijo entrando a la sala. El mánager, Billie y la periodista se volvieron a verlo. Le fue imposible no silbar sorprendido ante la belleza que tenía en frente, después de comérsela con la mirada se dirigió hacia su representante—. Cálmate, no queremos que te dé un ictus. —Avanzó hasta él y le dio un apretón en el hombro.

Ante el comentario se escucharon varias risitas.

—Kristen, conoce a Tommy, nuestro guitarrista estrella. —Aunque forzó una sonrisa, lo miró ceñudo.

—Es un placer. —Se acercó a ella, le plantó un beso en la mejilla e hizo evidente la forma descarada en que inhaló su olor.

—Gracias, igualmente —sonrió coqueta con la mirada fija en los ojos verdes del guitarrista—. ¿Empezamos? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió Joyce—. Toma asiento, por favor. —Señaló una butaca de terciopelo rojo, que estaba al extremo derecho de un sofá capitoné de cuatro puestos en el mismo material y tono.

—Gracias. —Ella se sentó, consciente de que todos la seguían con la mirada, pero solo la de Tommy le provocaba cosquillas—. ¿Está bien si la dejo por aquí? —preguntó, poniendo la grabadora con la que registraría las respuestas, sobre la mesa de centro rectangular en la que descansaban botellas de güisqui, vodka y agua, algunos vasos de cristal, un cenicero y varias cajas de cigarrillos.

Uno a uno los integrantes se fueron ubicando en el sofá, antes de que Kristen iniciara, James se sirvió el primer güisqui y se encendió un cigarrillo. De todos, Ray era el más hiperactivo y como

siempre llevaba unas baquetas consigo, empezó a juguetear con ellas sobre la mesa.

Billie a la espera de la primera pregunta, se ajustaba una de sus pulseras de cuero, mientras que Tommy no apartaba la mirada de Kristen y le sonreía con desparpajo. Joyce le acercó a Lauren otra butaca, él prefirió, por el momento, quedarse de pie, a pesar de que había varias sillas disponibles.

—Gracias. —Lauren le sonrió al mánager y se sentó en la butaca.

Desde ahí vio cómo la periodista se inclinó un poco sobre la mesa para pulsar el botón de la grabadora, lo que hizo que casi todos le miraran las tetas; por primera vez agradeció que James estuviera más concentrado en servirse otro güisqui.

—Entonces, chicos. —Kristen rompió el hielo—. Sweet Poison ha sido un fenómeno desde que su disco debut salió al mercado. Cada estadio en el que se presentan está abarrotado. ¿Cómo se sienten al ver todo este éxito tan rápido? —preguntó con la mirada curiosa puesta en lo que hacía el vocalista.

—Es una locura, la verdad. —Tommy, siempre el primero en responder, se echó un poco hacia adelante apoyando los codos sobre las rodillas, sus ojos brillaban bajo la luz de la habitación—. Cuando grabamos el disco no sabíamos lo que nos esperaría, pero estar aquí, con cada concierto lleno, es algo que nunca imaginamos. Es... es como vivir un sueño —dijo, sonriendo de manera encantadora.

Kristen, complacida por la respuesta, no pudo evitar sonrojarse ligeramente. Tommy, con su cabello rubio despeinado y su actitud relajada, siempre tenía ese efecto en las mujeres.

—James —se dirigió al vocalista, que tras tomarse de un trago el segundo güisqui, se hizo de un cigarrillo—. Y tú, ¿qué piensas sobre todo este éxito? Eres la cara de la banda, ¿cómo lo llevas? —preguntó, con una ligera sonrisa, esperando que él tomara la palabra.

—Bueno, si te soy sincero, no me sorprende —sonrió, con su característico carisma y un toque de arrogancia en la mirada, también por llevarle la contraria a Tommy—. Siempre supe que teníamos algo único; era solo cuestión de tiempo hasta que la gente

lo viera. Pero es un sueño hecho realidad, claro. Cada ciudad que visitamos y cada grito de las fanáticas es una validación de todo el trabajo que hemos hecho.

—Es una locura, ¿no? —intervino Billie, porque le pareció que esa respuesta de James desbordó en arrogancia y era justo que lo hiciera aterrizar un poco—. Yo solo recuerdo cuando tocábamos en pequeños pubs y nadie nos conocía. Ahora, estamos haciendo conciertos donde hay miles de personas coreando nuestras letras. Es como si estuviera pasando en una película. Y lo mejor es que esto recién empieza…

—¡Y no solo es el éxito, es la diversión que estamos teniendo! —siguió Tommy con una mueca juguetona—. No se trata solo de la música, sino del espectáculo. Las fans lo aman, y nosotros también.

—Hablemos de la imagen —se espabiló Kristen, tras seguir con sus pupilas cómo Tommy se mordió el labio de forma bastante provocativa—. Su estilo es indiscutible: glam, con mucho brillo, maquillaje, plataformas. ¿Cómo llegaron a adoptar ese estilo tan característico en muchos cantantes, pero poco visto en bandas de rock?

—Creo que se trata de liberar una parte de nosotros que no se puede mostrar todos los días. —Ray sonrió con confianza y sus ojos brillaban—. No solo se trata de cómo suena nuestra música, sino de cómo nos presentamos al mundo. La gente necesita sentir que está viendo algo que nunca olvidarán, y con cada espectáculo, nos aseguramos de darles eso.

—Es una mezcla de todo —dijo James al tiempo que se hacía de nuevo de la botella de licor para servirse. Levantó ligeramente la mirada y vio desaprobación en los ojos de su novia y el mánager, pero prefirió ignorarlos y seguir con lo suyo—. Lo que vemos en el escenario refleja nuestra actitud. ¡El rock siempre se ha tratado sobre romper las reglas! No nos conformamos con lo que se espera de una banda de rock. Queremos que cada *show* sea una explosión, tanto visual como musicalmente.

Kristen asentía sonriente como muestra de que estaba bastante satisfecha con cómo se estaba dando la entrevista; así que decidió continuar:

—Es cierto que Sweet Poison tiene letras que son bastante irreverentes. Desde comentarios sobre la monarquía hasta letras de alto contenido sexual. ¿Cómo manejan la reacción de la prensa y el público hacia eso?

—La gente siempre va a hablar, eso es lo que hacemos. —James suspiró con una sonrisa despreocupada—. Nosotros solo decimos lo que pensamos. Y, si eso incomoda a algunos, ¡mejor! El rock se trata de decir lo que piensas y desafiar lo establecido. Si les incomoda, entonces tal vez deberían cuestionarse por qué les molesta.

—Exacto —intervino Billie—. La monarquía, el sistema, las expectativas sociales… todo eso está en el centro de nuestras letras. No somos una banda para ser complacientes.

—El mundo está lleno de mentiras y máscaras —dijo Ray con una mirada seria, casi filosófica para su juventud—. Nosotros quitamos esas máscaras. La gente tiene que abrir los ojos.

Kristen siguió haciendo preguntas a cada miembro de la banda.

Billie habló de las canciones escritas en hoteles a las tres de la mañana. Ray de cómo el sonido de la lluvia golpeando contra la ventana de su habitación inspiró a la batería de Broken. Tommy de los riffs que nacieron de una apuesta o después de una noche de sexo desenfrenado.

La respuesta del guitarrista le hizo vibrar el vientre, pero rápidamente centró la atención de nuevo en la banda. Miró a James, quien parecía haber perdido el hilo de la conversación, porque no había vuelto a intervenir y estaba más abocado a terminar con la botella.

—Sobre su futuro, hay rumores de que están planeando una gira por los Estados Unidos. ¿Pueden confirmar esto?... James —lo instó al ver que no respondía.

James levantó la cabeza con dificultad, sus ojos vidriosos reflejaban la luz de la habitación. Había estado bebiendo durante toda la tarde, y el cansancio parecía que estaba venciéndolo.

—Es... todo... increíble... sí, muy... increíble... —En ese momento, su voz se apagó, como si la sedación de la borrachera lo

estuviera hundiendo en un sueño lento. Su cabeza cayó hacia atrás, apoyándose en el respaldo del sofá.

Billie frunció el ceño y miró a Lauren, estaba sentada con los brazos cruzados y una expresión tensa, observando el vergonzoso espectáculo que James estaba brindando; luego dirigió la mirada a Joyce que también veía la escena con desaprobación. El mánager se aclaró la garganta y le lanzó una mirada fulminante al vocalista.

—¡James! —dijo con tono severo—. ¿Te gustaría centrarte en la conversación o seguir durmiendo en lugar de hacer la entrevista?

—No creo que ahora sea el mejor momento para dormir, James —murmuró Lauren, claramente incómoda. Ella siempre había sido la más atenta y cautelosa con su novio, pero en ese instante, la frustración comenzaba a asomarse.

James, medio dormido, murmuró algo inaudible, y finalmente, empezó a quedarse profundamente dormido, sin importarle tener el cigarrillo encendido entre los dedos.

Kristen, visiblemente sorprendida, pero manteniendo la compostura, miró a Tommy, buscando alguna reacción, como si él pudiera salvar la situación. El guitarrista, sin perder su estilo, sonrió y levantó su vaso con vodka.

—Bueno, parece que James está un poco... cansado, pero no se preocupen, estamos acostumbrados. Este hombre puede dormir en cualquier parte —dijo, guiñando un ojo a la entrevistadora.

Lauren soltó un suspiro, incapaz de disimular la frustración. Por otro lado, Billie, miró a James y luego a la grabadora sobre la mesa.

—Lo que pasa con James... es que a veces se olvida que esto es un trabajo —comentó con una mezcla de diversión y exasperación.

—Pero, chicos, ustedes están en su mejor momento. El álbum está en todas las listas, sus canciones son himnos en los conciertos. La gente se vuelve loca por ustedes —continuó Kristen, ansiosa por seguir la conversación—. Cuéntenme, ¿qué tienen planeado para el futuro? ¿Qué sigue para Sweet Poison después de esta gira?

—Estamos pensando en grabar algo nuevo, algo más grande —respondió Tommy—. Pero lo primero es disfrutar de lo que hemos

logrado. No todos tienen la oportunidad de llenar estadios, así que vamos a seguir tocando, seguiremos viviendo este sueño... hasta que ya no podamos más —remató con una sonrisa confiada—. En cuanto a tu pregunta anterior; sí, definitivamente. En un futuro nos embarcaremos en una gira por los Estados Unidos.

—El público de allá va a ser una locura —intervino Ray—. Y sé que si nos dan la bienvenida como lo han hecho aquí, va a ser otra gran fiesta. —Le guiñó un ojo a Kristen.

—¡El rock no tiene fronteras! Y vamos a demostrarlo —comentó Billie, con el mismo entusiasmo de sus compañeros.

—¡Estamos listos para el caos! —Ray demostró la destreza que tenía con las baquetas, haciéndola girar entre sus dedos.

La entrevista continuó con algunos momentos incómodos, debido a que James luchaba por mantenerse despierto; sin embargo, las risas suaves de los otros miembros trataban de mantener el ambiente ligero.

Cuando Kristen apagó la grabadora, se dio cuenta de que, a pesar del caos que rodeaba a la banda, Sweet Poison seguía siendo un fenómeno imparable. La fama, el alcohol, y los altibajos eran solo parte de un viaje que apenas comenzaba.

—Bueno, eso es todo por hoy —dijo finalmente, recogiendo sus cosas—. Gracias, chicos. Aunque, James, creo que tienes una siesta que continuar —comentó sonriente.

Todos rieron, pero fue Lauren quien, con una mirada que decía más que mil palabras, se acercó a James.

—Vamos, J-Rock —lo despertó con suavidad y le quitó el cigarrillo que casi lo quemaba, para apagarlo en el cenicero abarrotado—. Te llevas toda la gloria y todo el sueño, pero recuerda que esta banda necesita que te mantengas despierto —le reprochó, si hubiese dormido como ella se lo pidió, nada de eso estaría pasando. Era doloroso preocuparse por alguien más de lo que esa persona se preocupaba por sí misma.

—Te acompaño. —Tommy se levantó enseguida para ir con Kristen. Su instinto no fallaba, podía ver que ella también deseaba compartir un poco más con él, incluso, podrían tener un polvo rápido.

Joyce con la molestia y la vergüenza haciendo mella, prefirió salir del salón y dejar que Lauren se encargara de James. De otra forma, terminaría mandando todo a la mierda; algo que no podía permitirse, porque no quería enfrentarse a una demanda por incumplimiento de contrato. Billie decidió irse a su habitación, mientras que Ray prefirió ir al bar a reunirse con los *roadies* con los que había hecho una buena amistad.

James se espabiló un poco debido a los insistentes zarandeos de Lauren, lo primero que hizo fue rebuscarse en los bolsillos de los vaqueros, de eso que era más efectivo para despertarlo, porque no quería dormir, prefería seguir divirtiéndose. Chasqueó los labios, le fastidiaba no tener un poco de coca, la había olvidado en los otros vaqueros.

—Vamos para que duermas. —Lauren gimió debido al esfuerzo que significó tener que ayudarle a levantar.

—Yo puedo, muñeca… —dijo arrastrando las palabras y lo intentó, pero terminó cayendo de nuevo en el sofá, eso solo lo hizo reír.

—Ya ves que no puedes —reafirmó Lauren, y los sujetó por ambas manos, tirando con fuerza logró ponerlo en pie.

No era primera vez que ella tenía que llevarlo casi a cuestas, porque estaba tan borracho que no hacía más que trastabillar; así que, se pasó el brazo izquierdo de él por encima de los hombros y lo abrazó por la cintura. Con mucho esfuerzo consiguió llevarlo a la habitación, lo dejó caer en la cama y empezó a quitarle las botas.

—No, no… no quiero dormir, debemos aprovechar y pasarlo bien.

—James, por favor… Por una maldita vez, hazme caso, necesitas descansar —gruñó, tirando del calzado.

—¡Te has vuelto tan insoportable… como mi madre! —reprochó, queriendo ponerse de pie, pero su cuerpo pesaba mucho—. De mi novia… necesito, amor, sexo y comprensión, no que me joda la vida…

—¡Bueno, si no quieres que me comporte como una madre, deja de comportarte como un niño! ¡Madura, James! Madura de una

maldita vez… —protestó molesta y dejó caer la otra bota sobre la moqueta.

El bufó y se giró en el colchón para quedar bocabajo. Lauren exhaló agotada; segura de que había conseguido que James, por fin, se durmiera, salió de la habitación para ir a hablar con Joyce. Necesitaba pedirle disculpas por el irresponsable comportamiento de su novio.

Llegó a la recepción para pedir el número de la habitación del mánager y así poder llamarle, pero amablemente le informaron que él estaba en ese momento en el restaurante; ella le agradeció y se fue directa a buscarlo porque esa conversación no podía esperar.

Le avergonzaba tener que molestarlo justo en el único momento que consiguió para poder almorzar, ya que, tuvo que esperar hasta después de la entrevista, pero era mejor dar la cara. Avanzó entre los comensales y lo vio solo en una de las mesas concentrado en el menú.

—Joyce, ¿tienes un momento? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

El mánager levantó la vista de su menú y asintió, con una expresión relajada pero atenta.

—Claro, Lauren. ¿Todo bien? —preguntó algo preocupado, porque sabía que lidiar con James borracho no era fácil—. Siéntate, por favor. —Le hizo un ademán.

—Sí. —Lauren aceptó la invitación y se sentó frente a él con la mirada inquieta—. Quería pedirte disculpas… Sé que no es el momento ni el lugar, pero lo de James en la entrevista fue vergonzoso, y yo no quiero que eso te cause más problemas. Sé que has estado bajo mucha presión organizando todo…

—No es tu culpa, Lauren. —Joyce suspiró, pero su tono era tranquilo—. James es adulto y tiene que hacerse responsable de sus acciones. Tú no puedes controlar lo que él hace, y no tienes porqué disculparte por él.

Lauren asintió, sintiéndose aliviada por las palabras de Joyce, pero no podía dejar de estar preocupada.

—Lo sé, pero aun así me siento mal. Esa entrevista era importante y… —titubeo, mientras se estrujaba las manos—. Yo sé lo

significativo que es para ti que todo salga bien. Y James debería haberse portado de manera más profesional.

—No te preocupes, Lauren —dijo levantando una mano y mirándola con comprensión—. Como te dije, James tiene que ser responsable de sus propios actos. Si bien es frustrante, no tienes que cargar con esa culpa. Él está empezando a mostrar signos de que necesita encontrar un equilibrio, y eso es algo que solo él puede lograr.

—A veces siento que le cuesta ver lo que está en juego. —Se mordió el labio, mortificada—. Él realmente no sabe cómo manejarse con todo esto… No estaba preparado para tanta fama.

Joyce la miró fijamente, con una ligera sonrisa, en un gesto casi paternal. Ella le estaba demostrando que la madurez no tenía que ver con la edad; actuaba de manera más consciente que James.

—Bueno, tú también eres un apoyo importante para él, y eso hace una diferencia. Pero no puedes solucionar todo. Lo que necesitamos es que James se haga responsable.

Lauren respiró hondo, aliviada por la comprensión de Joyce, pero también consciente de que la tolerancia del mánager no iba a ser eterna.

—Tienes razón. Solo espero que se dé cuenta antes de que sea demasiado tarde.

Joyce sonrió levemente y volvió a mirar su menú.

—Te entiendo, Lauren. Pero, por ahora, no te preocupes por esto. Mañana será un nuevo día, y lo hecho, hecho está.

—Gracias por tu paciencia, Joyce. —Lauren asintió con una sonrisa agradecida, levantándose de la mesa—. Y de nuevo, lamento todo esto.

—¿Por qué no te quedas a comer? Imagino que tampoco has almorzado —la invitó con amabilidad.

—Oh, no, muchas gracias, Joyce… Tengo tanta angustia que no podré pasar ni un bocado… De nuevo, muchas gracias por todo.

—No es nada. Solo asegúrate de que James también lo sepa.

Ella asintió y se alejó, mientras el mánager volvía a concentrarse en su almuerzo.

CAPÍTULO 15

En cuanto Lauren estuvo de regreso en la habitación, se quedó inmóvil contra la puerta. La cama donde había dejado a James estaba vacía, con las sábanas desordenadas y la manta en el suelo. Las botas de él sobre la alfombra eran el único indicio tangible de que aún estaba allí, pero la falta de su presencia la hizo sentirse desolada.

En la mesa de noche, los restos de polvo blanco sobre el cristal fueron lo único que confirmaron lo que ya temía. Con un suspiro, se acercó a la mesa, pasó la mano por el borde, tocando el polvo frío, un rastro que no dejaba mucho a la imaginación.

—James... —dijo con una mezcla de cansancio y resignación, como si ya no tuviera fuerzas para seguir repitiendo el mismo ciclo.

No hubo respuesta; así que se acercó al baño, lo revisó y como lo sospechaba, tampoco estaba ahí. La frustración la quemó y empezó a sentir un enojo que no podía canalizar, ni siquiera con palabras.

—No puede ser —expresó con un pesado suspiro.

No solo era su intoxicación lo que le molestaba, era el desgaste emocional y la sensación de estar atrapada en un círculo vicioso. A veces pensaba que ya no era suficiente para él y que la versión de James con la que soñó no tenía cabida en este caos de excesos y autodestrucción.

Se sentó al borde del colchón, con la mirada fija en el calzado, necesitaba un momento para pensar y así dar el siguiente paso. Sabía perfectamente dónde encontrarlo, pero no estaba muy segura de querer ir. En medio de la indecisión resopló, y después de pensarlo, concluyó que no podía dejarlo en ese lugar, donde seguramente estaría rodeado de mujeres dispuestas a todo;

además, en el estado en el que estaba James, no creía que fuera a tener mucho autocontrol. Se mordió el labio, conteniendo la ira y se levantó para ir a buscarlo.

La luz tenue del bar del hotel y el intenso olor a nicotina la envolvió cuando cruzó la puerta. La música era un murmullo lejano que no opacaba en absoluto al ruido constante de conversaciones y risas, pero lo que más le impactaba era la fría calma de James en ese ambiente. No parecía ni borracho ni cansado, estaba tan despierto como siempre, pero de una forma artificial; la cocaína había hecho su trabajo.

Ray y algunos de los *roadies* estaban junto a él, todos rodeados de una nube de chicas que se acercaban sin disimulo. James tenía una sonrisa estúpida y desenfadada, como si la vida no tuviera consecuencias; como si solo se tratara de alcohol, drogas, sexo y risas.

—James —el tono de Lauren fue bajo, pero con una dureza que no pasó desapercibida—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Lauren, muñeca. —Él la miró con una expresión que no mostraba el mínimo indicio de remordimiento—. ¿Por qué no dejas de ser tan intensa? —dijo, tomando un trago largo, como si nada importara. Su voz era ligera, casi juguetona, pero en sus ojos había un destello de incomodidad.

—Relájate, Lauren. —Ray, ajeno a la tensión, soltó una carcajada—. Aquí estamos para disfrutar, ¿no? —Levantó su copa, mientras se inclinaba hacia una de las chicas que lo rodeaban—. Acompáñanos.

James, sin embargo, no dejaba de mirar a Lauren, aunque ni siquiera hizo el amago de ponerse de pie para acercarse a ella.

—James... —repitió, esta vez un poco más firme, ignorando a Ray. No podía soportarlo más. La insensatez de él le agotaba, sabía que el alcohol y la cocaína lo estaban alejando cada vez más de la persona que alguna vez fue y le hacía más difícil reconocerlo—. No puedo creerlo, de verdad, no puedo creerlo, no hace ni diez malditos minutos que te dejé dormido… —gruñó con la ira reptando por todo su cuerpo.

—¿Estás molesta? —dijo, en un tono que no parecía preocupante, sino casi desafiante—. Relájate, no me sigas molestando con tus dramas. Solo quiero pasarla bien…

James la observó, con una expresión que ya no podía descifrar; era distante, pero también inquietante. Ella negó con la cabeza, producto de la decepción y la rabia que crecía, pero una parte de sí sabía que tenía que ser más cuidadosa. No quería una pelea, aunque sentía que la situación ya estaba más allá de cualquier control.

Eran el centro de atención de todos en la mesa, pero poco le importaba, ni siquiera las miradas cargadas de burla de algunas de las zorras que los acompañaban.

—No quiero que me sigas arrastrando en esta mierda. Estoy cansada… —continuó, sintiéndose vulnerable y en sus ojos reflejaban la decepción, pero también el miedo.

Antes de que James pudiera replicar, un hombre mayor, bien vestido, se acercó a ellos con una sonrisa de extrema confianza. Su porte era el de alguien acostumbrado a estar en lugares donde el dinero y el poder eran la moneda de cambio. Miró a James y a Ray con una mezcla de admiración y estrategia.

—Buenas tardes, chicos, es un placer poder coincidir con ustedes… He estado observando a su banda —dijo con voz profunda —. Tienen algo, ¿saben? Algo que no se puede comprar, pero que, sin duda, se puede aprovechar…

Ray, siempre rápido para captar oportunidades, le sonrió con una mezcla de curiosidad y ambición.

—Bienvenido, si quieres, puedes unirte a la fiesta, ¿cómo dijiste que te llamas? —preguntó, dejando sobre la mesa el vaso de vodka y centrándose en el hombre. Los ojos le brillaban con interés.

—William Berry, promotor de eventos —se presentó, luego miró hacia Lauren y su expresión cambió a una de mucho más interés—. Estoy organizando una fiesta privada. Solo para unos pocos, personas influyentes y me gustaría que… —invitó, con una tranquilidad fría, casi como si se tratara de una oportunidad inminente, demasiado buena para dejarla pasar—. De más está decir que están invitados.

—¿Una fiesta? —James, sin pensarlo mucho, levantó la vista con el rostro iluminado por la expectativa—. Eso suena perfecto. ¡Claro que vamos!

—Diganle a sus compañeros. —William era consciente de que en esa mesa faltaban dos miembros de la banda.

—Claro, cuenta con ellos. —Ray asintió de inmediato, con una sonrisa de evidente interés.

Lauren, que había permanecido callada, sintió cómo una marea de desesperación la invadía. Se miró a sí misma en el espejo detrás de la barra y no se reconoció. La inseguridad, los celos y las expectativas frustradas se fundían en su rostro.

—Por supuesto, tú también puedes venir —dijo el empresario, mirando a Lauren con una atracción muy poco sutil.

—Oh, sí, Berry, te presento a mi chica —intervino James y se puso de pie, marcando territorio, para él no pasó desapercibido el interés lascivo en los ojos del hombre—. Lauren.

—Es un placer… ¿vendrás? —insistió.

Ella miró a James, que ya estaba completamente absorbido por la idea de la fiesta. Él no parecía estar interesado en nada más que seguir corriendo de un exceso a otro.

—Solo quiero salir de aquí —dijo ella, con una suavidad en la voz que no coincidía con lo que sentía. Se dio media vuelta y se marchó.

Llegó a la habitación y se metió en la cama, estaba tan molesta que ni siquiera podía llorar, si tuviera un poco de dignidad no seguiría exponiéndose a esa situación, recogería su mochila y se largaría, pero algo más poderoso que sus propios deseos no le permitía que diera el paso. No sabía por qué se jodía a sí misma de esa forma; no podía explicarlo. Odiaba esa parte de sí, la odiaba pero seguía alimentándola y entonces se odiaba todavía más. No tenía ninguna respuesta decente para eso.

El desgaste emocional y enérgico hizo que se quedara dormida, mientras la luz de la luna caía suavemente sobre su rostro, iluminando la angustia que sentía. Las palabras de James resonaban en su cabeza, incluso mientras soñaba.

De repente, la puerta se abrió con un crujido, rompiendo el silencio de la noche, provocando que despertara, se giró sobre su costado derecho para quedar de cara a la entrada de la habitación. Los pasos tambaleantes de James se hicieron audibles y su sombra alargada se reflejó en la pared.

Pudo percibir el aliento a alcohol y cigarro, entonces cerró los ojos y se hizo la dormida. No tenía idea de qué hora podía ser, pero la luz de la luna colándose en la habitación, le dejaba claro que había anochecido, quizá durmió por más de seis horas.

—Lauren... —su voz era baja, arrastrada, como si estuviera luchando por encontrar el equilibrio—. Despierta, cariño.

Ella ni siquiera se inmutó, lo conocía bien y sabía que su tono indicaba que estaba tan ido que no le importaba si la despertaba o no, solo quería que ella fuera a la maldita fiesta. No le respondió y se quedó sin mover un solo músculo, pero James se acercó a la cama y, con una mano temblorosa, le tocó suavemente en el hombro.

—Vamos, despierta. Tienes que venir conmigo a la fiesta de William Berry… ¿Lo recuerdas? Esta es una gran oportunidad. ¿Te das cuenta? Oportunidades como esta no se presentan todos los días.

Ella no se movía, intentaba seguir haciéndose la dormida, pero la molestia la invadió. No quería hablar, sin embargo, la presión del momento la obligó a responder; así que, abrió los ojos, encontrándoselo sentado en la cama.

—James... —su voz era suave, pero firme—. No voy a ir. Esa fiesta va a ser solo más de lo mismo: alcohol, drogas y sexo… —Se incorporó hasta quedar sentada—. Ahí no encontrarás mejores oportunidades que las que ya consigues con Joyce, más bien, deberías aprovechar las que tienes… ¿Crees que haberte quedado dormido durante la entrevista para Billboard no tendrá consecuencias? Y todo por estar agotado… Por si no lo recuerdas, tienes un concierto mañana. Estás... estás acabado, llevas más de treinta y seis horas sin dormir.

James chasqueó los labios y no pareció escucharle. En su mente, la fiesta era lo único que importaba en ese momento, la idea

de los contactos y de codearse con los poderosos era demasiado tentadora. Sin embargo, la indiferencia de Lauren lo desarmó, y una sombra de frustración se posó sobre su rostro.

—¿No vas? —dijo, algo burlón, pero con una furia contenida.

Un silencio se hizo en la habitación, cargando de tensión el ambiente. Él frunció el ceño, claramente molesto; como si su orgullo estuviera herido por la falta de respuesta de su novia.

—Vamos, será solo unos minutos —insistió, levantándose del borde del colchón y caminó hacia la butaca donde estaba su chaqueta de cuero, la tomó y se la puso—. Es una oportunidad que no se presenta todos los días, ¿acaso no te das cuenta?

—No voy a ir —repitió ella con más firmeza—. No quiero ser parte de eso, James. —La rabia se acumulaba en su pecho. No quería pelear, pero la situación la estaba superando.

James, incapaz de entender la negativa de Lauren, dio un paso atrás, debido a la ira que le recorría las venas.

—¿Entonces no vas? —su tono esta vez estaba cargado de rencor y sus manos temblaban mientras se ajustaba la chaqueta—. Bueno, perfecto. Ya veo que no te importa… En cambio, te acompañé a la maldita galería de arte, ¿recuerdas? Lo hice por ti, aunque me aburrí como un idiota, y ahora... ¿Esto es lo que me das a cambio?

Lauren lo miró fijamente, con la decepción filtrándose en su mirada. Las palabras de James la hirieron crudamente. ¿Eso era todo lo que valía su apoyo? El corazón se le aceleró por la injusticia.

—Estoy aquí contigo, porque me importas —dijo con la voz quebrada—, pero no voy a ser parte de tus excesos. No me importa si piensas que soy aburrida.

James se quedó en silencio, observándola mientras la ira de antes se transformaba en algo más hiriente. Sacudió la cabeza, como si fuera incapaz de entenderla, y sin mediar palabra, cogió sus botas.

—Entonces quédate aquí —masculló, poniéndose el calzado, porque al bar se había ido solo con los calcetines—. Quédate aquí con tu moralidad y tus principios, si eso es lo que te importa tanto…

Está claro que te da igual lo nuestro; así que, ya deja de intentar convencerme de que te importo.

La puerta se cerró con fuerza detrás de él, haciendo eco en la habitación mientras el sonido de sus pasos alejándose resonó por el pasillo, y Lauren permaneció allí, como una estatua. El dolor comenzó a calar hondo en su pecho, pero lo más desconcertante era lo que la había seguido a lo largo del tiempo con él: la duda.

«¿Y si aprovecha esa fiesta para serme infiel?», esa pregunta le impregnó la piel, pero ya no tenía energía ni para contestarse a sí misma. La angustia y el cansancio se apoderaron de su cuerpo, y finalmente, sin poder evitarlo, se recostó de nuevo sobre la almohada.

Su mente siguió atrapada en los mismos pensamientos, pero el sueño comenzó a envolverla de nuevo, llevándola a un descanso incómodo, como si ya nada importara, como si todo se desvaneciera en la niebla. Sabía que nada iba a cambiar; al menos no esa noche.

CAPÍTULO 16

Lauren despertó antes de que el sol se asomara por la ventana, al mirar al reloj sobre la mesa de noche, marcaba poco más de las tres de la mañana, una hora tan temprana que ni siquiera las sombras parecían dispuestas a levantarse, pero ella ya no podía seguir durmiendo, aunque quisiera; la incertidumbre sobre dónde y qué estaba haciendo James en ese momento, la embargó de golpe.

Sin embargo, la tortura no duró mucho, porque el sonido de la puerta al abrirse la alertó, James entró a la habitación como un torbellino. Ella se incorporó lentamente con los ojos fijos en la oscuridad que aún no se despejaba del todo y encendió la luz del velador.

Un leve suspiro escapó de sus labios al verlo avanzar tambaleante. James, siempre tan ruidoso, siempre tan… impredecible. Estaba despeinado, con la cara roja, los ojos brillando y con un exceso de energía que no podía contener.

Ella solo lo observaba entre cansada y molesta, viendo cómo él intentaba deshacerse de su chaqueta torpemente, como si cada movimiento fuera una victoria. La mezcla de alcohol y algo más pesado flotaba en el aire, tan densa que la hizo arrugar la nariz.

Él, estaba completamente ajeno a la irritación de su novia, pues todo lo que sentía en ese momento era una energía desbordante, como si la madrugada fuera solo un preludio para algo mucho más grande.

—¡Lauren! Muñeca mía —gritó eufórico, casi saltando sobre la cama, y sin esperar a que pudiera procesarlo, le tomó las manos con demasiada fuerza, tirando de ella hacia la orilla del colchón—. ¡Vamos a bailar! ¡Es demasiado temprano para dormir! ¡Vamos, ven!

Parpadeó, confundida, observando la escena con un dejo de incredulidad mientras se resistía a que la sacara de la cama.

—¿Bailar? James, no estás bien. Estás borracho y no sabes ni lo que dices —respondió con firmeza—. ¿Por qué no puedes quedarte quieto?

Los ojos de James destellaban de emoción, su respiración era entrecortada por la mezcla de euforia y un cóctel letal de alcohol y sustancias. No estaba bien, pero él no lo notaba; en su mente, el mundo entero le decía que esa era su última oportunidad de disfrutar, de dejarse ir, porque todo eso pasaba a través del filtro de las drogas.

Sin más, comenzó a moverse, bailando como si todo estuviera bien, sin importarle que la música, en realidad, solo existía en su cabeza. Daba vueltas, moviéndose de manera caótica, casi como una caricatura de sí mismo, pero lleno de una extraña energía.

Lauren, aunque irritada, observó en silencio, viendo cómo la euforia de James se transformaba en una espiral que no podía detener; sabía lo que estaba pasando, que todo eso era solo una fachada. Él estaba lidiando con algo mucho más complicado y de lo que no podía escapar. Se cruzó de brazos, intentando contenerse, consciente de que no podía hacer nada para frenarlo.

De repente, tropezó con un giro que terminó en caída; su cuerpo descontrolado chocó contra el suelo provocando un ruido sordo. Ella se levantó al instante, creyendo que se había caído de forma accidental, pero lo que vio a continuación la congeló en el sitio. James empezó a moverse de una manera que no tenía sentido, contorsionándose como si una fuerza invisible lo estuviera arrastrando. Sus manos se apretaban con violencia y su rostro se torcía, tenía la mandíbula tensa en una mueca de dolor y una espesa espuma empezó a salir de su boca; por un momento, todo se detuvo.

—¡No! ¡James, no! —gritó, con su corazón acelerándose y el miedo comenzando a llenar sus venas.

Enseguida se agachó junto a él y le tomó el rostro con manos temblorosas, notó de inmediato que su piel estaba demasiado fría, pero al mismo tiempo empapada de sudor. Sus ojos se abrieron con un horror absoluto cuando él dejó de moverse por unos segundos, solo para comenzar de nuevo con la misma fuerza.

De manera inevitable ella comenzó a entrar en pánico. ¿Qué podía hacer? La desesperación la invadió, por lo que su mente era un torbellino de pensamientos caóticos y sin respuestas. Intentó mantenerlo en una posición segura, pero la espuma continuaba saliendo.

—¡James, por favor! ¡No me hagas esto! —lloró, con su voz temblando entre el horror y la impotencia, mientras sus lágrimas caían sin control. No sabía qué hacer, ni cómo ayudarlo—. ¡No me hagas esto! —suplicó, sin saber si la escuchaba. No iba a soportar otra pérdida.

Intentó sujetarlo una vez más, pero las convulsiones eran demasiado fuertes, el sudor le empapaba el rostro mientras seguía agitándose. El miedo que la atravesaba era tan palpable que su respiración se detuvo por un segundo, pero de inmediato se obligó a reaccionar, necesitaba que vinieran a socorrerlo, porque sola no podía.

—¡Ayuda, ayuda! ¡Que alguien me ayude! —gritó, pero nadie llegó; al parecer no podían escucharla.

La angustia la invadió, no podía esperar más. Con el corazón palpitante y la respiración entrecortada, corrió hacia la puerta de la habitación de Ray. No pensó en nada más que en conseguir ayuda y golpeó la puerta con furia.

—¡Ray, por favor! ¡Ayuda! ¡James está… está mal! —gritó entre sollozos—. Está mal… se está muriendo —su voz se desgarró.

La puerta se abrió con brusquedad, Ray apareció en el umbral, desnudo y con una expresión de clara confusión. La chica con la que estaba se cubrió rápidamente con las sábanas.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué gritas? —preguntó aturdido.

—¡Ray, por favor, ayúdame! —Lauren no paraba de llorar con desesperación—. ¡James está mal! ¡Está convulsionando! ¡No sé qué hacer! —exclamó entre sollozos, empujándose a sí misma a continuar, porque cada palabra era un grito de angustia.

Ray no dijo nada más y corrió con Lauren, su rostro estaba cubierto de preocupación y no le importó en absoluto estar desnudo. Solo pensaba en llegar antes de que fuera demasiado tarde para su primo.

Al entrar en la habitación, la escena era peor de lo que había imaginado. James seguía convulsionando en el suelo, y Lauren ya estaba al borde de la desesperación. Ray se agachó junto a él, sujetándolo con manos firmes, mientras pensaba en qué hacer para estabilizarlo.

—¡James, por favor, aguanta! —gritó Ray, intentando mantener la calma, aunque internamente temía lo peor.

—Debemos llevarlo a un hospital… Tenemos que sacarlo de aquí… —suplicó Lauren, dejándose caer en el suelo.

—No, no podemos llevarlo a ningún lado. Solo cálmate, Lauren —gruñó Ray desesperado—. ¡Cálmate, maldita sea!

Los minutos se sintieron como horas; pero, finalmente, las convulsiones comenzaron a disminuir, aunque el rostro de James seguía pálido y su respiración, aún era irregular.

Lauren lo miraba temblorosa, incapaz de entender qué había sucedido; sin embargo, un sentimiento profundo de alivio comenzó a apoderarse de ella cuando James dejó de convulsionar.

—¿Está bien? —preguntó, entre lágrimas y miedo.

Ray solo asintió, pero su rostro se mantuvo tenso, consciente de que quizá lo peor aún no había pasado.

—Vamos a llevarlo a la ducha, necesita agua fría —aconsejó, sintiéndose un poco más aliviado—. Vamos, James… Pon un poco de tu parte —jadeó luchando con el peso de su primo.

Lauren y Ray tuvieron que llevarlo a rastras y lo sentaron en el suelo de la ducha; ella con manos temblorosas consiguió abrir la alcachofa y se metió en la ducha con él, sin importar que el agua la hiciera tiritar. Cuando levantó la mirada hacia Ray, fue consciente de su desnudez, por lo que, desvió el rostro de inmediato. Él también sintió cierto pudor y con rapidez se hizo de una de las toallas para envolverse la cintura.

Minutos después parecía que habían conseguido estabilizar a James, aunque su cuerpo seguía tembloroso, mientras descansaba en los brazos de Lauren. Entretanto el agua fría de la ducha le bañaba, casi en un gesto de desesperación por devolverle algo de normalidad. Cada gota que tocaba su piel fría parecía hacerle un

pequeño favor, como si la vida se le fuera de las manos de nuevo y fuera necesario un golpe de agua para anclarlo de vuelta al mundo.

—¿Crees que está mejor? —preguntó Ray, mientras le pasaba una toalla a Lauren, notando cómo su rostro se relajaba, aunque no completamente. Sus ojos seguían reflejando una mezcla de miedo y desconfianza.

Ella se pasó la mano por la cara, tratando de secar las lágrimas que seguían saliendo sin que pudiera controlarlas.

—Lo está, aunque… no sé. Esto es una pesadilla, Ray… una maldita pesadilla —respondió con la voz quebrada.

Con la ayuda de Ray le quitaron la ropa mojada, luego lo llevaron a la cama y lo cubrieron con las sábanas; el resplandor de la luz tenue que entraba desde la ventana iluminaba su rostro ahora tranquilo, pero todavía pálido. James parecía finalmente dormir, su respiración estaba un poco más regular, como si el pánico de su cuerpo hubiera sido acallado por la oscuridad tranquila de su inconsciencia.

Ray la observaba, aunque ella no lo miraba, no obstante, su cuerpo parecía volverse más tenso con cada segundo que pasaba en la habitación, como si alguna parte de ella no pudiera dejar de temer que algo más fuera a suceder.

—Lauren, tranquila. Ya pasó, James va a estar bien —dijo él con tono firme, pero con un dejo de cansancio.

Lauren lo miró con la mandíbula apretada, debido a la rabia que sentía por no saber cómo manejar la frustración. Estaba agotada, pero aun así, las palabras de Ray la hicieron explotar.

—«Tranquila», ¿me estás diciendo que me calme? —su voz se alzó, llena de incredulidad—. Acabas de darte cuenta de las consecuencias de sus actos… Todo esto pudo ser peor, mucho peor.

Ray no respondió de inmediato, sabía cómo se sentía, cómo todo eso se había convertido en una carga que parecía no acabar nunca, pero a veces, no había manera de evitar la dureza de las palabras.

—Lo siento, Lauren, pero James no es un niño… Él toma sus propias decisiones y es dueño de sus actos. —Suspiró y dio un paso hacia ella, como si quisiera aliviar algo que le pesaba también—.

Muchas veces le he aconsejado que sea un poco más mesurado, pero no hace más que ir de un exceso a otro… y no entiende de razones.

—Por eso mismo, sabes perfectamente que él no puede manejar eso. —Lauren lo miró con furia acusatoria—. ¿Y qué haces? ¡Lo secundas en todo! —Su tono se elevó, pero no era más que la angustia transformada en reproche.

Ray, al escuchar esas palabras, frunció el ceño, sintiendo un nudo en el estómago. No esperaba esa acusación, por lo que no se quedó callado.

—No, Lauren. Yo no soy responsable de las decisiones que toma James; fue a esa fiesta por su voluntad, nunca lo animé a que lo hiciera. Lo que no puedo controlar es su mierda, ni tus expectativas… —cada palabra salía con una dureza que contrastaba con la preocupación que había sentido—. Además, esta vez se descontroló más de la cuenta… lo estaba pasando muy mal porque tú no quisiste acompañarlo.

Lauren apretó los dientes, sintiendo cómo su pecho se llenaba de furia. No podía creer lo que estaba escuchando, no solo se sentía impotente ante la situación de James, sino que ahora Ray estaba minimizando su responsabilidad en todo eso.

—¡¿De verdad me estás culpando?! —la voz de Lauren temblaba de rabia—. ¡Todo esto es culpa de ambos! Tú viste cómo estaba en la entrevista, sabes que lleva tiempo sin descansar; en vez de hacerlo entrar en razón, lo animas a seguir el puto camino hacia la autodestrucción… ahora lo estamos pagando —sus palabras se entremezclaban con el llanto que ya no podía detener.

—James está fuera de control y lo sabes. Se va de fiesta, se emborracha y se droga como si no hubiera un mañana. Eso no es culpa de nadie más que de él. —Ray dio un paso atrás, sintiendo que, por alguna razón, lo que acababa de decir lo lastimaba también —. Aunque, tú podrías haberlo detenido, pero no lo hiciste, lo dejaste solo… Y eso, Lauren, es lo que lo empeora.

Ella lo miró fijamente, su pecho subía y bajaba con rapidez mientras luchaba por encontrar algo que decir. Las palabras de Ray la hirieron, y el dolor que ya sentía se multiplicó.

—No quiero oírte más —su voz se quebró, pero no dejó espacio para el argumento—. Solo… vete.

Ray la observó un momento, quería reparar lo que había dicho, pues sabía que ella había intentado muchas veces controlar los excesos de James, pero las palabras no le salieron. Sabía que no podía seguir insistiendo, pero tampoco podía desatenderse de la situación.

—Está bien. Pero si pasa algo, avísame, por favor —su voz se suavizó, pero no dejó de ser firme.

Lauren asintió sin mirarlo, cuando él salió, el silencio se volvió más pesado; ella se quedó al borde de la cama, mirando a James dormir, mientras su mente era un caos. Se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar, siendo presa de un terrible bajón de adrenalina, la angustia la cubrió como una segunda piel y todo el cuerpo le temblaba.

No podía perder a James. No, no podía perderlo, porque entonces se perdería a sí misma. Él era todo lo que tenía, lo único que le quedaba.

«Perdí a Henry, perdí a mis padres, perdí a Leonard… No puedo perder todo lo bueno que la vida me dé, no voy a permitirlo.»

Llevada por el impulso de la desesperación, se levantó y fue al bar, sacó todas las botellitas de licor y se las llevó al baño. Cada giro de su muñeca liberaba un sonido sordo mientras el alcohol caía al inodoro.

No se detuvo hasta que cada una de esas botellas estuvo vacía, dejándolas atrás como un símbolo de todo lo que ya no podía permitir. Sin esperar, se dirigió a la habitación y comenzó a buscar entre las prendas de James y en cualquier rincón que pudiera tener guardada las drogas. Pastillas, polvo, hierba; todo lo tiró en el inodoro. El agua turbia, llena de restos de la vida que James había estado llevando, empezó a girar lentamente en el desagüe.

—Esto tiene que terminar —susurró, casi con furia, mientras sus manos temblaban.

Cuando volvió a la habitación, James seguía dormido con la respiración tranquila. Ella, en su interior, aún sentía el miedo de lo sucedido, pero al menos ahora podía descansar con la certeza de

que había hecho algo. Porque, al fin y al cabo, lo que estaba claro era que James no podía seguir por ese camino, y ella no podía seguir esperando un cambio, que por su cuenta, nunca llegaría.

CAPÍTULO 17

James despertó con la boca seca y un dolor pulsante en el cráneo, era como un eco sordo de lo sucedido la noche anterior y que latía con una persistencia insoportable. Intentó moverse, pero su cuerpo reaccionó con una rigidez que lo obligó a quedarse inmóvil por casi un minuto. Cada músculo le dolía, como si le hubieran dado una paliza, parpadeó, intentando enfocar su vista en la habitación, pero la luz que se filtraba entre las cortinas le hirió los ojos.

Lauren estaba sentada en una silla junto a la ventana, su postura era tensa, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en un punto indefinido de la ciudad que se extendía ante ella.

Él se pasó una mano por el rostro, tratando de despejar la bruma de su mente, luego paladeó un poco porque sentía la lengua muy pesada, intentó tragar, pero no consiguió pasar saliva; necesitaba beber un vaso de agua o tal vez, una jarra completa.

—Muñeca, ¿estás bien? —dijo con voz ronca y arrastrada por el cansancio. Sentía que había perdido todas las fuerzas, quizá solo era producto de las horribles convulsiones que experimentó.

Ella no respondió, solo exhaló lentamente, sin apartar la vista de la ventana. James alcanzó a ver cómo fruncía el ceño, lo que le revelaba que sí lo escuchó, pero no quería hablarle.

—Lauren… ¿Pasa algo? —insistió, reprimiendo un quejido, ya que no quería que ella fuese consciente de su tortura, pues sería un gran motivo para cualquier reclamo.

—No lo sé, ¿crees que deba pasarme algo? —dijo finalmente, su voz fue baja pero firme. No quería verlo, porque no estaba segura de poder contener la sarta de reproches que tenía en la punta de la lengua.

James apretó los labios para soportar el dolor en sus músculos; y logró incorporarse, aunque con dificultad. El simple acto de sentarse le costó más de lo que esperaba.

—Lo siento, no era mi intención hacerte pasar por una situación tan incómoda —musitó con arrepentimiento.

—No fue solo incómoda, James… Ojalá solo hubiese sido incómoda. —Se puso de pie, cruzó la habitación con calma medida y tomó el teléfono para pedir el servicio a la habitación—. Te pediré algo para desayunar —le informó, esperando a que le atendieran—. Necesitas reponer fuerzas.

Él no respondió porque estaba batallando con el terrible dolor de cabeza y la tensión en sus músculos; necesitaba deshacerse de eso cuanto antes. Tal vez un poco de coca combinada con un par de alprazolam y algún analgésico podría ayudar. Salió desnudo de la cama y arrastró los pies hasta el baño con la intención de mear y lavarse la cara. A pesar de que hizo todo eso y también bebió agua del grifo, su malestar no mejoraba, lo que provocó que un nudo de ansiedad le apretara el pecho.

—Llegó el desayuno —le avisó Lauren en cuanto él salió del baño—. Vístete y ven a comer.

El olor de las judías y el café recién hecho llenaba la habitación, pero él ni siquiera lo notó, ni tampoco respondió a su novia, solo estaba desesperado por sentirse mejor. Se inclinó sobre la cama y comenzó a hurgar desesperadamente entre las sábanas.

—¿Qué necesitas? Si es un vaquero, sobre la butaca hay uno —le informó, pero no fue en busca de la prenda, solo lanzó las sábanas al suelo. En el fondo, ella sabía lo que tanto buscaba—. ¿Por qué mejor no vienes a comer? —insistió cuando lo vio tantear en la chaqueta de cuero que usó para ir a la fiesta—. James, ven a comer.

—No, ahora no tengo hambre —respondió por fin, al tiempo que se acuclillaba en su maleta.

—Pero necesitas comer para reponer fuerzas…

—¡No jodas, Lauren! —dijo exasperado con el pulso martillándole en las sienes y las manos temblorosas mientras buscaba en su maleta.

Ella no quería discutir y él definitivamente no estaba de buen humor, así que prefirió no decir ni una palabra más. Se sentó en el pequeño comedor junto a la ventana y se sirvió té, mientras le daba miradas fugaces, viendo cómo él ponía la habitación patas arribas.

—¿Dónde están? —preguntó con la voz entrecortada.

Lauren sabía a lo que se refería; así que solo siguió revolviendo su té, sin levantar la vista.

—¡¿Lauren, dónde carajos están mis cosas?! ¡¿Dónde están mis drogas?! —interrogó desesperado al tiempo que se acercaba a ella.

—Las tiré —susurró con la mirada en el remolino turbio, mientras una estela de débil humo se alzaba—. Todo se fue por el desagüe.

El mundo se detuvo por un segundo para James, retrocedió un par de pasos tambaleándose, su respiración se volvió errática y sus párpados empezaron a palpitar. La piel se le cubrió de un sudor frío, y el aire empezó a faltarle, como si una garra invisible le oprimiera el pecho.

—¿Hiciste qué? —Su voz fue un gruñido desesperado.

—Me deshice de ellas —repitió con calma. Finalmente lo miró a los ojos con una expresión serena pero impenetrable—. No voy a verte morir, James. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras te destruyes.

—¡No tenías derecho! —bramó con la desesperación empezando a transformarse en furia—. ¡No puedes hacer eso! ¡Las necesito! No entiendes, no funciono sin ellas, no puedo... —Su voz se quebró, y la agonía se sintió en cada palabra—. Necesito algo que me haga sentir bien, aunque sea por un segundo… Al menos un par de alprazolam, sabes que hoy tengo concierto… ¡Maldita seas, Lauren!

—¿Sentirte bien? —Ella dejó la taza de té con un golpe seco sobre la mesa. No quería discutir, pero ante la situación parecía que iba a ser inminente—. ¿Eso te hace sentir bien? ¿Terminar convulsionando en el suelo? ¿Verme aterrada, sin saber si ibas a sobrevivir? ¡Eso no es estar bien, James! Eso es morirte poco a poco.

—Pero no pasó, solo fue una reacción adversa… ¡No tienes derecho! —James apretó la mandíbula y tenía la respiración entrecortada—. No sabes cuánto necesito…

—Sí, sé cuánto necesitas toda esa mierda… —Se levantó para enfrentarlo—. Tomas analgésicos para los dolores, *Adderall* para estar concentrado, *Xanax* para dormir… Alprazolam porque te quita el agotamiento, y también te fumas más de veinte porros de marihuana porque te relaja. Bebes como un poseso para sentirte feliz, pero para estar despierto no dejas pasar las rayas de coca… —Temblaba de rabia, pero no se amilanaba—. Y la morfina… la morfina solo porque te hace sentir increíble. ¡Al final del día, consumes las drogas suficientes para sedar a todo el maldito Reino Unido!

—¿Dónde está la cocaína, Lauren? ¿Dónde están mis drogas? —volvió a preguntar ignorando el reproche. Su voz estaba cargada de desesperación y su cuerpo entero vibraba con ansiedad.

—Ya no más, James —contestó con firmeza, mirándolo—. Se acabó… Me deshice de toda esa mierda, aquí no encontrarás nada.

Él sintió la cólera encendiéndole la piel, era en rugido de rabia y angustia que le quemó la garganta, su corazón se desbocó y empuñó las manos. Sentía que iba a ahogarse, que la desesperación lo consumiría, y llevado por esa emoción avanzó dos pasos. Sin pensar, sin reflexionar y sin contenerse, le soltó una bofetada que resonó en la habitación, un estallido seco y cruel que cortó el aire.

Lauren se estremeció con fuerza, el impacto la dejó aturdida y la piel empezó arderle, pero más allá del dolor, fue la conmoción lo que la paralizó. Volvió el rostro para mirarlo y sus ojos reflejaban la incredulidad, incapaces de procesar lo que acababa de suceder. Él nunca le había puesto una mano encima. Nunca.

El miedo surgió de lo profundo de su pecho, helándole la sangre; su respiración se volvió errática y su cuerpo tembloroso, enseguida sintió un nudo apretarle la garganta y se llevó una mano a la mejilla, como si así pudiera borrar la realidad. Nunca le habían dado una bofetada y sin duda era lo más humillante que había vivido hasta ese instante.

Más que nada, porque se le llenaron los ojos de lágrimas, mostrándola demasiado débil delante de él; aun así, permaneció impasible, mientras sentía que se le enrojecía la cara.

James respiraba con dificultad, entretanto sus propios dedos temblaban. Se miró las manos, como si no le pertenecieran, como si no pudiera comprender lo que acababa de hacer.

—Lauren, yo... —susurró con horror.

Ella dio un paso atrás, no por precaución, sino porque en ese instante, él le resultó un completo extraño. Sin pensarlo más, corrió hacia el baño, cerró la puerta de golpe y giró la cerradura con dedos temblorosos; luego apoyó la espalda contra la madera, sintiendo su respiración agitada y su corazón golpeando fuerte en su pecho.

—Lauren, por favor... —La voz de James llegó amortiguada desde el otro lado de la puerta. Golpeó suavemente, con la desesperación en cada palabra—. Perdóname... No quise... Por favor, ábreme.

Lauren cerró los ojos, conteniendo las lágrimas y se acunó una vez más la mejilla adolorida, que le confirmaba que ese golpe había sido real.

—Vete, James —susurró con la voz quebrada—. No quiero verte.

Él apoyó la frente contra la puerta; más allá del perdón de Lauren, su cuerpo clamaba por otra cosa. Algo más urgente; necesitaba una línea de cocaína que lo calmara y silenciara el torbellino en su cabeza. Se apartó y comenzó a registrar la habitación con frenesí.

«Mierda, maldita mierda… Esto no me puede estar pasando», sus pensamientos se volvieron aún más caóticos al ver que no tenía efectivo. Además, estaba seguro de que Joyce no le daría ni una libra después de la entrevista desastrosa del día anterior.

Entonces recordó que Lauren tenía dinero en su mochila, no quería tomarlo, pero ella fue quien lo puso en esa situación; nada eso habría pasado si no le hubiese botado sus drogas. La abrió y sacó el fajo de billetes, lo revisó percatándose de que era lo suficiente para volver a dotarse con la variedad de estimulantes a los que estaba acostumbrado.

«Se lo devolveré» —se prometió—. «Solo necesito quitarme este maldito malestar. Solo un poco. Luego regresaré, le pediré perdón y todo estará bien». Se vistió con lo primero que sacó de su maleta.

Lauren escuchó el azote de la puerta y finalmente se dejó caer sentada en el suelo; con la mejilla ardiendo, el orgullo destrozado y deshaciéndose en llanto. El eco de la bofetada aún resonaba en su mente, más fuerte que cualquier palabra que James hubiera podido decirle. Él se marchó sin mirar atrás, dejando un silencio denso y una sensación de decepción e incredulidad en el aire.

No podía comprenderlo, no podía aceptar que la persona a la que amaba y por la que había sacrificado tanto, hubiera sido capaz de levantarle la mano solo porque intentó salvarlo de sí mismo.

No era solo la bofetada, era lo que representaba: una línea cruzada, un abismo que tal vez nunca podrían cerrar. Respiró hondo para contener la rabia que luchaba por abrirse paso entre su dolor y su humillación. Su amor por James era innegable, pero en ese momento, se preguntó si sería suficiente. ¿Cómo se podía amar a alguien que no solo se autodestruía, sino que además hería a quienes intentaban ayudarlo?

Se abrazó a sí misma, buscando un consuelo que no llegaba, sabía que debía tomar una decisión, pero su corazón y su razón estaban en guerra. James no era solo un hombre con demonios; había dejado que estos lo definieran. ¿Y ella? ¿Estaba dispuesta a seguir atrapada en la tormenta de su adicción y su violencia? ¿Podía perdonarlo? No lo sabía. Pero sí sabía que no merecía esto.

«Telma y Brendan siempre tuvieron razón» —pensó con amargura—. «James, no merece la pena». Pero el amor no se apagaba con la lógica. Lo sentía incrustado en el pecho.

Minutos después, logró calmarse un poco y se levantó a pesar de la debilidad en sus extremidades, caminó hasta el lavabo y al mirar su reflejo en el espejo, vio la marca de la bofetada. Sintió el peso de lo sucedido y le fue imposible no enfrentarse a un conflicto interno más palpable: su miedo y su amor luchaban de manera más desgarradora.

Con cuidado se lavó la cara, sintiendo que el agua fresca le aliviaba un poco el calor y el dolor que le dejó el golpe; luego empezó a recogerse el cabello y mientras lo hacía, encontró la determinación para marcharse. Con el peso de la tristeza sobre sus hombros, sintió que algo en su interior cambiaba; tal vez el amor no bastaba y esta vez, era ella quien debía salvarse a sí misma.

Con la valentía recién nacida, miró de nuevo su reflejo en el espejo, tenía los ojos enrojecidos, la piel pálida y la marca de la bofetada aún presente en su mejilla. Exhaló largamente y salió del baño con paso firme; se acercó a donde estaba su mochila para sacar ropa limpia y regresar a Londres. En cuanto metió la mano, el vacío la sorprendió como un puñetazo; buscó con desesperación en cada compartimiento, revisando cada bolsillo, pero su dinero no estaba.

El impacto de la revelación la dejó sin aliento, James no solo la había humillado con violencia, sino que también la traicionó de la manera más ruin, le había robado. Le arrebató lo único que le quedaba para marcharse, para alejarse de él de una vez por todas.

Un calor se extendió por su pecho, sofocando el dolor con una rabia encarnizada. Ya no era solo tristeza ni desilusión; era indignación. No podía irse sin su dinero y sin enfrentarlo. Se sentó al borde de la cama, con la mirada fija en la puerta. Lo esperaría, y cuando regresara, le exigiría lo que era suyo. No con súplicas ni con lágrimas, sino con la certeza de que ya no iba a permitir que la pisoteara otra vez.

CAPÍTULO 18

James salió de la habitación con una mezcla de arrepentimiento y furia revolviéndose en su interior, mientras la bofetada le quemaba en la palma como un recordatorio de lo que hizo. Nunca le había pegado a una mujer, pero cuando Lauren le dijo que se deshizo de las drogas, no pensó y solo reaccionó de la peor manera.

El remordimiento lo acompañó hasta el bar del hotel, en el que podía pedir todo el licor que quisiera y simplemente lo cargarían a la habitación. El primer trago de vodka le bajó como fuego; el segundo, como un bálsamo y el tercero fue el que verdaderamente lo calmó, despertando una cálida indiferencia y una claridad intoxicada que puso todo en una perspectiva completamente distinta.

Lauren lo lastimó primero. Lo hizo de manera consciente y con alevosía; sabía lo que significaban las drogas para él, que las necesitaba para rendir mejor; aún así, decidió arrebatárselas. No lo hizo por amor ni por preocupación sino para controlarlo, doblegarlo e imponérsele proclamándose como «su salvadora», como si él lo necesitara.

Ella no entendía que las drogas no eran un capricho ni un vicio pasajero; eran su escape y lo único que lo mantenía en pie cuando el mundo se volvía insoportable. Lo privó de lo que necesitaba para seguir adelante, y ahora él la haría pagar, pero no con golpes; eso sería demasiado simple, demasiado torpe y no era así cómo se castigaba a alguien como Lauren, a ella no se la hería con violencia, sino con orgullo.

Su mirada se alzó en cuanto la figura desgarbada de Ezra cruzó la puerta del bar, era un *roadie* que ya no se acordaba qué putas hacía; solo lo tenía en cuenta porque era quien le buscaba las

drogas. Él tenía una gran habilidad para encontrar a donde fuera a los mejores *dealers*.

Lo llamó a su habitación desde que llegó al bar, hasta entonces habían pasado unos veinte minutos, por lo que la ansiedad reptaba bajo su piel. El alcohol no era suficiente para aplacar su agitación, necesitaba algo más efectivo y de acción rápida; sobre todo, porque en un par de horas tenía la prueba de sonido y quería estar bien. Le hizo un gesto con la mano, instándolo a acercarse, Ezra obedeció, con cierta reticencia.

—Hermano, dime que traes algo —soltó James en cuanto estuvo a su lado. Su voz estaba cargada de urgencia, una necesidad cruda que lo hacía sonar casi suplicante.

Ezra frunció el ceño y miró a su alrededor antes de inclinarse levemente hacia él.

—¿Otra vez? Joder, James, la última vez te dejé con suficiente para un maldito mes. No me digas que te lo metiste todo en una semana —preguntó en voz baja, con una mezcla de incredulidad y fastidio.

—Lauren me las botó todas —bufó y se pasó una mano temblorosa por el cabello enmarañado—. Cree que me está haciendo un favor, ¿puedes creerlo? Según ella, lo hace para salvarme, como si yo fuera un niño que no sabe lo que hace. No entiende, Ezra, no entiende nada.

El *roadie* suspiró y se cruzó de brazos. Sabía que la novia de James no estaba de acuerdo con que se drogara de la forma en que lo venía haciendo. Lo miró de arriba abajo, percatándose de que tenía los ojos inyectados en sangre, la mandíbula tensa y tamborileaba frenéticamente con los dedos sobre la barra.

—¿Y qué necesitas? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—Todo lo que tengas. —Le sostuvo la mirada y sus pupilas brillaban con una intensidad casi febril—. No me importa, lo que sea… Necesito algo ahora. —Chasqueó la lengua y golpeó la barra con el puño, exasperado—. Necesito algo que me ayude a funcionar y a mantenerme en mi sitio, ¿entiendes? Sin al menos un poco de coca, no puedo con la gira ni con la banda, tampoco con la presión, es demasiado…

Ezra sabía que cualquier argumento racional sería inútil; así que suspiró y metió una mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Lo único que tengo ahora es coca y *Xanax* —dijo, sacando una pequeña bolsita y un blíster. James le arrebató todo de la mano —. Pero si me das el dinero, puedo conseguirte más, lo que quieras. En un par de horas y en la prueba de sonido te lo paso… ¿Te parece?

James exhaló lentamente, tratando de calmarse. Asintió mientras sacaba el fajo de billetes que tomó de la mochila de Lauren y se lo entregó con manos temblorosas.

—Hazlo, consigue todo lo que puedas, creo que es suficiente — dijo echándole un vistazo al dinero. Luego, sobre la barra y sin importarle estar en un lugar público, empezó a prepararse una raya de coca.

Ezra tomó el dinero y lo guardó sin decir nada; lo miró por última vez antes de darse la vuelta para marcharse. Sabía que esto no iba a terminar bien, pero tampoco era su papel decirlo. James ya estaba demasiado lejos para escuchar advertencias.

Un par de horas después, James se tambaleó ligeramente al subir los escalones del escenario, el eco de su caminar resonaba en el Maine Road; el estadio aún estaba vacío, salvo por el equipo técnico y un grupo de fanáticas que se habían colado hasta las barreras para ver la prueba de sonido. Desde la distancia, su silueta era imponente, chaqueta de cuero, cabello revuelto, ojos escondidos tras gafas oscuras; pero cualquiera con suficiente cercanía notaría el ligero temblor en sus manos, el rastro de alcohol en su aliento y la cocaína blanqueándole los orificios nasales.

Desde su batería, Ray lo observó con el ceño fruncido; había pasado esa madrugada junto a Lauren, tratando de evitar que su primo se ahogara con su propio vómito después de las convulsiones. Ahora, al verlo caminar como si nada, sintió una mezcla de rabia y decepción.

—¡Hey, James! ¿Estás bien? —preguntó, dejando caer las baquetas sobre el redoblante.

—Nunca he estado mejor, primo. —James se encogió de hombros y chasqueó la lengua—. Vamos, quiero acabar con esto cuanto antes.

Ray apretó la mandíbula, molesto. James ni siquiera lo miró, fingía que nada había pasado, que Lauren no lloró aterrorizada, mientras le sujetaba la cabeza para evitar que se golpeara contra el piso.

—Lauren, estaba asustada anoche —insistió, por si era que tenía una puta laguna o las convulsiones le fundieron varias neuronas y no recordaba el episodio de terror que les hizo vivir—. Muy asustada, James. Pensó que te ibas a morir.

—Drama innecesario. —Dejó escapar una risa breve, con un remedo de desprecio—. Estoy aquí, ¿no? ¿Puedes tocar ya o quieres seguir sermoneándome?

Ray negó y lo miró bastante decepcionado; no podía comprender cómo su primo minimizaba no solo la situación sino también las emociones que ellos vivieron. Incluso, le jodió la follada con la jovencita que más le había atraído durante esa puta gira. Tomó las baquetas y golpeó el *hi-hat* con furia, mirándolo directamente a la cara, como si fuera el más duro reclamo que le hacía a través de su instrumento.

Billie, alzó las cejas y miró de reojo a Tommy, para ellos no pasó desapercibida la tensión entre los primos. Estaban acostumbrados a que los desacuerdos fueran entre James y Tommy, pero esta vez parecía que algo bastante malo había pasado; lo que fuera, no tenían ni puta idea. De momento, no les extrañaba que Lauren no estuviese acompañando a James; después de todo, ella decidió ir lo menos posible a las pruebas de sonido, tras el incidente que tuvieron en Liverpool.

La prueba arrancó con el sonido atronador de la batería marcando el ritmo de la primera canción. Tommy se ajustó la correa de su guitarra y lanzó un *riff* agresivo, como si quisiera demostrar que la banda no sería lo mismo sin él. James se acercó al micrófono y dejó escapar un gruñido antes de cantar; su voz estaba áspera, rasposa, con ese filo que tanto enloquecía a las fans. Las chicas

detrás de las barreras gritaban eufóricas como si ya estuvieran en el concierto.

La energía en el escenario era eléctrica, pero no del todo armoniosa. Tommy tocaba con más fuerza de la necesaria, como si cada acorde fuera un golpe contra James. Billie, en cambio, se mantenía al margen, concentrado en su bajo. Por su parte, Ray golpeaba la batería como si cada redoble fuera una catarsis personal.

Mientras cantaba, James miró de reojo a las fanáticas. Un grupo de chicas jóvenes, algunas con camisetas de Sweet Poison, otras con carteles escritos a mano, todas con la misma expresión de devoción en los ojos. Sonrió para sí mismo, emocionado con la forma en que alimentaban su ego; entonces recordó su discusión con Lauren y cómo ella sin ningún remordimiento se deshizo de todo eso que a él lo impulsaba y lo mantenía en el punto más alto para dar lo mejor de sí; sin duda, lo perjudicó de la peor manera y todavía tuvo el descaro de gritarle que se estaba destruyendo, como si lo que ella le hizo no era exactamente lo mismo. Quería vengarse, herirla en su orgullo.

El sonido seco de las baquetas marcó el inicio de la siguiente canción. Un, dos, tres, cuatro; de pronto, la guitarra de Tommy desgarró el aire con un *riff* furioso. Billie lo siguió con un bajo denso y palpitante.

James tomó el micrófono con una seguridad indolente, deslizándolo entre sus dedos como si fuera una extensión de su propia piel. Su voz irrumpió con un magnetismo crudo, envolviendo al estadio como un veneno dulce. Cantaba con descaro, con ese tono rasgado y sugerente que hacía temblar el aire mientras se movía con la confianza que le provocaba el efecto que tenía sobre el público.

Caminó por el escenario con paso felino, marcando el ritmo con cada giro de cadera, su cuerpo hablaba tanto como su voz. Se inclinó hacia la audiencia improvisada, dejando que las primeras filas sintieran el calor de su presencia. Sonrió de medio lado, un gesto tan natural como peligroso; despacio, se quitó las gafas oscuras y

dejó que sus ojos brillantes e intensos, se clavaran en ellas como una promesa.

Las chicas en primera fila contuvieron el aliento. James echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una nota prolongada, un gemido melódico que resonó en el auditorio vacío y las dejó atrapadas en su hechizo. El tema terminó con un golpe seco de batería.

Se hizo un silencio, que se rompió con los gritos ahogados de las fans. James sonrió, satisfecho, deslizando un dedo por sus labios antes de volver a ponerse las gafas.

—Creo que suena bastante bien —comentó con indiferencia, dirigiéndose a la banda.

Ray negó con la cabeza aún molesto con su primo, pero toda esa energía le ayudó a tocar con más intensidad. Tommy alzó una ceja y Billie, simplemente, jugueteó un poco más con las cuerdas de su bajo.

Las chicas seguían allí, inmóviles, como si no quisieran despertar de lo que acababan de presenciar. James les lanzó un guiño antes de alejarse del micrófono. Porque él no solo cantaba, él devoraba el escenario, y todo aquel que lo mirara, quedaba marcado.

Mientras el grupo se hidrataba y se secaba el sudor, James se giró hacia un *roadie* que estaba cerca.

—Hey, consígueme dos de esas chicas. Las quiero en mi camerino —le pidió con complicidad.

La prueba terminó y él dejó caer el micrófono sobre su soporte. Se quitó las gafas de sol y le lanzó una última mirada a Ray, quien lo observaba con desaprobación silenciosa.

El zumbido de los amplificadores aún vibraba en el aire cuando James salió del escenario y el eco de la prueba de sonido todavía resonaba en su cabeza. Su cabello oscuro estaba pegado en su frente por el sudor; entonces se pasó una mano por la cara, tratando de despejarse, pero la ansiedad lo devoraba por dentro.

Sabía que Ezra estaría esperándolo tras bambalinas, lo vio apoyado contra una de las cajas metálicas del equipo musical, el *roadie* miraba a su alrededor con indiferencia. En cuanto James se

acercó, Ezra deslizó una de sus manos en uno de los bolsillos de su chaqueta de mezclilla.

—¿Lo tienes? —preguntó con la urgencia marcada en la voz.

Ezra suspiró, sacó una bolsa considerable del interior de su chaqueta y la sostuvo frente a él. Dentro había de todo: pastillas de colores, polvos en bolsitas, incluso un par de pequeños frascos.

—Más de lo que pediste —respondió con una escueta sonrisa—. Y variedad, como querías. Pero, amigo, esto no es para jugar y no sé qué carajos planeas hacer con todo esto, pero...

James le arrebató la bolsa antes de que terminara la frase. Su mirada brillaba con una mezcla de ansiedad y emoción.

—Relájate, hombre. Solo quiero que este día sea legendario. Dos chicas están esperándome en el camerino… —Su expresión se oscureció un instante, al recordar que solo Lauren le había dado el motivo para esa venganza, pero enseguida forzó una sonrisa cínica.

—Así que ese es el plan. —Ezra lo miró con escepticismo, cruzando los brazos—. Autodestrucción con público. ¡Genial!

—No lo veas así, Ez. —Se echó a reír, sacudiendo la cabeza—. Ya sabes cómo va la cosa, solo se trata de pasarlo bien. —Movió la bolsa como si fueran caramelos—. ¿Por qué no vienes? Te invito a que lo pases de puta madre. —Le guiñó un ojo.

—Aún tengo trabajo. —Negó, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta—. La iluminación necesita ajustes antes del concierto.

—Siempre tan responsable. —James resopló—. Un día de estos te vas a aburrir de ser un maldito adulto.

—Y un día, tú te vas a aburrir de esto... o te vas a morir.

James rio otra vez, pero la risa fue breve. Le dio una palmada en el hombro a Ezra antes de girarse hacia el camerino.

—No hoy, amigo. No hoy —dijo y desapareció por el pasillo, directo hacia la fiesta que lo esperaba; o al menos, al escape que necesitaba.

James empujó la puerta del camerino y la cerró tras de sí con un leve golpe, aislándose del bullicio del pasillo. El lugar estaba impecable, como si nadie hubiera estado ahí antes que él, pero la energía densa del pre-show ya flotaba en el aire.

El gran espejo rodeado de bombillas reflejaba su propio rostro, ojeras profundas, la mandíbula tensa y la adrenalina comenzando a hervir bajo la piel. Caminó hasta la mesa de maquillaje, donde alguien había dejado una bandeja con una botella de whisky sin abrir, un par de vasos y una fila de botellas de agua, pero su atención fue directo a otra cosa.

Sacó el paquete de la bolsa que Ezra le entregó y lo abrió con manos expertas; empezó a dividir el polvo blanco en líneas precisas sobre el vidrio de la mesa. Su respiración se volvió más lenta por un instante, como si su cuerpo supiera lo que vendría; se inclinó, aspiró con decisión y se irguió de golpe, sacudiendo la cabeza mientras el ardor familiar subía por su nariz y se instalaba en su cerebro como un relámpago.

Cerró los ojos, disfrutando el escalofrío que recorría su columna, luego tomó el frasco de pastillas y dejó caer un par en su mano. Ni siquiera se molestó en mirar qué eran exactamente. Con la práctica de haberlo hecho cientos de veces, las lanzó en su boca y las tragó con un sorbo de whisky recién servido. El líquido quemó su garganta, pero no lo suficientemente fuerte como para sacudirlo.

Se inclinó sobre el tocador, apoyando ambas manos en el borde mientras miraba su reflejo. Sus pupilas ya estaban dilatadas y su pulso se aceleraba. En ese momento la puerta se abrió; entonces se pasó la lengua por los labios, tomó aire hondo y, con una sonrisa torcida se volvió hacia las dos chicas que entraron con risitas nerviosas y miradas extasiadas.

Dejando tras de sí el polvo blanco esparcido sobre el vidrio, una copa a medio llenar y la promesa de una fiesta que estaba a punto de comenzar.

—Relájense, nenas. Vamos a divertirnos.

Las chicas se miraron entre sí, emocionadas y temblorosas. James sabía que era un juego peligroso, pero en ese momento no le importaba nada más que caer más hondo, solo para demostrarle a Lauren que no tenía ningún control sobre él.

CAPÍTULO 19

La puerta de la habitación se abrió de golpe, y James entró con desfachatez, porque no temía a las consecuencias de sus actos. Su cabello húmedo y despeinado dejaba en evidencia la lluvia que había empezado a caer sobre Manchester. Se sacudió la chaqueta de cuero y la dejó caer sobre una silla, ajeno a Lauren, que lo esperaba con los brazos cruzados, la mandíbula tensa y la rabia ardiendo en sus ojos azules.

—Devuélveme mi dinero —soltó sin preámbulos, con la resolución intacta. Por el contrario, cada maldito segundo que pasó esperándolo, solo hizo aumentar su furia, esa que solo pudo contener al acabarse un cigarrillo tras otro; lo evidenciaba el cenicero repleto de colillas.

James dejó escapar un bufido, ni siquiera le dedicó una mirada; solo sacó de uno de los bolsillos de sus vaqueros la bolsa con su dotación de estimulantes y la arrojó sobre la mesa.

—Ahora no lo tengo, pero te lo devolveré… Eventualmente.

Lauren miró la bolsa, no tenía que ser adivina para saber en qué se gastó su dinero; así que, avanzó con paso decidido y la furia creciendo como un incendio sin control.

—¿Eventualmente? ¿Crees que soy una idiota? —su voz vibraba por la rabia—. Me robaste, James. ¡Me robaste para comprar más de esa mierda! —Señaló el paquete con asco.

—No me trates como un vil ladrón, Lauren —resopló, sacudiendo la cabeza con una sonrisa cínica—. Sabes que no lo soy.

—¡¿Ah, no?! —Avanzó hasta quedar a pocos centímetros de él para seguir enfrentándolo. Su rostro estaba pálido, sus ojos brillaban con una mezcla de incredulidad y furia, pero en ese momento su estómago se contrajo al percibir un aroma ajeno, un perfume

empalagoso y femenino que no le pertenecía; en su cuello tenía un chupón violáceo que delataba la traición—. ¿Cómo pudiste? ¡Primero me robas, y luego me engañas… me traicionas de la manera más ruin que pueda existir!

—No sé de qué me hablas. —James se encogió de hombros.

—¡Además tienes los santos cojones de mentirme en la cara como si no me diera cuenta de lo que hiciste! —Su voz se quebró un instante, pero no iba a permitirse el lujo de mostrar debilidad.

—Bueno, está bien, pero no es para tanto. No hagas un drama por nada. —Se pasó una mano por el cabello, fastidiado.

Ella parpadeó y su cuerpo entero fue sacudido por la respuesta, porque no había culpa en su voz, ni rastro de arrepentimiento, solo un crudo desdén; eso le dolió tanto como la bofetada de esa mañana.

—¿No es para tanto? —rio con amargura antes de darle un fuerte empujón en el pecho—. ¡Tienes un chupón en el cuello, James! ¡Apestas a sexo! —Las lágrimas amenazaban con brotar, pero su orgullo las contuvo—. Eres un hijo de puta —gruñó, decepcionada.

James se tambaleó un paso hacia atrás y sintió la rabia escalarle por la espalda como una descarga eléctrica. Su mandíbula se tensó, sus dedos se crisparon en un puño instintivo, pero se obligó a calmarse, soltando el aire lentamente por la nariz. No, no iba a caer en ese juego otra vez; ya le había dado el gusto esa mañana, cuando su paciencia se rompió y la bofetada salió antes de que pudiera contenerse.

Ahora, ella lo buscaba de nuevo, lo provocaba con cada palabra y cada gesto, esperando que reaccionara de la misma forma, pero eso no iba a suceder. No tenía tiempo para discutir, ni para enfrascarse en una pelea inútil, había cosas más importantes en su lista de prioridades; se pasó la lengua por los dientes y soltó una risa seca, carente de humor.

—Lauren, no tenemos tiempo para esto, arréglate y vámonos. No quiero retrasarme más. —La instó, porque llegó con el tiempo justo para ducharse y regresar al estadio para el concierto.

Lauren sintió que se le rompía algo dentro del pecho, ya no solo era la humillación de la infidelidad, sino su completa indiferencia y su desprecio hacia sus sentimientos y emociones.

—No voy a ir a ningún lado contigo —su voz salió fría—. Sabías lo que esto significa para mí… —susurró, desgarrada—. Sabías que era lo único que no podía soportar. Y aun así, lo hiciste...

—No digas tonterías —dijo frunciendo el ceño.

—Vete con la zorra con la que estuviste revolcándote, que ella te anime en el maldito concierto. Yo no voy a seguir siendo tu burla.

Él la miró con furia por su negativa y avanzó para tomarle el brazo con fuerza, sintiendo cómo la tensión le latía en las sienes y le presionaba el pecho. En el fondo, también percibió el aguijón de la desesperación, pero no permitió que lo consumiera.

—No seas ridícula. Sabes que eres la única que me importa.

—¡No me toques! —Lauren se soltó de un tirón—. ¡Me das asco, James! Quiero que cuando vuelvas, me traigas mi dinero. Y no me busques más. ¡Esto se acabó!… No quiero que mi destino sea estar con alguien como tú.

James la miró con incredulidad, su mandíbula se tensó y parecía debatirse entre gritar o destrozar algo; en lugar de eso, tomó su chaqueta y la bolsa con las drogas con un gruñido. Se dirigió hacia la puerta, era mejor largarse en ese momento o temía no poder contenerse más; se ducharía en el estadio, después de todo, allá tenía el vestuario que usaría.

—No hagas esto más grande de lo que es —dijo con la mano en el pomo—. Sabes que somos el uno para el otro…

—Solo quiero que traigas mi dinero —exigió con la voz rasposa.

—Te traeré tu maldito dinero —gruñó con fastidio.

Lauren lo vio salir, sintiendo el pecho oprimido por la rabia y el dolor, se mordió el labio para no llorar; él no la vería romperse esta vez. Sin embargo, en cuanto se dejó caer en la cama, su pecho empezó a subir y bajar con respiraciones entrecortadas; luego, el llanto la desgarró sin previo aviso. No eran lágrimas silenciosas ni sollozos mesurados; eran gemidos rotos, ahogados contra la almohada, temblores que la sacudían desde lo más hondo de su ser.

Se abrazó a sí misma, como si pudiera contenerse para evitar desmoronarse por completo, mientras el dolor la consumía en oleadas feroces, le arrancaba el aire de los pulmones y le apretaba el pecho con dedos crueles. Sabía que no había vuelta atrás, James se había marchado al concierto como si nada, como si lo compartido entre ellos no hubiese significado lo suficiente para detenerlo.

No podía perdonarlo; no porque no lo amara, sino porque lo amaba demasiado como para permitir que la destruyera una y otra vez. Porque si cedía, él seguiría con su doble vida, con sus caricias y sus promesas vacías. ¿Cuánto de su amor había sido real? ¿Cuántas veces la había mirado a los ojos después de haber estado con otras?

Un grito se ahogó en su garganta, sintiendo que su amor por él era un veneno que debía arrancarse de alguna forma, aunque en ese momento no supiera cómo. Se sentía atrapada en su propia piel, en su pecho y en la realidad que se le caía encima, pesada como un yunque. Se llevó una mano al corazón, como si pudiera arrancarlo o exorcizar la necesidad de él con un simple gesto.

Los minutos pasaron en un bucle de dolor, hasta que la fatiga la venció. Su cuerpo tembloroso se rindió al agotamiento, pero en su mente la herida seguía abierta, latiendo con cada recuerdo y mentira descubierta, con cada fragmento de amor que ahora debía enterrar.

La risa ronca y descontrolada de James fue lo primero que la despertó; luego vinieron las risitas chillonas, el sonido de tacones tambaleantes y el golpe seco de la puerta cerrándose. Lauren parpadeó aturdida, mientras la luz amarillenta del velador le hería los ojos; creyó que la pesadilla no podía ser real hasta que escuchó el jadeo entrecortado y el susurro de una voz femenina; eso hizo que se incorporara de golpe.

No podía creer lo que estaba viendo y tuvo que tallarse los ojos para comprender que era real. James arrinconaba a una mujer contra la pared y la besaba con una intensidad descarada; al tiempo que otra se reía, observando la escena como si fuera un espectáculo privado.

Lauren de inmediato sintió un ardor en el pecho, una furia desbocada que la hizo reaccionar antes de pensar. Salió de la cama

de un salto, corrió el corto trayecto y se lanzó sobre la chica, agarrándola por los cabellos y tirando con fuerza.

—¡Maldita perra! —gritó, sin importarle nada más que el instinto visceral de arrancarla de los brazos de James.

—¡Suéltame! —la atacada soltó un chillido agudo y empezó a manotear para evitar que le arrancaran el cuero cabelludo.

Sin embargo, la furia de Lauren era tal que ningún intento de la chica por liberarse era efectivo; no hacía más que zarandearla de un lado para otro.

—¡Suéltala, joder! —bramó James, al ver que Lauren estaba fuera de control—. ¡Lauren, suéltala! —le exigía sujetándola por la cintura, pero sus intentos eran en vano, ella parecía un animal salvaje.

La otra jovencita solo miraba aturdida el espectáculo y se pegó contra la puerta. Aunque podría intervenir para ayudar a su amiga, los nervios no la dejaban actuar; ya que no esperaban terminar en una emboscada como esa.

—¡Zorra! ¡¿Cómo te atreves?! —Lauren seguía con su ataque y con su intención de sacarla de la habitación, pero la chica ponía resistencia y eso hacía que todo fuese más violento.

—¡Suéltame, loca! —rugía intentando aferrársele a los cabellos, como una medida desesperada por defenderse, pero no lo conseguía.

James consiguió apartar a Lauren con tal violencia que la arrojó al suelo; ella sintió el fuerte golpe al estrellarse, estaba agotada y adolorida, pero no le importó. Su rabia ciega fue el impulso que la llevó a levantarse y fue directo hacia él; después de todo, había sido su decisión llevar a esas chicas para restregárselas en las narices. Lo atacó con rapidez arañándole la cara con toda la fuerza que tenía.

—¡Eres un maldito, hijo de puta! ¡Descarado! ¡Basura! —escupió las palabras como si fueran veneno.

James se llevó una mano al rostro, sorprendido por el ataque de su novia; no obstante, la sorpresa duró un instante y enseguida su expresión cambió, tornándose peligrosa. Con un gruñido, le sujetó el cuello con una mano y con la otra le cruzó el rostro de una bofetada brutal, una acción desesperada que buscaba calmarla.

El impacto la dejó aturdida, su piel ardió al instante y sintió un sabor metálico en la boca por la sangre que empezó a brotar, estaba segura de que le había partido el labio.

—Tú me dijiste que me fuera con otras —recriminó James, mirándola con furia y se pasó una mano para apartarse los mechones que le cayeron en la frente—. No tienes derecho a reclamarme nada… No puedes reclamarme una mierda, porque tú me orillaste a esto.

Lauren respiraba agitadamente, su pecho subía y bajaba con violencia, mientras su mirada estaba llena de odio, de una ira que iba más allá del dolor físico y que no podía contener.

—¡No aquí! ¡No frente a mí, malnacido! ¡Maldito infeliz!—gritó, su voz quebrada por la rabia—. ¡Te odio! ¡Te odio!

James se rio, una carcajada sin alma, sin rastro de la persona que alguna vez amó. Giró hacia las chicas, que ahora estaban inquietas, cruzándose miradas nerviosas, parecía que estuvieran pactando la huida.

—¿A dónde creen que van? —preguntó con tono burlón cuando las vio moverse hacia la puerta—. Lauren también quiere unirse a la fiesta, ¿verdad, cariño?

—¡Eres un cerdo! Un ser demasiado despreciable —le escupió ella en la cara, producto del asco que le produjo semejante insinuación.

James se quedó inmóvil por varios segundos, mientras calibraba la humillación y sentía la saliva caliente escurrir por su mejilla, ya herida. Luego, con una furia descontrolada, cerró el puño y le propinó un golpe directo en el rostro.

Lauren no vio venir un acto tan violento, mucho menos de parte del hombre que había jurado amarla. Tras el impacto, su visión empezó a nublarse y la habitación le dio vueltas; James le soltó el cuello y terminó cayendo en el suelo, con toda la cara latiéndole de dolor.

—Si no quieres participar, entonces solo mira —gruñó con un tono casi perverso y sin rastro de compasión.

Lauren no podía moverse, el miedo la tenía encadenada en ese momento tan patético; sintió cómo su ojo izquierdo se hinchaba,

tanto que apenas podía ver, por un lado. Sin embargo, el dolor físico era insignificante comparado con la humillación que la invadía. Miró a James, y en sus ojos no encontró nada de lo que una vez la hizo amarlo.

Sentía que la sangre ahora no solo le salía del labio, sino que también le bajaba por las fosas nasales, todo el cuerpo le temblaba sin control; él la había reducido a un simple despojo.

James respiró hondo tratando de encontrar un poco de calma, no iba a dejar que la actitud de Lauren lo convirtiera en un desgraciado maltratador de mujeres, aunque ella se lo había buscado. Tampoco le permitiría que le arruinara la noche, así que se volvió hacia las chicas, aún temblorosas, con una sonrisa ladeada.

—No tengan miedo, preciosas —su voz se suavizó, cálida y seductora—. Lauren siempre hace un escándalo por nada. ¿Ven lo que me obliga a hacer? Siempre tiene que arruinar la diversión.

Las chicas intercambiaron miradas nerviosas, sin saber si quedarse o correr, pues ciertamente se habían impactado. No imaginaban que el cantante pudiera ser un hombre violento; desde fuera, su relación con Lauren parecía idílica, ella era la envidia de muchas fanáticas.

—Vamos, acérquense —murmuró James con una sonrisa, extendiendo una mano hacia una de ellas—. No dejen que nos arruinen la noche. Estamos aquí para disfrutar, ¿no es verdad? —Le recordó mirando a la que Lauren había agredido—. Voy a recompensarte por el mal momento que has tenido que pasar.

Ella que era la más alta de las dos se mordió el labio, dubitativa, pero al final se acercó, arrastrada por la fuerza magnética de James y por la sed de venganza hacia Lauren. Quería que le pagara con creces los mechones que le había arrancado, aún estaba bastante adolorida, pero conocía una manera perfecta para que el dolor pasara: entregar su cuerpo al placer. La otra la siguió con pasos vacilantes.

—Eso es… así me gusta —susurró James, tomándolas de la cintura y atrayéndolas hacia él—. No dejen que una caprichosa amargada les haga creer que el placer es algo malo.

Las palabras de James eran dardos para el pobre corazón de Lauren, sabía que ella podría seguir luchando, pero ya no quería hacerlo, solo bajó la cabeza y prefirió mirar a la alfombra. Se cuestionó el momento en que decidió ponerse en esa situación; se lo habían dicho, intentaron que abriera los ojos, pero ella obstinada e ilusa no quiso hacerlo.

—¿Segura que no quieres venir?… Puedes enseñarles cómo me la mamas; después de todo, te has vuelto una experta.

—Yo puedo hacerlo mejor que ella… —prometió esa que tenía como objetivo hacerle pasar el peor mal momento de su vida a la novia de James. Se creía mejor que todas, porque podía ostentar ese título.

Lauren solo gruñó como un animal a punto de atacar, era una contundente amenaza que no amilanó a la otra, que se puso de rodillas y empezó a desabrocharle los pantalones a James. Se obligó a no mirar; sin embargo, su oído se había agudizado y podía escuchar a la muy maldita, llevándoselo a la boca, cada chupada y lamida, incluso las arcadas que hacía cuando él empujaba al fondo de la garganta; así como, los gruñidos extasiados de James, los escuchaba claramente. También sabía que mientras una le daba sexo oral; la otra, se le comía la boca.

Eso era el infierno que ella misma se creó, una jaula que construyó y donde se encerró; en ese momento, se daba cuenta de que se enamoró del tipo equivocado, porque siempre se negó a creer que en verdad fuera tan hijo de puta, como Telma muchas veces le dijo. Una y otra vez había tomado decisiones que hicieron que todo fuera a peor; al final se condujo a sí misma al borde del precipicio.

Se sentía demasiado fatal, le dolía el corazón por la traición, pero también el rostro por los golpes, mientras creía que el estómago se le iba a dar vuelta del asco que la abrumaba, provocados por los sonidos de la felación. Sin embargo, eso no significaba que tuviera que aceptarlo, ella no tenía que aceptar ser parte de su propia degradación.

Se levantó y a pesar de que un terrible vértigo la hizo tambalearse, logró avanzar. Se negaba a mirar a James, pero ella no

era invisible para él. Lamentó no haber tomado más distancia al momento de su huida, porque le atrapó el brazo con fuerza.

—¿A dónde crees que vas, Lauren? —Tenía la voz transformada por la rabia y el placer.

—A dónde no vuelva a ver tu miserable cara… —dijo con los dientes apretados—. No quiero volver a verte nunca más, ya te lo había dicho por la tarde, esto se acabó.

—Has perdido la cabeza si piensas que voy a dejar que arruines lo nuestro —le advirtió, tomándola por el brazo.

—¿Yo lo estoy arruinando? —Miró con despreció a la joven arrodillada que había parado su tarea—. Suéltame, o te juro por lo más sagrado que gritaré tan fuerte que toda la puta ciudad se va a enterar… Y créeme, no te conviene un escándalo.

—Atrévete, Lauren. —Apartó a la que se lo estaba mamando, y la otra, que era menos arriesgada, ya había tomado algo de distancia—. No me amenaces. —Con la mano libre la tomó por el cuello y empezó a ejercer más fuerza de la necesaria—. Porque solo hay dos cosas que amo más que a cualquier cosa: mi carrera y a ti… y si tengo que sacrificar a una para poder conseguir a la otra lo haré, pero no de la manera en que a ti te dé la gana… —Siguió apretando y el rostro de ella se tornó de un rojo bastante intenso, se le brotó una vena en la frente y los ojos se le volvieron saltones, debido a la falta de oxígeno—. Estoy harto de tus estupideces y que siempre intentes dañar lo nuestro cuando no hago más que esforzarme por complacerte, por demostrarte que te quiero…

Lauren desesperada por el terror, lo sujetó con ambas manos por la muñeca y le enterró las uñas en su desesperación por liberarse. Ante esa situación, empezaron a pasar por delante de sus ojos todas las decisiones que había tomado y que la condujeron a ese momento, a estar con un hombre a quien amaba, pero al que también le temía.

Algo le decía que a James no le pasaba lo mismo, que mientras estaba asfixiándola, no hacía un recuento de todos los pasos equivocados que había dado para convertirse en el imbécil que era. Estaba tiesa, tratando de ganar todo el espacio posible y con un poco de aliento extendió los brazos, para empujarlo por el pecho. Él

la miraba fijamente y cuando vio que ni siquiera respiraba, entonces la soltó.

La primera respiración profunda vino con un acceso de tos, que la hizo temblar y supo que debía escapar, pero no podía salir de la habitación porque él la atraparía en cuanto diera el primer paso. Sin embargo, su instinto de supervivencia la llevó a poner una barrera de por medio y corrió en dirección contraria, habría sido fácil lanzarse por la ventana si no estuviera en un séptimo piso; así que solo corrió al baño, ese lugar; al parecer, se había convertido en su refugio.

Entró apresurada y cerró la puerta tras de sí con un golpe sordo, luego se apoyó contra la pared, sintiendo el corazón martillear en su pecho. Afuera, la voz de James la siguió como una sombra cruel.

—Huyes, Lauren. Eres una cobarde —dijo, golpeando la puerta con los nudillos—. Sal de ahí ahora mismo.

Ella cerró los ojos con fuerza, respirando hondo para poder llenar sus pulmones y gritar con todas sus fuerzas de ser necesario. No iba a caer en su juego, no iba a dejarse amedrentar por sus amenazas.

—Vamos, no me hagas tumbar la maldita puerta, sal de ahí. —James comenzó a golpear la madera con fuerza.

Lauren en medio de la desesperación, recargó todo el peso de su cuerpo contra la puerta, para impedir que entrara; soportando las vibraciones que los golpes provocaban en la madera.

—Déjala, James. —Una de las chicas se acercó a él, deslizándole las manos por los hombros con la intención de relajarlo —. Sigamos con lo nuestro —susurró con sus labios rozándole la oreja.

Era la que hasta el momento se mostraba más nerviosa, de alguna manera, encontró el valor para evitar que siguiera tan descontrolado. No podía negarlo, le daba mucho pesar con Lauren; era su manera de ayudarle. Estaba realmente asustada, temía que, si intentaba largarse, pudiera pagar su furia también con ella, pero por otro lado le preocupaba que, si conseguía huir, él le hiciera mucho más daño a la pobre chica que buscó aislarse en el baño.

—Nosotras podemos hacerte olvidar el mal momento.

Lauren sintió que el aire se le atascaba en la garganta cuando escuchó la respuesta.

—Tienes razón —dijo, con una amargura apenas disimulada.

En el fondo, James solo quería herir a Lauren, tocar su orgullo y hacerle entender que no podía irse de su vida sin consecuencias, pero mientras se dejaba arrastrar por la situación, también empezó a odiarse a sí mismo; aun así, no iba a retroceder. Se llevó a las dos chicas a la cama y sobre las pieles desnudas de las jovencitas, esnifó casi hasta el hastío, también les brindó a ellas de todo lo que tenía disponible, un cóctel que les anuló cualquier remordimiento y las llevó a un punto de excitación tan alto que las volvió extremadamente desinhibidas.

Lauren permaneció en el suelo del baño, abrazada a sus rodillas, su respiración era errática por sollozos silenciosos que se ahogaban en su garganta. Cada palabra, cada gemido, jadeo o sonido que provenía de la habitación, era un cuchillo que se hundía en su piel. La humillación la cubría como un manto sofocante, mientras su mente jugaba con la cruel imagen de James entregándose a esas dos mujeres sin titubear.

Sentía que el dolor la desgarraba por dentro, como si se rompiera en pedazos y nadie pudiera recogerlos. Se mordió los labios con fuerza hasta sentir de nuevo el sabor metálico de la sangre; mientras intentaba contener el grito que amenazaba con escapar.

Afuera, el mundo seguía girando sin importar cuánto doliera; y así estuvo siendo torturada por más de dos horas. Cuando el silencio finalmente llegó, entreabrió la puerta y salió con pasos temblorosos, pero con la seguridad de que se largaría.

James yacía desnudo en la cama y las chicas estaban dormidas a su lado, enredadas entre sábanas desordenadas. Lauren respiró hondo, enjugándose las lágrimas con la manga de su camisa, que estaba manchada de sangre. Se movió con sigilo por la habitación y por temor a despertarlo contenía hasta la respiración.

Miró su mochila en la butaca, pero se fue directa hasta los vaqueros de James, porque necesitaba su dinero; sin embargo, al

revisar los bolsillos se sintió defraudada al encontrarlos vacíos. Enseguida la impotencia y la rabia le cubrieron la piel, pero no iba a permitir que eso impidiera su huida; empezó a rebuscar entre las prendas de las chicas. Robar era un pecado, eso lo tenía claro, pero no tenía opción.

En sus ropas no encontró nada; sin embargo, antes de dejarse llevar de nuevo por la impotencia, caminó de puntillas hasta las carteras y ahí por fin encontró unas pocas monedas, aunque ni siquiera le alcanzaba para un mísero pasaje en tren. De igual manera se las guardó sin dudar, porque no iba a ser el dinero la excusa que le impidiera largarse.

Tomó su mochila, sus botas, una sudadera con capucha y salió de puntillas de la habitación; caminó por el pasillo, mientras se ponía la sudadera, con el corazón desbocado, como si en cualquier momento James fuera a despertarse y a arrastrarla de vuelta, pero nadie la detuvo, ni siquiera los empleados de recepción ni el botones en la entrada.

Salió del hotel sin mirar atrás y comenzó a caminar, no sabía a dónde iría, no tenía un plan; solo quería alejarse lo más posible de aquel infierno. Caminó hasta que sus piernas dolieron y su respiración se volvió un jadeo roto por el llanto; finalmente, vio las luces de una gasolinera iluminando la carretera solitaria y avanzó más rápido, porque vio ahí la oportunidad de pedir un aventón.

Cuando llegó, las estaciones estaban solas, no había ni un solo vehículo, así que caminó hasta el café que abría las veinticuatro horas; se detuvo antes de empujar la puerta, para mirar su reflejo en el cristal de la tienda. Su rostro era un desastre, tenía el labio roto, el ojo izquierdo tan hinchado que solo era una línea oscura, su cabello estaba terriblemente revuelto, parecía otra persona; o tal vez, al fin, estaba viendo la realidad de lo que había sido todo ese tiempo.

Temblando, empujó la puerta, dio un paso hacia adelante, y luego otro. Porque por primera vez, comprendió que lo suyo con James había terminado definitivamente.

CAPÍTULO 20

La campanilla sobre la puerta tintineó cuando Lauren entró en la cafetería de la gasolinera. La luz fluorescente, blanca y fría, hizo que entornara los ojos unos instantes antes de avanzar, con los brazos cruzados sobre su cuerpo como si tratara de protegerse del mundo. Mantenía la cabeza gacha, el cabello revuelto cayendo como un velo desordenado sobre su rostro amoratado e hinchado. No quería que nadie la viera así, menos aún que sintieran lástima por ella, pero el chico tras la barra, que secaba un vaso con un paño, no tardó en notar su presencia, y su expresión pasó de la indiferencia somnolienta a la alerta inmediata.

Ella eligió la cabina más apartada de la cafetería; dejándose caer en el asiento, encogió las piernas y rodeó sus rodillas con los brazos. El lugar olía a café recalentado y a grasa rancia de las hamburguesas que llevaban horas bajo una lámpara térmica, pero no le importaba; solo quería estar en un sitio donde pudiera desaparecer por unos minutos, sin que nadie le exigiera explicaciones.

El chico de la barra, que debía tener su edad o un poco más, se acercó con cautela. Llevaba un delantal atado con flojera a la cintura y una expresión de sincera preocupación en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, con una mezcla de nervios y torpeza.

Lauren alzó la mirada apenas un poco. Sus ojos estaban vidriosos, hinchados por las lágrimas derramadas y los golpes recibidos. Intentó sonreír, pero su barbilla tembló antes de que pudiera responder.

—Sí... sí, estoy bien —su voz estaba tan rota como ella.

Él no pareció convencido, al mirarla, llegó a la conclusión de que había estado en una pelea. Sin embargo, no preguntó más, para no incomodarla, se dio la vuelta y regresó tras la barra.

Lauren cerró los ojos sintiéndose aliviada de que no insistiera; sin embargo, segundos después, volvió a abrirlos y el chico estaba frente a ella otra vez, dejando un café humeante y un vaso de agua sobre la mesa.

—No tengo dinero para pagar… —Ella negó con la cabeza, sintiéndose avergonzada.

Él esbozó una sonrisa fugaz, que no intentaba fingir alegría, solo comprensión, mientras acercaba un poco más el vaso de agua.

—No te preocupes. Tómalo —dijo antes de que ella pudiera protestar—. Es cortesía de la casa.

—G-gracias, Mark —dijo al mirar su nombre en el rótulo enganchado en el delantal.

Luego bajó la mirada hacia la taza de café, sus dedos se aferraron al borde de la mesa, como si con eso pudiera contener la avalancha de emociones que la golpeaban con la fuerza de un huracán. Hacer desaparecer el dolor, la humillación, la rabia, era imposible, pero la amabilidad de aquel extraño la conmovió hasta el punto de querer lanzarse a sus brazos y llorar hasta quedar vacía.

No lo hizo porque no lo conocía, apenas sabía su nombre; sin embargo, cuánto deseaba un abrazo, un consuelo sincero, alguien que le dijera que todo iba a estar bien, que de alguna manera lograría superar aquella noche. Si no estuviera tan lejos, correría a los brazos del padre Francis. O, más aún, a los de su padre, Oliver; podía recordar con claridad la calidez de sus abrazos, la manera en que le susurraba al oído cuando era niña: «Estoy aquí, pequeña, no hay nada que temer». Pero Oliver no estaba, y ella estaba sola.

Permaneció en silencio, mientras Mark regresaba a su puesto tras la barra; sentía su mirada sobre ella de vez en cuando, pero sin invadir ni presionar. Lauren se humedeció el labio partido y sostuvo la taza con ambas manos, dejando que el calor la reconfortara un poco; sabía que difícilmente, conseguiría beber sin lastimarse; aun así, lo intentó.

Posó los labios en el borde de la taza y le dio un pequeño sorbo, tal como sospechaba, el calor de la bebida le quemó la sensible piel expuesta de la herida. Dejó la taza de café sobre la mesa mientras las lágrimas caían en silencio, pensaba en lo que había dejado atrás en aquella habitación de hotel, en James, en la violencia y en su propia desesperanza .

Las horas pasaron lentas y cuando finalmente logró calmarse, sus ojos fueron atraídos por la pantalla del televisor, ya que una frase en particular hizo que levantara la cabeza.

«Susan, lleva dieciséis años desaparecida. Sus padres aún la buscan y claman por encontrarla algún día…» La voz del periodista resonó con gravedad.

Lauren frunció el ceño, centrando su atención en la pantalla. Aparecieron imágenes de una niña de pelo rubio oscuro, de unos cuatro años, sonriendo en lo que parecía una foto escolar. Luego, tomas de unos padres envejecidos por la tristeza, rogando ante las cámaras. La noticia hablaba de una desaparición sin rastro, de una familia que nunca perdió la esperanza; los ojos de los padres brillaban de una forma que le resultó aterradoramente familiar.

El chico tras la barra también miraba la televisión; se sentía conmovido por la tristeza que se podía apreciar en los padres. Exhaló un suspiro y negó con la cabeza.

—Imagino que debe ser terrible —comentó, en voz baja—. Perder a alguien así... sin respuestas.

Lauren asintió, mientras pensaba en Susan, esa pequeña niña desaparecida, en lo que significaba ser arrancada de todo y no poder encontrar el camino de regreso. Tragó saliva; ella bien sabía lo que era vivir una vida llena de incógnitas.

—Lo es —dijo sin siquiera darse cuenta de lo que había hecho.

—¿A qué te refieres? —Mark la miró con el ceño fruncido, como si no estuviera seguro de haberla entendido.

—A veces… a veces desapareces incluso estando frente a los demás. A veces nadie nota que te has ido —respondió bajando la mirada.

—Yo te veo —dijo con suavidad.

Ella parpadeó y alzó la mirada, la sinceridad en las palabras de Mark la golpeó con más fuerza que cualquier golpe de James. No sabía si le creía, pero en ese momento, en ese lugar perdido en la madrugada, quiso aferrarse a la posibilidad de que aún existían personas capaces de verla, pues sentía que había desaparecido tras la sombra de James.

«Esta es una reconstrucción forense de cómo se vería Susan Russell a los diecinueve años», decía la periodista de NBC con voz solemne.

El murmullo de la cafetería se desvaneció para Lauren, sus oídos zumbaban mientras sus ojos quedaron fijos en la pantalla del televisor colgado en la pared. La imagen proyectada la atrapó con una fuerza que le paralizó el cuerpo y le robó el aire.

Era el retrato de una joven con facciones increíblemente familiares; ojos grandes y expresivos, pómulos altos, labios de un arco perfecto. El corazón de Lauren tamborileó con violencia contra sus costillas. Aquella chica... era ella. O, al menos, podría haber sido su reflejo en un espejo sin el rastro de golpes y la hinchazón que ahora marcaban su rostro.

La periodista continuó: *«Los rasgos característicos incluyen dos lunares en la parte posterior del hombro derecho y una pequeña cicatriz en la barbilla, producto de una caída en la infancia. Si alguien tiene información sobre el paradero de Susan Russell, por favor, comuníquese a los números que aparecen en pantalla. Su familia sigue buscándola.»*

Lauren se estremeció, la piel se le erizó y sintió una poderosa presión en el pecho, que la hizo consciente de que estaba conteniendo el aliento. Levantó una mano temblorosa y la llevó instintivamente a su barbilla, sintiendo bajo las yemas la leve marca que siempre había estado allí; en ese instante la sangre se le heló. Luego, con movimientos lentos, se frotó el hombro derecho, sus dedos encontraron la textura familiar de los dos lunares.

—Dios mío… —susurró, mientras su mente buscaba una razón lógica pero no la encontraba.

—¿Te encuentras bien? —Mark la miraba con el ceño fruncido, notando el temblor y la palidez en su rostro.

—Necesito... —Lauren tragó saliva con dificultad—. Necesito un bolígrafo y papel, por favor.

Él la miró confundido, pero obedeció sin hacer preguntas; mientras buscaba, echó un vistazo a la pantalla, miró el dibujo y luego a la chica. Su desconcierto creció, porque bajo los moretones que oscurecían su piel y la hinchazón que le deformaban un poco las facciones, se dio cuenta de que los rasgos eran los mismos.

—Dios... —murmuró, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

Lauren tomó el bolígrafo con dedos temblorosos y se inclinó sobre la mesa; en la libreta de pedido anotó los números de contacto que desfilaban en la parte inferior de la pantalla, aunque su visión se nublaba por la conmoción, respiró hondo, tratando de contener el torbellino de emociones que la asfixiaba.

No podía ser una coincidencia. ¿Podría ella ser Susan Russell? ¿La niña desaparecida que aquellos padres, con el rostro marcado por la desesperación, la tristeza y el dolor, seguían buscando después de tantos años? ¿Si así fuera, cómo fue que terminó al otro lado del océano? ¿Qué hacía tan lejos de casa?

Su mente se negaba a aceptar lo imposible, pero su cuerpo reaccionaba como si hubiera encontrado una verdad que siempre había estado latente; entonces, un nudo de angustia y miedo se apretó en su pecho. Toda su vida había sido una sombra sin pasado; ahora, tenía frente a sus ojos una posibilidad aterradora, tal vez había sido alguien antes de perderse en el olvido.

Mark la observó con cautela; sabía que debía decir algo, pero las palabras lo abandonaron. Lauren sacó de su mochila las pocas monedas que se había robado y, en medio de la desesperación y la conmoción, miró al chico con urgencia.

—¿Hay un teléfono cerca? —preguntó con la voz temblorosa.

—Sí, a la izquierda hay una cabina —dijo, asintiendo y señalando hacia afuera. Lauren se levantó de golpe, pero Mark, aún intrigado, no pudo evitar preguntar—: ¿Qué vas a hacer?

—Necesito llamar... necesito comprobar si la noticia es cierta —dijo aferrando las monedas con fuerza.

—Es una llamada internacional. —Frunció el ceño, dudoso—. No creo que lo que tienes te alcance.

—Solo voy a intentarlo —respondió Lauren, con la desesperación reflejada en su voz.

—Espera… —Antes de que pudiera salir, él extendió la mano con unas cuantas monedas más—. No es mucho, pero quizá sea de ayuda.

Los ojos de Lauren se humedecieron por un instante, lo miró con gratitud y tomó las monedas con manos temblorosas.

—Gracias —susurró, antes de salir de la cafetería con las emociones a flor de piel.

1987 Maryland- Estados Unidos

Solo la oscuridad lo rodeaba y era tan densa que no le dejaba ver nada, lo que lo hacía sentir en medio de un gran vacío y una nube de confusión le estrangulaba el pensamiento racional. No sabía dónde estaba ni por qué estaba ahí.

«Papi, Papi».

Escuchó un llanto que reconocía muy bien, que había permanecido en su memoria por muchos años; era su pequeña Susan que lo llamaba en medio de hipidos. Giró en esa espesa oscuridad y fue consciente de que estaba en medio de un charco de agua, que le llegaba hasta los tobillos. Estiró las manos, en busca de algún muro, necesitaba saber si había alguna barrera en esa nada.

«Papi, papi».

Él quería responder a su llamado, trataba de formar una frase, pero no salían de su garganta; en cambio, sus palabras eran sustituidas por una sensación de miedo, que se hacía cada vez mayor y una pesadez que se apoderaba de su cuerpo.

«Papi, no encuentro la salida, papi». La voz de su hija sonaba lejana.

Patrick quería abrir los ojos, tenía que abrirlos, pero sus párpados se resistían pesados y sentía unas fuertes punzadas de dolor en la cabeza.

«Susan, aquí estoy, mi pequeña, aquí estoy. Sigue mi voz», intentaba hablarle, pero sabía que su llamado solo estaba en sus pensamientos; de manera inevitable, la impotencia lo cubrió como una segunda piel y un dolor agónico en su pecho le hacía casi imposible respirar.

Cuando por fin pudo abrir los ojos, también abrió su boca para agarrar una bocanada de aire que le llenara los pulmones y le aliviara el dolor en el pecho. Su mirada borrosa pudo distinguir las sombras en la penumbra de su habitación; se llevó ambas manos al pecho, pero la agonía de esa pesadilla seguía ahí.

Giró la cabeza hacia la derecha, y Madeleine estaba profundamente dormida a su lado, ignorante de su terrible tormento; inhaló y exhaló varias veces, esperando a que los latidos de su corazón bajaran de intensidad. Después de un par de minutos, empezó a sentir miedo de volver a quedarse dormido y regresar a esa pesadilla, en la que su hija suplicaba por su ayuda y que él no pudiera hacer nada.

Miró el reloj digital en la mesita de noche, eran las dos y veinte de la madrugada; con cuidado apartó la sábana y se levantó. Necesitaba desesperadamente aclarar su mente; así que, salió de la habitación y se detuvo frente a la puerta entreabierta del cuarto de Stella, se asomó y la vio dormida con la luz del velador bañando su hermosa carita pecosa. Seguro de que su pequeña estaba bien, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina, donde puso a calentar agua para prepararse un té.

Mientras estaba a la espera de que la tetera pitara, no hacía más que intentar buscarle un significado a esa pesadilla; no sabía por qué su hija lloraba, ni por qué todo estaba tan oscuro, mucho menos qué sentido tenía el agua que le llegaba a los tobillos. Retiró del fuego la tetera antes de que con su dramático pitido despertara a Madeleine o a Stella. Vertió el agua en una taza donde ya reposaba una bolsita que mezclaba las hierbas de manzanilla, menta y citronela.

Caminó hasta la sala, se sentó en el sofá y encendió el televisor, dejándolo mudo, solo veía en los infomerciales cómo ofrecían todo tipo de productos maravillosos y hasta casi mágicos, que prometían

hacerlos perder diez kilos en un mes, o el mejor utensilio para picar todo tipo de vegetales en poco tiempo y sin el mínimo esfuerzo; entretanto, le daba pequeños sorbos al té, a la espera de que la angustia que le dejó la pesadilla se disipara.

De repente, el estruendoso repique del teléfono lo hizo sobresaltarse, por lo que derramó algo de la bebida caliente, afortunadamente, la tenía algo lejos y solo cayó en la alfombra.

—¿Quién puede estar llamando casi a las tres de la mañana? —refunfuñó y se levantó para ir a contestar el teléfono que estaba pegado a la pared de la cocina.

Con el segundo repique apresuró el paso, debía contestar antes de que Madeleine despertara; afortunadamente, consiguió descolgar tras el tercer timbrazo.

—Aló.

—Aló, buenos días.

Patrick escuchó al otro lado de la línea la voz de una mujer con un acento que le parecía británico, pero lo más extraño era que su tono estaba bastante ronco o tembloroso.

—Sí, ¿diga? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Me comunico con la familia Russell?

Ante esa pregunta a Patrick no le quedó dudas de que la mujer estaba llorando; además, confirmó que su acento no era norteamericano.

—Sí, habla Patrick Russell.

—Papá —un chillido le quebró la voz.

—¿Susan? —preguntó, y el corazón se le disparó en latidos, tuvo que apoyarse con una mano en la encimera, porque un terrible vértigo lo sorprendió con la rapidez de un rayo—. ¿Eres Susan Russell?

—Sí, papá… papá. —Un llanto desconsolado acompañaba a esa frase, ahogando la voz.

—¿Susan? ¡Susan! ¿Eres tú? ¿Cariño…dime dónde…? —su pregunta quedó inconclusa, porque un intenso pitido inundó el auricular—. No, no… no… Susan. —Con manos temblorosas y en medio de la desesperación empezó a golpear el aparato—. ¿Qué pasó? Me estoy volviendo loco, me estoy volviendo loco.

Colgó el teléfono y empezó a caminar en círculos, esperando a que volvieran a comunicarse. Estaba seguro de que esa llamada no fue producto de su imaginación; sin embargo, esperaba despertar en cualquier momento. Pasaron un par de minutos y eso no sucedió, debía asegurarse de que no se trataba de un sueño; así que, tocó la tetera y todavía estaba caliente. No sabía qué hacer, si correr a despertar a su mujer o subirse a la camioneta y conducir hacia la policía. Aunque no quería alejarse ni un metro del teléfono.

Esperó con la mirada fija en el aparato, anhelando que volviera a sonar. No supo cuánto tiempo pasó, pero decidió arriesgarse a ocupar el teléfono, sabía que, si llamaba a la policía, tardarían haciendo muchas preguntas y no lo atendrían con la urgencia que él ansiaba. Era mejor ir hasta la estación y reunirse con el detective que llevaba el caso.

Sin embargo, no iba a dejar el teléfono solo; así qué, decidió llamar a su hijo. Sus manos temblaban tanto, que no conseguía atinarles bien a los números; inhaló profundamente y exhaló, al tiempo que sacudía la mano; eso le ayudó a conseguir el objetivo.

—Contesta, contesta —repetía; su estado ansioso aumentaba con cada tono que pasaba y su hijo no cogía el teléfono.

—Aló —respondió Lenny con la voz adormilada, al cuarto repique.

—Hijo. —Soltó el aire que estaba conteniendo.

—Papá, ¿qué pasó? ¿Por qué llamas a esta hora?

—Lenny, necesito que vengas a casa.

—¿Pasó algo? ¿Mamá y Stella están bien? —interrogó con urgencia y el miedo se llevó cualquier rastro de sueño—. ¿Qué les pasó?

—No, no pasó nada malo, ellas están dormidas, pero tienes que venir ya, no puedo estar mucho tiempo al teléfono, ven ya, por favor.

—Sí, sí, enseguida voy. —Colgó.

Patrick también finalizó la llamada, suplicando que durante el minuto que duró la comunicación, Susan no hubiese intentado comunicarse de nuevo. Se quedó mirando el teléfono y se mantuvo

con las manos en las caderas, pero el aparato seguía sin sonar, así que, fue a sentarse en la mesa donde tomaban el desayuno.

Le pareció que pasó una eternidad hasta que Lenny apareció tras la puerta mosquitera, se levantó raudo y fue a abrirle.

—¿Qué pasó, papá? ¿Te sientes bien? —preguntó alarmado, al ver a su padre despeinado y sin el ojo protésico. Le puso las manos sobre los hombros mientras lo miraba.

—Sí, estoy bien, pasa —le pidió con urgencia.

—Entonces, ¿cuál es la emergencia?

—Hace poco recibí una llamada de Susan…

—¡¿De Susan?! —inquirió desconcertado. Quiso preguntarle a su padre si había bebido, sabía que llevaba muchos años sobrio, pero siempre existía la posibilidad de que pudiera recaer. Sin embargo, no quería herirlo con su sospecha—. ¿Estás seguro? Es que eso no puede ser… ¿Susan? ¿Te dijo que era Susan? ¿No se tratará de una broma de muy mal gusto? —cuestionó con el ceño fruncido.

—No, estoy seguro de que no era una broma, ella estaba llorando… Mi niña estaba llorando, Lenny… Oh, por Dios… ¿Dónde la busco? —Se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose desesperado. Se dejó caer sentado en una de las sillas del desayunador.

—¿Y qué pasó? ¿Qué te dijo? —Se acuclilló y le puso una mano en la pierna y la otra en la espalda.

—Creo que se le cortó la llamada… ¿O será que se la cortaron? —Se cubrió la cara con las manos—. Eso fue, se la cortaron, ¿dónde tienen a mi niña? —Lloró amargamente.

—Papá, trata de calmarte. —Lo consolaba, mientras le acariciaba la espalda. No podía identificar los sentimientos que lo embargaban en ese momento, estaba muy confundido, pero ver a su padre así lo destrozaba—. Tenemos que esperar a las ocho de la mañana para ir a la policía, ellos sabrán qué hacer.

—Sí, pero mientras tanto, ¿qué hago? —preguntó, impotente.

—Tratar de estar tranquilo —dijo, apretándole un hombro—. ¿Vas a decirle a mamá? —No sabía si sería prudente hacerlo sin tener más claro lo que había sucedido.

—No, no he querido moverme de este lugar...

—Sí, es lo mejor por si vuelve a llamar. —Lenny rodó una de las sillas para sentarse frente a su padre—. ¿Recuerdas lo que te dijo? ¿Por qué habrá llamado tan tarde?

—Me preguntó si hablaba con la familia Russell, y en cuanto le dije mi nombre, me dijo «papá»… —Le tembló el mentón por el llanto—. Me dijo «papá», su voz es hermosa, pero estaba llorando… y recuerdo que su acento me pareció británico… Pero, quizá es que estaba llorando.

—¿Te parece si anotamos todo eso? Aprovechemos que lo recuerdas muy bien. —Lenny se levantó; se hizo de una libreta y el bolígrafo, que siempre estaban en la encimera, junto al teléfono.

—No creo que pueda olvidar nada de lo que dijo, pero sí, es mejor anotar todo —dijo asintiendo y limpiándose las lágrimas.

Lenny regresó y tomó la silla para ponerse frente a su padre, luego escribió cada detalle de lo que le dijo; solo entonces, empezó a asimilar la posibilidad de que su hermana estuviera viva, y en su pecho revivió la esperanza de volver a verla.

CAPÍTULO 21

1987 Manchester - Inglaterra

Lauren regresó a la cafetería con pasos inseguros, sintiendo el peso de la impotencia sobre sus hombros; la llamada apenas duró unos segundos, pero alcanzó a escuchar la voz del hombre al otro lado de la línea. Luego un corte abrupto dejó en su pecho una presión insoportable. ¿Era realmente su padre? No podía estar segura, pero el sonido de aquella voz le removió algo dentro, provocándole una mezcla de ansiedad, miedo y una esperanza que no sabía si le correspondía sentir; lo peor era que había gastado lo poco que tenía. Ahora, sin dinero y sin rumbo, se sentía más perdida que nunca.

—¿Y bien? —Al cruzar la puerta de la cafetería, Mark dejó la bandeja en la que acomodaba unas tazas y se acercó—. ¿Pudiste comunicarte? —preguntó con evidente preocupación.

Lauren asintió, pero su mirada estaba nublada, como si aún estuviera atrapada en aquella llamada fallida, siendo sometida por todas las emociones que la abrumaban.

—Sí... pero solo por unos segundos. Se cortó demasiado rápido.

—¿Y ahora qué harás? —Mark frunció los labios y notó que había algo más allá del cansancio o dolor físico.

—No lo sé, Mark —dijo, ocupando el asiento donde había dejado su mochila y liberó un suspiro tembloroso—. No tengo más dinero y no sé a dónde ir. Se supone que vivo en Birmingham... o en Londres. Pero ahora mismo, no estoy segura de pertenecer a ningún lugar.

—Podrías llamar a la policía, ellos pueden ayudarte. —Se tomó la confianza de sentarse frente a ella; en verdad deseaba hallar una

solución—. Si bien, no puedo prestarte el teléfono para hacer una llamada internacional, porque me despedirán en cuanto llegue el recibo telefónico, sí puedo hacerlo para que llames a la policía.

—No. —Lauren levantó la cabeza bruscamente, porque su instinto la hizo ponerse en alerta—. Me preguntarán por esto. —Se tocó con suavidad el moretón en el ojo y el labio partido. Sabía que cualquier oficial al ver esos golpes, comenzaría a hacer preguntas que no quería responder.

Mark apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos, analizando la difícil situación de la chica; incluso él quería preguntar qué le había pasado, pero intuía que ese daño se lo había hecho un hombre, probablemente su novio, ya que no parecía ser una trabajadora de la calle; en cualquier caso, se notaba que estaba huyendo.

—No tienes que decirles nada sobre eso si no quieres; solo cuéntales de la noticia y la llamada. Ellos tienen la obligación de ayudarte.

Lauren bajó la vista y su respiración se hizo irregular por el miedo; sabía que Mark tenía razón, no podía quedarse allí para siempre. La policía podría ponerla en contacto con alguien que la ayudara, quizá con el señor Thompson. Era la única persona en la que podía confiar en ese momento; tal vez podría enviarle dinero para volver a Londres, porque a Birmingham no regresaría; no quería que el padre Francis o la Madre Superiora la vieran en ese estado. Tomó aire y lo soltó despacio antes de de levantar la vista hacia Mark.

—Está bien —murmuró, con resignación—. Llamaré a la policía.

Mark asintió y le indicó que lo siguiera hasta la barra. Tomó el teléfono que estaba junto a la caja registradora, y marcó 999. Cuando la operadora respondió, le pasó el auricular a Lauren.

—Emergencias, ¿cuál es su situación?

Lauren respiró hondo antes de hablar.

—Hola, buenos días, mi nombre es Lauren Spencer… Y acabo de ver en las noticias el caso de una niña desaparecida en Maryland, Estados Unidos. Lleva dieciséis años desaparecida... Y creo que puedo ser yo. Tengo los mismos rasgos distintivos… —su voz

temblaba tanto como su cuerpo, y sentía un nudo de nervios en la boca del estómago que la tenía con ganas de vomitar.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, que hizo que esa sensación aumentara, pero inspiró hondo para calmarse; luego de lo que pareció una eternidad, la mujer respondió con voz pausada:

—Entiendo, señorita Spencer, voy a comunicarla con la policía. Por favor, manténgase en la línea.

—Sí, está bien, muchas gracias. —Tragó grueso y el pulso se le aceleró más, incluso sintió que sus manos sudaban.

Esta vez la espera fue mucho mayor; por lo que, comenzó a replantearse todo, no estaba segura de sí había hecho bien, pero en una pequeña parte dentro de ella, se había encendido la esperanza.

—Policía del Gran Manchester, ¿en qué podemos ayudarle?

Lauren repitió su historia, tratando de mantener la compostura y ser lo más clara posible. Explicó lo que vio en las noticias, la llamada fallida y sus sospechas sobre su identidad. El oficial le pidió que se acercara a la estación policial más cercana, pero ella le explicó que no tenía dinero para trasladarse y que estaba en una situación de vulnerabilidad. El hombre le pidió su ubicación y le aseguró que enviarían a una patrulla; en cuanto Lauren colgó, el cuerpo le temblaba.

—Vendrá una patrulla —le dijo a Mark y soltó un gran suspiro.

Él se moría por averiguar un poco sobre la vida de esa chica; le intrigaba mucho, cómo era posible que estando ahí descubriera su pasado. ¿Dónde había estado? ¿Cómo no se enteró antes de esa familia que la buscaba en Estados Unidos? Tenía en su cabeza todas esas interrogantes; sin embargo, no se atrevió a hacer ninguna pregunta, porque era evidente que ella no estaba dispuesta a responder.

Lauren le agradeció una vez más, luego regresó al mismo puesto, se sentó y se abrazó a sí misma, mientras Mark la observaba con discreción. Pasaron pocos minutos, aunque para ella fueron como horas, antes de que la patrulla llegara; para entonces, el sol ya estaba despuntando en el horizonte; anunciando que sería un caluroso día de finales de verano.

Dos oficiales entraron a la cafetería con paso firme, barriendo con la mirada cada rincón del local; al verlos, sintió cómo su corazón daba un vuelco y la tensión se apoderó de su cuerpo, haciéndola aferrar con más fuerza el bolígrafo que tenía entre sus dedos. Se obligó a respirar hondo para poder mantener la compostura, pero la verdad era que no podía.

En la última hora, su mente había sido un torbellino, no hizo más que pensar en lo que vio en la televisión, en la posibilidad que surgió ante ella de manera tan brutal e inesperada. No tenía pasado, y de pronto parecía tenerlo; tampoco una identidad realmente propia, y de repente podía tener un nombre, pero que no reconocía como propio.

Susan Russell.

Las palabras se sentían ajenas, pero no podía ignorarlas; de ser ciertas, significaban que todo lo que había sido hasta ese momento debía desvanecerse. Lauren Spencer no existía, era solo una construcción, una sombra de algo que jamás fue real; sin embargo, la alternativa de convertirse en alguien que no recordaba tampoco le ofrecía consuelo.

Los oficiales se acercaron a su mesa y el silencio que se formó entre ellos fue ensordecedor, la miraron con consternación. Su rostro hinchado y amoratado hablaba por sí solo, revelando lo que ella intentaba disimular bajo la capucha de la sudadera.

—¿Eres Lauren Spencer? —preguntó uno de los oficiales con voz firme, pero no agresiva.

Ella tragó saliva, quiso decir que sí sin dudar, pero algo en su interior se resistió. No obstante, logró asentir lentamente.

—¿Fuiste tú quien llamó para reportar que podrías ser la niña desaparecida en Estados Unidos? —insistió el otro oficial, observándola con una mezcla de escepticismo y cautela.

—Sí… yo llamé —Lauren bajó la mirada un instante, su voz sonó más baja de lo que esperaba—. Quiero saber si es cierto.

Los policías intercambiaron una mirada, que reflejaba más escepticismo, que confianza, pues la historia resultaba bastante inverosímil; aún así, debían seguir con el protocolo.

—Lo primero es asegurarnos de que estás bien. ¿Qué te pasó en la cara? —preguntó el oficial, con una nota de preocupación apenas disimulada.

Ella se removió en su asiento, incómoda, sintiendo la atención puesta sobre cada centímetro de su piel maltratada.

—No fue nada. Solo… un accidente.

—¿Un accidente? —El oficial alzó una ceja, claramente sin creerle del todo—. Parece algo más que eso.

Lauren desvió la mirada hacia la ventana, intentando escapar de los recuerdos que se apoderaron de su cabeza. No quería hablar de eso, ni mucho menos ahondar en detalles.

—Solo quiero saber sobre la noticia. ¿Si realmente soy yo? ¿Si es cierto? —su voz sonó casi suplicante.

—Comprendo. —El segundo oficial suspiró, adoptando un tono más conciliador—. Pero para hablar de eso, sería mejor hacerlo en la estación de policía. Ahí podremos tomar tu declaración y asegurarnos de que todo esté en orden. ¿Nos acompañas?

Lauren sintió su estómago encogerse al pensar en la estación de policía. El lugar donde se tomaban declaraciones, se resolvían casos y todo quedaba asentado de manera oficial. Dudó por un momento, pero al final, ¿qué otra opción tenía?

—Sí… los acompañaré —murmuró armándose de valor.

Agarró su mochila y se puso de pie, con los oficiales a cada lado, pero antes de salir, se giró hacia la barra donde Mark la observaba, visiblemente preocupado.

—Gracias… por todo —le dijo con sinceridad—. Espero volver antes de regresar a Londres, y te devolveré las monedas que me prestaste.

—No te preocupes por eso. —Mark negó con la cabeza, esbozando una sonrisa triste—. Solo quiero que estés bien… Y si alguna vez quieres volver, aquí siempre serás bienvenida.

Lauren sintió un nudo en la garganta, no esperaba que un desconocido fuera el único en ofrecerle un refugio en medio de tanto caos. Se permitió una última mirada al recinto antes de girarse y seguir a los oficiales hacia el inicio de un camino que aún no entendía del todo, pero que inevitablemente tendría que recorrer.

Maryland- Estados Unidos

Patrick no había dormido desde que esa llamada trastocó su mundo; se sentía atrapado en una vigilia interminable, contando los minutos hasta que pudiera hacer algo más que esperar. La posibilidad de que Susan estuviera viva, de que después de dieciséis años al fin supiera algo de su hija, lo mantenía en un estado de alerta febril. Cada vez que cerraba los ojos, veía su carita de niña, con aquellos ojos grandes que lo miraban con confianza ciega antes de que la arrebataran de su lado.

Lenny había insistido en que se acomodaran en la sala, Patrick se resistió al principio; el teléfono seguía siendo su única conexión con Susan, y alejarse, aunque solo fuera unos metros, le parecía impensable.

Sin embargo, su hijo tenía razón, la espera sería larga, y el sofá era más cómodo que la dura silla de la cocina. Se había tomado tres tazas de café, por lo que, sus manos temblaban ligeramente por la cafeína y la ansiedad, pero había conseguido estar completamente despierto.

El sonido de pasos en la escalera lo hizo voltear, Madeleine descendía aún adormilada, con su bata de dormir de seda morada, se frotó los ojos, sin notar la tensión en la sala. Su esposo siempre se levantaba temprano para ir al trabajo, pero ella era la que preparaba el desayuno; así que ver a Patrick y a Lenny sentados en el salón, con los ceños fruncidos, le pareció fuera de lugar.

—Qué raro verte aquí tan temprano —comentó, con la voz espesa por el sueño—. Y a ti, cariño… —añadió, mirando confundida a su hijo—, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —De pronto, le fue imposible no angustiarse porque no era común que los visitara tan temprano.

Patrick y Lenny intercambiaron una mirada. En ese instante, sin necesidad de palabras, acordaron que debían contarle la verdad, no podían prolongar la incertidumbre.

—Maddie, ven, siéntate —pidió Patrick con suavidad.

La forma en que lo dijo, el brillo extraño en sus ojos y cómo sus dedos jugueteaban con la taza de café, hizo que un escalofrío

recorriera su espalda; su instinto le gritó que algo iba mal. Miró a Lenny en busca de respuestas, pero su hijo solo bajó la cabeza un momento antes de fijar la mirada en ella con una mezcla de emoción y contención. Inevitablemente, su pulso se aceleró.

—Dime qué está pasando —pidió, con tono urgente.

Patrick tragó saliva, porque sentía su boca reseca y la garganta como papel de lija. ¿Cómo se ponía en palabras algo tan irreal, esperanzador y devastador a la vez? Se aclaró la garganta.

—Me desperté esta madrugada… —comenzó, con la voz temblorosa—. Tuve un sueño extraño con Susan... Y no pude volver a dormir, así que bajé a prepararme un té; entonces… sonó el teléfono.

Madeleine sintió un vuelco en el pecho, su corazón empezó a golpearle con fuerza las costillas y el aire se le condensó en los pulmones.

—Era una mujer —continuó Patrick, con su mirada clavada en la de su esposa—. Me preguntó si se comunicaba con la familia Russell y cuando le dije que sí, que hablaba con Patrick Russell, me llamó «papá»... —La voz se le rompió por el llanto reprimido—. Le pregunté si era Susan y me dijo que sí…. Pero no estoy seguro…

El aire abandonó los pulmones de Madeleine y sintió un mareo momentáneo, como si el suelo bajo sus pies se desvaneciera, pero de alguna manera consiguió la fortaleza para mantenerse en pie. Miró a su esposo e hijo, buscando rastros de burla, de incredulidad, pero no los encontró. No era una broma, ni mucho menos un error.

—Es ella —susurró, con la certeza absoluta de una madre—. ¡Es nuestra niña, Patrick! ¡Siempre supe que estaba viva! ¡Siempre lo supe! —Su voz se quebró al final, y las lágrimas inundaron sus ojos.

Su emoción se transformó en desesperación y se puso de pie de un salto, con una energía repentina, como si cada célula de su cuerpo solo tuviera una única misión: salir a buscar a su hija.

—Tenemos que encontrarla. Ahora mismo, no podemos perder tiempo… ¡Dime dónde está! —exigió, mientras su pecho subía y bajaba debido a las respiraciones aceleradas.

—Mamá, no sabemos dónde está —intervino Lenny, con un tono que intentaba tranquilizarla—. La llamada se cortó, no tenemos

un número ni una dirección. Lo mejor que podemos hacer es ir a la policía; ellos pueden pedir a la compañía telefónica que rastreen la llamada…

—Pero… ¿Si llama de nuevo? ¿Y no nos encuentra?

Las lágrimas corrían sin control por su rostro, pero por primera vez en mucho tiempo, eran de felicidad. Patrick la tomó de las manos con firmeza y ternura a la vez; sus ojos también estaban llenos de lágrimas.

—Vamos a hacer esto bien, Maddie. No podemos perder esta oportunidad… No podemos.

Ella lo miró por un momento, como si procesar sus palabras fuera lo más difícil que hubiera hecho en su vida. Finalmente, asintió, aunque su cuerpo aún temblaba.

Patrick la atrajo, rodeándola con sus brazos, y ella se hundió en su pecho. Lloraron, abrazados en la angustia, en la esperanza y el miedo. Lenny se quedó de pie, observándolos, sintiendo cómo la emoción lo embargaba también; no recordaba la última vez que vio a sus padres con algo más que tristeza en el rostro. Había temor, pero también una chispa de esperanza que hacía mucho desapareció de sus vidas; parpadeó varias veces para contener sus propias lágrimas y carraspeó.

—Vayan a cambiarse. Yo prepararé el desayuno y cuidaré de Stella… También estaré pendiente por si… Susan llama de nuevo.

Patrick y Madeleine se separaron lentamente y lo miraron con infinita gratitud. Ella tomó su rostro entre sus manos y le dio un beso en la frente.

—Gracias, hijo.

—Solo dense prisa —añadió Lenny, con una sonrisa de aliento.

Patrick asintió, tomando la mano de Madeleine antes de subir juntos las escaleras. En la casa flotaba la sensación de que, después de dieciséis años de agonía, la posibilidad de un milagro estaba más cerca que nunca.

CAPÍTULO 22

1987 Manchester - Inglaterra

El trayecto en la patrulla fue un reflejo de su tormento, notaba las miradas furtivas de los oficiales a través del espejo retrovisor, inspeccionándola y preguntándose en silencio qué le sucedió. Su labio partido, la hinchazón en su ojo, los moretones en sus brazos y cuello eran prueba suficiente de una verdad que no estaba lista para pronunciar; su corazón latía con un ritmo errático, atrapado en un torbellino de emociones.

No podía denunciarlo porque eso significaba admitir lo que él le había hecho, poner en peligro la gira y romper un lazo que; a pesar de todo, aún no podía cortar. ¿Cómo podía odiarlo cuando todavía recordaba sus caricias y sus susurros cargados de promesas que ahora sonaban vacías?

La estación de policía de Manchester era un edificio sobrio, de paredes grises y pasillos interminables que parecían robarse la luz; el aire estaba impregnado con olor a café rancio y el de la humedad proveniente de los archivos. A su alrededor, el constante repiqueteo de las máquinas de escribir, el sonido de teléfonos y las voces secas de los agentes componían un ruido de fondo inquietante. Los oficiales se movían con prisa y cansancio, algunos con miradas endurecidas por la rutina, otros con una leve curiosidad cuando sus ojos se posaban en la joven que acababa de llegar.

Cuando la hicieron pasar al Departamento de Personas Desaparecidas, el ambiente cambió; era una sala más pequeña, fría e iluminada por un fluorescente parpadeante. Un oficial de mediana edad, con ojeras pronunciadas y una expresión curtida por la vida, le indicó que se sentara en una silla metálica que rechinó bajo su peso;

sobre la mesa, había un expediente abierto, una máquina de escribir y un vaso de agua.

—Necesito que me digas todo lo que recuerdes sobre tu infancia —le pidió con voz neutra, aunque en su mirada había una chispa de interés. Para él tampoco pasó desapercibido su estado; aun así, prefirió solo apegarse a lo que le concernía.

Lauren sintió un nudo en la garganta, su piel estaba helada y sus manos temblaban en su regazo. Inspiró profundamente, tratando de encontrar las palabras para explicar todo de manera concisa y clara.

—No sé mucho… Me crie en un orfanato en Birmingham. Me rescataron junto con otros dos niños —su voz sonaba lejana, como si estuviera contando la historia de otra persona—. A uno lo devolvieron con su familia a las pocas semanas de ser rescatado; al parecer, estábamos en manos de traficantes de personas que vendían niños a familias adineradas… —Inspiró hondo para proseguir —. El otro murió cuando tenía doce años… Leucemia —pronunció con dolor.

El oficial inclinó la cabeza levemente, asimilando la información antes de comenzar escribir sobre una libreta.

—¿Cuántos años tenías cuando te encontraron?

—No lo sé con certeza. Tres o cuatro, quizás.

—¿Recuerdas algún otro detalle? Algo sobre tus padres biológicos, si tenías hermanos o el lugar donde vivías…

—Nada. —Lauren negó—, todo en mi mente está en blanco, mis recuerdos empiezan en el orfanato con el padre Francis y la Madre Superiora como única familia. Solo… dijeron en la televisión que Susan Russell tiene marcas distintivas; dos lunares en el hombro y una cicatriz en la barbilla. Yo también los tengo… El dibujo que presentaron tiene mis mismos rasgos físicos.

El oficial entrecerró los ojos, frunciendo el ceño mientras analizaba sus palabras. Garabateó algo más en la libreta, antes de mirarla con renovado interés.

—Quizá el padre Francis o la Madre Superiora tengan más información sobre tu caso. ¿Te gustaría que los contactáramos?

Lauren sintió que el aire se volvía más denso y el miedo la oprimía como un peso invisible, como si presintiese que, al descubrir la verdad su identidad se hiciera añicos, pero, asintió con un esfuerzo titánico.

En ese momento entró una mujer en la sala, parecía ser una secretaria, traía en un platito un vaso de agua y un par de pastillas.

—Te ayudará con el dolor y la inflamación. —Le ofreció con una sonrisa amable.

—G-g-gracias —tartamudeó temblorosa y lo cogió.

Sus manos no dejaban de temblar; por lo que, bebió con movimientos inseguros; sintió las pastillas deslizarse por su garganta con dificultad y caer pesadas en su estómago, ya que llevaba mucho tiempo sin comer, solo el café que le obsequió Mark.

—Muchas gracias —le sonrió a pesar del dolor de su herida y devolvió el vaso al platito.

—De nada, cariño. —La mujer de cabello rubio con un peinado bastante armado y un maquillaje con sombras neón, volvió a sonreírle con condescendencia.

—Bien, Lauren —prosiguió el oficial, una vez que la mujer se marchó—. Vamos a contactar al padre Francis y a la Madre Superiora, también lo haremos con la policía de Birmingham, ya que este caso pertenece a su jurisdicción y no a la nuestra. —Se inclinó hacia adelante sobre la mesa, tratando de dar un tono comprensivo a sus palabras—. Lo más seguro es que tu caso siga abierto y tengan mucha más información que la que nosotros podemos manejar.

—Sí, lo comprendo. —Lauren respiró hondo y se encogió de hombros con una especie de resignación que también denotaba tristeza.

—Sé que ha sido un día duro para ti; así que hemos terminado por ahora. —Le miró, sin disimular que se refería a las marcas en su cara. Según sus compañeros, ella estaba renuente a decir quién la dejó en ese estado, lamentablemente, no se podía obligar a nadie a hacer denuncias sino quería—. ¿Tienes a dónde ir? —preguntó con un tono menos rígido, porque era evidente que estaba huyendo de quien le hizo eso.

—No —contestó en voz baja, agachando la cabeza; sentía que el vacío dentro de ella se hacía más grande. No tenía dinero y tampoco tenía un refugio seguro, estaba lejos de su hogar.

—Lo siento, aquí no puedes quedarte… Pero podemos ayudarte. ¿Tienes a quién llamar? —preguntó el policía con amabilidad.

Solo pocos números estaban grabados en su mente: el de la casa de James, el de la casa parroquial, el de su hogar, el de la residencia estudiantil y el del abogado Thompson. Cada uno representaba una parte diferente de su vida, pero solo una opción parecía ofrecerle la estabilidad que necesitaba en ese momento.

—Sí —susurró, estrujándose los dedos con fuerza—. Necesito hablar con el señor Thompson, es mi abogado.

Lauren se miró en el espejo una última vez antes de salir de la habitación. Se había dejado el cabello suelto y se puso prendas que le ayudaran a ocultar los moretones en sus brazos y cuello. Sin embargo, su labio mostraba la partidura de un golpe reciente y la hinchazón en sus ojos había empeorado debido el llanto incesante de las últimas horas.

El oficial que la atendió fue quien marcó el número del señor Thompson; después de un par de tonos, la voz grave y profesional del abogado llenó el auricular. Cuando le pasaron la llamada, Lauren apenas pudo articular palabra, pero entre sollozos y respiraciones entrecortadas, le contó lo sucedido: que se había quedado sin dinero, que tuvo una discusión con su novio y que; en medio de todo, había descubierto algo que podía cambiarle la vida. Su nombre no era Lauren Spencer; quizá nunca lo había sido, creía ser Susan Russell, la niña desaparecida en Estados Unidos hacía dieciséis años.

El abogado, acostumbrado a resolver problemas con mente fría, se ablandó al escucharla, y no necesitó más detalles para saber que ella estaba al borde del colapso. Enseguida le aseguró que tomaría el primer tren hacia Manchester y que su asistente le reservaría una habitación en un hotel cercano. «Dúchate, come algo y descansa. Yo llegaré en la tarde y hablaremos con calma», le dijo con un tono paternal que la reconfortó.

Ahora bajaba en el ascensor con las piernas temblorosas, pero con una determinación renovada; cuando se abrieron las puertas y lo vio esperándola en la recepción del hotel, no pudo contenerse. Corrió y lo abrazó con fuerza, sintiendo la calidez de un padre.

—Lo siento… —susurró entre lágrimas—. Lo siento tanto, señor Thompson. —Su cuerpo temblaba tanto, que pensó que se rompería.

El abogado le palmeó la espalda con gesto protector y se separó lo suficiente para mirarla de cerca; la expresión dura de su rostro se tensó aún más al notar los moretones en su piel. Su mandíbula se endureció, y sus ojos se oscurecieron con una mezcla de preocupación y rabia.

—¿Quién te hizo esto, Lauren? —preguntó con voz firme, pero sin elevar el tono para que no lo sintiera como un reproche.

—No importa, solo quiero olvidarlo. —Bajó la vista y negó—. No quiero más problemas.

—No, lo siento, pero no —respondió él, tajante—. Esto no puede quedar así, debes denunciarlo.

—No puedo, por favor, no me obligue a revivir todo lo que sucedió. —Tomó aire, con el temblor aún instalado en su cuerpo—. Solo quiero seguir adelante... Y si lo que vi en la televisión es cierto; si de verdad soy Susan Russell... entonces necesito saberlo. Eso es lo único que me importa ahora.

El abogado suspiró pesadamente; no estaba de acuerdo, pero no insistió, sabía que forzarla no ayudaría. En su lugar, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió.

—Está bien, primero resolveremos lo del caso de Susan Russell... Lo más importante es averiguar la verdad.

Lauren afirmó, sintiéndose aliviada de que el señor Thompson no insistiera. Tomó el pañuelo y se lo llevó al rostro, para secarse las lágrimas luego lo miró con los ojos llenos de una mezcla de miedo y esperanza.

—¿Te parece si vamos al restaurante? Ahí podremos hablar con más tranquilidad —sugirió Thompson con suavidad.

—No... —negó de inmediato y su voz seguía temblorosa—, prefiero que hablemos en la habitación. No quiero que la gente me mire, no saben disimular y me hacen sentir mal.

—Está bien. —La observó por un momento y luego asintió—. Lo importante es que te sientas cómoda.

Subieron juntos en el ascensor, y una vez dentro de la habitación, Lauren lo invitó a tomar asiento en un sillón junto al ventanal, luego se dirigió al minibar y lo abrió.

—¿Le gustaría tomar algo? Hay agua... o algo de alcohol —ofreció con voz apagada. Ver las botellas le trajo recuerdos dolorosos.

Thompson negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias… Ven, siéntate, y cuéntame todo este asunto de la niña desaparecida en Estados Unidos.

Lauren suspiró y se sentó en el sofá junto a él. Se tomó un momento antes de hablar, reuniendo fuerzas para ordenar sus pensamientos.

—Desde que vi la noticia, todo ha sido un torbellino. Mostraron un dibujo que hizo un forense de cómo podría lucir Susan… Y… es idéntica a mí; también mencionaron rasgos distintivos, dos lunares en el hombro, una cicatriz en la barbilla... todo coincide —dijo, pensando que eso justificaría haber sido tan impulsiva—. Así que llamé al número en pantalla sin pensar en las consecuencias, solo quería respuestas, pero cuando escuché la voz de ese hombre... su desesperación... Me di cuenta de lo que hice. ¿Y si le di esperanzas a alguien que ha sufrido demasiado? ¿Y si no soy ella? ¿Si solo me dejé llevar por la ansiedad, por lo vulnerable que estaba en ese momento, sin pensar en el daño que podía causarles a personas que solo tienen la esperanza de encontrar a su hija con vida...?

El abogado la escuchó con paciencia, dejando que soltara el peso de sus pensamientos y la crudeza de sus emociones; al mismo tiempo, que analizaba con cabeza fría toda la situación, y concluyó que solo había una manera de abordar eso.

—Lo mejor es que vuelvas a Birmingham de inmediato.

—No, no quiero regresar. —Lauren comenzó a sacudir la cabeza con desesperación—. No quiero que me vean así. El padre Francis no sabe nada de mi relación, ni que vine a Manchester... le he mentido durante mucho tiempo y si regreso ahora, todo saldrá a la luz. Me siento tan avergonzada... —Su voz se quebró y se cubrió la cara con

las manos para poder llorar con libertad; sin embargo, sintió un aguijonazo de dolor que la hizo gemir y dejarse libre el rostro.

El abogado notó el desespero en sus palabras, y suspiró de nuevo, comprendiendo que estaba atrapada entre el miedo, la culpa y la necesidad de descubrir la verdad.

—Lauren, comprendo que ahora mismo no estés en condiciones físicas ni emocionales para enfrentarte a esto —dijo con voz pausada para no abrumarla—. Pero hay algo que creo que debes considerar seriamente. El padre Francis... ha estado para ti en todo momento, ha sido tu apoyo en los buenos y malos tiempos. Más que nadie, ha velado por tu bienestar —continuó—. No tienes que rendirle cuentas a nadie, eres mayor de edad y esta decisión te pertenece, pero es justo que él sepa por lo que has pasado. Merece la verdad y ser parte de esto.

Lauren sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Cómo mirarlo a los ojos y contarle la verdad? Había una parte de ella que quería hacerlo, que ansiaba su apoyo, pero otra parte estaba llena de vergüenza y miedo.

—No sé si pueda hacerlo —confesó, con la voz apenas en un murmullo—. Si tenga el valor... estoy avergonzada.

—Si te sirve de ayuda, puedo acompañarte. —Thompson apoyó los codos en sus rodillas y entrelazó los dedos—. No tienes que hacerlo sola.

—¿Lo haría? —preguntó con un atisbo de esperanza en su voz —. Entenderé si no puede, pero sería un gran apoyo si estuviera presente.

—Voy a acompañarte en todo el proceso, hasta que sepamos la verdad —aseguró él con firmeza—. Hasta que tengamos la certeza de si realmente eres Susan Russell.

Lauren se apoyó en el respaldo del sofá y dejó escapar un suspiro tembloroso. La incertidumbre pesaba sobre ella, si realmente era Susan Russell, ¿qué significaba eso? ¿Qué pasaría con todo lo que conocía?

—Si de verdad soy ella... ya no seré Lauren Spencer. Ya no seré hija de Oliver y Grace —dijo en voz baja, sintiendo cómo la angustia le atenazaba el pecho—. Y no tiene nada que ver con la herencia o

con la sangre... es algo más. Ellos son los únicos padres que he conocido. ¿Qué pasará conmigo entonces?

El abogado la miró con comprensión, y mostrando una leve sonrisa, negó suavemente con la cabeza, aunque sus miedos eran irracionales, podía entenderlos.

—No te angusties por eso, Lauren —dijo con calidez—. Fuiste, eres y seguirás siendo su hija. Nada podrá cambiar eso.

—Si Lauren no existe. —Sacudió la cabeza con desesperación, su voz temblaba—. Entonces no soy nada. Todo lo que fui y todo lo que soy ahora, tendrá que desaparecer. ¿Cómo puedo simplemente olvidarlo?

—Eso es algo que no podrás desechar, Lauren. —Él la observó con una seriedad que iba más allá de su profesión—. Lo que viviste, lo que aprendiste, lo que sientes... todo eso sigue siendo parte de ti.

—Si de verdad soy Susan... —Sentía que la opresión en su pecho crecía y la desesperación la envolvía como una mortaja—. ¿Podría recuperar ciertos recuerdos? —preguntó en un susurro.

—Es posible. Volver a casa, estar en un ambiente familiar... podría ayudarte a recordar.

Lauren cerró sus párpados temblorosos por un instante, todo aquello se sentía demasiado grande e incierto. Cuando volvió a abrirlos, su mirada estaba empañada por las lágrimas.

—No va a ser fácil.

—No, no lo será. —Thompson asintió solemnemente.

Ella se pasó una mano trémula por la frente, como si intentara despejar la maraña de pensamientos que la asfixiaba.

—Es extraño, pero en este momento me siento tan asustada y perdida... —admitió, con un suspiro entrecortado.

—Es normal, pero no estarás sola —dijo poniéndole una mano en el hombro para reconfortarla.

—Gracias —musitó, mirándolo a los ojos.

CAPÍTULO 23

Manchester - Inglaterra

James despertó con la boca seca y un zumbido en los oídos que se sentía como un millar de abejas. El hedor a cigarrillos, alcohol y sudor impregnaba la habitación, que se confundía con el perfume de las dos jóvenes que yacían a su lado. Una tenía el brazo sobre su pecho desnudo; la otra, una pierna enredada con la suya.

A través de la bruma de su resaca, sintió su piel arder al contacto con ellas, como si cada poro suyo se resistiera contra la evidencia de la noche anterior. La realidad se impuso con la brutalidad de un golpe seco, miró a su alrededor y su estómago se encogió al ser consciente de que no estaba en cualquier habitación, sino en la que compartía con Lauren.

El aire pareció abandonarle los pulmones, y casi sin querer, la imagen de ella se proyectó en su mente, su rostro desencajado por la rabia y el dolor, su voz quebrándose en un grito ahogado cuando lo vio entrar con las dos chicas. Recordó con un vértigo nauseabundo cómo había tratado de echarlas, tirando del cabello de una de ellas con desesperación, y cómo él la había apartado de un empujón, protegiendo a su conquista en lugar de a la mujer que amaba. Y como si la memoria quisiera torturarlo aún más, el siguiente recuerdo lo golpeó con la violencia de un látigo: la bofetada y también el puñetazo, aquel en el que no había puesto freno a su furia.

Se incorporó con dificultad, apartando con torpeza los cuerpos que lo atrapaban; se sentía pesado y cada movimiento era una lucha contra su propio cuerpo entumecido y su cabeza pulsante. Recorrió la habitación con la mirada, buscando urgentemente algo que le

diera esperanza, que le dijera que Lauren seguía allí, que tal vez solo se había escondido en el baño y que aún no era demasiado tarde, pero la puerta del baño estaba abierta, y la habitación tenía un vacío hiriente que solo podía significar que se había marchado.

Sintió el terror treparle por la espalda cuando confirmó lo que su instinto ya le había dicho; su mochila no estaba. Lauren se había ido de verdad, entonces un pánico helado se apoderó de su pecho, desplazando la resaca, la culpa y la vergüenza; lo único que le importaba era encontrarla.

Se puso los vaqueros apresuradamente, sin camiseta ni zapatos, salió de la habitación, recorriendo el pasillo con pasos inseguros. En la recepción, las miradas curiosas lo atravesaban como agujas, pero él no les prestó atención.

—¿Han visto a Lauren? —preguntó con voz rasposa, sin molestarse en suavizar su tono.

El recepcionista, un hombre de mediana edad con expresión de hastío, parpadeó confundido antes de negar. James no esperó más y se dirigió al restaurante, recorrió las mesas con la mirada febril, pero ella no estaba.

«¡Maldita sea!», pensó en medio de la desesperación.

Regresó a la habitación con una furia que apenas podía controlar. Las dos chicas seguían dormidas enredadas entre las sábanas. Él encendió la luz y dio una patada al borde de la cama.

—¡Fuera! —gruñó con su voz aún más áspera por el pánico y la frustración—. ¡Salgan de aquí, ahora!

Las jóvenes despertaron sobresaltadas, mirándolo con confusión y luego se mostraron ofendidas, pero él no tenía paciencia para disculpas ni explicaciones. Ellas reunieron sus cosas a toda prisa y salieron de la habitación con murmullos indignados, pero James apenas registró su partida; tomó el teléfono y marcó a la habitación de Joyce.

—¿Lauren está contigo? —preguntó sin preámbulos.

—No, James… No la he visto desde la entrevista con Billboard. ¿Pasó algo?

Del otro lado, la voz calmada del mánager lo hizo querer lanzar el teléfono contra la pared. Colgó sin responder, no tenía tiempo

para explicaciones. Salió de la habitación nuevamente y se dirigió a la de Ray; golpeó la puerta con insistencia hasta que su primo apareció, medio dormido, con el albornoz apenas cerrado sobre su cuerpo desnudo.

James estaba pálido como la muerte, su respiración era errática, su mandíbula tensa, pero lo peor eran sus ojos que se habían convertido en un abismo de terror y desesperación. Un nudo de angustia se formó en el estómago de Ray, presintiendo que algo realmente malo había sucedido.

—¿Has visto a Lauren? —la voz de James salió entrecortada y desesperada.

—No, ¿por qué? —Ray parpadeó, perplejo—. ¿Qué ha pasado? —Se cruzó de brazos, analizándolo con cautela. Había algo perturbador en la manera en que James temblaba.

—Creo que se ha ido… —Negó con desesperación y se rascó el cabello con furia—. No, en realidad no lo creo… Lo sé —balbuceó y su voz se quebró en la última palabra.

—James, mierda… —Se inclinó hacia adelante—. ¿A qué te refieres con que se ha ido? —inquirió, pero en el fondo, algo en su instinto le decía que esto no era como una de las tantas peleas que ya habían tenido.

James tragó saliva con dificultad, miró hacia el suelo y, de pronto, las fuerzas lo abandonaron. Cayó en cuclillas y se llevó las manos a la cabeza, mientras la presión en su pecho casi lo ahogaba.

—La he cagado, Ray. La he cagado en grande… —musitó una y otra vez, como un mantra desesperado.

Ray sintió que la impaciencia hervía en su interior, se restregó la cara con las manos, al tiempo que resoplaba; luego se agachó y lo agarró de los hombros con fuerza para levantarlo y que lo mirara.

—¡Joder, James! ¿Qué hiciste? ¡Dímelo ya! —le exigió con rabia.

James levantó la mirada, sus pupilas estaban dilatadas y vidriosas, no solo por las drogas que, de seguro, aún estaban en su sistema, sino por algo más; en el fondo de ellas había vergüenza y culpa.

—Ayer… ayer por la mañana, Lauren me tiró todas las drogas por el maldito váter… Y perdí los estribos, Ray… me puse como un

imbécil, quise hacerle pagar por meterse en mi vida, por tratar de controlarme todo el tiempo y…

—Dime que no hiciste lo que creo que hiciste… —Ray sintió un puñetazo de ira en el pecho. Se puso de pie, sintiendo cómo la indignación le nublaba la vista.

—Esta madrugada llegué a la habitación con dos chicas… —Se llevó las manos al rostro.

—¡Joder, James! ¿Cómo se te ocurre? —inquirió molesto; por supuesto que lo vio con el par de chicas, no era la primera vez que había pasado durante la gira; y en más de una oportunidad, él tuvo que cubrirle las espaldas, para que Lauren no se enterara.

—Me las follé en las narices de Lauren… ¡Maldición! Solo quería demostrarle que no puede controlarme, pero lo jodí…

—¡Eres un maldito imbécil! —rugió Ray, sintiendo cómo la rabia le quemaba el pecho—. ¡¿Cómo pudiste hacerle esa mierda?! ¡Con lo que se ha jodido por ti, por todos, por la banda! ¡Tú mismo dijiste que era la única que te hacía sentir vivo! ¡Y aun así fuiste y lo jodiste todo!

—Lo sé… lo sé, Ray… —Asintió lentamente, estaba luchando contra la presión dolorosa en su pecho.

—Lauren puede perdonar muchas cosas, James, pero esto… —Ray negó porque conocía bien el carácter de la chica; se pasó las manos por el cabello, intentando hallar una solución en medio del desastre—. No te preocupes, lo más probable es que haya vuelto a Londres. O quizás a Birmingham.

—¡Eso es! —Abrió los ojos de par en par, como si la idea lo golpeara de lleno—. Seguro regresó a Londres —susurró con repentino frenesí y salió corriendo hacia su habitación.

Ray lo vio desaparecer por el pasillo y suspiró, apretando los puños; sabía que su primo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarla, pero algo le decía que esta vez… no sería tan fácil.

James cerró la puerta con un golpe seco y, sin perder un segundo, se lanzó sobre el teléfono. Sus manos temblaban mientras marcaba, pero su resolución era inquebrantable. Cada pitido en la

línea se prolongaba hasta el extremo de lo insoportable; finalmente, una voz familiar respondió al otro lado.

—Residencia estudiantil de Bloomsbury, habla Prudence.

—Prudence, soy James. Necesito saber si Lauren está ahí.

—No, James, ella no ha regresado de sus vacaciones en Birmingham —respondió con serenidad, al reconocer la voz.

James sintió cómo la presión en su pecho se hacía más intensa, luchando contra su corazón que latía frenético. Respiró hondo para tratar de calmarse, luego se pasó la lengua por los labios agrietados por el consumo de sustancias. Soltó el aire de golpe y sacudió la cabeza, negándose a rendirse, necesitaba saber dónde estaba Lauren.

—¿Estás segura? ¿No habrá llegado sin que la hayas visto? ¿No se ha comunicado con nadie? —insistió sin esconder su desesperación.

—Estoy segura, James. No ha llamado, no ha escrito, y si hubiera vuelto, la habría visto.

James cerró los párpados y casi gritó llevado por la frustración. Odiaba sentirse así, como si cada una de sus acciones dependiera de una respuesta que nadie le daba.

—Si quieres… —Prudence, percibiendo impotencia, añadió con amabilidad—. Puedo comunicarme con Telma y preguntarle si ha sabido algo de ella…

—No, no hace falta. —James cortó de inmediato, el nombre de Telma le crispaba los nervios.

Sabía perfectamente que ella solo aprovecharía la oportunidad para llenarle la cabeza a Lauren de más mierda sobre él. Colgó con un gruñido y volvió a marcar, pero esta vez a la casa de Lauren en Birmingham; escuchó el teléfono sonar una vez, dos veces, tres y nadie atendió. Lo intentó de nuevo y obtuvo el mismo resultado, eso provocó que un nudo de angustia le apretara el pecho.

«¿Y si está ahí y simplemente no quiere contestarme?». El pensamiento le revolvió el estómago. No soportaba tanta zozobra, no podía quedarse esperando, su mejor opción era ir a buscarla.

Marcó a la habitación de Joyce, pero no le atendió, volvió a intentar; otra vez, sin respuesta. Apretó los dientes, sintiendo que la frustración y la rabia lo carcomían por dentro. Necesitaba dinero en efectivo y debía ser en ese momento, no iba a perder horas en una jodida fila de banco cuando cada segundo contaba.

Se calzó las botas, se puso una camiseta arrugada, cogió la chaqueta de cuero y salió de la habitación con paso firme. Al llegar a la recepción, le informaron que Joyce estaba en la sala de conferencias. Había olvidado que el mánager tenía una reunión con varios patrocinadores.

No le importaba interrumpirlo, atravesó los pasillos con decisión y, sin molestarse en llamar, abrió la puerta de la sala de juntas de golpe. Dentro, Joyce estaba sentado con tres hombres bien vestidos, todos ellos giraron la cabeza al instante y el silencio que se hizo en la sala fue denso.

—James —dijo Joyce con tono de advertencia—, ¿puedo saber a qué se debe esta interrupción?

—Necesito hablar contigo… Es urgente —respondió James, con la respiración acelerada.

Uno de los hombres frunció el ceño al reconocer al vocalista, luego le susurró algo al oído de su colega, quien también le dedico una mirada reprobatoria al integrante de la banda.

—Para empezar. —Joyce exhaló con molestia—, podrías saludar.

James torció la boca, no tenía paciencia para las formalidades, pero la tensión en la sala era evidente. Así que, soltó un saludo entre dientes y volvió a fijar la mirada en Joyce.

—Necesito hablar contigo, a solas…

—No, ahora no. —Joyce se mantuvo en su postura.

—Es urgente —insistió, mirándolo con seriedad.

—Habla con Robin —dijo Joyce, señalando a su asistente, que estaba sentado a su derecha.

—Tengo que hablar contigo, no con tu perro faldero. —Le clavó una dura mirada al joven que se levantaba del puesto.

—Entonces, lo siento, debes esperar a que termine la reunión —sentenció con dientes apretados. Al parecer, el vocalista estaba empeñado en cagarla cada vez que tenía la oportunidad.

James se negó a esperar un minuto más, Joyce era demasiado estúpido si creía que lo haría desistir de su urgencia y obligarlo a hacer las cosas como a él le diera la gana.

—Necesito dinero… Tengo que ir a Birmingham.

—¿Por qué? ¿Qué demonios pasó ahora? —Apoyó las manos sobre la mesa y le sostuvo la mirada con incredulidad y fastidio

—No tengo tiempo para darte explicaciones, simplemente necesito el dinero, ahora —ratificó, sin importarle la incomodidad que generaba.

—Disculpen, pero debo atender este inconveniente —dijo Joyce a los promotores—, solo será un minuto. —Se puso de pie y le indicó a James con un gesto que lo siguiera. Al salir, lo miró con dureza, cruzándose de brazos—. ¿Cómo es que tienes que ir a Birmingham? Eres consciente de que la gira no termina.

—Claro que lo sé.

—¿Entonces? Sabes que no es posible, no puedes ausentarte.

—No voy a ausentarme… Los alcanzaré en Leeds, mañana llegaré a tiempo para la prueba de sonido.

—No, James. No puedes viajar —dijo con firmeza—. Últimamente has sido muy irresponsable, y no voy a poner en riesgo la gira, porque hay contratos firmados y compromisos adquiridos.

—Me importa una mierda todos los contratos que hayas firmado. Tengo que ir a Birmingham. —Apretó los puños y su respiración se volvió errática.

—Pues no lo harás —replicó Joyce, tajante—. No se trata solo de ti. Esto es por la banda y por todo el equipo que está detrás. No voy a permitir que tires a la basura todo nuestro esfuerzo…

—¡Tengo que ir a buscar a Lauren! —Se pasó la mano por el cabello, exasperado—. Se fue, desapareció.

—¿Y quién sabe qué mierda hiciste esta vez? —Joyce lo miró con hastío—. Busca la forma de solucionar tus problemas sin joder el trabajo de todos… No voy a arriesgarme a ninguna demanda, solo por tu irresponsabilidad —dicho esto, se giró y dio varios pasos para marcharse.

—Cuando termine esta puta gira, estás despedido. —James, furioso, lo sujetó del brazo.

—No hace falta que me despidas. —Soltó una carcajada seca debido a la molestia que le causó el atrevimiento del vocalista y sacudió la cabeza—. Yo renuncio, no pienso seguir trabajando con alguien tan irresponsable como tú. Pero no sin antes recibir lo que me corresponde, la recompensa por todo el desgaste físico y emocional que me ha causado esta mierda.

—Siempre se trató de eso, ¿verdad? Del dinero —gruñó, mirándolo con desprecio—. Jamás creíste en este grupo.

—Sí, James —suspiró y le sostuvo la mirada, porque él era un hombre con muchos años y experiencia como para dejarse amilanar por un jovencito con más ego que cordura—. Siempre se trató del dinero. Pero también creí en la banda, creí en ustedes antes de que se te subiera toda la mierda a la cabeza. Vas directo al desastre, y ni siquiera lo ves; así que, no voy a dejar que me arrastres contigo, y espero que los chicos tampoco lo permitan. —Se apartó de él y se marchó.

James se quedó temblando de rabia en medio del pasillo; se llevó las manos a la cabeza y se apretó los cabellos con fuerza, se sentía atrapado. Aún existía la posibilidad de ir a un banco a retirar dinero de su cuenta, pero las amenazas de Joyce hicieron mella en él.

Maryland – Estados Unidos

La luz del atardecer teñía de un tono anaranjado las calles de Maryland, cuando Madeleine y Patrick cruzaron la puerta de su hogar. No habían pronunciado una palabra desde que abandonaron la Unidad de Casos Sin Resolver y Personas Desaparecidas; la decepción de los dos pesaba silenciosa y sofocante. Dieciséis años esperando respuestas, dieciséis años de incertidumbre y, ahora, la única pista que habían tenido en todo ese tiempo se veía envuelta en dudas y burocracia.

Patrick cerró la puerta con suavidad, pero el sonido del cerrojo resonó abrumándolo. Agotado, se pasó la mano por el rostro, sintiendo la aspereza de su barba incipiente.

Madeleine avanzó un par de pasos, suspiró y dejó caer su bolso sobre la mesa; se detuvo en medio del vestíbulo, con el ceño fruncido y la mirada fija en un punto invisible. Lenny estaba en la sala, esperándolos con evidente ansiedad; en cuanto los vio, se levantó del sofá y se acercó con el ceño fruncido.

—¿Y bien? ¿Qué les dijeron? —preguntó sin rodeos.

—Van a solicitar a la compañía telefónica el rastreo de la llamada, a ver si es posible comunicarse con ese número —dijo con pesimismo.

Lenny asintió, ya se imaginaba que algo como eso le dirían, pero la expresión en su rostro indicaba que esperaba más.

—Dijeron que no nos hagamos ilusiones —intervino Madeleine, cruzándose de brazos, mientras que su mirada reflejaba el enojo—. Según ellos, es posible que se trate de una broma; al parecer, este tipo de cosas son comunes. —Presionó los labios con fuerza, como si tratara de retener un grito de rabia.

—¡Pero a nosotros nunca nos han hecho algo así! —replicó Lenny, dando un paso adelante. Su incredulidad era la misma que la de sus padres—. Nadie nos ha llamado en dieciséis años para burlarse de la desaparición de Susan. ¿Por qué lo harían ahora?

—Nos dijeron que entienden nuestra situación —continuó Patrick—. Que su misión es asistir a las familias que han perdido a alguien y dar voz a los desaparecidos, pero... —se interrumpió con un suspiro—, que no pueden hacer mucho más allá que trabajar con la pista que tenemos.

—¿Y si realmente era Susan? ¿Y si busca la forma de volver a contactarnos? —preguntó Lenny, casi en un susurro.

—Entonces deberíamos hacer algo, no solo esperar. —Madeleine levantó la mirada, con los ojos llenos de determinación—. Patrick está seguro de que la mujer que llamó tenía acento británico. ¡Podemos contactar a la policía en Londres! Quizás allí tengan registros de personas desaparecidas que coincidan con Susan

—Maddie, sé que estás desesperada, pero tenemos que esperar. No podemos precipitarnos. —Tomó sus manos entre las suyas.

—¿Esperar? ¿Después de dieciséis años te parece que es poco lo que hemos esperado? —Madeleine apartó las manos con

brusquedad y dio un paso atrás, sintiendo cómo el nudo en su garganta amenazaba con romperse—. Si la policía no hace nada, yo iré a Londres, no me importa si tengo que recorrer cada ciudad de Inglaterra, voy a encontrar a mi hija.

—Maddie... —murmuró Patrick, pero ella ya había dado media vuelta y desaparecido por el pasillo.

Lenny intercambió una mirada con su padre. Ninguno encontró palabras para romper el silencio que se instaló en la sala; solo les quedaba esperar... una vez más.

CAPÍTULO 24

Birmingham – Inglaterra

El tren se deslizaba por las vías con su característico traqueteo, un sonido que para muchos era reconfortante, pero que en los oídos de Lauren solo aumentaba su ansiedad. Tenía la cabeza apoyada contra el cristal caliente de la ventanilla, y observaba sin realmente ver el paisaje veraniego que se extendía más allá de la bruma de Birmingham. Su mente estaba demasiado ocupada, debatiéndose entre la necesidad de afrontar su pasado y el miedo de ser rechazada.

El abogado Thompson, que iba sentado a su lado, respetó su silencio. Durante la mayor parte del trayecto, ella había conseguido dormitar, envuelta en una fatiga emocional que la arrastraba al sueño en cada pausa de su agitación. Thompson, por su parte, se sumergió en sus documentos, preparando un caso con la misma diligencia con la que intentaba guiarla en este complicado proceso.

Cuando el tren se detuvo en la estación, Lauren sintió una punzada de vértigo; pero consiguió recuperarse y bajó con movimientos cautelosos; como si cada paso, la acercara más a una realidad que aún no estaba segura de poder enfrentar. El aire era más cálido de lo que recordaba, o quizá era ella quien estaba más sensible a todo. Sus manos temblaban ligeramente mientras aferraba las correas de su mochila.

—Respira hondo, Lauren —le aconsejó Thompson con voz pausada y una mirada comprensiva—. Estoy seguro de que el padre Francis te comprenderá. Él más que nadie te conoce y sabe que lo que hiciste no fue por maldad, solo te enamoraste de la persona equivocada, y eso pasa más seguido de lo que crees; especialmente

a quienes son vulnerables emocionalmente, pero lo importante es que esta experiencia te hará más fuerte y te ayudará a tomar mejores decisiones en el futuro.

—Desde el fondo de mi corazón estaba convencida de que había encontrado a alguien que me entendía, o que al menos entendía a la persona que intentaba ser. Pensaba que él era mi final feliz…

Thompson sonrió con suavidad, ante la indulgencia que le provocaba la jovencita por haberse aferrado a esa ilusión fugaz.

—No te adelantes, Lauren. Eres un montón de cosas que aún desconoces; todavía te quedan muchas por vivir, y el final no siempre tiene que ser feliz. Con el tiempo comprenderás que es mejor la estabilidad, el respeto y la tolerancia… La felicidad es un estado transitorio, uno que se vive en algunos momentos de la vida. El espíritu se nutre de todas las emociones, no solo de la felicidad; sin miedo, sin tristeza, sin impotencia, no encontrarías el equilibrio.

Las palabras del abogado se alojaron en su mente y resonaron en su pecho. No estaba completamente definida, aún había esperanza para ella; la idea la conmovió y la asustó al mismo tiempo.

Subieron a un taxi, ella abrazada a su mochila como si fuera un salvavidas, y Thompson con la paciencia de un padre que acompañaba a su hija en un momento crucial. El trayecto hasta el oratorio se hizo en un abrir y cerrar de ojos; cuando el vehículo se detuvo frente a la imponente estructura de piedra, Lauren sintió que sus piernas se volvían de plomo.

Sabía que el padre Francis estaría en el confesionario a esa hora; estuvo segura de que era el mejor momento para hablar con él y liberar el peso que le oprimía el pecho. Sin embargo, también era consciente de que, en cuanto cruzara las puertas, las miradas de los feligreses se posarían en ella y la juzgarían por su aspecto. Sintió el ardor de la vergüenza en las mejillas y tragó con dificultad.

—Voy a ir a confesarme —murmuró, sin mirarlo directamente.

—Está bien, te esperaré aquí. —Thompson le dedicó una sonrisa comprensiva—. Luego iremos con la Madre Superiora, necesitamos ponerla sobre aviso para cuando la llame la policía.

Lauren asintió y se giró hacia la puerta del oratorio. El corazón le latía desbocado, mientras la vergüenza, el miedo y la incertidumbre luchaban en su interior, pero también una pequeña chispa de resiliencia comenzaba a abrirse paso. Había llegado el momento de enfrentarse a su pasado, sentía que quizá podía hacerlo.

Inspiró hondo, intentando reunir valor, y empujó la pesada puerta de madera. El interior era cálido, iluminado por la tenue luz de los cirios, el aroma a incienso y cera quemada, la envolvieron como un abrazo; sus pasos resonaron mientras se dirigía al confesionario. Se arrodilló en el reclinatorio y se trazó con una mano temblorosa la señal de la cruz.

—Bendígame, padre, porque he pecado —la voz se le quebró.

El Padre Francis se estremeció, no solo por la intensidad de las palabras, sino por la voz que reconoció de inmediato y que era un sollozo desgarrado, una súplica desesperada.

—¡Lauren! Hija, ¿qué haces aquí?

—He pecado, Padre. —Cerró los ojos con fuerza y las lágrimas brotaron sin permiso. No podía retroceder ahora, no después de haber cruzado aquella puerta—. Y le he mentido... mucho... durante tanto tiempo... —El peso de su vergüenza impregnó cada palabra.

El sacerdote guardó silencio, porque no era solo la confesión lo que le preocupaba. A través de la rejilla del confesionario, aún en la penumbra, pudo notar los moretones en su rostro; entonces un latigazo de dolor le recorrió el pecho. Lauren era su hija en todo sentido, salvo en la sangre, y verla así le partía el alma.

—Te escucho, Lauren —dijo con voz serena, dispuesto a cumplir con su deber, aunque su corazón se desgarraba.

—Me enamoré de la persona equivocada. —Ella inspiró hondo para continuar con la voz quebrada y la culpa pesándole en los hombros—. No fue algo que planeé, simplemente ocurrió. Él… él es el vocalista de una banda de rock, su nombre es James. —Su aliento tembló al pronunciarlo—. Llevábamos más de un año juntos. Le dije que estaba en Londres trabajando en una galería, pero en realidad me fui de gira con su banda y no quería que lo supiera porque sabía que no lo aprobaría.

El padre Francis cerró los ojos con dolor. Una banda de rock, rodeada de excesos, descontrol; todo lo que más temía para ella.

—Al principio, todo era hermoso —continuó con una risa amarga—. James era apasionado, soñador, me hacía sentir especial, pero poco a poco y casi sin darme cuenta se convirtió en alguien que no reconocía. Yo lo veía, lo sabía… pero no tuve el valor de alejarme, preferí creer que podía salvarlo, que todo era por la presión de su trabajo y las drogas, que si lo amaba lo suficiente… él volvería a ser el chico del que me enamoré, pero me fui hundiendo más y más en una telaraña de mentiras… en una devoción ciega que me hizo olvidarme de mí misma.

Un sollozo le cortó la respiración, se cubrió el rostro con ambas manos, tratando de contener su angustia, pero fue inútil, porque los sentimientos en su pecho le exigían ser liberados o la desgarrarían.

El padre Francis sintió un nudo en la garganta, mientras sus ojos se colmaban de lágrimas. Su pequeña Lauren… ¿cómo no lo había visto venir? ¿Cómo no había estado ahí para evitarle este dolor?

—Hija…

—Me golpeó, padre —susurró con voz rota—. Me engañó, me humilló. Y aún así… me costó alejarme. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

—No lo eres, Lauren —dijo con voz firme, pero dulce—. El amor es ciego, y el corazón humano a veces se aferra a lo que más daño le hace, pero no eres débil. Estás aquí, has escapado… y eso es un acto sumamente valiente.

Ella sollozó con más fuerza, estremeciéndose de dolor, pero no físico sino emocional. Se llevó el pañuelo que el abogado Thompson le había dado y se secó las lágrimas torpemente.

—Me siento vacía, como si hubiera perdido algo dentro de mí; no sé quién soy sin él. Y lo peor… es que aún me duele haberlo perdido.

El sacerdote exhaló despacio, sintiéndose impotente ante su dolor. La conocía desde niña, sabía cuán grande era su corazón, cuán fuerte su capacidad de amar, y también cuánto podía dolerle la traición.

—Cuando amas con todo tu ser, hija, perder a alguien, incluso si te ha hecho daño, es como perder una parte de ti. Pero eso no significa que lo necesites, solo significa que debes sanarte… Y eso toma tiempo.

Lauren cerró los ojos, dejando que las palabras del padre entraran en ella, pues eran bálsamo, pero al mismo tiempo, una herida nueva, como esas que debían hacer para retirar la piel infectada y poder sanar.

—No te castigues por haber amado. —Él continuó, con calma y sabiduría—, pero aprende de ello y que esta herida no sea solo dolor, sino también una lección. Eres valiosa, Lauren. No dejes que nadie, ni siquiera tú misma, te haga creer lo contrario. —La escuchó sollozar y la vio asentir—. Dios, Padre de misericordias. —Trazó la señal de la cruz y con voz solemne pronunció la oración—. Por la muerte y resurrección de su Hijo ha reconciliado consigo al mundo y ha enviado entre nosotros al Espíritu Santo para el perdón de los pecados; por el ministerio de la Iglesia, Dios te conceda el perdón y la paz, y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Lauren repitió el «Amén» en un susurro tembloroso, pero su alma seguía rota.

El sonido de la puerta del confesionario abriéndose la sobresaltó; antes de que pudiera reaccionar, el padre Francis estaba frente a ella, y sin dudarlo la envolvió en un abrazo cálido y protector. Ella se desmoronó, aferrándose a él como si de eso dependiera su vida y lloró contra su pecho. Lloró todo el dolor, la humillación, la culpa.

—Vamos a la casa parroquial, hija. —Cerró los ojos y le acarició el cabello con ternura—. Déjame curarte esas heridas.

Lauren asintió entre sollozos, salieron del confesionario y Francis se disculpó con las personas que esperaban por la confesión para poder redimir sus pecados. Las dos mujeres y el hombre que esperaban su turno comprendieron al ver el estado en el que se encontraba la jovencita.

La brisa fresca acarició el rostro de Lauren, ya menos agitado, pero aún marcado por las huellas del llanto y los golpes. El padre

Francis la observó con pesar; jamás en sus años como custodio del orfanato había permitido que los niños sufrieran violencia física. A pesar de su estricta disciplina y los castigos con los que imponía el orden, nunca había tolerado el abuso. Ver a Lauren así le provocaba un nudo en el estómago.

—Dijiste que alguien te espera —murmuró con voz serena, intentando no hacer preguntas que la hicieran revivir su dolor.

Ella asintió y luego caminó de prisa hasta desaparecer por la esquina de la catedral. Cuando regresó, lo hizo acompañada del abogado Thompson. Se saludaron con una inclinación de cabeza, una cortesía silenciosa entre dos hombres que habían velado por la seguridad de la joven durante años.

—Padre, lamento presentarme sin avisar y en una situación algo penosa, pero Lauren me llamó. Se encontraba en Manchester y necesitaba ayuda. —La voz del abogado era formal como siempre.

—Lauren, hija, podrías haberme llamado a mí —intervino el sacerdote con suavidad, observándola con preocupación.

—Lo sé… pero no quería mortificarle. —Sus ojos buscaron los suyos con una mezcla de vergüenza y agradecimiento.

—Entremos. —El padre Francis suspiró y asintió—. Es necesario curarte el labio. —Le preocupaba que sangrara cada vez que ella hablaba.

Cruzaron el umbral de la casa parroquial, un espacio austero pero cálido. La novicia Marie, quien ayudaba en las labores del hogar, estaba en el pasillo cuando los vio entrar; su mirada se clavó en Lauren y, al instante, una exclamación ahogada escapó de sus labios.

—¡Dios misericordioso! —musitó, llevándose las manos a la boca. Sus ojos recorrieron con horror los moretones y la herida aún fresca en su labio—. ¿Qué ha sucedido? —preguntó en un susurro entrecortado, como si pronunciar las palabras en voz alta diera más peso a la tragedia.

—Marie, tráenos el botiquín de primeros auxilios, por favor —ordenó el padre Francis con tono paciente—. Luego hablaremos.

La novicia corrió sin más preguntas. El sacerdote guio a Lauren y a Thompson a la pequeña sala de estar. Cuando Marie regresó, se

puso a limpiar con delicadeza las heridas de la joven; al terminar, Lauren le agradeció por mitigar su dolor.

—Creo saber quiénes son mis verdaderos padres —le tembló la voz, no solo por la emoción, sino por el peso de las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Qué dices? —Francis se irguió con la tensión marcando su postura y con los ojos clavados en ella.

Lauren tragó saliva y comenzó su relato. Les habló del programa de televisión, del retrato forense idéntico a ella, de los rasgos distintivos que coincidían con los suyos. La cicatriz en la barbilla, los lunares en el hombro… la fecha: julio de 1971. Mes en que Susan Russell desapareció.

—Tú fuiste traída aquí en octubre de 1971. —El padre Francis sintió que el aire se le escapaba de los pulmones—. Es posible… el margen de tiempo es loable… —murmuró, incrédulo. Sus manos, firmes en sus años de servicio, temblaron levemente.

—Fui a la policía en Manchester —continuó Lauren—. Dijeron que investigarán y que seguramente los van a contactar. A usted y a la Madre Superiora.

—También debemos ponernos en contacto con la policía de Birmingham. —El sacerdote asintió lentamente, tratando de procesar todo—. No podemos dejar esto en el aire.

—Ellos lo harán —aseguró Lauren—. Dijeron que pertenece a la jurisdicción de aquí.

Thompson, quien hasta el momento había escuchado en silencio, pues consideraba que era mejor dejar hablar a Lauren, se aclaró la garganta.

—Será un proceso largo. La verificación de la información, la cooperación entre ambos países… no será inmediato, pero cuanta más información tengamos sobre tu pasado, mejor. Documentos, registros…

—Tenemos algunos datos en los archivos de la parroquia. —El padre Francis respiró hondo—. Pero la mayor parte de la información la maneja la policía.

—Entonces habrá que acceder a ellos. —El abogado se inclinó hacia adelante con voz firme y profesional—. Lo importante es que

ya hemos dado el primer paso.

Lauren asintió, con el corazón latiendo con fuerza. Nunca había estado tan cerca de la verdad, de un pasado que hasta ahora había sido un misterio. Y aunque la incertidumbre aún la envolvía, un destello de esperanza calentó su interior.

1987 Maryland – Estados Unidos

Madeleine cerró la cremallera de su maleta con manos temblorosas; a su lado, Patrick esperaba por ella, pero su mirada se perdía en la nada, absorto en pensamientos que apenas podía ordenar. Hacía dieciséis años que su hija había desaparecido y, por primera vez desde aquel maldito día, tenían una pista concreta; no era una certeza, pero era suficiente para lanzarlos a un viaje que podría cambiar sus vidas para siempre.

Habían pasado dos semanas desde que una llamada anónima les devolviera la esperanza; sin embargo, tras la investigación de la policía, se concluyó que la llamada se hizo desde un teléfono público en Manchester, lo que imposibilitó rastrear a la persona que la realizó. Madeleine, desesperada, una vez más, había querido tomar el primer vuelo y recorrer la ciudad puerta por puerta, pero su familia logró retenerla. La policía ya había tomado cartas en el asunto y enviado un fax a la estación de Manchester para verificar la información.

Una semana después, recibieron la confirmación de que una joven con rasgos coincidentes había sido identificada. La chica afirmaba haber crecido en el orfanato San Felipe Neri de Birmingham, por lo que la investigación fue remitida a las autoridades de esa ciudad; todo parecía coincidir, pero las pruebas aún no eran concluyentes.

La policía insistió en realizar una prueba de marcadores genéticos, pero el proceso sería largo. Los resultados tardarían meses o quizás años si las muestras se analizaban en distintos países. Madeleine se negó a esperar tanto. Patrick estuvo de

acuerdo; así que, viajarían a Inglaterra, porque si la joven era realmente Susan, no podían perder ni un segundo más.

Madeleine sintió que, si no subía a ese avión de inmediato, su corazón estallaría de ansiedad; pues la idea de que Susan estuviera viva, en otro país, quizá esperándolos, le quemaba el alma. Patrick trataba de transmitirle calma, pero él también luchaba contra su propia impaciencia. Se preguntaba qué tipo de vida habría tenido Susan. ¿Había sido feliz? ¿La habría tratado bien la gente que la crio? No sabía qué esperar, pero en su corazón, algo le decía que la reconocería en cuanto la viera.

La frustración de los protocolos, la burocracia, los tiempos de espera; todo le parecía una cruel broma del destino. La policía no quiso mostrarles una foto para proteger la privacidad de la joven, pero ¿qué importaba la privacidad cuando lo que estaba en juego era saber si realmente se trataba de su hija perdida? Nadie entendía su dolor, su angustia, ese vacío que los había consumido durante dieciséis años.

No podían aceptar más demoras; así que, exigieron un encuentro inmediato con la joven, asegurando que sus corazones la reconocerían antes que cualquier prueba científica. No era simple necedad, era una convicción profunda, un instinto que había sobrevivido muchos años de dolor y vacío; aun así, la policía intentó disuadirlos, recomendándoles esperar el procedimiento formal, pero Madeleine fue tajante.

«No voy a permitir que la burocracia nos robe más tiempo. Hemos esperado demasiado», dijo con convicción en ese momento.

Patrick asintió con firmeza, compartiendo la determinación de su esposa. No podían ignorar lo que sentían, la posibilidad de que Susan estuviera viva, era una llama demasiado fuerte para dejar que se apagara con papeles y trámites interminables.

Al final, lograron que se coordinara una reunión en Birmingham, en una sala privada de la estación policial. Solo entonces, con el viaje ya decidido, sintieron que cada minuto los acercaba un poco más a su hija.

Patrick tomó la mano de Madeleine y la apretó con fuerza, ella lo miró con los ojos brillantes de emoción y miedo, no sabían qué les

esperaba en Birmingham, pero sí sabían que, pasara lo que pasara, estarían juntos para afrontarlo. Aquella noche, tomarían el avión, y en un par de días, al fin, mirarían a los ojos a la joven que podría ser su hija.

Patrick bajó las escaleras con las maletas, el peso no era tanto como la sensación de que algo lo oprimía por dentro. Antes de que pudiera dar un paso más, su padre y Lenny se apresuraron a ayudarle.

—Dame eso, hijo —dijo Arthur, quitándole una de las maletas y le dedicó una mirada de comprensión.

—Gracias, papá —respondió Patrick, cediendo. Eran pocas las veces que su padre mostraba ese tipo de sensibilidad, lo que le hizo pensar que también estaba emocionado por toda la situación.

—Yo me encargo de esta —agregó Lenny, tomando la otra y esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Ustedes solo concéntrense en traer de vuelta a Susan.

Patrick asintió, no podía confiar en su voz en ese instante. Madeleine apareció detrás de él, su rostro estaba pálido, con los ojos cargados de una zozobra que intentaba disimular. Sí, le hacía feliz y le aterraba a partes iguales ese encuentro con la joven que podría ser su hija; sin embargo, dejar a Stella le rompía el corazón, su pequeña estaba sentada en el sofá abrazando su pony de peluche.

—¿Mami y papi van a volver pronto? —preguntó bajito.

—Claro que sí, mi amor. —Madeleine se agachó y la abrazó con fuerza, besándole la frente—. Vamos a buscar a tu hermana y volveremos juntas, ¿de acuerdo?... ¿Te emociona mucho saber que vas a verla? —susurró, tratando de que su voz sonara segura

—Sí. —Stella asintió con mucho entusiasmo y le sonrió.

—Volveremos pronto. —Patrick se agachó a su lado y tomó la manito de Stella entre las suyas—. Mientras tanto, te dejamos con los mejores cuidadores del mundo —dijo, forzando una sonrisa. Miró a Lenny—. ¿Verdad?

Lenny, ya estaba más que acostumbrado a tomar responsabilidades, pero esta vez su mirada se llenó de una

determinación especial. Se arrodilló frente a Stella y le despeinó el cabello con cariño.

—No te preocupes, pequeño pony. Vamos a divertirnos mucho; iremos por helado después del colegio. —Miró a sus padres tratando de darles la seguridad que necesitaban—. Yo me encargo de todo.

—No tienes que preocuparte por nada, hija. —Jeane se acercó y le tomó la mano a Madeleine—. Te prometo que estaré aquí todas las noches. Le haré la cena a Stella y la ayudaré con lo que necesite.

—Y yo me encargo de las mañanas —intervino Christina, la madre de Patrick—. No saldrá de casa sin un buen desayuno.

A pesar de las promesas y las palabras de aliento, la angustia en el pecho de Madeleine y Patrick no se disipaba. El recuerdo de lo que pasó la última vez que dejaron a sus hijos los perseguía como un fantasma, un miedo irracional pero imposible de ignorar.

—Es ella —les aseguró Melania con un tono solemne y abrazó con fuerza a Madeleine—. Lo siento en el alma.

Patrick afirmó, no podía evitar notar la ausencia de Melanie, su otra cuñada; no había vuelto a su casa desde la desaparición de Susan, era como si su alejamiento estuviera cargado de culpa, como si en el fondo ella supiera algo más; o tal vez, solo temía que él jamás la perdonara.

El sonido del claxon afuera los sacó de sus pensamientos, era su taxi.

—Es hora —anunció Arthur.

—Mami, te voy a extrañar mucho —dijo Stella poniendo sus manitas en las mejillas de su madre.

—Yo también mi pequeñita. —Madeleine le dio un beso en la frente y los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

—Ven aquí, Stella. —Melania la cargó y le dio un beso en la mejilla—. Verás que los días pasarán muy rápido.

—Los llamaremos en cuanto lleguemos —dijo Patrick con la voz áspera. Se acercó a su hija y le besó la frente—. Te traeré regalos.

—Que sea un pony —pidió con un puchero, pero no lloró.

—Vayan tranquilos, les prometemos que los cuidaremos muy bien —aseguró Jeane, aferrada a la mano de Christina.

Se despidieron de todos con abrazos fuertes que los llenaron de seguridad, aunque también tenían la sensación de que estaban dejando una parte de sí mismos atrás. Subieron al auto con la esperanza más viva que nunca: traer a Susan de vuelta a casa, dieciséis años después.

CAPÍTULO 25

Birmingham – Inglaterra

El reloj marcaba las tres de la madrugada cuando Lauren despertó sobresaltada, bañada en sudor frío y con el corazón agitado. La pesadilla era siempre la misma; veía a James riendo en su cara con el aliento impregnado de alcohol y un perfume femenino que no era el suyo, mientras su voz susurraba palabras hirientes y se alejaba con aquellas mujeres, que ella no podía borrar de su mente.

Se sentó en la cama, abrazándose las rodillas con fuerza, como si pudiera sostenerse a sí misma para no desmoronarse; la oscuridad de la habitación no ayudaba, la hacía sentirse aún más pequeña y sola. Se llevó las manos al rostro y sintió el rastro de lágrimas en su piel; no recordaba haber llorado, pero su cuerpo parecía hacerlo incluso en su sueño, como si su dolor fuera una entidad viva que la habitaba y no le daba tregua.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y recorrió la habitación con la mirada; sus cosas estaban intactas, igual que siempre, pero todo le parecía ajeno, como si ella no perteneciera a ningún lugar. Decidió regresar a la casa de sus padres porque no podía seguir soportando las miradas curiosas de los niños, que en su inocencia no hacían más que preguntar qué le había pasado, lo que le llevaba a recordar esa terrible madrugada en que murió en vida.

Lo primero que hizo al llegar, fue desconectar el teléfono, había tratado de convencerse de que estaba mejor sin él, pero cada noche se encontraba así, al borde del abismo, preguntándose si James la había buscado, si había intentado llamarla o si al menos la extrañaba.

El padre Francis decía que el tiempo sanaba las heridas, pero ella sentía que, en su caso, el tiempo solo las hacía más profundas; lo peor no era la ausencia de James, sino lo que su amor por él decía de ella. ¿Cómo podía seguir amándolo después de lo que le hizo? ¿Cómo podía desear sus caricias cuando aún sentía en su piel la humillación de aquella noche?

Se levantó y salió de la habitación para ir a la cocina, encendió un cigarrillo y se sentó en la mesa con la mirada perdida en la nada, fumaba de manera compulsiva, ya que solo en la nicotina encontraba la voluntad para no ceder a sus deseos. Quería llamarlo para escuchar su voz, aunque fuera para odiarlo y gritarle todo lo que había callado, pero sabía que no lo haría, porque si lo hacía, terminaría pidiéndole perdón por algo que ni siquiera era su culpa; porque con James siempre era así, siempre terminaba siendo ella la que se arrodillaba.

Mientras el cigarrillo se consumía entre sus dedos, el humo formaba figuras efímeras en el aire, disipándose lentamente, igual que su cordura. La ceniza caía en el plato, sin que ella se molestara en limpiarla; no tenía fuerzas para nada más, que para existir en ese instante.

Se levantó lentamente y caminó hacia la ventana; el reflejo en el cristal la observaba con los ojos vacíos. Se estudió con detenimiento y apenas quedaban los rastros difuminados de los moretones en su rostro. Deseaba que su amor por James fuera así, que con los días se borrara un poco más, pero no, lo que sentía por él seguía indeleble en su pecho.

En algún lugar de Edimburgo, James probablemente dormía con otra mujer, o tal vez con varias. Quizá ni siquiera la recordaba, pero ella no podía olvidarlo ni dejar de amarlo, aunque ese amor la estuviera matando poco a poco.

Un sollozo se le atoró en la garganta, pero no pudo retenerlo; primero fue un gemido ahogado, luego una cascada de lágrimas ardientes que le quemaban la piel. Se dobló sobre sí misma, hundiendo el rostro entre sus manos, dejándose llevar por un llanto desgarrador que había reprimido desde que despertó de esa maldita pesadilla.

Su cuerpo se sacudía con cada sollozo, con cada espasmo de dolor que la atravesaba; se sentía rota, miserable y abandonada. Aún así, en medio del llanto y del naufragio de su propia miseria, supo que si James llamaba, si escuchaba su voz al otro lado de la línea, ella correría de vuelta a él sin dudarlo; por eso debía alejarse, tanto como pudiera.

La mañana llegó sin que pudiera cerrar los ojos una vez más y el plato estaba lleno de colillas; se levantó y preparó un té, sin ganas, luego regresó a la silla junto a la mesa, con la mirada fija en la taza.

El encuentro con sus supuestos padres biológicos sería esa tarde, un momento que debía significar el cierre de una herida y la respuesta a todas las preguntas de su vida, pero no sentía nada. Ni emoción, ni nerviosismo, ni miedo; solo un vacío inmenso que la consumía desde dentro.

Creía que este debía ser el día más importante de su vida, la oportunidad de conocer sus raíces, de comprender quién era realmente. Sin embargo, su mente solo podía pensar en James, en el amor desperdiciado, en la humillación, en la sensación de pérdida que la ahogaba más que nunca.

Quizá, después de todo, no quedaba nada en ella que pudiera salvarse.

Edimburgo – Reino Unido

La habitación apestaba a sudor, alcohol y a ese rastro dulzón de la cocaína que impregnaba el ambiente, mientras cuerpos entrelazados se movían al ritmo de una canción que sonaba en algún lugar de la suite. Un tema que James no podía identificar, porque en su cabeza solo había un zumbido sordo que no era más que el reflejo de su propio desmoronamiento.

Sentía manos recorriéndolo, bocas que lo besaban con urgencia, cuerpos que se fundían en la locura del placer, pero él no estaba ahí; no del todo. Con el cigarro colgando de los labios y la

botella de *whisky* apoyada en su muslo desnudo, miraba el techo con los ojos entornados, con el corazón latiendo de manera descompasada y la cabeza embotada.

Alargó la mano, tanteando el suelo en busca de su chaqueta, necesitaba otro cigarro o cualquier cosa que lo sacara de esa bruma en la que flotaba. Sus dedos encontraron un mechón de cabello ajeno y una risa femenina se elevó en la habitación; no le importó, porque desde hacía tres semanas todo le daba igual.

—James… —susurró alguien en su oído, era un aliento caliente y cargado de alcohol—. Estás ausente…

Él giró la cabeza levemente, sus ojos enrojecidos por la falta de sueño y el abuso de drogas, se encontraron con los de una mujer. Era guapa, de labios carnosos y cabello enredado por el frenesí de la noche, pero no era Lauren, nadie en esa habitación era Lauren.

Apagó el cigarro contra la madera de la mesa más cercana y se incorporó con esfuerzo; el mundo se tambaleó un poco, o tal vez era su propia mente la que estaba a punto de ceder. Se pasó la mano por el rostro y se quedó sentado al borde del colchón, desnudo, con la mirada perdida en el suelo alfombrado.

—¿James? —Esta vez fue una voz masculina—. ¿Todo bien?

Él se frotó los ojos con los dedos temblorosos y soltó una risa sarcástica que se fue desvaneciendo, mientras sentía que su corazón y su cabeza le gritaban que no podía más.

«Todo bien, claro. Todo está jodidamente perfecto», pensó irónico.

Su vida siempre había sido un desastre, pero al menos antes tenía a Lauren. Con ella, todo tenía un poco más de sentido y el caos era soportable; sin ella, solo quedaban noches vacías, sexo sin significado y un abismo que se abría bajo sus pies.

Habían pasado tres semanas desde que Lauren se marchó; desde entonces, había dado conciertos en Leeds, York, Durham y ahora estaba en Edimburgo. Cada noche, se subía al escenario completamente ebrio, con los ojos vidriosos y la mente perdida en un vacío que ni el ruido del público podía llenar. Había olvidado partes de las letras y arruinaba los solos, provocando la ira de Tommy y las miradas preocupadas de Ray. Se suponía que la música

era lo único que todavía tenía, pero incluso eso se le estaba escurriendo como agua entre los dedos.

Se puso en pie y se tambaleó hasta la mesita donde esperaban varias líneas de cocaína cortadas. Se inclinó, aspiró una con desesperación y dejó que el ardor en la nariz lo trajera de vuelta a la realidad, pero no funcionó, ya no funcionaba. El teléfono sobre la mesa le llamó la atención, parpadeó antes de tomar el auricular y marcar de memoria el número que llevaba repitiendo ciento de veces durante semanas, aunque el resultado fuera siempre el mismo: tono muerto.

Cerró los ojos con rabia y apretó los dientes, pues no le era difícil concluir que el teléfono estaba desconectado; por supuesto que lo estaba. Lauren no quería hablar ni saber nada de él. Por más que intentara hundirse en un mar de cuerpos y sustancias, eso no cambiaba el dolor punzante en su pecho.

Dejó caer el auricular con un golpe seco y, sin decir nada, agarró su chaqueta de cuero; misma que Lauren solía ponerse en las noches frías después de los conciertos. Se la echó sobre los hombros desnudos y se dirigió a la puerta, ignorando los murmullos a su espalda.

Necesitaba salir de ahí y tomar aire… No, lo que realmente necesitaba era a Lauren, pero ella ya no estaba.

Avanzó por el pasillo, desnudo bajo la chaqueta, con los pies descalzos sobre la alfombra mullida. Las luces del pasillo proyectaban su sombra alargada contra las paredes, como si algo peligroso lo persiguiera, pero no había nadie, tan solo era él y su desesperación.

Cada paso lo hundía más en la certeza de que la había perdido; Lauren lo era todo para él, su calma en el caos y la jodida salvación. La deseaba, la amaba, la necesitaba como necesitaba respirar, pero ella no estaba, por su culpa, porque él había destruido todo lo que construyeron.

El corazón le latía en la garganta y la cabeza le daba vueltas; no podía seguir así, porque su muñeca no regresaría y nada volvería a estar bien. Se detuvo en seco, mirando el vacío ante él; entonces un pensamiento oscuro y definitivo se instaló en su mente, giró sobre

sus talones y regresó a la habitación, tambaleándose con una única resolución.

—¡Largo! ¡Todos a la mierda! ¡La jodida fiesta se acabó! —Su voz resonó con una furia incontenible, apenas cruzó la puerta.

Las miradas se posaron en él, algunos rieron, otros lo observaron con confusión, pero James no tenía paciencia para nadie. Se abalanzó sobre una mesa, derribando botellas y vasos con un golpe de su brazo.

—¡Fuera, joder! —bramó, con el rostro desencajado y respirando de manera errática—. ¡Largo de aquí, malditos chupasangre!

Alguien intentó calmarlo, pero no escuchaba y su rabia explotó sin control. Agarró una silla y con toda la fuerza de su desesperación, la lanzó contra la ventana; el vidrio estalló en mil pedazos, la silla desapareció en la oscuridad de la noche y un sonido seco llegó desde la calle.

La habitación quedó en un estado de parálisis, que solo fue rota por los jadeos nerviosos de quienes aún permanecían ahí. La gente comenzó a moverse con prisa, recogiendo sus ropas con manos temblorosas; algunos se vistieron, otros salieron desnudos, sin mirar atrás. En cuestión de segundos, una docena de personas había abandonado la habitación, dejando a James en medio del desastre.

Sin embargo, él no se conformó solo con echarlos, eso no era suficiente; su furia era un monstruo que aún rugía en su interior, devorándolo desde adentro. Derribó una lámpara con un manotazo, pateó una mesa, lanzó botellas contra la pared, dejando manchas de licor y cristales en todas partes; sus manos temblaban y su respiración era un torbellino entrecortado. La habitación que antes había sido un templo de desenfreno, ahora era un campo de batalla devastado por su propia ira.

Después de ver el caos que lo rodeaba, se quedó quieto, con el pecho subiendo y bajando violentamente, perdido en su propia tormenta; entonces, se derrumbó. Sus rodillas chocaron contra el suelo y, por primera vez desde que Lauren se fue, liberó un llanto desgarrado, violento, incontenible, se llevó las manos a la cara y los

hombros se sacudían con cada sollozo; no podía más, estaba devastado y agotado.

Las lágrimas aún rodaban por su rostro cuando sus ojos se posaron en una jeringa de las muchas que se habían usado esa noche. Su mano temblorosa la tomó, con una mezcla de urgencia y fatalismo; sabía lo que estaba a punto de hacer, pero en ese instante, la desesperación por olvidar a Lauren pesaba más que cualquier advertencia.

Rebuscó entre los restos de la habitación destrozada, empujando cristales rotos con el dorso de la mano, hasta encontrar una pequeña bolsa con el polvo marrón, una cuchara quemada y un encendedor. Con movimientos torpes, vertió la heroína en la cuchara y sacó una pequeña cantidad de agua de una botella en el suelo. Prendió el encendedor, manteniendo la llama temblorosa bajo la cuchara hasta que el líquido comenzó a burbujear y el polvo se disolvió en un remolino ámbar.

Colocó un filtro improvisado y sumergió la aguja en el líquido, tirando lentamente del émbolo hasta que la solución fue absorbida. Exhaló un suspiro entrecortado y buscó con la mirada el torniquete. Lo encontró entre los cojines del sofá y lo sujetó con fuerza alrededor de su brazo. Sus venas sobresalieron gruesas y azules bajo su piel pálida, seguidamente golpeó un par de veces con los dedos antes de insertar la aguja; su mano apenas se mantenía firme mientras presionaba el émbolo, inyectando el líquido espeso en su torrente sanguíneo.

El efecto fue inmediato, una ola de calor le recorrió desde el pecho hasta la punta de los dedos, su visión se tornó borrosa, y su respiración se volvió lenta y pesada. Todo el dolor, toda la culpa, toda la mierda que lo carcomía desde adentro se disolvió en un instante de pura euforia.

Un escalofrío de placer absoluto recorrió su columna, haciéndolo jadear, sus músculos se relajaron y su cabeza cayó hacia atrás, flotando en un mar espeso de calma y olvido. Nada importaba, ni el desastre a su alrededor, ni los recuerdos sobre Lauren que tanto lo atormentaban, ni el eco de su propio llanto en la

habitación destrozada. Solo la sensación de ser tragado por un abismo dorado donde nada podía alcanzarlo.

Sus párpados se cerraron a medias y una sonrisa tenue y amarga, curvó sus labios; en ese instante, James sintió que por fin había encontrado la paz, o al menos, algo que se le parecía demasiado. Había perdido el sentido del tiempo; no sabía si habían pasado quince minutos o varias horas, era como si estuviese despertando de un profundo sueño, pero estaba seguro de que no se había dormido.

Una sensación de euforia renovada lo instó a levantarse de la alfombra en la que estaba tirado; podía sentir el viento colándose con un silbido por la ventana rota, acariciándole la piel caliente. El zumbido en su cabeza seguía presente, pero ahora le resultaba reconfortante, como una melodía que lo mantenía en pie; su cuerpo se sentía liviano, casi ingrávido, y por un momento se permitió disfrutar de esa sensación.

Gateó en busca de cualquier botella de licor, pero todas las había hecho trizas en su frenesí anterior. Un suspiro frustrado escapó de sus labios mientras sus ojos vagaban por la habitación en ruinas, buscando desesperadamente una última gota de alcohol que le ayudara a mantener aquella burbuja de placer en la que flotaba.

Se pasó una mano por el rostro y se quedó mirando sus dedos, manchados de sangre seca y polvo; todo le parecía irreal, como si estuviera viendo la escena de una película donde era el protagonista, pero sin ningún control sobre el guion. Se puso de pie con torpeza; necesitaba más de todo, más olvido, más anestesia, más de cualquier cosa que lo mantuviera lejos de la realidad que le arañaba el pecho con insistencia.

Encontró unos vaqueros en el suelo, no estaba seguro de que fueran suyos, pero no le importaba. Se los puso a trompicones, sin molestarse en abrochar bien el botón, y con pasos inciertos salió de la habitación rumbo al bar del hotel.

El lugar estaba casi vacío, solo un par de hombres bebían en una esquina, sumidos en alguna conversación. La luz tenue iluminaba las botellas alineadas en los estantes tras la barra, reflejando destellos en el espejo que cubría la pared. El barman, un

hombre de mediana edad con el ceño fruncido, alzó la vista cuando James se dejó caer pesadamente sobre un taburete.

—Estamos a punto de cerrar —anunció con voz firme, mientras secaba un vaso con un paño.

—No me importa, solo dame un vodka. Me iré cuando cierren —murmuró James, con la mirada fija en las botellas.

—Mira —suspiró, cruzándose de brazos—. En diez minutos no podré servir más bebidas. No tiene sentido que empieces ahora.

—Diez minutos son suficientes. —James soltó una risa seca, casi sin fuerza—. Solo dame el maldito trago.

—Espero que no des problemas…

—Al parecer, no sabes con quién estás hablando —escupió con egolatría, mirándolo fijamente.

—He atendido a muchos músicos en este bar. —El barman lo miró con calma—. Promesas, leyendas en ascenso y caídas en picada. No eres el primero ni serás el último que entra aquí creyendo que el mundo le debe algo. Pero aquí, las reglas son las reglas. —Más de diez años trabajando tras esa barra le habían dado la experiencia para saber cómo actuar ante ese tipo de situaciones, y sus jefes estaban muy satisfechos con su manera de llevar las cosas. Así que, se creía con la autoridad para dar esas respuestas.

—¿Sabes quién soy? —James apoyó los codos en la barra y lo miró con una sonrisa desafiante.

—No me importa quién seas —respondió con tono indiferente. Tomó una botella de vodka y sirvió un trago en un vaso bajo, empujándolo hacia él—. Solo este, luego te largas.

James no respondió, solo agarró el vaso con dedos ansiosos y bebió de un solo trago, sintiendo el ardor recorrer su garganta, luego golpeó el vaso vacío contra la barra.

—Dame otro.

—Solo te serviré uno, ya te lo dije —replicó el barman con firmeza.

—Aún quedan nueve minutos. —James apretó la mandíbula y forzó una sonrisa sarcástica—. Sírveme otro y no me toques los cojones, que no estoy de humor para las estupideces de un viejo frustrado.

—No. —Lo miró fijamente y sin inmutarse—. Será mejor que te marches antes de que llame a seguridad.

El aire pareció tensarse entre los dos. James tamborileó los dedos contra la barra, sintiendo cómo la rabia le trepaba por la piel. No le gustaba que le dijeran que no, mucho menos cuando lo único que quería era seguir flotando en su burbuja de olvido.

—¿De verdad quieres que te dé razones para que llames a seguridad? —Apoyando los codos en la barra y se inclinó hacia el barman.

—Ve a darte una ducha de agua fría y duerme un poco —aconsejó sin acobardarse, pero tampoco iba a caer en provocaciones. Era evidente que el músico estaba intoxicado hasta el tuétano.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —bramó James, su voz resonó por todo el bar, cargada de furia y resentimiento. Sus ojos refulgían de rabia mientras cerraba el puño alrededor del vaso.

Con un movimiento brusco, lo lanzó con toda su fuerza contra las hileras de botellas detrás de la barra. El estruendo del cristal rompiéndose se mezcló con el grito ahogado del barman, quien apenas tuvo tiempo de apartarse antes de que el líquido y los fragmentos de vidrio volaran en todas direcciones.

La respiración de James se volvió errática, el pecho se le alzaba y descendía con violencia. Agarró un taburete y lo lanzó con la misma rabia ciega contra la estantería. El impacto hizo que el espejo se convirtiera en una red de fracturas antes de estallar en mil pedazos.

—¡Basta ya, maldita sea! —gritó uno de los hombres en la esquina, levantándose de su asiento junto con sus compañeros.

James no pudo escucharlo porque su conciencia se desvanecía en un mar de rabia ciega. Saltó sobre la barra, resbalando un poco entre el licor derramado y los vidrios rotos. Sus manos se aferraron a las botellas restantes, arrojándolas al suelo en un frenesí de destrucción. Su mundo era un desastre y solo quería ver todo reducido a escombros.

—¡Maldito lunático! —exclamó otro de los presentes, avanzando con intención de sujetarlo.

Justo en ese momento, la puerta del bar se abrió de golpe y entraron Joyce, Billie y Ray a toda prisa. Habían llegado tras el aviso de seguridad, con la urgencia reflejada en sus rostros.

—¡James, para de una puta vez! —bramó Ray, corriendo hacia él.

James se giró bruscamente al escuchar la voz, tenía las pupilas dilatadas y el rostro crispado en una mueca de odio. Agarró otra botella y la alzó, como si estuviera listo para arrojarla contra su propio primo.

—¡Te lo advierto, Ray, no te acerques! —amenazó con la voz ronca.

—¡Joder, James, cálmate! —Billie se acercó con las manos en alto, tratando de apaciguarlo—. No puedes seguir haciendo esto, tío. ¡Mira lo que has hecho! ¿En qué coño estás pensando?

—¡A la mierda todo! —rugió James—. ¡A la mierda tú, Ray, a la mierda la banda, a la mierda todo esto!

Joyce, con el rostro lívido, dio un paso adelante. Su expresión no era de miedo, sino de agotamiento y decepción.

—James… —su voz era grave y firme—. Mírate, estás hundiéndote y no haces nada por evitarlo.

—¡Tú no me conoces! ¡No sabes nada de mí! —le espetó James, con la voz quebrada, pero aún llena de rabia.

Ese instante de vulnerabilidad fue suficiente para que los guardias se lanzaran sobre él. James forcejeó, pataleó, gruñó como un animal atrapado, pero su cuerpo ya no respondía con la misma violencia. Lo empujaron contra la barra, sujetándolo con fuerza.

—¡Suéltenme, hijos de puta! —gritó con voz desgarradora mientras luchaba inútilmente contra el agarre.

Billie se pasó una mano por el cabello, intentando controlar su frustración. Ray, con la mirada baja, sintió cada palabra de James como un golpe directo al estómago.

—Llévenselo de aquí —ordenó Joyce con voz cortante, luego se volvió al barman—. Lo pagaremos todo… reciba mis disculpas.

Los guardias empezaron a arrastrar a James fuera del bar; sin embargo, él seguía forcejeando, pero su cuerpo ya no tenía la misma resistencia. Su rabia se estaba transformando en algo más

peligroso, algo que dolía más que cualquier golpe; era el peso de su propia miseria.

Ray lo siguió a través del pasillo del hotel, observando cómo James apenas podía mantenerse en pie. Cuando abrieron la puerta de la habitación, un escalofrío lo recorrió; la escena que encontró era el reflejo del infierno en el que su primo estaba viviendo.

La habitación era un caos, ropa revuelta, botellas rotas, colillas de cigarrillos esparcidas en la alfombra. La cama deshecha, las cortinas ondeaban con el viento que entraba por una ventana rota. El aire estaba cargado del olor a alcohol, sudor y nicotina.

—Joder, James… —murmuró Ray, sintiendo cómo la inquietud se transformaba en un miedo real.

El viento sacudía las cortinas como espectros en la penumbra. Ray tragó saliva, no podía dejarlo ahí solo, no cuando estaba seguro de que podría terminar lanzándose por la ventana.

—No podemos dejarlo aquí —dijo con voz baja pero firme. Se giró hacia los guardias—. Ayúdenme a llevarlo a mi habitación.

James, agotado hasta el límite, ya no tenía fuerzas para resistirse; así que solo se dejó arrastrar. Cuando lo dejaron caer sobre la cama, se quedó allí, como un muñeco roto, su respiración era errática y tenía la mirada perdida en el techo; ya no quedaba en él la fuerza para seguir luchando.

Ray se pasó una mano por la cara, sabía que su primo estaba así por Lauren, desde que ella se marchó, James no había hecho más que autodestruirse, día tras día, arrastrándose por el borde de un precipicio. Y lo peor era que nadie podía sacarlo de ahí; excepto ella.

CAPÍTULO 26

Birmingham – Inglaterra

El frío de la estación de policía se adhería a la piel de Lauren como un recordatorio de la distancia entre su presente y el pasado que estaba a punto de enfrentar. Su corazón, que había latido errático por James durante tanto tiempo, ahora parecía volcarse sobre sí mismo por razones completamente distintas. Vio la puerta al final del pasillo, donde la esperaban los Russell; tragó saliva con dificultad, sintiendo que el nudo en su garganta se apretaba con cada paso.

No se había permitido sentir esa clase de miedo antes, el temor a lo desconocido, a un amor que, aunque suyo por derecho, le resultaba ajeno e inesperado. El padre Francis caminaba a su lado, su presencia serena era como un faro que la guiaba en la tormenta de emociones que la estaba sacudiendo por dentro y casi era visible en su exterior.

—Hija, no hay prisa. Ellos te han esperado toda su vida, un minuto más no cambiará nada —le ofreció palabras que esperaba fueran un bálsamo—. Debes saber que te aman, sin importar lo que recuerdes o no. El amor de un padre no conoce de tiempo ni de distancia.

Él se reunió la tarde anterior con ellos y con la Madre Superiora; de forma mucho más detallada, lo pusieron al tanto de toda la historia y pudo ver en sus miradas el infierno que vivieron. También vio en ellos lo mucho que amaban a su hija; comprendió que Lauren iba a estar muy bien, aunque a él se le rompiese el corazón porque ella debía marcharse lejos y para volver a verla tendría que atravesar un océano.

—Si en algún momento necesitas detenerte, solo dilo. No hay expectativas sobre cómo debes sentirte. Esto es tuyo, Lauren, este momento te pertenece. —Thompson, le dirigió una mirada comprensiva,

Ella afirmó débilmente, no podía poner en palabras lo que sentía. era como si su corazón estuviera dividido en dos mundos; el conocido hasta ahora, lleno de pérdidas y carencias, y el que estaba a punto de abrirse ante ella, incierto y abrumador. El oficial que los recibió le dedicó una breve sonrisa de aliento antes de abrirles; el sonido del picaporte girando pareció resonar en su pecho. Y finalmente, los vio.

Madeleine y Patrick Russell estaban de pie en el centro de la sala, con miradas expectantes; los reconoció al instante, aunque la televisión no les había hecho justicia. Eran más jóvenes de lo que imaginaba, pero llevaban las huellas del sufrimiento en sus rostros: ojeras, líneas de expresión profundas y miradas desgastadas por los años de búsqueda; en ese momento, todo su agotamiento se disipó para dar paso a una emoción indescriptible.

Madeleine llevó una mano temblorosa a su boca, sus ojos estaban anegados en lágrimas; y de manera inevitable, un sollozo escapó de sus labios antes de que pudiera reprimirlo. Su hija estaba ahí; después de dieciséis años de incertidumbre, de noches sin dormir, de preguntas sin respuestas, Susan estaba de pie frente a ella.

Patrick sintió que sus piernas flaqueaban, apretó los puños, conteniéndose de correr hacia ella; había soñado tantas veces con este momento, con su niña de vuelta en casa, y otras tantas la había visto en sus pesadillas, desapareciendo una y otra vez, pero ahora estaba allí, viva. Sus ojos no mentían, era su hija; lo sentía en la médula de sus huesos, en la manera en que su corazón parecía reconocerla sin necesidad de resultados científicos. Sin embargo, ella lo miraba como a un extraño, y eso dolía más de lo que jamás habría imaginado.

Lauren quería acercarse o decir algo, pero su cuerpo no respondía, aunque su mente iba a mil por hora, analizando cada detalle; los ojos de Madeleine, tan parecidos a los suyos, la manera

en que Patrick la observaba con incredulidad y devoción. Le sonreían, pero eran sonrisas frágiles, como si temieran que un solo movimiento pudiera deshacer la realidad del momento; finalmente, Madeleine dio un paso adelante, un paso que condensaba dieciséis años de sufrimiento, de anhelo y de amor.

—Susan... —Su voz salió rota, pero llena de dulzura—. Mi Susie…

El sonido de ese nombre hizo que Lauren se estremeciera, seguía sintiendo que no le pertenecía; era como si llamaran a alguien más, a una sombra de su pasado con la que aún no sabía cómo conectar. Su pecho se contrajo con más fuerza porque en ese momento, notó que Madeleine se parecía a Grace; la mujer que la había amado y que estuvo para ella incondicionalmente: el mismo tipo de ojos, la dulzura en la mirada, incluso la forma en que sus manos temblaban, llenas de emoción.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Era posible? ¿Era el destino, Dios o simplemente una cruel coincidencia? No le importaba, porque en ese instante, se sintió menos sola; era como si la vida le estuviera devolviendo, a la madre que tanto amó y perdió.

Sin poder evitarlo, sus lágrimas comenzaron a caer; no sabía qué debía hacer ni cómo se suponía que debía reaccionar, pero cuando Madeleine abrió los brazos con un gesto tembloroso, algo en ella cedió y cruzó la distancia para dejarse envolver en el abrazo de su madre.

Madeleine la sostuvo con toda la fuerza de su amor, con la desesperación de una madre que vivió en el infierno y finalmente encontró el camino para salir de ese lugar. Su hija estaba en sus brazos, era real; sollozó contra su cabello, acariciándole la espalda con suavidad, murmurando entrecortadas palabras de amor. Patrick se unió al abrazo, envolviendo a ambas con ese amor que había contenido durante mucho tiempo, deseando alejar todo el dolor por los años de ausencia.

Lauren, entre sus brazos, sintió por primera vez en su vida lo que significaba pertenecer; eso, más que cualquier otra cosa, la quebró completamente. Se aferró a esa posibilidad con todas sus fuerzas, ellos eran su salvación, la tabla a la que podía sujetarse

para no hundirse en el vacío que James dejó en su corazón; estaba rota, devastada, y necesitaba algo que la anclara a la vida y sus padres eran ese ancla.

sabía que debía aprender a amarlos, que no bastaba con el lazo de sangre para construir un vínculo, pero estaba dispuesta a intentarlo, quería conocerlos, escuchar sus historias, dejar que su pasado cobrara forma a través de sus palabras. Tal vez, en ese proceso, podría llenar los huecos de su memoria, reconstruir la imagen de la niña que fue y comprender; por fin, quién era en realidad, porque hasta ahora, nada de lo que había sido le parecía realmente suyo. Su nombre, ni siquiera su nacionalidad, todo era un misterio que debía resolver, una identidad que necesitaba reclamar como propia.

Se permitió cerrar los ojos en ese abrazo; sintiendo que tal vez, siendo Susan Russell, había esperanza para ella. Cuando el abrazo se rompió, un silencio denso quedó suspendido en la sala, pero también las emociones seguían cargando el aire.

Madeleine y Patrick dieron un paso atrás, sin soltar del todo sus manos porque los aterraba que pudiera desvanecerse ante sus ojos. La miraron con devoción, asombro e incertidumbre; sabían que la parte más difícil no era haberla encontrado, sino que ella no los recordaba. Susan, su Susan no tenía memorias de ellos, de su infancia, de su hogar, pero estaban dispuestos a devolvérselas, a reconstruir cada hilo de su pasado para que volviera a ser su niña.

—Queremos hacer esto bien, sin presionarte —dijo Patrick con voz calmada, aunque en sus ojos se reflejaba su lucha interna y desesperada por recuperarla.

Madeleine, incapaz de esperar más, deslizó la mano dentro de su bolso y sacó el carrusel de juguete. Era delicado, con caballitos tallados a mano y detalles dorados. Lo sostuvo frente a su hija, con los dedos temblorosos.

—Era tu favorito —murmuró con la voz cargada de esperanza, mientras la veía—. Lo reconoces, ¿verdad?

Lauren miró el objeto con curiosidad; era hermoso, sí, pero no evocaba en ella ningún recuerdo, no había un destello de nostalgia, ninguna imagen perdida en su mente que le indicara que alguna vez

lo sostuvo entre sus manos. Se sintió atrapada en la mirada expectante de sus padres, no quería herirlos, pero tampoco podía mentirles.

—Es muy bonito —dijo sincera, tomando el carrusel y girándolo entre sus dedos. Luego, alzó la mirada y decidió ser honesta—. Pero no lo recuerdo; aunque... sí es algo que me habría gustado tener.

—¿Lo ves? —Madeleine emitió un pequeño chillido ahogado, y miró a Patrick con ojos brillantes—. Siempre le gustó, lo sabía —dijo con emoción, como si aquello fuera una prueba de que Susan aún estaba ahí, bajo esa apariencia de joven desconocida.

Lauren sintió el peso de su emoción, había una ternura abrumadora en el modo en que la miraban, como si cada detalle de su rostro les devolviera un pedazo de su hija perdida. Madeleine inclinó la cabeza, analizándola con delicadeza y memorizando cada rasgo.

—Tu cabello... —dijo en un susurro—. Es más oscuro de lo que pensaba. Lo tiñes, ¿verdad?

—Sí... —Lauren asintió, un poco incómoda—. Me gusta más así.

—¿Puedo...? —Madeleine levantó una mano con suavidad.

Lauren vaciló un segundo antes de asentir. Madeleine le acarició el cabello con ternura, deslizándolo entre sus dedos como si intentara aferrarse a una parte tangible de su hija.

Patrick dejó caer la mirada sobre la ropa que llevaba: la chaqueta de cuero, camiseta de Black Sabbath, los vaqueros desgastados... No era la imagen que había soñado de su hija. Se la había imaginado más delicada, diferente; pero al verla, no sintió rechazo, sino una inesperada curiosidad.

—Te gusta el rock —comentó con una leve sonrisa.

—Sí, mucho —respondió con una sonrisa que le iluminó la mirada.

—Qué bien. —Patrick asintió, hallando una oportunidad para conectar con ella—. Tu hermano mayor también es un apasionado del rock. Lenny... —hizo una pausa y luego continuó—. También tienes una hermana. Stella, tiene cinco años.

—¿De verdad? —Lauren sintió un leve sobresalto en el pecho. ¿Hermanos? No estaba sola en el mundo, después de todo. El

descubrimiento la llenó de una emoción tibia y confusa—. No sabía que tenía hermanos...

La idea le resultaba extraña y maravillosa a la vez, pues Henry fue lo más cercano a una familia, pero incluso ese lazo fue trágico; lo quiso, aunque nunca supo de qué manera exactamente. Tal vez su amor por él siempre estuvo distorsionado, porque no sabía cómo asociar las emociones.

—Aprendí a amar el rock por mi padre adoptivo, su nombre era Oliver —continuó ella, queriendo alargar la conversación y aferrarse a la conexión recién descubierta

El aire en la estación pareció congelarse por un instante, aunque Patrick y Madeleine ya sabían que Susan había sido adoptada, oírlo de sus labios en tiempo pasado, les recordó lo mucho que había sufrido.

—Fue un buen hombre —añadió Lauren con un nudo en la garganta—. Muy bueno, pero lo perdí.

Madeleine entrelazó las manos en su regazo, mientras Patrick asentía con gravedad; sabían que Oliver y su esposa habían sido asesinados y que Susan volvió al orfanato tras perderlos. No era solo una niña que fue arrancada de su hogar, sino que también vivió el duelo y la soledad; no podían simplemente tenerla de vuelta y pretender que nada había pasado.

—Lo siento mucho —dijo Patrick con honestidad—. Debió ser muy duro.

—Sí... —Lauren sostuvo su mirada y apenas sonrió—. Pero aquí estoy. —A pesar de todo lo vivido, no deseaba perder su optimismo.

—Y aquí estamos nosotros. —Madeleine tomó su mano con delicadeza, como si temiera que Susan pudiera desvanecerse si la sostenía con demasiada fuerza.

Un nuevo silencio se instaló entre ellos, pero no era incómodo, sino cargado de emociones; no podían apresurar las cosas, pero tampoco podían ignorar lo que había entre ellos, un lazo frágil, pero real, una promesa que tal vez, con el tiempo, Susan encontraría el camino de vuelta a casa.

Madeleine apenas podía apartar la vista de su hija, cada detalle de su rostro la embelesaba, la delicadeza de su piel, la intensidad

cambiante de sus ojos entre el gris y el azul, la sutil ternura que aún conservaban. Era su Susan, su pequeña a quien había buscado durante dieciséis largos años; sin embargo, la imagen le traía un dolor inesperado, un recuerdo que le oprimía el pecho: su hermana Melanie. Susan tenía sus rasgos, una semejanza tan innegable que le hizo sentir el peso de su culpa con una brutalidad devastadora.

Desconfió de su hermana y de Graham, les responsabilizó por algo que escapaba de su control, Susan no se perdió por un descuido suyo, se la arrebataron; criminales acechando, esperando el instante preciso para llevarse a su niña. ¿Desde cuándo rondaban? ¿Desde cuándo la tenían en la mira? La idea la descomponía. No fueron errores de su hermana o su novio, sino de un mundo despiadado que ella no pudo prever ni evitar.

Patrick, en cambio, había desviado la mirada hacia el hombre que acompañaba al padre Francis; reconocía al sacerdote, pero el otro hombre era un extraño para él.

—No los he presentados. —Lauren notó dónde estaba la atención de su padre biológico—. Señor Thompson, estos son Patrick y Madeleine Russell —dijo con cautela, respeto y nerviosismo.

—Un placer conocerles. —Dio un paso adelante y estrechó la mano de Patrick con un gesto firme y profesional—. Mi nombre es Benedict Thompson, soy abogado y fui el albacea de Oliver y Grace Spencer, los padres adoptivos de Lauren. Desde su fallecimiento, he velado por su bienestar financiero y legal.

La forma en que hablaba era precisa, serena; no se trataba de un discurso ensayado, sino de una exposición de los hechos con la claridad de haber lidiado con situaciones difíciles antes.

—Y por eso, querida Lauren… o Susan —corrigió con una ligera sonrisa—, es mi deber informarte que la herencia que tus padres adoptivos te dejaron sigue siendo tuya. Nada cambiará en ese aspecto; no obstante, si decides asumir legalmente tu identidad de nacimiento, habrá procesos que deberán ajustarse, solo algunos trámites legales.

—Entiendo. —Lauren asintió, pero la tensión en su rostro era evidente. Sentía el peso de decisiones que nunca imaginó tener que tomar.

—No tienes que preocuparte, estaré a tu lado en cada paso —añadió Benedict con un deje de comprensión en la voz.

—No creo que una prueba de marcadores genéticos sea necesaria —dijo con firmeza—. Sé que eres mi hija con solo mirarte... Te reconozco en cada rasgo, en cada gesto.

—Lo entiendo, señor Russell. —Benedict asintió, pero mantuvo su postura profesional—. Sin embargo, las autoridades requieren la prueba para formalizar cualquier cambio. Y, al ser mayor de edad, la decisión es de Lauren, aunque no está obligada a hacerla, sería lo mejor para que no queden dudas.

—Yo tampoco tengo dudas—dijo Madeleine con una sonrisa que desbordaba convicción—. Y no puedo esperar meses a una prueba. No puedo perderte de nuevo, Susan, no después de tanto sufrimiento. —Sin poder contenerse más, le tomó las manos con un fervor desesperado, mientras la miraba a los ojos—. Por favor, ven con nosotros a Estados Unidos, para que conozcas al resto de tu familia y tu hogar. No quiero alejarme de ti otra vez —suplicó con la voz rota.

Lauren sintió que el aire le faltaba; de repente, la habitación se hizo demasiado pequeña, le pareció que el peso de la propuesta era demasiado grande. ¿Irse? ¿Dejar atrás todo lo que conocía? Ahí estaba Henry, sus recuerdos en la escuela, la Madre Superiora, el padre Francis, sus amigas. Incluso, Paul, Alfie. Y James... James, a quien amaba pese a todo. Su garganta se cerró impidiéndole respirar bien y su piel se erizó; entonces se soltó con torpeza de las manos de Madeleine y dio un paso atrás.

—Lo siento… necesito salir —murmuró antes de girar sobre sus talones y huir de la sala.

—Perdónenla. —El padre Francis se volvió hacia Madeleine y Patrick con amabilidad, pero con una seriedad innegable—. Está abrumada, esto es demasiado para ella en tan poco tiempo. Y no está pasando por un buen momento…

—Está emocionalmente vulnerable. —El abogado también intervino—. No solo por descubrir lo que podría ser su pasado… sino porque hace unas semanas le rompieron el corazón; terminó con su novio y no lo ha llevado bien. Denle tiempo.

Lauren salió corriendo de la estación y subió a un taxi sin pensarlo; solo alcanzó a murmurar la dirección del oratorio. Cuando llegó al cementerio, sus piernas apenas la sostenían, caminó entre las lápidas hasta la que conocía de memoria; se dejó caer sobre la fría piedra que llevaba el nombre de Henry y el llanto la consumió.

—Te necesito, Henry… —susurró entre sollozos—. No pensé que encontrar mi pasado me haría sentir tan perdida. —Apoyó la frente sobre la lápida y cerró los párpados con fuerza—. Parece que encontré a mis verdaderos padres —murmuró con voz trémula—. Pero entonces, ¿por qué me siento como si estuviera perdiéndome más que nunca? No quiero alejarme de aquí, no quiero dejarte, no quiero dejar a quienes han sido mi familia toda la vida. —Sus lágrimas caían sobre la fría piedra mientras su voz se quebraba—. Y James… Dios, Henry… James me destruyó, me engañó, me humilló, me golpeó… Aún así, me duele la idea de alejarme de él. Sé que tú nunca me habrías roto el corazón, nunca me habrías tratado como él lo hizo, pero lo dejé entrar en mi vida, lo amé como nunca amé a nadie, y él me dejó hecha pedazos, tuve que huir, escapar como si fuera una prisionera. Y lo peor de todo… es que sigo sintiéndolo dentro de mí; sigo preguntándome ¿si alguna vez fui suficiente para él? ¿Si me quiso de verdad o solo fui un juego más en su mundo retorcido?

El viento sopló suavemente entre los árboles, como si el universo quisiera responderle. Lauren cerró los ojos, sintiendo la brisa acariciar su rostro; se abrazó a sí misma, temblando.

—No sé cómo dejar de sentir este dolor.

Las lágrimas caían en silencio, resbalando por su rostro hasta perderse en la piedra fría. Acarició la superficie de la lápida con dedos temblorosos, como si pudiera sentir la calidez de Henry a través de ella.

—A veces cierro los ojos y trato de imaginar cómo sería mi vida si estuvieras aquí —susurró, con la voz quebrada—. Si nunca me hubieras dejado… si no hubieras muerto. —Se mordió el labio, intentando contener un sollozo que de todas formas estalló desde lo más profundo de su pecho—. Fuiste lo más hermoso que tuve, Henry. Lo único que siempre estuvo ahí para mí. Cuando todos me

ignoraban y el mundo me hacía sentir invisible, tú me mirabas… me veías de verdad.

Cerró los ojos y dejó que los recuerdos la inundaran; las risas en el patio del orfanato, los días bajo la lluvia mientras jugaban a atraparse, las noches en las que él le contaba historias en el campanario hasta que se quedaba dormida, la forma en que él siempre encontraba una manera de hacerla sonreír, incluso en sus peores días.

—A tu lado todo era más fácil… —murmuró y suspiró con nostalgia—. No importaba si el mundo era injusto, si la vida dolía. Mientras estuvieras conmigo, yo podía con todo. —Se abrazó a sí misma, sintiendo el peso de los años que había pasado sin él, el vacío irreparable de su ausencia—. No sé cómo seguir sin ti, Henry. No sé cómo tomar decisiones sin preguntarte primero qué haríamos, no sé cómo confiar en que la vida me llevará a un lugar seguro, cuando todo lo que he conocido es el dolor y la pérdida.

El viento sopló con dulzura, agitando su cabello; se permitió imaginar, por un momento, que era él y que de alguna manera aún estaba allí, cuidándola como siempre lo hacía.

—Te extraño todos los días —susurró, cerrando los ojos—. Y lo peor es que siento que te sigo perdiendo, que cada vez que la vida me empuja en una nueva dirección, te alejo un poco más.

Se quedó en silencio, dejándose envolver por la brisa, por la soledad y por la sensación de que Henry, aunque no pudiera responderle, aún la escuchaba y que en algún rincón del universo, todavía le pertenecía. Con ese pensamiento, dejó que el llanto la arrastrara una última vez.

CAPÍTULO 27

Madeleine sintió cómo su pecho se comprimía al ver a Susan salir de esa manera; cada paso que daba su hija alejándose, era un cuchillo que se hundía en su corazón. No había esperado que su propuesta fuese recibida con júbilo inmediato, pero el pánico y el rechazo en sus ojos, le hicieron sentir como si le arrancaran algo vital. Lo peor fue que no la detuvo, no corrió tras ella, solo se quedó de pie, con las manos temblorosas y la mirada vidriosa, mientras Patrick, con los labios apretados y los puños cerrados, luchaba contra sus propios demonios.

El padre Francis suspiró profundamente, con la paciencia de haber visto muchas almas perdidas encontrar su camino después de largos desvíos. Miró a Madeleine y a Patrick con compasión.

—Entiendo lo que sienten —dijo, después de que Thompson le confirmara la razón del sufrimiento de Lauren—, pero deben recordar que ella ha vivido mucho más de lo que pueden imaginar. Para ustedes, sigue siendo su pequeña, la que llevaba una vida feliz y segura, pero el mundo no ha sido tan indulgente con Lauren… Susan.

Patrick sintió un ardor en el pecho y una furia silenciosa le subió como lava por la garganta. «Su pequeña». A la que no pudo proteger, sufrió sola; lo peor era saber que algún miserable rompió sus ilusiones y la hizo llorar. Se le revolvía el estómago al imaginar a un hombre haciéndole daño a su hija.

—¿Cuál es su nombre? —soltó de repente, con la mandíbula tensa.

El abogado, que hasta el momento se había mantenido en respetuoso silencio, lo miró con expresión analítica. Conocía bien ese

tono; era el de un padre herido, el de un hombre que, si tuviera un nombre, no dudaría en buscar venganza.

—No lo sabemos —respondió con calma—. Lauren solo nos habló de su relación cuando ya había terminado. Nunca nos dio detalles.

Era una verdad a medias, porque Thompson sí sabía quién era; contrató a un investigador privado, que le entregó un expediente detallado sobre James MacLeod, el vocalista de una banda emergente de rock. Sin embargo, esa información no le pertenecía a él entregarla, era Lauren quien debía decidir si la compartía.

Patrick exhaló con furia; quería un nombre, un rostro y hacer pagar a quien fuera que le hubiese hecho daño a su hija; al menos, a ese al que podía tener acceso, pues los otros habían muerto. Sin embargo, sabía que, por más que lo deseara, no podía arreglar el pasado con violencia.

—Patrick. —Madeleine, colocó una mano en su brazo, intentando calmarlo—. No podemos cambiar lo que pasó, pero sí podemos intentar recuperar el tiempo perdido. No quiero obligarla a nada ni presionarla... Solo quiero estar con ella. —Su voz se quebró en la última frase.

Patrick cerró los ojos con fuerza, porque por mucho que le doliera, Madeleine tenía razón. Susan necesitaba tiempo y no podían irrumpir en su vida como si los últimos dieciséis años no hubiesen pasado, no podían pretender que ella saltara a sus brazos sin reservas.

—Lo intentaré —dijo el padre Francis, con tono sereno—. Hablaré con ella, pero deben entender que esto no será fácil; han sido demasiados cambios en muy poco tiempo. Además, en unas semanas debería empezar la universidad.

—¿Qué estudia? —Patrick parpadeó; hasta ese momento, no había pensado en lo que Susan hacía con su vida.

—Bellas Artes —respondió Thompson—. En Londres y vive en una residencia estudiantil. Solo viene a Birmingham por vacaciones. —Le pareció que esa era información que ellos debían saber.

Madeleine sintió un pequeño destello de emoción en medio de la tormenta de sentimientos. Sus hijos tenían una vena artística, eso

era un detalle que nunca imaginó; sin embargo, le daba más de esperanza.

—Puede estudiar en Princeton —murmuró, sin darse cuenta—. Es una excelente universidad, creo que se podrá hacer la equivalencia.

Era un pensamiento fugaz, una idea que la emocionaba sin darse cuenta de lo que implicaba; en el fondo, lo único que realmente deseaba era tener la oportunidad de conocer a su hija, de compartir más con ella.

—¿Su novio va a la misma universidad? —Patrick, sin embargo, seguía atrapado en su propia tormenta.

—No lo sabemos —repitió Benedict con el mismo tono medido y su expresión imperturbable—. Lauren no nos habló mucho de él.

Madeleine suspiró y se abrazó a sí misma; sabía que el camino sería largo y que cada paso con su hija debía ser medido, pero no pensaba rendirse. Su corazón de madre, aunque herido, aún latía con esperanza.

—Hablen con ella —suplicó Patrick, mirando con seriedad al abogado y al sacerdote—. Sabemos que en estos momentos somos unos desconocidos para Susan… y que llevará tiempo ganarnos su confianza, y mucho más su cariño. Pero deseamos que al menos considere la posibilidad de ir con nosotros a Estados Unidos.

Thompson asintió con profesionalidad, mientras el padre Francis inclinaba levemente la cabeza, comprendiendo el peso de la petición. Ambos los comprendían pero todo dependía de Lauren.

—Nos estamos quedando en el Rowton Hotel, en la habitación 305 —agregó Patrick—. Sabemos que no podemos quedarnos mucho tiempo aquí, así que, por favor, si ella toma una decisión, comuníquenoslo.

—Gracias por todo lo que han hecho por Susan. —Madeleine se secó discretamente una lágrima antes de sonreír con gratitud—. Nunca podremos agradecerles lo suficiente.

El padre Francis y el abogado sabían lo mucho que esa familia había sufrido, y aunque el camino aún era incierto, lo importante era que después de tantos años de angustia, de búsquedas infructuosas,

de noches sin dormir preguntándose qué habría sido de su hija, finalmente la habían encontrado.

Con el alma llena de anhelo y el corazón latiendo con fuerza, Patrick y Madeleine se marcharon con la esperanza de que Susan, eligiera volver a casa con ellos, y ser una vez más la familia feliz de antes.

Benedict Thompson mantenía ambas manos en el volante, con la mirada fija en el oratorio frente a él. La tarde caía lentamente sobre Birmingham, y una ligera llovizna empañaba levemente el parabrisas, reflejando las luces dispersas de la calle adoquinada. Francis, que estaba sentado en el asiento del copiloto, se giró hacia él antes de abrir la puerta.

—Muchas gracias, Benedict —dijo con un tono sereno—. No solo por traerme, sino por lo que ha hecho por Lauren.

—Ella solo merece cosas buenas, padre —contestó con convicción y una sonrisa leve—. Ha pasado por demasiado; a pesar de todo lo bueno que vivió con Oliver y Grace… y del deseo de ellos por protegerla. Lauren necesita a personas que la quieran de verdad; no como un capricho o una obligación, sino porque lo sienten de corazón.

Francis asintió lentamente, percibiendo el peso de aquellas palabras. Sabía que Thompson tenía razón, Lauren necesitaba más que un nombre o una familia en documentos legales; necesitaba saberse parte de algo.

—Tienes razón, lo que más le hace falta es precisamente eso, pertenecer. —Soltó un suspiro hondo, cargado de reflexión—. Pero al menos, cuando ya no lo esperábamos, pudo reencontrarse con su familia; es un alivio saber que no estará sola.

—¿Cree que realmente son sus padres? —preguntó con su habitual pragmatismo—. ¿Está seguro de que Lauren es Susan Russell? Yo soy un hombre de pruebas, padre. No podría decirlo con certeza hasta ver los resultados de los marcadores genéticos.

—Yo soy un hombre de fe, Benedict —esbozó una leve sonrisa y negó con la cabeza—. Yo sí lo creo… Los lunares, la cicatriz, su

rostro… Pero más allá de eso, ellos la reconocieron, y el corazón de un padre pocas veces se equivoca.

Un silencio pesó entre los dos. Thompson, con su escepticismo analítico, respetaba la convicción del sacerdote, aunque no la compartiera del todo. Finalmente, le extendió la mano.

—Esperemos que todo salga bien, entonces.

—Nos veremos pronto. —Francis estrechó su mano con firmeza.

Sin decir más, abrió la puerta y salió bajo la llovizna, se acomodó el abrigo y se dirigió con paso decidido hacia el oratorio. Thompson esperó a verlo entrar antes de alejarse en el auto. El interior del oratorio estaba casi en penumbra, solo algunas luces tímidas iluminaban los pasillos de piedra. Francis avanzó sin prisa hasta el patio interno, donde la humedad impregnaba el aire con el aroma a tierra mojada. Cuando cruzaba la arcada que llevaba a la casa parroquial, alguien salió de las sombras.

—Padre Francis —lo llamó la hermana Antoniette en un tono bajo pero apremiante—. Lauren llegó hace un rato —informó con expresión preocupada—. Pero no entró al orfanato, se fue directo al cementerio.

—Henry… —El corazón de Francis se encogió de dolor; sabía exactamente porqué había ido hasta allí.

—Siempre es a él a quien busca cuando necesita refugio. —La hermana Antoniette lo miró con comprensión, asintiendo suavemente.

—Iré a hablar con ella. —Francis inspiró hondo y le agradeció con una leve inclinación de cabeza.

Sin perder más tiempo, dio media vuelta y se encaminó hacia el cementerio; la lluvia seguía cayendo fina, acompañando el peso de los pensamientos que lo invadían: Lauren, su corazón roto y su búsqueda constante de un lugar al que llamar hogar. La vio entre las hileras de lápidas desgastadas por el tiempo, Lauren estaba sentada frente a la tumba de Henry, con las piernas flexionadas y el rostro escondido entre los brazos cruzados, tenía el cabello húmedo por la llovizna.

El padre Francis la observó por un momento antes de avanzar con cautela; sabía que aquel era un espacio sagrado para ella, un

refugio donde su alma atormentada buscaba respuestas. A pesar de su edad y del dolor persistente en su rodilla derecha, no dudó en doblarse y sentarse a su lado, sin importarle que su abrigo se empapara; con un gesto pausado, pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia su costado.

Lauren no opuso resistencia, sino que se dejó arrullar por su cercanía, buscando en aquel abrazo la calidez que su pecho parecía haber olvidado. Tenía tanto miedo de volver a ilusionarse, de confiar y sentirse parte de algo, que al final, acabaría perdiendo, así que se aferraba a la única persona que siempre había sido un puerto seguro para ella.

—Me siento tan perdida, padre… —murmuró con la voz quebrada—. No sé qué hacer con todo esto… Mi cabeza no deja de dar vueltas, siento que me voy a enloquecer.

—No es fácil lo que estás enfrentando, hija. —Francis suspiró y le apretó suavemente el hombro—. Es natural que te sientas así. Son muchas decisiones las que tienes por delante, y cada una pesa más que la otra —le dijo con tono comprensivo.

Lauren levantó la cabeza apenas unos centímetros, lo justo para que su mirada, empañada por la tristeza, se perdiera entre las palabras grabadas en la lápida de Henry.

—No sé quién soy… —dijo en un susurro—. Ya no me siento ni Lauren, ni Susan; estoy atrapada en medio de todo esto y no sé cómo salir. Desde hace años renuncié a la idea de saber mi origen, me convencí de que era irrelevante… Ahora, de repente, todo lo que creía estable se ha convertido en un mar de incertidumbre y no sé qué hacer… Dígame, padre, ¿qué debo hacer?

—Lauren, a veces lo único que podemos hacer es enfrentar la verdad, por difícil que sea —le habló con serenidad y dulzura—. La vida da muchas vueltas, y sé que este cambio es abrumador… pero quizá, si le das una oportunidad, si decides ir a Estados Unidos y compartir con los Russell, podrías encontrar respuestas que tu mente ha enterrado con el tiempo. A veces, los recuerdos necesitan ser despertados por el olor de un hogar o por el tacto de lo familiar.

—Tengo miedo… —Cerró los ojos con fuerza y negó—. No sé si estoy lista para un cambio tan grande.

—Ningún cambio es permanente —dijo Francis con ternura—. Si lo intentas y no logras adaptarte, siempre podrás volver. Aquí en el oratorio, siempre tendrás un hogar. No estás sola.

—Necesito pensarlo… No quiero dejar mis estudios. —Apretó los labios y bajó la cabeza. La idea de marcharse le pesaba en el pecho como una piedra—. Quiero seguir adelante con mi vida aquí.

—Lo entiendo… —asintió con comprensión—. Aunque en Estados Unidos también hay buenas universidades y en unos meses podrías ponerte al día. Sin embargo, lo más importante, Lauren, es que descubras quién eres y a dónde perteneces realmente; además, la distancia y el tiempo son aliados cuando se trata de sanar corazones rotos.

—No creo que el tiempo ni la distancia me ayuden a sanar, padre Francis. —Tembló, no por el frío, sino por el nudo que se formó en su garganta—. Creo que el único que tiene el poder de hacerlo es el mismo que me lastimó. —Su voz se quebró al final y un sollozo amenazaba con escapar de sus labios.

Francis cerró los ojos por un instante; temía que la dependencia que sentía Lauren por ese hombre, la hiciera darle una oportunidad y regresar con él. Debía hallar la manera de mantenerla a salvo, aunque le doliese convencerla de que se marchara, tenía que hacerlo; así que, con una paciencia infinita, la miró con compasión y firmeza.

—No lo sabrás si no lo intentas, hija. Sé que tienes un corazón noble, y que todavía lo amas… pero recuerda algo, quien ama no lastima, no humilla ni golpea. Tú mereces un amor que te cuide, no que te destruya. —Quería hacerle comprender que ese hombre no le convenía.

—No sé cómo dejar de amarlo… —confesó soltando un sollozo y se llevó las manos al rostro, avergonzada por tener que admitir que su corazón anhelaba regresar con el hombre que la lastimó de la peor manera; se sentía patética, pero no podía evitarlo.

—El amor no se apaga de un día para otro, Lauren… pero se transforma. —La sostuvo con más fuerza—. Con el tiempo, aprenderás a ver las cosas con más claridad. Y mientras tanto, piensa en que Patrick y Madeleine han vivido un infierno durante

muchos años; tal vez, si decides darles la oportunidad de conocerte, puedas darles un poco de la paz que tanto han anhelado.

Lauren se quedó en silencio, analizando con calma las palabras del sacerdote, mientras la lluvia continuaba cayendo sobre ellos. Su corazón estaba roto y su mente era un caos. Un trueno lejano retumbó en el lugar y las nubes grises avanzaban con perezosa determinación, convirtiéndose en un cúmulo que anunciaba tormenta.

—¿Qué te parecieron los Russell? —preguntó el sacerdote con voz pausada, sin apartar la vista de la tumba de Henry.

Ella bajó la cabeza, sabía que el padre quería que tomara la decisión más lógica, que hiciera lo correcto, lo que cualquiera en su lugar haría, pero su corazón no reaccionaba con el entusiasmo que suponía debería sentir. Las gotas de lluvia se deslizaban sobre la piedra de la lápida, mientras ella las observaba con inexplicable fascinación, era como si el cielo compartiera su confusión.

—Parece que son buenas personas —respondió sin volverse para mirarlo—. Atormentadas, pero buenas personas.

—¿Y Madeleine? —La observó con atención, notando la tensión en sus rasgos.

Lauren sintió un nudo en la garganta al recordar el rostro de la mujer, también la manera en que su mirada la seguía con un anhelo que, en algún momento, llegó a resultarle desesperado y que la abrumó.

—Me recuerda a mi madre… —respondió e inspiró hondo para llenar sus pulmones antes de continuar—. A Grace.

—Lauren, es muy probable que los Russell sean realmente tu familia —dijo para confirmar algo que ya intuía—. Entiendo que no sientas ningún vínculo hacia ellos, pero los lazos no aparecen de la nada, se construyen con el tiempo y sobre todo con la convivencia.

Ella sabía que debía darles una oportunidad, no era que rechazara la posibilidad, solo que había algo que le impedía hacerse por completo a la idea.

—Debería estar feliz —admitió en un susurro trémulo—. Debería estar agradecida por haber encontrado a mis padres, por saber que nunca fui abandonada, que siempre fui amada… pero me siento…

anestesiada. Las últimas semanas han sido tan difíciles, tanto dolor y decepciones… —Sacudió la cabeza como si tratara de aclarar su mente—. Solo necesito tiempo, padre. No quiero arrepentirme.

—No tienes que sentirte presionada —dijo apoyándole una mano en el hombro con suavidad—. No es una decisión que puedas tomar a la ligera. Es tu vida, y nadie más que tú puede decidir qué hacer con ella.

La lluvia arreció, tamborileando sobre las lápidas y empapando sus ropas, provocando que el frío comenzara a calar en sus huesos. Un relámpago iluminó el cielo por un instante, luego retumbó con tanta fuerza que hizo estremecer la tierra, anunciándoles que el cielo se abriría en cualquier momento para soltar un diluvio.

—Vamos, no quiero resfriarme a mi edad —dijo el padre Francis con una sonrisa tenue—. Y tú tampoco puedes permitirte enfermarte; ya bastante tienes con el desamor y el malestar emocional como para sumarle un resfriado.

—Gracias por preocuparse tanto por mí —sonrió, con un gesto efímero que no llegó a su mirada—. Le ruego a Dios que nunca me falte, porque no sé qué haría sin usted, padre.

—No pienses en tragedias, muchacha —esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Estoy bastante bien de salud, sé que podría superar un resfriado, así que no tienes de qué preocuparte.

Se pusieron de pie, sintiendo la humedad calar en sus cuerpos, se dieron un abrazo apretado, él para brindarle consuelos y ella para agradecerle. Luego comenzaron a caminar de regreso; Lauren hacia el orfanato y el padre Francis hacia la casa parroquial. La tormenta de los últimos días del verano arreciaba sobre ellos, lavando el polvo del camino, como si el cielo intentara limpiar también su incertidumbre.

CAPÍTULO 28

La noche en el orfanato era densa y silenciosa, aunque a momentos, el tenue murmullo del viento filtrándose por las ventanas, conseguía romper tanta serenidad. Lauren dormía profundamente en su litera, pero un brillo dorado bajo la puerta la hizo abrir los ojos de golpe; se quedó inmóvil unos segundos, respirando con el corazón acelerado. Conocía esa luz; era el haz de una linterna, temblorosa e insistente.

Se incorporó lentamente, sintiendo la tela áspera de su camisón contra la piel; se dio cuenta de que algo no encajaba, bajó la mirada y estaba descalza, pero no eran los pies pequeños de una niña de diez años, eran los de una mujer adulta y sus uñas estaban pintadas de negro, contrastando con la tela amarillenta y deslucida de su ropa de dormir. Su corazón se encogió, porque sabía lo que eso significaba, pero no podía pensar en ello ahora; sobre todo, porque la luz seguía esperándola.

Con una mezcla de incredulidad y emoción, descendió de la litera; a su alrededor, las niñas dormían profundamente, sus respiraciones acompasadas llenaban la habitación, mientras la luna se filtraba por la gran ventana rectangular, proyectando un reflejo fantasmal en el suelo de madera. Con pasos sigilosos, se acercó a la puerta y apoyó la mano en la manija, sabía que el más nimio crujido podría delatarla; aguantó la respiración y empujó con lentitud, entonces la puerta cedió con un leve chasquido.

En el pasillo, esperándola con la linterna en la mano, estaba Henry con sus hermosos ojos color miel y sus coquetos hoyuelos en las mejillas. El niño que fue su mejor amigo y su primer amor; ese que murió hacía tantos años, pero que en ese momento estaba vivo, sonriendo como siempre lo hacía para ella.

—Vamos, Lauren, date prisa —susurró con urgencia, moviendo la linterna de un lado a otro—. Si nos escucha la hermana Antoniette, estamos perdidos —su voz era igual a como la recordaba, su risa pícara y la misma complicidad de siempre.

—Henry… —susurró, casi temiendo que llamarlo en voz alta lo hiciera desaparecer. Su pecho se llenó de una calidez indescriptible.

Pero él no desapareció; al contrario, dio media vuelta y echó a correr por el pasillo. Ella le siguió, sintiendo la adrenalina recorrer su cuerpo, como tantas veces lo hizo en el pasado, mientras el suelo crujía bajo sus pies, pero ella no se detuvo.

Henry corría delante, con su pijama holgado ondeando con el movimiento; todo se sentía tan real y perfecto. Él la llevó hasta la cocina y, con un rápido empujón, abrió la puerta que daba al patio interior.

El aire nocturno la envolvió, haciéndole sentir un frío que le erizaba la piel. Recordaba ese lugar, porque conocía cada rincón del orfanato, pero algo era distinto, como si estuviera viéndolo todo por primera vez.

—¿A dónde vamos? —preguntó, con una risa entrecortada por la emoción, la adrenalina y la carrera que dio para llegar allí.

—Ven, tienes que ver esto —dijo Henry con su sonrisa resplandeciente y le hizo un ademán. Él siempre tenía esa expresión cuando planeaban alguna travesura.

—Claro. —Ella sintió un nudo en la garganta, porque no quería que ese momento terminara, no quería despertar.

Corrieron juntos hasta el campanario, subieron las escaleras de piedra, Henry con la agilidad de un niño y Lauren sintiendo cómo su cuerpo adulto protestaba por el esfuerzo. Cuando alcanzaron la cima, el viento soplaba fuerte, revolviendo su cabello, vio a Henry rodear la gran campana con facilidad, como si no le preocupara la altura; en cambio, ella tragó saliva, porque tenía miedo de caer.

—Vamos, dame la mano —le dijo él, ofreciéndole la suya.

Por primera vez, logró tocarlo y su piel era cálida, se sentía tan real, que enseguida un sollozo se le atoró en la garganta; no podía ser un sueño, porque se sentía demasiado auténtico. Con cuidado, se sentó junto a él en el muro del campanario.

—Mira, Lauren —dijo extendiendo su brazo y señaló al horizonte.

Ella alzó la vista y se encontró con un paisaje desconocido; no era Birmingham, frente a ella, la ciudad se extendía con rascacielos brillantes, luces parpadeantes y un cielo nocturno abierto e inmenso. Entonces sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—¿Sabes cuál es ese lugar que vemos, Lauren? —preguntó Henry con la voz cargada de emoción y un brillo especial en los ojos.

—No. —Ella negó con la cabeza, incapaz de apartar la vista de aquel espectáculo.

—Es América… Es Estados Unidos —dijo con una sonrisa, mientras le acariciaba la mano con ternura—. Ahí también estaré, porque tú me llevas en tu corazón, sin importar a donde vayas… Ahora, quiero que sonrías porque nadie luce más guapa que tú cuando lo haces —sonrió al ver que ella se sonrojó, luego suspiró con nostalgia y la miró fijamente a los ojos—. Prométeme que saldrás adelante y que lucharás por ser feliz, por vivir todas las aventuras de las que hemos hablado.

—Henry… —sollozó al tiempo que negaba con la cabeza, porque no sabía cómo cumplir esas promesas, ya no era la misma niña llena de ilusiones. Se las habían arrebatado todas y no estaba segura de poder recuperarlas.

—Yo también te haré una promesa —dijo con solemnidad—. Voy a estar a tu lado siempre… Así que sonríe, Lauren… Sonríe como lo hacías antes, quiero recordarte así —pidió con una sonrisa brillante.

Ella evocó todos los momentos hermosos que vivieron y aferrándose a esa calidez que brotaba de su mano, le regaló a Henry la mejor de las sonrisas, una que alcanzó a iluminar sus ojos, colmados por lágrimas. Se acercó para abrazarlo, sintiendo la fortaleza, la esperanza y el cariño que solo él era capaz de brindarle; se separaron y en ese instante, todo se desvaneció.

Despertó de golpe, con el corazón martillando contra su pecho y la sensación del frío todavía adhiriéndose a su piel, pero algo no estaba bien. Parpadeó, tratando de enfocar su entorno, solo para darse cuenta de que no estaba en su litera y tampoco estaba en la

habitación con las demás niñas; sino en la habitación de la hermana Antoniette.

Contuvo la respiración y su piel se erizó, la tenue luz de la luna se filtraba por la ventana, iluminando la silueta de la monja dormida en su cama. Decidió quedarse en el orfanato aquella noche; ya que la tormenta se intensificó y no quiso aventurarse bajo la lluvia hasta la casa de sus padres. Inspiró hondo y trató de calmarse porque sentía el sueño latiendo en su pecho; se incorporó con cuidado, mientras ordenaba sus pensamientos.

«Henry… Fue un sueño, solo un sueño».

Quería cerrar los ojos y encontrarlo de nuevo, pero sabía que no podría volver a dormir, aunque lo deseara. Se levantó con sigilo y salió de la habitación, caminando descalza por los pasillos oscuros hasta la cocina. Vertió leche en una olla pequeña, calentándola a fuego lento, mientras removía el líquido, su mente repasaba cada detalle del sueño. La luz de la linterna, la risa de Henry, su piel cálida, la subida al campanario, el paisaje que le mostró y por último las promesas, esa que le pidió a ella y la que él le hizo.

Entonces lo tuvo claro; Henry quería que fuera a Estados Unidos, porque parecía convencido de que allí le esperaban cosas buenas, que lograría ser feliz y que podría recuperar la esperanza y las ilusiones que James le arrebató.

Madeleine y Patrick regresaron a la habitación tras almorzar en el restaurante del hotel. Birmingham se desplegaba a su alrededor como un mundo nuevo y desconocido, pero no estaban allí para hacer turismo. Llegaron con la única misión de encontrar a su hija.

Desde la tarde anterior, no hablaban de otra cosa. Cada palabra sobre Susan encendía en sus corazones una chispa de esperanza. La recordaban hermosa, con su altura imponente y su complexión delgada, pero no desgarbada. Cuanto más hablaban de ella, más se convencían de que la joven era; sin lugar a dudas, su pequeña.

Sin embargo, el anhelo venía acompañado de un temor profundo. ¿Y si ella no quería volver con ellos? No leyeron en su expresión el deseo de abandonar la vida que había construido en

Inglaterra, y no podían obligarla, pero tampoco estaban dispuestos a rendirse.

Madeleine consultó el reloj y recordó la diferencia horaria; Lenny y Stella debían estar comenzando su día, seguramente, él preparándose para ir al trabajo y su niña alistándose para la escuela. Así que, sin pensarlo dos veces, se dirigió al teléfono y levantó el auricular, Patrick se sentó a su lado, esperando compartir la llamada.

Con cada tono de espera, la ansiedad crecía; el miedo a lo desconocido y a las tragedias inesperadas, se instaló en sus pechos como un peso insoportable. Se miraron en silencio, con los ojos cargados de preocupación, hasta que la voz de Lenny al otro lado de la línea los devolvió a la realidad.

—Hola, Lenny —saludó, mientras le hacía señas a Patrick para aliviar su angustia.

—Aló. Mamá —dijo Lenny.

—Sí, cariño… ¿Cómo estás? ¿Y Stella? —preguntó Madeleine, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Bien… un poco apurados porque Stella decidió que no quería bañarse esta mañana. —Se oyó un resoplido al otro lado de la línea.

—¡Mentiroso! —se escuchó la voz de la niña en la distancia—. Solo quería dormir un poquito más.

—Stella, respeta a tu hermano. —Madeleine la reprendió, aunque también sonrió. Saber que sus hijos estaban bien le devolvía algo de paz.

—No le hagas caso, mamá. Todo está bajo control. —Lenny hizo una pausa, como si dudara antes de preguntar—. ¿Cómo les fue? ¿Ya la vieron? ¿Es ella?... ¿Es Susan?

Patrick y Madeleine intercambiaron una mirada, la emoción se reflejaba en sus rostros, pero también la incertidumbre; sin embargo, no quería trasmitirle a su hijo esto último, pues deseaban que mantuviera la esperanza; así como lo harían ellos.

—Sí, amor, estoy segura. Es hermosa, más alta de lo que imaginé, creo que heredó la altura de tu abuelo Arthur —dijo Madeleine con una mezcla de orgullo y nostalgia.

—¿Y cuándo regresan? —preguntó Lenny, directo.

—No lo sabemos aún —exhaló lentamente—. Susan tiene una vida aquí, está estudiando y… tampoco está pasando por un buen momento. No queremos presionarla, pero haremos todo lo posible por llevarla de regreso a casa —respondió esperanzada.

—Vamos a intentar convencerla. —Patrick intervino con un tono más pragmático—, pero al ser mayor de edad, no podemos obligarla.

—No entiendo… —La confusión en la voz de Lenny era evidente —. ¿Cómo no va a querer volver con su familia? Es absurdo. Después de todo lo que ustedes han sufrido… Es egoísta.

—No es tan simple, Lenny. —Madeleine sintió una punzada en el pecho, lo menos que deseaba era que su hijo se llevara una mala impresión de Susan—. Para ella, todo esto es muy complicado…

Lenny no respondió de inmediato, solo se escuchó el sonido de su respiración al otro lado de la línea. Patrick sabía que su hijo era una buena persona, pero también tenía un carácter fuerte.

—Está bien —dijo finalmente, aunque su voz sonaba tensa.

—No te quitamos más tiempo. —Madeleine decidió no alargar la conversación porque no quería que se convirtiera en una disputa—. Nos tranquiliza saber que están bien, te llamaré cuando vuelvas del trabajo.

—Mamá, para ustedes será de madrugada —le recordó él.

—No importa. —Patrick intervino con una sonrisa cansada—. Igual estamos durmiendo muy poco con todo esto.

—De acuerdo. —Lenny suspiró—. Estaré pendiente del teléfono. Ah, espera, Stella quiere hablar.

Madeleine y Patrick sonrieron cuando se escuchó un leve barullo antes de que la dulce voz de la niña se colara en la línea.

—¡Mami, papi! Los extraño mucho. ¿Cuándo vuelven? ¿Susan va a venir con ustedes?

—Pronto, cariño. —Cerró los ojos conmovida—. Haremos todo lo posible. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, mami. —La voz de Stella se escuchó más lejana—. ¡Lenny, no me apures!

—Ya es tarde, Stella. Después podrás hacer todas las preguntas que quieras. —Lenny volvía a sonar impaciente.

—Adiós, mis amores. Cuídense mucho —dijo con ternura.

Dejó el auricular y se volvió hacia Patrick. Se observaron en silencio, compartiendo la misma sensación de alivio. Sus hijos estaban bien, pero el verdadero desafío aún los esperaba en Birmingham.

El timbre del teléfono irrumpió, agudo y urgente. Patrick se abalanzó sobre el auricular, con el corazón martillándole en el pecho, sabía que la recepción solo llamaría si alguien preguntaba por ellos, y en ese momento solo dos nombres flotaban en su mente: el padre Francis o Benedict Thompson.

—¿Diga? —preguntó, con la voz ligeramente entrecortada.

—Señor Russell, hay una joven preguntando por usted. Se llama Lauren Spencer.

Patrick sintió un nudo apretándose en su garganta y en su estómago se abrió un vacío abismal. Repitió el nombre en voz baja, no solo porque no podía creerlo, sino también para que Madeleine lo escuchara.

Los ojos de ella se abrieron de par en par y se llevó las manos a la boca; enseguida un brillo de lágrimas se formó en sus párpados, y en un gesto desesperado, comenzó a hacerle señas frenéticas, instándolo a que respondiera de inmediato, que no la hiciera esperar.

—Dígale que en seguida bajamos… —Justo cuando iba a colgar, miró a Madeleine y le preguntó en un murmullo—: ¿No sería mejor pedirle que suba? Así podremos hablar con calma.

—No… —Madeleine negó de inmediato, con los ojos cristalizados y la voz quebrada por la emoción que casi la desbordaba—. Si sube, puede sentirse atrapada y no queremos abrumarla. Bajemos nosotros.

—Sí, tienes razón —Patrick volvió a la llamada—. Por favor, dígale a Susan… —Se detuvo al darse cuenta de su error. Se mordisqueó el labio antes de corregirse—. Dígale a Lauren que bajamos de inmediato.

—De acuerdo, señor Russell.

—Gracias. —Colgó con una exhalación temblorosa y, sin perder un segundo, se giró hacia Madeleine.

No necesitaron decir nada, se cogieron de la mano y salieron de la habitación con pasos apresurados, como si temieran que un retraso de segundos pudiera hacer que todo se desvaneciera. El pasillo se extendía frente a ellos, pero no lo vieron, no lo sintieron; solo podían pensar en la joven que los esperaba abajo, en la posibilidad de que, tras tantos años de distancia, de incertidumbre y sufrimiento, estuvieran a punto de recuperar lo que la vida les arrebató.

Entraron al ascensor y, cuando las puertas se cerraron, Patrick tiró suavemente de la mano de Madeleine, acercándola. Sus frentes se tocaron y sus alientos se mezclaron en un gesto íntimo de apoyo mutuo y ella le acarició la mejilla, con un amor profundo y desbordante en los ojos.

—Todo va a estar bien —susurró, aunque su voz tembló.

—Sí, todo va a estar bien —repitió Patrick, como si al decirlo en voz alta pudiera convertirlo en verdad.

Se besaron, no con pasión, sino con una necesidad desesperada de encontrar en el otro la certeza que sus propios corazones no lograban asegurar. Compartieron un beso que sabía a miedo y esperanza.

—¿Y si ella no quiere saber de nosotros? ¿Y si nos mira con indiferencia, con desapego, con un rencor que ha forjado por los años de ausencia? ¿Y si, después de todo, la niña que amamos con cada fibra de nuestro ser, ya no existe, y en su lugar solo hay una extraña? —Madeleine esbozó las dudas que la atormentaban.

—Es imposible —murmuró Patrick y cerró los ojos un instante, aferrándose a la última pizca de fe que le quedaba—. No puede haber olvidado cuánto la amamos.

Madeleine asintió, apretándole la mano con fuerza. Segundos después, las puertas del ascensor se abrieron. Y con un suspiro profundo, salieron hacia un encuentro que definiría sus vidas.

CAPÍTULO 29

Lauren se sentó en uno de los sofás del vestíbulo del hotel, mientras su mirada se posaba en la gran pintura de la invasión de la casa de Joseph Priestley, Fairhill; la escena de los disturbios de Birmingham de 1791 parecía reflejar la tormenta interna que la sacudía. Su pierna se movía incesantemente, una señal de nerviosismo de la que no era del todo consciente, pues había dado un paso que podía cambiar su vida, le avisó a los Russell que los esperaba y ya no había marcha atrás.

Esa mañana, antes de desayunar, fue a hablar con el padre Francis, no le contó sobre su sueño con Henry, pero le confesó que, después de meditarlo toda la noche, decidió ir a Estados Unidos con los Russell; sin embargo, antes necesitaba respuestas. Él no solo le dio su bendición, sino también la información del donde se hospedaban y el número de su habitación; le pareció razonable que ella quisiera hacer todas las preguntas necesarias antes de tomar una decisión tan trascendental.

No quería dejarse arrastrar solo por la emoción; ya había cometido demasiados errores en su vida por actuar impulsivamente, ahora no quería más pérdidas. No quería encariñarse solo para, una vez más, verse despojada de aquello que aprendía a amar.

Cuando los vio acercarse, tomados de la mano, sintió un vuelco en el estómago y un pellizco en el corazón; eran la imagen del apoyo mutuo del otro, una pareja sólida a pesar de la tragedia que los había marcado durante tantos años. Tal vez, fue justamente esa adversidad la que hizo que su amor se fortaleciera.

Lauren quiso detallarlos mejor esta vez, quizás para hallar algunas semejanzas con ella. Madeleine era una mujer hermosa, de ojos azules y cabello dorado; tenía un aura dulce, aunque

atormentada. Le sonrió con suavidad, aunque su nerviosismos era evidente. Patrick, por su parte, era alto y, a pesar de estar bien entrado en los cuarenta, se veía atlético; su cabello ondulado y dorado resaltaba sus ojos de un azul más oscuro. Su piel, algo bronceada, y las líneas de expresión en su rostro denotaban la preocupación que intentaba ocultar con una leve sonrisa.

—Lauren —dijo Madeleine, pronunciando su nombre con cierto esfuerzo, como si aún no se sintiera completamente cómoda.

Ella lo agradeció porque todo esto estaba siendo más difícil que cuando fue adoptada por los Spencer. Con ellos, al menos, no tuvo que cambiar de identidad, solo adaptarse a una nueva familia, pero con los Russell, tendría que intentar ser alguien que no recordaba haber sido, y un cambio tan drástico iba a requerir tiempo.

—Hola —murmuró ella.

—¿Cómo estás? —Patrick la saludó con una sonrisa paternal.

—Bien —mintió, porque los nervios estaban a punto de quebrarla—. Vine porque quiero hablar, es que tengo muchas dudas y preguntas. Si no les representa un problema, me gustaría saber más sobre ustedes, sobre Susan… y sobre todo lo que pasó.

—Por supuesto. —Madeleine asintió con firmeza—. Pregunta lo que quieras, no ocultaremos nada.

—¿Quieres hablar aquí o prefieres ir a otro sitio? —preguntó Patrick, notando que ella parecía incomoda—. ¿Has comido ya?

Lauren asintió; la verdad era que el nudo en su estómago no le había permitido probar bocado. Sabía que esta conversación iba a ser intensa y emocional; tal vez, era mejor tenerla en la intimidad de la habitación.

—Podemos hablar arriba —respondió, mirándolos.

—De acuerdo. —Madeleine asintió afable—. Acompáñanos.

Se puso de pie y avanzó con pasos trémulos, pero ellos no lo hicieron hasta asegurarse de que caminarían juntos. Patrick la observó con detenimiento; su estilo le recordaba a su hijo, Lenny. Era como una versión femenina de él, el mismo gusto por las cadenas, los brazaletes de cuero y las tachuelas. Sonrió, pensando que esos pequeños detalles podían ser un puente para recuperar el lazo que alguna vez compartieron.

Subieron al ascensor y el silencio se volvió incómodo. Lauren no quería que los nervios la consumieran y terminaran desbordándola, así que, sin filtro alguno, lanzó su primera pregunta.

—¿Cuándo es el cumpleaños de Susan?

—El 14 de abril… de 1968 —respondió Madeleine mirándola con ternura.

—Yo cumplo veinte en octubre, el trece… bueno, esa fue la fecha que eligieron en el orfanato… Eso quiere decir que Susan es menor por unos meses. —Asintió lentamente, asimilando esa información.

Patrick notó que hablaba de Susan como si fuese otra persona, como si se negara a identificarse con ese nombre, no quería esa dualidad en ella; así que, decidió intervenir, aun a riesgo de incomodarla.

—Sí, eres menor, cumpliste diecinueve hace cuatro meses —dijo con una sonrisa paternal.

Lauren asintió nuevamente, intentando asimilar la información.

—Entonces, tenía poco más de tres años cuando me raptaron —concluyó. Sabía la respuesta, pero necesitaba oírla de los Russell; tal vez por eso no recordaba nada, porque era demasiado pequeña.

—Así es, para tu tercer cumpleaños invitamos a Fleegle, Bingo, Drooper y Snorky… —rememoró Madeleine con una tierna sonrisa—. Estabas tan feliz con la sorpresa.

—¿Quiénes? —Lauren frunció el ceño.

—¡Los Banana Splits! —exclamó Madeleine con entusiasmo.

—*Tra la la, la la la la, tra la la, la la la la…* —Patrick, con la esperanza de refrescarle la memoria, comenzó a cantar la icónica canción de la serie.

Lauren lo miró, sorprendida, no esperaba una reacción así de parte de un hombre de su edad, pero sonrió porque le provocó ternura.

—*Four banana, three banana, two banana, one…* —Él siguió, sin importarle lo ridículo que pudiera sonar.

Madeleine rio al ver la expresión de su hija, pero cuando notó una pequeña sonrisa en Susan, supo que el esfuerzo de su marido había merecido la pena.

—No lo recuerdo… —dijo ella, aún con la sonrisa tenue—. Pero me gusta —añadió para reconocerle el esfuerzo.

—Era una banda de rock; los personajes eran un perro Beagle, un gorila, un león y un elefante. Veíamos el programa todos los sábados por la mañana; tal vez por eso ahora te gusta el rock —comentó sonriente, le animaba poder compartir esas anécdotas con su hija. Entre más la veía más se convencía de que era Susan, entonces lo golpeaba la nostalgia, por todos los años de su vida que se perdió.

—Mi gusto por el rock fue gracias a mi padre, Oliver… A él le encantaba… —dijo con entusiasmo, pero se detuvo al ver el desánimo en la mirada de Patrick y sintió culpa—. Lo siento —mencionó, bajando la mirada, avergonzada—. Solo necesito tiempo… Quise mucho a mis padres adoptivos y no podré olvidarlos nunca.

—No tienes por qué olvidarlos. —Madeleine le acarició el hombro con ternura—. Si fueron buenos padres, tienes todo el derecho de recordarlos siempre con amor.

Lauren asintió y suspiró, agradeciendo la comprensión de Madeleine; en ese momento, las puertas del ascensor se abrieron; ellos intercambiaron una mirada antes de hacerle un ademán a Susan para que entrara primero a la habitación. Ella se detuvo en el umbral por un segundo, como si cruzarlo significara algo más que solo entrar en una habitación. Sus ojos recorrieron el lugar, y, sin poder evitarlo, un torrente de recuerdos la golpeó de lleno.

Cada hotel en el que estuvo con James volvió a su mente con una nitidez lacerante; las sábanas revueltas, sus cuerpos desnudos y extasiados, el olor a alcohol y tabaco, la risa ahogada contra su piel, las promesas susurradas al amanecer. La nostalgia se le anudó en la garganta, mezclada con un dolor punzante y la sombra imborrable de la traición. Tragó grueso, intentando sofocar el impulso de salir corriendo, porque no podía seguir siendo prisionera de los recuerdos; no podía seguir atada a un amor que, aunque marchito, todavía la quemaba por dentro.

—Puedes sentarte —le indicó Madeleine, señalando una butaca.

—Gracias. —Lauren asintió y avanzó con pasos cuidadosos, como si temiera que el suelo pudiera desmoronarse bajo sus pies.

—¿Te gustaría tomar algo? —ofreció Patrick, que ya se encontraba junto al bar—. Hay Coca-Cola, Pepsi, agua… O si quieres, podemos pedir un café. Aunque creo que prefieres el té, ¿cierto?

—Sí, con leche —confirmó con un atisbo de sonrisa—. Pero por ahora, solo agua.

Patrick tomó una botella y se la llevó, ella la sostuvo entre sus manos, pero no la destapó, su mirada se desvió hacia una pintura en lo alto de la pared. Era como si necesitara aferrarse a algo concreto y ajeno a la vorágine de pensamientos que la asfixiaban.

Patrick y Madeleine aprovecharon ese momento para mirarla con mayor atención; fue entonces cuando vieron la cicatriz en su mentón. Sus miradas se encontraron y sus manos se buscaron, entrelazándose con fuerza. Ahí estaba, una confirmación más, un pequeño distintivo que, sumado a todo lo demás, les decía que estaban frente a su hija. Madeleine sintió que el corazón se le desbordaba y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero con su mano libre se negó a dejarlas caer, debía estar calmada.

—Es muy bonito —dijo Patrick, con la voz ronca de emoción. Se refería a la pintura, pero su mente estaba aún anclada a la revelación que acababan de tener.

—Sí —respondió Lauren, sin dejar de mirar la pintura—. Se llama *El beso*, de Francesco Hayez, es del Romanticismo. Lo pintó por encargo del conde Alfonso María Visconti de Saliceto… —Decidió aclarar de dónde había obtenido esa información—. Lo estudié en Historia del Arte, en el primer semestre de la carrera.

—De pequeña te gustaba mucho pintar —dijo Madeleine sonriendo enternecida.

Lauren la miró con atención, sintiendo la imperiosa necesidad de conocer más, de saber cómo había sido aquella niña que fue arrebatada de su familia. Respiró hondo y reunió el valor para preguntar.

—¿Cómo fue? —su voz sonó firme, pero en sus ojos había un ruego—. ¿Cómo fue que me raptaron? Quiero saber los detalles.

—Fue el día más doloroso y aterrador de nuestras vidas. —Patrick fue el primero en hablar con la voz cargada de pesar.

—No estábamos en casa. —Madeleine continuó, con el tono tembloroso y marcado por la culpa—. Estábamos de viaje y te dejamos al cuidado de mi hermana, tu tía Melanie.

—Fue una irresponsabilidad de nuestra parte —confesó y resopló con un dejo de frustración—. Deberíamos haberte llevado con nosotros, pero quería darle a Madeleine la luna de miel que no pudimos tener cuando nos casamos.

—¿Por qué no tuvieron luna de miel? —Lauren frunció el ceño, intrigada también por ese detalle.

—Porque tuve que ir a la guerra. —Patrick suspiró, eran recuerdos que prefería mantener enterrados—. A Vietnam, fui seleccionado y… —calló por un momento, incapaz de profundizar—. Pero siempre quise llevar a Madeleine a México, su sueño era ir a Acapulco.

—Pero ese sueño se convirtió en pesadilla cuando recibimos la llamada de la policía —comentó Madeleine y apretó los labios por un momento para no echarse a llorar; los recuerdos aún le dolían.

—Nos dijeron que habías desaparecido, estabas jugando en el jardín con Lenny… y él solo te dejó por unos minutos para ir a por unas limonadas... Pero cuando regresó… ya no estabas. —Patrick negó con la cabeza y con su expresión endurecida por la impotencia —. Nadie vio ni escuchó nada.

—Fue nuestra culpa… —Madeleine sintió que la voz se le rompía.

—No lo fue —dijo Lauren sacudiendo la cabeza—. Habría pasado de todas maneras.

—Desde entonces no paramos ni un solo día de buscarte. —Patrick tragó grueso—. Nunca perdimos la esperanza.

—¿Nunca pensaron que podría estar muerta? —preguntó con cautela, no quería parecer indolente, solo quería saber todo lo que pudo pasar por sus pensamientos.

—Muchas veces —contestó Patrick, cerrando los ojos por un instante—. Pero nunca nos rendimos, no hasta encontrar un cuerpo.

—Yo siempre te sentí viva. —La voz de Madeleine se suavizó—. Sabía que estabas en algún lugar, solo que nunca imaginé que tan lejos.

Lauren, desde la butaca frente a ellos, parecía debatirse entre un torbellino de pensamientos y emociones. Madeleine intentaba captar hasta el más mínimo detalle en su semblante, cada matiz de su expresión, cada tenue movimiento de sus manos, que no dejaban de entrelazarse y soltar los dedos en un vaivén nervioso. Sabía que estaba quebrada, que el desamor y las heridas del pasado pesaban sobre ella como un lastre imposible de soltar; mientras ella moría de ganas de acortar la distancia y abrazarla, envolverla en un consuelo que quizá nunca había sentido.

Patrick, con la garganta anudada, sintió que era el momento de contarle su calvario sin ninguna reserva, necesitaba que ella supiera cuánto habían sufrido, que entendiera que jamás dejaron de buscarla, de anhelar su regreso; tal vez, si le exponía su corazón, podría convencerla de que su lugar estaba con ellos, con sus verdaderos padres.

—Cuando llegamos a casa y nos dimos cuenta de que lo que el oficial nos dijo por teléfono era verdad... —su voz se quebró—, sentí que Dios me lo había arrebatado todo… Solo tenía tu recuerdo, pero no era un recuerdo cálido, un fantasma que me atormentaba día tras día. Y desde entonces, lo único que he sentido es impotencia… y una culpa insoportable. Me he sentido el peor padre del mundo.

Lauren apretó los labios, sentía el peso de aquellas palabras en su pecho, como si le arrancaran el aire.

Madeleine decidió que también debía hablar, sabía que era un riesgo porque no quería abrumarla, pero el silencio no era una opción; necesitaba que su hija supiera cuán importante era para ellos.

—La angustia, la tristeza, la sensación de impotencia y frustración… No puedes imaginar cuánto hemos sufrido, no solo aquel día, no solo ese año... Es un dolor que persistió durante todo este tiempo que no supimos de ti. Nos aferramos a la esperanza, pero a veces parecía desvanecerse; aun así, nunca dejamos de buscarte.

—Quise castigarme. —Patrick bajó la cabeza con la culpa aferrándose a su alma como una sombra perenne—. Nunca imaginé que algo así pudiera pasar en nuestra ciudad, en nuestro vecindario.

Me culpé porque fui yo quien eligió ese lugar para nuestra familia; creí que estaba asegurando nuestro futuro… y en cambio, nos lo arrebató todo.

—Yo… —Lauren sintió un nudo en la garganta, ya que sus propios pensamientos se volvieron un caos—. Lo siento mucho… —Tomó aire con dificultad antes de balbucear—: Sé que no ha sido fácil para ustedes, que todos estos años han sido como estar en un infierno… Y siento ser la causante de todo ese dolor…

—No es tu culpa, cariño. —Madeleine no tardó en intervenir, con una vehemencia que nacía desde el fondo de su corazón—. No digas eso, tú has sido la víctima en todo esto, has pasado por tanto…

—Precisamente por eso… —Lauren cerró los ojos y apretó los puños sobre su regazo—. He pasado por muchas cosas, he tenido tantas pérdidas. Mi vida ha sido como caminar al borde de un abismo… sin ponerme a salvo ni caer, solo colgada en un punto intermedio. Y cada vez que creo que al fin tendré seguridad, paz y estabilidad, algo pasa y lo pierdo —su voz se quebró. El cúmulo de pensamientos y emociones amenazaba con desbordarla, sentía el corazón desbocado y la adrenalina zumbándole en los oídos—. Entiendo su desesperación y su dolor… Por eso, acepto ir con ustedes a Estados Unidos…

El alivio en los rostros de Madeleine y Patrick fue inmediato; ella exhaló un sollozo entrecortado y se llevó una mano a la boca, como si temiera que la emoción la desbordara. Patrick inclinó la cabeza y dejó escapar un suspiro de incredulidad, mientras temblaba de emoción.

—Gracias, Dios… —murmuró con la voz rasposa.

—Pero… —Lauren levantó una mano, pidiendo que la dejaran terminar—. Quiero que lo primero que hagamos al llegar sea la prueba de marcadores genéticos. Quiero estar segura de que soy Susan.

—Lo eres —soltó Madeleine con la voz entrecortada—. Lo sé en mi corazón, eres nuestra niña…

—Quiero que la ciencia lo asegure antes de permitirme aferrarme a algo que podría desmoronarse. —Lauren le dedicó una

mirada serena, pero firme—. No quiero encariñarme… y luego perderlos.

—No nos perderás —dijo Patrick con voz firme—. Estaremos contigo… Y si es lo que necesitas, lo haremos; en cuanto lleguemos a Estados Unidos, nos haremos la prueba. —Tomó la mano de su esposa y asintió, mirando a los ojos azules de su hija.

—Pero antes de irme. —Lauren asintió, agradecía que accedieran a sus peticiones—, tengo que hacer varias cosas aquí primero y luego debo viajar a Londres para congelar mis estudios, despedirme de mis amigos… Y también debo hablar con Harriet, pues merece saber lo que está pasando. Aunque, antes de eso, necesito hablar con el señor Thompson. —Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Eso tomará algunos días; así que, si tienen prisa por volver, pueden irse antes. Yo los alcanzaré después, solo necesito que me dejen una dirección…

—No. —Madeleine se irguió, negando con determinación—. No nos iremos sin ti. No importa cuánto tiempo necesites, nos quedaremos.

—Podemos acompañarte a Londres. —Patrick la secundó con firmeza—. Y también cuando hables con la señora Harriet, nos gustaría agradecerle por cuidarte todo este tiempo.

Lauren sintió un estremecimiento ante ese comentario, no quería decirles que de Harriet jamás recibió cariño genuino. Que más que una cuidadora, había sido una presencia distante; en cambio, solo asintió, guardando sus pensamientos para sí misma.

—Sea como sea, aquí estaremos. —Madeleine le tomó la mano con ternura—. Hasta que estés lista.

—Gracias —susurró con sinceridad—. Debo comenzar con los preparativos —anunció poniéndose de pie.

—No tienes nada que agradecer… —Madeleine la miró con ojos llenos de emoción y nerviosismo—. ¿Puedo… darte un abrazo? —preguntó con voz temblorosa.

Lauren vaciló un momento, luego asintió e intentó no tensarse cuando Madeleine la envolvió en sus brazos, entonces sintió una calidez desconocida, una sensación de refugio que no había experimentado. No era solo el contacto físico, sino algo más

profundo, era como si la piel y el alma recordaran un amor que nunca había tenido. El aroma a jabón suave y tela limpia la transportó a un lugar imaginario, uno donde nunca había estado, pero que de algún modo extrañaba.

Los brazos firmes de Madeleine la rodeaban con una ternura que no exigía nada a cambio, sin prisas ni condiciones. Su rostro se hundió en el hombro cálido, y por un instante, el tiempo dejó de existir. No había frío, ni miedo, ni pasado; solo la seguridad de que, al menos en ese momento, alguien la sostenía, como si pudiera juntar todos sus pedazos rotos sin hacer preguntas.

La presión suave en su espalda era un recordatorio de que no estaba sola; un anhelo genuino se agitó en su pecho y casi doloroso en su intensidad. Quiso aferrarse a ese instante, prolongarlo y grabarlo en su piel como una memoria real, no solo como un sueño fugaz. Cuando el abrazo terminó, los brazos de Madeleine se aflojaron con delicadeza, quedó en su piel un calor familiar, como si una parte de ese cariño se quedara con ella para siempre.

—Mi niña, todo va a estar bien —le susurró con ternura—. Tu papá y yo haremos lo posible para que nunca más vuelvas a sentirte perdida.

Lauren agradeció en voz baja y estaba por alejarse, pero al ver la súplica en los ojos de Patrick, sin que él tuviera que pedirlo, se acercó y le dio un abrazo breve, pero profundamente significativo para él.

—No hace falta que me acompañen a la puerta, sé cómo regresar. —Les dedicó una leve sonrisa y una última mirada antes de cerrar la puerta, dejándolos atrás.

En cuanto se marchó, Patrick y Madeleine se abrazaron con fuerza, sonriendo y dejando que las lágrimas de alivio corrieran por sus rostros; su hija volvería a casa, a donde siempre había pertenecido. Una vez que lograron calmarse un poco, tomaron el teléfono y llamaron primero a los padres de Madeleine y luego a los de Patrick.

Sus voces temblaban de emoción cuando les contaron que en unos días esperaban regresar a casa con Susan, que era una chica hermosa, sensible y que todos la amarían igual que antes. Las

reacciones al otro lado de la línea fueron de incredulidad y llanto de felicidad; la familia, que durante años había cargado con la pérdida, ahora podía vislumbrar la esperanza de un reencuentro.

CAPÍTULO 30

Había pasado una semana desde que Lauren tomó la decisión de irse a Estados Unidos; esa mañana, con mucho pesar dejó Birmingham, durante su viaje en tren, se permitió llorar la despedida, pues delante del padre, la Madre Superiora, las hermanas y los niños, intentó mostrarse calmada y fuerte. Llegó a Londres y pudo sentir con más intensidad el calor veraniego; cuando por fin, el auto se detuvo frente a la residencia estudiantil, miró por la ventanilla y el estómago se le encogió al ver el familiar edificio. Sabía que aquel lugar pronto dejaría de ser su hogar, y la sensación de despedida se enroscó en su garganta con la fuerza de una cuerda que la estrangulaba poco a poco.

Patrick y Madeleine estaban sentados a su lado, la miraban con discreción. No la presionaban, pero Lauren podía sentir cómo se estaban conteniendo, por sus gestos, en la forma en que él apretaba las manos sobre sus rodillas y ella entrelazaba los dedos con inquietud.

—¿Quieres que entremos contigo? —preguntó Madeleine, su voz era suave, pero tenía una evidente carga de preocupación.

—No… —Lauren negó—. Es mejor que primero hable con Telma a solas… Pero podremos vernos más tarde para cenar.

—No te preocupes. —Patrick asintió comprensivo—. Estamos a un par de calles. Si necesitas algo, si necesitas hablar… cualquier cosa, sabes dónde encontrarnos.

Lauren tragó saliva y asintió, aunque las palabras de Patrick eran amables, también le recordaban la complejidad de su situación; aún no estaba lista para darles lo que deseaban y verlos como sus padres. Hasta que no estuviera segura de quién era, no podía permitir que ese pensamiento echara raíces en su mente.

Se bajó del auto y soltó un suspiro cargado de tensión, con el peso de sus propias decisiones oprimiéndole los hombros. Dio media vuelta y comenzó a subir los escalones con la mochila colgada de un hombro; al cruzar la puerta, el ambiente fresco del vestíbulo la envolvió, lo que era un alivio tras el bochorno exterior.

—¡Lauren! —Detrás del mostrador de recepción estaba Prudence, que, al verla, sonrió con entusiasmo—. Pensé que no volverías hasta la próxima semana. ¿Cómo estuvo Birmingham?

La pregunta le pareció demasiado grande, imposible de responder con un simple «bien». Porque no, no estuvo bien; su mundo entero se había trastocado en aquellos días, pero no podía poner en palabras lo que sentía; no todavía y no estaba segura de que alguna vez podría.

—Estuvo bien —murmuró con una sonrisa cansada—. Solo estoy un poco agotada por el viaje.

—Oye… —Prudence ladeó la cabeza con interés, adoptando un tono más reservado—. James, ha estado llamando todos los días.

—¿Todos los días? —Sintió un latigazo en el pecho.

—Sí… pregunta por ti, quiere saber si volviste, si estás bien. Se le escucha… insistente.

El corazón de Lauren empezó a golpear contra su caja torácica; su primera reacción fue una mezcla de anhelo y esperanza, pero no era más que un reflejo de la dependencia emocional que había desarrollado hacia él. Una parte de ella quería creer que James la buscaba porque la amaba, porque la necesitaba tanto como ella a él, pero luego, como un rayo impactándola, recordó el dolor, la humillación y la violencia; la mano de James cruzándole el rostro y la frialdad con la que la traicionó.

Respiró hondo, obligándose a mantenerse firme, no podía volver a caer; no podía permitir que James se metiera en cada resquicio de su vida, que la debilitara con su voz y con sus disculpas vacías. Ahora debía concentrarse en su nueva identidad, en convertirse en Susan… Y ella no debía sentir nada por James.

—Si vuelve a llamar… —Apretó los puños y alzó la mirada hacia Prudence—, dile que no sabes nada de mí, y que deje de molestar.

La recepcionista parpadeó, sorprendida, porque Lauren nunca había hablado de James de esa manera y menos con esa resolución.

—¿Estás segura? —preguntó con cautela.

—Sí —asintió con firmeza para reforzar su decisión, aunque por dentro sentía que se rompía—. Nuestra relación terminó y no quiero volver a verlo ni saber nada de él.

—De acuerdo. —Prudence pareció debatirse entre la curiosidad y la discreción, pero al final asintió—. No le diré nada.

Lauren le dedicó una mirada de agradecimiento, sentía que se había arrancado algo de sí misma al decir aquellas palabras en voz alta, pero era necesario. No podía flaquear, ni dejar que su amor por James la siguiera destruyendo.

—¿Telma está? —preguntó tragando con dificultad.

—Sí, regresó hace como media hora. —Prudence aún tenía una expresión de ligera sorpresa.

Lauren asintió y sin decir más, ajustó la correa de su mochila y se dirigió hacia las escaleras; cada paso que daba era un recordatorio de la lucha interna que libraba, del pasado que debía dejar atrás y del futuro incierto que la esperaba.

Al cruzar el umbral de la habitación, la embistió una oleada de recuerdos, como si la memoria hubiese estado esperando el momento exacto para desmoronarse sobre ella. El aire parecía estar impregnado de momentos del pasado, de risas y confesiones entre susurros; en ese reducido espacio que durante tanto tiempo fue su hogar, aún quedaban rastros invisibles de las noches de estudio interminables, de la complicidad con Telma, de aquel cumpleaños en que probó su primera cerveza entre carcajadas y brindis torpes.

Su mirada se paseó por la habitación hasta detenerse en su cama y un estremecimiento la recorrió al recordar que ahí había entregado su cuerpo y su alma a James por primera vez. Con el afiche de Bret Michaels que parecía observarlos desde la pared, como un testigo mudo de una pasión que ahora solo le traía dolor.

El sonido del agua corriendo en la ducha la devolvió a la realidad; dejó caer la mochila sobre la cama con un leve suspiro y comenzó a recorrer la estancia con la punta de los dedos, como si quisiera palpar los recuerdos anclados en cada rincón.

Pasó la yema de los dedos por la superficie del escritorio, meticulosamente ordenado, con los libros apilados y el bote de lápices, crayones y bolígrafos en su sitio exacto; como si el tiempo se hubiese congelado en su ausencia. Abrió un cajón al azar y se topó con un puñado de folletos anunciando presentaciones de Sweet Poison en pubs, también estaban los bocetos que había dibujado con devoción del logo de la banda garabateado una y otra vez, acompañados de diseños para la escenografía de los conciertos; de manera inevitable su garganta se cerró.

Hubo un tiempo en el que todo parecía posible, en el que James no estaba consumido por su propio ego ni perdido en un torbellino de excesos. Cerró los ojos, conteniendo las lágrimas que amenazaban con desbordarse. ¿Sería capaz algún día de superar ese amor? ¿De dejar de sentir ese vacío que la devoraba desde dentro? Con un movimiento brusco, cerró el cajón, como si al hacerlo pudiera sofocar las emociones que la asfixiaban.

Un chillido agudo rasgó el aire, arrancándola de sus pensamientos, Lauren levantó el rostro para ver a Telma, envuelta en un albornoz celeste, con una toalla a juego rodeándole el cabello, correr hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Lauren! —exclamó con un grito ahogado de incredulidad, antes de estrecharla en un abrazo fervoroso.

Lauren sintió un atisbo de felicidad genuina y se lanzó hacia su amiga con la misma intensidad, aferrándose al abrazo como si fuera un salvavidas en medio de la tempestad; se mecieron lentamente, entre risas entrecortadas.

—No tienes idea de cuánto te he echado de menos —murmuró Telma contra su hombro.

—Yo más —susurró Lauren, con la voz temblorosa.

—¿Por qué no me avisaste que vendrías? —Se apartó apenas lo suficiente para mirarla con incredulidad—. ¿Cuándo llegaste?

Lauren abrió la boca, pero las palabras se ahogaron en su garganta, sintió el temblor ascender desde lo más profundo de su pecho hasta desbordarse en un llanto incontenible. Su cuerpo se sacudió contra el de Telma y se aferró a ella con desesperación, con la necesidad imperiosa de sostenerse en algo antes de venirse abajo

por completo; sus lágrimas empaparon la tela del albornoz de su amiga, mientras el sollozo entrecortado rompía el silencio de la habitación.

—Lauren… —susurró Telma con su voz impregnada de preocupación—. ¿Qué pasa? Me estás asustando. —Intentó separarse, pero Lauren se aferró con más fuerza, como si temiera que el dolor la consumiera si soltaba aquel abrazo.

—Siento no haberte escuchado, Telma. —Cuando por fin pudo hablar, lo hizo entre jadeos ahogados—. Siempre tuviste razón… Yo… yo fui una estúpida, estaba ciega.

—Tranquila, respira… —Telma frunció el ceño.

—James me ha roto el corazón, me hizo mucho daño —susurró, con una fragilidad que desgarraba—. Debí haberte escuchado… Haber abierto los ojos cuando intentaste advertírmelo, pero no quise ver la verdad… Y ahora estoy pagando las consecuencias.

Telma la apartó con dulzura y le sostuvo el rostro entre las manos, sus dedos cálidos acariciaron las mejillas húmedas, secando las lágrimas de su amiga con suaves movimientos de sus pulgares.

—No digas eso, no eres estúpida, Lauren, solo estabas enamorada.

—Pero me lo advertiste tantas veces… —su voz se quebró de nuevo—. Puedes juzgarme, me lo merezco.

—No, no estoy aquí para juzgarte. —Telma negó, con una ternura implacable—. Estoy aquí para levantarte, para eso están las amigas; sin importar lo que haya pasado.

Lauren cerró los ojos con fuerza y dejó que el llanto fluyera libremente, sintiendo la libertad para desahogarse como tanta falta le hacía. Telma la envolvió en otro abrazo, esta vez más sereno, más reconfortante, mientras se tragaba sus lágrimas al verla tan lastimada.

—James siempre fue un imbécil —musitó Telma con un tono cargado de desprecio—. Un narcisista manipulador; esa clase de hombres tienen un talento especial para envolverte en una red de promesas vacías, te hacen sentir como si fueras el centro de su universo, solo para después derrumbar todo a su alrededor y dejarte atrapada en las ruinas. Se alimentan de la devoción de los demás y

de su necesidad de convertirse en salvadores. Y tú, Lauren… siempre quisiste salvarlo.

—Tienes razón. —Ella aún entre sollozos, se separó un poco y alzó la vista con los ojos hinchados y enrojecidos—. Pero te aseguro que todo terminó —pronunció con determinación, como si al decirlo intentara convencerse a sí misma—. Esta vez de verdad, no puedo perdonarlo, no después de todo el daño que me hizo.

Tras recordar lo sucedido, su llanto resonó en la habitación con un dolor primitivo, como un lamento nacido de las entrañas. Telma la tomó de las manos con firmeza y la guio hasta la cama, sentándose a su lado, porque Lauren daba la impresión de estar a punto de derrumbarse.

—Lo sé. Y duele, pero te prometo que un día esto solo será un recuerdo lejano; ahora mismo no tienes que cargar con esto sola. Estoy aquí. —Telma podía comprender lo que Lauren estaba sintiendo, porque ella también fue víctima de un hombre como James, por eso pudo ver con absoluta claridad y dese un principio, la clase de tipo que era.

Lauren asintió, incapaz de articular palabra, aferrándose a la esperanza de que todo el dolor y la tristeza la dejarían. Telma le apretó las manos con suavidad, y en el silencio de la habitación, entre suspiros entrecortados y miradas cómplices, encontró un resquicio de paz en la tormenta.

Se acostaron en la cama y Telma la abrazó con delicadeza, acariciándole el cabello; Lauren apoyó la cabeza sobre el pecho de su amiga, sintiendo la calidez de su respiración acompasada.

Telma, con el ceño fruncido, intentó comprender cómo había llegado Lauren a ese punto; sabía que pasaría las vacaciones en Birmingham y que se vería con James en el concierto que dieron allí. Sin embargo, eso fue hace semanas y el dolor de Lauren era demasiado reciente; estaba segura de que algo más había sucedido; respiró hondo, armándose de valor.

—¿Cómo pasó todo, Lauren? —preguntó en voz baja—. ¿Qué fue lo que realmente sucedió?

Lauren tomó aire y comenzó a relatar cómo al principio, todo parecía ir bien en Birmingham, pero como extrañaba mucho a

James, decidió sumarse a la gira y ahí todo se descontroló. Sus excesos con el alcohol y las drogas los llevaron a tener discusiones constantes, algunas terminando en forcejeos. Telma sentía cómo la sangre le hervía en las venas, su mandíbula se tensaba y su respiración se volvía errática a medida que escuchaba el relato de Lauren.

Finalmente, llegó el punto de quiebre de toda esa situación; la crisis, el terror absoluto que sintió, y fue por eso que se deshizo de todas sus drogas y botellas, pero él enloqueció cuando descubrió lo que había hecho y la golpeó por primera vez… Y después la humilló, acostándose con otras mujeres delante de ella, en la habitación que compartían.

—Ese hijo de puta. —Telma se incorporó bruscamente con los ojos encendidos de furia—. Maldito bastardo. ¡Cómo se atrevió! ¡Cómo te hizo eso! —dijo con la voz quebrada entre la rabia y el dolor—. Es un desgraciado, un imbécil, un pedazo de mierda. Ojalá se pudra en su propia miseria, ojalá lo pague todo, Lauren… Tú lo diste todo; no solo por él, ¡por la banda entera! Sin ti, no serían más que un grupo tocando en pubs de mala muerte. Les ayudaste a construir su imagen, a diseñar sus escenarios, fuiste el alma de todo esto… Y así te lo paga ese imbécil…

—Soy consciente de todo eso, Telma. —Le tomó las manos, apretándole suavemente los dedos—. Pero ya está, no quiero pensar más en él ni volver a verlo, no dejaré que siga teniendo poder sobre mí.

—Pero, Lauren, él… —protestó Telma y la miró con el ceño fruncido, hirviendo de indignación

—No vale la pena —insistió ella, con un suspiro—. Además… me iré a Estados Unidos…Y todo esto va a quedar atrás.

—¿Cómo así que te vas a Estados Unidos? —Telma la observó por un momento, sin poder asimilar lo que le acababa de decir—. ¡No! ¿Acaso estás loca? No tienes que irte huyendo del país, solo por culpa de ese imbécil, eso sí que no lo voy a permitir.

—Telma… Telma. —Intentaba calmarla—. Escúchame.

—No dejes que te haga esto, amiga… —dijo furiosa y triste.

—No lo hago por él, lo hago por mí.

—No es justo, Lauren. Dime qué tengo que hacer o decir para hacerte cambiar de opinión. No puedes tirar tu vida a la basura por ese pedazo de mierda… ¡Tus estudios! Piensa, por favor… ¡Estados Unidos! ¡Qué locura! —bufó, parpadeando con asombro.

—Me voy porque encontré a mis padres biológicos —continuó Lauren, sin darle oportunidad de interrumpirla—. No es solo una idea pasajera, ni un arrebato. Me voy porque tengo que hacerlo, porque es mi historia, y necesito conocerla.

Telma sentía que su cabeza iba a explotar, todo esto le sonaba a una historia sacada de una novela. ¿Cómo era posible? Sabía que Lauren era huérfana y que sus padres adoptivos fueron asesinados, pero… ¿Ahora aparecían sus padres biológicos? ¿Justo cuando su vida estaba hecha un desastre y decidió alejarse de James? Todo esto le parecía demasiado conveniente, como si el universo le estuviera dando una excusa para escapar. Y ella, con su tendencia a huir de todo lo que la dañaba, seguramente encontró en esa historia la forma perfecta para alejarse.

Sin embargo, conocía a su amiga, sabía cuándo mentía y no lo estaba haciendo; había algo en su voz, en su manera de respirar y en la forma en que sus dedos jugueteaban con el cordón de su albornoz, que le decía que, aunque ella tampoco terminara de creerlo, era cierto.

—Dime que esto es una broma, Lauren —espetó finalmente, con su característico tono mordaz—. Porque, joder, si lo es, es la más elaborada que te has sacado de la manga.

Lauren giró el rostro hacia ella, su expresión era serena, pero sus ojos delataban el torbellino de emociones que se agitaba en su interior.

—No es una broma —respondió con voz pausada—. Mis padres biológicos están aquí; al parecer, soy Susan Russell.

El rostro de Telma se contrajo en una expresión de incredulidad. Sus ojos, siempre pícaros y llenos de malicia juguetona, ahora solo reflejaban desconcierto.

—No puedo creerlo —dijo, inclinándose hacia adelante.

—Y hay algo más… No soy inglesa, soy americana… Mi familia vive en Maryland y me raptaron cuando tenía tres años.

El silencio se instaló en la habitación; siendo únicamente interrumpido por el sonido lejano de una moto pasando por la calle. Telma parpadeó varias veces, procesando la información.

—¿Americana? —repitió, con una carcajada incrédula—. ¡Pero si eres más inglesa que el *fish and chips*! Más inglesa que la reina… ¡Por el amor de Dios, Lauren!

—Lo sé. —Por primera vez desde que se vieron, Lauren sonrió. Fue un gesto breve, pero genuino—. Siempre creí que era tan *brummie* como los de Black Sabbath, pero resulta que soy más americana que Abraham Lincoln. Mis padres biológicos son la viva estampa de la familia tradicional americana, rubios como el sol del verano, con ojos de un azul intenso y hermoso... Y están aquí, a un par de calles, esperando por mí.

—Esto es… —Telma la miró como si acabara de salirle otra cabeza—. Esto es una puta locura. No tiene sentido, ¿cómo demonios se enteraron? ¿Cómo pasó todo esto?

—Fue en la televisión. —Lauren se abrazó y tomó aire—. Vi una noticia donde mostraban un retrato de cómo se vería Susan Russell a los diecinueve años… y era yo; además, mencionaron una cicatriz en la barbilla y dos lunares en el hombro, no podía ser coincidencia… Créeme, estaba tan impactada como tú ahora... Fue la misma madrugada en que decidí dejar a James, así que… tal vez estaba vulnerable, pero llamé a los números de contacto y hablé con Patrick Russell. Luego la policía de aquí y de allá se pusieron en contacto e hicieron algunas investigaciones. Y ahora estoy aquí, diciéndotelo.

—No puedo creerlo. —Telma se frotó la cara con ambas manos y dejó escapar una risa corta—. No puede ser; después de todo lo que has pasado. Es como si la vida decidiera de repente cambiar todas las reglas del juego.

—Yo tampoco puedo creerlo. Pero aquí estamos. —Suspiro con resignación y la estrechó aún más contra ella.

Telma no dijo nada más, solo la sostuvo para brindarle fortaleza y consuelo, mientras Lauren cerraba los ojos y dejaba que el cansancio y la tristeza la envolvieran en la tibieza del abrazo de su amiga.

—¿Entonces te vas? —preguntó con melancolía, siendo consciente de que posiblemente estaba enfrentándose a una despedida.

—Así es… —Lauren afirmó con la cabeza, porque sobre ella empezaban a pesar las consecuencias de sus decisiones.

—¿Cuándo? —preguntó con un nudo en la garganta.

—No lo sé, en una semana… menos, quizá —murmuró con tristeza—. Primero iré a hablar con Harriet.

—¿Te van a quitar la herencia si ya no eres una Spencer?

—No, el señor Thompson dice que el cambio de identidad no afecta en nada la decisión que tomaron los Spencer, que solo se hará el cambio de nombre en los documentos… —volvió a suspirar —. Pero todo depende de cómo tome Harriet la noticia, porque lo menos que tengo ganas es de entrar en disputas por eso; si tengo que renunciar a la herencia para que ella esté tranquila, con gusto lo haré.

—El señor Thompson tiene razón… pero es mejor no sacar conclusiones antes de tiempo. —Telma estrechó más el abrazo—. Te voy a echar mucho de menos.

—Yo también, pero por el momento solo voy a congelar el semestre, no estoy segura de poder adaptarme a la vida americana. Jamás anhelé ese sueño.

—Si decides volver, aquí estaré… De todas maneras, seguiremos en contacto, prométeme que me llamarás o me escribirás cartas.

—Lo prometo, no importa dónde esté, siempre estaré para ti. — Le devolvió el apretón, parpadeando rápidamente para contener la emoción que se acumulaba en su garganta.

—Más te vale, americana de mierda.

Lauren rio al ver que ella recuperaba su humor ácido de siempre, agradecía tanto que Telma hubiese sido comprensiva con todo; tanto en el asunto de James como en el de sus padres bilógicos, que era un atisbo de alivio en medio de la tormenta.

CAPÍTULO 31

Benedict Thompson ajustó el nudo de su corbata mientras tomaba asiento en el elegante salón donde Harriet Deacon lo había recibido en otras ocasiones. Ella le dio la bienvenida con la misma compostura refinada de siempre; sus movimientos eran precisos y su expresión impenetrable, pero la tensión en su mirada delataba su frustración.

—Thompson, no pretenderá que acepte esto sin más. —Cruzó los brazos sobre su pecho, y su vestido borgoña pareció intensificar la severidad de su postura—. Oliver dedicó su vida a construir su imperio, y ahora todo quedará en manos de unos desconocidos.

Benedict exhaló despacio antes de responder, pues conocía la naturaleza combativa de Harriet y también que era muy sagaz; así que, cualquier descuido verbal podría avivar aún más su indignación.

—El testamento es inapelable —replicó con serenidad—. Y su cambio de identidad no modifica en nada los términos de la herencia. La única persona que puede administrar los bienes es Lauren; o en este caso, Susan Russell, dado que ya es mayor de edad. Nadie más tendrá control sobre lo que Oliver y Grace le heredaron. Lauren, o Susan, como parece ser su verdadero nombre, es la única heredera legítima del matrimonio Spencer, no hay margen para discusión.

Harriet, sin dejar entrever emoción alguna, dirigió una breve mirada a la empleada, quien inmediatamente comprendió la instrucción; con eficiencia y discreción llenó una copa de oporto para ella y otra para Benedict, luego se retiró en silencio. Harriet giró la copa entre sus dedos, observando el líquido ámbar con simulada apatía; finalmente, alzó la mirada hacia él, con el entrecejo ligeramente fruncido.

—Señor Thompson, ¿qué sabe usted de esos americanos? ¿Cómo podemos estar seguros de que no buscan sacar provecho de la situación?

Benedict sostuvo su mirada sin vacilar; era una duda razonable y sabía que Harriet la tendría, por lo que se dedicó a investigar lo suficiente para no caer en especulaciones infundadas.

—Los Russell perdieron a su hija en 1971. Todos los indicios concuerdan; la fecha del secuestro, los rasgos distintivos, e incluso el tiempo suficiente para que la trasladaran desde América. Pero, hasta que la prueba lo confirme, Lauren sigue siendo, legalmente, una Spencer.

Harriet apretó la mandíbula y tomó un sorbo de su copa con la mirada fija en Benedict; la incertidumbre brilló en sus ojos por un instante, pero él también percibió una evaluación estratégica. Sabía que no se quedaría de brazos cruzados y que era cuestión de tiempo antes de que intentara impugnar el testamento con otro abogado; no obstante, eso escapaba a su competencia. Su labor consistía en exponer los hechos y no en apaciguar resentimientos.

El silencio se instaló entre ellos como un espectador incómodo. Harriet dejó la copa sobre la mesa con un leve tintineo y recorrió la estancia con la mirada, como si entre sus lujosas paredes pudiera encontrar una solución que la favoreciera.

—Es una situación... inesperada e injusta —murmuró Harriet al final, con voz neutral, como si estuviera analizando una jugada de ajedrez.

—La justicia rara vez se alinea con nuestros deseos, señora Deacon —dijo, observándola con calma—. Pero sigue siendo justicia. —Se puso de pie, dispuesto a marcharse, pero Harriet alzó una mano para evitarlo.

—Señor Thompson, quisiera que le informe a Lauren y a sus padres biológicos que están invitados a un almuerzo el domingo. Me gustaría conocer a los Russell y, por supuesto, despedirme de mi sobrina.

—Transmitiré la invitación con mucho gusto. —Benedict asintió con profesionalismo.

Harriet le indicó que esperara un momento y salió de la estancia con paso firme. Se dirigió a la biblioteca, donde seleccionó una elegante postal de papelería fina; con un trazo decidido, escribió la invitación de su puño y letra, asegurándose de que las palabras fueran impecables. Al regresar, se la extendió al abogado.

—Preferiría que la entrega fuera formal. Confío en que se encargará de ello —dijo, comprometiéndolo con ese gesto.

—Lo haré con mucho gusto. —Tomó la postal con una leve inclinación de cabeza.

Harriet sabía que debía adaptarse a la situación, al menos por ahora; mantener una relación cordial con quienes administrarían la herencia de su hermano era una necesidad estratégica. Por ello, pensó en organizar el almuerzo no solo para despedir a Lauren, sino también para conocer personalmente a los Russell y evaluar a aquellos que podrían reclamar un vínculo legítimo con la hija adoptiva de su hermano.

En unos días, la joven viajaría a Estados Unidos para someterse a la prueba de marcadores genéticos que confirmaría si era una Russell o si, legalmente, seguiría siendo una Spencer. Hasta entonces, no tenía más opción que jugar bien sus cartas y esperar el resultado que definiría el destino de la herencia de Oliver.

El motor del auto se apagó con un leve ronroneo, dejando a Lauren atrapada en un silencio que se volvió tan opresivo como la tensión en su pecho. A través del parabrisas, observó la casa de Harriet con su fachada impecable, su jardín meticulosamente podado y la perfección fría que escondía tras sus muros; pero lo que, en realidad le encogió el estómago fue ver el auto de Brendan estacionado frente a la entrada.

El recuerdo de cuando recibió la invitación de Harriet volvió a su mente. Estaba sentada en compañía de Madeleine y Patrick en el vestíbulo del hotel donde se hospedaban, cuando el señor Thompson apareció con el sobre en la mano. Su expresión neutral no delataba nada, pero Lauren sintió el peso de lo que traía antes de siquiera abrirlo; lo leyó en silencio y con los dedos tensos sobre el papel.

«Querida Lauren,

Me gustaría invitarte a un almuerzo en nuestra casa este domingo. Considero que sería una ocasión oportuna para conocer a los Russell y poder compartir juntos en armonía. La familia estaría encantada de recibirte a ti y a tus acompañantes.

Con cariño,
Harriet»

La caligrafía impecable de su tía era tan engañosa como su tono cordial. Lauren sintió un nudo en el estómago, sabía que Harriet nunca hacía nada sin una razón oculta, y esta no era la excepción. Al principio, quiso rechazarlo; no podía soportar la idea de someter a los Russell a la mirada inquisitiva y el veneno disfrazado de cortesía de su tía.

Sin embargo, pensó en lo mucho que ella valoraba las apariencias, y sabía que, ante los Russell, se mostraría como la mujer más encantadora del mundo. Seguramente buscaría quedar bien ante ellos, no solo para demostrar su supuesta bondad, sino para asegurarse de que seguiría teniendo algún tipo de influencia sobre ella, aunque estuvieran a miles de kilómetros de distancia.

Por eso aceptó, pero también por eso, le pidió al señor Thompson que los acompañara. Harriet sabía hasta dónde podía fingir, pero su presencia sería una advertencia silenciosa para que midiera sus palabras.

«Debí imaginar que ella también invitaría a su hijo», pensó, sintiendo que el aire en el interior del vehículo se sentía sofocante.

Brendan nunca perdería la oportunidad de demostrar su desprecio, y si Harriet era una maestra en la hipocresía, él era un experto en la crueldad sin filtros. Lauren se humedeció los labios, queriendo decirle al señor Thompson que tal vez deberían regresar, que ese almuerzo era una trampa en la que ella no quería caer, pero las palabras se deshicieron en su garganta, sofocadas por los latidos desbocados de su corazón.

El abogado giró la cabeza hacia ella con una expresión paciente, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Él mantuvo su expresión imperturbable y tampoco dijo nada sobre dar la vuelta, solo aguardó, dándole tiempo para decidir.

Ella alzó la vista hacia los Russell. Madeleine le sonrió con amabilidad, aunque su mirada rebosaba de una ansiedad; mientras Patrick tamborileaba los dedos sobre su rodilla, intentando disimular la tensión. No podía acobardarse en ese momento; ellos la habían acompañado con la mejor disposición y con el corazón abierto, creyendo en la imagen ficticia que Harriet construyó sobre los Spencer. Así que, a pesar del miedo que le apretaba el estómago, debía continuar y no arruinarlo.

—Vamos. —Respiró hondo para armarse de valor.

El señor Thompson la miró por un instante más, como si quisiera asegurarse de que en verdad estaba lista, luego asintió y salieron del auto. Lauren sintió el aire fresco en su rostro, pero el alivio fue momentáneo, porque la puerta de la casa se abrió antes de que pudieran tocar.

Harriet apareció en el umbral, con un impecable vestido color crema, y una sonrisa más que ensayada. A su lado, Archie, se adelantó con una sonrisa cálida y genuina, que a Lauren le provocó una punzada en el corazón.

—Querida, Lauren —exclamó Harriet, extendiendo los brazos de una manera que pretendía ser acogedora, aunque su mirada apenas disimulaba la frialdad. Luego se dirigió a los Russell con una inclinación de cabeza cortés—. Señor y señora Russell, qué placer tenerlos aquí. Y por supuesto, señor Thompson, siempre es bienvenido.

—Gracias por recibirnos, señora Deacon. —Benedict respondió con un asentimiento, mirándola a los ojos.

—Es bueno verte, Lauren —dijo Archie con sinceridad—. Te ves bien. —Se acercó y, sin dudarlo, le dio un abrazo firme y paternal.

—Gracias, Archie, también me alegra mucho verte —saludó y respiró hondo, recordando lo que debía hacer. Giró ligeramente el cuerpo y señaló a la pareja que la acompañaba—. Archie, Harriet —dijo con voz mesurada—, quiero presentarles a Patrick y Madeleine

Russell… mis padres —dudó un poco al decirlo, pero sabía que a ellos les agradaría que empezara a verlos como sus progenitores.

Hubo un breve silencio producto de la emoción que provocó que los presentara de esa manera; antes de que Madeleine, con su característica dulzura, diera un paso adelante y extendiera la mano.

—Es un placer conocerlos —dijo con una sonrisa, mientras sus ojos mostraban la mezcla de emociones que bullían en su interior.

—Gracias por recibirnos. —Patrick, con un movimiento más pausado, también extendió la mano y asintió con educación.

—El placer es nuestro —respondió Archie, con un tono de genuina hospitalidad. Su expresión no cambió, cálida y afable, mientras estrechaba sus manos con firmeza.

Harriet, en cambio, tardó un poco más en reaccionar, pero entonces, con la misma gracia estudiada de siempre, esbozó una sonrisa impecable y extendió la mano con cortesía.

—Qué alegría conocerlos al fin… Ya el señor Thompson nos ha puesto al tanto de todo, puedo imaginar lo afortunados que se sienten.

—Por favor, adelante, siéntanse como en casa. —Archie sostuvo la puerta abierta con amabilidad mientras los Russell entraban a su hogar.

—Gracias. —Madeleine le dedicó una sonrisa agradecida antes de adentrarse en el salón con su esposo.

Apenas Lauren cruzó el umbral de la casa, sintió un impacto en el pecho. Alfie se le había lanzado encima en un abrazo torpe pero lleno de entusiasmo; con esa energía típica de los adolescentes.

—¡Por fin apareces! —exclamó él, sin soltarla—. Pensé que te habías mudado a Marte o algo así.

—Casi —bromeó ella, revolviéndole el cabello—. ¡Estás más alto!

—Lo sé, y aún sigo creciendo… En cambio, me parece que tú estás más bajita —dijo con una mirada divertida.

—Oye, tengo la misma estatura desde hace años —respondió Lauren con una sonrisa.

—Mira quién decidió recordarnos —Paul, que había esperado su turno, la abrazó con más calma, pero con la misma calidez—. Pensé

que te habías olvidado de nosotros —reprochó con los ojos entornados.

—Nunca podría —respondió Lauren, sonriéndole.

Paul la examinó con una ceja arqueada; ya que, se enteró a través de una revista, de la relación que Lauren mantenía con el vocalista de la banda Sweet Poison, esperaba que ella misma se lo contara; porque algo le decía que prefería mantenerlo en secreto.

—¿Y bien? ¿Qué tal la vida? ¿Sigues metiéndote en problemas o ya decidiste ser una persona decente?

—Definitivamente sigo metiéndome en problemas. —Lauren bufó—. ¿Y tú? ¿Alguna novedad interesante?

—Por supuesto, pero no te diré nada hasta que nos pongamos al día como se debe —dijo Paul con fingido misterio—. Té, galletas y chismes, en ese orden.

—Me parece justo —dijo Lauren riendo.

—Ustedes dos siempre tienen algo que contarse. —Alfie resopló, mostrando sus celos abiertamente—. ¿Y yo qué?

—Tú, querido hermanito, vas a contarnos todo sobre la chica que te gusta —dijo Paul con una sonrisa maliciosa.

—¡Cállate, no es cierto! —protestó Alfie, sonrojado y miró a su hermano con reproche, se suponía que era un secreto.

Lauren los miró buscando alguna señal para descubrir si sabían lo que estaba pasando en su vida, pero no notó nada extraño en sus expresiones; al parecer, Harriet no les dijo que encontró a sus padres biológicos, ni que se iría a Estados Unidos en unos días. No estaba segura de si debía decírselos en ese momento, o esperar a que el tema surgiera durante el almuerzo.

—¡Increíble! Primera vez que Lauren llega a tiempo. ¿Qué sigue? ¿Un eclipse? —preguntó Brendan con tono mordaz—. Aunque claro, ahora todo tiene sentido… La trajo el señor Thompson; al fin alguien le está enseñando lo que es la puntualidad inglesa. Mis respetos, señor, debe de tener la paciencia de un santo.

Lauren giró la cabeza y lo vio sentado en uno de los sofás, con la postura relajada pero impecable. Su mirada incisiva se clavó en ella, y por un instante, los recuerdos la golpearon con fuerza. La última vez que lo vio fue en junio, cuando se peleó con James

aquella noche en el pub; luego la rescató y le dio refugio durante esos días, pero cuando llegó el momento de marcharse, discutieron, como siempre.

Él le advirtió que James solo le traería sufrimiento y le pidió que se alejara antes de que fuera demasiado tarde; sin embargo, ella defendió a su exnovio con terquedad, convencida de su amor. Ahora, de pie frente a él, no podía evitar preguntarse qué habría sido de su vida si le hubiera hecho caso. Lo vio imponente, elegante y con ese aire de desapego que enmascaraba emociones que nunca llegaba a revelar.

—Lauren no necesita que nadie le enseñe nada, Brendan —intervino el abogado con una sonrisa tranquila—. Solo hace falta darle una buena razón para que llegue a tiempo.

—Interesante teoría; aunque si la aplicamos a la evidencia empírica, significa que vernos nunca ha sido una razón lo suficientemente buena. —Ladeó la cabeza con fingida reflexión—. Lo cual, en retrospectiva, explica muchas cosas, primita.

—Bueno, en mi defensa, verte a ti nunca ha estado en mi lista de prioridades. Es más bien un desafortunado efecto secundario —respondió Lauren con una sonrisa afilada y se cruzó de brazos.

Brendan estaba demente si creía que iba a intimidarla delante de los Russell. Si algo le agradecía a los eventos vividos en los últimos meses, era que le habían endurecido la piel.

Él no respondió; en su lugar, se levantó con la misma seguridad con la que lanzaba sus comentarios mordaces y caminó con esa elegancia natural que siempre le había irritado y, al mismo tiempo, atraído. Había algo en su porte, en la forma en que se movía como si el mundo entero fuera su escenario, que hacía imposible ignorarlo.

Lo vio acercarse y se negó a retroceder, aunque su cuerpo se tensó en anticipación.

Brendan se detuvo frente a ella, ignorando a todos los presentes, inclinó levemente la cabeza, como si evaluara algo, y antes de que pudiera soltar otra réplica, él deslizó las manos sobre sus hombros con firmeza estudiada y luego le besó la mejilla. No fue un gesto apresurado ni casual, fue seductor, provocador y con esa insolente confianza que siempre buscaba desarmarla; su aliento

cálido rozó su piel, justo lo suficiente para que su estómago se contrajera en una mezcla discordante de incomodidad y placer.

Su mente le gritó que se apartara, que lo empujara y no le diera el gusto de una reacción, pero su cuerpo, traicionero, permaneció inmóvil, atrapado en esa maraña de emociones que Brendan siempre conseguía despertar en ella. Cuando se apartó, su sonrisa delataba que sabía exactamente lo que había causado.

—Un efecto secundario… interesante, ¿no crees, primita? —murmuró con diversión.

El silencio que siguió fue breve pero incómodo. Harriet, que hasta ese momento observó la interacción con discreta atención, sintió una punzada de desagrado. Conocía a su hijo mejor que nadie, y lo que acababa de presenciar tenía un matiz distinto; no era simple provocación, ni un juego sin consecuencias, a ella no le gustó darse cuenta de eso.

—Brendan —dijo con una sonrisa que procuró esconder su tensión—, ya que estás tan interesado en Lauren, quizá te gustaría conocer a las personas que la acompañan.

Él arqueó una ceja y mantuvo la expresión de diversión, pero su atención se desvió al matrimonio que acababa de llegar. No eran personas de porte distinguido ni de modales refinados; eran sencillos, con una calidez en la mirada y una amabilidad natural. El hombre tenía los hombros ligeramente encorvados y el cabello algo desordenado, como si estuviera más acostumbrado a preocuparse por los demás que por su apariencia. La mujer tenía una belleza natural, su sonrisa lucía sincera y su mirada amable, transmitía una ternura que no parecía forzada ni ensayada. Sin embargo, lo que más le llamaba la atención era que miraban a Lauren con un afecto tan profundo, que casi resultaba abrumador.

—Te presento a los Russell —continuó Harriet, con su tono más impecable—. Los padres de Lauren.

Por primera vez en toda la conversación, la sonrisa de Brendan se desvaneció, aunque fue solo por un instante. Su mirada se deslizó entre Lauren y la pareja con una nueva intensidad, evaluando la situación con más seriedad de la que solía permitirse.

Lauren, por su parte, sintió cierta satisfacción. No por la presencia de sus padres, sino por la extraña sensación de que Brendan, con toda su arrogancia y seguridad, acababa de recibir un golpe que no vio venir.

—¡¿Cómo?! ¡¿Tus padres?! —interrumpió Alfie, con el semblante asombrado y su mirada pasaba de Lauren a los Russell.

—No pensé que a tu edad desearas ser adoptada —comentó Paul con un tono más mesurado.

—No, no me han adoptado —comentó Lauren un poco incómoda.

Lo menos que esperaba era que Harriet hubiese puesto sobre aviso a sus hijos; volvió a mirar a Brendan que tenía un semblante serio. Antes de que alguien pudiera hacer algún comentario, el señor Thompson intervino con su tono siempre sereno.

—Los esposos Russell son los padres biológicos de Lauren —aclaró, dirigiéndose a los chicos.

Lauren, sintió una tensión en su pecho; aunque no era la primera vez que escuchaba ese término, viniendo del señor Thompson, con su forma meticulosa de hablar, sonó más definitivo.

Brendan desvió la mirada hacia el abogado, como si procesara la información con más detenimiento; luego entrecerró los ojos levemente y soltó una escueta sonrisa, aunque ahora parecía menos despreocupada.

—Vaya, qué detalle tan interesante —comentó, deslizando la mirada de Lauren a los Russell, con una expresión que era imposible de descifrar, parpadeó solo una vez antes de recuperar su expresión habitual.

No estaba acostumbrado a que lo tomaran con la guardia baja, y definitivamente no pensaba permitir que aquella situación lo dejara en evidencia. Con la sonrisa que usaba cuando quería retomar el control de una conversación, avanzó con paso seguro hacia los Russell. Extendió la mano con elegancia y los miró con el mismo aplomo con el que enfrentaba cualquier escenario.

—Señor —dijo con educación, dirigiéndose al hombre primero.

—Patrick Russell. —Estrechó su mano con firmeza, sin apresurarse, y sosteniéndole la mirada—. Es un placer.

Para él no pasó desapercibida la forma en que el joven trató a Susan. Tal vez era solo un juego entre ellos, una de esas dinámicas entre jóvenes que no necesariamente significaban algo más, pero no podía negar que había algo en la actitud del chico que le generaba una ligera incomodidad. No quería pensar que estuviera molestando a su hija, pero tampoco le gustó del todo la escena que acababa de presenciar.

Ambos se estaban evaluando, aunque de distintas maneras, pero antes de que el silencio se extendiera demasiado, Madeleine se apresuró a acercarse y le tendió la mano con una sonrisa más natural.

—Madeleine Russell —dijo con amabilidad.

Brendan la saludó con la misma cortesía mesurada, notando la diferencia en su expresión, que distinto a su esposo, ella no parecía estar midiendo cada uno de sus gestos; más bien, su sonrisa tenía un tinte de curiosidad, como si estuviera evaluándolo de otra manera.

Madeleine no tardó en notar que el joven era bastante apuesto y, sobre todo, muy seguro de sí mismo, quizá demasiado y podía dar la impresión de ser arrogante pero no le causó mala impresión.

—Un placer conocerlos —dijo con un tono impecablemente cortés, aunque con ese matiz suyo que hacía difícil discernir si hablaba en serio o si se estaba divirtiendo con la situación.

Lauren lo miró de reojo, sintiendo una punzada de irritación, sabía que Brendan estaba acostumbrado a manejar cualquier interacción a su favor, pero esta vez, no estaba segura de que lo lograra tan fácilmente.

—Lo mismo digo. —Patrick, sosteniéndole la mirada y asintió con educación.

—¿Es en serio? —soltó Alfie, mirando a Lauren y luego a los Russell, como si esperara que alguien se echara a reír y le dijera que todo era una broma—. No puedo creerlo. ¿Cómo y cuándo pasó esto?

Su incredulidad era comprensible; hasta hacía poco, nadie imaginaba que Lauren tenía una familia biológica esperándola en algún lugar del mundo. Antes de que alguien pudiera responder,

Paul, que había estado observando a los recién llegados con atención, quiso intervenir con una sonrisa educada.

—¿De dónde son? —preguntó mientras estrechaba la mano de Patrick y luego la de Madeleine. Había captado el acento y supo de inmediato que no eran ingleses.

—De Maryland —respondió Patrick, devolviéndole el saludo con amabilidad. Ese joven no le inspiraba rechazo como su hermano mayor.

—¿Estados Unidos? —comentó con cortesía, aunque su mirada se desvió momentáneamente hacia Lauren, como si intentara procesar lo que aquello significaba.

—Sí, vivimos en Catonsville, una comunidad pequeña, pero con unos paisajes hermosos. —Patrick también miró a su hija.

—¿Te vas a ir a Estados Unidos? —El asombro en el rostro de Paul dio paso a una melancolía que no pudo disimular y miró a Lauren.

Ella sintió que su garganta se cerraba, no era que no hubiera pensado en cómo sus primos se tomarían esa noticia, pero enfrentarlos de manera tan directa, con todas las miradas puestas en ella, la dejaba sin palabras. No sabía cómo responderles sin que doliera.

—Ya tendrán tiempo para hablar de eso. —Archie intervino con su tono tranquilo pero firme. Sabía que en ese momento era mejor desviar la conversación—. Ahora lo importante es que pasemos al comedor. —dijo y su mirada recorrió a sus hijos con atención.

Brendan mantenía su postura despreocupada, pero él como su padre lo conocía demasiado bien para dejarse engañar; había una tensión sutil en su mandíbula y su mirada era más oscura. Además, la manera en que estrechó la mano de Patrick y Madeleine fue demasiado calculada, como si se estuviera obligando a mantener el control.

Paul, por su parte, se quedó en silencio, algo bastante raro en él, pues de los tres era el más elocuente. Y luego estaba Alfie, que aún miraba a Lauren con incredulidad, como si todo aquello le resultara demasiado difícil de procesar. Fue entonces cuando supo que la noticia los afectó más de lo que estaban dispuestos a admitir;

sin añadir nada más, se arrimó discretamente hacia Patrick y al señor Thompson, asegurándose de que el primero no se sintiera fuera de lugar.

—Es un placer tenerlos aquí —prosiguió Archie, dándole una palmada en el hombro a Patrick antes de intercambiar una mirada con Thompson.

Lauren suspiró, aún con la pregunta latente en su mente, pero decidió dejarla para después. Por ahora, lo único que podía hacer era seguir a los demás y tratar de disfrutar del momento.

CAPÍTULO 32

El comedor de la casa era una estancia imponente, reflejo de la elegancia y el buen gusto que la caracterizaban; la luz del mediodía se colaba a raudales por los grandes ventanales rectangulares, proyectando reflejos dorados sobre la mesa de caoba pulida, haciendo brillar la vajilla fina y los cubiertos de plata dispuestos con detalle. Una majestuosa lámpara de cristal colgaba del techo, como recordatorio de la opulencia de la familia; las copas de cristal capturaban los destellos de la luz natural, mientras un aroma sutil a flores frescas y a la comida recién hecha flotaba en el aire.

Patrick recorrió la estancia con la mirada, sintiendo cómo la inquietud se instalaba en su pecho. Desde que llegó a la mansión, cada habitación parecía más elegante que la anterior, cada pasillo más ornamentado y cada detalle más fastuoso. La riqueza de los Spencer no era simplemente comodidad; era el tipo de lujo que él solo había visto en revistas o películas.

No pudo evitar preguntarse cuánto influía ese entorno en Susan. ¿Estaba acostumbrada a vivir rodeada de este nivel de sofisticación? ¿Lo echaría de menos ahora que se iba con ellos? Porque Madeleine y él no podían ofrecerle nada parecido. No eran más que una familia de clase media en Maryland, con una casa acogedora, pero sin candelabros de cristal ni mesas interminables preparadas por amas de llaves.

—Sean bienvenidos. La mesa está servida. —Beth los invitó a tomar asiento con una inclinación educada; antes de que pudiera decir algo más, Lauren cruzó la estancia y la rodeó en un abrazo espontáneo.

—¡Beth! —exclamó con alegría—. Me hace tan feliz verte.

El ama de llaves se sobresaltó por un instante, pero luego su expresión se suavizó y correspondió el abrazo con una ternura

discreta, acariciándole la espalda con afecto.

—Señorita Lauren —respondió sonriendo—. Qué alegría verla también.

Madeleine observó la escena con un ligero asombro; no pasó desapercibido para ella, el cariño sincero con el que su hija trataba a la mujer. No era una cortesía forzada ni una muestra de gratitud superficial; era una conexión genuina, un afecto real que no se veía todos los días entre una joven criada en una casa como aquella y el personal de servicio.

Harriet, en cambio, carraspeó con desaprobación, nunca había considerado apropiado ese tipo de efusividad con los empleados, y el gesto de Lauren le resultó fuera de lugar.

—Será mejor que tomemos asiento —dijo con un tono impecable, aunque levemente más rígido de lo habitual.

—Por supuesto, señora Deacon. Todo está listo. —Beth, con discreción, se apartó y les hizo un gesto invitándolos a la mesa.

Harriet, con su característico aire de anfitriona, comenzó a designar los asientos. Movía las manos como si se tratara de la directora de una orquesta, asegurándose de que cada persona estuviera en el lugar que ella consideraba adecuado.

—Bien —dijo con una sonrisa elegante, una vez que estuvieron acomodados—. Sean bienvenidos. Espero que disfruten de la comida. —Harriet, decidió recordar en voz alta la primera visita de Lauren a aquella casa—. Recuerdo perfectamente el día en que mi hermano la trajo —dijo, mirándola con una expresión de fingido afecto—. Me pareció adorable. Incluso reconocí de inmediato que tenía cierto parecido con mi adorado Oliver. —Su voz se volvió más melancólica al pronunciar aquel nombre. Su hermano, su querido Oliver, su orgullo, a quien la muerte se había llevado demasiado pronto.

Lauren sabía que Harriet pretendía hacerle un halago con aquella comparación, pero su percepción de aquel día era muy distinta. En su memoria, lo que más destacaba no era su calidez sino su desconfianza; así como, el desagradable recibimiento de Brendan. Recordaba con claridad cómo él, con su arrogancia innata, la miró

con desdén y le dejó claro que no la consideraba bienvenida en su casa.

También el momento en que ella, en medio de su enojo y confusión, le reprochó a su padre por adoptarla. Le dijo que era demasiado mayor y que debía tener malas mañas, pero lo que más se quedó grabado en su corazón no fueron sus propias palabras, sino la respuesta de Oliver. La forma en que él la defendió con ese amor incondicional que solo un padre podía ofrecer. El recuerdo hizo que apretara la servilleta sobre su regazo, sintiendo una mezcla de emociones difíciles de procesar.

Paul notó cómo el ambiente se volvía incómodo para los Russell. Su madre, como siempre, no hacía más que exaltar las virtudes del tío Oliver; lo que no estaba mal, pero esta vez resultaba inapropiado, pues dejaba en una posición deslucida a los verdaderos padres de Lauren, como si su historia y su amor por su hija fueran menos relevantes.

—Y… —Decidió intervenir antes de que la incomodidad se hiciera más evidente—. ¿Cómo fue que lograron encontrar a Lauren? —preguntó, con la intención de darles un espacio en la conversación.

—Susan. —Madeleine, levantó la cabeza y corrigió con suavidad —. Su nombre es Susan.

Harriet, con una elegante inclinación de cabeza, bebió un sorbo de agua sin pronunciar palabra. Lauren bajó la mirada a su plato, sintiendo el peso de ambas identidades sobre sus hombros; eso era un recordatorio inevitable de que, aunque todos estaban sentados en la misma mesa, no compartían la misma historia

—Susan Russell… —Brendan saboreó las palabras, paladeando cada sílaba como si degustara un buen vino—. Susan —repitió, con una sonrisa ladeada y una intensidad en su mirada que no pasó desapercibida; sobre todo, porque estaba sentado justo frente a ella.

Lauren alzó la vista y, aunque sintió el peso de aquella mirada que parecía querer perforarla, no la apartó. Era un juego que conocía bien, una batalla silenciosa en la que ninguno estaba dispuesto a ceder primero.

—Así que, Lauren Spencer pasará al olvido. —Brendan inclinó ligeramente la cabeza, como si reflexionara en voz alta. No era una pregunta, sino una afirmación.

—Vaya, Brendan, me sorprende que puedas recordarlo. —Lauren esbozó una sonrisa sin humor—. Creí que para ti nunca había existido.

—Siempre tan mordaz… —Él dejó escapar una risa baja; no esperaba menos de ella. Así que, desvió la mirada hacia el abogado —. Y, dígame, señor Thompson, ¿cómo queda ahora la herencia?

—Es un tema que ya discutí con la señora Deacon —respondió con calma, manteniendo la postura relajada, bebió un sorbo de agua —. No tiene nada de qué preocuparse, joven.

Brendan sostuvo la mirada del abogado por unos segundos más, midiendo el alcance de aquellas palabras. Iba a decir algo cuando vio la intención de su madre de intervenir en la conversación.

—Al parecer, Brendan —dijo con su tono premeditado—, tendrás que aprender a trabajar conjuntamente con Lauren… —Se corrigió de inmediato—. Perdón, con Susan. —Desvió la atención hacia el supuesto padre biológico y continuó—: Señor Russell, ¿sabe cuál es el negocio que está bajo la responsabilidad de su hija?

Patrick percibió la ironía en la pregunta. Sabía exactamente lo que la señora Deacon quería decir: «¿Es consciente de la magnitud de lo que ella tiene en sus manos? ¿De lo que implica?»

—No, porque no es un tema que me interese de momento —respondió con serenidad, manteniendo la compostura.

—Por ahora, solo estamos enfocados en recuperar a nuestra hija. —Madeleine, no dejó pasar la oportunidad para salir en defensa de su esposo—. Después de dieciséis años de agonía, lo único que nos importa es saberla viva y bien.

—Por supuesto. —Harriet le dedicó una sonrisa y asintió con delicadeza—. Imagino el alivio que deben sentir —comentó, con un tono que pretendía ser empático, aunque en el fondo tenía un matiz ligeramente condescendiente—. Yo no podría imaginar mi vida sin ninguno de mis hijos. —Dejó que el comentario asentara y prosiguió —: Disculpe mi imprudencia, pero me gustaría saber… ¿A qué se

dedica usted, señor Russell? —Por supuesto, no hacía la pregunta por simple cortesía. Quería saber exactamente en manos de quién caería la fortuna de su hermano.

—Administro el negocio familiar. —Patrick respondió con tranquilidad—. Tenemos un concesionario de vehículos.

—Oh… —murmuró, como si no quisiera menospreciar, pero fue todo lo contrario—. Debe ser un negocio complicado. No parece ser el tipo de industria más… beneficiosa, económicamente hablando.

—En realidad, es un negocio bastante productivo e interesante —intervino Archie. Su esposa estaba siendo demasiado imprudente, y no tenía intención de permitir que la conversación tomara un rumbo desagradable—. Un concesionario no solo obtiene ganancias de la venta directa de automóviles, también genera ingresos por mantenimiento, financiación y hasta seguros. Además, con el crecimiento del mercado automotriz y las innovaciones en los modelos… Sin duda, es un sector con mucho movimiento y oportunidades.

—Así es. —Patrick confirmó—. No solo vendemos los vehículos mediante un contrato de concesión, sino que también desarrollamos actividades periféricas a la venta, como revisión y mantenimiento mecánico, venta de repuestos, ejecución de garantías y gestiones de matrícula —intentó resumir de manera sencilla.

—Eso suena como un servicio bastante completo. —El interés de Archie se avivó—. ¿Venden de varias marcas?

—No —respondió Patrick—. Al vender vehículos nuevos, solo estamos asociados a una única marca fabricante.

—¿Cuál?

—Chevrolet. —Patrick respondió con orgullo y esbozó una ligera sonrisa—. Nuestra sede principal está en Detroit, Michigan.

La conversación pareció adquirir un matiz más serio y profesional. Brendan observó la escena con atención, interesado en conocer más de esas personas. Harriet mantenía su expresión serena, aunque a cualquiera con buen ojo le habría parecido que su interés se tornaba más calculador. Lauren, o Susan, como algunos empezaban a llamarla, también miraba con detalle cada interacción;

sentía que, con cada palabra y gesto, su mundo seguía transformándose ante sus ojos.

—Disculpen que retome el tema. —Paul decidió intervenir con diplomacia, al notar que la conversación había derivado a otros terrenos—, pero realmente me intriga cómo supieron que Lauren era Susan. Me refiero a ¿cómo están tan seguros si aún no tienen los resultados de los marcadores genéticos? Solo es curiosidad, por supuesto, pero si es un asunto delicado o doloroso, no tienen por qué responder. —Aunque estaba muy intrigado, no quería pecar de imprudente.

El tintineo de los cubiertos sobre los platos llenó el breve silencio que se hizo en la mesa. El almuerzo había comenzado con un plato de *roast beef* acompañado de *yorkshire pudding*, todo bañado en una generosa porción de *gravy*. A un lado, las verduras asadas aportaban color al plato.

—Yo también tengo curiosidad. —Alfie, que estaba cortando un pedazo de carne, asintió con entusiasmo—. Es un tema demasiado interesante… Sobre todo, quiero saber cómo fue que Lauren, digo, Susan, acabó tan lejos de casa.

—Podemos hablar de ello. —Patrick suspiró y asintió, con la mirada puesta en Paul, mientras dejaba el cuchillo a un lado—. Aunque hasta hace poco era un tema demasiado doloroso, ahora que estamos con Susan, podemos compartir lo que pasó.

—Ella estaba jugando en el jardín con su hermano mayor… —intervino Madeleine con una expresión melancólica.

—Oh —interrumpió Brendan con ironía, levantando ligeramente una ceja—. Así que tienes un hermano.

—Sí, en realidad tiene dos. —Madeleine se giró hacia él con amabilidad, aunque su mirada indicaba que notó la intención de su comentario—. Lenny, que tiene veinticuatro años, y Stella, que tiene seis.

—Así que ya no estás sola en el mundo. —Brendan dirigió la mirada a Lauren y dejó caer su cuchillo sobre el plato con un sonido seco.

—¿Y qué harás con esa información, Brendan? —Lauren, sin apartar la vista de su plato, esbozó una sonrisa mordaz antes de

mirarlo directamente—. ¿Mandarles un ramo de flores de mi parte?

Él soltó una risa baja y divertida, le gustaba cuando ella no se quedaba callada y lo retaba; la miró con intensidad, buscando en su cabeza algo ingenioso para responder.

—Siguiendo con el tema… —Paul retomó la conversación—. Me gustaría saber cómo están tan seguros.

—Por la cicatriz en la barbilla y los lunares —explicó Madeleine, con un dejo de emoción en la voz—. Se hizo la cicatriz cuando estaba aprendiendo a caminar; tropezó y se golpeó contra el primer peldaño de la escalera. Esa vez nos dio un gran susto.

Lauren se llevó instintivamente los dedos a su barbilla, recorriendo con la yema la pequeña marca que siempre había estado ahí. No recordaba su origen, pero desde que supo su procedencia, tenía una historia que darle.

—¿Lunares? —preguntó Alfie, ladeando la cabeza y frunció el ceño, intrigado—. ¿A qué lunares se refiere?

—Un par de lunares que tengo en la parte posterior del hombro derecho —respondió Lauren con naturalidad.

Brendan levantó ligeramente la mirada, sabía exactamente a qué lunares se refería; los notó un verano, cuando ella llevaba una camiseta de tirantes y la luz del sol acentuaba el contraste entre las pequeñas marcas y su nívea piel. También los vio aquella noche, cuando se puso el camisón de seda de Alice en su apartamento; le parecieron curiosamente fascinantes, como un sello distintivo que la hacía única.

—¿Cómo se enteraron? —continuó Paul, después de dar un sorbo de su copa—. Es decir, ¿cómo supieron que Lauren era Susan y que estaba tan lejos?

—Susan nos llamó… desde Manchester —respondió Patrick.

Hubo un breve silencio y todos se volvieron para mirar a Lauren, pero la mirada de Harriet fue la que más la intimidó y sintió una presión en el pecho. Sabía que se enterarían en algún momento de esa información, pero no esperaba que la incomodidad la golpeara tan fuerte.

—¿Manchester? —indagó Harriet con desconcierto y desconfianza—. No sabía que habías estado en Manchester.

—Vi la noticia en televisión —respondió Lauren con aparente calma e ignorando el comentario de Harriet—. Pasaron el retrato forense y la joven de este era idéntica a mí… Dado que siempre tuve dudas sobre mi origen, concluí que podía ser yo. Llamé al número que mostraron en la pantalla, era de la casa de los Russell, me atendieron, pero la llamada se cortó muy rápido… Y luego decidí ir con la policía para averiguar más.

—Esa entrevista fue para NBC —intervino Madeleine sonriendo con calidez—. Después de muchos años y muchos intentos, al fin logramos que la noticia se hiciera internacional.

—Pero, ¿qué hacías en Manchester? —Harriet, retomó su pregunta con un tono más incisivo. Sin apartar la mirada de Lauren.

Ella sintió que la sangre le bajaba de golpe, dejándola helada en su asiento. La pregunta era simple, pero la respuesta era un laberinto oscuro lleno de recuerdos que la asfixiaban: James.

Su nombre no fue pronunciado, pero su presencia se hizo tangible en su mente; recordó cómo, en un principio, su historia con él había sido hermosa, emocionante, llena de promesas de un futuro juntos. Luego poco a poco, aquel hombre en el que depositó su amor y confianza se convirtió en su verdugo, en su pesadilla; lo peor, era que aún le dolía, era que, a pesar de todo, aún lo amaba.

Brendan percibió el pánico en sus ojos, el ligero temblor en sus labios y la forma en que su respiración se volvió más superficial; no necesitó mucho para comprenderlo, debió estar con ese imbécil. La molestia lo invadió como una corriente eléctrica; odiaba verla sufriendo por alguien que no lo merecía. Seguramente tendría que separarse de él, y aquello debía estar destrozándola por dentro. Apretó la mandíbula, pero en lugar de dejarse llevar por su enojo, decidió intervenir antes de que Harriet la siguiera acorralando.

—Estaba de vacaciones —dijo con su característica seguridad, como si el tema no tuviera la menor importancia—. Y, hasta donde sé, podía ir a donde quisiera sin dar explicaciones.

Lauren parpadeó, sorprendida, no sabía si él habló para protegerla o si simplemente disfrutaba llevarle la contraria a su madre, pero lo cierto era que, en ese momento, le dio el respiro que necesitaba.

Harriet entrecerró los ojos, como si analizara su intervención, pero Brendan le sostuvo la mirada sin vacilar. Paul dejó los cubiertos con un leve chasquido sobre la porcelana, y se recargó contra el respaldo de su silla, entrelazando los brazos sobre su pecho.

—No sabía que Lauren debía informarte de sus movimientos —dijo con calma, pero con un filo punzante en la voz—. No tenía idea de que necesitara tu permiso para decidir qué hacer con sus vacaciones.

Harriet parpadeó como si sus dos hijos la hubieran golpeado; de Paul podía esperarlo porque él adoraba a Lauren, pero nunca de Brendan, se suponía que su hijo mayor la detestaba. Su expresión se tornó afligida, y se llevó una mano al pecho con dramatismo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó con aire herido—. Pero, al parecer, ahora preocuparme por el bienestar de mi sobrina es un crimen.

Lauren sintió cómo el asombro le oprimía el pecho. ¿Harriet preocupada por ella? Aquello era, sin duda, el chiste del siglo; si en algún momento de su vida, sintió la más mínima inquietud por su bienestar, lo ocultó de manera magistral. Tuvo el impulso de responderle, de enfrentarla y recordarle cada uno de los años de indiferencia y desdén, pero se contuvo. Ya no tenía sentido, porque en pocos días tomaría un vuelo y dejaría todo esto atrás; tal vez jamás volvería a verla, y si lo hacía, pasarían muchos años antes de que eso ocurriera.

—Dijo que Susan estaba jugando con su hermano… —Paul exhaló con impaciencia y retomó el hilo de la conversación, viendo a los Russell.

Madeleine se tensó porque sabía lo que venía; aquella era la parte de la historia donde las personas los miraban con una mezcla de lástima y juicio. Se aclaró la garganta y se disponía a responder.

—Sí. —Patrick decidió ser quien contara esa parte—. Lenny entró en la cocina a buscar una limonada para él y otra para su hermana. Pero cuando salió… Susan ya no estaba. —El silencio se extendió sobre la mesa—. Desde ese momento, nuestras vidas se convirtieron en un infierno. La buscamos sin descanso; la policía, la comunidad entera recorrió cada centímetro del terreno… No hubo un

solo rincón sin inspeccionar, incluso dragaron el lago que está en nuestra propiedad… —Prefirió omitir que Madeleine y él no estaban en casa cuando todo ocurrió. Estaba seguro de que la señora Deacon era de ese tipo de personas que haría un juicio despiadado sobre ellos—. Y así pasaron los años, pero nunca nos rendimos. —Desvió la mirada a Madeleine, cuya expresión se mantenía firme, pero con una tristeza latente en la profundidad de sus ojos—. Especialmente ella, pues con el tiempo, yo volví a mi rutina, a mi trabajo, pero Madeleine nunca paró… —sonrió con orgullo, pero con pesar por todo lo que su mujer había sacrificado—. Renunció a su empleo, pasó años repartiendo volantes, viajando de un pueblo a otro; incluso llevó una investigación paralela a la de la policía... No descansó ni un solo día en dieciséis años. —Mientras hablaba, tomó la mano de su esposa sobre la mesa con un gesto de amor y admiración.

Lauren también la miró y sintió una extraña emoción cuando Madeleine, con los ojos humedecidos, le sonrió. Entonces la culpa se apoderó de su pecho, porque esa mujer dejó todo por ella, entregó su vida a buscarla; aun así, no podía amarla de la manera en que Madeleine merecía, ni logrado entregarse por completo a esa nueva familia que la recibía con los brazos abiertos. Sin embargo, podía hacer algo; así que, con un nudo en la garganta, imitó a Patrick y tomó la otra mano de Madeleine. Fue un gesto simple, pero significativo.

—Gracias —susurró, mirándola con admiración.

—Lo haría todo de nuevo, mi pequeña. —Madeleine le apretó los dedos con un cariño que le quemó por dentro.

—Entonces… —la voz de Alfie rompió la burbuja de intimidad que los Russell crearon con su hija—. ¿Te vas a Estados Unidos con ellos? —preguntó lo que parecía ser evidente.

—Así es… —Lauren giró el rostro hacia él.

No fue solo Alfie quien mostró su tristeza. Paul también bajó la mirada y frunció los labios con desilusión, esperaba que ella decidiera quedarse allí e ir a ver a sus padres durante las vacaciones.

—¿Cuándo? —preguntó en voz baja.

—El miércoles. —Lauren sintió el peso de la respuesta al decirla.

—¿Este miércoles? —preguntó Paul frunciendo el ceño.

Ella asintió de nuevo y la opresión en su pecho se hizo más intensa, tampoco quería irse por ellos, aunque no los veía con frecuencia, los sentía como familia, porque eran el único vínculo que tenía con su padre Oliver. Miró a Brendan, que la estaba observando con intensidad, en sus pupilas encontró emociones que no supo descifrar.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Archie, tratando de ser partícipe de la reunión, aunque su tono ya no era animado.

—No pienso hacerlo. —Lauren respondió manteniendo la mirada en Brendan—. Al menos… no en muchos años.

Brendan sintió cómo el suelo se desmoronaba bajo sus pies y comenzaba a caer en un abismo desolado, oscuro y frío.

«¿No piensa volver?», pensó mirándola fijamente e intentaba asimilar sus palabras, pero su mente se negó a aceptarlas.

—¿Perdón? —La incredulidad tiñó su voz, pero apenas disfrazaba el nudo que se le formó en la garganta.

—Que no volveré —repitió Lauren, sosteniéndole la mirada.

Algo en el interior de Brendan se rompió y el aire se volvió espeso, sofocante; sintió un ardor en el pecho, una punzada que no supo si atribuirle a la rabia, al dolor o a la devastadora certeza de que la estaba perdiendo. Aunque nunca la había tenido, pero al menos estaba allí y ahora ni siquiera eso le quedaba; entonces, la furia tomó el control.

—¿Quién se hará cargo de la fábrica? —soltó de golpe, con la voz impregnada de frustración—. Si no la quieres, renuncia. Pero no voy a permitir que todo el esfuerzo de mi tío se vaya a la mierda, solo porque tú no tienes idea de lo que quieres en la vida. —Las palabras que dijo, hizo que todos se tensaran, pero a él no le importó.

—Sé perfectamente lo que quiero —respondió, asesinándolo con la mirada—. Pero no es algo que tenga que compartir contigo.

—No puedes dejar la fábrica desatendida, es tu responsabilidad —gruñó con la mandíbula apretada por la furia.

—No lo haré. —Su tono no dejó espacio a discusiones, pero parpadeó sorprendida por la violencia de Brendan—. No voy a dejar morir el sueño de mi padre, ya lo he hablado con el señor Thompson —dijo mirando al abogado—. Él se encargará de que la fábrica siga funcionando... Pero ese no es mi sueño.

—¿Ah, sí? —Brendan soltó una carcajada amarga, como si la idea misma le resultara absurda—. ¡No tienes ni la menor idea! Toda tu vida ha sido un maldito torbellino de caos y decisiones impulsivas. No tienes raíces, no tienes dirección… Solo huyes.

—No sabes de lo que hablas. —Lauren sintió un escalofrío recorrerle la espalda, temiendo que en cualquier momento ventilara su relación con James y cómo la vio en el pub hace tres meses.

—Sé exactamente de qué hablo. —Brendan la miró con los ojos encendidos de un fuego que ardía con algo más que enojo—. Porque te he visto, Lauren… Te he visto intentar encajar en una vida que nunca has querido, pretender que nada te afecta, que puedes dejar todo sin mirar atrás, pero es mentira, y lo sabes.

Lauren sintió el golpe de sus palabras como una bofetada. ¿Por qué le hablaba así? ¿Por qué la atacaba con tanta crueldad y delante de todos?

—¡Basta, no tienes derecho a decirme cómo vivir mi vida…!

—Por favor, chicos… —Archie quiso intervenir, porque le avergonzaba toda esa situación delante de los Russell.

—Tienes razón —prosiguió con su reproche hacia Lauren—. No tengo derecho, pero eso no cambia la realidad.

—¿Cuál realidad? —espetó ella con el rostro enrojecido por la rabia, empuñando con fuerza el tenedor y el cuchillo.

—Que mi tío cometió un error. —Brendan soltó una risa ahogada, incrédula. Podría exponerla, pero no quería hacerlo.

—¿Qué dijiste? —Lauren cuestionó frunciendo el ceño.

—Eres una malagradecida —su voz se quebró levemente—. No mereces todo el amor que mi tío te dio.

El impacto de sus palabras fue como un puñal en el pecho de Lauren; no podía creer que estuviese haciendo esas recriminaciones frente a todos, debió suponer que algo como eso pasaría. En ese

momento se arrepintió de no haberle pedido al señor Thompson que regresaran, en cuanto vio el auto de Brendan estacionado frente a la casa.

El ambiente en la mesa se tornó irrespirable, los Russell se miraban sin comprender, mientras que el señor Thompson miraba con agudeza la situación; Harriet, por su parte, estaba a punto de un derrame cerebral.

—Él lo dio todo por ti —continuó Brendan—. Te convirtió en su heredera, creyó en ti cuando nadie más lo hizo. Y tú simplemente… —Apretó la mandíbula—. Lo tiras todo a la basura.

—No tienes idea de lo que dices. —Empujó la silla y se puso de pie—. Con permiso —murmuró y se alejó de la mesa, sintiendo un ardor en la garganta, pero se negó a dejar que sus emociones la dominaran.

Brendan tenía los puños apretados sobre la madera, la mandíbula tensa y los ojos brillantes por la furia que lo quemaba. Luego, sin importarle nada, empujó la silla hacia atrás y se levantó.

Harriet y Madeleine reaccionaron, ambas con la intención de seguir a sus hijos, pero Archie detuvo a su esposa sujetándole la muñeca.

—Déjalos.

—Necesitan hablar. —El abogado Thompson miró a Madeleine para calmarla—. Dele tiempo.

Patrick suspiró; quería largarse de inmediato de ese lugar y llevarse a su hija, no soportaba ese ambiente hostil. No obstante, con una exhalación pesada, tomó la mano de Madeleine.

—Siéntate —dijo en voz baja—. No sabemos qué es lo que realmente pasa entre ellos.

—No hay nada que saber. —Harriet bufó, ofendida de que siquiera hiciera una insinuación—. Nunca se han llevado bien.

Alfie soltó una risita, pues su madre no podía estar más equivocada, su gesto atrajo la mirada de todos.

—¿Acaso tienes algo que decir, Alfie? —le recriminó Harriet, entrecerrando los ojos.

—No. —Él la miró con una sonrisa torcida, disfrutando la oportunidad de molestarla—. Nada en absoluto —respondió, con

falsa inocencia, pero su tono decía lo contrario.

CAPÍTULO 33

Lauren caminaba con rapidez por el pasillo, alejándose del comedor como si las paredes de aquel lugar pudieran cerrarse sobre ella en cualquier momento. Su pecho subía y bajaba por su respiración agitada, las manos le temblaban y el pulso le retumbaba en los oídos.

Cada palabra de Brendan resonaba en su cabeza y se hundían en su piel como clavos ardientes; la vista se le nubló, no por lágrimas, sino por la rabia que la invadía. Empujó la puerta con fuerza y se encerró en el baño, caminó al lavabo y apoyó las manos, inclinando la cabeza hacia adelante y sus mechones cayeron alrededor de su rostro mientras trataba de recuperar el aliento. Parecía irónico que los baños se hubiesen convertido en su refugio, eran los únicos lugares donde podía esconderse y evitar que el mundo la viera quebrarse.

Se obligó a mirarse en el espejo y sus ojos estaban oscuros por la ira; mientras que el pecho aún se movía con rapidez, y su piel estaba más pálida de lo normal. Apartó la mirada de su reflejo, girando el grifo para dejar correr el agua fría y metió las manos debajo del chorro, disfrutando del alivio inmediato sobre su piel caliente.

«Respira… No pienses… No sientas», se animaba en pensamientos, pero la voz de Brendan en su cabeza se negó a desvanecerse. «*No mereces todo el amor que mi tío te dio*.»

Sus palabras la hirieron; porque no se trataba solo del enojo en su voz ni de la crueldad de su acusación, sino de la verdad que había en ellas. Porque, aunque lo negara y tratara de convencerse de que no tenía ninguna obligación de quedarse, había algo en su interior que le susurraba que Brendan tenía razón.

Oliver la amó, le dio un hogar, un apellido, un futuro. Y ella lo estaba dejando sin mirar atrás. Pero ¿qué más se suponía que debía hacer? Cerró los ojos con fuerza y dejó escapar un jadeo ahogado. ¡Dios, lo odiaba tanto que le dolía! Detestaba la manera en que la hacía sentir culpable y la forma en que siempre la miraba, como si esperara algo de ella que nunca podría darle.

Sentía una presión creciente en el pecho, un grito que se atoraba en su garganta y una desesperación que la consumía por dentro. No podía seguir así, no podía seguir lidiando con Brendan, con su maldito temperamento, con sus juicios y con su...

—¿Piensas seguir huyendo toda tu vida? ¿Aferrándote a la primera salida de emergencia que aparece?

La voz no salió en medio de un grito, pero hizo que su estómago se encogiera y su cuerpo se tensó como una cuerda al borde de romperse.

«No, no, no. Maldita sea», se lamentó no haberle puesto seguro a la puerta. Cerró los ojos, recriminándose por haber bajado la guardia; cuando los abrió, levantó la mirada al espejo.

Brendan estaba parado a unos pasos detrás de ella, con los puños apretados, la mandíbula tensa y los ojos ardiendo, mientras que su pecho subía y bajaba con fuerza, como si hubiera corrido para alcanzarla.

—Lárgate, Brendan —gruñó molesta—. No tengo nada que hablar contigo. —No iba a dejar que esta vez tuviera el control de la situación.

Él no se movió; en cambio, sus labios se curvaron en una sonrisa cínica, aunque no había rastro de diversión en su rostro.

—Qué conveniente —dijo con un tono frío, pero cargado de ira reprimida—. Huir siempre ha sido tu especialidad.

—No tienes ni idea de lo que dices. —Lauren sintió cómo la rabia le subía por el pecho, quemándole la garganta.

—¿No? —Soltó una risa cargada de amargura—. Claro que la tengo. Huyes de todo lo que te asusta; sobre todo, cuando las cosas se ponen difíciles. Huiste de Manchester, ¿o me equivoco?... Huiste de esta casa… y ahora te vas para no volver.

Lauren sintió un escalofrío recorrerle la espalda, por la forma en que lo dijo; se aferró con fuerza al borde de porcelana del lavamanos. ¿Por qué tenía que hacerlo tan difícil? Parecía que podía leer su mente y eso lo usaba a su favor para lastimarla.

—No te debo explicaciones —respondió casi sin fuerzas.

—¡Me debes mucho más de lo que crees! —reprochó con voz temblorosa, porque le costaba decir aquello en voz alta.

Ella sintió un vuelco en el estómago ante sus palabras y su actitud, porque no era solo enojo lo que reflejaban; también era dolor y desesperación. Eso la desarmó, así que se mantuvo en silencio.

—¿Sabes qué es lo que más odio de todo esto? —Brendan la sujetó por un brazo y la hizo volver, obligándola a encararlo—. Que ni siquiera eres capaz de ver lo que dejas atrás. No tienes ni idea de lo que significas para la gente que te rodea.

—No digas estupideces. —Lauren tragó con dificultad, al ver el brillo intenso en su mirada.

—¿Estupideces? —Dejó escapar un suspiro tembloroso—. Claro, para ti siempre ha sido más fácil ignorar lo obvio —gruñó, con la mirada fija en los ojos azules, que lo miraban con confusión; como si no lo entendiera, o quizá sí, y simplemente no quería enfrentarlo, pero él sí estaba listo para hacerlo, porque había llegado demasiado lejos como para callar ahora—. Dime algo, Lauren. ¿Alguna vez te has detenido a preguntarte por qué siempre terminamos así?

Lauren siguió en silencio, y ese mutismo lo desesperaba; así que, no iba a seguir jugando a lo mismo, porque él conocía la respuesta y estaba decidido a asegurarse de que ella también la supiera.

—¿Qué harás con James? ¿También vas a dejarlo? —dijo mordaz, pero sus ojos reflejaban que algo lo desgarraba desde adentro—. ¿O acaso está dispuesto a dejarlo todo por ti, como tú ya lo hiciste por él?

—Eso ya se terminó —respondió con firmeza, aunque no sonó con la resolución que hubiese querido—. No sigo con James.

Brendan la miró, pero no era un vistazo nada más; se dedicó a analizarla, con su mirada clavada en ella, buscando una pista entre cada parpadeo. Y notó que estaba distinta, arrastraba una tristeza que no podía disimular; no hacía falta que se lo confesara, para saber que el muy maldito la había lastimado. Tragó saliva, dolido, pero también furioso.

—¿Te destrozó el corazón? —preguntó, pero no estaba seguro de querer conocer la respuesta—. ¿Te hizo mierda?

—Eso no te importa —respondió, y su pecho se apretó.

—Sí me importa. —Los ojos verdes centellearon con furia y se inclinó un poco más sobre ella—. Porque me duele tu dolor.

—Vaya… —murmuró, negando—. Eso sí que me sorprende. —Soltó una risa amarga que nació de la ironía y de la incredulidad.

—¿Por qué? —Él frunció el ceño.

Ella alzó la mirada, y en sus ojos había más que enojo; había dolor, decepción y una herida abierta que él mismo había causado. No entendía cómo tenía el valor para hacerle esa pregunta, después de haber pasado años maltratándola y de lo que acababa de hacerle frente a los Russell.

—Porque pensé que, por el contrario, disfrutabas verlo. —La voz le tembló, y se odió por ello—. Que encontrabas placer en herirme, en humillarme… justo como acabas de hacerlo en el comedor… —Su respiración se entrecortó y los labios le temblaron—. Frente a todos, frente a mis padres… los verdaderos. No lo entiendes, Brendan… No estoy huyendo, solo voy en busca de mi origen… de entender mi pasado y encontrar mis raíces, esas que tú mismo dices que no tengo.

Brendan cerró los ojos, con la culpa consumiéndolo y destrozándolo por dentro. No quiso humillarla, solo hacerle daño; porque verla marcharse le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y ahora estaba a solo unos centímetros de ella, viéndola herida, vulnerable, con los ojos cristalinos y el corazón hecho pedazos.

Lauren respiró hondo, intentando recuperar la compostura, pero el aire entre ellos era denso, cargado de una electricidad que la erizaba, provocándole la misma sensación que tenía cuando se

acercaba una tormenta. En ese momento, fue consciente de que Brendan estaba tan cerca que podía sentir su respiración acariciando su piel; tan cerca que, si él bajaba la mirada, vería el leve temblor de sus labios.

Brendan levantó una mano y la detuvo a medio camino, debatiéndose entre tocarla o no, porque, temía ser rechazado; pero también se moría por besarla y por probar sus labios, anhelaba demostrarle que la quería más de lo que sus estúpidas palabras habían dejado ver.

Buscó el valor que necesitaba en el fondo de su pecho y se inclinó de nuevo, sus labios encontraron los de Lauren con delicadeza; no hubo urgencia ni rabia, solo un roce lento y tembloroso, como si temiera que ella se apartara. Lauren no lo hizo; por el contrario, se mantuvo quieta, permitiendo que la saboreara, que memorizara el dulce calor de su boca y que sintiera la tibieza de su aliento entre sus labios.

Dios, si ella supiera lo que significó para él ese instante, en que vio sus pestañas temblar y los párpados cerrarse, cuando sintió cómo su cuerpo cedía y él le entregaba algo que tanto había deseado. Quería hacer ese momento eterno; así que, deslizó una mano hasta su rostro, acunándolo con una ternura que jamás había creído posible en sí mismo.

—Lauren… —murmuró contra sus labios, con una mezcla de adoración y desesperación. Ella no dijo nada y no tenía que hacerlo, porque su piel le hablaba, estaba caliente y erizada.

Él le mordió suavemente el labio inferior y gimió contra su boca con una mezcla de necesidad y frustración; luego, dejó caer pequeños besos, suaves como un suspiro, uno tras otro, como si quisiera esculpir con su boca la forma de su rostro en su memoria. Le besó en la comisura de sus labios, en la mejilla tibia y en el pómulo, donde podía sentir su respiración entrecortada.

—Sé que debes irte —le susurró al oído—. Lo entiendo, tienes que recuperar tu pasado y saber a dónde perteneces.

Lauren sintió un nudo en la garganta, mientras era toda temblores; se sentía muy confundida en ese momento, no solo por lo que él le hacía sino por la reacción de su cuerpo. Brendan acarició

su piel con el pulgar, delineándole la mandíbula con devoción, mientras dejaba escapar la única súplica que le nacía desde el alma.

—Pero cuando lo hagas… vuelve. —Liberó un suspiro que provocó un estremecimiento en ella—. Regresa, Lauren. Por favor.

Era una confesión, todo lo que su orgullo y su rencor nunca le había permitido admitir, un grito silencioso en el que le decía que estaba dispuesto a esperarla, porque la amaba. Apoyó su frente en la de ella, cerrando los ojos con fuerza, como si necesitara un segundo más, un respiro, una fracción de eternidad antes de dejarla ir.

Soltó un suspiro pesado, cargado de todo lo que nunca había dicho y lo que quizá jamás diría. Antes de que ese instante se rompiera o de que ella pudiera reaccionar, se apartó bruscamente y salió del baño.

Lauren se quedó inmóvil, sintiendo todavía el fantasma de los labios de Brendan sobre los suyos. Asombrada, confundida, con el corazón latiéndole en las sienes y una pregunta ardiente en su mente.

«¿Qué demonios acaba de pasar?».

El beso, la súplica y esa mirada desesperada en los ojos de Brendan, que la tomó con la guardia baja, porque conocía su arrogancia, su genio mordaz y su forma de desarmarla con palabras afiladas, pero no eso.

«¿Acaso Brendan me ama? ¿O solo es un intento más por desestabilizarme, por hacerme dudar y mantenerme atrapada en ese juego cruel que siempre ha usado conmigo?».

Apoyó las manos en el lavabo, tratando de calmarse, de poner en orden sus ideas, pero era imposible; su reflejo en el espejo le devolvía la imagen de una mujer que desconocía, sus mejillas aún estaban encendidas y sus labios entreabiertos. Respiró hondo, sabía que no podía quedarse allí eternamente; así que se obligó a recuperar la compostura, se mojó las muñecas con agua fría, cerró los ojos por un momento.

Cuando sintió que podía enfrentarse de nuevo al mundo, salió del baño. El comedor quedó en silencio en cuanto cruzó el umbral,

enseguida todas las miradas se volvieron hacia ella. Tragó saliva, pero no dejó que su incomodidad se notara.

—Les agradezco mucho el almuerzo —con voz firme, se dirigió directamente a los anfitriones—, pero será mejor que nos vayamos.

Harriet la miró con una expresión que la hizo estremecer, no necesitaba palabras para entender, sus sospechas de que algo sucedió en el baño. Sin embargo, Brendan no estaba allí y eso le dio un respiro, aun así, su ausencia pesaba en el ambiente, ampliando la certeza de que algo había pasado entre ellos. Por su parte, Madeleine y Patrick se levantaron casi al instante, como si hubieran estado esperando esa señal.

—Gracias por la comida —dijo Patrick con cortesía—. Y gracias también por haber cuidado de nuestra hija todos estos años. —No era una frase cargada de emoción, no había reproche ni gratitud desbordante, era lo justo y necesario.

El señor Thompson, también se puso de pie, comprendiendo que era mejor marcharse antes de que la situación se volviera aún más tensa. Aunque pareciera que todo entre Brendan y Lauren se había calmado, la rabia en Harriet era apenas disimulada. Lauren se apresuró a despedirse de Paul y Alfie; quienes estaban visiblemente tristes. Lamentaba tener que acabar así la reunión, sin el tiempo para compartir más con ellos; ya que no sabía cuándo los volvería a ver, pero ya no podía seguir en ese lugar.

—No sabemos cuándo volveremos a verte, ¿verdad? —murmuró Paul con la mirada cristalizada por las lágrimas.

—Les irá bien. —Lauren sonrió con dulzura, abrazándolo—. Y yo estaré bien, lo prometo.

—No pierdas contacto. —Al romper el abrazo, él la miró con una mezcla de tristeza y determinación—. Escríbeme cartas.

—Y envíanos postales —agregó Alfie, negándose a dejar que el momento se volviera demasiado melancólico—. Y si puedes volver, hazlo… Aunque, de todas maneras, le pediré a papá que me lleve a Estados Unidos el próximo verano —dijo volviéndose a mirar por encima del hombro a Archie, quién asintió con una leve sonrisa.

—Serán bienvenidos en nuestro humilde hogar —intervino Patrick, sonriendo con amabilidad.

Lauren miró a Alfie y Paul una última vez, grabando sus rostros en su memoria, porque sabía que pasaría mucho tiempo antes de volver a verlos. Cuando finalmente salió de la casa, sintió que dejaba inconcluso un capítulo de su vida.

El automóvil avanzaba por las calles de Londres, bañado por la cálida luz de la tarde. El verano envolvía la ciudad con su brisa tibia y el vibrante bullicio de turistas y locales, pero dentro del vehículo solo reinaba un silencio casi asfixiante. Lauren mantenía la mirada fija en los edificios, las farolas y los árboles que pasaban en un borrón de colores; sin embargo no veía nada, porque su mente seguía atrapada en la casa de los Deacon, en los ojos fríos de Harriet, en la furia reprimida de Brendan y en el beso que todavía ardía en sus labios.

Apretó las manos sobre su regazo, sintiendo la tensión en sus hombros; sabía que Madeleine y Patrick querían hablar, que esperaban respuestas a las preguntas que flotaban en el aire. ¿Por qué la habían tratado de esa manera? ¿Por qué tanto desprecio y rencor? Pero no preguntaban; quizá porque no querían presionarla, o tal vez, porque la verdad ya era evidente.

Ellos imaginaron otra historia, una en la que su hija, a pesar de haber crecido lejos, fue amada, que las personas que la criaron la protegieron, la valoraron y la trataron con el cariño que merecía. Pero hoy en esa casa, con cada mirada llena de desprecio y cada palabra cargada de resentimiento, ese espejismo se hizo añicos.

Lauren sintió vergüenza, no por ella, sino por ellos, porque saber que su hija no fue querida como imaginaron, debía doler. Respiró hondo y tuvo la certeza de que no podía dejarlos con esa sensación amarga.

—Señor Thompson… —rompió el silencio con cautela—. ¿Podría hacerme un favor?

—Por supuesto, Lauren. —El abogado apartó la mirada de la carretera un instante, observándola por el retrovisor—. Dime.

—Lléveme al cementerio —pidió y tragó saliva.

—¿Al cementerio? —Madeleine giró el rostro hacia ella, mirándola con desconcierto.

—Sí. —Lauren le sostuvo la mirada y asintió con firmeza—. Ahí están las únicas personas a las que deben agradecer.

Madeleine asintió comprendiendo y deslizó su mano sobre la suya, la apretó con suavidad. Era un gesto sencillo, pero en él había una promesa: «Estamos aquí, no estás sola»

—Por supuesto —dijo Benedict, asintiendo.

—Si no es mucha molestia… —intervino Madeleine, sosteniendo la mano de su hija—, podríamos comprar flores antes.

—No es molestia en absoluto —aseguró con una leve sonrisa.

Patrick no dijo nada, solo la miró por el espejo retrovisor y le sonrió con gentileza; sin embargo, ella no pudo ignorar la rabia, tristeza e impotencia que había en sus ojos. Porque, por mucho que intentara mantener la compostura, Lauren sabía que lo que ocurrió en esa casa lo hirió; fue testigo de lo que nunca debió haber visto.

El cementerio de Highgate se alzaba ante ellos con su solemnidad imperecedera. El sol de la tarde se filtraba a través del follaje espeso de los robles centenarios, tiñendo las lápidas de un dorado melancólico. La brisa veraniega agitaba las hojas con un murmullo suave, como si el propio camposanto entendiera la importancia de aquel momento.

Lauren avanzó con pasos lentos, sintiendo el peso de los recuerdos mientras avanzaba; en sus manos, llevaba un ramo de rosas blancas, símbolo de pureza y amor eterno. Mientras que Madeleine sostenía otro idéntico. Cuando llegaron frente a las lápidas del matrimonio Spencer, ella sintió cómo se le encogía el corazón; porque el tiempo no había menguado la tristeza ni el vacío que le dejaron. Las tumbas eran sencillas pero hermosas, adornadas con inscripciones talladas con esmero.

«Juntos en vida, juntos en la eternidad. Su amor sigue brillando en los corazones que tocaron».

En las lápidas, protegidas por pequeños marcos de cristal, estaban sus fotos. Oliver tenía el cabello oscuro, los ojos penetrantes y una expresión amable y paternal. Grace irradiaba dulzura y delicadeza, con su cabello claro recogido en suaves ondas y una

mirada cálida que parecía atravesar el tiempo. Lauren tragó saliva, sintiendo el aguijón de la nostalgia perforarle el alma.

—Mamá, papá… —susurró con la voz temblorosa—. He venido a presentarles a mis padres… —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no permitió que cayeran. Miró a Madeleine y Patrick, quienes observaban en respetuoso silencio, dejando que hablara desde su corazón—. Ellos querían venir aquí para agradecerles por haberme amado y cuidado cuando más lo necesité. —Apretó los labios con fuerza para retener los sollozos—. Por enseñarme lo que era el amor de una familia.

Sus palabras eran sinceras, pero en su interior, una punzada de dolor le recordó que había cosas que jamás podría compartir con ellos. Si Oliver y Grace hubieran seguido vivos, si aquella fatídica mañana nunca hubiera ocurrido, tal vez nada de lo que sufrió después habría sucedido. No habría conocido el rechazo, la desesperación y tampoco el desamor; no se hubiese enamorado de James y no estaría lidiando con el dolor de haberlo perdido. Se abrazó el torso, como si intentara contenerse; se moría por confesárselo a Grace, por decirle cuánto le dolía aún y que lo extrañaba casi tanto como los extrañaba a ellos.

Patrick observó la imagen de Oliver, no podía evitar la sensación de que aquel hombre, lo superaba en algo esencial; en el amor de Susan.

«Ayúdame, no pretendo reemplazarte». —En su mente, le habló con respeto—. «Sé que ella te amó con cada fibra de su ser y que te lo ganaste con creces, pero déjame ser digno también de su amor, permítele que me quiera, aunque sea de una manera distinta».

Madeleine, en cambio, no pudo evitar fijarse en los detalles. Oliver era apuesto, elegante, y en su mirada podía ver el mismo brillo que había visto en Susan; ahora entendía lo que dijo Harriet, sobre las semejanzas entre ellos. Grace era hermosa y delicada, con un aire de bondad que traspasaba la imagen; eran demasiado jóvenes cuando les arrebataron la vida, para dejar a su hija sola en el mundo. Conmovida, se arrodilló con cuidado frente a la tumba de Grace y dejó las rosas con delicadeza, como si estuviera dejando una ofrenda sagrada.

—Gracias por cuidar de nuestra hija y por amarla como si fuera suya. Ha sido un placer conocerlos, aunque no sea de la manera que merecíamos. Y dondequiera que estén, espero que estén en paz… y que sepan que ella jamás estará sola otra vez —dijo con voz suave, honrando a ese par de memorias invaluables

—Gracias. —Patrick se unió a su esposa, inclinando la cabeza en un gesto solemne—. Por haberle dado un hogar.

Lauren cerró los ojos, sintiendo una oleada de emociones encontradas que le oprimían el pecho, pero al mismo tiempo, algo dentro de ella se calmó, porque entendió que no estaba sola, nunca más.

Patrick y Madeleine comprendieron que necesitaba tiempo a solas para despedirse de sus padres adoptivos; en ese momento no había rastro de celos en ellos, pues más que ese sentimiento, llevaban por dentro un profundo agradecimiento hacia los esposos Spencer.

—Vamos a regresar al coche —anunció Patrick—. Tómate el tiempo que necesites.

Lauren asintió manteniendo la vista fija en las lápidas. Oyó sus pasos alejarse, mientras el viento de la tarde susurraba, arrastrando el aroma de la hierba fresca y el leve perfume de las rosas blancas que había depositado sobre las tumbas de sus padres.

«Oliver Spencer, amado esposo y padre. Un corazón generoso que vivió para amar y crear».

«Grace Spencer, amada esposa y madre. Su dulzura iluminó el mundo de quienes tuvieron el privilegio de conocerla.»

Lauren se arrodilló y pasó los dedos con suavidad sobre los epitafios grabados en la piedra, esos que ella había elegido para cada uno por separado. La sensación fría bajo su piel la ancló a la realidad, a la certeza de que ellos no estaban ahí, pero su esencia y su amor, seguía latiendo en cada recuerdo.

—Mamá… papá… —susurró con la voz temblorosa—. He vuelto, y esta vez vengo a despedirme. —Las palabras se le rompieron en la

garganta. Se mordió el labio inferior para contener su llanto, pero la lucha fue en vano porque una lágrima rodó por su mejilla y cayó sobre la piedra—. Los extraño tanto… A veces cierro los ojos y aún puedo escuchar sus voces, sentir sus abrazos, oler el perfume de mamá cuando venía a arroparme por las noches… Pero el tiempo sigue avanzando, y me aterra la idea de que algún día, esos recuerdos comiencen a desvanecerse. —Respiró hondo, tratando de calmarse, pero sus emociones estaban desbordadas—. He pasado por tanto desde que los perdí… Tuve una ilusión muy hermosa junto a un chico maravilloso, pero fue tan fugaz que a veces me pregunto si fue realidad o solo un sueño… Después me enamoré de otro hombre, apasionado, intenso… al que amé con todo mi corazón, pero nunca imaginé que pudiera lastimarme como lo hizo, nunca pensé que el amor pudiera doler tanto. Creí que lo conocía y que él me conocía, pero estaba equivocada, porque me dejó rota, vacía… y aún duele… duele cada día.

Se abrazó a sí misma, como si con ese gesto pudiera evitar que los pedazos en los que se había convertido terminaran regados en ese lugar, movió la cabeza para alejar las últimas imágenes que tenía de James, sus golpes, sus palabras hirientes y su mirada cargada de crueldad.

—Y ahora… he encontrado a mis padres biológicos; ellos son buenos, demasiado buenos, pero no sé cómo amarlos, no sé cómo sentirme su hija sin traicionar lo que siento por ustedes. Me siento culpable porque merecen más de lo que puedo darles en este momento… y no sé cómo hacerlo. —Tomó aire, intentando darle orden a su mente, que era un caos imposible de silenciar—. Y Brendan… —susurró, cerrando los ojos, reviviendo la imagen de sus labios sobre los suyos y la súplica en su voz—. Papá, ayúdame a entender lo que pasó. No sé qué siente, no sé qué siento yo. Me besó y me pidió que volviera… pero, ¿qué significa eso? ¿Es amor? ¿Es arrepentimiento? ¿Es solo un juego cruel más de su parte? Siento que voy a volverme loca si sigo dándole vueltas.

Apoyó la frente en la fría piedra y dejó que el llanto la desbordara en un torrente de sollozos cargados de dolor, frustración y confusión, no sabía cómo lidiar con todo lo que estaba sintiendo.

Por eso debía alejarse de todo eso que la tenía en ese estado o terminaría mucho peor.

—Me voy a Estados Unidos, necesito reencontrarme con la niña que fui, con la historia que me arrebataron, pero nunca los olvidaré. Nunca. —Sonrió con tristeza—. Papá, cada vez que escuche rock, estarás conmigo; no importa dónde esté, siempre te escucharé decirme que la música es mi hogar. Y te prometo algo más… No voy a dejar morir tu sueño. Confío en el señor Thompson, sé qué hará un buen trabajo con la fábrica. Ahora necesito alejarme, pero cuando esté lista… y tenga la fuerza para hacerlo, volveré y me encargaré de que tu legado siga vivo.

Levantó el rostro y miró la foto de Grace, no pudo evitar sollozar al recordar esa sonrisa que le dedicaba, cada noche cuando pasaba por su habitación para desearle dulces sueños.

—Eres tan hermosa, mamá… Te echo tanto de menos… —Estiró la mano y acarició con delicadeza la imagen—. Gracias por cada noche que me cantaste hasta dormirme, por cada caricia, por cada día en que me hiciste sentir amada. Gracias por darme una infancia feliz, aunque la vida nos haya arrebatado la oportunidad de compartir más tiempo juntas.

El sol descendía lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de matices anaranjados y dorados. Lauren cerró los ojos y dejó que las lágrimas cayeran, se inclinó y besó cada fotografía.

—Los amo con todo mi corazón… Y siempre será así.

Permaneció en silencio por un largo rato, dejando que la brisa llevara sus palabras a dondequiera que estuvieran. Y cuando finalmente se puso de pie, sintió que, una parte de su alma estaba en paz.

CAPÍTULO 34

El rugido de los motores del avión envolvía la cabina en un murmullo constante, un sonido que, en cualquier otra circunstancia, le habría resultado tranquilizador. Lauren observaba con la frente apoyada en la fría ventanilla, cómo las nubes quedaban atrás y el suelo de Inglaterra se reducía hasta ser solo un paisaje borroso; no podía contener las lágrimas que resbalaban por su rostro y que eran la prueba tangible de todo lo que dejaba. No fue fácil; en realidad, nada en los últimos días lo había sido.

Primero, la despedida en el orfanato, donde la Madre Superiora la abrazó con una calidez que nunca le había mostrado de manera abierta; era como si al verla partir, pudiera permitirse demostrar cuánto le importaba. El padre Francis le dio su bendición, con esa mirada paternal que tantas veces la reconfortó. La hermana Antoinette no pudo contenerse y la besó en la frente, murmurándole que ahí siempre tendría un hogar si decidía regresar. Y los niños la rodearon, aferrándose a ella con sus pequeñas manos y preguntándole por qué tenía que irse, o si algún día volvería.

Luego vino la despedida en la casa de sus padres, la señora Rose le preparó su té favorito y le pidió, con la voz quebrada, que no la olvidara; sabía que, aunque Lauren prometiera escribirle, la ausencia sería difícil de sobrellevar. Su amiga Tracy también había llegado para despedirla y no dejó de llorar mientras le decía que todos los meses le enviaría una carta.

Y finalmente, Londres; decirle adiós a Telma, Dove, Tate y a todas sus amigas, fue otro golpe a su ya frágil corazón. Ellas no entendían del todo por qué tenía que marcharse, por qué no podía simplemente seguir adelante sin necesidad de asumir otra identidad;

no comprendían que esto no se trataba solo de un cambio de nombre o de un aspecto legal, sino de una búsqueda de sí misma.

De Enya solo pudo despedirse por teléfono, como era de esperar, no paró de hacer preguntas, y al igual que todo el que se enteraba de la situación, se mostró sorprendida; no obstante, cuando preguntó si James iría con ella, el dolor se hizo insoportable. A duras penas consiguió el valor para decirle que habían terminado y prometió escribirle para contarle todo a detalle; ya que, en ese momento no tenía la fortaleza.

El señor Thompson le dijo que se encargaría de que sus pertenencias fueran enviadas a la casa de sus padres en Birmingham; sin embargo, la última noche en la residencia, tomó la decisión de depurar la habitación de todo rastro de James y Sweet Poison. Telma no ocultó su satisfacción mientras la veía tirar cada dibujo, credenciales, envoltorios de chocolates; cada recuerdo que había acumulado y que la ataba a él.

Esa noche, amparada por la luz amarillenta de la lámpara de su escritorio e instada por los recuerdos de la última vez que lo vio, le escribió una carta y se la dejó con Prudence, porque sabía que tarde o temprano, cuando regresara de la gira, iría a buscarla.

En esa carta, le dejó claras muchas cosas; le dijo que su relación había terminado y que jamás le perdonaría el daño que le hizo, que lo único que quiso fue ayudarlo, pero que él con su autodestrucción, había acabado con todo, que no lo odiaba a él, sino a la parte de sí mismo que se negaba a salvarse. Le suplicó que buscara ayuda, también le deseó el éxito que alguna vez soñó, pero le dejó claro que ella no estaría ahí para verlo. No le dio pistas de su destino, solo le dejó el peso de la despedida y la certeza de que ella no volvería a formar parte de su vida.

En ese momento, en el avión y de camino a su nueva vida, se abrazó con más fuerza a la muñeca vieja que aún conservaba, aquella que perteneció al orfanato y que de alguna manera simbolizaba todo lo que fue y lo que perdió. En su otra mano, sostenía el rosario que Henry le obsequió, aferrándolo como si de alguna manera pudiera darle fuerzas.

Su equipaje era escaso, reducido a dos maletas en las que solo llevaba lo esencial; en su mayoría, casetes de la colección que su padre le dejó, un afiche de su adorado Bret Michaels y unas pocas prendas. Sabía que en Maryland solo la esperaba la ropa de una niña de tres años, y de las que no tenía recuerdos de haber usado.

Sus padres, Madeleine y Patrick, la miraban con preocupación, pero no la agobiaban con muestras de cariño o con preguntas, solo le hacían sentir que podía contar con ellos si los necesitaba. Sabían que el duelo que llevaba en el pecho era demasiado grande para ponerlo en palabras en ese momento, así que la dejaron vivirlo a su manera.

Ella cerró los ojos, intentando respirar con calma, sabía que el camino que le esperaba no sería fácil, que en Maryland no encontraría a la misma niña que fue antes de ser arrebatada de su familia, pero también sabía que no podía quedarse en el pasado; tenía que seguir adelante. Aunque dejaba atrás a Lauren Spencer y ahora debía ser Susan Russell, una parte de ella siempre llevaría consigo todo lo que había vivido, todo lo amado y todo lo perdido.

Brendan se inclinó sobre el banco del vestuario, mientras se ataba los cordones con movimientos automáticos. Su mente, sin embargo, no estaba en el partido, ni en la estrategia que habían practicado, mucho menos en el rival que les esperaba. Estaba en un avión que en ese preciso momento debía estar a punto de llevarse a Lauren lejos de él.

El arrepentimiento lo envolvía como una segunda piel, apretándole el pecho con más fuerza que cualquier placaje en el campo. Se maldijo por todas las veces que se comportó como un imbécil, por no haber sabido manejar sus emociones y dejar que los celos que sentía hacia ella, por haberle arrebatado el amor de su tío, se impusieran a lo que realmente sentía; a eso tan fuerte que despertaba en él.

«Ojalá pudiera dar marcha atrás y ser más amable… no debí ser tan maldito, pero ya es tarde». Suspiró y se pasó las manos por el rostro antes de ponerse en pie.

El partido que debía jugar era importante, uno de los encuentros más esperados de la temporada; la universidad rival era fuerte, y necesitaban estar completamente concentrados si querían ganar, pero él tenía ganas de largarse al aeropuerto, de detenerla y de decirle… ¿decirle qué? Ni siquiera lo tenía claro, y su maldito orgullo, tampoco le permitía dejarse arrastrar por esas emociones; así que, no le quedó más remedio que enfrentar sus responsabilidades.

Se unió a sus compañeros en el vestuario, donde el entrenador ya estaba iniciando la charla previa al partido. El ambiente estaba cargado de tensión y adrenalina; el aire olía a linimento, a césped húmedo, a tierra removida, mientras los nervios casi eran palpables en cada uno.

—Bien, muchachos, escuchen con atención —la voz firme del entrenador resonó en las paredes de los vestuarios—. Tenemos por delante uno de los partidos más duros de la temporada. La Universidad de Durham no va a darnos tregua, pero si creen que van a venir a ganarnos en casa, están muy equivocados, porque tenemos algo que ellos no tienen. Tenemos química y disciplina. Sobre todo, tenemos hambre de victoria. —Su mirada recorrió a cada jugador—. Esto no es solo un partido, es nuestra oportunidad de demostrar quiénes somos, que no hay equipo más fuerte, más veloz e inteligente que nosotros. ¡No bajen la guardia ni por un segundo! Quiero que cada uno recuerde su papel en el campo. Que den lo mejor de sí mismos. ¡Que salgan ahí y lo dejen todo!

Los jugadores respondieron con un grito de guerra, golpeándose los hombros unos a otros para infundirse energía. Brendan se obligó a hacer lo mismo, se preparó mentalmente, se puso el protector bucal y se dirigió hacia la salida del túnel con el resto del equipo.

Cuando salió al campo, su mirada se dirigió automáticamente hacia las gradas. Ahí estaban su padre y sus hermanos, apoyándolo, como siempre, pero no su madre no había ido… Harriet, aún no lo perdonaba.

Estaba furiosa con él desde el almuerzo con los Russell; después de que se marcharan, ella casi le exigió que le dijera qué

demonios le pasaba con Lauren, quería que admitiera algo que ni siquiera él estaba listo para aceptar. Por primera vez, fue grosero y le dijo que no le jodiera la vida y salió de la casa azotando la puerta.

Desde entonces, no habían vuelto a hablar, conocía a su madre y sabía que su orgullo le impediría ser la primera en ceder. Sacudió la cabeza para centrarse en el campo. El árbitro estaba a punto de dar la señal de inicio, por lo que tenía que dejar sus emociones de lado, para poder jugar. Sin embargo, la sensación de pérdida no lo abandonaba.

James no recordaba cuándo fue la última vez que estuvo realmente sobrio, pero esa mañana, o lo que fuera ese instante en el tiempo, tenía la vaga sensación de que su mente estaba un poco más clara; quizás, era solo la resaca jugando con su percepción. Lo primero que sintió al abrir los ojos fue el dolor punzante en las sienes, seguido del ardor en la garganta y el asco en el estómago; se incorporó con dificultad, sintiendo la alfombra pegajosa bajo su piel y el hedor inconfundible del vómito que lo rodeaba.

Se arrastró hasta el baño, donde se dejó caer en la ducha y abrió el agua helada, el impacto sobre su piel lo hizo jadear, pero lo soportó. Se quedó allí, con la frente apoyada en los azulejos fríos, sintiendo cómo el líquido se llevaba la suciedad y los restos de la noche anterior.

El agua se tornó rosada cuando bajó por su antebrazo izquierdo, justo donde la piel estaba perforada, amoratada y llena de pequeñas costras rojizas, era las marcas de la heroína; cicatrices de su propia autodestrucción. Miró su brazo con una mezcla de desprecio y resignación, no sabía cómo había llegado a ese punto, pero al mismo tiempo, sí lo sabía: Lauren.

Cuando salió de la ducha, seguía temblando, no sabía si por el frío, la abstinencia o el miedo latente que le oprimía el pecho, cada vez que se quedaba solo. Se secó con una toalla, dejando su cabello húmedo pegarse a su rostro, luego caminó hasta la nevera del minibar y la abrió con la esperanza de encontrar algo de alcohol, pero solo quedaban un par de latas de Pepsi; con una mueca destapó una y la bebió casi de un trago porque tenía la garganta

seca. Buscó algo más para calmar el vacío en su estómago, encontró unas galletas y una barra de chocolate; la verdad, no recordaba la última vez que comió, probablemente hacía dos o tres días, masticó sin ganas las galletas y luego el dulce, con la mirada perdida en el desastre de la habitación.

El hedor de la alfombra en la que había dormido, era insoportable, por lo que se obligó a enrollarla y arrinconarla. Se quedó allí, con la respiración agitada, hasta que su mirada se posó en la maleta abierta junto a la cama. Ropa arrugada, camisetas sucias, pantalones hechos un ovillo. Entre todo eso, pudo ver algunas hojas sueltas, manchadas y arrugadas… papeles que llenó en sus momentos de mayor desesperación. Se arrodilló, tomó una al azar y la alisó con manos temblorosas.

«Te busqué en cada sombra, en cada trago amargo,
En el veneno que quemó mi piel,
Pero solo hallé el eco de tu nombre,
Y el abismo de saber que no volverás».

La letra era suya, esas palabras nacieron en alguna madrugada de dolor, cuando el insomnio y la culpa lo asfixiaban. Sus dedos recorrieron el papel como si pudiera encontrar a Lauren en esas líneas. La canción no tenía título, ni estructura clara; solo era un grito escrito, un lamento ahogado en tinta y lágrimas. La dejó en la maleta y tomó otra hoja.

«Sin ti soy un barco a la deriva,
una botella vacía en el suelo,
el ruido de un acorde sin sentido,
una vida atrapada en su propio infierno».

Sus ojos se nublaron y la hoja tembló en su mano mientras pasaba a otra, con garabatos más caóticos, escrita en una noche en la que sintió que no despertaría.

«Te juro que quise ser mejor, pero el veneno me ganó otra vez.
Dijiste que me amabas, ¿pero quién podría amar este desastre?
Te engañé, te fallé, rompí lo único bueno que tuve.

Y ahora estoy solo, en un cuarto frío, hablando con la sombra de lo que fuimos».

Se refugió en otro pedazo de papel, manchado de humedad, no podía saber si eran lágrimas o alcohol.

«No hay luz en esta prisión, solo el eco de tu voz llamándome de lejos.
Pero cuando corro a encontrarte, te desvaneces, y yo sigo atrapado.
Dime cómo se escapa de este infierno... dime cómo te recupero.»

James apretó la mandíbula y dejó caer los papeles sobre la cama. Tenía al menos una docena de canciones, todas inspiradas en ella, en lo que le hacía sentir y en su propia desesperación. No sabía si con cada una de ellas, terminaría como con Diosa del Universo, que no había podido volver a cantarla, a pesar de que el público se la pedía a gritos.

Lo que más le aterraba era darse cuenta de que, aunque se arrastrara hasta el último rincón del mundo, quemara su orgullo y le suplicara, nada le aseguraba que Lauren quisiera volver con él. Sintió un nudo en la garganta, pero esta vez no quiso ahogarlo con drogas o alcohol; simplemente permitió que el dolor lo inundara y se dejó caer sentado en el suelo, con la espalda contra la cama. Se llevó las manos a la cara y lloró con desesperación por haber perdido lo mejor que la vida le dio, destruyó todo con sus propias manos y ya no sabía cómo reconstruirlo.

Sin embargo, aún tenía una última oportunidad; porque el concierto de esa noche era el final de la gira, y después de eso, no habría más excusas. Una vez libre de compromisos, iría a buscarla. Conseguiría su perdón, aunque tuviera que arrastrarse, haría todo lo que Lauren le pidiera, porque sin ella, sin su chica, sin su muñeca, no le quedaba nada.

CAPÍTULO 35

Lauren estaba agotada física y emocionalmente; no obstante, le estaba costando dormir, no sabía si se debía a que apenas probó bocado durante la cena que les sirvieron, si era la tristeza por todo lo que había dejado o la expectativa de lo que le esperaba; lo cierto era, que sentía que la cabeza le iba a estallar. Madeleine notó su malestar y le pidió una pastilla a la azafata; luego se la entregó junto a un vaso de agua, mientras la miraba con esa preocupación que solo una madre podía entregar.

—Estarás bien, mi amor —le susurró al oído, incapaz de verla tan afligida, la abrazó con más fuerza—. Te prometo que todo va a estar bien. —Se animó a tener una cercanía con su hija, con cuidado le rodeó los hombros y la refugió en su pecho para que pudiera descansar mejor.

—Gracias —respondió Lauren, soltando un suspiro; agradeciendo no solo el analgésico sino también su gesto. Quince minutos después, el efecto del medicamento la sumió en un sueño profundo.

Patrick, se permitió acariciarle el cabello y la espalda con ternura, buscando recuperar el tiempo que habían estado separado; le partía el alma verla así, estaba frágil y extraviada, era como una niña que acababa de perderlo todo otra vez. Su piel, pálida y sin rastro del brillo juvenil que debería tener, contrastaba con las ojeras profundas que se marcaban bajo sus ojos cerrados; sus labios, apenas entreabiertos en el sueño, estaban resecos. Tragó sus lágrimas, sintiendo que por más que la protegiera, jamás podría devolverle lo que le habían arrebatado.

Lauren despertó algo confundida por encontrarse en un lugar extraño, con el cuerpo entumecido por el vuelo y la mente atrapada

en el letargo del sueño interrumpido. Parpadeó varias veces, intentando despejar la neblina de su cabeza. Bajaron del avión y caminaron por un pasillo que los llevó a una de las terminales de embarque, alcanzó a ver un gran aviso que les daba la bienvenida al aeropuerto de Boston.

Miró a su alrededor con la vaga sensación de estar fuera de lugar; la luz del aeropuerto le resultó agresiva, demasiado blanca, era distinta a la iluminación más cálida y tenue de Heathrow. Se restregó los ojos con la palma de las manos y sintió el peso del cansancio acumulado en cada uno de sus músculos, mientras avanzaba junto al mar de personas; el bullicio de los pasajeros que desembarcaban la tenía algo aturdida, como si no formara parte de aquel mundo apresurado y desconocido.

—Ya casi llegamos, cariño —la voz de Madeleine la ancló a la realidad—. Es solo una escala. ¿Quieres agua? ¿Algo de comer?

Lauren negó con la cabeza, aún somnolienta, y se ubicó en uno de los asientos de la sala de espera, abrazándose a sí misma para combatir el escalofrío que le provocaba la climatización del aeropuerto. A su alrededor, las voces se entremezclaban en un murmullo constante, acompañado por el resonar de pasos apresurados sobre el suelo pulido. El inglés americano le sonaba extraño, más rápido y tajante.

Patrick, mientras tanto, aprovechó el tiempo para buscar un teléfono público. Introdujo unas monedas y marcó el número de su casa.

—¡Patrick! ¡Oh, Dios mío! —Le atendió su suegra, respondiendo emocionada—. ¿Dónde están? ¿Todo bien?

—Sí, sí… estamos en Boston. Falta poco para llegar —hizo una pausa, pasándose la mano por el cabello—. Jeane, necesito un favor.

—Dime lo que necesites, querido.

—Sé que han preparado una bienvenida para Susan, y de verdad lo aprecio. Pero no creo que sea una buena idea —su tono bajó un poco, porque le avergonzaba pedirlo—. Está muy afectada emocionalmente; además el viaje la tiene agotada… Y, no quiero que se sienta abrumada.

Al otro lado de la línea, Jeane tardó unos segundos en responder. Luego, suspiró con comprensión; habían sido muchos cambios para la pequeña y era lógico que deseara descansar después de un viaje así.

—Lo entiendo, Patrick. No te preocupes, guardaremos todo, la fiesta puede esperar hasta el domingo, cuando ella se sienta mejor.

—Gracias, Jeane. —Cerró los ojos con alivio—. De verdad, me apena mucho, sé lo entusiasmados que estaban.

—No digas tonterías, lo importante es que ella esté bien. Aunque nos morimos por verla, esperaremos el tiempo que haga falta —hizo una breve—. En un rato nos iremos y dejaremos a Lenny con Stella.

—¿Cómo están? —Patrick sonrió ante la mención de sus hijos.

—Stella no para de parlotear. Le hizo una corona de flores a Susan; dice que es una princesa y que necesita una bienvenida especial. —Rio suavemente—. Y Lenny… bueno, creo que todavía no se lo cree. Es como si necesitara verla para asimilarlo.

Patrick sintió un nudo en la garganta, podía entender a su hijo, pues a él mismo le costaba creer que habían recuperado a su hermosa Susan. El altavoz del aeropuerto anunció la próxima llamada de abordaje.

—Jeane, tengo que irme. Vamos a abordar, te llamaré en cuanto lleguemos a casa.

—Está bien, querido. Cuídalas mucho. Y dale un abrazo a Susan de nuestra parte —expresó con la emoción intacta.

—Lo haré, gracias por todo. —Patrick colgó, sintiéndose aún más ansioso. Volvió junto a Madeleine y Susan, quienes lo esperaban en la fila de embarques—. Estaba llamando a casa —les informó con una sonrisa a modo de disculpas—. Solo quería avisar que estamos por llegar.

—Tranquilo, apenas inició el embarque. —Madeleine le sonrió.

El taxi que los trajo desde el aeropuerto Thurgood Marshall de Baltimore, se detuvo frente a la casa de los Russell. Lauren sintió un nudo en el estómago mientras observaba la fachada de madera pintada de un suave celeste, con marcos blancos en las ventanas y

un tejado oscuro que contrastaba con la claridad de la tarde. La casa tenía dos pisos, un porche amplio con una mecedora en la esquina; desprendía un aire acogedor y familiar, típico de las viviendas norteamericanas en los suburbios.

El jardín era extenso y estaba impecablemente cuidado, con flores de colores vibrantes y árboles frondosos que se mecían con la brisa vespertina. A lo lejos, un lago sereno reflejaba los tonos cálidos del sol que descendía, impregnando el paisaje de una quietud casi irreal.

Ella tragó saliva, esforzándose por encontrar algún rastro de familiaridad en aquella casa, algún detalle que despertara un recuerdo, pero todo le parecía ajeno. Se suponía que había pasado los primeros tres años de su vida allí, que esas paredes la habían visto crecer antes de que la arrancaran de su hogar, pero no sentía nada. Ni una chispa, ni un eco lejano en su mente, solo un vacío que le oprimía el pecho.

—Hemos llegado —anunció Patrick con una mezcla de emoción y nervios en la voz. Giró la cabeza para mirarla, buscando en su rostro algún indicio de reconocimiento, de emoción, de lo que fuera.

—Bienvenida de nuevo a tu hogar, mi pequeña Susie —susurró Madeleine, tomándole la mano con suavidad y le sonrió con dulzura.

Lauren parpadeó para alejar las lágrimas de decepción, había creído que al llegar y ver la casa, algo dentro de ella cambiaría, que Susan Russell despertaría y desplazaría a Lauren Spencer, pero no pasó nada. No hubo revelaciones, ni recuerdos súbitos, tampoco sintió pertenencia o calidez, solo un peso en el pecho y una opresión en la garganta que le impedía respirar con normalidad.

Cerró los ojos con fuerza, deseando por un segundo desaparecer; o mejor aún, volver a aparecer en el orfanato, en la estrecha cama con el colchón gastado, donde al menos sabía quién era y todo tenía sentido en su caos. Sin embargo, estaba allí, en Catonsville, Maryland; en una casa que no recordaba, con un nombre que aún le resultaba extraño, y con un terror profundo que le helaba la piel y la hacía sudar frío.

Patrick agradeció al taxista con la voz temblorosa por la emoción, sacó la billetera con dedos ligeramente torpes y le entregó

veinticinco dólares. El conductor asintió, guardó el dinero en su bolsillo y salió del auto para ayudar a bajar las maletas del baúl. Patrick insistió en agradecerle una vez más, su sonrisa tonta e imborrable delataba la felicidad desbordante que intentaba contener. Sus manos temblaban cuando tomó el asa de la maleta de Susan, como si al tocarla confirmara que todo era real, que su hija estaba ahí, de vuelta, después de tantos años de vacío y búsqueda.

Dentro del auto, Madeleine miraba de reojo a Susan, quien permanecía aferrada a la manilla de la puerta con los nudillos blancos y la mirada fija en la fachada de la casa. Su respiración era superficial, como si temiera que un suspiro más hondo la quebrara en pedazos; el pecho le subía y bajaba con un ritmo inquieto, quizá se trataba de una batalla entre la ansiedad y la determinación. Ella no necesitaba más señales, conocía a su hija y entendía que cada latido era una lucha; así que, con delicadeza, le tomó la otra mano y la apretó con suavidad, atrayendo su atención.

—Susan, amor mío —murmuró con calidez—. No tienes que forzarte a sentir nada que no sientas. Esto es un proceso, y cada paso que des es suficiente. No te presiones, no tienes que fingir estar lista... Estamos aquí, contigo, y te vamos a sostener siempre — su voz era calmada, como si tratara de consolarla.

Lauren tragó saliva y asintió lentamente, quería corresponder a la felicidad reflejada en los rostros de sus padres, decir algo significativo, agradecerles por traerla de regreso, incluso sonreír, pero se sentía entumecida; era como si un peso invisible la mantuviera prisionera de un miedo que aún no entendía. Inspiró hondo, llenando sus pulmones con el aire frío de la tarde, y con un esfuerzo casi titánico tiró de la manilla; la puerta se abrió, cuando salió una brisa ligera golpeó su rostro y sus piernas temblaron al tocar el suelo, pero se obligó a avanzar.

Mientras Patrick y el conductor terminaban de bajar las maletas, el taxista preguntó si quería que las llevara hasta el porche, pero Patrick negó, mirando a su hija que ya había bajado del auto.

—Después nos encargaremos de eso —dijo con una sonrisa. En ese momento, no quería distracciones, lo único que deseaba era ver a Susan avanzar, verla cruzar el umbral de su hogar.

Apenas el taxi arrancó, la puerta principal se abrió de golpe, y una explosión de color salió; era una niña de cabello cobrizo, que parecía más un remolino de emoción desbordante. Stella se acercaba corriendo con una corona de flores entre sus manos, mientras que las cintas ondeaban en el aire como pequeñas banderas al viento.

—¡Susie! —Su voz rompió la quietud con un grito emocionado, tan puro y sincero que era capaz de perforar el corazón más endurecido—. ¡Bienvenida a casa! —exclamó con júbilo—. ¡Soy tu hermana! —Se lanzó corriendo hacia Susan, con los ojos resplandecientes de ilusión, los brazos abiertos y la risa iluminándole el rostro.

Lauren, sonrió, no pudo evitarlo, había visto esa misma emoción en los niños del orfanato cada vez que ella los visitaba, esa pureza infantil que lo envolvía todo en un abrazo cálido. Stella la hizo sentirse, por un segundo, menos asfixiada. Sin embargo, la ilusión se evaporó demasiado rápido, porque en el umbral apareció alguien más. Un joven alto, de cabello rubio hasta los hombros, de complexión fuerte y con una expresión de leve desaprobación.

—Stella —llamó su atención con voz firme—, se suponía que debíamos esperar a que ellos entraran… —su voz murió en el acto.

Lauren sintió un escalofrío gélido recorrerle la columna y el aire le abandonó los pulmones, en cuanto sus miradas se encontraron. El mundo a su alrededor se contrajo, los sonidos se desvanecieron, el frío de la tarde pareció intensificarse hasta calarle los huesos, y su corazón dejó de latir por un segundo, para luego golpearle las costillas con un ritmo caótico y desbocado.

El chico rubio era Lenny, su hermano.

Lenny… Era Leonard, su primer amor.

El impacto la golpeó con la brutalidad de un tren descarrilado; la sangre huyó de su rostro, sus piernas flaquearon y su estómago se contrajo con una violencia insoportable. No había margen de error, no podía engañarse, porque lo reconoció al instante, y con esa certeza, un espasmo le sacudió el estómago. Un mareo feroz nubló su visión, y la náusea escaló por su garganta con una inmediatez abrumadora; llevó una mano temblorosa a su boca, intentando

contenerlo, pero fue inútil, porque sintió el ardor subirle por el esófago y el vómito escapó entre sus dedos, cayendo en una cascada abrupta al suelo.

Stella reaccionó con rapidez, dando un salto hacia un lado, sorprendida, pero ilesa. Sin embargo, Lauren no podía detener las arcadas, ni controlar el espasmo visceral que la desgarraba por dentro. Sus ojos se abrieron con horror, su mente gritaba sin sonido, reviviendo cada recuerdo con una claridad devastadora.

Porque en ese momento, entendió lo impensable. Hacía dos años, no solo se había enamorado de Lenny; sino que también le había entregado su virginidad, en aquel hotel de Londres. El sabor ácido del vómito en su boca era insignificante comparado con la sensación de suciedad que la invadió por completo.

El asco, la culpa, la confusión; todo se mezcló en un torbellino caótico que la arrastraba sin piedad, sintió que su piel ardía y se congelaba al mismo tiempo, que la realidad misma se resquebrajaba bajo sus pies. Quiso correr, desaparecer, evaporarse del mundo antes de que él dijera su nombre, antes de que su mirada reflejara la misma consternación que la suya, pero estaba atrapada en su propio cuerpo, en su propio horror.

Lauren quería que todo fuera una mentira, que sus ojos la estuvieran engañando y que no se tratara de un macabro juego del destino. Como si todo lo terrible que había vivido en las últimas semanas no hubiese sido suficiente, ahora esto caía sobre ella como una estocada final.

El aire se volvió denso a su alrededor, cada sonido se distorsionó hasta volverse un murmullo lejano, y sintió un vértigo abrumador, una sensación de irrealidad que la envolvía, como si el suelo bajo sus pies hubiera desaparecido y estuviera cayendo en un abismo sin fondo.

Su mente se negaba a procesar lo que veía, porque si lo aceptaba, todo lo que creía saber sobre sí misma se desmoronaría. No había bastado con crecer en un orfanato sin raíces, sin un pasado al que aferrarse, con perder a Oliver y Grace, ni con ser humillada, violentada y engañada por James. Ahora, lo peor de todo, lo más

aterrador, era el nombre que pesaba sobre ella como una maldición: Susan Russell.

No solo había perdido su identidad, sino que ahora resultaba ser la hermana de Leonard, el mismo de quien se había enamorado. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía la vida haber tejido un destino tan retorcido para ella? La idea la consumía y la desgarraba, mientras el amor que había sentido por él; ahora se retorcía en su interior, transformándose en algo que la hacía sentir enferma, ese descubrimiento la asfixiaba. Quiso hundirse en la oscuridad y no volver jamás. Porque si todo esto era cierto, entonces no era más que una pecadora.

Patrick la sostuvo con firmeza cuando su cuerpo se desplomó, incapaz de sostener su propio peso, pero nada de eso la rescató del horror que la consumía. Apenas pudo escuchar los llamados alarmados de sus padres; mientras lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas antes de que todo se volviera negro.

—¡Susan, hija! —la voz de Madeleine, usualmente dulce y serena se quebró en una súplica desesperada.

Patrick sintió el peso inerte de Susan en sus brazos y su corazón dio un vuelco; la sostuvo con firmeza, aterrorizado por su palidez extrema y fragilidad. La brisa veraniega agitaba su cabello, envolviéndolo en un calor sofocante que contrastaba con el hielo que sentía en su interior. Madeleine, con Stella aferrada a su pecho, miraba la escena con la respiración entrecortada y los latidos desbocados.

—Tenemos que llevarla adentro —susurró ella, recuperando la voz tras el impacto.

Patrick asintió y, sin perder tiempo, caminó con decisión hacia la casa. Lenny, sin embargo, no se movió, se quedó con los puños apretados y la mirada fija en la joven que su padre traía en brazos, como si su mente se resistiera a aceptar lo que acababa de ocurrir.

—¡Lenny, ayúdame! —pidió Patrick con urgencia, pero su hijo no reaccionó, solo lo miraba con una expresión extraña.

«Lauren… No, Susan. No, no, no». Su rostro estaba crispado y su respiración agitada. «No puede ser verdad, no puede ser ella». Se repitió en pensamientos mientras decenas de recuerdos de aquellos

días en Londres, llegaban a su mente para gritarle que lo que veía era real.

—Esa chica no es mi hermana —murmuró, moviendo su cabeza en un gesto de negación, con la voz impregnada de ira y desesperación.

—Lenny… —Patrick frunció el ceño.

—¡Ella no es Susan! —gritó, con un arrebato de furia que los hizo estremecer, mientras su mirada se ahogaba en lágrimas.

En lugar de acercarse, retrocedió con cautela, como si estuviera en presencia de algo peligroso; sus pasos se volvieron torpes y sus movimientos descoordinados, como si todo su cuerpo se rebelara contra la idea que lo perseguía. Apartando su mirada de la imagen de la chica inconsciente, giró sobre sus talones y se perdió en el interior de la casa, moviéndose como un animal herido, hasta que la puerta de la cocina se cerró con un golpe seco.

—Lenny… —susurró Madeleine, pero él ya se había ido.

Patrick cruzó el umbral con Susan en brazos, y la inquietud se apoderó de la sala mientras Madeleine quitaba los cojines del sofá, lanzándolos al piso. Él la acomodó con sumo cuidado y se arrodilló junto a ella, observándola con angustia. Susan respiraba, pero su semblante le causaba una sensación de zozobra en el pecho.

—No pasa nada, cariño. —Madeleine dejó a Stella en la butaca en frente—. Es que Susie está un poco enferma… —La tranquilizó con ternura. Luego se acercó a su hija mayor, pasando una mano temblorosa por su frente—. Está helada… Patrick, ¿qué vamos a hacer?

—Esperaremos a que despierte, seguramente se desmayó por todas las emociones a las que ha tenido que enfrentarse. —Él le cubrió las manos con las suyas, en un intento por darle calor.

—¿Estará embarazada? —susurró, preocupada.

Patrick la miró, negándose a esa posibilidad; sin embargo, tanto el señor Thompson como el padre Francis, le dijeron que hacía poco terminó con su novio, y ellos aún no sabían cuáles fueron las razones.

—No lo creo, pienso que le hizo mal el viaje… Fueron muchas horas de vuelo. Y el cambio de horario. —Soltó un suspiro trémulo y

con ternura le apartó un mechón de la frente, percatándose de que tenía una ligera capa de sudor frío.

—Sí, eso debe ser —asintió Madeleine—. Además que no quiso comer nada, pobre mi niña… —su voz se quebró pero no lloraría, no quería hacerlo delante de Stella.

—Y si está embarazada, eso no cambia en nada las cosas —aseguró Patrick—. La cuidaremos y apoyaremos en todo.

—Por supuesto. —Madeleine tomó la mano de su marido, apretándola como si estuviesen cerrando un trato.

Lenny corrió hasta su cabaña sin importarle el suelo resbaloso por las hojas secas bajo sus pies, ni el aire tibio de la tarde que lo envolvía con un peso sofocante. Apenas cruzó la puerta, la cerró de golpe y apoyó la espalda contra la madera, respirando con dificultad; sentía el corazón desbocado y el pecho oprimido. Un grito ahogado escapó de su garganta y, con un arrebato de rabia, lanzó contra la pared el vaso que había quedado sobre la consola de la entrada; el cristal estalló en mil fragmentos, reflejando el caos que rugía dentro de él.

Lauren no podía ser Susan, no podía ser su hermana. Porque si lo era, entonces todo lo que había sentido por ella durante dos años, el dolor por su silencio, la rabia por sentirse engañado y el amor que se había transformado en odio… ¿en qué quedaba? ¿Qué significaba? ¿Cómo demonios se suponía que debía vivir con ello?

Se dejó caer en el suelo, apoyando los codos en las rodillas y hundiendo los dedos en su cabello. La cabaña estaba en silencio, pero su cabeza era un huracán de voces y recuerdos; las pocas imágenes que tenía de su hermanita perdida chocaban contra las de la chica que lo enamoró con su calidez, ingenio, belleza y dulzura. Todo llegaba hasta él, aumentando el dolor, la rabia y la decepción, que le dejó ese amor que creía enterrado, pero que ahora resurgía para devorarlo.

—No puede ser verdad… —murmuró, como si al decirlo en voz alta pudiera hacer que así fuera. Pero el destino ya había decidido lo contrario.

CAPÍTULO 36

Había pasado más de un minuto desde que Susan se desplomó, y con cada segundo que transcurría aumentaba la angustia; inevitablemente, el pánico los invadió. Madeleine sentía que su corazón estaba a punto de estallar mientras sujetaba la muñeca de su hija y buscaba con desesperación el pulso, pues era tan débil que a veces sentía que lo perdía. Entretanto, Patrick ya tenía el teléfono en la mano, listo para llamar a emergencias, pero justo en ese momento, un leve jadeo escapó de los labios de Susan; un sonido frágil, apenas perceptible, pero suficiente para que soltasen un suspiro de alivio.

—Susan… —murmuró Madeleine, inclinándose sobre ella con lágrimas al filo de los párpados.

Patrick soltó el teléfono, cerrando los ojos con gratitud antes de fijar la atención en su hija, que yacía inmóvil en el sofá. Su rostro estaba pálido, sus labios temblorosos y su pecho se movía como si le costara respirar. Él se acercó despacio y se acuclilló junto al sofá para tomarle la mano, buscando entregarle un toque seguro que la calmara.

Cuando despertó, lo hizo con una expresión de absoluto desconcierto, parpadeó varias veces, intentando enfocar su entorno, pero su mente aún estaba atrapada en un abismo de confusión. Las voces parecían llegarle como un eco lejano; sabía que Patrick le hablaba, pero su voz se escuchaba como si ella estuviera bajo el agua.

—Susan, ¿puedes oírme? ¿Estás bien? —preguntó él, con una preocupación que casi le quebraba la voz.

—Tranquila, cariño —añadió Madeleine, posando una mano en su frente—. Solo descansa un poco. No intentes moverte todavía.

Lauren sintió una oleada de náuseas, porque el sabor ácido del vómito le quemaba la garganta, y el olor agrio aún impregnaba el aire. Se estremeció de vergüenza, deseando que la tierra se la tragara en ese mismo instante. Intentó levantarse, pero las manos de Patrick y Madeleine la retuvieron con suavidad; aun así, se incorporó hasta quedar sentada, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Stella con timidez.

Lauren levantó la vista y la vio junto al sofá con los ojitos llenos de preocupación; en sus manos sostenía la corona de flores con la que había querido recibirla. La niña era hermosa, toda ternura, y algo en su inocente inquietud le partió el alma; intentó sonreírle para calmarla, pero el gesto se desvaneció en cuanto su mirada captó algo en la mesa de centro. Los portarretratos con varias imágenes familiares; entre ellas, un rostro que conocía demasiado bien, la regresó de golpe a su aterradora realidad. Un chillido desgarrador escapó de su garganta y se llevó las manos a la cabeza mientras negaba, temblando y sintiendo cómo un pánico visceral se apoderaba de ella.

—¡No… no, no, no puede ser! —murmuró con la voz quebrada, negándose a aceptar lo que veía.

Su respiración se aceleró, quería convencerse de que Lenny no era real, que solo había sido una invención de su mente, una cruel tortura que se había infligido a sí misma. Sin embargo, su imagen en esas fotografías era tangible e irrefutable.

—¡Díganme que no es él! —suplicó, girándose hacia Patrick y Madeleine con el rostro desencajado—. ¡Díganme que no es su hijo, que es un amigo, que es… cualquier otra cosa!

Patrick y Madeleine intercambiaron una mirada rápida, convencidos de que la confusión de Susan era consecuencia del desmayo. Sabían que apenas unas semanas atrás había terminado con su novio, y pensaron que, aún se encontraba aturdida y estaba mezclando recuerdos; quizás, confundía rostros y situaciones. Él como veterano de guerra, sabía que algunas circunstancias podían generar ese tipo de episodios psicóticos, pues lo había vivido en carne propia.

—Tranquila, cariño —dijo Madeleine con dulzura—. Has pasado por mucho, pero no debes tener miedo, aquí estarás bien.

—No te preocupes ahora —dijo Patrick, acercándose un poco más—. Solo estás algo aturdida. Lo importante es que te recuperes.

Lauren sollozó porque la verdad se le vino encima como una avalancha y un terror primitivo se reflejó en su mirada, haciéndola retorcerse en el sofá como si su cuerpo tratara de huir de una verdad inescapable.

—¡Quiero irme! —gritó, aferrándose al respaldo como si su vida dependiera de ello—. ¡Necesito irme!

Madeleine sintió un nudo opresivo en la garganta. El pánico la paralizó; ese era su peor miedo, que Susan no los quisiera, que se arrepintiera de haber venido y deseara regresar a Inglaterra. ¿Qué podía hacer para que cambiara de opinión? ¿Cómo podía convencerla de que no tenía que huir, de que allí estaba su hogar, su familia?

Patrick vio el terror reflejado en los ojos de su esposa y supo que debía intervenir. Se inclinó hacia Susan con una mezcla de firmeza y ternura, tomándola suavemente de los hombros.

—Lauren, escúchame —dijo con voz serena, intentando esconder el miedo que su actitud le provocaba. No quería presionarla aún más por lo que decidió llamarla por el nombre con el que su hija se sentía identificada—. No estás sola, no tienes que huir de esto. No importa cuánto te asuste, estamos aquí para ti… Ahora solo trata de respirar.

Lauren sacudió la cabeza con desesperación, sintiéndose atrapada en una pesadilla. Sus pensamientos eran un torbellino caótico, nada tenía sentido, nada encajaba. Y en medio de su confusión, la mirada de Stella la perforó con una pureza inquebrantable.

—¿Te vas a ir? —susurró con miedo.

Lauren sintió el peso de esa pregunta caer sobre su pecho como una piedra, empeorando la sensación opresiva que ya tenía. Miró a la pequeña, la corona de flores que aún sostenía entre sus deditos, y la culpa la atravesó como una daga; por lo que no supo qué responder.

Madeleine observó a Susan con preocupación; estaba pálida, temblorosa y con una expresión distante que le encogió el corazón, sentada en el sofá como si el simple acto de mantenerse erguida le costara un esfuerzo inmenso. Había algo en su mirada que la inquietaba profundamente, algo más allá del evidente malestar físico.

—Voy a prepararte un té… Eso te hará sentir mejor.

—No, gracias. —Lauren negó con la cabeza, apenas moviéndola, como si el simple gesto le costara demasiado esfuerzo —. Aún siento mucho asco... náuseas.

Madeleine apretó los labios, insegura sobre qué más ofrecerle; algo en la manera en que Susan desvió la mirada, le indicó que sus náuseas no se debían solo a la impresión del momento. No insistió, pero su instinto de madre le exigía encontrar otra manera de ayudarla.

—Tal vez una ducha te ayude a sentirte mejor, cariño —propuso, con una sonrisa amable.

Lauren bajó la vista, notando el estado de su camiseta; su estómago se encogió de vergüenza porque estaba llena de vómito. Esa visión repulsiva le hizo preguntarse si los Russell la miraban con el mismo asco que sentía por sí misma. Quiso desaparecer, huir, pero sabía que no tenía fuerzas; sobre todo, sabía que Madeleine tenía razón.

—Sí... creo que lo necesito —asintió, casi con timidez.

—Iré a buscar tus cosas. —Patrick, se ofreció de inmediato—. Así tendrás algo limpio para ponerte.

Lauren asintió y dejó que Madeleine la ayudara a levantarse; sus extremidades parecían de plomo, y apenas logró dar un paso antes de aferrarse al brazo de la mujer para no caer. Ella la sostuvo, asegurándose de que no perdiera el equilibrio mientras subían las escaleras.

Cada peldaño era un desafío, no solo por la debilidad de su cuerpo, sino por lo que sus ojos comenzaban a captar a su alrededor; los marcos con fotografías que adornaban las paredes, capturando momentos que no recordaba haber vivido. Lo peor, fue cuando su mirada se posó en un diploma de secundaria,

perfectamente enmarcado, donde resaltaba un nombre que la golpeó, dejándola sin aliento.

«Leonard Joseph Russell Lewis».

Sintió un vértigo terrible luego de releer el nombre, no había dudas. Lenny era Leonard; en ese instante, la certeza fue como un relámpago cruzando la oscuridad que habitaba su mente, porque recordó con absoluta claridad, el momento en que él escribió su nombre completo en la hoja de la libreta del hotel. «Leonard Russell». Había olvidado su apellido, pero ahora resplandecía en su memoria con la misma nitidez con la que él lo había escrito aquel día.

Un mareo la golpeó con violencia y se tambaleó; de no haber sido porque Madeleine la sostenía, habría caído. Tuvo que apoyar una mano en la pared, justo debajo de la galería de fotos y no pudo evitar mirar una donde Leonard salía junto a sus padres. Era el día de su graduación, en esa imagen mostraba la misma sonrisa radiante que la conquistó.

—Susan, ¿estás bien? —preguntó Madeleine, con temor.

Lauren bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza; el peso del descubrimiento era demasiado y amenazaba con aplastarla. Inspiró hondo, llenando sus pulmones de aire, y lo soltó lentamente por la boca; lo repitió, una vez y otra, negándose a volver a mirar esa pared.

—Sí… respira así, despacio —la animó, imitándola—. Poco a poco, Susan. Concéntrate en la respiración.

Después de casi un minuto, Lauren sintió que la opresión en su pecho cedía un poco; no del todo, pero lo suficiente para seguir adelante. Asintió un par de veces para confirmarle a Madeleine que estaba mejor, apenas abrió los ojos y enfocó la mirada en los escalones.

—Gracias —susurró—. Necesito... necesito ducharme.

Madeleine asintió y la guio con paciencia hasta el baño del pasillo. Al llegar, se volvió hacia ella con la misma expresión preocupada. La idea de que estuviera embarazada comenzaba a

afianzarse en su cabeza; sin embargo, no quería preguntarle para no incomodarla.

—Si quieres, puedo ayudarte —se ofreció, pues si la veía sin ropa, a lo mejor podía notar si su vientre lucía abultado.

—No. —Negó de inmediato—. Estoy bien, puedo hacerlo sola. —Más que nada, lo que necesitaba era estar sola, necesitaba ordenar su mente, o al menos intentarlo.

Madeleine no insistió, pero tampoco se alejó del todo, abrió un armario y sacó una toalla limpia; se la extendió, buscando su mirada.

—Me quedaré al otro lado de la puerta, por si necesitas algo.

Lauren tomó la toalla con manos temblorosas y su mirada se suavizó un poco, en un gesto de agradecimiento, tímido y sincero. Madeleine le devolvió una sonrisa leve, entre enternecida y preocupada.

Cuando la puerta se cerró, Lauren sintió como si el mundo entero la presionara de golpe. Su cuerpo cedió y terminó en cuclillas, se cubrió la cara con la toalla para acallar los sollozos que salían quemándole la garganta, mientras se sentía atrapada en su propio pecado.

Patrick salió de la casa con la mirada fija en las maletas alineadas junto a la entrada; a su lado, Stella lo seguía como su sombra, su pequeña silueta destacaba en la luz dorada del atardecer. El aire cálido se filtraba entre los árboles del jardín, cargado con el aroma del césped recién cortado y las flores estivales.

Sin embargo, él estaba ajeno a todo eso, lo único que sentía era un nudo en la garganta y una presión latente en el pecho que no desaparecía; sus pensamientos aún giraban en torno a Lenny, a su reacción de rechazo y esa negación feroz que mostró. Entendía que para él debía ser un impacto enorme, pero... ¿negar a su propia hermana? Eso lo había herido más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¡Iuck! —exclamó Stella con un gesto de asco, saltando hacia atrás al notar la mancha de vómito en el césped.

—No lo mires, cariño —suspiró, pasándose una mano por el rostro. Era demasiado en un solo día—. Ya lo limpiaré luego —dijo, cargando con dos de las pesadas maletas.

—Yo puedo ayudar, papi —se ofreció Stella, con su natural energía infantil, dando un par de saltitos.

—Son muy pesadas, amor.

—Entonces llamo a Lenny —propuso con rapidez.

—No, puedo hacerlo solo. —No quería ver a su hijo todavía, porque Lenny había sido demasiado duro.

Él intentaba comprenderlo y convencerse de que solo necesitaba tiempo; que estar a la defensiva era su forma de evitar encariñarse con una chica de la que no estaba seguro era su hermana. Sin embargo, la certeza en su corazón de padre era absoluta, Susan y Lauren, eran la misma persona; lo supo desde el instante en que la vio, en sus gestos, en los pequeños detalles como la cicatriz y los lunares. Pero Lenny no podía verlo, o quizá no quería verlo.

—Papi, ¿Susan está enferma? —preguntó Stella, mientras caminaban de regreso a la casa.

—No está enferma, amor, solo se siente un poco mal. Ha sido un día difícil para ella.

—¿Tiene fiebre? ¿Le duele la garganta?

—No, cielo. Está agotada, nada más.

—Pero se ve muy triste —insistió Stella, frunciendo el ceño—. Es muy bonita, pero parece que no es feliz.

—Ha pasado por muchas cosas, Stella. A veces, cuando te pasan cosas tristes, la felicidad tarda en volver.

Patrick se detuvo un instante, observando a su hija. Era increíble cómo los niños podían notar cosas que a veces los adultos ignoraban. La niña pareció reflexionar sobre sus palabras mientras él dejaba las maletas en la sala y volvía a salir por las dos restantes.

—¿Tú crees que yo pueda hacerla feliz? —preguntó con la inocencia más pura.

—Yo creo que sí. —Él sonrió con ternura y le acarició la cabeza.

Sin decir nada más, recogió su maleta y la de Madeleine, mientras lo hacía, tomó la decisión de hablar con Lenny, no podía

dejar que la distancia creciera entre ellos, necesitaba entender lo que realmente pasaba por la mente de su hijo; quizá su rechazo no era solo terquedad, quizá había algo más, una angustia que él aún no había logrado ver.

Lauren sentía el agua deslizándose por su piel, como si cada gota fuese un recuerdo que se negaba a abandonarla; su mente la traicionaba, trayendo de vuelta imágenes de Londres, de Leonard, de su risa, de la calidez de su mirada, de sus besos, de ese amor bonito y calmado que le entregó. Lo que una vez fue un refugio de felicidad, ahora se había convertido en una prisión de tormento. Sollozó con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo temblaba de forma incontrolable, mientras el vapor envolvía el pequeño baño en una bruma espesa.

Cerró la llave con manos trémulas y salió de la ducha, se envolvió en la toalla sin atreverse a mirar su reflejo; sabía que encontraría en el espejo unos ojos enrojecidos, un rostro pálido y una expresión de sufrimiento que no podría soportar. Agradeció el vaho que cubría el cristal; al menos eso le evitaba una confrontación consigo misma; un suave toque en la puerta la sacó de su ensimismamiento, se tensó y su corazón latió con un miedo irracional.

—Susan, cariño, traje ropa para ti —escuchó la voz dulce de Madeleine al otro lado, tranquilizándola un poco—. La saqué de tu maleta, espero que no te moleste.

Lauren avanzó con lentitud hacia la puerta, sintiendo cada músculo adolorido, respiró hondo para armarse de valor y mirarla a la cara. Entreabrió lo suficiente para recibir la ropa

—Gracias —musitó, recibiendo un cambio completo.

Madeleine la miró con preocupación, al ver que lucía mucho peor que minutos atrás; era evidente que había estado llorando. Quería saber qué era eso que la atormentaba y así poder ayudarla, pero Susan no parecía estar lista para compartir eso.

—Te daré unos minutos para que te cambies, mientras voy a prepararte una sopa de pollo con fideos. Te hará bien, te lo aseguro.

En ese momento vio por primera vez el tatuaje con la palabra «ROCK» que ella tenía en el hombro, pero se esforzó por desviar la mirada, lo menos que quería era incomodarla más.

—No creo poder comer. —Negó con la cabeza, porque la idea de la comida le revolvía el estómago—. Solo quiero dormir un poco.

Madeleine la observó, debatiéndose internamente; habían pensado que Susan dormiría en la habitación de invitados en la cabaña con Lenny, pero dadas las circunstancias, eso era imposible. No podía dejarla sola, no en ese estado, y la cama de Stella era demasiado pequeña; ella necesitaba comodidad y tranquilidad, así que sin pensarlo demasiado, decidió que lo mejor era que durmiera en la cama matrimonial. Patrick tendría que trasladarse a la habitación de invitados en la cabaña de Lenny o, en última instancia, quedarse en el sofá.

—Está bien, vístete y te acompañaré a la cama para que descanses.

—Lo siento, Madeleine... —dijo con la voz apagada—. No quiero ser una carga. —Había pensado en irse a un hotel, pero en su estado, no sabía si era lo más conveniente.

—No digas eso, cariño. —Negó con vehemencia—. No eres ninguna carga, eres mi hija, y por ti haría lo que fuera —dijo con voz firme pero llena de ternura. Luego cerró la puerta con suavidad para que su pequeña pudiera cambiarse.

Vestirse fue una tarea titánica; cada movimiento le recordaba que su cuerpo estaba exhausto y adolorido, como si la angustia y la culpa que llevaba por dentro, pusiera sobre ella, todo el peso del mundo.

CAPITULO 37

Lenny había estado atrapado en los recuerdos de lo que vivió con Lauren durante esos días en Londres, necesitaba hallar una explicación a lo que estaba sucediendo y quizá podría encontrarla allí. Rememoró cuando la conoció en Live Aid, cómo lo llevó a la casa de su tía y le habló de sus padres asesinados en Irlanda, se le notaba sincera cuando le contó su historia; así que no podía ser Susan, eso era imposible; seguramente, estaba aprovechando la oportunidad para engañar a sus padres, pero ¿con qué propósito? ¿Por qué hacerlo? ¿Qué sentido tenía?

Sentía que la cabeza le iba a estallar y que la respiración concentrada en su pecho lo ahogaría; no había hecho más que dar vueltas en la cabaña, buscando una solución a ese maldito problema. Se pasó las manos por el rostro con frustración, sintiendo la piel caliente y los latidos en sus sienes, la rabia no le permitía derramar las lágrimas atrapadas en su garganta.

¿Acaso de alguna manera ella se enteró de la historia de Susan, supo que era su hermana y quería mortificarlo? ¿Lo estaba castigando? Si no fue su culpa, porqué nunca lo contactó… ¿Por qué no le llamó como le prometió que lo haría? Fueron días, semanas, incluso meses que estuvo anclado al teléfono, emocionándose cada vez que sonaba, esperando esa maldita llamada que nunca llegó.

Lo peor de todo era que con ella le pasó lo que no le había ocurrido con ninguna otra: se enamoró como un imbécil y a primera vista. Su risa, su forma de hablar, su belleza, su alegría, su manera de mirarlo. Joder, se sintió vivo con ella, pensó que por fin había encontrado a alguien con quien todo tenía sentido. Y ahora todo era un puto infierno.

Caminó de un lado al otro, se dejó caer en el sofá, no pasó un minuto cuando se levantó y fue a su habitación; se metió a la ducha

con la esperanza de aclarar su mente. Sin embargo, al salir, la angustia seguía clavada en su pecho. Se aferró al lavabo y se miró en el espejo; sus ojos reflejaban una mezcla de incredulidad, desesperación y repulsión.

Después de secarse, se envolvió la toalla en las caderas y comenzó a buscar en su armario, sabía que tenía una caja con recuerdos, tonterías sentimentales de su época universitaria. Revolvió todo, tiró las mantas que estaban en el compartimiento superior; finalmente, la encontró y la bajó con cuidado, se sentó al borde de la cama mientras la miraba con miedo.

Con manos temblorosas, destapó la caja y allí estaba la tirilla de fotografías que se tomaron juntos. Sintió un golpe en el pecho al comprobar que no era una sucia jugada de su mente. Esa chica que llegó con sus padres y que decía ser su hermana desaparecida, era Lauren.

—No… No puede ser... Tú no puedes ser… Susan. —El impacto le golpeó como una ola gélida, su respiración se volvió errática y su estómago se encogió en un espasmo violento.

Esa chica carismática, de ojos impactantes y sonrisa fresca no podía ser su hermana. No podía. La fotografía tembló en sus manos y se maldijo porque se sentía acorralado. ¿Cómo asimilar que se había enamorado y tenido sexo con su hermana? La sola idea le provocó náuseas, pero lo peor era que al verla, pudo sentir cómo todos esos sentimientos que creyó superados resurgieron con demasiada fuerza.

«¿Cómo haré? ¿Cómo mierda haré para verla y no sentir por ella un amor que es indebido? Esto no me puede estar pasando».

Se frotó el rostro con desesperación y su corazón martilleaba con una fuerza peligrosa, porque entre más miraba la fotografía, más recuerdos llenaban su mente. Su risa, sus caricias, la manera en que le susurró al oído esa noche que durmieron juntos. Lo recordaba todo con brutal claridad, y la certeza lo golpeó de nuevo; no había dudas, era Lauren.

De repente, el sonido del teléfono rompió el silencio de la habitación como un golpe seco contra su cráneo; sin embargo, no tenía intención de contestar. Estaba seguro de que sería su padre,

pero no estaba preparado para enfrentarlo, no mientras su mente se deshacía entre los recuerdos de lo que vivió con la que, al parecer, era ahora su hermana. ¿Qué podía decir? ¿Cómo iba a justificar su comportamiento sin confesar el pecado que le quemaba las entrañas? Sus padres no lo resistirían, eso los mataría.

El timbre insistía, agudo e implacable, pensó en desconectarlo, pero si lo hacía, solo lograría que ellos aparecieran en su puerta, y era más fácil mentir por teléfono que hacerlo mirándolo a los ojos. Solo de pensarlo, le daban ganas de huir. De alejarse de todo, de Lauren, de su familia; hasta de sí mismo, si con eso pudiera dejar de pensar y sentir.

—¡Mierda! —murmuró, antes de levantarse con pesadez.

La tirilla de fotos resbaló de sus dedos para caer sobre la cama, entre los boletos de conciertos, entradas de cine, una pelota de beisbol firmada por Alan Trammell, que su padre le regaló con la esperanza de que resurgiera en él la pasión por el béisbol. Sin mirar atrás, salió de la habitación, dirigiéndose a la sala donde el teléfono seguía sonando con su repique inclemente. Inspiró profundamente antes de levantar el auricular.

—¿Diga?

—Lenny, cariño —dijo Melanie con su tono afable, aunque con una sutil tensión.

—Hola, tía Mel —saludó, casi ahogado. El alivio que sintió fue inmediato, su voz lo envolvió como un bálsamo. Sus fuerzas se drenaron y se dejó caer en el sofá con un suspiro largo.

—¿Cómo estás? —Su voz tembló al hacer esa pregunta.

—Bien —respondió sin convicción, pasando una mano por su cabello revuelto.

—¿Y tus padres? ¿Cómo llegaron? Mamá me dijo que llegaron esta tarde… con Susan.

—Sí… llegaron bien. —Lenny tragó en seco y cerró los ojos.

—¿Y la viste? ¿A Susan? —Melanie carraspeó—. Imagino que recién llegas a casa, por eso tardaste en responder.

—Un poco… —La pregunta le caló en los huesos. Se pasó la lengua por sus labios resecos—, pero no se sintió bien —dijo,

evitando entrar en detalles, no quería hablar de eso, ni siquiera con ella.

Melanie se quedó en silencio por casi un minuto, sin embargo, Lenny escuchaba su respiración al otro lado, quizás esperaba que dijera algo más, pero qué podía decir. Todo era un maldito caos.

—Entiendo —dijo al fin, con cautela—. Dicen que se parece mucho a cómo podría haberse visto ahora… que tiene los lunares, la cicatriz… Que es igual a ese dibujo que hicieron los forenses.

Lenny sintió que el aire en sus pulmones se volvía pesado, él también había notado lo de la cicatriz, pero jamás la asoció con la que tenía Susan; muchas personas en el mundo compartían señas de ese tipo. Intentó recordar lo de los lunares, pero la imagen que llegó a su mente de la espalda desnuda de Lauren, también trajo sensaciones que nunca más podría permitirse, así que sacudió su cabeza para alejarlas.

—No lo sé —murmuró y se humedeció los labios—. Es decir, se parece… pero no lo parece. No sé cómo explicarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Melanie, con un dejo de alarma mal disimulado.

—No es Susan —dijo Lenny, con más firmeza esta vez—. No siento que sea ella. No puede ser ella.

La línea se quedó muda por un segundo antes de que su tía soltara un suspiro, como si hubiese estado conteniendo el aire.

—¿Por qué dices eso, cariño? —preguntó suavemente—. ¿Qué es lo que te hace sentir eso?

Lenny apretó la mandíbula, porque la respuesta era demasiado complicada y devastadora como para siquiera pronunciarla, pero tampoco podía callarse, necesitaba aferrarse a su negación.

—No lo sé —dijo al fin, sintiendo que cada palabra se atoraba en su garganta—. Es solo… una sensación. Como si algo no encajara, como si… no fuera ella.

Melanie inhaló profundamente al otro lado de la línea, estaba nerviosa y solo tanteaba el terreno para ver cómo había ido todo; quizá temía que los reproches por la desaparición de Susan volvieran a la superficie. Él lo percibía en la pausa entre sus palabras, esos silencios estaban cargados de tensión.

—Lenny… a veces la mente nos juega trucos; especialmente cuando… cuando algo nos impacta mucho. Quizás es solo la conmoción de verla de nuevo, después de tantos años. Yo creo que solo necesitas darle tiempo…

—No es eso —la interrumpió, con más fuerza de la que pretendía. Se pasó una mano por el rostro, sintiendo la frustración bullir en su interior—. No es eso, tía. Yo… simplemente lo sé. No es Susan… no puede ser Susan.

—Cariño… a veces el pasado nos pesa más de lo que creemos. —Melanie hablaba con un tono que intentaba ser tranquilizador—. Y cuando reaparece, nos cuesta entenderlo. Pero… ¿estás seguro? ¿Seguro de que no es ella?

Lenny cerró los ojos. ¿Seguro? ¿Cómo podía estar seguro de algo cuando su propio mundo estaba derrumbándose sobre él?

—No… no lo sé —susurró—. Estoy confundido, tía… —resopló, pensando en confesarle la situación por la que estaba pasando, pero lo invadió la vergüenza y se obligó a seguir callando.

—Quizás… deberíamos hablar en persona, ¿te parece?

—Otro día, tía. —No le dio la oportunidad de insistir—. Gracias por llamar. De verdad. —Colgó, porque temía que su voz delatara lo cerca que estaba de quebrarse.

Se pasó una mano por el rostro, intentando sacudirse la sensación de agotamiento que lo invadía; quería pensar en otra cosa, pero era imposible porque las imágenes se repetían en bucle dentro de su cabeza y la ansiedad le oprimía el pecho, causándole una sensación devastadora.

—Así que ¿era tu tía Melanie?

El sonido de una voz a su espalda lo sobresaltó, el aliento quedó atrapado en su garganta y la frialdad que logró mantener hasta entonces se quebró. La mayoría del tiempo sabía que su padre llegaba cuando escuchaba el crujir del piso de madera y el leve golpe de la puerta trasera al cerrarse, pero esta vez estaba tan distraído que no se percató y se maldijo internamente por no haber puesto seguro.

No quería enfrentarlo, ni mirarlo a los ojos, mucho menos responder a sus preguntas; solo quería encerrarse en su habitación

hasta que su padre decidiera marcharse. Sin embargo, él no le dio esa opción, lo rodeó hasta situarse justo en frente; lo que le hizo bajar la vista al suelo, con la esperanza de que el gesto bastara para evitar la conversación, en ese momento, vio la almohada que llevaba bajo el brazo.

Un recuerdo se filtró entre la maraña que eran sus pensamientos; en una de las tantas llamadas que había tenido con sus padres durante su estancia en Inglaterra. Le habían mencionado que Susan dormiría en la habitación de invitados de la cabaña, se relajó mínimamente, al darse cuenta de que era su padre quien se quedaría allí y no ella.

—¿Escuchaste mi conversación con la tía? —preguntó Lenny, con un deje de cansancio en la voz.

—Solo el final —respondió Patrick con sinceridad.

Lenny asintió, soltando un suspiro. Su padre podía ser muchas cosas, pero no era un hombre de rodeos; al menos no con él. Pensó que por lo menos, ya no tendría que decirle lo que sentía, porque lo había escuchado.

—No quiero presionarte —dijo Patrick, con un tono inusualmente calmado—. Han sido días agotadores para todos, demasiadas emociones y muchas preguntas sin respuesta. Pero dime algo, Lenny, ¿por qué estás tan convencido de que esa joven no es Susan? ¿Por qué romper nuestras esperanzas de esa manera?...

—No quiero hablar de eso ahora. —Se puso de pie bruscamente, sin querer escuchar más—. Estoy agotado, papá.

Patrick lo observó en silencio, había visto a su hijo enojado antes, pero esto era diferente, porque algo lo mantenía a la defensiva y no tenía idea de qué podría ser.

—Yo también estoy agotado —admitió y suspiró sintiéndose impotente—. Pero quiero comprenderte, Lenny... No quiero discutir, solo entender por qué actuaste como lo hiciste.

—No lo sé —dijo finalmente, con un nudo apretándole la garganta y apartó la mirada—. Solo necesito tiempo y espacio. No me presiones.

—Ni siquiera me has preguntado cómo está ella —soltó con un deje de reproche en la voz—. Aunque no sea tu hermana, viste cómo se desmayó... Podrías, al menos, mostrar un poco de preocupación por alguien que está pasando por un mal momento.

—Yo… —Parpadeó, sorprendido por el ataque inesperado.

—No te reconozco, Lenny. No pareces mi hijo.

—Será porque ahora soy Leonard. —Se giró bruscamente para enfrentarlo y el aire se cargó de tensión.

—¿A qué te refieres? Siempre has sido Leonard, Lenny… da igual. —Patrick frunció el ceño sin comprender el significado de sus palabras.

—No, no lo da… —Suspiró y negó, rehuyéndole la mirada—. No quiero hablar más, papá... Esa chica está bien, de lo contrario, tú no estaría aquí. Será mejor que descanses, hasta mañana. —Sin esperar respuesta, se dirigió a su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Patrick se quedó en la sala, intuía que su hijo estaba confundido, enojado y atormentado por algo que no quería decirle; eso lo inquietaba más que cualquier cosa. Suspiró, pasando una mano por su rostro cansado; no insistiría esa noche, pero tarde o temprano, Lenny tendría que enfrentar eso que lo estaba consumiendo por dentro, solo así lograría superarlo y seguir adelante.

CAPÍTULO 38

El rugido del público aún resonaba en sus oídos cuando James bajó del escenario por última vez en la gira. Pero esa noche, no hubo alcohol, ni drogas, ni risas estridentes en la habitación de un hotel. No hubo chicas desconocidas intentando llamar su atención ni una fiesta interminable que lo arrastrara hasta el amanecer. Por primera vez, quería estar sobrio y lúcido, porque su mente estaba fija en un solo propósito, recuperar a Lauren.

Al llegar a Londres, se dio una ducha larga, dejando que el agua caliente limpiara algo más que el sudor y el cansancio. Se puso su mejor traje, uno que rara vez usaba, y se dirigió a Harrods, buscando comprar su boleto hacia el perdón. Lo había decidido días atrás, pero cada vez que imaginaba el momento, su pecho se comprimía con una mezcla de ansiedad y esperanza. Entró a Harry Winston y, sin titubear, entregó gran parte de lo que había ganado en la gira a cambio de un anillo de compromiso. No era un gesto impulsivo, era una promesa. A Lauren le daría la vida que nunca soñó; por ella, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso someterse a rehabilitación. Sin ella, se había dado cuenta que ni la música tenía sentido.

Sosteniendo el anillo, una caja de bombones y un ramo de rosas rojas, llegó a la residencia estudiantil. A cada paso, el nudo en su garganta se hacía más grande, y la necesidad de meterse un par de rayas o tomarse un *Xanax* para apaciguar sus nervios era casi insoportable. Pero no podía presentarse drogado; sus palabras debían ser tan sinceras como su estado.

Tocó el timbre y esperó, respirando hondo. Cuando Prudence le abrió, le concedió el acceso sin demasiados preámbulos. Sin

embargo, había algo en su mirada que le incomodó, un gesto indescifrable entre la cautela y la lástima.

—Buenas tardes —saludó James, intentando controlar el temblor en su voz.

—Buenas tardes —respondió Prudence, con la vista fija en las flores y la caja de bombones—. ¿Cómo te fue en la gira? —preguntó con un tono amable.

—Bastante bien, mejor de lo que imaginé, pero lo único que quería era terminarla para estar con Lauren —confesó sin rodeos, ansioso por ver a su novia, pues no había venido a charlar con la recepcionista. Prudence asintió con un gesto escueto; sin embargo, James se adelantó, impaciente—. ¿Está en su habitación? Estoy seguro de que ya debió haber llegado. El semestre empieza la próxima semana, y ella siempre llega antes para organizar todo.

El silencio de Prudence se alargó más de lo necesario. James vio cómo ella negaba levemente con la cabeza antes de responder, y su corazón latió con fuerza.

—No… no está aquí —murmuró finalmente.

—¿Está en la lavandería, entonces? —James sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero no perdía la esperanza—. Siempre lava sus sábanas al llegar… —dijo rápidamente, tratando de encontrar una explicación lógica.

Prudence apretó los labios, y James reconoció esa expresión. Era la misma que había visto en tantos rostros cuando alguien intentaba darle una mala noticia sin saber cómo hacerlo, por lo que su desesperación aumentó.

—¿Dónde está? —exigió, sintiendo su pulso acelerarse.

Prudence suspiró y abrió un cajón del escritorio.

—Lauren dejó esto para ti —dijo, sacando un sobre blanco y extendiéndolo hacia él.

—No… No. —James no lo tomó, porque su mente se negaba a procesar lo que estaba ocurriendo—. Dime dónde está, Prudence. No estoy para bromas. —Una risa nerviosa traicionó el terror que lo invadía.

—No es una broma, James. Lauren estuvo aquí la semana pasada, pero se fue. Congeló el semestre… y no va a volver —su voz

era suave, comprensiva, pero podía ver que cada palabra era como un puñetazo en el estómago del vocalista.

James sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. No podía ser cierto; no después de todo lo que había planeado, de todo lo que había decidido cambiar.

—No… no. Tiene que haber un error… —La miró con incredulidad y con la respiración entrecortada—. Ella no haría eso, ¿por qué carajo dejaría la universidad?... Ella me ama. —Su voz sonó rota, como un niño negándose a aceptar una verdad demasiado dolorosa.

—Tómalo, James. —Prudence, con infinita paciencia, volvió a extender el sobre—. Lauren quería que lo tuvieras… Es lo único que dejó para ti.

Pero James no podía mover las manos, no podía aceptar lo que ese sobre significaba; no iba a aceptar que Lauren se fue, abandonándolo.

La recepcionista deslizó el sobre en el mostrador, empujándolo con suavidad hacia él. No tenía idea de lo que había pasado entre ellos, pero era evidente que Lauren había tomado la decisión de terminar la relación. De alguna manera, podía comprender a la chica, porque estar de novia con un hombre constantemente asediado por fanáticas no debía ser nada fácil. Sin embargo, no le correspondía a ella involucrarse en los detalles. Su único deber era entregar la carta, solo esperaba que James no le diera problemas; de todas maneras, contaba con la presencia de los hombres de seguridad. Bastaba con apretar el botón de pánico y llegarían en poco más de un minuto.

—Por favor, recíbelo —dijo, manteniendo su tono profesional, aunque no pudo evitar mirarlo con cierta lástima.

James vaciló, su rostro endurecido contrastaba con la vulnerabilidad que se percibía en sus ojos. Finalmente, tomó el sobre con un suspiro de resignación.

—Gracias —murmuró, sin intención de leerlo delante de ella.

Se giró y salió de la residencia con pasos pesados, cada latido de su corazón resonaba en sus oídos. No podía creer que Lauren ya no estuviera allí; le costaba procesar que hubiese dejado la carrera.

Tal vez, Prudence solo le había dicho eso para disuadirlo de insistir, pero lo que ella no sabía era que él nunca se daría por vencido.

Sin embargo, la ansiedad por saber lo que Lauren le había escrito era más fuerte que su orgullo. Se sentó en uno de los peldaños de la escalera frente al edificio. A su lado, dejó el ramo de rosas y la caja de bombones que había llevado, ahora carentes de sentido. Sus manos temblaban mientras rasgaba el sobre, no recordaba haber estado así en su vida. Desdobló la hoja con dedos torpes y, sin siquiera leer la primera línea, supo que era su letra. Su pecho se encogió; lo que fuera que decía esa carta, iba a destrozarlo, lo sabía.

James:

Esta carta es la última que te escribo, porque he tomado una decisión. Y aunque cada palabra me duela más de lo que puedo poner en estas líneas; sé, con una certeza implacable, que es la única decisión posible. Nuestra historia termina aquí, no hay marcha atrás, no hay espacio para excusas ni para arrepentimientos tardíos.

Lo nuestro se rompió; aunque hice todo por protegerlo, fuiste tú quien eligió destrozarlo. Yo tan solo estoy recogiendo los pedazos, no para repararlos, sino para dejar de seguir hiriéndome con ellos.

No voy a disfrazar lo que siento ni voy a endulzarlo para que te resulte más fácil leerlo. La verdad es que jamás te voy a perdonar el daño que me hiciste; no por celos, ni por orgullo, sino porque fue la traición final a todo lo que construimos. No se trata solamente de una infidelidad ni del acto en sí, sino de la forma en que lo hiciste, sabiendo lo que significabas para mí, sabiendo lo que yo era capaz de hacer por ti; pudiste detenerte, pudiste pensar, pero no lo hiciste.

Y aun así, a pesar de todo, no te odio, no puedo. Pero sí odio esa parte de ti que insiste en autodestruirse, esa parte que no deja de arrastrarte hacia el infierno. Esa parte tuya que grita más fuerte que cualquier promesa, que cualquier

caricia, que cualquier intento de salvación. Esa parte que, por más intenté abrazar, terminó devorando todo.

Porque eso es lo más devastador, yo no quise otra cosa que ayudarte. Desde el principio, desde que te conocí, estuve para ti incluso cuando nadie más lo estaba, cuando tú mismo te rendías o cuando tus ojos dejaban de brillar. De todas formas, por más que me aferré a ti con todo lo que tenía, jamás encontré una rendija por donde colarme y quedarme sin que me expulsaras con tu oscuridad. Amarte fue como entrar a una casa en llamas convencida de que podía apagar el incendio con mis propias manos, pero tú nunca abriste las ventanas... nunca quisiste, de verdad, salvarte.

Te lo suplico por última vez, busca ayuda. No por mí, ni por lo que fuimos. Hazlo por ti, por ese chico que alguna vez soñó con cambiar el mundo con una canción, por el James que creí capaz de todo, incluso de sanar.

Deseo, de corazón, que algún día encuentres ese éxito que tanto anhelaste, esa luz que siempre perseguiste. Pero quiero que sepas... que lo sepas con absoluta claridad, que yo no estaré ahí para verlo. No me busques, ni sigas mis pasos. Me llevo conmigo todo lo que soy, salvo a ti.

Esta es mi despedida, lo único que dejo atrás es el peso de mi ausencia y la certeza, irreversible, de que jamás volveré a formar parte de tu vida.

Lauren.

Cada palabra fue una puñalada; no había dudas ni espacio para interpretaciones, Lauren lo había dejado. Lo peor no era la ruptura en sí, sino la ausencia de cualquier indicio de su paradero. No tenía idea de dónde encontrarla para suplicarle perdón. Sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor; entonces sus dedos se cerraron con fuerza sobre la hoja, arrugándola en un puño y un sollozo rabioso brotó de su pecho.

La ira y la impotencia se mezclaron en su sangre, en un arranque de furia se levantó, pateando el ramo de rosas y la caja de bombones, esparciendo pétalos y envoltorios sobre la acera. Sabía que estaba ofreciéndole un espectáculo decadente a Prudence, pero no le importaba.

Menos cuando notó que algunas residentes que llegaban lo habían reconocido. No quería lidiar con eso, no quería fingir ser el carismático vocalista de Sweet Poison; por el momento, solo quería desaparecer. Subió a su auto y arrancó sin rumbo; conducía sin pensar, temblando, sollozando y buscando en cada rostro desconocido a Lauren, pero no la encontró.

El dolor se volvió insoportable. Necesitaba evadirlo, anestesiarse antes de que la desesperación lo llevara a estrellarse contra el primer muro que se cruzara. Sus manos sudorosas se aferraban al volante y su mente bullía con pensamientos caóticos.

Cuando llegó a su casa, no lo dudó; bebió, esnifó y se inyectó. Lo hizo sin mesura, sin freno, dejándose caer en el sofá, sintió cómo su cuerpo se enfriaba poco a poco; su respiración se volvió errática y su piel adquirió un matiz lívido. Podía sentir a la muerte abrazándolo. Y, no le tuvo miedo, se entregó a ella con un placer enfermizo, dejándose arrastrar hacia la oscuridad.

Desde afuera, Billie y Tommy pudieron escuchar el sonido ensordecedor de «*You're All I Need*» de Mötley Crüe desbordándose a través de las paredes. Las vibraciones de los bajos hacían temblar los cristales, y la crudeza de la letra, repetida en un *loop* implacable, parecía un presagio funesto. Aquello solo podía significar que James o Ray ya estaban en casa. Billie sintió una punzada de incomodidad; el volumen era inhumano, como si alguien intentara ahogar sus propios pensamientos en la estridencia.

Empujaron la puerta y, al instante, una bocanada de humo espeso los envolvió. La penumbra de la sala apenas se veía interrumpida por la luz de las farolas callejeras, filtrándose en haces a través de las cortinas mal cerradas. El ambiente era asfixiante, cargado de alcohol, nicotina y algo más, un olor químico y penetrante que les hizo fruncir el ceño. Billie sintió que sus tímpanos

iban a estallar con la música tan alta, por lo que avanzó decidido hacia el reproductor de sonido y hundió el botón de *stop*.

«*Cuando besaste mis labios, yo tomé tu aliento. A veces el amor está mejor muerto…*»

El estribillo se apagó de golpe, dejando un vacío tan denso como el humo suspendido en la habitación. En ese instante, un ruido seco quebró la quietud. Tommy giró la cabeza justo a tiempo para ver a alguien desplomándose, era James que cayó desde el sofá, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. En otro momento lo habría ignorado, atribuyéndolo a una borrachera más, pero esta vez tenía la aguja de una jeringa colgando de su antebrazo.

—Mierda… —susurró Tommy, sintiendo cómo su estómago se contraía en un nudo de puro instinto. Se acercó con pasos rápidos y le dio un leve puntapié en la pierna—. James —su voz salió tensa—. Vamos, despierta.

Pero no hubo ninguna respuesta.

Su mirada descendió hacia la mesa de centro, donde el caos reinaba, papel aluminio quemado, montones de polvo blanco dispersos sobre la superficie, blísteres de pastillas a medio vaciar, botellas de vodka volcadas y el líquido escurriendo en manchas oscuras sobre la alfombra.

—Oh, joder… —su aliento se volvió errático y su pulso empezó a martillarle en las sienes.

—¿Qué pasa? —preguntó Billie, frunciendo el ceño, al notar el súbito cambio en la expresión en su amigo.

Tommy no respondió, solo se inclinó; con las manos temblorosas, tocó el rostro de James con los nudillos. Su piel estaba demasiado fría. Deslizó los dedos hasta la muñeca en busca de un latido, pero no sintió nada; luego lo buscó en el cuello, tampoco nada. Entonces el pánico lo golpeó una brutalidad aterradora.

—¡Joder, este hijo de puta se descontroló! —exclamó, con la voz rota entre furia y terror—. No tiene pulso, Billie. ¡No tiene pulso!

—No… no digas eso —balbuceó, pero la desesperación en el rostro de Tommy confirmaba el peor de los escenarios.

—¡Despierta, imbécil! —Tommy cayó de rodillas junto a James y le propinó un par de bofetadas en un intento desesperado por traerlo de vuelta—. ¡Despierta!

Pero James seguía sin reaccionar, y el aire de la habitación pareció volverse más pesado. Con la respiración entrecortada, Tommy inclinó la cabeza de James hacia atrás, entrelazó sus manos y comenzó a aplicar compresiones torácicas.

—¡No te atrevas a morirte, cabrón! —gruñó con la mandíbula rígida y la desesperación tensando cada músculo de su cuerpo.

Billie seguía inmóvil, como si su mente se negara a procesar la escena.

—¡Billie, joder, llama a emergencias! —bramó Tommy sin dejar de hacer presión sobre el pecho de James—. ¡Ahora!

El grito sacudió a Billie, por lo que caminó a trompicones hasta el teléfono y empezó a marcar con dedos torpes los números. El tono de llamada resonó en su oído mientras, a su espalda, Tommy continuaba con el frenético ciclo de compresiones y ventilaciones. El silencio entre cada presión estaba lleno de pánico, debido a la posibilidad real de que James ya estuviera muerto.

Billie, luchaba con las palabras, sentía que su lengua se trababa, que su cerebro iba más lento de lo que debía. La operadora de emergencias lo presionaba con preguntas, pero él apenas podía articular respuestas entre la ansiedad y el miedo.

—Es una sobredosis… ¡Sí, una sobredosis! —escuchó su propia voz, ahogada en pánico—. Necesitamos una ambulancia, ¡ahora! —Dio la dirección atropelladamente. Trató de recordar todo lo que James había consumido, escarbando entre los restos dispersos por la habitación. Enumeró las sustancias lo mejor que pudo, esperando que sirviera de algo.

—¿Tienen naloxona? —esa pregunta lo paralizó.

Billie giró bruscamente hacia Tommy, que seguía presionando el pecho de James con una intensidad desesperada.

—¿Tenemos naloxona? —preguntó, al borde de la histeria.

—¡No sé! —Tommy no dejó de moverse, ni siquiera levantó la cabeza—. ¡No tengo ni puta idea! —rugió, su voz estaba rasgada por el llanto contenido.

—No, no tenemos. —Billie repitió la negativa al teléfono—. ¡Apúrense, joder! —suplicó.

Desde entonces, el tiempo se volvió una burla; los pulmones de Billie se encogían y jadeaba por aliento. Mientras que Tommy sentía que el sudor frío le resbalaba por la frente, mezclándose con sus lágrimas. James seguía inmóvil, su pecho no se elevaba, su corazón no respondía. Todo lo que eran, todo lo que habían construido juntos, se estaba desmoronando frente a ellos, sin que pudieran hacer nada.

Cuando se escucharon las sirenas, Billie corrió hacia la puerta, con el pulso martilleándole en las sienes. La ambulancia se detuvo con un frenazo, y dos paramédicos bajaron con un maletín y un desfibrilador.

—¡Está aquí! —Billie casi los arrastró hacia dentro—. ¡No respira! ¡No reacciona! —Su voz se quebró, pero no se detuvo.

Los paramédicos apartaron a Tommy con firmeza, tomando el control de la situación. Él se quedó de pie, con las manos temblorosas y la camiseta empapada de sudor, viendo cómo colocaban los electrodos sobre el pecho inerte de James.

El primer choque eléctrico levantó levemente su cuerpo, pero no pasó nada; el segundo, tampoco arrojó ningún resultado.

Billie se llevó las manos a la cabeza, sintiendo su corazón tamborilear contra sus costillas. Tommy apretó los puños, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado.

—¡Vamos, maldita sea! —gruñó entre dientes y la impotencia se abría paso en su garganta—. No te mueras, hijo de puta… No te mueras.

Uno de los paramédicos miró a su compañero, y el silencio que compartieron fue devastador. James no tenía signos vitales, no había dudas, estaba muerto; entonces la realidad cayó sobre ellos con total brutalidad. Billie dejó escapar un sollozo ahogado, mientras que Tommy se llevó las manos a la cara, con la respiración agitada,

negándose a aceptar lo evidente. No podía ser el final, no podía ser así.

El paramédico sacó una jeringa con adrenalina y la clavó directamente en el corazón de James. Billie sintió que su propio latido se detenía mientras esperaban… Un segundo… Dos.

Se notó un débil espasmo. Luego, un jadeo entrecortado, seguido de un latido de James.

El alivio fue tan brutal que Tommy casi se desplomó. Billie dejó escapar una exhalación temblorosa, sintiendo su visión nublarse por las lágrimas. Los paramédicos no perdieron tiempo, subieron a James a la camilla y lo llevaron fuera, su cuerpo aún estaba flácido y su respiración era irregular. La ambulancia estaba lista para partir cuando uno de los paramédicos preguntó quién iría con él.

—Yo no voy —dijo Tommy con la voz impregnada de ira.

—¿Qué? —Billie lo miró, incrédulo—. ¿Qué cojones dices?

—Que no voy. —Tommy tenía la mandíbula tan apretada que parecía a punto de partirse—. Que se joda.

Billie no podía creer lo que escuchaba. Miró a James, inconsciente sobre la camilla, y luego de vuelta a Tommy. Quiso gritarle, zarandearlo, obligarlo a reaccionar, pero no tenía fuerzas para discutir; estaba demasiado exhausto y asustado. Con un suspiro tenso, subió a la ambulancia, mientras que su corazón todavía latía con violencia.

La puerta se cerró, y Tommy se quedó de pie en la acera, con el sudor pegándole la ropa al cuerpo. Sentía el odio arder en su pecho; no hacia James, no exactamente. Sino hacia la situación, hacia las drogas, hacia la puta realidad que los estaba destruyendo a todos.

CAPÍTULO 39

Desde hacía dos días, Lauren no había salido de la cama, la idea de enfrentar el mundo exterior, le resultaba insoportable. No tenía hambre, ni deseo de nada más que no fuera hundirse en ese abismo donde el dolor era tan absoluto que casi la hacía sentir anestesiada.

Madeleine lo intentó todo; le preparó sopas calientes, guisos suaves, incluso postres que antaño podrían haberla tentado, pero nada surtía efecto. Apenas si aceptaba un sorbo de té, y Madeleine no podía hacer otra cosa que sentarse junto a la cama y mirarla con una impotencia dolorosa.

—Susan, amor, ¿quieres que te traiga otra cosa? —preguntó, sentada al borde de la cama. Su mano temblorosa se posó sobre la frazada, esperando una respuesta.

Pero no hubo cambio de respiración, ni un movimiento, ni un pestañeo. Ella se fingía estar dormida, pero ambas sabían la verdad.

Madeleine suspiró, resignada, y se inclinó para besar su frente, un gesto lleno de ternura y desesperación. Luego salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado, como si temiera que el más mínimo ruido pudiera romperla.

Desde la cama, Lauren escuchó cómo los pasos de su madre se alejaban por el pasillo. Luego, la rutina de la casa siguió su curso; el sonido de platos, la aspiradora deslizándose sobre la alfombra, puertas que se abrían y cerraban. Madeleine no se detenía, y ella sabía que era su manera de sobrellevar la angustia.

Cuando Patrick se marchó por la mañana, lo supo por el sonido de la puerta principal y por la ausencia de su voz grave en la casa. Se encargó de llevar a Stella a la escuela antes de irse a trabajar, dejando a Madeleine sola con el vacío que ella misma estaba

generando. Y aun así, no podía moverse, no podía reunir la energía ni la voluntad para salir de esa burbuja de culpa y vergüenza que la tenía atrapada.

Era consciente de lo que Madeleine hacía cada noche, cuando creía que dormía, se sentaba junto a ella y deslizaba los dedos con infinita dulzura por su cabello. A veces, incluso sentía un leve beso en la frente. No tenía que abrir los ojos para saber que en esos momentos Madeleine contenía el aliento, como si temiera despertarla, como si quisiera percibir cada detalle de su hija perdida y recuperada. Pero Lauren no se sentía recuperada, ni siquiera se sentía ella misma.

El peso de la verdad la aplastaba con una crueldad insoportable. Había amado a Leonard, y ahora sabía la verdad. El horror de lo que hizo, sin saberlo, la carcomía desde dentro. No tenía fuerzas para enfrentar a nadie, no podía ver a Patrick a los ojos sin sentir que le estaba fallando, no podía dejar que Madeleine la tratara con ese amor incondicional, porque no lo merecía. Y menos aún, podía concebir la idea de volver a ver a Leonard.

El sonido de la bandeja siendo retirada de la mesita junto a la cama la sacó de sus pensamientos. Madeleine entró de nuevo, recogiendo el plato intacto con resignación.

—Susan —su voz era un susurro tembloroso—. No tienes que hablar si no quieres, solo dime si hay algo que pueda hacer… Lo que sea.

Lauren sintió un nudo formarse en su garganta. Quiso responder, decirle que lo sentía y no era su culpa estar así, pero la culpa era un peso demasiado grande, y el asco que sentía por sí misma le anuló la voz.

Madeleine esperó unos segundos, pero al no recibir respuesta, simplemente suspiró y se retiró, dejándole otra taza de té caliente sobre la mesita de noche. Lauren, con los ojos húmedos y la mirada fija en el techo, se quedó sola una vez más, atrapada en su propio infierno.

La luz tenue del atardecer se filtraba por las cortinas de la habitación, tiñendo las paredes de un tono ámbar melancólico, mientras ella seguía acostada, sintiendo la pesadez de su propio

cuerpo, cuando una voz desconocida, de tono maduro y pausado, llegó a sus oídos; su atención se aguzó al reconocer la voz de Stella, lo que significaba que habían traído a la niña de la escuela.

Las voces se entremezclaban en la distancia, formando un murmullo apagado que no podía distinguir. La curiosidad la aguijoneó, instándola a moverse, por lo que se incorporó con cautela, pero al hacerlo, un vértigo atroz le nubló la vista, por lo que se llevó una mano a la frente y cerró los ojos, intentando encontrar un punto de equilibrio. Llevaba casi tres días sin probar bocado y su cuerpo le pasaba factura; inhaló profundamente, contando hasta diez en su mente, a la espera de que el mareo se disipara. Cuando sintió que sus piernas le responderían, se levantó y permaneció junto a la cama, buscando las fuerzas para poder caminar.

Con pasos sigilosos, se acercó a la puerta y pegó el oído contra la madera, conteniendo la respiración. Sin embargo, las palabras seguían siendo un revoltijo incomprensible, así que, entreabrió la puerta con cautela. Fue entonces cuando percibió un sollozo entrecortado.

—Me siento impotente, mamá. —La voz de Madeleine se quebró con un lamento. Lauren sintió que algo le oprimía el pecho—. Quiero hacer más por Susan. No sé cómo ayudarla… el cambio no está siendo fácil para ella. —Hubo un silencio, como si Madeleine intentara contener sus lágrimas antes de continuar—. Soñé tantas veces con este reencuentro… con mi niña. Pensé que cuando la viera, todo encajaría, que estaríamos felices, que se alegraría tanto como Patrick y yo. Pero apenas llegó, lo primero que dijo fue que quería irse. —Un fuerte sollozo se rasgó en el aire—. Lo primero que dijo, mamá… fue que quería irse.

Lauren sintió un golpe seco en el estómago; apoyó la frente contra el marco de la puerta, dejando que las palabras de Madeleine calaran hasta sus huesos. La pobre mujer no merecía esa tristeza, no después de todo lo que había hecho por ella, pero sus razones pesaban demasiado, y estaba segura de que si Madeleine supiera la verdad, se sentiría agradecida de que se marchara.

—¿Estás escuchando a escondidas? —un susurro la hizo dar un respingo. Lauren giró bruscamente, encontrándose con los ojos

vivaces de Stella. No la había escuchado llegar; por su expresión, la niña lo sabía—. No le diré nada a mami —aseguró con una sonrisa traviesa—. Pero con una condición.

—¿Cuál condición? —preguntó con cautela y tratando de relajarse, aunque el latido acelerado de su corazón no la dejaba.

Stella abrió su mochila y sacó una manzana reluciente, tendiéndosela.

—Que te la comas. Sé que no has comido nada desde que llegaste.

—Gracias —parpadeó—, claro que me la comeré. —Tomó la fruta con desgano, pero cuando miró a la niña, esta no apartaba la vista de ella—. ¿Pasa algo? —preguntó, desconcertada.

—Estoy esperando a que te la comas. —Stella se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Mami me enseñó que cuando quiere que me termine el brócoli, no me quita los ojos de encima hasta que lo hago.

Lauren no pudo evitar una sonrisa resignada. Sostuvo la manzana con más firmeza y le dio una mordida, prefería eso a que Madeleine descubriera que había estado escuchando conversaciones que no le correspondían.

No fue sino hasta esa primera mordida que su apetito recobró vida. De repente, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba y devoró la manzana en pocas mordidas, saboreando cada bocado como si no hubiera probado algo tan delicioso en años. Cuando terminó, se limpió los dedos en el pantalón del pijama y miró a Stella con cierta satisfacción.

—Listo. Ya está —anunció.

—Falta una condición más. —La niña sonrió con picardía.

—Eso ya no es una condición —dijo Lauren frunciendo el ceño —. Es un chantaje.

—No sé qué es un chantaje —replicó con inocencia y se encogió de hombros—, pero en todo caso, la otra condición es que juegues conmigo un rato.

—¿Jugar? —parpadeó, sorprendida—. ¿Por qué?

—Mami está muy ocupada y muy triste para jugar conmigo. Y tú solo estás acostada todo el día. Si sigues así, vas a terminar con

dolor de espalda.

—Está bien, Stella. —Soltó un suspiro; a pesar de sí misma, la insistencia de la niña le arrancó una sonrisa cansada—. Solo serán unos minutos.

—Está bien —aceptó la niña,—. De todas formas, no puedo jugar mucho tiempo porque después tengo que hacer mis deberes escolares... a menos que quieras ayudarme con las tareas. —Le dedicó una mirada traviesa.

Lauren caminó hasta la mesa de noche, donde recogió una liga para sujetarse el cabello en una coleta floja. Luego, se calzó unas pantuflas. Mientras Stella la observaba con impaciencia, porque no quería perder un solo instante, se cruzó de brazos y sonrió con picardía.

—¿Te ponían muchas tareas en la escuela en Londres? —preguntó con la curiosidad que no paraba.

—No estudié en Londres, sino en Birmingham. Mi escuela formaba parte del oratorio, en el mismo edificio donde estaba el orfanato donde crecí… y sí, solían poner muchas tareas.

Salieron de la habitación matrimonial y avanzaron por el pasillo, mientras Stella la miraba con curiosidad.

—Susan —su voz se alzó con inocente interés—, ¿es verdad que los orfanatos son feos y que las monjas son muy estrictas? Debió ser muy difícil para ti crecer ahí.

Lauren la miró de reojo, captando la genuina preocupación en los ojos grandes de la niña. Se tomó un momento antes de responder, sopesando sus palabras.

—No, no es un lugar feo —dijo al fin—. Siempre estuve en compañía de otros niños, jugábamos y nos divertíamos mucho. Aunque era un edificio viejo y las monjas no tenían suficiente dinero para mantenerlo tan bonito como una casa, hacían lo mejor que podían. Y sí, eran estrictas, pero solo lo necesario para que hubiera orden. No fue difícil crecer en el orfanato porque, para mí, era lo normal. Todos allí éramos una familia.

Stella pareció reflexionar sobre sus palabras mientras caminaban por el pasillo iluminado por la luz tenue de la tarde. Al

llegar a su habitación, la niña se apresuró a abrir la puerta y entró con energía, esperando a que Susan la siguiera.

El dormitorio de Stella era un pequeño universo infantil. Las paredes estaban decoradas con papel tapiz de un tono pastel, adornadas con ilustraciones de cuentos de hadas y animales sonrientes. Una gran cama con un edredón rosado ocupaba el centro de la habitación, coronada con una hilera de peluches bien acomodados. Contra la pared, había un pequeño escritorio blanco con lápices de colores desparramados sobre la superficie, y a un lado, un estante repleto de cuentos y muñecas con vestidos de encaje. Una lámpara con una pantalla ilustrada con estrellas proyectaba un resplandor cálido.

—Es una habitación muy bonita. —Lauren miró alrededor con una leve sonrisa—. Tienes muchos juguetes —comentó, observando la variedad de muñecas y juegos dispersos en los muebles.

—La tuya es mucho más linda y tienes muchos más juguetes — dijo con naturalidad—. Pero mami la tiene con llave y no me deja tocar nada. —Sus ojos destellaron con una idea repentina y una sonrisa pícara se dibujó—. Pero ahora que estás aquí y ya no vas a usar tus juguetes... ¿me los puedes regalar? —Lo pidió con la inocencia más encantadora, inclinando la cabeza y pestañeando con ternura, como si eso garantizara que su petición iba a ser concedida sin objeciones.

Lauren sintió un nudo formarse en su garganta. No era por los juguetes, ni por la petición en sí, sino por la forma en que Madeleine, su madre, honraba su memoria... la memoria de Susan Russell, la niña que desapareció. De alguna forma, todos esos objetos que ella no recordaba haber visto ni tocado eran un testimonio silencioso del amor inquebrantable de una madre que jamás perdió la esperanza.

La idea la golpeó con fuerza, no importaba cuánto le costara, cuánta energía le exigiera, no podía responder con apatía a un amor tan grande. Madeleine no merecía indiferencia. Debía encontrar la forma de corresponder a todo ese cariño, aunque en su interior aún sintiera la punzada de la confusión y el desarraigo.

—No puedo regalártelos, Stella —sonrió con ternura y negó suavemente con la cabeza—, pero sí te los prestaré. Puedes jugar con ellos cuando quieras.

—¡Gracias! —Los ojos de la niña brillaron de emoción—. Te prometo que los cuidaré muy bien —aseguró, tomando a Susan de la mano y guiándola hacia la alfombra mullida en el centro de la habitación.

Stella dejó su mochila sobre la cama y corrió hasta un gran baúl de madera pintado con flores y mariposas. Se arrodilló frente a él y, con entusiasmo, comenzó a sacar una colección de ponys de colores vibrantes.

—Este es Firefly, porque puede volar súper rápido —dijo, alzando un pony rosado con una melena azul—. Y esta es Bowtie, porque tiene un lazo muy bonito. —Sostuvo un pony celeste con un lazo rosa en la cola—. ¡Ah! Y este es Applejack, le encanta la sidra de manzana. —Sacó uno anaranjado con pecas en el hocico.

Lauren asentía con cada presentación, divertida por el entusiasmo de la niña. Cuando Stella terminó de alinear los ponys, sonrió traviesa.

—A ver, ahora dime, ¿cómo se llama cada uno?

—Mmm... Lauren observó los juguetes y frunció el ceño con concentración—, este es... ¿Starshine?

—¡No! —Stella soltó una carcajada y negó con energía—. Ese es Firefly. Inténtalo otra vez.

Ella sonrió y probó con otro nombre, errando varias veces. Cada equivocación hacía reír más a Stella, hasta que su risa contagiosa terminó arrancándole a Lauren una genuina carcajada. Por un instante, en medio de aquellas risas infantiles, se sintió ligera, casi olvidando el peso de todo lo que la rodeaba.

Jeane sostuvo el rostro de Madeleine entre sus manos con delicadeza, como si protegiera algo frágil y valioso. Sus dedos recorrieron con ternura los surcos de dolor marcados en la piel de su hija, intentando alisar las heridas invisibles que la atormentaban. Sus labios se posaron en su mejilla en un beso lento e impregnado de una tristeza que le pesaba en el alma.

—Oh, querida… —susurró con la voz quebrada—. Desearía tanto poder aliviar tu dolor.

Madeleine cerró los ojos con fuerza, reteniendo las lágrimas que no paraban de salir. El abrazo de su madre la envolvía en calidez, pero incluso ese refugio tenía un límite, porque su madre tenía que marcharse, y ella se quedaría sola con su angustia.

Jeane se separó con esfuerzo, mientras sus ojos buscaban desesperadamente en los de su hija mayor, algún rastro de esperanza. No encontró ninguno, solo fatiga, impotencia y la tristeza insaciable de una madre que había esperado recuperar a su hija y, en cambio, se encontraba con un muro de incertidumbre.

—Tengo que irme, cariño. Melania y yo iremos a buscar a Emilie al gimnasio. Su entrenamiento termina en unos minutos y no quiero que espere sola. —Jeane suspiró, acariciando el cabello de su hija con ternura—. Prométeme que estarás bien —pidió con genuina preocupación.

—Sí, mamá. —Madeleine asintió lentamente, limpiándose la nariz con un pañuelo de papel—. Ve tranquila. Estaré bien.

Le regaló un último abrazo y salió por la puerta de la cocina, caminando hacia el Jaguar XJ6 azul oscuro, que la esperaba en el camino de entrada. Madeleine observó a través de la ventana cómo su madre se alejaba y, con un suspiro trémulo, se permitió sentir una calma momentánea. Desahogarse había aligerado un poco el peso que cargaba en el pecho, pero no la despojaba del todo de la opresión que la mantenía al borde del abismo.

Respiró hondo, se secó las mejillas con otra servilleta de papel y se encaminó al segundo piso. No podría engañar a Stella; su hija siempre veía a través de ella. Pero aun así, necesitaba verla, asegurarse de que estuviera bien. La necesidad era visceral, una urgencia que latía en lo más profundo de su ser, porque no volvería a perder a una hija. No podría soportarlo.

Desde el umbral del pasillo, se detuvo en seco, porque la risa cristalina de Stella, tan pura y despreocupada le envolvió el corazón con un alivio inesperado; sin embargo, fue lo que vino después lo que la paralizó. Una risa más suave, más contenida, pero inconfundible… La risa de Susan.

El impacto la sacudió como un golpe en el pecho, sintió cómo su corazón se encogía y luego se expandía en un torrente de emoción incontenible. Con cautela, se acercó a la puerta entreabierta de la habitación, su respiración se volvió errática y sus manos temblaron al apoyarse contra el marco.

Susan y Stella, estaban sentadas en la alfombra, con los ponys de juguete dispersos entre ellas. Desde su posición, Madeleine solo podía ver sus espaldas, pero bastaba. La manera en que Susan inclinaba la cabeza hacia Stella, la ternura en su postura, la energía con la que movía las manos al jugar… Era real. No una ilusión ni un recuerdo distorsionado por su deseo; su hija mayor compartía un momento de dicha con su hermana.

Las lágrimas resbalaron por su rostro, pero esta vez no eran de desesperación, eran de gratitud, felicidad pura y desbordante. Si se quedaba un momento más, sollozaría y llamaría su atención. No quería interrumpir esa escena perfecta; así que, se retiró con sigilo, dio media vuelta y bajó las escaleras, sintiendo su pecho hincharse nuevamente de esperanza.

Llegó a la cocina con el corazón galopando, necesitaba compartir su felicidad con Patrick, él tenía que saberlo, porque su pobre marido había estado tan atormentado… Necesitaba darle un poco de paz.

Con manos aún temblorosas, descolgó el teléfono de la pared y marcó el número del concesionario. Mientras esperaba la conexión, su reflejo en el cristal de la ventana le devolvió una imagen distinta a la de hacía unos minutos. Seguía cansada, con los ojos enrojecidos, pero su expresión había cambiado; ahora, estaba feliz.

CAPÍTULO 40

Patrick Russell estaba sentado en su oficina del concesionario, repasando un informe financiero con el ceño fruncido. El negocio marchaba bien, pero nunca faltaban los detalles que requerían su atención. Frente a él, un joven empleado, esperaba instrucciones mientras sostenía una carpeta con los últimos registros de ventas.

—Bien, Kevin, veo que este mes tuvimos un aumento en la demanda de los modelos más recientes. Quiero que prepares un informe detallado con los perfiles de los clientes que los adquirieron. Quiero entender mejor qué tipo de público estamos atrayendo —dijo Patrick sin apartar la vista de los documentos.

—Por supuesto, señor Russell. ¿Algo más que deba incluir? —preguntó con profesionalismo.

—Sí, añade un análisis de las tendencias de compra en comparación con el mismo periodo del año pasado. Y verifica si hay algún problema recurrente en los informes de mantenimiento. No quiero sorpresas desagradables con la postventa.

Kevin asintió, anotando las instrucciones con rapidez. Justo cuando estaba por retirarse, el teléfono en el escritorio de Patrick sonó, su estridente tono interrumpió el ambiente de trabajo.

—Puedes regresar a tus labores —le indicó Patrick antes de levantar el auricular. Apenas lo acercó a su oído, un sollozo ahogado llegó desde el otro extremo de la línea. Su corazón se saltó un latido —. ¿Madeleine? ¿Qué pasó? —preguntó con urgencia y su espalda de inmediato se puso rígida.

—Perdón, perdón por asustarte —susurró su esposa, con la voz temblorosa—. Todo está bien… está muy bien, Patrick. Solo… estoy llorando de felicidad.

—¿Felicidad? —Él frunció el ceño, tratando de asimilar sus palabras—. ¿Por qué? ¿Qué ocurrió? —preguntó, aunque su pecho ya se expandía con una mezcla de alivio y expectativa.

—Susan… salió de la cama. Está jugando con Stella en su habitación —dijo Madeleine entre sollozos suaves—. No lo puedo creer, Patrick. ¡Después de tanto tiempo… por fin! Está con ella…

Patrick exhaló, sintiendo cómo su tensión se desvanecía de golpe. Una sonrisa se dibujó, aunque su mano aún temblaba levemente sobre el escritorio.

—Dios… eso es maravilloso, cariño. ¿Cómo pasó? ¿Qué la convenció? —preguntó, aún incrédulo.

—No tengo idea. No sé qué hizo Stella, pero logró lo que nosotros no pudimos —admitió su esposa con un suspiro emocionado.

—¿Y ha comido algo? —indagó Patrick, preocupado.

—No, aún no. Pero no quiero interrumpir. Ha dado un gran paso, no quiero que se sienta presionada y retroceda —confesó con la voz llena de incertidumbre.

Patrick se quedó pensativo por un momento. Sabía que su esposa tenía razón al querer ser cautelosa, pero también era una oportunidad para acercarse a Susan de una forma natural.

—Ve con ellas. Llévales algo, quizás galletas y leche. No tiene que ser una comida forzada, solo algo para compartir el momento —sugirió con suavidad.

—Patrick… —vaciló—, tengo miedo. Si voy, si nota nuestra presencia… ¿y si vuelve a cerrarse? ¿Y si regresa a la cama y todo este avance se pierde?

—Amor, entiendo tu temor, pero si no arriesgamos, no avanzaremos nunca —respondió con firmeza—. Solo acércate, sin presionarla. Muéstrate feliz de verla así, pero sin esperar nada más. Déjala marcar el ritmo.

Se escuchó un suave suspiro en la línea antes de que Madeleine hablara de nuevo.

—Tienes razón. Lo haré —dijo con determinación, aunque su voz aún temblaba un poco.

—Bien. Llámame luego para contarme cómo salió todo, estoy ansioso por saberlo —pidió con una calidez que solo su esposa podía arrancarle.

—Lo haré. Te amo —murmuró Madeleine.

—Y yo a ti —respondió antes de colgar.

Apoyó la frente en su mano por un instante, dejando que la emoción se asentara. No habían sido días fáciles para ninguno de los dos. Susan estaba empezando a dar pequeños pasos para integrarse, y eso era un alivio. Sin embargo, había otro asunto que le preocupaba profundamente, su hijo Lenny.

A pesar de convivir en la cabaña, su hijo estaba cada vez más distante. Apenas le dirigía la palabra más allá de los «buenos días y las buenas noches». Se iba temprano al trabajo, regresaba tarde, y cada vez que intentaba iniciar una conversación, Lenny encontraba una excusa para evitarlo. Decía que estaba cansado, que tenía que madrugar o que simplemente no quería hablar.

Era su manera de alejarse, de escapar de algo que Patrick aún no podía comprender. Y, aunque comprendía que su hijo estaba procesando muchas emociones, no podía evitar sentir que, en lugar de acercarse, se alejaba más y más.

Suspiró y pasó una mano por su rostro, volviendo la vista a los documentos sobre el escritorio. No podía obligar a Lenny a hablar, pero tampoco pensaba rendirse. Por el momento, lo único que podía hacer era esperar y estar ahí para cuando estuviera listo.

Madeleine acomodó la bandeja sobre la encimera de la cocina, colocó un par de platos y dos vasos de vidrio. Luego buscó en la alacena el gran recipiente donde guardaba las galletas con chispas de chocolate, sacó cuatro y distribuyó dos en cada plato. Finalmente, tomó el frasco de leche de la nevera y llenó los vasos. Con la bandeja en mano y el pecho lleno de valor y esperanza, se dirigió a la habitación de Stella, donde sus dos hijas jugaban sentadas sobre la alfombra.

Mientras subía las escaleras, sus ojos recorrieron las fotografías que formaban parte de la hermosa galería familiar. Se detuvo en una en la que aparecía Lenny, sosteniendo a Susan por primera vez en

sus brazos y besándole la frente con ternura. Luego, su mirada se desplazó a otra imagen donde Lenny tenía ocho años y Susan apenas tres. En la fotografía, él la abrazaba con fuerza y le daba un beso en la mejilla, mientras ella hacía un mohín gracioso.

Recordar aquellos momentos la llenó de melancolía. Anhelaba con toda su alma que ese lazo tan hermoso volviera a unirlos, porque por ahora se veían como dos perfectos extraños. La reacción de rechazo de Lenny seguía taladrando su memoria; aunque estaba enfocada en hacer sentir mejor a Susan, en ayudarla a sentirse en su hogar y mejorar su estado de ánimo, no podía dejar de pensar en su hijo. No había vuelto a casa, y de no haber sido porque la noche anterior ella fue hasta su cabaña para llevarle la cena, no lo habría visto desde que regresó del viaje.

«Gracias, mamá, se ve delicioso», fue lo único que le dijo.

Y se excusó rápidamente, alegando que necesitaba ducharse. Madeleine había esperado que preguntara por Susan, que mostrara aunque fuera un atisbo de interés, pero al ver que él no lo hizo, ella tampoco quiso darle información que no había solicitado. No quería que pensara que, una vez más, toda su atención estaba puesta en Susan y que él quedaba relegado a un segundo plano.

Suspiró, resignada a llenarse de paciencia. Luego, con renovada determinación, siguió su camino hasta la habitación. Antes de entrar, se detuvo un instante, llenándose el corazón de alegría al escuchar las risas de sus hijas y su conversación en susurros. Su primer impulso fue llamar a la puerta, pero con las manos ocupadas le resultaba imposible, así que empujó delicadamente la puerta con el hombro; sonrió, aunque por dentro moría de nervios.

—Espero que tengan hambre —dijo con calidez, alzando la bandeja—. He traído galletas y leche.

—¡Galletas con chipas de chocolate! —Stella, con los ojos brillantes, se puso de pie de un salto y corrió hacia ella—. ¡Sabía que eras la mejor mami del mundo!

Madeleine rio suavemente, dejó la bandeja en la alfombra y le acarició el cabello antes de dirigirse a Susan, que seguía sentada. Al acercarse, la observó con más detenimiento y su pecho se oprimió. Estaba pálida, su piel casi translúcida hacía que sus pecas y las

venas azuladas de sus manos y sienes se notaran con más intensidad; las profundas ojeras resaltaban su agotamiento. Le dolía verla así, pero no sentía lástima. No, lo que sentía por su hija era un amor infinito, uno que le desbordaba el pecho.

—Gracias, Madeleine. Se ven deliciosas —dijo Lauren con sinceridad, sintiendo una punzada de gratitud en su pecho. No solo por las galletas, sino por la dedicación y el esfuerzo de ella por hacerla sentir apreciada.

Le estrujó el corazón notar en su rostro las huellas del llanto; era una mujer que había sufrido demasiado; aun así, en su mirada brillaba la esperanza. No era fácil mirarla sin que su mente la asaltara con los recuerdos de Leonard y ese pecado tan terrible nacido de la ignorancia. El remordimiento la consumía por dentro, pero también sabía que lo que menos merecía Madeleine era otro golpe de sufrimiento. Así que decidió poner todo de su parte para olvidar lo sucedido. Olvidar su efímera relación con quien resultó ser su hermano; solo pensarlo le producía asco, pero era mejor encerrarlo en su memoria.

Madeleine y Patrick no tendrían por qué saberlo, no tendrían que enterarse de que Leonard y ella se conocieron en otro tiempo, en otra vida, en la que ella era Lauren y él, Leonard. Le aterraba la idea de volver a verlo, pero sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo.

Necesitaba encontrar el valor para enfrentarlo; aunque prefería que primero pudieran reunirse a solas, para aclarar la situación y acordar olvidar el pasado. Hacer un pacto de silencio, para que sus padres no se llevaran la peor de las decepciones.

Madeleine sintió un nudo en la garganta al escucharla, sabía que Susan aún no la llamaba «mamá» porque no la sentía su madre, pero sería paciente.

—Me alegra, espero que te gusten, querida —dijo ofreciéndole el plato con delicadeza y se sentó a su lado—. Siempre he pensado que nada puede ser tan reconfortante como unas galletas caseras.

Lauren tomó una galleta y le dio un pequeño mordisco. Su expresión se relajó ligeramente, porque ese simple acto le brindó un poco de paz. Quería mostrarle a Madeleine que estaba de mejor

ánimo; aunque Stella había conseguido, genuinamente, hacerla sentir mejor, ella deseaba, por su propio bien emocional, sentirse mucho mejor.

—Están riquísimas —murmuró.

Madeleine intercambió una mirada cómplice con Stella, quien, con la boca llena de migas, asentía entusiasmada. Su corazón se llenó de una dicha serena al ver el pequeño pero significativo cambio en Susan. Por primera vez en días, notaba en ella un atisbo de luz, una sombra de paz que le brindaba cierta tranquilidad. Se moría por envolverla en un abrazo, por estrecharla contra su pecho y compartirle su calor, como solía hacer cuando era niña, pero temía que ese gesto, en lugar de reconfortarla, la hiciera retroceder. Así que, con esfuerzo, contuvo el impulso y se limitó a mirarla con ternura, guardando para sí el amor desbordante que sentía en ese momento.

—Te lo dije, Susan. Mami hace las mejores galletas del universo.

Su hija sonrió de nuevo, esta vez con un poco más de confianza. Madeleine sintió que, aunque fueran pequeños avances, eran significativos. Quería encontrar más formas de ayudarla a sentirse parte de su hogar, por lo que pensó en sugerirle recorrer juntas la casa y mostrarle cada rincón que alguna vez fue suyo.

Hasta ahora, Susan apenas conocía la habitación principal, el salón y la habitación de Stella. Quizá si le mostraba un álbum de fotos, si veía imágenes de su infancia, algún recuerdo podría resurgir y ayudarla a sentirse parte de su familia. Pero tenía miedo, un miedo constante que no podía evitar. Temía presionarla y que cualquier paso en falso la alejara aún más.

Madeleine recogió los vasos con restos de leche, los platos con migas de galletas, todo parecía formar parte de un momento que, aunque cotidiano, quedaría grabado en su memoria.

—No quiero ser aguafiestas, cariño. —Antes de salir de la habitación, se giró hacia Stella con una sonrisa maternal—. Pero en unos minutos subiré para ayudarte con tus deberes escolares —dijo con dulzura.

—No hace falta, mami —dijo como si fuera lo más lógico del mundo—. Susie me ayudará. —Miró a su hermana con ojos

suplicantes, buscando su respaldo.

Lauren sintió un leve sobresalto en el pecho, no era solo la forma en que Stella la llamaba «Susie», sino la confianza con la que lo hacía. En su interior, la palabra «hermana» comenzó a tomar forma de un modo más real. Se dio cuenta de que ya no era solo una idea impuesta por la realidad de los lazos de sangre, sino un sentimiento genuino.

—Sí, yo la ayudaré —confirmó en voz baja, como si decirlo en voz alta sellara un pacto entre ellas.

Madeleine la observó, con la emoción subiéndole a la garganta. Había soñado con este momento en incontables noches de desvelo, con Susan formando parte de sus vidas de una manera natural, pero jamás imaginó que el instante llegaría de forma tan hermosa y espontánea.

—Está bien. —Sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa —. Gracias, Susan.

Lauren notó la emoción en los ojos de Madeleine; por un instante, sintió el peso de todo lo que significaba para aquella mujer que ella empezara a formar parte de las cosas cotidianas. No supo qué decir, pero asintió con suavidad.

Madeleine, con el corazón desbordante de alegría, salió de la habitación con la firme intención de volver a llamar a Patrick. Tenía que contarle todo; su voz temblaría de emoción, seguramente, pero él entendería.

CAPÍTULO 41

Lauren terminó de ayudar a Stella con sus tareas escolares. La pequeña estaba aprendiendo a escribir frases sencillas y a resolver sumas y restas básicas. Juntas repasaron las letras en cursiva y colorearon ilustraciones en un libro de actividades. También practicaron la lectura con un cuento infantil mientras Stella señalaba las palabras con su dedito. Al finalizar, Lauren sonrió con ternura al ver el entusiasmo de su hermana.

—Stella, ¿te importa si me doy una ducha? —preguntó, acariciándole el cabello.

—¡Está bien! Mientras tanto, voy a recoger mis juguetes y los útiles —respondió la niña con naturalidad, comenzando a apilar sus crayones en una caja.

Lauren se despidió con un beso en la frente y se dirigió a la habitación. Antes de entrar al baño, acomodó la cama matrimonial con cuidado. No quería sumar más cargas a Madeleine, ya tenía suficiente con todo lo que estaba pasando. Se despojó de su ropa y dejó que el agua caliente la envolviera; la sensación era reconfortante, como si el calor la limpiara no solo por fuera, sino también por dentro. Cerró los ojos por un momento, permitiéndose respirar profundo, dejando que la tensión abandonara su cuerpo poco a poco.

Cuando terminó, se sintió renovada. Con una toalla aún enredada en su cabello, buscó en su maleta, que Patrick había dejado junto al radiador. La brisa que entraba por la ventana movía suavemente las cortinas. Sacó unos vaqueros y una camiseta blanca, además de una camisa a cuadros. Se vistió con calma, asegurándose de sentirse cómoda. Se calzó unas zapatillas Adidas Samba y luego se sentó frente al espejo para peinarse. Le tomó un buen rato

deshacer los nudos de su cabello antes de recogerlo en una coleta alta. Al observar su reflejo, notó que el simple acto de asearse la había transformado; su semblante lucía menos cansado, menos opaco.

—Voy a bajar para ayudar a Madeleine —le avisó a la niña, desde el umbral de su habitación.

—Susan… —Stella levantó la vista de su cuaderno de dibujo, dejando el crayón en la mesa—. ¿Por qué no le dices mamá? —preguntó con curiosidad infantil, ladeando la cabeza.

Lauren sintió un nudo en la garganta. No era una pregunta fácil de responder, pero su hermana merecía sinceridad.

—Porque pasé mucho tiempo sin saber de ella… sin recordarla —admitió con voz baja—. Y me cuesta un poco volver a llamarla así.

—Lo entiendo… —Stella pareció procesarlo por un momento—, pero, ¿algún día lo harás?

—Sí. —Se acercó y le acarició el cabello con cariño—. Espero que en algún momento pueda hacerlo.

Stella le sonrió con dulzura, como si su respuesta le bastara. Cerró su cuaderno de dibujo, donde estaba pintando un colorido arcade con luces neón. Luego se bajó de la silla y tomó la mano de Lauren.

—Vamos entonces.

Mientras bajaban las escaleras, Stella apretó con fuerza su mano, como si quisiera transmitirle su apoyo sin palabras. Lauren correspondió al agarre y permitió que su hermana la guiara. Al pasar junto a la galería de fotos, apenas tuvo tiempo de echar un vistazo. No podía evadir para siempre enfrentarse a esos recuerdos, pero por el momento, se dejó arrastrar por la energía de Stella.

—¡Mami! —llamó la pequeña al llegar al salón.

—Estoy en el porche, regando las plantas —respondió Madeleine desde afuera.

Salieron por la puerta principal y la encontraron con una jarra de jardinería en las manos, vertiendo agua con delicadeza sobre un grupo de flores. Había lirios de los valles, azaleas y algunas peonías en plena floración; el aire estaba impregnado de su fragancia, creando un ambiente sereno.

—Susan… —Al verla, Madeleine sonrió con calidez.

Lauren miró a su alrededor. El porche tenía una belleza sencilla, acogedora y la luz del sol se filtraba entre las ramas de los árboles, dándole un resplandor dorado a las flores.

—Es muy bonito —comentó, aspirando el aroma fresco de la vegetación—. Todo se siente… vivo.

—Me alegra que lo sientas así. —Observó con ternura, notando la manera en que su hija apreciaba cada detalle del lugar—. Es tu hogar, puedes hacer lo que quieras aquí, no tienes que pedir permiso.

Lauren bajó la mirada por un instante, procesando esas palabras. No sabía si alguna vez se acostumbraría del todo a la idea de que ese fuese su hogar, pero solo asintió.

—¿Puedo ayudar?

Madeleine dudó un segundo. No quería que sintiera que debía hacer algo, pero tampoco quería apartarla de la rutina familiar.

—Si te apetece —dijo finalmente, extendiéndole la jarra de agua.

Lauren la tomó, sintiendo el peso en sus manos. Mientras se acercaba a las flores, escuchó el crujir de la madera cuando Stella comenzó a mecerse en la silla del porche, tarareando una melodía infantil. La escena era simple, pero contenía una paz que Lauren permitió que la envolviera.

Observaba con atención una abeja que revoloteaba sobre una mata de lavanda, sus pequeñas alas vibraban con una precisión hipnótica. Su mente divagó por un instante en la delicadeza de la criatura, en la manera en que la naturaleza parecía seguir su curso sin importar los conflictos humanos.

—Mami, ¿Susan y yo podemos ver *DuckTales*? —preguntó Stella, rompiendo el silencio con su voz alegre.Se refería a unos dibujos animados, llenos de aventuras y personajes entrañables que cautivaban a niños y adultos por igual.

—Claro que sí, cariño. —Madeleine apartó la mirada de la regadera y sonrió con dulzura—.Vayan encendiendo el televisor, ahora las alcanzo.

—Te van a encantar. —Stella giró hacia su hermana con una emoción infantil desbordante—. ¿Los has visto antes? —preguntó, con los ojos brillando de entusiasmo.

—No. —Negó con la cabeza—. Pero me gustaría verlos contigo —dijo en voz baja.

Sin más, Stella tomó su mano y la guio al interior de la casa. Madeleine las observó, sintiendo un calor indescriptible en el pecho, luego soltó un suspiro y decidió llevar la jarra al cobertizo.

Ya en el salón, Stella tomó el control remoto y encendió el televisor. La pantalla parpadeó unos segundos antes de revelar los colores vivos y las formas caricaturescas de *DuckTales*. La pegadiza melodía de apertura inundó la habitación, con sus tonos enérgicos y nostálgicos a la vez. En la pantalla, Rico McPato se lanzaba con ímpetu a su piscina de monedas, mientras sus traviesos sobrinos planeaban una nueva aventura. Lauren, se dejó envolver por la simpleza de aquel momento, era un respiro en medio de todo lo que la abrumaba.

Madeleine volvió al salón con pasos cautelosos; se detuvo por un instante para contemplarlas. Stella estaba recostada con las piernas cruzadas, absorta en la historia animada, mientras que Lauren miraba la pantalla con una expresión relajada. Con delicadeza, se sentó junto a ella. Dudó por un momento, temiendo forzar algo que aún era frágil, pero al final, con extrema suavidad, pasó un brazo sobre los hombros de su hija.

Lauren se tensó, un reflejo instintivo aprendido en años de incertidumbre y soledad, pero poco a poco su cuerpo se relajó. Con un suspiro imperceptible, dejó caer su cabeza contra el pecho de Madeleine.

Fue un instante efímero, pero para Madeleine fue un milagro. Cerró los ojos, dejando que el perfume de su hija le inundara los sentidos. Era diferente al que recordaba, pero al mismo tiempo, una parte de él le resultaba familiar. Una fragancia de hogar, de pertenencia, de algo que había creído perdido para siempre. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero no dejó caer ninguna. No quería romper la magia de ese momento; en su lugar, depositó un

beso leve y tembloroso en la cabeza de Susan, sintiendo la suavidad de su cabello contra sus labios.

Lauren no dijo nada, pero tampoco se apartó; siguió mirando la pantalla, viendo a los personajes enredarse en sus aventuras animadas, mientras en su interior se sentía extrañamente segura; se reencontraba con esa calidez y amor que una vez sintió con Grace. Aquel refugio que creía perdido volvía a envolverla, por lo que se quedó ahí, dejando que esa sensación la abrazara por completo.

Desde el otro lado del sofá, Stella las observó de reojo. Cualquier otra niña habría sentido celos de ver a su madre aferrándose con tanto amor a otra hija, pero no Stella. En su corazón solo había felicidad… Felicidad por su madre, por su hermana, porque después de tanto tiempo, Susan había encontrado el camino de vuelta a casa.

El sonido de los créditos finales de *DuckTales* llenó la sala con su melodía pegajosa mientras Madeleine se ponía de pie, estirándose levemente.

—Voy a ver qué prepararé para la cena. —Miró a sus hijas con una sonrisa tierna antes de encaminarse hacia la cocina. Tenía en mente revisar su viejo libro de recetas, una reliquia familiar con páginas amarillentas y esquinas dobladas por el uso.

Stella, con entusiasmo se acomodó en el sofá para ver otro episodio de dibujos animados. Lauren la acompañó, aunque su mente divagaba en otra dirección. Mientras la trama del programa avanzaba, una inquietud comenzó a formarse en su interior. No le parecía justo que Madeleine cargara sola con todas las responsabilidades de la casa.

—Stella, ¿te molesta si veo el resto más tarde? —preguntó suavemente, con la mirada fija en la pantalla pero la mente en puesta en la cocina.

—¿Por qué? ¿Te aburriste? —preguntó, arqueando una ceja.

—No, solo quiero ayudar a Madeleine con la cena —respondió con sinceridad.

Stella sonrió con cierta madurez para su edad y asintió, sin protestar. Lauren le revolvió el cabello en un gesto cariñoso antes de levantarse y dirigirse a la cocina. Allí encontró a Madeleine de pie

junto a la encimera, con el viejo libro de recetas abierto sobre una página con fotografías algo descoloridas. Se inclinaba ligeramente sobre él, murmurando en voz baja mientras repasaba los ingredientes.

—¿Te gustaría un té o algo? —preguntó al notar la presencia de Susan, sin apartar la vista del libro.

—No, solo vine a ayudar.

—Aún no sé qué preparar para la cena —confesó, pasando los dedos por una de las páginas gastadas—. ¿Hay algo en especial que te gustaría comer?

Lauren se encogió de hombros y fijó la vista en el libro. Las imágenes, aunque deslucidas, mostraban platillos apetitosos. Una de ellas captó su atención, era un pastel de carne con puré de papas dorado en la parte superior, acompañado de verduras salteadas.

—Todo se ve delicioso, pero esto parece que es extraordinario —dijo, señalando la imagen.

—Pastel de carne... —Madeleine sonrió con nostalgia—, mi abuela solía prepararlo los domingos. Es un platillo reconfortante. ¿Te gustaría?

—Sí —dijo sonriendo.

—Bien, entonces haremos eso. Solo necesito ver si tenemos todos los ingredientes o si debo ir al supermercado.

—Creo que sería mejor hacer algo con lo que tengamos en casa. —Lauren negó rápidamente. No quería, bajo ningún concepto, sumar más tareas a Madeleine, que no había parado en todo el día.

Ella la miró con un atisbo de emoción en los ojos. No era solo la disposición de Susan a ayudar, sino la forma en la que hablaba, con una tranquilidad que no tenía. No sabía qué la había motivado a animarse de esa manera, porque no era ni la sombra de la chica que llegó hace dos días.

—De acuerdo —aceptó Madeleine con una sonrisa—. ¿Puedes leerme la lista de ingredientes mientras reviso las alacenas?

Lauren tomó el libro con cuidado y comenzó a leer en voz alta. Madeleine, por su parte, abrió las puertas de la despensa, sacando uno a uno los ingredientes que coincidían. La cocina se llenó de un

ambiente cálido y acogedor, con el suave sonido de la voz de Lauren y el murmullo de bolsas y frascos al ser movidos.

Madeleine se llevó las manos a las caderas y recorrió con la vista cada uno de los ingredientes sobre la encimera. La satisfacción la inundó, porque tenía todo lo necesario para prepararle a su hija el platillo que tanto se le antojaba. Durante los últimos días le cocinó todo cuanto creía podía gustarle, pero la melancolía de Susan se lo había impedido, sin embargo, ahora era distinto; por primera vez en dieciséis años, tenía la oportunidad de volver a cocinarle, y eso la hacía tan feliz que dudaba poder conciliar el sueño esa noche.

—Afortunadamente tenemos todo lo que necesitamos —dijo con una sonrisa radiante.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó con un tono que dejaba entrever cierta timidez.

Madeleine dudó por un momento, no quería que su hija hiciera ese tipo de tareas, quería atenderla, mimarla, demostrarle cuánto la había extrañado. Pero también entendía que compartir ese momento con ella sería invaluable, un instante que atesoraría para siempre. Así que, con un gesto afectuoso, asintió.

—Por supuesto —dijo—. Pero todavía es muy temprano para empezar. —Entonces sus ojos se desviaron hacia el teléfono colgado en la pared. Se quedó en silencio unos segundos y luego miró a Susan con suavidad—. Podrías aprovechar para llamar al padre Francis.

—No. —La sonrisa de Lauren se desdibujó ligeramente—. Una llamada internacional debe ser muy costosa. Prefiero escribirle una carta.

—No te preocupes por eso —insistió con dulzura—. Llámalo, dile cómo estás. Seguro lo extrañas.

Lauren bajó la mirada, reflexionando sobre ello. Era cierto, lo echaba mucho de menos.

—Patrick lo llamó hace dos días para decirle que llegamos bien y él le prometió que tú lo llamarías.

Lauren suspiró y, tras un breve silencio, asintió.

—Está bien, pero seré rápida. —Tomó aire. Se sabía el número de memoria, pero no tenía idea de cómo marcar a Birmingham. Miró

a Madeleine con incertidumbre—. No sé cómo se debe marcar desde aquí…

Madeleine ya estaba un paso adelante. Se acercó, tomó el auricular y comenzó a pulsar los botones para ingresar los prefijos correspondientes. Luego extendió el teléfono hacia Susan.

—Dime el número —pidió con voz suave.

Lauren lo dictó sin titubear; apenas terminó, escuchó el repicar del otro lado de la línea.

—Ya está sonando —sonrió emocionada—. Espero que todavía no esté durmiendo.

—Te dejo para que hables con confianza. —Madeleine le devolvió la sonrisa y le acarició la mejilla con ternura.

—Gracias —susurró Lauren mirándola con simpatía.

Madeleine le respondió con la misma calidez y se retiró en silencio hacia la sala, donde Stella seguía viendo la televisión. Se sentó en el sofá, pero su mente seguía en la cocina, en su hija, en la voz que pronto resonaría al otro lado del teléfono. Era un momento pequeño, cotidiano, pero para ella significaba el mundo.

Lauren sintió que el aire abandonaba sus pulmones al escuchar la voz del padre Francis al otro lado del teléfono. Un torrente de emociones se apoderó de su pecho; alivio, nostalgia y una punzada de dolor.

—Padre Francis… —susurró con la voz quebrada por la emoción.

—Lauren, hija, cuánto me alegra escucharte. ¿Cómo estás?

Inspiró profundamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas, aquellas que no traicionaran demasiado la verdad.

—Bien… —Dejó la frase a la mitad, como si dudara de su propia respuesta—. Bueno, al menos lo intento.

Era una mentira piadosa, porque su conciencia la asfixiaba; había querido olvidar, sumergirse en la ilusión de un nuevo comienzo, pero la culpa era implacable, como una sombra que no podía sacudirse.

—Patrick me dijo que estabas algo indispuesta —comentó el sacerdote con la calidez de siempre—. Imagino que el viaje pudo haberte sentado mal. ¿Te sientes mejor?

Lauren apretó el teléfono con fuerza, reprimiendo el impulso de desahogarse, de confesarle todo lo que la estaba consumiendo, pero no podía hacerlo, no podía cargar al padre Francis con el peso de su pecado. Solo Leonard y ella debían cargar con esa cruz.

—Sí, mucho mejor —respondió, procurando que su voz sonara convincente.

—Seguramente es el cambio de horario —dijo el sacerdote—. Es normal que tu cuerpo tarde en adaptarse.

—Sí —asintió, aunque él no podía verla—, quizás sea eso.

—¿Cómo te llevas con tus hermanos? —preguntó con gentileza.

La pregunta fue como una bofetada. Su estómago se encogió, y por un instante, temió que su voz la traicionara. Tragó saliva, obligándose a recomponerse antes de hablar.

—Bien —dijo, y se aferró a la única verdad que podía pronunciar sin sentirse tan mal—. Stella es hermosa, astuta, inteligente… tierna. Nos llevamos muy bien. —Se limitó a hablar de la niña porque era lo único en lo que podía apoyarse sin sentir que se ahogaba.

—Me alegra oír eso —dijo el padre con amabilidad—. ¿Ya viste al resto de la familia?

—Aún no. Me dijeron que el domingo habrá un almuerzo de bienvenida. Querían hacer una celebración cuando llegué, pero prefirieron posponerla porque no me sentía bien.

—Eso es comprensible —respondió el sacerdote—. Me tranquiliza saber que estás con ellos al fin. Pídele a Dios que te guíe y haga esta transición más fácil.

—Lo haré, padre —susurró Lauren, sintiendo el peso de esas palabras hundiéndola aún más. Sabía que debía despedirse, que no podía prolongar la llamada indefinidamente, pero soltar esa línea era como cortar su última conexión con la estabilidad—. Me encantaría seguir hablando con usted, pero no quiero abusar de la generosidad de los Russell. No quiero que la factura del teléfono sea muy alta.

—Lauren, ellos son tu familia —repuso el padre con ternura; aunque él mismo no se acostumbraba a llamarla Susan—. No es abuso, es amor.

—Sé que me costará. —Ella tragó en seco. La palabra «familia» aún le resultaba ajena cuando se trataba de los Russell—. Sin embargo, espero acostumbrarme pronto —dijo con honestidad.

—Dale tiempo. Todo río siempre encuentra su cauce.

—Padre, debo colgar. Pero le escribiré cartas, lo prometo.

—Está bien, hija. Y recuerda, si necesitas dinero, puedes llamar al señor Thompson. Con gusto te girará lo que necesites.

—No hace falta. Tengo intacto el dinero que traje. —Había traído consigo diez mil libras, el máximo permitido sin declaración. Al menos eso le daba una sensación de control en medio del caos.

—Cuídate mucho, Lauren. Que Dios te bendiga.

—Amén.

CAPITULO 42

Lauren dejó el teléfono con un suspiro y decidió regresar al salón. Caminó con cautela y se detuvo en el umbral de la puerta, lo que vio la conmovió hasta lo más hondo. Madeleine sostenía a Stella en sus brazos, acunándola como si aún fuera una bebé y le repartía besos suaves por el cuello, arrancándole risitas.

—Te amo tanto, mi tesoro hermoso —susurraba con la voz impregnada de dulzura—. Eres mi bebita preciosa, la niña más hermosa del mundo.

—¡Yo también te amo, mami! —Stella, entre risas, le respondía con la misma ternura—. Eres la mami más bonita del mundo.

La pequeña rodeó el cuello de su madre con sus bracitos, aferrándose a ella con una necesidad tan genuina que a Lauren se le hizo un nudo en la garganta. No pudo evitar preguntarse si alguna vez recibió ese tipo de amor cuando era una niña. La idea de que en algún punto de su vida fue así de amada, de que esos mismos besos y palabras dulces fueron para ella, pero que no podía recordarlo, le oprimió el pecho con una tristeza insondable. La risa de Stella se apaciguó cuando notó la presencia de su hermana.

—¡Susan! —la llamó con entusiasmo.

Madeleine giró la cabeza y la miró por encima del hombro. Sus ojos, aún brillantes por la emoción, se suavizaron.

—Ven. Siéntate, cariño —dijo con una sonrisa.

Lauren asintió y se sentó a su lado, mientras que en el televisor proyectaba *Alvin and the Chipmunks*. Ella se percató de que Stella se sabía toda la letra de la canción y la cantaba bajito, siguiendo el ritmo con un leve movimiento de la cabeza.

Sin duda, la memoria de Stella era excepcional. En ese momento, recordó que Leonard le había contado que a su

hermanita, le encantaba cantar y que se sabía todas las canciones de Madonna; además, podía hacer las coreografías de Michael Jackson sin equivocarse. Pensó que, por esos detalles, debía ser mayor. Pero ahora, viéndola tuvo la certeza de que su hermana era brillante.

—Stella, ¿cuál es tu música favorita? —preguntó, queriendo comprobarlo.

—¡El pop! —respondió la niña sin dudar—. Me gusta Madonna, Prince, Michael Jackson… ¡Ah! Y a mi mami le gusta mucho Whitney Houston, The Bangles y Tina Turner —con curiosidad, preguntó—: ¿Y a ti, Susan? ¿Qué te gusta?

—El rock. —Lauren esbozó una sonrisa—. Mis bandas favoritas son Queen, The Who, Black Sabbath… y Poison.

Apenas mencionó a la última banda, un nombre golpeó su mente como un mazazo: James. Llevaba dos días sin pensar en él; claro, todo lo que había descubierto superaba cualquier dolor de desamor. Trató de espantar el pensamiento, pero era imposible.

—¡Eso le gusta a Lenny! —exclamó Stella con entusiasmo—. También le gusta el rock. Siempre está cantando canciones de Bon Jovi, AC/DC y Def Leppard.

Lauren sintió que el estómago se le encogía al escuchar ese nombre. Su mente fue arrastrada a aquel día en Live Aid, a su risa, a la manera en que la miraba. Recordar a Leonard y a James al mismo tiempo era como sentir un nudo de espinas en el pecho. Un mareo repentino la invadió, pero respiró hondo y trató de desviar la conversación.

—¿Y a Patrick qué tipo de música le gusta? —preguntó con una sonrisa forzada.

—A mi papi le gusta Phil Collins y Lionel Richie —respondió—. Pero lo que más le gusta es el country. Su cantante favorito es Kenny Rogers.

—Oh… —Lauren parpadeó—. No creo haber escuchado música country antes.

—¡No puede ser! —Stella la miró con incredulidad, como si hubiera dicho la cosa más extraña del mundo—. Tienes que escuchar a Kenny Rogers. —De pronto, se levantó del regazo de su

madre y corrió hacia un gran reproductor en una de las vitrinas laterales de la sala. Rebuscó entre una colección de casetes, sacó uno y lo puso en la casetera.

Lauren miró a Madeleine, sin querer incomodar, pero su madre solo la miraba con ternura, como si verla ahí, fuera lo más hermoso que había presenciado. No había juicio, solo amor incondicional.

La música comenzó a sonar. Stella tomó el control remoto y lo usó como micrófono antes de comenzar a cantar con total seguridad.

—*Lady… I'm your knight in shining armor and I love you…You have made me what I am and I am yours… My love…*

Su vocecita se alzó con dulzura, sin miedo y con una naturalidad encantadora. Lauren la observó, maravillada; la pequeña interpretaba la canción con emoción genuina, como si realmente entendiera cada palabra.

—Esta canción papi siempre se la canta a mami —dijo girándose hacia su madre.

Madeleine se sonrojó ligeramente, pero no dejó de sonreír, sus ojos se humedecieron, y Lauren vio cómo ese simple detalle la conmovía hasta lo más profundo. No era solo una canción, era un lazo, un recuerdo, una prueba de un amor que había soportado las arremetidas del tiempo, la pérdida y la incertidumbre. Lauren tuvo la certeza de que ese amor, fuerte e inquebrantable, fue lo que los sostuvo durante todos esos años de angustia.

Luego observó a Stella con una sonrisa enternecida mientras la niña terminaba su canción con una reverencia teatral. Tanto ella como Madeleine aplaudieron, contagiadas por la alegría infantil que ella irradiaba. La pequeña, con su carita iluminada por el orgullo, hizo otra reverencia antes de dirigirse al reproductor, pulsando el botón de «Stop». Luego, con la misma espontaneidad con la que había cantado, corrió de vuelta al sofá y se acomodó entre su madre y su hermana para seguir viendo los dibujos animados.

—Lo hiciste muy bien, mi amor. —Madeleine le acarició la cabeza con ternura y le plantó un beso.

—Gracias, mami —sonrió ampliamente.

Lauren dejó que sus pensamientos la envolvieran. Sabía que Patrick regresaba del trabajo entrada la noche, lo que significaba que su único tiempo para compartir con su esposa era en la cama… cama que ahora ella ocupaba. No podía seguir interfiriendo en su matrimonio, ya era suficiente con todo lo que había trastocado la vida de esa familia con su repentina aparición.

—Madeleine —comenzó con suavidad y cautela—, me gustaría que Patrick pudiera regresar a la habitación. No tengo inconveniente en acomodarme en una cama pequeña… en mi antigua habitación.

—Eso no es posible, cariño. —La miró con dulzura y negó con la cabeza—. En tu habitación no hay cama. Los muebles nuevos llegan el sábado, y Patrick pintará las paredes. Después podrás decorarla a tu gusto, es que todo pasó tan rápido que no tuvimos tiempo… Pensamos que, mientras tanto, podrías quedarte en la cabaña de Lenny, en la habitación de invitados.

El corazón de Lauren dio un vuelco. No, no podía estar junto a Leonard. No, eso era imposible; así que, su reacción fue instantánea.

—No —dijo de inmediato, con una energía que hizo que Madeleine frunciera el ceño, por lo que se apresuró a suavizar la situación—. Puedo quedarme aquí, en el sofá. Es bastante cómodo.

—De ninguna manera. —Madeleine negó con firmeza—. No voy a permitir que duermas en un sofá. No te preocupes por Patrick, él está bien en la cabaña con Lenny.

—Por favor, Madeleine —dijo con súplica, porque para ella eso no era negociable—. Déjame dormir aquí y que Patrick regrese a su cama. Solo serán un par de días.

—Tendré que hablarlo con Patrick primero —dijo observándola con detenimiento.

—Por favor, trata de convencerlo —insistió con una determinación inusual en su voz—. Aunque él no quiera regresar a la cama, yo esta noche me mudaré al sofá.

Stella, que hasta ese momento había permanecido entretenida con la televisión, rebotó en el asiento.

—Susan tiene razón, el sofá es muy cómodo —dijo con entusiasmo—. ¿Puedo dormir con Susan en el sofá?

—No, de ninguna manera —respondió Madeleine con un suspiro —. Si para una sola persona ya debe ser incómodo, no quiero imaginar lo que sería para dos. —Se inclinó, tomó a Stella en brazos y la levantó sin esfuerzo—.Vamos a darte un baño.

—Mami… —protestó la niña con un puchero, pero su madre no cedió.

—Nada de peros. Tienes que bañarte. —Antes de subir, miró a Lauren—. No tardaré, si no quieres seguir viendo dibujos animados, puedes cambiar de canal.

—En realidad. —Negó con la cabeza—. Prefiero salir a respirar un poco de aire fresco. Me gustaría pasear un rato por el jardín.

De inmediato vio el miedo reflejado en los ojos de Madeleine, como si la simple idea de que ella saliera de casa hiciera revivir todos sus peores temores. Sabía lo que pasaba por su mente, pero ya no tenía tres años, nadie se la llevaría.

—Estaré bien —le aseguró—. No tienes de qué preocuparte.

—Está bien. Pero cuídate… —cedió, con cierta reticencia, le sonrió, aunque el miedo no se disipó de sus ojos—, solo no te alejes mucho.

—No lo haré.

Madeleine asintió y subió las escaleras con Stella en brazos, mientras Lauren avanzaba hacia la puerta de la cocina, lista para perderse en la serenidad del exterior.

El sol de la tarde acariciaba el inmenso jardín con su luz dorada, filtrándose entre las copas de los árboles y creando un juego de sombras sobre la hierba, mientras el aire traía consigo la fragancia tibia de la tierra y las hojas secas que anunciaban el final del verano. Lauren cerró los ojos, permitiéndose sentir la brisa fresca contra su piel, aquella misma brisa que mecía suavemente las ramas y susurraba secretos entre los bosques de Catonsville.

Cuando abrió los ojos, su mirada recorrió el paisaje con detenimiento, como si esperara encontrar algo familiar en medio de tanta belleza, pero, por más que lo intentara, nada de aquello le parecía conocido. Aun así, la paz que sentía al estar rodeada de tanta naturaleza era un bálsamo para su mente inquieta, por lo que

sus pasos lentos se hundían en la alfombra de hojas secas mientras avanzaba sin rumbo.

De pronto, entre el follaje, vislumbró una estructura de madera, que de inmediato identificó como el cobertizo. Se adentró un poco más en el bosque y, tras un claro inesperado, se encontró de frente con una cabaña que parecía sacada de un cuento de hadas; sin embargo, su aspecto no era el de una cabaña común de caoba o pino, sino que su revestimiento de madera negra y los ventanales enormes le daban una apariencia moderna.

Lauren sintió cómo sus nervios se alteraban de inmediato, porque no necesitaba que nadie le dijera de quién era esa cabaña, era la de Leonard, por lo que un temblor involuntario sacudió su cuerpo, en una mezcla de miedo y ansiedad. Lo único que la mantenía en su lugar era la certeza de que él no estaba ahí.

Inspiró hondo, tratando de apaciguar el pánico que empezaba a apoderarse de su cuerpo y, con pasos vacilantes, se acercó a la plataforma de madera en la parte frontal, donde un par de butacas de madera y una chimenea redonda adornaban el porche. Sus dedos temblorosos se posaron sobre la superficie pulida de una de las butacas y, al contacto con la madera, un escalofrío recorrió su piel, porque Leonard también había tocado aquello. La imagen de sus manos sobre su piel invadió su mente y, con un gesto brusco, cerró los ojos con fuerza, obligándose a alejar esos recuerdos.

El vértigo de estar en un lugar que le pertenecía a él la obligó a seguir caminando y, al rodear la cabaña, se dio cuenta de que era mucho más grande de lo que había imaginado. Al llegar a la parte trasera, se detuvo en seco, porque frente a ella se extendía el lago, en el agua se reflejaban los tonos anaranjados del cielo; en ese instante, algo dentro de ella se removió con violencia… Ese lago.

Su corazón se encogió y la presión en su pecho se hizo insoportable, porque lo reconocía. El color del agua, la forma en que los árboles lo bordeaban, la sensación de haber estado allí antes. Un torbellino de imágenes inconexas irrumpió en su mente, una certeza que hasta ahora había tratado de negar la golpearon de lleno.

Algo en ese paisaje le resultaba familiar. Entonces, la idea de en verdad ser Susan Russell se aferró a su mente. La realidad cayó

sobre ella como un torrente de agua helada, su respiración se volvió errática, el aire se negó a llenar sus pulmones y un dolor punzante se alojó en su pecho. Se llevó las manos al corazón, sintiendo que se desgarraba por dentro mientras el pánico la envolvía.

«¿Por qué me siento así? ¿Estoy muriendo? ¿Es un ataque al corazón?», pensó con desesperación.

Intentó avanzar, buscando urgentemente un respiro, pero sus piernas temblaban y su visión comenzó a oscurecerse. Alcanzó el muelle con un último esfuerzo, como si acercarse al agua pudiera devolverle los recuerdos con más claridad. Sin embargo, su cuerpo ya no le respondía, sus extremidades se volvieron pesadas y su mente daba vueltas sin control.

Fue entonces cuando escuchó el rugido del motor de un auto acercándose. Su cuerpo reaccionó de inmediato y la adrenalina se disparó en su sistema, giró bruscamente con sus sentidos en alerta, pero, en su estado de confusión y debilidad, perdió el equilibrio; por lo que sus pies fallaron en sostenerla y, en un intento desesperado por aferrarse a algo, sus manos buscaron apoyo en el aire. Pero fue en vano y un grito se escapó de su garganta mientras su cuerpo caía al agua.

CAPÍTULO 43

Lenny había intentado por todos los medios evitar volver a casa demasiado temprano, por lo que se quedó más tiempo en la oficina, revisando planos y ajustando detalles de un proyecto que, en otras circunstancias, le habría parecido fascinante, pero en la situación en la que estaba nada lograba captar su atención.

Pensó en visitar a su tía Melanie, sin embargo, descartó la idea de inmediato, ya que ella lo conocía demasiado bien y no estaba preparado para enfrentarse a sus preguntas. También consideró refugiarse en un bar del centro, aunque la posibilidad de toparse con un control de sobriedad lo disuadió. Sabía que, con la creciente presión de la organización «Mothers Against Drunk Driving», conducir en estado de ebriedad ya no era visto como un simple error, sino como un delito grave, y lo último que necesitaba era más problemas en su vida.

Finalmente, resignado, tomó la decisión de irse a casa y condujo por la Interestatal 95 con rock de fondo, intentando acallar el ruido en su cabeza, aunque su mente seguía siendo un hervidero de culpa y decepción. Apretó el volante con fuerza mientras los acordes de «*Learning to Fly*» de Pink Floyd resonaban en el interior del auto. Era irónico cómo la música, que tantas veces le había dado consuelo, ahora no era suficiente para aliviar la opresión en su pecho.

Cuando abandonó la interestatal para tomar el camino hacia su residencia, apagó la música, pues no quería llamar la atención; lo único que deseaba era encerrarse en su habitación antes de que su padre llegara y tratara de iniciar una conversación que él no estaba dispuesto a tener. Pero entonces, al estacionar frente a la cabaña,

un grito desgarrador rompió la quietud de la tarde, seguido de un fuerte chapoteo.

Su cuerpo se tensó al instante. La sangre se le heló cuando su mente solo pudo pensar en Stella. Su hermanita, aunque sabía que no debía salir sin su madre, tenía una curiosidad desbordante que la llevaba a desafiar las reglas. Sin perder un segundo, salió del auto y corrió hacia el lago. El reflejo cobrizo de las nubes en el agua, le permitió ver unas manos agitándose desesperadas antes de hundirse.

Su corazón latió con fuerza descontrolada y sin detenerse a pensar, se quitó la chaqueta del traje, dejándola caer en el muelle antes de lanzarse al agua. No le importó la temperatura helada ni el golpe del agua contra su piel, solo nadó con fuerza, buscando a quién aferrarse, a quién salvar. Cuando sus manos encontraron un cuerpo, lo sujetó con todas sus fuerzas, arrastrándolo hacia la superficie.

No era Stella, era una mujer de cabello castaño que flotaba en el agua como un espectro, mientras tosía y escupía agua, sus ojos reflejaban el mismo terror que él sentía en ese momento y un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que se trataba de Lauren… Su peor pecado y más terrible perdición.

Por un instante, el impulso de soltarla y huir lo dominó; podía dejarla ahí, alejarse y fingir que nunca la había visto, pero su cuerpo se negó a obedecer a su mente. Ella temblaba, aferrándose a él como si fuera lo único que la mantenía con vida; en ese momento, comprendió que tal vez lo era. Nadó con urgencia hasta el muelle, sintiendo el corazón latir desbocado mientras la sujetaba por la cintura y, con un esfuerzo desesperado, la impulsó hacia la madera desgastada para que pudiera salir del agua.

Lauren, con las manos temblorosas, logró sostenerse y, a duras penas, se arrastró sobre la superficie hasta quedar sentada. Jadeaba, tosiendo violentamente en un intento desesperado por recuperar el oxígeno que el agua le había arrancado de los pulmones.

Leonard emergió del lago y, acuclillándose frente a ella, la observó con el ceño fruncido y una expresión de angustia.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz baja pero tensa.

Lauren asintió, pero sus ojos, enrojecidos y cristalinos, se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —susurró, temblorosa, sintiendo el pecho contraerse dolorosamente. Sus dedos se aferraron a la tela mojada de su propia ropa, intentando encontrar algún tipo de estabilidad en medio del torbellino de emociones que la consumía.

La voz quebrada de Lauren hizo que él sintiera un pinchazo en el pecho. Sus estremecimientos eran incontrolables, su piel estaba fría y erizada, y el cabello mojado se le pegaba al rostro, sus labios estaban morados, pero a pesar de todo, seguía siendo la misma chica que él recordaba.

—Lo siento, Leonard. Lo siento tanto... —Lauren volvió a hablar, esta vez más alto, con un sollozo rompiéndole la garganta.

El alivio de saber que estaba a salvo se desvaneció en un instante, dando paso a una rabia que había estado ardiendo en su interior desde el momento en que ella apareció con sus padres, pretendiendo ser su hermana. Sus puños se cerraron, y la frustración brotó sin filtros.

—Eres una mentirosa, Lauren… —su voz estaba cargada de furia, pero también de desesperación, como si al decirlo pudiera cambiar la realidad—. Eres una maldita mentirosa.. —Las palabras salieron como un rugido ahogado, entre la rabia y el dolor, mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas. Su mente se negaba a aceptar la verdad, y sus manos temblaban.

La brisa vespertina los envolvió con una corriente húmeda y fría que hizo temblar sus cuerpos empapados, pero la tormenta más feroz era la que rugía entre ambos.

—¿Por qué decidiste engañarlos? —exigió, clavando sus ojos en ella, buscando respuestas que pudieran hacerle sentido, para poder liberarse de esa pesadilla.

—Yo no… —Lauren intentó hablar, pero él la interrumpió bruscamente.

—¡Tú no eres mi hermana, no lo eres, no puedes serlo! —gritó, desesperado—. Tú tienes una familia, me hablaste de ella, me llevaste a la casa de tu tía, dijiste que tus padres fueron asesinados.

¡Cómo demonios ahora me dices que no eres una Spencer! ¡Cómo me dices que eres mi hermana! ¡Mi hermana, Lauren!

Ella cerró los ojos con fuerza, sintiéndose ahogada y sofocada, no solo por el peso de la verdad, sino también por el dolor reflejado en cada palabra de Leonard.

—Sé perfectamente lo que eso significa… —susurró, y luego, elevó la voz, débil pero firme, dejando que la angustia la dominara —. ¡Lo sé, Leonard! ¡Desde el momento en que llegué y te vi, solo he querido morirme!

La respiración de Leonard se tornó irregular y se sintió atrapado en un remolino de emociones que lo ahogaba tanto como el agua que, momentos antes, los había envuelto.

—¿Engañaste a mis padres? —preguntó de repente, con la voz entrecortada y los ojos cargados de reproche—. ¿Quién eres en realidad? ¿Detrás de qué objetivo te escondes? O simplemente… ¿simplemente eres una mentirosa compulsiva? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Si fuiste adoptada por los Spencer, ¿por qué no me lo dijiste?

Lauren sintió su pecho oprimirse, era como si tuviera todo el aire atrapado en su garganta. Su mirada vagó por la madera húmeda del muelle, sin atreverse a enfrentar a Leonard.

—¿Y por qué tú no me dijiste que tenías otra hermana? — espetó, alzando la barbilla, desafiante en su fragilidad—. Una que había desaparecido.

El silencio que se instaló fue sofocante. La brisa continuó envolviéndolos, más helada que nunca, más despiadada que cualquier palabra que pudieran lanzarse.

Leonard bajó la mirada, respirando con dificultad por el latir enloquecido de su corazón, un temblor involuntario recorrió sus manos y sintió un nudo formarse en su garganta. Nunca imaginó que sería Lauren precisamente la persona a la que tendría que contarle todo su dolor y resentimiento, pero lo dejó salir, la verdad era que estaba cansado de cargar con ese peso, aunque admitirlo lo hiciera sentirse vulnerable.

—No lo hice porque no quería que me vieras con lástima —dijo con la voz quebrada, sin atreverse a alzar la vista—, toda mi vida ha

girado en torno a la desaparición de mi hermana, desde que eso pasó, mis padres se dedicaron a buscarla y en mi familia no se hablaba de otra cosa que no fuera de Susan; mientras tanto, yo siempre fui relegado a un segundo plano, el hijo que quedaba, pero nunca el importante.

Lauren se mantuvo en silencio, observando el temblor en sus manos, el brillo de sus ojos por las lágrimas que amenazaban con desbordarse, sabía que no debía interrumpirlo.

—En la escuela era el pobre hermano de Susan, la niña desaparecida, mis compañeros se mofaban de mí mostrándome los cartones de leche con su foto y en la secundaria fue peor, no había lugar al que fuera sin ver su imagen en un folleto o en una pared, recordándome que mi vida no me pertenecía, que siempre estaría marcado por su ausencia, y la gente… la gente me trataba con esa maldita condescendencia, con esas palabras carentes de aliento: «Pobrecito Lenny, debe ser tan difícil, qué pena...». Estaba harto, hasta en la iglesia, los domingos, el sermón giraba en torno a Susan.

Tomó una bocanada de aire y pasó una mano temblorosa por su rostro, su voz se tornó más cargada de amargura.

—No fue sino hasta que fui a la universidad que experimenté un poco de normalidad, porque al fin estaba lejos de donde todos nos conocían, pero incluso entonces, cada vez que mis padres venían a visitarme, mi madre terminaba hablando de Susan, mostrando sus fotos a cualquiera que la quisiera ver y mi poca normalidad se iba a la mierda. Cuando por fin pude ir a Londres, cuando salí del país, sentí que podía ser alguien más que solo el hermano de Susan, que podía ser Leonard, Leonard y no Lenny… —Su voz se quebró, apoyó los codos sobre sus rodillas y enterró el rostro entre sus manos.

Lauren lo miró y su pecho se oprimió al verlo tan vulnerable, al notar las lágrimas deslizándose por su barbilla.

—No quería que también tú terminaras sintiendo lástima por mí.

El silencio entre ellos se volvió apremiante; Lauren sintió una punzada en el pecho, finalmente lo miró a los ojos, permitiéndose ver su dolor, ese que había ignorado y sus propias lágrimas rodaron abundantes por sus mejillas.

—Yo también tenía mis razones —susurró, con un nudo en la garganta—, lo último que quería era que me vieras con lástima, ante ti, ante tus ojos, quería ser una chica normal, no una pobre niña huérfana.

Leonard alzó la vista, su expresión estaba empañada por el dolor, pero en sus ojos había una chispa de comprensión.

—Huérfana de verdad —continuó Lauren, la rabia y la tristeza se enredaban en su voz—, de la que no tenía ni puta idea de su pasado, de la que no sabía si fue vendida, entregada o raptada, era más fácil decir que mis padres fueron asesinados, porque así la gente dejaba de hacer preguntas, no tenía que enfrentarme a morbo, a dudas, ni a caras de pena, no tenía que explicarles cómo era vivir en un orfanato, cómo era ser rechazada por la familia de mi padre adoptivo, tanto que cuando él murió, me mandaron de regreso al orfanato. —Respiró hondo, sintiendo que su pecho ardía con cada palabra—. Lo único que conocía como familia era a un sacerdote y a unas monjas, pero eso no era suficiente, nunca lo fue, y lo único que quería era que me vieras como a una chica normal, porque cuando contaba mi verdadera historia, solo obtenía dos tipos de reacciones: pena o rechazo.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas sin control, se abrazó a sí misma, temblando. Leonard la observó, su dolor reflejado en el de ella. Habían construido una amistad, un amor, una historia compartida sin saber que eran más que dos almas extraviadas buscando un refugio y ahora, en ese instante, comprendían que el dolor del otro no era tan distinto del propio.

Leonard la miraba con los labios entreabiertos, como si las palabras se le atoraran en la garganta. Quería acercarse, quería abrazarla, sentir que podían sostenerse en medio del torbellino que los arrastraba sin piedad, pero no se atrevía, porque sabía que si la tocaba, si la tenía en sus brazos, no podría encontrar la fuerza para soltarla, y eso lo aterraba.

Porque todavía la amaba, porque, aunque intentara negarlo, lo que sentía por ella seguía siendo amor, un amor que ahora era un ultraje, una aberración, un amor que lo estaba matando por dentro.

La vida le jugaba una de sus burlas más crueles, y él no podía hacer nada para evitarlo.

¿Era un castigo por haber crecido resentido con la hermana desaparecida a la que apenas recordaba? ¿Por haberla culpado, en sus noches de furia silenciosa, por la indiferencia de sus padres? No lo sabía, pero sí tenía claro que el destino lo había atrapado en su red más perversa. Y aun así, no podía dejar de preguntarse si ella había sentido lo mismo, si en algún momento, en aquel fin de semana que compartieron, Lauren también había creído que lo que tenían era real, o si solo había sido un pasatiempo para ella, un acto de rebeldía, una manera de demostrarle algo a su tía adoptiva.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó, con la voz cargada de emociones dolorosas—. ¿Por qué no me escribiste ni una sola vez... como prometiste hacerlo?

Lauren ahogó un sollozo y se cubrió el rostro con ambas manos, su cuerpo tembló y el aire en sus pulmones se volvió escaso. Leonard no quitó la mirada de ella, esperando una respuesta.

—No estaba en tus planes hacerlo, ¿cierto? —continuó, con la voz teñida de reproche y angustia—. Por eso no me diste ninguna forma de contactarte, porque no querías que me convirtiera en un problema.

—No, no es eso... —balbuceó entre hipidos y lágrimas. Se llevó una mano al pecho y tragó saliva—. Lo perdí... Perdí el papel donde anotaste la dirección y el teléfono. No sé cómo, pero siempre he sospechado que fue en el tren de regreso a Birmingham. Cuando me di cuenta... —Cerró los ojos con fuerza, ahogando un sollozo—, me sentí devastada.

Leonard no apartó la mirada de ella, buscando la verdad en esos ojos que lo habían atrapado dos años atrás. Su respiración se volvió errática, como si el peso de la revelación lo estuviera aplastando.

—Vivía en el orfanato —admitió en un susurro—, no tenía teléfono, solo el de la casa parroquial. Si te daba la dirección, habrías descubierto la verdad y todo mi castillo de mentiras se habría derrumbado… Yo... yo estaba bajo la tutela del padre Francis...

—¿No era tu padrino? —cuestionó entrecerrando los ojos.

—Sí, él es mi padrino... como lo es de todos los niños en el orfanato, pero él no iba a entender. Yo aún era menor de edad, no me perdonaría que hubiese traicionado su confianza, porque para él, nunca me fui de la casa de Harriet... Lo siento, Leonard. Perdí el papel, debí guardarlo mejor, hasta hoy me arrepiento de eso. Incluso... incluso semanas después, cuando conseguí el permiso del padre Francis para volver a Londres, fui a la tienda de discos donde trabajaba Danielle, pero ella ya no estaba, renunció... Supongo que eso debes saberlo, si es que aún tienes contacto con ellos.

Leonard cerró los ojos e inspiró hondo. La mención de Danielle lo sacudió, porque era la confirmación de que Lauren no mentía. Sin decir nada, se encorvó un poco, tomó su chaqueta del suelo de madera y la colocó sobre los hombros de Lauren, que seguía temblando.

—Sí... ella renunció. Lo supe mucho después, se fue a trabajar con su madre en la revista —murmuró él.

—Lo siento mucho, Leonard… —Lauren bajó la cabeza, sintiéndose más pequeña que nunca—. No sé qué vamos a hacer ahora…

—Tú no eres mi hermana, Lauren. —Él apretó los puños como un reflejo de su impotencia—. No eres Susan, no quiero que lo seas —confesó con la voz rota y con el ferviente deseo de que sus palabras fueran verdad.

Lauren sintió un escalofrío recorrer su columna, se llevó los dedos temblorosos a la barbilla, donde podía sentir la cicatriz.

—Antes de que llegaras, cuando vi el lago... —chilló con un temblor en su voz—. Creo que estuve aquí antes. Dios... siento que ya lo había visto...

—No creo que pueda soportarlo… —Leonard se pasó la mano por la cara, sintiéndose acorralado, atrapado en su propio pecado—. ¿Cómo mierda voy a verte como mi hermana?

—Será mejor que olvidemos lo que pasó. —Cerró los ojos con fuerza, tratando de encontrar una respuesta.

—No voy a poder —admitió él, con una crudeza escalofriante.

—Sí, sí podrás... sí podremos... —Ella buscó su mirada—. Tenemos que poder, por Madeleine y Patrick, porque si no... todo esto será una aberración, será el peor de los pecados. Además… además…

Quiso decirle que no sabía qué sentía, que James todavía estaba aferrado en su corazón y en cada poro de su piel, pero tener a Leonard enfrente le hacía recordar que lo que vivió con él, aunque breve, había sido lo más puro que había experimentado. ¿Era posible amar a dos hombres al mismo tiempo? No estaba segura, solo sabía que entre ellos no podía existir nada más.

—¡Susan! ¡Susan! —la voz de Madeleine irrumpió en el aire, cargada de pánico.

Se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer, con los nervios alterados y sus corazones desbocados. Se tensaron, porque era como si, de pronto, la realidad los obligara a enfrentarse a su pecado.

CAPITULO 44

Madeleine caminaba apresurada y su respiración volvía cada vez más trabajosa, mientras el temor se instalaba en su pecho. El sol se había ocultado parcialmente, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y violetas, pero la belleza del paisaje no lograba calmar su angustia. Sostenía firmemente la pequeña mano de Stella, quien, aunque intentaba seguir su ritmo, casi tenía que correr para no tropezar, y cada vez que pronunciaba el nombre de su hija, su voz se alzaba un poco más desesperada.

—¡Susan! —volvió a llamar con el tono quebrándose al final.

—Tal vez esté en la cabaña de Lenny, mami. —La niña, sintiendo la creciente preocupación de su madre, intentó razonar con ella.

Madeleine no contestó, pues su mente se negaba a considerar esa posibilidad, pero sus pies, guiados por la urgencia, la llevaron directo hasta allí. Su corazón se aceleró aún más cuando vio el auto de su hijo con la puerta del conductor abierta; sin embargo, la cabaña estaba a oscuras, lo que la hizo asumir que Lenny no estaba dentro; entonces el pánico la envolvió con fuerza.

—Susan... —llamó con voz temblorosa, bordeando la cabaña, mientras su mente se inundaba de posibilidades aterradoras.

—¡Lenny! ¡Lenny! —Stella, que se había dado cuenta del miedo paralizante de su madre, decidió llamar a su hermano por su cuenta.

Madeleine sintió que su corazón se saltaba un latido cuando su mirada se posó en el muelle, exhalando bruscamente el aire que había soportado por tanto tiempo. Bajo la luz tenue del atardecer, vio a Susan sentada en el muelle y a Lenny de rodillas frente a ella, y la imagen la dejó sin aliento, debido al alivio de encontrarlos.

—¡Oh, Dios mío! —Sin dudarlo, echó a correr con Stella en brazos—. ¡Aquí están! ¿Están bien?

Se detuvo en seco al verlos empapados, con la respiración aún agitada por el miedo y el esfuerzo. Dejó a Stella en el suelo y corrió hacia Susan, arrodillándose frente a ella. Con una mano temblorosa, le tomó el rostro entre sus palmas, examinándola con desesperación.

—¿Qué pasó? ¡Dime que estás bien! —susurró y le dio un beso en la frente, sintiendo el alma encogida.

Lauren levantó la mirada y vio cómo Leonard se había apartado un poco, quedando al margen de la escena. En ese instante, comprendió lo que él le había confesado, pues lo que tanto temía era cierto.

—Estamos bien —dijo ella, tomando las manos de Madeleine entre las suyas, con las emociones encontradas—. Lenny también está bien, solo me resbalé y caí al lago... él me ayudó a salir.

—¿Segura? —Madeleine, temblando por la adrenalina, volvió a buscar su mirada—. ¡Dios, Susan, me tenías aterrada!

—Lo siento... No quería preocuparte —murmuró con culpa.

Fue entonces cuando Madeleine notó la dirección de la mirada de su hija que estaba fija en Lenny, por lo que se giró hacia él y, sin dudar, se acercó.

—Gracias, cariño... Gracias por ayudarle —su voz era suave, pero todavía temblaba porque el terror seguía sin abandonarla—. ¿Estás bien?

—Igual que siempre —respondió Lenny con un tono que no pudo esconder la ironía.

Madeleine sintió un nudo en la garganta, pues había tanto que decirle, tanto que reparar, pero ahora no era el momento. Sus ojos recorrieron su figura empapada y suspiró.

—Vamos adentro, necesitan cambiarse antes de que enfermen, y Susan no ha estado bien últimamente, por lo que no quiero que empeore. ¿Podrías prestarle una camiseta?

—Sí... —Lenny asintió y se encogió de hombros—, pueden entrar.

Madeleine le extendió la mano a Susan para ayudarla a levantarse, pero su hija la rechazó con amabilidad.

—Puedo sola, gracias.

Stella, en cambio, corrió hacia Lenny y le tomó la mano con su diminuta manita; apenas su piel tocó la de él, la apartó rápidamente y se estremeció con una risita.

—¡Estás helado!

—Es que soy de hielo. —Él le dedicó una sonrisa leve pero sincera.

Su mirada se posó en la chaqueta que Lauren llevaba sobre los hombros, y solo en ese instante se dio cuenta de que las llaves de su hogar están ahí. Se quedó de pie frente a la puerta, deslizando las manos en los bolsillos del pantalón como si buscara algo, aunque en realidad solo intentaba ganar tiempo. No podía llamarla Lauren, pero tampoco Susan, porque pronunciar ese nombre significaría aceptar la verdad que tanto temía, sería condenarse a sí mismo. Con un profundo suspiro ganó el valor que necesitaba y alzó la mirada hacia ella.

—Las llaves están en el bolsillo interno de la chaqueta —dijo con tono neutro. Lauren parpadeó, sorprendida, y con un ligero temblor en los dedos se quitó la chaqueta de los hombros, extendiéndosela, pero él negó con la cabeza—. Solo las llaves.

Ella se detuvo a medio movimiento, asintió y rebuscó en el bolsillo. Cuando por fin las encontró, se las entregó, pero en el momento en que sus dedos se rozaron, un escalofrío los atravesó. Fue un contacto fugaz, casi imperceptible, pero con la intensidad de un relámpago. Lauren desvió la mirada con rapidez, mientras Leonard, tragando en seco, giró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Al cruzar el umbral, Madeleine dejó escapar un suspiro de alivio. Se veía más tranquila, como si con ese gesto hubiera soltado un peso que llevaba demasiado tiempo cargando. Observó a sus hijos con ternura, grabando la imagen en su memoria.

—Me hace tan feliz verlos juntos otra vez… —dijo con la voz cargada de emoción. Se acercó a Lenny, acariciándole la espalda con delicadeza—. Nunca perdí la esperanza de este momento. Y gracias a ti, cariño, por ser tan protector con tu hermana, no sabes cuánto significa eso para mí.

—Mamá, estoy mojado. —Él bajó la cabeza, incómodo ante aquellas palabras—. Voy a buscar la camiseta que necesitas.

—¡Dámela a mí! —Stella, con su usual energía, se apresuró a seguirlo—. Así no tienes que regresar y puedes cambiarte rápido. No quiero que te enfermes.

—Está bien, pequeño pony. —Lenny le dedicó una sonrisa leve, despeinándola con cariño.

La niña lo siguió hasta la habitación mientras Lauren, se quedó en la sala, se abrazaba a sí misma, observando el entorno con una mezcla de curiosidad y cautela. La cabaña de Leonard olía a madera con un leve rastro de cigarrillos y café. Tenía un aire bastante acogedor. Sobre una mesa de centro descansaban revistas de rock junto a un cenicero, mientras que en un rincón un amplificador y una guitarra se apoyaban contra la pared, junto a una pila de discos de vinilo desordenados. No sabía que tocaba tal instrumento, quizá empezó a hacerlo después de que se conocieron.

En la habitación de Leonard, Stella miró alrededor con asombro, notando algo inusual.

—¡Qué desastre! —comentó divertida, frunciendo el ceño.

Era la primera vez que veía la habitación en semejante estado, pues su hermano solía hacer la cama todas las mañanas y jamás dejaba platos o vasos donde dormía. Sin embargo, esta vez, el caos reinaba. Mientras él revolvía el armario en busca de la ropa, ella, con la curiosidad típica de su edad, comenzó a explorar el lugar y se acercó a la cama. La punta de su pie tropezó con algo debajo. Se agachó, sacó una caja de zapatos y la puso sobre la cama.

—¡Ay, qué bonito! —exclamó al ver una entrada a un concierto de Aerosmith.

Leonard, mientras hurgaba entre las prendas, giró la cabeza al escucharla, pero en cuanto vio la caja abierta y la tirilla de fotos entre los recuerdos, palideció. Sintió un vuelco en el estómago y un escalofrío recorrió su espalda cuando sus ojos se posaron en lo que su hermana tenía en las manos.

—¡Deja eso! —exclamó con urgencia, moviéndose con una velocidad que ni él mismo entendió. En un abrir y cerrar de ojos, le arrebató la caja, sintiendo cómo su respiración se aceleraba y su

corazón latía con fuerza descontrolada. Sin darle tiempo a Stella de reaccionar, guardó el objeto en el compartimiento superior del armario, todavía con los latidos alterados y la mente aturdida.

—Solo quería ver las entradas… —murmuró la niña con tono de reproche.

—Ahí hay cosas que no puedes ver —replicó Leonard, sin espacio para discusión. Recordaba perfectamente que en la tirilla de fotos había una en la que aparecían Lauren y él besándose.

Stella lo miró con el ceño fruncido, pero decidió no insistir. Mientras él intentaba calmarse, sacó la primera camiseta que encontró junto con un pantalón de pijama holgado, pues los vaqueros tardarían demasiado en secar. También le entregó unas pantuflas.

—¡Eso le quedará enorme a Susan! —Stella rio, abrazando la ropa contra su pecho.

—Al menos servirá para que llegue a casa sin pescar un resfriado —respondió Lenny con un tono más relajado, intentando recuperar la compostura.

—¿Qué piensas de Susan? —dijo observándolo con curiosidad —. Es muy linda, ¿verdad? —preguntó con su inocente entusiasmo.

—Sí… —Leonard tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Es igual a como la recuerdas?

—No lo sé. No recuerdo mucho… Además, era muy niña cuando se extravió. La recordaba un poco más rubia.

—Es que ahora se tiñe el pelo de negro —aclaró Stella con naturalidad, sonriendo—. ¿Sabías que también le gusta el rock?

—¿Ah, sí? —Leonard sintió una presión en el pecho. Claro que lo sabía, pero no podía demostrarlo—. No lo sabía.

—Sí. Seguro le gustaría todo lo que tienes en esa caja. —La niña miró con indiscreción el armario.

—No, no pienses que se lo voy a mostrar. —Leonard negó con firmeza—. Es muy personal, mejor olvídate de eso.

—Aún estás a tiempo de invitarla al concierto al que irás en noviembre… El que será en California —insistió Stella, con un brillo esperanzado en los ojos.

—¿Mötley Crüe? —Leonard soltó una risa seca—. No, prefiero ir solo.

—Si la llevas. —Stella infló las mejillas, cruzándose de brazos—. Serías un buen hermano.

—Ve a llevar eso, Stella. —Suspiró, desviando la conversación—. Una buena hermana no deja que sus hermanos se refríen solo por saciar su curiosidad. Dile a mamá que la pase a la habitación de invitados o al baño social.

—Está bien… —Stella resopló con fastidio, pero aceptó.

Con la ropa en brazos, salió de la habitación, mientras Leonard se dejó caer sobre la cama y se pasó las manos por su rostro. Su cuerpo aún temblaba, porque había estado demasiado cerca, y lo peor era que no sabía cuánto tiempo más podría seguir ocultando un secreto que lo estaba devorando por dentro.

Lauren entró al baño con las prendas y, en cuanto cerró la puerta, la barrera que había levantado para contener las lágrimas se vino abajo. Se aferró al borde del lavamanos, sintiendo el peso de la culpa oprimiéndole el pecho, mientras su respiración temblorosa rompía el silencio.

«No voy a poder», se dijo mentalmente. No después de lo que había pasado. No con Leonard tan cerca, eso era imposible de ignorar.

La vida no le daba tregua, se sentía atrapada en un laberinto sin salida, acorralada entre la confusión y los sentimientos que él despertaba en ella. Lo peor no era solo enfrentarlo, sino tener que fingir que todo estaba bien, tragarse el dolor y esconderlo tras una máscara de indiferencia.

Respiró hondo, obligándose a moverse. Se quitó la ropa mojada y deslizó el pantalón del pijama por sus piernas. Como era de esperar, le quedaba grande, la tela se amontonaba en sus tobillos y tuvo que apretar con fuerza el cordón en su cintura. Aun así, el pantalón se le deslizó hasta las caderas. Luego, tomó la camiseta, pero cuando sus dedos rozaron la tela, un escalofrío le recorrió la espalda.

La conocía… era la misma que había usado en Londres; la empuñó con manos temblorosas y, antes de poder evitarlo, se la

llevó a la nariz. El aroma le golpeó con la fuerza de un recuerdo, transportándola de inmediato a la estación de tren, a aquel instante en que él fue a buscarla, el día después de conocerse. Fue como volver a ese momento, sentir la misma punzada en el pecho, la mezcla de alivio y desconcierto que la invadió cuando lo vio aparecer entre la multitud.

Sintiendo un nudo en la garganta, alejó la camiseta y se la puso rápidamente, como si al hacerlo pudiera disipar las memorias. Se lavó la cara con agua fría, intentando borrar cualquier rastro de vulnerabilidad. Su cabello, aún húmedo, caía desordenado sobre sus hombros, pero no se molestó en arreglarlo. Al salir del baño, encontró a Stella sentada en el sofá, hojeando con atención una revista de rock. La niña levantó la mirada apenas unos segundos.

—Mami está en la cocina preparando té —informó, antes de volver a concentrarse en la revista.

Lauren avanzó con cautela, sintiendo su propio corazón latir con fuerza en la garganta. En cualquier momento, Leonard podría salir de su habitación, y ella aún no tenía una excusa coherente para marcharse. Se sentó junto a Stella, buscando distraerse con cualquier cosa antes de que sus pensamientos la consumieran.

—¿Qué miras? —preguntó, inclinándose para ver mejor las páginas.

—Es una revista. —Stella giró la revista hacia ella, señalando el título con el dedo—. Se llama Rock Scene —leyó deletreando con esfuerzo. Luego frunció el ceño y señaló una imagen con curiosidad —. Mira, esta chica es muy osada, ¿no crees?

Lauren bajó la vista y se encontró con una fotografía de un concierto de Guns N’ Roses. En la imagen, una joven había levantado su camiseta, mostrando los senos. Aunque la imagen estaba pixelada, el mensaje era claro.

—Mucho —asintió con una sonrisa breve.

—¿Tú haces eso cuando vas a los conciertos? —preguntó con la curiosidad inocente de una niña.

—No, no lo creo necesario. —Lauren soltó una breve risa, negando con la cabeza—. Llamas la atención, sí, pero no solo de los

artistas, sino de todos los que te rodean. Y no siempre de la mejor manera.

Stella asintió despacio, procesando su respuesta. Luego bajó la voz, como si estuviera compartiendo un secreto importante.

—Creo que Lenny te pedirá que lo acompañes a un concierto de Mötley Crüe…

Lauren sintió un nudo apretarle el estómago. La idea de ir a un concierto de la banda era tentadora, pero hacerlo con Leonard era impensable. No podía permitírselo, tenía que mantenerse alejada, tanto como fuera posible. Antes de que pudiera responder, el silbido agudo de la tetera resonó desde la cocina, llenando el ambiente de un vapor tibio. Al mismo tiempo, el sonido de una puerta abriéndose interrumpió sus pensamientos, Leonard salía de su habitación.

Madeleine regresó a la sala con una bandeja en las manos, equilibrando con cuidado la tetera, un par de tazas y la cajita metálica en la que Lenny solía guardar algunas bolsitas de té. Sabía bien que su hijo tenía una clara predilección por el café, pero después de un día largo de trabajo, un té caliente le sentaría mejor.

—Mis amores, les he traído té. —Con una sonrisa de plenitud, se acercó a ellos—. Lo menos que quiero es que pesquen un resfriado.

No había nada más perfecto que ver a sus hijos reunidos. Lenny acababa de salir de su habitación, y aunque su rostro no mostraba tensión evidente, Madeleine podía percibirlo en la rigidez de sus hombros y en la forma en que evitaba mirar directamente a Susan. Aun así, le dedicó una pequeña sonrisa y le ayudó a sostener la bandeja, colocándola sobre la mesa de centro. Sus manos rozaron brevemente las de su madre y él sintió un pequeño consuelo en ese contacto familiar.

Stella, al escuchar la voz de Madeleine, cerró de inmediato la revista que estaba hojeando y se la tendió a su hermana con rapidez. Sabía que a su madre no le gustaba que viera ese tipo de publicaciones, pero la tentación siempre era más fuerte que su obediencia.

—Oh, cariño, olvidé la leche… —dijo Madeleine, parpadeando con una súbita preocupación. Era consciente de que Susan prefería

su té con leche.

—No, no te preocupes, así está bien —respondió Lauren con una sonrisa tensa. Sentía que su cuerpo entero era un manojo de nervios, sobre todo con Leonard tan cerca.

—¿Segura, cielo? —insistió Madeleine, entrecerrando los ojos con cariño.

—Sí, está bien así.

Madeleine asintió, aunque le costaba creer que su hija no quisiera el té como le gustaba.

—Cariño, sé que prefieres café —comentó giró hacia su hijo mayor—, pero creo que, en este caso, el té te sentará mejor.

Lenny apenas asintió, tomando la tetera para verter con cuidado el agua caliente en cada taza y el vapor ascendió en espirales suaves; luego tomó la caja de metal y, sin mirarla demasiado, se la tendió a Lauren.

—Elige el que quieras —murmuró.

Ella alzó la vista con cierta vacilación, y en el instante en que sus ojos se encontraron, sintió un vuelco en el corazón. Había olvidado lo hermosos que eran sus ojos, el azul intenso que le recordaba cielos de verano y océanos agitados. Su mandíbula perfectamente perfilada, su nariz recta y la expresión que alguna vez le había hecho perder la cordura… No había olvidado que Leonard tenía un aire a Bret Michaels, pero en su opinión, era mucho más guapo. Se obligó a apartar la mirada con rapidez.

—Gracias —titubeó, sintiendo que las palabras se atoraban en su garganta. No podía permitirse ese tipo de pensamientos. No debía permitírselos, porque él era su hermano. Tenía que recordarlo cada segundo.

Leonard sintió la respiración atraparse en su pecho. Verla así, con los labios temblorosos y la piel iluminada por la luz cálida de la lámpara… Eso iba a ser una maldita tortura.

Lauren eligió una bolsita de té negro y puso la caja en la mesa para evitar cualquier roce accidental. Él, en un gesto inconsciente, sacó la misma variedad.

—Mamá, yo no quiero té. ¿Puedo tomar otra cosa? —intervino Stella, rompiendo la tensión que flotaba en la habitación.

—En la nevera hay cervezas. —Lenny respondió con sorna, no quiso dejar pasar la oportunidad de molestar a su hermanita menor.

—¡Lenny! —lo reprendió Madeleine de inmediato, con una mirada severa.

Stella hizo un puchero y luego le sacó la lengua.

—Hay soda de cereza —dijo su hermano con un tono más suave. Luego, con una sonrisa leve, le dio un golpecito en la punta de la nariz con la yema del dedo índice.

Lauren también sonrió al verlo, porque ese gesto, tan simple, la transportó a otro tiempo. Era el Leonard que había conocido en Londres, el hombre que la hacía suspirar a cada instante. Su corazón se apretó en el pecho, y el peso de la injusticia volvió a caer sobre ella. A veces se preguntaba si no sería descendiente de Judas Iscariote, porque la vida parecía ensañarse con ella de la manera más cruel.

Stella se levantó sonriente y corrió a la cocina en busca de su soda.

—¿Tú no tomarás té, mamá? —preguntó Lenny, volviendo la vista hacia Madeleine.

—No, cielo, ya bebí agua mientras estaba en la cocina —respondió ella con dulzura.

Lauren observó cómo el té iba tiñendo el agua en su taza, concentrándose en la transformación como si fuera lo más interesante del mundo. Lenny sabía que estaba evitándolo, ojalá él pudiera hacer lo mismo, pero ella era un imán para sus pupilas.

Madeleine, que los observaba en silencio, sintió una punzada en el corazón. Entendía que Lenny miraba a Susan como buscando en ella retazos de su niñez, como tratando de hallar en esa joven a la pequeña de tres años que había desaparecido de su vida. Así que decidió ayudarlos con un recuerdo.

—¿Saben? —dijo con la mirada en sus hijos—. Hay algo que siempre recuerdo de ustedes dos cuando eran pequeños. Susan adorabas las fresas. Las recogían juntos del huerto, y Lenny insistía en lavarlas para ti. Pero en lugar de dártelas enteras, se comía la mitad antes de entregártelas en tu manita. «Así no te atragantas, enana», le decías con una sonrisa traviesa. Y tú, mi amor. —Miró a

Susan—. Te reías y lo abrazabas tan fuerte que a veces pensaba que lo ibas a dejar sin aire.

Lauren tragó saliva con dificultad. No recordaba aquello, pero la imagen se formó en su mente con claridad, quizás animada por la emoción con que Madeleine lo contaba.

—¿Lo recuerdas, Lenny? —le preguntó con ternura.

—Lo siento, mamá. —Él parpadeó, sintiendo una presión incómoda en el pecho, y negó con la cabeza—. No lo recuerdo.

—No te disculpes, cariño —dijo con una sonrisa comprensiva—. Es normal, aún eran muy pequeños. Pero lo que sí deben tener muy presente, es que eran unos hermanos muy unidos. Tú siempre fuiste muy protector con ella.

Lenny desvió la mirada. No quería pensar en ese niño que había sido, en la devoción infantil que sintió por su hermanita. Porque ahora, todo lo que sentía por ella era infinitamente más complejo. Y jodidamente doloroso.

CAPÍTULO 45

Patrick llegó a casa después de una larga jornada en el concesionario, un día agotador marcado por la llegada de un nuevo cargamento de autos, interminables papeleos y llamadas que parecían no tener fin. Sin embargo, todo aquello quedaba atrás cuando estacionaba la Wagoneer en su lugar habitual, al lado derecho de la casa, apagaba el motor y respiraba hondo, disfrutando por un instante de la calma que precedía al reencuentro con su familia.

Con la esperanza de hallar un respiro en los brazos de su esposa, cruzó la puerta trasera, como siempre solía hacerlo, buscando sorprenderla con un beso en el cuello mientras cocinaba, pero el lugar estaba vacío y solo el aroma de su característico pastel de carne con puré de papas flotaba en el aire, envolviendo la estancia con su calidez hogareña. Frunció el ceño con desconcierto y avanzó por el pasillo, sintiendo en su interior una extraña inquietud.

Pero antes de llegar al comedor, un torbellino de pelo cobrizo irrumpió en su camino y, sin previo aviso, se lanzó a sus brazos con una euforia contagiosa.

—¡Papi! ¡Papi! —gritó Stella, envolviéndolo en un abrazo efusivo.

Patrick la atrapó con facilidad, alzándola en el aire y plantándole un beso ruidoso en la mejilla mientras se deleitaba con la alegría genuina que siempre le provocaba su hija.

—Mi pequeña flor, ¿cómo estuvo tu día? —preguntó con una sonrisa que reflejaba el amor inmenso que sentía por ella.

—¡Genial! En la escuela hicimos dibujos de nuestra familia y Susan me ayudó con la tarea. Luego tomamos leche con galletas juntas. ¡Me encanta que me ayude, papi! —respondió con emoción,

apartándose un mechón de cabello de la cara mientras sus ojos brillaban con entusiasmo.

El corazón de Patrick se llenó de calidez al escuchar aquellas palabras. Saber que Susan comenzaba a integrarse a la familia le producía una sensación de alivio y esperanza.

—Eso es maravilloso, pequeña. ¿Y tu madre? —preguntó, buscándola con la mirada.

—¡Está en la sala con Lenny y Susan! Papi, ¿sabes qué? Susan se cayó al lago y Lenny la rescató. Luego tomaron té en su cabaña. Mamá dijo que todo está bien, pero yo me asusté un poco. Después nos sentamos juntas y mamá nos contó historias de cuando Lenny y Susan eran pequeños. Dijo que Lenny siempre la cuidaba y que Susan lo seguía a todas partes. ¡Me encanta cuando mamá cuenta historias! —relató de un tirón, apenas tomando aire, con esa energía inagotable que la caracterizaba.

Patrick parpadeó, procesando la avalancha de información. La idea de que Susan hubiese estado en peligro le causó un sobresalto, pero la tranquilidad de su hija y la certeza de que Lenny había estado allí para salvarla le devolvieron la calma. A pesar de lo sucedido, aquella era una señal clara de que algo estaba cambiando y que la distancia que durante tanto tiempo había separado a sus hijos comenzaba a disiparse.

Al escuchar los pasos de su marido, Madeleine se levantó del sofá y fue hacia él con una sonrisa radiante. Apenas estuvo lo suficientemente cerca, le tomó el rostro entre las manos y le besó los labios con dulzura, transmitiéndole en ese simple gesto toda la emoción que la embargaba.

—Bienvenido a casa, amor —susurró, con los ojos brillantes por las lágrimas al filo de los párpados.

—Buenas noches. —Patrick respondió en voz baja y serena, al tiempo que le acariciaba la mejilla con ternura; luego le dio un beso en la frente.

Alzó la vista hacia los dos jóvenes sentados en los sillones laterales. Stella, con su aguda percepción infantil, comprendió que su padre necesitaba ese momento para saludar a sus hermanos, por

lo que, con un gesto natural, extendió los brazos hacia su madre, quien la recibió con ternura.

—Buenas noches —saludó Patrick, con una voz firme y cargada de calidez.

—Buenas noches, papá. —Lenny se puso de pie casi de inmediato y se acercó para darle un abrazo breve acompañado de una palmada en la espalda.

—¿Cómo estuvo el trabajo? —preguntó con interés, mirándolo con orgullo.

—Bien —esbozó con media sonrisa—. Terminé los planos para la restauración de una casa en el centro. Es un proyecto interesante, tiene detalles victorianos que quiero preservar. Me está gustando bastante.

—Eso suena increíble —asintió con satisfacción, genuinamente encantado por la dedicación de Lenny—. Sé qué harás un gran trabajo, hijo.

Lenny inclinó la cabeza en agradecimiento y Patrick dirigió su atención hacia Susan, quien lo observaba con cierta reserva, aunque con un brillo nuevo en la mirada, como si por fin se sintiera parte de esa escena cotidiana.

—¿Y tú, Susan? ¿Cómo te sientes? —preguntó con suavidad, sin querer incomodarla.

—Mejor. —La joven titubeó un instante—. Fue un día… diferente, pero me siento bien.

Patrick asintió con una leve sonrisa, pero al bajar la mirada, notó algo que le causó curiosidad. Susan llevaba puesta una camiseta que claramente no era suya. Le tomó solo un segundo reconocerla; era de Lenny. El hallazgo le produjo una extraña sensación, una mezcla de ternura y nostalgia, pues aunque su hija aún estaba encontrando su lugar en la familia, aquella prenda hablaba de una cercanía que, hasta hace poco, parecía imposible.

—Me alegra saberlo. Y también que hayas pasado tiempo con tu hermano.

Susan y Lenny se miraron fugazmente antes de asentir en silencio. No hicieron falta palabras; en aquel instante compartieron una conexión que solo ellos podían entender.

Madeleine observó la escena con calidez, disfrutando del momento en que su familia se reunía sin tensiones ni distancias. Sabía que Patrick debía estar hambriento después de un largo día de trabajo, pero más que eso, percibía en su mirada el alivio de ver a sus hijos juntos.

—La cena está lista, voy a empezar a poner la mesa.

—Te ayudo. —Lauren se levantó con rapidez.

—Deja que tu madre sirva la comida. —Patrick la detuvo con una sonrisa—. Tú y yo pondremos la mesa.

—Yo ayudo a mamá. —Lenny intervino de inmediato, al conocer la rutina—. Sé que el recipiente del pastel de carne pesa bastante.

—Gracias, hijo. —Madeleine le dedicó una mirada llena de ternura.

—¿Y yo qué hago? —Stella, sintiéndose excluida, frunció el ceño y cruzó los brazos.

—Tú puedes ir al comedor y sentarte en tu puesto —le dijo Patrick con ternura, al tiempo que le ponía una mano en la espalda para guiarla—. Te prometo que serás la primera en recibir su plato.

Aquello pareció satisfacerla, porque enseguida salió corriendo hacia el comedor. Patrick miró a su esposa una última vez antes de tomar los cubiertos y los platos junto a Susan.

La mesa se sirvió con esmero, el pastel de carne humeaba en su refractaria, la ensaladera ofrecía un colorido festín de vegetales frescos y una jarra llena de Kool-Aid de cereza brillaba bajo la luz cálida del comedor. El pan de maíz recién horneado despedía un aroma delicioso, pero era el chocolate del brownie lo que impregnaba el aire con una dulzura reconfortante.

Lauren admiraba la escena con una sensación extraña de nostalgia. No era la primera vez que cenaba en familia, pues recordaba las cenas con sus padres adoptivos, cuando aún eran tres en la mesa y el ambiente estaba lleno de anécdotas ligeras y risas compartidas. Luego, en casa de Harriet, había aprendido que una comida también podía estar cargada de tensión, sobre todo cuando Brendan estaba presente. Pensar en él la hizo divagar, al recordar la última vez que lo vio y cómo algo en su actitud la confundió

profundamente, por lo que sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos.

Patrick con paciencia y deleite cortaba el pastel de carne; después de poner una porción en el plato de Stella, dirigió su mirada hacia Susan.

—¿Este tamaño está bien para ti o prefieres un poco más? —preguntó con amabilidad.

Ella, aún sumida en sus pensamientos, tardó un poco en responder.

—Así está bien, muchas gracias —dijo con una sonrisa fugaz.

—¿Te sirvo un poco, cariño? —Madeleine, con la ternura de una madre que nunca dejó de buscar a su hija, le ofreció ensalada.

—Sí, gracias. —Lauren asintió. Evitó mirar a Leonard, que estaba sentado justo enfrente.

—Mi mamá, cocina delicioso. —Stella, anunció con orgullo, mientras masticaba con entusiasmo—. Es la mejor cocinera del mundo.

—Gracias, mi amor. —Madeleine sonrió y besó la cabeza de su hija menor.

—Si la cena es tan buena como las galletas. —Lauren comentó, deseando unirse a la ligereza del momento—. No tengo ninguna duda.

—¡Y espera a probar el brownie! —Se relamió los labios, anticipando el placer del postre, mientras la miraba con ojos brillantes.

Las risas estallaron en la mesa ante su teatralidad.

—Susan, ¿has probado el Kool-Aid? —preguntó Stella, mirándola con curiosidad.

—No. —Lauren negó con la cabeza.

—Es como un té helado, pero más rico, más dulce —explicó con la certeza de una experta.

—En el orfanato, la Madre Superiora casi no nos dejaba comer azúcar —confesó Lauren—, decía que nos volvía demasiado enérgicos y que no podían lidiar con tantos niños fuera de control, así que me acostumbré a no comer cosas dulces… pero estoy segura de que me gustará.

—Solo podrás comer postre si te comes toda la ensalada —anunció Patrick, estableciendo las reglas con cariño, mientras miraba a los ojos azules de Stella.

La niña infló las mejillas en un puchero breve, pero luego asintió con resignación.

—Está bien, me la comeré toda.

Fue en ese momento que las miradas de Leonard y Lauren se encontraron, un instante que bastó para que sus corazones dieran un vuelco. La sombra del secreto quedó relegada; por lo que pudieron compartir una sonrisa sin peso. Sin embargo, Lauren apartó la mirada rápidamente, pues no podía ignorar que lo había amado antes de saber la verdad ni negar que su magnetismo seguía intacto pero era un sentimiento que no tenía cabida en su nueva realidad.

—Lenny, ¿quieres más? —preguntó Patrick, interrumpiendo la conexión involuntaria, mientras extendía hacia su hijo un generoso pedazo de pastel.

—Así está bien, gracias, papá —respondió Leonard, levantando su plato para facilitarle el movimiento.

Madeleine terminó de servir la ensalada y comenzó a llenar los vasos con la bebida escarlata.

—Gracias por estar aquí esta noche —dijo Patrick con la voz teñida de gratitud y mirándolos con calidez.

Todos respondieron con un murmullo de agradecimiento y comenzaron a comer. El pastel de carne estaba jugoso y bien condimentado, la ensalada crujiente y fresca, el pan de maíz se deshacía en la boca con una dulzura reconfortante, por lo que los elogios hacia Madeleine no tardaron en llegar.

—Esto está increíble, mamá —dijo Leonard con genuina apreciación.

—Delicioso —añadió Lauren, sin poder evitar sentirse parte del ambiente acogedor.

Madeleine sonrió, luchando contra la emoción que se le formaba en la garganta, pues durante años había soñado con volver a ver a Susan, pero tenerla allí, aunque con un nombre distinto y con heridas invisibles, le daba un sentido nuevo a todo.

Media hora después, los platos vacíos aún conservaban el aroma del pastel de carne recién horneado, y los vasos de Kool-Aid sudaban sobre el mantel como si también fueran parte de aquella conversación en pausa. El ambiente en la casa se sentía sereno, como si el peso de los días difíciles hubiera quedado fuera.

—En Catonsville todos nos conocemos desde niños. —Madeleine rompió el silencio, con el rostro iluminado por la nostalgia—. Es como vivir en una novela en la que no puedes evitar reencontrarte con los personajes en cada esquina —dijo con la intención de que Susan, se sintiera más familiarizada con el lugar al que pertenecía.

—¿Así fue como se conocieron ustedes? —Lenny levantó la vista, interesado. No recordaba muchas veces en las que sus padres hablaran de su juventud.

—Sí —dijo Patrick, que había estado recogiendo las últimas migas de pan del plato y miró a su mujer—. Yo la vi por primera vez en la iglesia, tendría unos once o doce años. Para mí, era la jovencita más hermosa de todo Maryland. Pero… jamás reuní el valor para decirle algo. Me paralizaba.

La forma en que se vieron hablaba de otro tiempo que les traía hermosos recuerdos.

—Cariño… —Madeleine se rio con dulzura, cubriéndole la mano —. Apenas conocías los límites de Baltimore; así que dudo que pudieras asegurar que fuera la más bella de todo el estado…

—Lo supe con certeza cuando fui a estudiar a Boston. —Patrick negó con la cabeza, mientras sonreía—. Podía estar en una sala llena de chicas brillantes y encantadoras… y ninguna se comparaba contigo. No lograba sacarte de mi cabeza. Así que cuando regresé y te vi en la fiesta de los Campbell… no quise perder la oportunidad.

—A mí siempre me pareciste guapísimo —admitió en voz baja y bajó la mirada, como si le costara sostener tanta intensidad en los ojos de Patrick—, pero yo era muy insegura… pensaba que nunca te fijarías en mí. Cuando me invitaste a salir, juré que era una broma.

—¿En serio? —Leonard se inclinó hacia adelante, divertido.

—¡Claro que sí! —respondió Madeleine, dejando escapar una carcajada breve—. Aun así, fui. Con el corazón en un hilo, pero fui.

Me llevó a la Feria Estatal de Maryland, en Timonium. Esa misma noche… nos hicimos novios.

—¿Así de rápido? —preguntó Lauren, sorprendida por la sinceridad con que Madeleine lo decía. Sin embargo, recordó que así de rápido ella también aceptó ser la novia de quien ahora, era su hermano.

—Así de claro lo tenía. —Madeleine tenía una expresión de ensueño, como si aún pudiera oír el bullicio de la feria, los gritos del carrusel y el crujido de los gofres.

—Entonces… —dijo Leonard, haciendo cuentas en su cabeza—. ¿Están de aniversario?

—Fue el cinco de septiembre —intervino Patrick—. Recuerdo que era el Día del Trabajador.

—¡Entonces fue hace diez días! —exclamó Lenny.

—¡Deberíamos ir a celebrarlo! —saltó Stella con entusiasmo, aplaudiendo—. Aunque ya haya pasado… ¡Igual vale!

Madeleine y Patrick se miraron con una complicidad que llenó el comedor. En esa mirada no había culpa ni luto. Solo una libertad nueva, una especie de permiso para volver a vivir.

—Es una buena idea —dijo Madeleine, asintiendo con suavidad —. ¿Qué opinas, amor?

—Sí —contestó Patrick—. Sería una linda forma de celebrarlo… ahora que estamos todos. —Volteó hacia su hija mayor. La forma en que la miró fue como si la venerara—. Susan… me encantaría que vinieras, pero solo si tú quieres. No quiero que sientas que te estamos arrastrando a algo que no es para ti.

Lauren tardó un segundo en responder. No por falta de ganas, sino porque la emoción le apretaba el pecho.

—Me encantaría ir —su voz fue suave, pero firme—. En Irlanda, mis padres adoptivos me llevaban a la Ballyclare May Fair… también es una feria, pero más dedicada a los caballos. Tengo recuerdos hermosos de esas tardes.

—Entonces iremos este sábado. —Patrick asintió, con una mezcla de alivio y orgullo en el rostro—. En familia.

—¡Sí! —gritó Stella, levantando las manos como si acabara de ganar una competencia.

Leonard se quedó observando a sus padres, nunca los había visto tan abiertos, tan dispuestos a compartir su historia. Había algo profundamente conmovedor en verlos hablar de su amor sin reservas.

—¿Y qué pasó después de esa primera cita?

—Lo que ya sabes. —Patrick se recostó en la silla, cruzando los brazos—. Nos hicimos novios. Pasamos un año increíble. Y entonces… le pedí matrimonio.

—Creo que lo hiciste por presión —dijo Madeleine, entre risas.

—¡No! —protestó Patrick, fingiendo indignación—. Ya lo había pensado, solo que… no encontraba el momento perfecto. Quería que fuera algo especial, pero terminó siendo todo lo contrario.

—¿Por qué? —preguntó Lauren, con los ojos bien abiertos.

—Me tocó el sorteo para ir a Vietnam. —Patrick bajó la voz—. Tenía muy poco tiempo. Y lo único que sabía era que, si algo me pasaba, quería irme sabiendo que ella era mi esposa.

—Solo tuvimos dos semanas, antes de que tuviera que ir a servir al país —añadió Madeleine—. En ese tiempo me pidió matrimonio, nos casamos… y quedé embarazada de este niño. —Apretó la mejilla de Lenny, que sonrió con vergüenza—. Me enteré cuando él ya estaba allá. Fue muy duro… mucho. Y cuando asesinaron a Kennedy, el impacto fue tan fuerte que el parto se adelantó. Faltaban cuatro semanas.

Lauren y Leonard se miraron y se sonrieron. La historia siguió; Madeleine habló del ojo que Patrick perdió en la guerra. Lauren lo había notado, pero no creyó conveniente ni educado preguntar. Patrick no escatimó nada, confesó su pasado con una honestidad que desarmaba, la herida, el dolor, el alcohol… y la lucha por salir.

Lauren lo escuchó todo con los ojos fijos en él. Sintió respeto, admiración y también tristeza. Porque mientras lo veía, no pudo evitar pensar en James… y en lo perdido que estaba en sus adicciones. Deseó, con todas sus fuerzas, que él también encontrara ese camino. Y así, entre memorias de feria y confesiones de guerra, la noche se fue transcurriendo.

Patrick gesticulaba con entusiasmo al recordar un día en el lago y Madeleine reía ante el eco de sus años de juventud. Pero

entonces, un pequeño bostezo interrumpió la escena; no fue ruidoso ni demandante, sino dulce, como un suspiro largo que se escapó sin permiso. Madeleine se volvió de inmediato hacia la fuente del sonido, encontrándose con los ojitos soñolientos de Stella, quien tallaba sus párpados con el dorso de la mano.

—Oh, amor mío —murmuró con ternura—. ¿Ya tienes sueño?

La niña no respondió con palabras. Solo asintió, mientras seguía frotándose los ojos, como si quisiera luchar un poco más contra el sueño pero sin demasiada convicción.

Patrick, que estaba sentado justo a su lado, se inclinó sin dudarlo y depositó un beso en su cabeza. Le acarició el cabello con la palma abierta, despacio, como si temiera que un gesto brusco pudiera romper algo sagrado.

—Mi estrellita, ya es hora de ir a la cama —susurró.

—Yo la llevo —dijo Madeleine, ya a medio camino de levantarse.

—Puedo hacerlo yo —intervino Lauren, su voz era tranquila, pero sus ojos delataban el remolino que llevaba por dentro. Necesitaba huir, aunque solo fuera unos minutos, del peso incandescente de la mirada de Leonard... y de lo peligrosamente encantador que lucía cuando sonreía.

—No, cariño. No tienes que hacerlo —respondió Madeleine con un tono maternal, que dejaba claro que su ofrecimiento no era una obligación.

—Quiero que Susan me acompañe a dormir. —Stella, con su lógica inapelable de niña decidida, inclinó la balanza—. ¿Puedes?

Lauren sonrió, fue un gesto simple, pero lleno de ternura y de ese amor naciente que aún la sorprendía.

—Claro que sí, pequeña —dijo, poniéndose de pie, como si esa petición le hubiera dado permiso para respirar de nuevo—. Con permiso.

Stella no esperó la respuesta. Se acercó a Patrick, se puso de puntitas y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, papi.

—Feliz noche, princesa. —La abrazó con una sonrisa paternal—. Que sueñes con unicornios —le dijo, provocándole una risita.

La niña luego fue hacia su madre, que la recibió con los brazos abiertos y se fundieron en un abrazo cálido.

—Buenas noches, mi vida —le susurró mientras le daba un beso en la frente, cerrando los ojos como si quisiera guardar ese instante en su alma.

Finalmente, Stella se dirigió a Lenny, que la observaba con una ceja arqueada y los brazos cruzados como si la estuviera esperando para un duelo amistoso.

—Puñito —dijo ella, extendiendo el puño con decisión.

—Buenas noches, terremoto. —Lenny sonrió más amplio, encantador sin esfuerzo, chocó su puño con el de ella y luego le agitó el cabello.

—¡Hasta mañana, *Bigbro*! —dijo al tiempo que se acomodaba el cabello detrás de las orejas. Acto seguido, le dio un puñetazo juguetón en la pierna, suficiente para dejarle una advertencia, pero no una marca, y salió corriendo hacia Susan, que ya la esperaba con los brazos abiertos.

Lauren la cargó sin esfuerzo, soltando una pequeña risa mientras la acomodaba en su cadera.

—Me las vas a pagar —le advirtió Lenny, entre risas, señalándola con un dedo mientras sacudía la pierna.

Stella le frunció la nariz y le sacó la lengua, volteó hacia sus padres y se despidió con la mano, agitando los deditos como hojas al viento.

—¡Buenas noches!

—Luego bajo para ayudarte con los platos —dijo Lauren, volviéndose hacia Madeleine.

—No, cariño hermoso, no hace falta —respondió Madeleine con esa dulzura suya que convertía cada frase en una caricia.

—Nosotros nos encargamos —informó Leonard. Fue la primera vez en toda la cena que le hablaba directamente a ella. Su tono no era distante, pero tampoco invasivo; era una forma medida de mostrarle algo parecido a cuidado, respeto, o quizás un intento torpe de enmendar el espacio que los separaba.

—Ve tranquila, cariño —intervino Patrick con su habitual calidez.

—Gracias —dijo simplemente. Los miró a todos, agradecida por ese instante de tregua emocional, por esa red invisible de afecto que la sostenía sin exigirle nada. Y se retiró del comedor, con Stella colgada de su cuello, bajo la mirada compartida de Patrick, Madeleine y Leonard.

CAPÍTULO 46

Madeleine permanecía sentada, aún con las manos entrelazadas sobre la mesa y los ojos empañados por la emoción. En cuanto se aseguró de que Susan no podía oírlos desde el salón, sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa y dejó escapar un sollozo.

Patrick, atento a cada mínimo gesto suyo, se levantó sin pensarlo y se acuclilló junto a ella. Le tomó una mano con ternura, y con la otra, le secó una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—Ey… —murmuró él, con esa sonrisa que solo era para la mujer que amaba—. Está bien… está bien.

Sus ojos, húmedos, se encontraron. Había algo en ellos que mezclaba el asombro con la gratitud.

—No puedo creerlo —susurró Madeleine, apretando la mano de su esposo—. ¿La viste, Patrick? ¿La miraste bien? Ya no es la misma que esta mañana no podía salir de la cama… Es como si… como si hubiera vuelto a nacer.

—Sí. —Él asintió con un brillo nostálgico en la mirada—. Creo que está empezando a sanar. Siento que por fin…está volviendo a nosotros.

—Entre más la miro… más hermosa me parece. —Madeleine sorbió las lágrimas, incapaz de contener la emoción que la desbordaba.

—Sí, es hermosa… —Patrick rio bajito, acariciándole el cabello como si aún fueran unos muchachos, enamorados y llenos de sueños—. Debo admitir que salió más del lado de tu familia. Tiene ese aire elegante que tenía tu madre… Y algunos gestos me recuerdan a Melanie. ¿Te diste cuenta? Cuando se ríe, ladea la cabeza igual…

Un nudo comenzó a formarse en la garganta de Lenny, que observaba la escena desde su lugar en la mesa. No podía apartar la vista de sus padres; la manera en que se miraban, el alivio reflejado en sus rostros, el amor desbordado que fluía hacia Susan como una corriente imparable. Por una parte, se sentía conmovido, porque era hermoso verlos así, sin el peso de dieciséis años de incertidumbre aplastándoles el pecho. Pero por otra… había algo más, una punzada, un vacío, una sensación conocida que le arañaba el alma como un animal herido, el de ser invisible, de ser siempre el segundo.

Cuando la esperanza renació con aquella llamada, cuando se confirmó que Susan había aparecido, Lenny creyó —como un niño que aún creía en los Reyes Magos— que las cosas cambiarían. Que por fin los reflectores se apagarían sobre su hermana ausente y que él podría ocupar un lugar sin sombras, pero se había equivocado. Susan seguía siendo el sol alrededor del cual todo giraba. Y él, una luna sin órbita.

Estaba a punto de levantarse para recoger los platos, huir de esa mesa que ya se le hacía insoportable, cuando las palabras de su madre lo dejaron paralizado.

—Solo espero que pueda reponerse pronto… No sé cuánto tiempo lleva sanar un corazón roto, pero como familia debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que pueda superar el desamor.

—¿Desamor? —Lenny alzó la mirada, incrédulo, y con la voz atrapada en la garganta.

—Ay, cariño… —Madeleine giró hacia él, sorprendida—. Es que no te hemos contado —dijo con tono apesadumbrado—. Susan no lo está pasando bien. Hace poco terminó con su novio. Al parecer, era una relación de bastante tiempo…

—Como un año —intervino Patrick, con el ceño fruncido—. Eso fue lo que me dijo Thompson. Aunque no entró en detalles, me comentó que no terminó bien. Ella está emocionalmente muy afectada.

Lenny tensó la mandíbula, sintiendo cómo algo en su interior se rompía… era como si acabara de recibir un golpe de celos o rabia,

no lo sabía.

¿Seguía pensando en él? ¿Aún lo amaba? ¿Y si así fuese… qué clase de monstruo era él por desearlo? Todo se le revolvía por dentro, las imágenes del Live Aid, su risa en la oscuridad de aquella habitación de hotel, la forma en que Lauren lo miraba como si no existiera nadie más en el mundo. Ahora era su hermana, sin embargo, la idea de que hubiera amado a otro, de que aún lo hiciera, le resultaba insoportable. Pero delante de sus padres, debía ser un actor… uno muy bueno. Y no podía permitirse el lujo de derrumbarse.

—Mi niña está tratando de superar ese amor que le destrozó el corazón… —dijo Madeleine, luego se volvió hacia él—. Eso sí, cariño… ella no sabe que estamos al tanto. No se lo digas, ¿sí?

—Llegamos justo a tiempo para rescatarla de ese sufrimiento. —Patrick suspiró, cruzando los brazos con resignación—. No se puede esperar nada bueno de un hombre que pertenece a una banda de rock. Son infieles por naturaleza, odian los compromisos… ya sabes, su lema de «sexo, drogas y rock and roll».

—Pero nosotros vamos a devolverle la sonrisa —añadió Madeleine, tocándole la mano a Lenny—. Vamos a ayudarla a olvidar a ese desgraciado… ¿Nos ayudarás con eso?

Lenny bajó la vista, no podía sostener la mirada de su madre; no cuando la culpa lo estrangulaba. Deseaba ser el único en el corazón de Lauren, aun sabiendo lo prohibido que era.

—No lo sé, mamá… —respondió al fin, con voz ronca—. No soy experto en ese tema. No puedo dar ningún consejo acerca del amor.

—No se trata de eso, cariño —dijo ella con dulzura—. Solo te pido que como su hermano mayor, la hagas sentir querida, protegida… Que sienta tu apoyo.

—Bueno. —Lenny asintió, como un soldado resignado—. Ya dijeron que vamos a la feria. Espero que eso le ayude… —Se levantó con torpeza, sintiendo que el aire ya no alcanzaba para él en ese sitio—. Ahora, si me permiten, tengo que irme. Mañana trabajo temprano. Papá, te dejo la puerta trasera abierta.

—No hace falta —intervino Madeleine rápidamente—. Tu padre esta noche regresa a la habitación.

—¿Entonces… Susan dormirá en la cabaña? —Lenny se giró a medias, confundido.

—No —respondió Patrick, con una leve sonrisa—. Se quedará en la sala. Aunque creció, sigue siendo testaruda. No quiere sentirse obligada a nada; así que, estos días prefiere el sofá. El sábado recogeré los muebles de su habitación, los llevaré al sótano y me encargaré de pintarla.

—Deja que envíe a dos obreros mañana. —La idea le salió sola, casi como un reflejo defensivo. Así no corría el riesgo de tenerla a una pared de distancia.

—¿Estás seguro, cariño? —Madeleine lo miró, dulcemente sorprendida.

—Sí, mamá… Así mañana mismo puede quedar lista, a la espera de los muebles.

—Gracias, eres un encanto.

Lenny sonrió, un gesto escueto con el que pretendía aparentar normalidad; salió de la cocina con el corazón retumbando en las sienes, sintiéndose cada vez más lejos de todo… incluso de sí mismo.

Horas después, Leonard se encontraba en su habitación, que tan solo era iluminada por la luz azulada del reloj digital sobre la mesa de noche. Yacía boca arriba en la cama, con los ojos fijos en el techo, como si esperara que algo descendiera sobre él y lo liberara. Había cambiado de posición incontables veces, girando la almohada, arrugando las sábanas, buscando sin éxito un rincón que le ofreciera descanso. Pero el insomnio no venía solo; lo acompañaban pensamientos desordenados que no le daban tregua.

Se preguntaba si era cierto que Lauren se había enamorado de otro. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué le había hecho? ¿La había dejado así de rota? ¿Todavía lo amaba? Y lo más perturbador; ¿por qué le dolía tanto si era su hermana? El peso de esa palabra lo aplastaba cada vez que la pensaba. Su hermana, maldita sea. Debería asimilarlo y avanzar, pero cada vez que la tenía cerca, cada vez que la escuchaba hablar, su corazón retrocedía al tiempo en que

todo era más simple, cuando solo eran dos desconocidos enamorándose sin saber que compartían sangre.

Se cubrió los ojos con el antebrazo, pero no consiguió apagar su cerebro que era bombardeado con recuerdos; la manera en que lo miraba, la sonrisa a medias… Tenía que hablar con ella, porque no podía más con las dudas, así que se sentó en la cama, y tras unos segundos, se levantó, se puso una sudadera sobre el pijama, se calzó las converse y salió de la cabaña.

La madrugada lo recibió con su aire fresco y húmedo. El cielo, cubierto de nubes altas, dejaba entrever una luna que proyectaba su luz plateada sobre los árboles del jardín. Avanzó despacio, cruzando el césped todavía mojado por el rocío; al llegar, tiró de la puerta mosquitera con cuidado y entró con sigilo.

La casa estaba en silencio, envuelta en la penumbra. Las luces de las farolas externas se colaban por las ventanas, proyectando sombras. Sabía exactamente a dónde iba, y aunque una voz racional en su cabeza le pedía que se detuviera, un impulso más fuerte lo arrastraba hacia adelante.

Entró al salón principal, donde Lauren dormía en el sofá, envuelta en una manta, con el rostro iluminado por la luz de la luna. Tenía una expresión tranquila, con los labios entreabiertos y el cabello suelto enmarcándole las mejillas.

Se sentó en el suelo, junto al sofá, con las piernas flexionadas y los antebrazos apoyados en las rodillas, luchando con un terrible nudo en la garganta, se dedicó a contemplarla en silencio, mientras revivía los momentos que habían compartido en Londres. Daría lo que fuera por volver a ese instante en el que no sabían nada, en el que podían amarse sin el peso de la culpa.

Lauren, aún dormida, frunció el ceño como si pudiera sentir la presencia que la observaba. Al abrir los ojos, confundida por el despertar abrupto, estuvo a punto de gritar, pero Leonard fue más rápido y le cubrió la boca con la mano, acercándose tanto que su aliento cálido rozó su rostro.

—Tranquila —susurró, retirando la mano con lentitud—. Lo siento, no quise asustarte.

Los ojos de Lauren, aún entre la bruma del sueño, lo miraban desorbitados, con las pupilas dilatadas por el susto. El corazón le latía con fuerza, aunque no por miedo, sino por tenerlo tan cerca.

—¿Qué haces aquí? —logró decir con dificultad.

Leonard no respondió, simplemente la miraba. Su atención estaba clavada en su boca, como si ese solo gesto lo condenara. Lauren lo notó y bajó la vista, incómoda.

—No me mires así… por favor.

—Lo siento —musitó él, sin apartar los ojos. Sabía perfectamente a lo que se refería; se moría por besarla, por sentir los labios que una vez fueron sus más anheladas ilusiones hechas realidad. El recuerdo de ellos contra su palma le hizo cerrar los ojos en busca de control, pero no lo encontró.

—Por favor, Leonard… —dijo ella, con un hilo de voz.

Él no contestó, pero acercó el rostro hasta que pudo respirar el aliento que se escapaba de sus labios entreabiertos. Durante un segundo, pensó en rendirse, pero finalmente desvió el rumbo y besó su frente.

—Perdóname —susurró con el corazón ardiendo—. Es que me estás haciendo vivir un maldito infierno.

—Yo también lo estoy viviendo —susurró, temblorosa.

—Y supongo que no solo por mí. —La miró con amargura—. ¿Cierto?

—No sé a lo que te refieres. —Lo observó sin comprender.

—Sí, sí lo sabes —insistió él—. ¿Cuánto daño te hizo? ¿Todavía lo amas?

—Leonard... —Se incorporó lentamente, sin dejar de mirarlo.

—Pensé que lo nuestro había sido real. Que lo que tuvimos significó algo para ti, pero parece que no… porque encontraste a otro, te enamoraste otra vez, y ese cabrón te rompió el corazón. Por eso cargas esa tristeza encima, como si fuera una segunda piel. —Sus palabras eran un susurro furioso, una herida que sangraba en silencio, por miedo a despertar a los demás.

Lauren sintió una punzada de indignación. ¿Cómo podía juzgarla así? ¿Cómo se atrevía a cuestionar lo que había sentido por él?

—Más de un año esperé por ti… —replicó, conteniendo la rabia —. Sí, fue mi culpa perder aquel papel con tu número, pero tú también rompiste la promesa. Dijiste que al siguiente año nos veríamos en el Strand Palace, que estarías allí… y no fuiste. Yo sí fui, Leonard. Esperé por ti. Esperé horas… y no apareciste. ¿Qué querías que hiciera? ¿Seguir buscándote como una idiota, pensando que me querías? Al final… solo renuncié a la idea de volver a verte.

—Creí que te habías arrepentido. —Leonard bajó la mirada. El golpe era justo, certero; no tenía defensa—. Pensé que solo fue un fin de semana para ti… que no querías volver a verme.

Guardaron silencio, el aire entre ellos se volvió tenso, como si todo el pasado estuviera suspendido en ese instante. Se sintieron igual, dos personas heridas, incompletas, tratando de entender qué hacer con todo lo que todavía sentían.

—Después de todo… —Lauren bajó la mirada y los ojos le brillaban, pero no por felicidad—, fue mejor que las cosas se dieran así —dijo con un murmullo cargado de resignación—. Que no volviéramos a vernos… solo hace que ahora todo sea menos complicado.

Leonard apretó la mandíbula. El crujido de sus dientes fue más fuerte que sus palabras.

—Menos complicado para ti —su voz, en cambio, salió como un gruñido visceral, ahogado en dolor y rabia.

—No. —Ella alzó la vista, y en sus pupilas había más tormenta que calma—. Menos complicado para los dos. Y lo sabes… —Su respuesta fue firme, aunque su voz temblaba—. Imagina, tan solo imagina que las cosas hubiesen salido como lo planeamos. Que hubiésemos seguido escribiéndonos, viéndonos, que nunca nos hubiésemos soltado… —Cerró los ojos un segundo, luego los abrió con la intensidad de enfrentar un abismo—. Y luego enterarnos de que lo que nos une no es solo un sentimiento… sino también la sangre. Leonard, ¿acaso no entiendes la gravedad del asunto? ¡Por Dios! —Se cubrió la cara con ambas manos, sintiéndose rota e impotente—. ¡Es una maldita tragedia griega!

Él tragó saliva. Su rostro parecía esculpido en piedra, pero sus ojos… sus ojos eran los de un niño herido que no sabía dónde

meterse para escapar de la realidad.

—Lo entiendo —dijo al fin con la voz ronca—. Sí que lo entiendo, pero eso no hace que te quiera menos… No te olvidé, Lauren. Has estado en mi cabeza todo este tiempo. En cada maldito verano, siempre preguntándome qué fue de tu vida… Te quiero, y no de la manera en que debería, lo sé. Puedo ser un pecador, pero no un hipócrita. No puedo ir en contra de mis verdaderos sentimientos.

—Pues tendrás que hacerlo —rebatió ella, como si arrancara una espina sin cuidado—. Tendrás que ir en contra de esos sentimientos… porque no hay otra salida.

—Para ti es fácil. —Frunció el ceño, dolido y ofendido por una verdad que no quería aceptar—. Ahora amas a otro —espetó, directo como una estocada—. Porque lo amas, ¿verdad? —su tono era inquisidor.

Lauren lo miró, sorprendida por el matiz en su voz, por esa dureza que jamás había escuchado en él. Leonard siempre había sido luz en medio del caos, pero ahora… ahora era una tormenta.

—En este momento mis emociones son un caos. —Respiró hondo, tratando de no quebrarse—. ¿Puedes entender eso? No sé lo que quiero… ni a quién quiero… —su voz se fue haciendo más pequeña—. Ahora mismo solo estoy luchando por no colapsar. —Le temblaba la barbilla—. Creí que encontrar a mi familia iba a ser una salida. La oportunidad de recoger los pedazos que quedaron de mí… y poder pegarlos. —Las lágrimas finalmente cayeron—. Lo que no esperaba era que esa puerta… solo condujera a una pesadilla todavía peor…

Leonard sintió que el corazón se le encogía. La vio deshecha, una sombra de la chica que había conocido. Entendió sin necesidad de detalles que en verdad la lastimaron profundamente; que no solo le habían roto el corazón, sino también el alma.

Se acercó con cautela, intentando tocar sus heridas abiertas sin provocarle más daño. Estiró una mano, pero Lauren retrocedió un poco, renuente y temblorosa. Sin embargo, él insistió, le apretó la mano con calidez y ternura.

—No me lo hagas más difícil… —chilló, como una niña perdida en medio de la oscuridad. El tacto de Leonard encendía fuegos que

no sabía cómo apagar.

—Tuvimos algo bonito entre las manos —dijo bajando la voz—. Pero se nos escapó. No hay culpables, Lauren… solo el destino. Y el destino quiso que así fuera. Pero no voy a pretender que todo está bien. No voy a fingir que olvidaré lo que vivimos, tampoco puedo ignorar que… —respiró hondo, como si tuviera que reunir toda su fuerza para decir lo que venía—. Mierda, maldita sea… eres mi hermana. —Se hirió con sus propias palabras—. Estoy asustado y perdido entre un cúmulo de emociones que no tengo ni puta idea de cómo lidiar con ellas. No espero que tú me entiendas… ni que nadie lo haga. Son mis demonios, pero quiero que sepas algo. —Le sostuvo la mirada, apretándole la mano con más fuerza—. Estoy aquí para ti, para ayudarte a sanar las heridas que ese hijo de puta te dejó. No como Leonard… sino como Lenny. Tu hermano. —Estiró la otra mano, y con el pulgar le secó las lágrimas que le corrían por las mejillas. El contacto fue suave y casi sagrado—. Solo quiero volver a verte feliz. Como lo fuiste conmigo… Quiero que recuperes el brillo en tus ojos, ese con el que me mirabas. No importa si ahora no es para mí. Aquí estoy, Susan… —El nombre se le rompió en la boca, como si le supiera a sal y sangre.

—Tengo miedo —confesó en un sollozo que la dejó vacía.

—Yo también —admitió, con los ojos humedecidos—. Estoy asustado, muy asustado. Pero encontraremos la manera de hacer que esto funcione. ¿Sí?

Lauren asintió, no muy convencida, porque su corazón, aunque hecho trizas por James, comenzaba a latir con fuerza por Leonard… tanto como aquella primera vez en el Live Aid, cuando él, con una sonrisa, le ofreció una botella de agua y sin saberlo, también le ofreció el alma.

—Ahora me voy, para no atormentarte más —murmuró, con la voz baja y desgastada. Se inclinó un poco hacia ella y, con cuidado, le secó otra lágrima que le corría por la mejilla. Trató de sonreírle, pero solo logró una mueca triste—. Trata de descansar —le pidió con suavidad.

—Gracias... tú también —respondió en un susurro.

Leonard se incorporó con lentitud, como si no quisiera hacerlo. Caminó hacia la salida, abrió la puerta mosquitera y la cerró tras de sí con un leve chirrido. En cuanto lo hizo, las lágrimas comenzaron a caerle sin control y no intentó detenerlas. Caminó hacia su cabaña sin mirar atrás, sintiendo que cada paso lo alejaba no solo físicamente, sino emocionalmente de algo que nunca iba a poder recuperar.

Cuando llegó a su cabaña, abrió la puerta sin encender la luz. Cerró con cuidado, apoyó la espalda contra la puerta y soltó un suspiro largo, como si llevara todo el peso del mundo encima. Avanzó a oscuras hasta el sofá y se dejó caer, cubriéndose el rostro con ambas manos. Se quedó así un rato, respirando agitado, sintiendo que algo dentro de él se rompía.

—Mierda —susurró, apretando los dientes y los ojos al mismo tiempo.

No podía sacarse de la cabeza la imagen de Lauren llorando, su voz temblorosa, el miedo que le confesó. Sabía que ella estaba rota, que alguien le había hecho daño, y eso lo enloquecía. La sensación de impotencia lo carcomía por dentro. Quería hacer algo, lo que fuera, pero no podía volver atrás ni cambiar lo que pasó entre ellos. Solo le quedaba asumir lo que eran ahora y tratar de no perderla por completo.

Se levantó, caminó de un lado a otro por la cabaña durante varios minutos sin saber bien qué hacer, y al final encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Se apoyó en la encimera de la cocina, dio una calada profunda y dejó que el humo saliera lentamente mientras cerraba los ojos. No quería dormir, no quería pensar, pero tampoco podía dejar de hacerlo.

—Susan —dijo en voz baja, probando el nombre con dificultad. No estaba acostumbrado a llamarla así, y cada vez que lo hacía, sentía que perdía un poco más a la chica de la que se había enamorado.

No sabía cómo iba a seguir adelante, no sabía cómo apagar lo que sentía. Solo sabía que, a pesar de todo, quería estar ahí para ella. Como hermano, como apoyo, como lo que hiciera falta. Pero no como antes. Nunca más como antes.

CAPÍTULO 47

El reloj marcaba las 3:12 a.m., aunque para Regina el tiempo se detuvo en el instante exacto en que escuchó a su sobrino decirle por teléfono que James tuvo un «accidente». Sintió un vuelco en el corazón tan violento que por poco la derribó. Lo primero que pensó fue que el autobús de la gira se había volcado. La imagen irrumpió en su mente… la carretera oscura, el metal retorcido, los instrumentos hechos pedazos, los cuerpos de los chicos desparramados entre humo y llamas.

Hacía apenas un par de días, James la llamó para decirle que la gira había terminado y que volvería a Londres. Se le escuchaba agotado, pero de buen ánimo. «Ya casi llego, mamá», le dijo con voz ronca. Desde ese momento, todo se volvió confuso, no recordaba si condujo, tomó un taxi o si empujó a alguien al llegar al hospital. Lo único que tenía claro era que sus manos temblaban cuando empujó las puertas del Guy's Hospital y vio a Reginald esperándola en el vestíbulo, con el rostro descompuesto y los hombros hundidos como si cargara el peso de una culpa imposible de soltar.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está? —preguntó con la voz rota.

Pero no hubo tiempo para respuestas por parte de su sobrino. Un médico, con la bata arrugada y el rostro agotado, apareció por una de las puertas laterales.

—¿Familiares de James MacLeod? —preguntó el doctor que tenía una expresión de compasión.

—Soy su madre. Él es su primo. ¿Puede decirme qué ha pasado, doctor?

—Su hijo fue traído esta noche en estado crítico —dijo el hombre, mirándola a los ojos—. Sufrió un paro cardiorrespiratorio producto de una sobredosis de heroína y otras sustancias. Estuvo

clínicamente muerto por un par de minutos, pero logramos reanimarlo; actualmente se encuentra estable, responde a estímulos, ha reconocido su nombre y está consciente, aunque muy débil y algo desorientado.

Regina no respondió, permaneció de pie, como si acabara de recibir un disparo; por un instante, todo el aire del hospital pareció desaparecer.

—¿Saben si hay daño cerebral? —Fue Ray quien rompió el silencio—. ¿Va a recuperarse?

—Es demasiado pronto para saberlo. Le realizaremos un escáner en las próximas horas. El hecho de que haya reaccionado tan pronto es una buena señal, pero debemos ser cautelosos.

Antes de que el médico pudiera añadir algo más, Regina se volvió hacia su sobrino y comenzó a golpearlo con el bolso que colgaba de su brazo. Los primeros golpes fueron secos, automáticos, pero rápidamente se volvieron desesperados, cargados de furia y miedo visceral.

—¡¿Una sobredosis?! ¡¿Eso te parece un accidente, Reginald?! ¡Una maldita sobredosis de esa porquería no es un accidente!

—¡Tía, por favor…!

—¡¿Cómo pudieron permitir esto?! ¡¿Cómo dejaron que se hundiera así?! —gritaba mientras golpeaba, sin detenerse—. ¡Tantos años luchando, tanto sacrificio! ¡¿Para esto?! ¡¿De qué sirve alcanzar un maldito sueño si están dispuestos a arrastrarse por el suelo y tirarlo todo a la basura?!

—¡No fui yo! ¡No es conmigo! ¡Yo no…! —Ray intentaba cubrirse con los brazos, esquivando los golpes como podía—. ¡Es solo James! ¡Él se perdió! No ha sabido parar… y todo empeoró después de que terminó con Lauren…

—¿Terminó con Lauren? —Cuando Regina escuchó esa última frase fue como si le hubieran vaciado un balde de agua helada sobre la espalda. Se petrificada quieta con el bolso le colgando, mientras que eus hombros subían y bajaban con violencia, y sus labios temblaban—. ¿Cómo que terminó con Lauren y yo no sé nada? —gruñó con los dientes apretados; empezó a darle varios manotazos en la cabeza a su sobrino.

—Señora. —Un guardia de seguridad se acercó con paso firme, aunque sin brusquedad—. Necesito que se calme o tendré que pedirle que abandone el hospital.

—Estoy calmada. —Regina levantó una mano sin mirarlo—. No me voy a ir de aquí sin ver a mi hijo —dijo mientras se acomodaba el vestido y el cabello con movimientos lentos. Sin embargo, su mirada volvió a clavarse en Ray como una sentencia—. Esto no termina aquí. Cuando salgamos, me vas a explicar cada maldito detalle. Sabías lo que estaba pasando, Reginald. Sabías que James estaba al borde del abismo y no me dijiste nada. Te callaste… ¿O acaso pensaste que no me iba a dar cuenta? Desde el primer día supe que esa banda los iba a destruir.

—Yo lo intenté. —Ray bajó la cabeza. No tenía cómo contradecirla; no después de todo eso—. Dios sabe que lo intenté. Pero James no escucha, está atrapado en algo que no puedo detener. Lo único que le quedaba era Lauren, y desde que ella se fue… es como si nada importara ya.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Mirar cómo se deshacía? —espetó Regina, sin alzar la voz, pero con dureza.

—¡Estuve ahí! —gritó Ray, repentinamente—. ¡Todas las putas noches! ¡Conteniéndolo cuando lloraba, sacándole agujas del brazo! ¡Pidiéndole que parara! ¡¿Qué más quiere que haga?! ¡¿Que me muera con él?!

El silencio que siguió fue casi tangible. Solo los pasos de los transeúntes, marcaba el paso del tiempo en aquel rincón helado del hospital. Regina cerró los ojos y respiró hondo, intentando no desmoronarse.

—Solo… quiero ver a mi hijo —dijo finalmente.

—Está en la habitación 412. —El médico, que decidió no intervenir en el desahogó de la mujer, asintió—. Podrá pasar en unos minutos. No más de diez, por favor.

—Gracias, doctor. —Ella asintió y fue a sentarse en una de las sillas del pasillo. Apoyó las manos en el regazo, con los dedos entrelazados con fuerza, y los ojos fijos en la nada. A su lado, Ray se dejó caer con un suspiro y se tapó el rostro con ambas manos.

Cada paso firme de Regina resonaba en el suelo encerado, la rabia aún le burbujeara bajo la piel, aunque disimulada bajo una capa de dignidad y miedo. La habitación 412 estaba al final del pasillo y la puerta entreabierta dejaba escapar el susurro rítmico de una máquina de monitoreo cardíaco; un olor penetrante a antiséptico le invadió las fosas nasales apenas cruzó el umbral. Entonces, su mundo pareció detenerse, al ver a su hijo inconsciente en esa cama.

Sus mejillas habían perdido color y forma, los pómulos se le marcaban bajo la piel, los labios, resecos y cuarteados, contrastaban con el tubo nasal que le suministraba oxígeno. Tenía los ojos cerrados, pero parecía que no descansaba, su expresión era como si estuviera huyendo de sí mismo incluso en el inconsciente.

Regina se quedó de pie, sin atreverse a dar un paso más. Lo miró, sintiendo que el corazón se le desgarraba lentamente dentro del pecho. Su James, su pequeño, el que lloraba cuando tenía fiebre y le pedía que le cantara, el que ensuciaba las paredes con crayones… el que juraba que iba a comprarse una guitarra y cambiar el mundo. Ahora yacía allí, frágil y roto.

Dio un paso, luego otro. Y cuando finalmente llegó al borde de la cama, se sentó con cautela; alzó una mano temblorosa y le acarició la frente con una delicadeza que no usaba desde que él tenía cinco años. Su piel estaba húmeda, pero fría.

—James… —susurró, pero su voz se quebró antes de pronunciar la siguiente palabra.

—Mamá… —Abrió los ojos lentamente y parpadeó, como si le costara enfocar, como si el simple acto de mirar requiriera de una fuerza que no tenía.

A Regina le temblaron las piernas, no recordaba la última vez que la había llamado con esa voz; sin sarcasmo, sin orgullo. Solo un hilo débil, vulnerable y asustado.

—Estoy aquí —dijo, y tomó su mano, apenas cerrada sobre la sábana.

James la miró con dificultad, tenía los ojos vidriosos, desorientados, pero aún así intentó sonreír. Fue un gesto minúsculo, más un reflejo que un acto de voluntad.

—No quería… no pensé que… —intentó hablar, pero la garganta le falló y una tos seca interrumpió su frase.

—Shhh… no hables —dijo ella, apretando su mano con firmeza —. Guarda fuerzas, ya hablaremos de todo esto cuando puedas sostener una conversación sin toser como un viejo de ochenta años.

Él soltó una risa mínima, que le dolió tanto como le alivió. Giró la cabeza levemente hacia el costado, y volvió a mirarla con arrepentimiento.

—¿Estás… decepcionada?

Regina guardó silencio unos segundos; ya que la pregunta la perforó.

—Estoy rota —confesó al fin—. Estoy furiosa, aterrada, agotada… Pero no, James. No estoy decepcionada, para eso tendría que haber esperado que fueras perfecto. Y nunca lo hice. —Le acarició el cabello con los dedos, apartándole un mechón sudado de la frente.

—No sé cómo llegué a esto, mamá. —James cerró los ojos y una lágrima se deslizó por la comisura—. No sé cuándo se me fue de las manos. Solo… Quería aguantar —musitó, mirando hacia el techo como si temiera enfrentarla directamente—. Las noches sin dormir, las horas de ensayo, los viajes eternos, la presión constante de estar bien, de sonar perfecto, de no decepcionar a nadie. El cansancio me estaba matando más que la droga. Me sentía cada vez más pequeño… más débil. Tenía que darlo todo, por la banda, por la gente, por el puto sueño. Y eso… eso me empujó. Me convencí de que si lo controlaba, si lo usaba bien, si solo era para resistir un poco más… entonces no era tan grave. No era autodestructivo. Era… práctico.

Regina cerró los ojos, no para no llorar sino para contener el torbellino que amenazaba con arrastrarla. Volvió a abrirlos y lo acarició, con una ternura que dolía porque estaba cargada de impotencia.

—Perdí a Lauren —dijo, sin rodeos ni lágrimas, pero con la voz deshecha—. Perdí lo único real que tenía fuera del escenario. Lo único que no me pedía que fuera nada más que yo… Huyó, se alejó de mí, la cagué, mamá…

—Hijo, si te importa, entonces tendrás que ponerte de pie y buscarla. —Regina contuvo el aliento, sentía cómo si algo se partiera dentro de ella, pero no permitió que el dolor quedara a la vista—. Primero, recupérate. Después, enfrenta lo que venga, pero no esperes que el mundo se acomode a tus desastres. No todos van a estar esperando a que salgas del pozo en el que te has sumido por tus propias decisiones.

—Gracias por venir. —James asintió; su mirada se perdió en el techo por unos segundos. Luego, sin fuerza pero con determinación, apretó la mano de su madre.

—Siempre estaré para ti —susurró, acercando su frente a la de él—. Aunque me mates de un susto cada vez que tienes oportunidad. Aunque me rompas el alma. Soy tu madre. Y las madres, James… no desaparecen.

Después de que Leonard se fue, a Lauren le fue imposible dormir. La había dejado con una tormenta de sentimientos que no sabía cómo ordenar. Había amor, sí, un amor profundo que se negaba a morir, pero también una culpa asfixiante por sentir lo que no debía, por no poder poner en palabras lo que ardía dentro de ella. Y sobre todo, una impotencia que le recorría las venas como un veneno lento. La invadía una sensación terrible de desamparo, como si todo lo que había construido para sobrevivir y mantenerse firme, se desmoronara bajo el peso de una verdad que no pidió. Lo había mirado con los ojos anegados, sintiendo ternura y terror, atracción y rechazo, como si en él habitara todo lo que deseaba… y todo lo que no podía tener.

Las horas se le hicieron largas, las pasó mirando las sombras que el viento dibujaba con las ramas de los árboles sobre las paredes. Eran figuras que cambiaban con cada ráfaga, como si alguien, en algún lugar, estuviese jugando con su cordura.

Se moría de ganas por fumarse un cigarrillo, convencida de que eso quizá calmaría la ansiedad que le carcomía el pecho, pero como no lo tenía, tuvo que conformarse con encender el televisor, en busca de una distracción cualquiera, algún ruido que la sacara de

sus pensamientos; sin embargo, solo se encontró con la pantalla invadida por una nieve que crepitaba con un zumbido insoportable. Lo apagó al minuto, mareada y fastidiada, volvió a la contemplación de las sombras.

En algún momento, muy avanzada la madrugada, el agotamiento la venció y se quedó dormida; no obstante, el sueño fue breve, y antes de que el sol asomara, despertó. Se levantó del sofá con el cuerpo entumecido y caminó hasta la cocina, se sirvió un vaso de agua y lo bebió de un trago, como si eso pudiera aplacar el caos de su interior. Se apoyó sobre el fregadero y dirigió la mirada hacia la ventana que daba al jardín lateral.

El paisaje era hermoso, la bruma de la madrugada aún flotaba entre los troncos altos, el suelo estaba cubierto por una fina capa de hojas húmedas, y el bosque que rodeaba la casa parecía un cuadro detenido en el tiempo. Según le habían contado, justo desde ese punto, hace muchos años, había desaparecido. O mejor dicho, se la habían llevado cuando tenía tres años. Aun así, nada de lo que veía le resultaba familiar. Por más que recorría cada rincón de esa casa, no encontraba un solo recuerdo que le perteneciera, salvo aquella chispa de reconocimiento que sintió en el lago. Todo lo demás le era ajeno, como si su infancia hubiese ocurrido en otro cuerpo, en otra vida.

—Todo sería distinto —murmuró para sí—, si James no hubiese…

No pudo terminar la frase, porque la mención de su nombre le estrujó el alma. Sin embargo, estaba segura de que todo sería diferente si él no se hubiera comportado como un imbécil, si siguiera siendo el hombre encantador del que se enamoró, el que la hacía reír y le decía que la luna tenía celos de sus ojos… Estaba convencida de que, de no haber sido por esa maldita noche en que él arruinó todo, jamás habría visto aquella noticia que trastocó su mundo. Habría seguido viviendo una mentira cómoda, ignorando su origen, pero al menos feliz. No se habría reencontrado con Leonard, y él solo sería un dulce recuerdo de su adolescencia; ahora todo era un caos, un desastre emocional sin salida.

Suspiró hondo y se giró con la intención de regresar al sofá, aunque sabía que el sueño no volvería. Antes de salir de la cocina, notó que el reloj del horno marcaba las cinco y diez de la mañana. Recordó que Madeleine solía levantarse a las seis para preparar el desayuno y la comida que Patrick llevaba al trabajo. Pensó que, tal vez, podía aliviarle un poco la carga; así que fue al sofá, dobló las mantas y las dejó con esmero sobre la almohada, luego regresó a la cocina y comenzó a buscar ingredientes.

Pensó en preparar un desayuno inglés, aunque sabía que probablemente no encontraría todo lo necesario. Aun así, estaba decidida a intentarlo con lo que tuviera a mano. En la alacena encontró una lata de habichuelas coloradas y pan; en la nevera, salchichas, bacón, tomates y huevos. Minutos después, mientras freía con cuidado las salchichas, escuchó pasos; Madeleine entró en la cocina y se detuvo, visiblemente sorprendida al ver el desayuno casi listo.

—Buenos días. —Lauren sonrió sin dejar de remover lo que tenía en la sartén.

—Buenos días, cariño —saludó, acercándose a la estufa—. No tenías que haberte molestado —dijo, con una mezcla de gratitud y ternura.

—Quería hacerlo —respondió con sinceridad. Al tiempo que empezaba a picar los tomates—. Necesito sentirme útil, de alguna forma.

—Gracias, cielo. Todo huele delicioso —respondió, apoyándole una mano en el hombro, deseosa de establecer el contacto físico del que fue privada por tantos años. Se alegró inmensamente al ver que Susan no se apartaba, recibiendo su gesto con naturalidad—. ¿Aprendiste a cocinar en el orfanato? —preguntó con curiosidad y sin apartarse de su lado.

—Sí, desde que tenía como ocho años. Solía ayudar en la cocina, aunque siempre bajo la supervisión de las novicias.

—¿Fuiste feliz allí? ¿Te trataron bien? —su voz fue baja, casi temerosa

—La Madre Superiora era bastante estricta, pero yo era muy traviesa… —Lauren tardó un momento en responder, concentrada en echar a la sartén los tomates recién picados—. Sobre todo porque solía secundar todo lo que Henry hacía. Siempre terminábamos castigados… y teníamos que limpiar ventanas, rastrillar el patio…

—¿Henry? —preguntó Madeleine, acogiendo de buena manera el cambio de tema.

—Era como un hermano para mí. Lo rescataron junto conmigo, por lo que cumplíamos el mismo día —respondió con una sonrisa melancólica—. Murió de leucemia cuando tenía doce años.

Madeleine asintió, con el corazón encogido. Acarició el hombro de su hija, esperando que ese contacto le diera permiso para seguir.

—¿Y… en general? —dijo, con cautela—. ¿Te sentiste cuidada?

—Hubo momentos buenos… otros no tanto. —Respiró hondo y se encogió ligeramente de hombros—. Pero creo que hice lo que pude con lo que tenía… y Henry hacía que todo fuera más llevadero.

—Lo siento, cariño. —Le apartó un mechón de cabello y se lo colocó con cuidado detrás de la oreja.

—Está bien. Fue hace mucho. —Lauren le devolvió una sonrisa serena—. Aunque, supongo que nunca se va del todo.

—¿Y cómo descubriste que te gustaban las Artes Plásticas?

—Por Henry, a él le gustaba dibujar. Se sentaba en el campanario a mirar la ciudad que se extendía más allá del oratorio. Mientras dibujaba, se inventaba la vida de las personas que vivían en cada edificio. Decía que el dibujo era una ventana a un universo de pequeñas cosas. Cuando me adoptaron, aún vivíamos en Birmingham y mis padres me llevaban a visitarlo, así que no lo extrañaba tanto; pero cuando nos mudamos a Irlanda, ya no podía verlo, y comencé a dibujar para sentirme cerca de él. Descubrí que tenía razón, porque mientras dibujaba, podía revivir momentos, viajar en mi mente… —se interrumpió un momento, como dudando —. Mi mamá… Grace —corrigió de inmediato, con un dejo de culpa —, desde que vio mis dibujos me apoyó, decía que tenía talento; así que me compró implementos, contrató a una profesora. Sin embargo, cuando fueron asesinados, quise dejarlo. Sin embargo, muy pronto entendí que podía tenerlos conmigo a través del papel y

empecé a dibujar momentos que vivimos juntos. El arte me da paz... Espero algún día poder ir a Italia, recorrer sus museos, sentarme a los pies del David y dibujarlo.

—Es un sueño precioso —dijo Madeleine, emocionada—. Y si me lo permites, Patrick y yo queremos ayudarte a cumplirlo. Cuando todo esto haya pasado, cuando te sientas más en calma, nos gustaría darte ese regalo. A Lenny también le regalamos un viaje cuando se graduó… se fue a Londres.

Lauren se puso nerviosa, por lo que se quemó con la sartén donde asaba los tomates. Soltó un quejido breve y apartó la mano rápidamente.

—¡Ay, cariño! Lo siento, te entretuve… Déjame ver —dijo, visiblemente angustiada, tomándole la mano con suavidad.

—No es nada —respondió, apretando los labios—. Solo fue la yema del dedo.

—Aun así, déjame ayudarte —dijo Madeleine, abriendo el grifo del fregadero para dejar correr el agua fría sobre la quemadura.

—Gracias —soltó un chillido suave—. Ya me pasó el ardor —murmuró, sacando la mano; Madeleine se la secó con una servilleta.

—Tengo una crema que te ayudará, ya regreso. —Salió rápidamente en dirección al baño social.

Mientras tanto, Lauren se miró el dedo rojizo con una mueca de dolor. Pero más que la quemadura, lo que realmente le dolía era el nudo de angustia en su pecho. Se sentía atrapada, como si las paredes se cerraran lentamente a su alrededor, y no hubiera forma de salir.

Ella había recibido quemaduras peores en su vida. De esas que calaban hondo, que dolían más por el contexto que por la piel. Aquella, comparada, era apenas una molestia superficial. Así que decidió seguir con los tomates. No se perdonaría que se le quemaran después de lo bien que estaban quedando.

Para cuando Madeleine regresó con la pomada, la primera tanda de tomates asados ya reposaba sobre un plato, exhalando un aroma tostado y dulce que llenaba la cocina.

—¿Todavía te arde? —preguntó Madeleine, mientras abría el ungüento.

—Muy poco —respondió con un hilo de voz que pretendía restarle importancia al dolor, mientras vigilaba el sartén.

Madeleine se acercó, tomó con delicadeza su brazo y le aplicó la pomada con movimientos lentos. Era la primera vez que podía cuidar a su hija desde que era una niña; así que se tomó su tiempo.

—¿Mejor? —preguntó sin soltarla.

—Sí… —asintió—, muchas gracias, Madeleine.

La mirada se le suavizó, y le dedicó una sonrisa cálida. Luego dejó el medicamento sobre la encimera, para lavarse las manos.

—¿Vas a tostar esos panes? —preguntó en tono ligero al ver el paquete pan sobre la encimera.

—Sí —respondió Lauren, mientras se inclinaba a encender la tostadora.

—Déjame ayudarte —se apresuró, entusiasmada.

—Hubiese querido hacerlo todo yo.

—Estás haciendo suficiente, cariño —dijo, tomando las rebanadas y colocándolas con agilidad en la tostadora—. Ahora, déjame malcriarte un poco. Es un privilegio que no quiero volver a perder.

Lauren bajó la mirada, sin saber qué responder. Madeleine, mientras tanto, puso a calentar agua para el café.

—Perdón… olvidé el café. Es que estoy más acostumbrada al té —reconoció, un poco apenada.

—No te preocupes —respondió con un gesto de complicidad—. Patrick necesita una buena dosis de cafeína antes de salir, pero tú y yo podemos desayunar con té si quieres.

El ambiente en la cocina tenía algo de mágico. La luz del sol empezaba filtrarse por las cortinas como una caricia, el aroma del pan tostado, del café y los tomates, inundaban el ambiente. Patrick apareció en la cocina, vestido para ir al trabajo. Llevaba una camisa azul clara y una corbata que no combinaba del todo, pero su sonrisa le daba un aire de seguridad que estaba por encima de cualquier moda.

—¡Qué sorpresa más bonita! —dijo con alegría al ver a Madeleine y a Susan juntas en la cocina. Se acercó a su esposa, que

lo recibió con un beso en los labios y una taza de café recién preparado.

—Buenos días —dijo ella, con ternura.

—Buenos días —repitió él, devolviéndole la sonrisa. Luego tomó la taza, se giró hacia Susan y, sin dudar, le dio un beso en la sien—. Buenos días, cariño.

—Buenos días —respondió Lauren, con una sonrisa tímida, casi infantil. Llevaba años sin recibir ese tipo de afecto paternal, y por un instante, casi pudo imaginar que era Oliver quien la saludaba. Pero ese beso venía de otro amor, uno que también era suyo.

—Vaya, hoy tenemos desayuno inglés —comentó, con expresión de sorpresa y entusiasmo, al charle un vistazo al sartén.

—Una versión bastante decente —respondió Lauren, con una mueca que quiso ser irónica.

—Susan lo hizo —intervino Madeleine, presumiendo de un logro que no era suyo, pero que le llenaba el pecho de orgullo.

—Estoy seguro de que estará delicioso —aseguró Patrick, luego le dio un sorbo al café.

—Voy a despertar a Stella —anunció Madeleine, dejando la taza en la encimera.

—Yo iré sirviendo —comentó Lauren, mientras buscaba los platos en la alacena para ponerlos en la mesa.

Unos minutos más tarde, Madeleine regresó con Stella, que llevaba un camisón con dibujos de ositos y el cabello enmarañado por el sueño. Al ver a su hermana, corrió hacia ella sin dudar.

—¡Buenos días, Susie! —le dijo, abrazándola por la cintura con fuerza.

—Buenos días, pequeñita. —Lauren se agachó un poco para abrazarla de vuelta.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó con ilusión.

—Claro que sí. —Le indicó la silla junto a la suya.

La mesa quedó lista en minutos, y el desayuno fue servido en platos desiguales, pero con una armonía entrañable.

—Llevaré a Stella a la escuela —informó Madeleine mientras untaba mantequilla en una tostada—. Aprovecharé que tengo que hacer unas compras en el centro.

Lauren, en ese momento cayó en la cuenta de que había olvidado a Leonard, no obstante se sintió culpable por eso.

—Oh, olvidé a Leonard, enseguida pongo su plato —dijo mientras hacía para levantarse—. Imagino que no debe tardar.

—¿Leonard? —Patrick levantó una ceja, desconcertado. Y con un gesto le pidió que volviera a sentarse.

—Sí, tu hijo —carraspeó segura de que metió la pata y le esquivó la mirada.

—Ah… claro, Lenny. Nadie lo llama Leonard —dijo, con una sonrisa intrigada—. No suele desayunar con nosotros, de todas formas. Siempre ha sido más de café y salir corriendo.

La forma en que ella pronunció el nombre de su hijo le pareció extraña. Estaba seguro de que nadie en casa lo había llamado así.

«Quizá así se presentó él mismo», pensó, restándole importancia.

—¿Te gustaría acompañarme al centro? —Madeleine miró a Susan con ojos chispeantes—. Podrías conocer un poco más de la ciudad.

—Sí, me encantaría —dijo tras dudarlo un segundo—. No quiero quedarme encerrada… Además, necesito comprar algo.

Guardaba algunos los dólares que cambió en el aeropuerto. Madeleine y Patrick le dijeron que no hacía falta, que tendría todo lo que necesitara, pero ella insistió en mantener cierta independencia económica y se excusó al decir que era algo más simbólico que práctico.

—Me alegra que quieras salir —dijo Madeleine, claramente emocionada.

—Sí… al menos hoy —respondió, con una sonrisa discreta.

El desayuno continuó con conversaciones triviales. Qué clima haría, qué tiendas había cerca, qué cosas valía la pena ver en Catonsville. Lauren escuchaba, en silencio, intentando captar todo como si se tratase de un idioma nuevo, pero entonces surgió en ella una interrogante que no podía esperar.

—¿Cuándo podríamos hacer la prueba de marcadores genéticos? —lanzó la pregunta sin avisar

El aire pareció detenerse por un instante. Patrick dejó la taza sobre el plato y Madeleine bajó la mirada, al tiempo que la sonrisa se le apagó.

—Creo que es un requisito indispensable para que ya no haya dudas —continuó Lauren al ver el mutismo en ellos—. Además, la policía en Birmingham dijo que era necesario para cerrar el caso, tanto allá como aquí.

—Sí, es cierto, cariño —carraspeó Madeleine—. Es necesario…

—Claro —intervino Patrick—. Primero debemos ir a la Policía Estatal de Maryland. La Sección de Personas Desaparecidas es la que lleva tu caso… Hoy mismo llamo para pautar una cita. Imagino que ellos se pondrán en contacto con el FBI para hacernos la prueba.

—Es que… —dijo Madeleine, apretando las manos sobre el regazo—. No esperamos a que todo el protocolo se cumpliera. Queríamos verte cuanto antes; ellos te contactaron… pero querían hacer primero las pruebas, y era toda una formalidad con el consulado, el Departamento de Estado, el FBI, el Centro Nacional para Niños Desaparecidos y Explotados… Todo eso iba a tomar meses sino años. Y nosotros ya habíamos esperado suficiente tiempo; nuestro abogado dijo que como ya eras mayor de edad, podías decidir por ti misma venir, sin tener que esperar una repatriación. La cual solo conceden una vez que estén los resultados de las pruebas.

—Entiendo —dijo Lauren, bajando la mirada, con un tono que mezclaba resignación y tristeza.

—Pero no te preocupes, cariño —Madeleine le tomó la mano—. Nosotros sabemos que eres Susan. No necesitamos una prueba para confirmar lo que ya sentimos aquí. —Se tocó el pecho, justo sobre el corazón.

—Aunque si te da tranquilidad… —intervino Patrick, buscando la mirada de su mujer—, por supuesto que vamos a hacerla. —Entonces miró a Susan—. Hoy mismo llamo. Quiero que todo se haga como tú prefieras.

—Gracias. Es que… me gustaría poder estar segura. No sé si me entienden pero para mí será como cerrar un capítulo en mi vida.

—Lo entiendo, cielo —susurró Madeleine.

En ese momento, Stella, que había estado concentrada en su tostada con mermelada, levantó la mirada.

—¿Pero si la prueba dice que no eres mi hermana… igual te vas a quedar? —preguntó, con una seriedad que desarmó a todos. A pesar de si inocencia, comprendía de lo que hablaban.

—Claro que sí. —Lauren sonrió con dulzura. Se inclinó hacia ella y le limpió un poco de mermelada del mentón con una servilleta—. La prueba no tiene que decirnos lo que ya sentimos. Yo también quiero quedarme contigo —dijo aunque internamente le convenía mejor no ser Susan Russell, ya que eso quitaría el pecado que pesaba sobre sus hombros. La niña pareció satisfecha. Y volvió a su tostada.

CAPÍTULO 48

Después de dejar a Stella en la escuela, Madeleine y Lauren regresaron al auto. La brisa matutina de Maryland arrastraba la tibieza engañosa de los últimos días del verano, mezclada con un frescor sutil que anunciaba que el otoño estaba en camino. Los árboles que flanqueaban las aceras comenzaban a pintarse con tonos de transición y el verde intenso se fundía con amarillos y rojizos. El sol, más bajo que semanas atrás, arrojaba una luz ámbar que alargaba las sombras y bañaba los tejados con una calidez melancólica.

Lauren, en el asiento del copiloto, miraba las casas de los suburbios que lucían adornadas con los primeros arreglos otoñales, coronas de hojas secas en las puertas, calabazas decorativas anticipadas, y carteles pintados a mano que decían «Hello, Fall».

El centro las recibió con sus fachadas de ladrillo y toldos a rayas, farolas con cestas de crisantemos colgantes, una barbería con su clásico tubo giratorio y una tienda de manualidades que exhibía espantapájaros en miniatura en su escaparate. En la librería, había una pizarra con una frase escrita con tiza que decía: «Las hojas no son las únicas que pueden empezar de nuevo».

Madeleine aparcó frente al supermercado; al bajar, caminaron hasta la puerta que se abrió automáticamente con un chirrido; en el interior, las recibió el olor de pan recién horneado y productos de limpieza.

—Bien, veamos si no se nos olvida nada —dijo Madeleine, desplegando una lista escrita a mano. Agarró un carrito y lo empujó un par de pasos—. ¿Quieres llevarlo tú?

Lauren la miró con leve sorpresa, como si no esperara que le ofreciera algo tan sencillo.

—Claro —dijo, colocando ambas manos sobre el manillar del carrito.

Madeleine comenzó a recorrer los pasillos, deteniéndose a examinar etiquetas o girando los productos en sus manos como si supiera leer más allá del empaque. De vez en cuando, murmuraba algo para sí misma al revisar la lista.

—Si ves algo que te guste, mételo al carrito, ¿sí? —dijo, girándose para mirarla.

Lauren asintió con una sonrisa escueta. Miraba con curiosidad los productos, muchos desconocidos para ella, como pasteles en cajas con glaseado artificial, frascos de mantequilla de maní de sabores extravagantes, cereales con dibujos caricaturescos de monstruos o vampiros sonrientes. Había demasiadas opciones; sin embargo, nada la tentaba lo suficiente. Nada, excepto los cigarrillos, pero estaban detrás del mostrador, y no pensaba pedirlos delante de Madeleine.

Llegaron al área de frutas y hortalizas. El aire allí era más fresco y olía al dulzor ligeramente ácido de la fruta madura. Había manzanas *Honeycrisp* de temporada y montones de ciruelas.

Madeleine comenzó a seleccionar algunas manzanas, girándolas entre los dedos como si buscara alguna señal especial en la piel.

—Tus abuelos… tus tías… todos están deseando verte —dijo, con naturalidad—. Habían preparado algo para darte la bienvenida. Una pequeña celebración, nada grande. Pero preferimos posponerla. No queríamos que te sintieras abrumada. —Se volvió y sostuvo su mirada un instante—. Pensaba que tal vez podríamos organizar un almuerzo. Algo sencillo, sin presión. Solo si tú quieres.

Lauren se quedó pensativa, mirando la ciruela que sostenía. Había algo en su color profundo, que le recordaba la incertidumbre que sentía. No era que no quisiera verlos. Solo que no sabía cómo hacerlo sin sentirse atrapada entre expectativas, memorias prestadas y el miedo de no estar a la altura de una versión de sí misma que no recordaba.

—Sí… un almuerzo está bien —dijo al fin, con la mirada aún puesta en la fruta.

—¿Estás segura? —Frunció el ceño ligeramente—. No quiero que te sientas presionada.

—Me gustaría conocerlos… digo, volver a verlos. —La miró, con una expresión entre vulnerable y honesta—. Quizá recuerde a alguno.

—Eso sería fantástico —asintió, visiblemente emocionada—. Eras muy apegada a tu tía Melanie. De hecho —sonrió—, te pareces mucho a ella. Incluso en ese gesto tuyo… cuando estás pensando, frunces un poco la frente. Igualito.

Lauren sonrió de lado y le mostró la ciruela, preguntando con un gesto si la incluía en la compra.

—Sí, claro. Llévala —respondió, con un brillo en los ojos que no intentó disimular.

En ese instante, una mujer de unos cincuenta años pasó cerca del carrito, con una caja de cereales bajo el brazo.

—¡Madeleine! —saludó con entusiasmo—. ¿Cómo estás, querida?

—¡Hola, Brenda! —Levantó la mirada, cálida como siempre—. Bien, gracias, ¿y tú?

—Ay, sobreviviendo a esta humedad —respondió la mujer, riendo mientras seguía su camino.

Madeleine sonrió, devolviéndole el gesto con una ligera inclinación de cabeza, pero no hizo ademán alguno de presentar a Susan. Fue una omisión intencionada; no porque sintiera vergüenza, sino porque aún no quería que la noticia se esparciera como pólvora por Catonsville. En ciudades pequeñas como esa, un saludo en el supermercado podía convertirse en diez versiones distintas de una misma historia antes del anochecer. Ya había decidido que daría a conocer la llegada de Susan de manera oficial, junto a la policía, cuando todo estuviera más claro. Hasta entonces, cada cosa a su tiempo.

Lauren, por su parte, pareció entenderlo sin necesidad de explicaciones. Bajó la mirada discretamente, empujando el carrito con una calma.

Terminaron las compras y, tras pagar, llevaron las bolsas hasta el auto. El calor del mediodía no era sofocante y el cielo estaba

despejado, con un azul casi transparente.

—¿Te gustaría caminar un poco por el centro y comernos un helado? —propuso Madeleine en cuanto metieron la última bolsa en el maletero.

—Sí, me parece bien. —Lauren asintió; la propuesta le parecía bastante agradable.

Caminaron por las aceras adornadas con banderines otoñales, vitrinas con maniquíes vestidos con chaquetas de pana y bufandas livianas, escaparates llenos de velas con aromas como *Spiced Apple* o *Pumpkin Latte*. En una tienda de antigüedades, un viejo tocadiscos reproducía una balada de Fleetwood Mac. En una panadería, el olor a canela y masa recién horneada les hizo detenerse y comprar unas donas de sidra de manzana que llevarían a casa.

Al llegar a la heladería, encontraron una fila corta, solo cuatro personas esperando y disfrutando del sol en la cara.

—Necesito ir a la tienda de al lado, solo será un minuto —dijo Lauren, aprovechando que ahí vendían eso que tanto necesitaba.

—Sí, ve, cariño —respondió con tono despreocupado, quería que ella se sintiera con la libertad de ir a dónde quisiera.

Lauren caminó rápido hacia la tienda contigua. La campana sobre la puerta sonó con un tintineo seco y agudo que pareció anunciar su presencia más de lo necesario. Apenas cruzó el umbral, notó cómo un par de cabezas se giraban sutilmente en su dirección. Suponía que en un lugar como ese, las caras nuevas no pasaban desapercibidas.

Compró tres cajas de cigarrillos, los mismos que solía fumar, aunque el envoltorio era distinto; los guardó con disimulo en su bolso, evitando el contacto visual con el dependiente, un hombre de bigote ralo y sonrisa educada pero inquisitiva.

Sentía las miradas en la nuca como pequeños pinchazos de hielo. No eran hostiles, pero sí de una curiosidad pasiva-agresiva, tan característica de los pueblos pequeños, donde la rutina diaria era tan predecible que cualquier variación se convertía en tema de sobremesa.

Sabía que no podía pasar desapercibida. Su acento, su ropa… todo en ella decía «no soy de aquí». Aceleró el paso de regreso a la

heladería; al llegar, Madeleine la esperaba justo al frente del mostrador, ya decidiendo los sabores.

—¿Todo bien? —preguntó con tono casual, aunque con una mirada que examinaba con sutileza su expresión.

—Sí, todo bien.

—¿Qué vas a pedir?

—Una bola de chocolate… y otra de pistacho.

—Yo me voy por fresa y chocolate blanco —dijo Madeleine, divertida—. Mis placeres culposos no se negocian.

Tomaron asiento en una de las mesas con vista a la plaza. Un grupo de niños jugaba cerca de la fuente, y una madre tomaba fotos con una cámara réflex colgada del cuello.

—¿Ves ese banco de allá? —dijo, señalando con la cuchara—. Cuando era niña, mi madre y yo veníamos todos los domingos. Comprábamos algodón de azúcar y me sentaba ahí mientras ella contaba historias. Siempre dejaba caer el algodón al suelo. Y ella se reía. Me limpiaba la cara y decía: «Eso te pasa por comértelo como si se fuera a acabar el mundo». —Sonrió, con los ojos brillantes por la nostalgia—. Lo curioso es que aún lo dice. Hace poco, en casa de mi hermana Melania, se lo dijo a Stella. Y yo me eché a reír como una loca. Fue como volver atrás treinta y cinco años.

Lauren esbozó una sonrisa, no dijo nada, pero le agradó pensar en Madeleine siendo una niña, sin el sufrimiento de dieciséis años a cuestas. Cuando terminaron con los helados, decidieron volver.

Los dos obreros que Lenny había enviado, estaban sentados en los escalones del porche a la espera de que alguien en casa pudiera recibirlos. En cuanto vieron el auto acercarse por la entrada de grava; uno de ellos se levantó primero, estirando los brazos para desperezarse, mientras el otro se pasó una mano por el flequillo pegado a su frente, debido a la humedad densa del aire; sonrió sin disimular el tedio de la espera.

Madeleine frunció el ceño al verlos y se llevó la mano al pecho, soltando un suspiro de culpa por ser una anfitriona olvidadiza. Había prometido estar allí temprano, pero entre la escuela, las compras y

compartir un rato agradable con Susan, los obreros pasaron a segundo plano.

—Hola, muchachos, ¿cómo están? Espero no haberles hecho esperar mucho —dijo mientras bajaba del auto, acomodándose el bolso en el hombro con una sonrisa conciliadora.

—Buenos días, señora Russell. Muy bien, gracias —contestó Zachary, que era el más alto de los dos. Un joven de unos veinticinco años, con el cabello castaño claro peinado hacia atrás y el rostro salpicado de pecas. Echó un vistazo discreto a la jovencita que bajaba del auto con ella.

—No se preocupe, recién llegamos. Por poco nos encontramos en el camino —añadió Calvin, que era más fornido y rubio. Llevaba una camisa de franela remangada y un overol manchado de pintura.

Cuando Madeleine se dirigió al maletero para sacar las bolsas de las compras, ambos se adelantaron, para ayudarla.

—Déjenos eso, señora Russell —dijo Zachary, tomando dos bolsas antes de que ella pudiera protestar.

—Qué amables son. Así da gusto regresar de hacer compras —respondió Madeleine con una sonrisa genuina. Luego miró a su hija, que bajaba con la caja de donas—. Chicos, me gustaría que conocieran a Susan.

Zachary y Calvin intercambiaron una mirada rápida, una que decía más que cualquier palabra, porque el nombre «Susan» no era cualquiera. En Maryland, el caso Russell había sido tema de conversación durante años. Y ellos, que trabajaban para Lenny, no eran ajenos a los rumores ni a las miradas tristes de los vecinos cuando se mencionaba a la hija desaparecida.

—Hola —dijo Lauren, elevando una mano con timidez. Sentía las miradas sobre ella como el foco de un escenario donde no había pedido estar.

—Mucho gusto —murmuró Calvin, con una torpeza inusual en su tono, ladeó la cabeza y forzó una sonrisa.

—Es un placer. —Zachary, por su parte, asintió con un gesto breve, más solemne que amable.

—Regresó con nosotros hace poco —intervino Madeleine, percibiendo la tensión en los jóvenes—. La policía nos pidió que

todavía no lo hagamos público. Que es mejor tomar las cosas con calma y así evitar, en lo posible, un asedio mediático... Por el momento, ustedes son los únicos que lo saben. —Eso más que información; era una advertencia envuelta en cortesía.

Los chicos lo entendieron perfectamente, por lo que solo asintieron; cada uno tomó un par de bolsas más y se encaminaron hacia la puerta trasera. Madeleine caminaba detrás de ellos, mientras Lauren los seguía un poco rezagada.

—Gracias, chicos. Son tan amables —dijo Madeleine mientras ellos dejaban las bolsas sobre la encimera de la cocina.

—Por nada, señora Russell —respondió Calvin, dándose vuelta y limpiándose las manos en el delantal de su overol.

—Con gusto —añadió Zachary, lanzándole una mirada a Susan, y sonriendo un tanto coqueto, aunque sin malicia.

Ella, incómoda, le devolvió una sonrisa rápida.

—¿Podemos empezar? —preguntó Zachary, ya listo para lo suyo.

—Por supuesto —respondió, asintiendo con entusiasmo.

—Vamos entonces a buscar las herramientas. Supongo que tendremos que desarmar algunos muebles —añadió Calvin mientras se dirigían de nuevo hacia la puerta.

—Sí —dijo Madeleine con una nota de tristeza que no logró ocultar—. La cuna... sobre todo.

Zachary asintió en silencio y Calvin bajó la mirada, salieron con un aire más serio.

—Ah... muchachos —los detuvo Madeleine antes de que cruzaran el umbral—. ¿Pueden darme media hora? Quiero recoger algunos juguetes y guardar la ropa antes.

—Por supuesto, señora Russell. Tómese su tiempo —respondió Zachary, con una deferencia que no tenía nada de obligatoria.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Madeleine se volvió hacia su hija. Había una expresión vulnerable en su rostro, como si tuviera miedo de herirla incluso al hacer una pregunta simple.

—Susan... ¿te gustaría ayudarme?

Lauren tragó saliva y bajó la mirada, como si las palabras hubiesen rozado un rincón del alma que todavía tenía costras.

—Sí... claro —respondió, aunque su voz salió como si le hubieran empujado el aire fuera de los pulmones.

Madeleine le acarició el brazo con suavidad. Ambas sabían que ese espacio no era solo una habitación, era una cápsula del tiempo, un altar. Lauren se detuvo en el umbral, porque tenía la sensación de que al entrar estaría profanando algo sagrado.

El sol filtraba su luz dorada a través de las cortinas florales desvaídas, mientras que una brisa templada, que aún conservaba los últimos suspiros del verano, se colaba por la ventana entreabierta. Madeleine se arrodilló junto al viejo baúl de madera pintado con flores infantiles. Las manos le temblaban al desatar el lazo rosa que lo cerraba.

—Puedes mirar lo que quieras —dijo con voz suave, casi temerosa.

Lauren asintió, pero no avanzó. Sus ojos recorrían la habitación con recelo, como si esperara ver a alguien más allí. Las paredes, pintadas en un tono lavanda muy suave, conservaban dibujos hechos a mano, recortes amarillentos pegados con cinta y una guirnalda de papel arrugada por los años. Una muñeca de trapo descansaba en una repisa, con los brazos abiertos, esperando unos abrazos que nunca llegaron. La cuna tenía una manta doblada cuidadosamente, como si Madeleine hubiese seguido haciéndolo por costumbre todos estos años.

—¿La cuna era mía? —preguntó al fin, con la voz ronca.

—La hizo tu padre con sus propias manos. —Asintió, sin volverse—. Usó madera de cerezo... Quería que fuera firme, pero hermosa. Como tú.

Lauren encontró un poco de valor para avanzar un paso. Había un mueble con cajones donde Madeleine empezó a guardar la ropa. Camisetas diminutas, un par de zapatitos, calcetines con ositos bordados. Cada prenda era una reliquia, una trampa emocional. Lauren no podía dejar de mirarlas, había algo absurdamente íntimo en ver la ropa que supuestamente fue suya, era como leer un diario ajeno, pero que todo mundo insistía en que ella lo escribió.

—¿Recuerdas algo...? —preguntó Madeleine, no con esperanza, sino con un deseo que rozaba el borde de la desesperación.

Lauren negó con la cabeza, no quería herir a Madeleine, pero tampoco podía mentirle o darle falsas esperanzas. Se arrodilló junto a ella frente al baúl. Sus dedos rozaron un sonajero de plástico opaco, una pulsera de cuentas, una postal con una caligrafía que decía «Mi pequeña flor».

—Está bien si no recuerdas, cariño. —Madeleine la observó de reojo y, sin poder evitarlo, le pasó el brazo por la espalda—. Tú estás aquí. Eso es lo único que importa.

Lauren asintió otra vez, pero sus ojos brillaban. Por dentro, se sentía como un *collage* de alguien más: hecha de piezas sueltas, prestadas, sin una historia completa que las uniera.

—¿Por qué guardaste todo esto? —preguntó en un susurro.

—Porque no podía dejarte ir. Porque algo dentro de mí se negaba a creer que no ibas a volver. Y porque... cada una de estas cosas me recordaban tu existencia, aunque el mundo quisiera enterrarlo bajo informes policiales y silencio.

Afuera, el viento había empezado a mover las ramas de los arces, por lo que algunas hojas ya caían, revoloteando como si fueran mariposas. Madeleine y Lauren se quedaron sentadas frente al baúl abierto; el pasado estaba desparramado entre juguetes y prendas diminutas; sin embargo, también lo estaban el presente y el futuro, sosteniéndose mutuamente con el frágil equilibrio de una madre y su hija reencontradas.

CAPÍTULO 49

A media tarde, la habitación que antaño era de tonos pasteles había sido despojada de su anterior personalidad, para convertirse en un lienzo blanco, con el olor reciente a pintura, como si respirara por primera vez. La mayoría de los muebles habían sido mudados al sótano por Calvin y Zachary, dejando solo una repisa y una cómoda.

—Puedes decorarlo a tu gusto, y si prefieres otro color, pídeselo a Lenny —dijo Madeleine con dulzura—. Él se encargará de enviar a los chicos con el que desees.

—Así está bien. —No había convicción en sus palabras, porque aún no sentía un impulso natural de pertenencia.

«Quizá, solo necesito tiempo, familiarizarme con los rincones; respirar este aire día tras día hasta hacerlo mío», pensó.

Madeleine asintió, comprensiva; no insistió, había aprendido que algunos silencios eran más elocuentes que cualquier palabra.

—¡Dios mío, la hora! —dijo al mirar su reloj de pulsera—. Tengo que ir a buscar a Stella.

—Si supiera conducir, iría yo —ofreció Lauren, con media sonrisa.

—No te preocupes, amor. —Ladeó la cabeza, con una sonrisa que intentaba esconder un dejo de ilusión—. Aunque pensándolo bien... sería bueno que aprendieras. Patrick o Lenny podrían enseñarte.

—La sola idea me pone de los nervios —admitió con un leve temblor en la voz.

—Sí, es común al principio. —Soltó una pequeña risa que surgió del recuerdo de sus propios miedos, ya superados—. Pero la confianza se gana más rápido de lo que uno cree… Aunque sabes qué, pienso que es mejor que te enseñe Lenny. Ustedes dos se

entienden mejor. —Antes de que Susan pudiera replicar, cambió el tema—. Me voy. ¿Quieres venir?

—Prefiero quedarme. —Lauren negó con una leve sonrisa—. Quiero limpiar bien esto… quizás esta noche pueda dormir aquí. Con un par de almohadas y una manta estaré más que servida.

—Cariño, ni tu padre ni yo vamos a dejar que duermas tan incómoda. Tenemos un colchón inflable. En cuanto él llegue, lo inflará. —Caminó a la salida—. Ahora sí, me voy. No tardo nada.

—Ve con cuidado —le dijo, regalándole una sonrisa.

Cuando la puerta se cerró, el suspiro que Lauren soltó, llenó el silencio como un lamento. Caminó hasta el centro de la habitación, clavando la vista en la pared blanca, a la espera de que apareciera algún recuerdo proyectado por su voluntad, alguna imagen perdida de su infancia, pero no había nada, ni siquiera sombras.

La orfandad, comprendió, no era solo la ausencia de padres, era también la ausencia de memoria. Era sentirse una hoja arrancada de un libro que nadie recordaba haber leído. Apretó los labios con fuerza; dándose por vencida, comprendió que no iba a obtener nada forzando vivencias o tratando de construir una vida que no recordaba con fragmentos de relatos familiares o fotografías desconocidas.

Así que se recogió el cabello, atándolo con los mismos mechones y se puso manos a la obra. Bajó a la cocina, buscó trapos y un balde con agua y desinfectante de lavanda. El aroma le resultó familiar, como si la fragancia intentara, tímidamente, ofrecerle un poco de calma.

Cuando Madeleine regresó con Stella, el cuarto brillaba. El suelo de madera parecía nuevo, la maleta y la mochila de Lauren estaban acomodadas, y la ropa doblada en los cajones. Intentó colgar algunas prendas en el armario, pero las perchas eran ridículamente pequeñas, pensadas para ropa de bebé.

—¡Susan, necesitas muchos muebles nuevos! —Stella irrumpió con su energía contagiosa, deteniéndose en medio de la habitación, con la boca abierta—. No solo la cama —dijo casi lanzando un decreto real.

—No tantos. —Lauren rio por lo bajo, con ese gesto agradecía que Stella le hiciera la vida más llevadera—. Con una cama y un escritorio estaré bien.

—¿Puedo dormir contigo mañana cuando llegue la cama?

—Claro que sí. —La presencia de Stella era una luz en medio del limbo emocional en el que vivía.

Mientras Susan ayudaba a Stella con las tareas escolares, Madeleine preparaba té para acompañar la donas de sidra de manzana que compraron. Sabía que su hija se aferraba a las costumbres inglesas, por lo que creía conveniente hacer un *afternoon tea*; no estaba dispuesta a permitir que se sintiera arrancada de su cultura de un día para otro.

Al terminar de disponer la pequeña mesa redonda en el porche, sonrió satisfecha con el resultado, bien sabía que no tenía comparación alguna con las que debían disponer en la casa de Harriet Deacon, pues no contaba con una torre de varios niveles con la más fina selección de bocadillos ingleses, ni la porcelana más exclusiva o el té de la mejor calidad, pero lo que sí había en esa mesa, era el más profundo amor.

Entró ilusionada a la casa y subió las escaleras para ir a por sus hijas, solo esperaba que a Susan le agradara la sorpresa.

—¡Hora del té! —anunció con voz alegre, asomándose en el umbral de la habitación.

Stella levantó la vista del cuaderno, confundida, y luego miró a Susan, que se echó a reír suavemente.

—¿Hora del qué? —preguntó la niña, frunciendo el ceño mientras se incorporaba.

—Ya verás —respondió Susan con una sonrisa misteriosa, tomando su mano—. Ven.

Guiadas por Madeleine, bajaron las escaleras y salieron al porche. El aire fresco de la tarde acarició sus rostros y el olor a manzana, canela y hojas secas las envolvió.

—¡Guau! —soltó Stella, en cuanto vio aquello.

Sobre una mesita redonda, Madeleine había dispuesto un mantel blanco con pequeños bordados florales, platos y tazas de

porcelana con detalles dorados, una tetera de loza humeante, azucarero con pinzas, pequeñas cucharillas alineadas con pulcritud y una bandeja con las donas que espolvoreó con azúcar glacé y canela.

—¿Esto es... una fiesta? —preguntó Stella, todavía asombrada.

—No exactamente. —Susan soltó una risita mientras se agachaba a su altura—. Es la hora del té, una tradición inglesa. Suele tomarse entre las tres y las cinco de la tarde, con dulces y algunos bocadillos salados. Y claro, con mucho té —explicó con tono didáctico, aunque sin perder la ternura.

—¿Pero así, con todo esto tan elegante? —Stella miró la mesa como si fuera parte de una película de época.

—Así es en algunas casas. En la mía... bueno, mi madre adoptiva lo hacía siempre que podía… Aunque nunca se trató de la comida o la porcelana elegante, lo hacía más que todo para que nos sentáramos a pasar un rato agradable de conversa y olvidarnos del mundo —dijo Susan, con una nota nostálgica en la voz.

—Y pensé que quizá sería bonito recuperar un pedacito de eso. —Madeleine, sonrió con orgullo—. Aunque estés al otro lado del mundo, no hay razón para que dejes atrás las costumbres que te hacen bien.

—Gracias —murmuró Lauren con los ojos brillantes, llevándose una mano al pecho—. Esto es demasiado encantador.

—Nada es demasiado cuando se trata de ti —respondió Madeleine, acomodando una servilleta junto a la taza de su hija—. No quiero que sientas que estás perdiendo todo lo que eras. Solo estás… sumando cosas nuevas.

Lauren le dedicó una mirada que decía más que mil palabras. Luego las tres se sentaron y, durante un rato, se dedicaron a saborear el té, las donas tibias y la calma del momento, envueltas por la suave luz del atardecer.

Una vez que el té se enfrió y las donas no eran más que migas azucaradas sobre los platos, las tres permanecieron unos minutos más en silencio, contemplando el jardín y dejándose acariciar por el sol tibio de otoño. Luego, como si una señal invisible las hubiera tocado, comenzaron a levantar la mesa con naturalidad.

Madeleine recogía las tazas, mientras que Susan doblaba las servilletas y Stella, cargaba con orgullo el azucarero como si llevara un tesoro frágil entre las manos.

—Cuidado, que eso es de la abuela de Madeleine —dijo Lauren en tono de broma.

Stella abrió los ojos, exageradamente alerta, y caminó despacito como si cruzara un campo minado.

—¡Lo logré! —exclamó al llegar a la cocina, triunfante.

Una vez todo estuvo en su lugar y la loza descansaba nuevamente sobre la alacena, Madeleine se secó las manos y miró a Stella con una sonrisa tierna pero determinada.

—Bien, jovencita. Es hora del baño, te toca salir brillante y perfumada antes de que me ponga a preparar la cena.

—¿Otra vez baño? ¡Pero si me bañé ayer! —protestó con un puchero ensayado que no convencía a nadie.

—Sí, y sobreviviste para contarlo —replicó Madeleine mientras le revolvía el cabello.

Lauren soltó una risita y se estiró, sintiendo que la tibieza del té y la compañía le habían aflojado los músculos tensos del día.

—Creo que aprovecharé para darme una ducha también. Me vendrá bien… despejarme un poco.

—Perfecto, así yo cocino tranquila y cuando esté la comida, las quiero a las dos en la mesa con ropa limpia y oliendo a flores —sentenció Madeleine con fingida severidad mientras guiaba a Stella escaleras arriba.

Susan sonrió y se quedó unos segundos sola en la cocina, sintiendo la calma después del té y el calor familiar que, aunque nuevo, le resultaba extrañamente natural. Luego, subió con pasos lentos, no quería romper el hechizo de una tarde que, por fin, había sido un poco feliz.

Antes de que Patrick llegara del trabajo y cuando la cena estaba a unos minutos para estar lista, Madeleine escuchó el rugido del Mustang de su hijo entrando a la propiedad, por lo que esperó el tiempo exacto para descolgar el teléfono y llamarlo.

—Aló —contestó con un tono bastante escueto.

—Hola, cariño. Te llamó para que vengas a la casa a cenar.

—Estoy agotado, mamá —dijo con voz áspera—. Traje pollo frito del Royal Farms, voy a comer eso y a descansar.

—¡Nada de eso! —espetó ella con firmeza maternal—. Guarda ese pollo, que mañana te servirá de almuerzo. Hoy se come pastel de cangrejo.

—Está bien… —Lenny resopló, sabía que discutir con su madre era una pérdida de tiempo y energía—. Pero solo un rato —suspiró derrotado. No quería ir, porque ver a Lauren era como meter el dedo en una herida abierta, su sola presencia le recordaba lo que no debía sentir… pero sentía de todos modos.

En el porche, Lauren estaba sentada en la mecedora, con la mirada perdida en el horizonte. Pensaba en James, sabía que la gira ya había terminado, por lo que se preguntaba si habría ido a buscarla en la residencia y si Prudence le habría entregado la carta. Todavía el corazón aún le palpitaba con fuerza cuando pensaba en él, era una mezcla dolorosa entre ansiedad y desilusión.

Pero entonces Leonard cruzó el umbral, vistiendo unos vaqueros gastados, una camiseta de la banda Metallica y su largo cabello rubio recogido en una media coleta. Esa imagen la golpeó como una ola inesperada, haciendo que James se diluyera en un rincón lejano de su mente. Con un nudo en la garganta, entendió algo que no quería admitir; si hubiera seguido en contacto con Leonard… jamás habría mirado a James. La certeza fue tan dolorosa como reveladora.

—Buenas noches —saludo él con voz grave.

—Hola… buenas noches —respondió, ronca—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te fue en el trabajo? —preguntó sin mirarlo a la cara.

—Bien. —La palabra flotó, escueta, hasta que se permitió una sonrisa ladeada—. Gracias por preguntar... se siente como si te importara un poco. —Llevaba en la mano una lata de soda, que abrió con un clic seco.

Lauren bajó la vista, incómoda. No por la frase, sino porque sí le importaba, y más de lo que debía. Leonard se apoyó contra el marco de la puerta, dando un sorbo a la soda.

—Mi madre dijo que ya desocuparon la habitación, también me dijo que esta noche quieres dormir allí. Voy a bajar al sótano a buscar el colchón y lo inflaré. Pero si quieres estar más cómoda... la habitación de invitados en mi cabaña está disponible —lo dijo a pesar de que sabía que estaba jugando con fuego.

—No —se apresuró a decir ella, con tono firme—. Prefiero ir acostumbrándome a mi habitación. De todas maneras, muchas gracias.

—Como prefieras. —Leonard asintió, aceptando la decisión con una serenidad que no sentía.

La verdad era que tampoco él se creía capaz de pasar una noche a solas con Lauren. Solo hizo el ofrecimiento porque su madre se lo suplicó, y prometió hacerlo pasar como iniciativa propia; como si él tuviera aún ese tipo de control sobre sus emociones.

—¿Te puedo acompañar a buscar el colchón? —preguntó Lauren, poniéndose de pie con una decisión tímida.

—Claro —dijo encogiéndose de hombros.

Ella se levantó de la mecedora, mientras él la esperó, y caminaron juntos por el pasillo hasta la puerta del sótano. Leonard fue el primero en bajar, encendiendo la bombilla colgante con una cadena. Una luz amarillenta parpadeó sobre los escalones, revelando un ambiente que olía a humedad, a madera vieja y a historias guardadas en cajas polvorientas.

El sótano contaba con estanterías de metal con adornos navideños fuera de temporada y cajas de cartón con letras borrosas que decían «ropa de invierno» o «cosas del colegio». En una esquina, una radio portátil con la antena rota descansaba junto a un montón de revistas Life y Rolling Stone apiladas con descuido.

—¿Qué es eso? —preguntó Lauren, señalando una pequeña caja de herramientas pintada con calcomanías gastadas de Van Halen y AC/DC.

—Mi primer intento de ser un técnico de sonido. —Leonard sonrió, nostálgico—. Tenía doce. Usaba esa caja para guardar cables de guitarras y un destornillador que no servía para nada... pero me sentía como todo un *roadie*.

—Quizá tenías talento —sonrió discreta.

—La verdad, no lo creo, pero lo que importa es la ilusión de niño —dijo mientras apartaba unas cajas—. Aquí está —anunció al encontrar por fin el colchón enrollado—. Y aquí está la bomba.

Subieron de nuevo, caminaron por el pasillo y subieron las escaleras hasta la habitación. Al entrar, Leonard echó un vistazo a las paredes todavía desnudas que olían a pintura fresca.

—Quedó bien, ¿no? —comentó con tono ligero—. Seguramente se van a ver increíbles ahí los afiches de Queen, The Who... podría conseguir uno de Roger Daltrey con ese atuendo que usó en el Live Aid. Ese que tanto te hizo suspirar.

Lauren se rio de verdad, una que se le escapó del pecho, devolviéndole los pedazos de quien solía ser.

—De verdad que lo apreciaría mucho —dijo entre risas, limpiándose una lágrima que no sabía si era de humor o de algo más profundo.

Leonard la miró, y por un instante, reconoció en ella a esa chica que brillaba entre la multitud, la que hacía girar cabezas, esa con la mirada cargada de fuego. La Lauren que lo hechizó, no la sombra que había llegado a su casa, herida, rota e irreconocible.

Ella lo notó, vio la forma en que él la miraba, como si viera el reflejo de una estrella apagada que ahora titilaba de nuevo. Y en ese instante, sintió que las mariposas resucitaban en su pecho; esas que James se había encargado de destrozar sin piedad. Apretó los labios, obligándose a cerrar esa puerta y encerrar lo que fuera que estuviera despertando.

Entonces, como un relámpago lleno de energía, Stella irrumpió en la habitación.

—¡¿Van a inflar ese colchón sin mí?! —exclamó con su risa contagiosa y un entusiasmo imposible de rechazar.

Lauren agradeció internamente esa interrupción. Se agachó junto a ellos para ayudar; entre risas, bromas y varios intentos torpes con la bomba manual, consiguieron extender e inflar el colchón.

Cuando terminaron, el espacio, ya parecía más una habitación, pero mientras Lauren observaba el lugar donde dormiría, esperaba que las voces en su cabeza, las imágenes de James, los recuerdos

de Londres y los ojos de Leonard, le dieran una tregua. Solo una noche… solo eso pedía.

—¡Llegó papi! —dijo Stella exultante al escuchar el motor de la Wagoneer y salió corriendo como si el mundo se redujera a ese reencuentro.

Lauren y Leonard se miraron, fue un gesto cargado de muchas cosas que no sabían cómo nombrar. Luego, sin tanta euforia, siguieron a Stella.

—¿Ya quedó el colchón? —preguntó Madeleine, mientras terminaba de salpimentar los vegetales.

—Sí —dijo Lauren—. Ahora voy a poner la mesa.

—Yo te ayudo —agregó Leonard, como si poner platos en la mesa fuera lo más importante del universo. Y quizás, por esa noche, lo era.

Londres – Inglaterra.

Una semana después de que lo dieran por muerto, James volvió a respirar con normalidad. Los médicos pronunciaron ese veredicto con una frialdad que dolía más que cualquier diagnóstico. El paro cardiorrespiratorio lo empujó a una oscuridad tan densa que a veces dudaba si realmente había sobrevivido. No hubo túnel, ni luces, ni recuerdos de su infancia; solo el peso aplastante de la nada. Y después, el infierno… ese que se llamaba abstinencia.

Sufrió como nunca, como nadie que no hubiese tenido veneno corriéndole por las venas podría imaginar. Le dolieron los músculos, huesos y órganos. Se revolcó, vomitó y gritó pidiendo algo, cualquier cosa, que apagara el incendio. Lo amarraron a la cama como a un animal herido. A veces, ni sabía dónde estaba y pedía por Lauren, siempre por ella. La vio en sueños, o en alucinaciones, qué importaba. Sonreía, se alejaba, le extendía la mano... y luego se desvanecía.

Ray y su madre fueron los únicos que no fallaron. Billie fue un par de veces, al igual que sus hermanos. Tommy no apareció ni una vez, pero según Billie, fue él quien lo mantuvo con vida al hacerle

reanimación durante minutos eternos, negándose a aceptar que se fuera.

Pero ni la sobredosis, ni la resurrección, ni los grilletes de la abstinencia dolían tanto como la ausencia de Lauren; no saber nada de ella lo estaba matando más lentamente que cualquier droga. Así que, cuando por fin le dieron el alta, James no volvió a casa. Fue directo a la residencia, porque quería comprobar si era cierto que Lauren no había regresado, o si solo era otra estrategia de Prudence. Sin embargo, Dove, le confirmó que ya no vivía allí.

—¿Se fue con su tía? ¿A otra residencia? —preguntó con el corazón en la garganta.

—No lo sé… —respondió Dove.

Él no le creyó ni una palabra, así que, insistió, casi rogando; pero la chica se cerró como una caja fuerte. Aunque su instinto le decía que la casa de Harriet sería el último lugar a donde Lauren se escondería, decidió ir de todos modos… tenía que intentarlo.

El destino, o quizá la necesidad, le jugó una última carta y encontró entre las pertenencias que Lauren dejó en su casa, un sobre de una postal que la vieja le había enviado; ahí estaba la dirección, vivía en una calle tan elegante que olía a dinero incluso en el papel.

Condujo sin pensar, solo sintiendo el peso del volante entre los dedos temblorosos. La casa era todo lo que Lauren había descrito. Fastuosa, de líneas impecables, con el tipo de simetría irritante que solo podía pagar la gente que se creía mejor que los demás. Había un auto deportivo estacionado enfrente; él se detuvo detrás, bajó, y caminó hasta la puerta como si supiera lo que hacía, cuando por dentro todo le gritaba que saliera corriendo.

Tocó el timbre; no una, sino dos veces, aunque no lo hizo con desesperación, sí con la ansiedad que nació de no poder fingir que estaba bien. La puerta se abrió; apareció una mujer diminuta, con cabello recogido implecablemente y unos ojos azules que contrastaban con su piel tan blanca que parecía hecha de porcelana inglesa.

—Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece? —dijo con un tono seco, aunque educado.

—Hola, buenas tardes. Estoy... estoy buscando a Lauren —respondió, intentando sonar cordial, pero su voz tenía las huellas de las noches sin dormir.

—¿Y quién la busca? —Beth lo estudió de arriba abajo, más por instinto que por descortesía.

—Soy James, su novio. Nos separamos porque estuve de gira, pero… ya regresé y quiero hablar con ella. Sé que está aquí. —Era una mentira a medias, pero a veces la verdad no abría puertas.

—Lo siento, joven. —Beth negó con la cabeza, utilizando su cuerpo contra en el marco de la puerta como una barrera—. Lauren no está aquí, ella no vive en esta casa.

James estaba a punto de insistir cuando una voz de mujer sonó desde dentro.

—¿Beth? ¿Quién llamó a la puerta?

—Disculpe… —James supo al instante que era Harriet—. Señora Deacon —alcanzó a decir, tratando de avanzar, pero Beth no lo dejó. Así que habló desde el umbral con la voz entrecortada por la desesperación—. Estoy buscando a Lauren. Soy su novio… James.

—Disculpa, jovencito. —Harriet apareció, impecable como una viuda rica en una novela de Agatha Christie. Lo miró como si acabara de encontrar una mancha en su alfombra favorita—. Aquí no está Lauren; ella no vive en esta casa.

—Lo sé, solo quiero saber si sabe dónde está. Fui a la residencia, tampoco está allí…

—No, la verdad no lo sé —mintió con una tranquilidad glacial.

—¿Qué demonios hace este imbécil aquí? —tronó una voz masculina desde el interior.

James apenas necesitó escucharlo para sentir que el aire se hacía insoportable. Brendan apareció con paso decidido, el ceño fruncido y los puños tensos.

—¡Largo de aquí! —le espetó sin preámbulo, empujándolo con fuerza.

—Amigo, cálmate. —James se tambaleó, pero no retrocedió—. Solo quiero saber dónde está Lauren.

—¡En tu puta vida vas a saberlo! ¡Aléjate! —gruñó Brendan, señalando la calle como si exorcizara a un demonio.

—¡Dime dónde está Lauren!

—Te hemos dicho que no sabemos —intervino Harriet, visiblemente nerviosa al ver a su hijo fuera de control—. Solo vete o llamaré a la policía.

—No, no me iré si no me dicen dónde encontrarla. —James sintió el corazón galopar; era evidente que lo sabían, podía leerlo en sus rostros, lo olía en el silencio de Beth; en la tensión en los hombros de Harriet y en la rabia visceral de Brendan.

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas a joder! —Brendan salió de nuevo, esta vez decidido a hacerlo volar. Le dio un empujón tan violento que James se golpeó con una de las columnas de la entrada —. ¡No te acercarás a Lauren nunca más! ¿Lo entiendes o quieres que te lo haga entender?

—¡Hijo de puta! —dijo James temblando, pero desafiante—. Te crees con más derecho sobre Lauren que yo. ¡Tú no eres nada para ella!

—¡Tú menos! ¡Fuera de aquí o te parto la puta cara!

—¡No te tengo miedo, imbécil!

—¡Ya, por favor! —intervino Harriet, sujetando el brazo de su hijo. Su voz temblaba más de lo que habría querido admitir—. Beth, llama a la policía.

El ama de llaves corrió al recibidor, enredada en su propio temblor. Justo entonces, Paul bajaba las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó, al ver el caos desde arriba.

—Tu hermano y el cantante ese... que está aquí. ¡Se están peleando! —jadeó Beth.

Paul, aún con el guion de teatro en la mano, bajó los últimos escalones y salió en apoyo de Brendan.

James lo entendió al instante; dos contra uno, sin aliados y sin respuestas, se vio derrotado, caminó hasta su auto sin mirar atrás. No era cobardía, solo era estrategia. Iba a encontrarla, lo sabía, lo sentía en los huesos; no iba a rendirse, porque había estado muerto. Y lo único que lo trajo de vuelta fue Lauren.

CAPÍTULO 50

A pesar de contar por primera vez con una cama cómoda y una habitación propia, Lauren apenas logró dormir tres horas. Su cuerpo se hundía en las sábanas limpias, pero su mente no encontraba descanso. La ansiedad era una bestia inquieta que la devoraba lentamente bajo la penumbra y el silencio de la madrugada la envolvía, cargado de pensamientos que no cesaban. Y cuando al fin logró cerrar los ojos, la mañana llegó demasiado rápido, cruel y luminosa, como si se burlara de sus temores.

No era solo la falta de sueño, era el peso de los cambios recientes, la cantidad abrumadora de rostros nuevos, de nombres, de expectativas... y de la idea, tan ajena, de que todos ellos eran su familia.

Desde su habitación, escuchó los pasos suaves de Madeleine cruzar el pasillo. Aunque era sábado, ya estaba despierta y activa; pensó en levantarse enseguida, quería ayudar con el desayuno, sentirse útil, demostrar algo, pero la sola idea de que le preguntara si había dormido bien la hizo detenerse. No quería mentir, y tampoco quería que la viera con los ojos hinchados y el rostro pálido.

Así que esperó hasta que los sonidos de la cocina le confirmaron que Madeleine ya estaba distraída entre sartenes y ollas. Entonces se levantó, se lavó el rostro con agua fría, intentando borrar los rastros de la noche en vela; al mirarse al espejo suspiró con resignación, no era suficiente, pero fingiría que sí.

Al bajar las escaleras, fue recibida por el aroma dulce de los panqueques recién hechos y el café. Madeleine tenía ya una pila considerable de panqueques en un plato, y al lado, una enorme cantidad de mezcla esperando turno.

—Buenos días —saludó, forzando una sonrisa leve—. ¿Puedo ayudarte con los huevos?

—Buenos días, cariño. —Madeleine giró hacia ella con una sonrisa radiante; tenía el delantal salpicado de harina—. Sí, son esos de la cesta.

—¿Todos? —Lauren se acercó y miró con asombro la docena de huevos que había.

—Sí, todos. Patrick y Lenny comen por diez… especialmente los sábados —dijo Madeleine entre risas, meneando la cuchara con la que removía la mezcla.

—Entiendo… —murmuró, sintiéndose parte de un ritual familiar al que aún no sabía si pertenecía o solo estaba de visita. Tomó los huevos con cuidado—. ¿Los hago fritos o revueltos?

—Revueltos, bien esponjosos.

Lauren asintió en silencio, quebrando los primeros huevos con gesto concentrado. Más que cocinar, era una forma de canalizar los nervios. Cuando terminó, también se encargó del bacón, dejándolo crujiente. Madeleine, mientras tanto, terminó los panqueques y comenzó a preparar una ensalada de frutas con manzanas, peras, uvas y trozos de melón.

Media hora después, la cocina era un escenario caótico pero feliz. La mesa rebosaba de comida, y el aroma del desayuno impregnaba el aire como una promesa de normalidad. Cuando todos se sentaron a comer, hubo risas, debido a chistes internos que Lauren aún no entendía, pero nadie la excluyó. Durante ese banquete matutino, logró, por un instante, no pensar en el compromiso que la esperaba ese día, en la presión de ser «Susan».

Una vez que terminaron de comer, Leonard se levantó con su habitual gesto serio y anunció que regresaría a su cabaña. Le pidió a su padre que le avisara cuando ya estuvieran por salir.

Los demás se acomodaron en el sofá frente al televisor. Era sábado, y eso significaba ver dibujos animados en familia, empezaron con *The Bugs Bunny and Tweety Show*.

Lauren, de reojo, vio cómo Stella se acurrucaba contra Patrick, apoyando la cabeza en su hombro mientras reían juntos con las locuras del Correcaminos y el pobre Coyote. Esa imagen se le clavó

en el pecho, porque había algo tan puro y cálido en esa escena; una niña que confiaba ciegamente, en un padre que protegería con la vida misma. Cuando el episodio terminó, Stella saltó del sofá con energía renovada.

—¿Papi, podemos ir al huerto.? —preguntó, tirando de su brazo.

—Claro, pequeña —respondió Patrick con un guiño, y luego se volvió hacia Lauren—. ¿Quieres venir con nosotros?

—Sí, aunque no creo ser de mucha ayuda. —La idea de hacer algo práctico le pareció de gran alivio—. No tengo ni idea de horticultura.

—¡Yo puedo enseñarte! —Stella se giró hacia ella con los ojos brillantes—. Es muy fácil… si tratas a las plantas con amor, ellas crecen felices.

—Trato hecho. —Lauren soltó una risa leve, contagiada por su entusiasmo—. Les hablaré con dulzura.

Patrick, Stella y Lauren caminaron hasta el cobertizo, donde sacaron guantes de jardinería, rastrillos y bolsas con abono orgánico.

En el huerto rectangular cultivaban tomates, pimientos, espinacas, y algunas plantas de maíz que se mecían con el viento. También había matas de albahaca, lavanda y romero creciendo al borde, perfumando el ambiente.

Stella le enseñó a Lauren cómo remover con cuidado la tierra seca alrededor de las plantas y cómo identificar si los tomates estaban listos para recolectar.

—Si están rojos pero firmes, ya es hora —le explicó, con voz de maestra.

—¿Así? —Lauren se agachó, tomó uno entre los dedos y lo giró con suavidad hasta que se soltó.

—¡Perfecto! —exclamó Stella, aplaudiendo.

Patrick trabajaba en silencio, revisando las mallas que sostenían las plantas de pimientos. De vez en cuando levantaba la mirada para ver cómo interactuaban sus chicas. Su sonrisa era discreta, casi imperceptible, pero real. En ese momento, Madeleine llegó con una bandeja en las manos, donde llevaba tres vasos altos y una jarra con limonada recién exprimida.

—Hora de refrescarse —anunció con dulzura.

Los tres se sentaron en la sombra de un roble. Lauren bebió lentamente, disfrutando del sabor ácido con un toque de miel. Miró sus manos manchadas de tierra, sus uñas negras y pensó que se sentía bien. Cansada, pero tranquila.

—Aprendiste rápido —le dijo Patrick, dándole un leve empujón en el hombro.

—Buena maestra —respondió, mirando a Stella, que sonrió orgullosa.

La casa de los padres de Madeleine era una especie de cápsula del tiempo, un homenaje elegante al estilo *Craftsman* que dominaba los suburbios americanos décadas atrás. Su fachada de gris azulado despedía una quietud noble, interrumpida por las molduras blancas que delineaban ventanas con vitrales de flor de lis. Los porches de madera tenían barandas anchas que invitaban al descanso, y desde el techo colgaba una maceta rebosante de geranios encendidos como rubíes. El jardín estaba perfectamente podado, con setos alineados y hortensias inmensas, pero nada de eso podía tranquilizar el corazón de Lauren.

Con cada paso que daba hacia la entrada, sentía que sus rodillas perdían estructura, era como si el suelo mismo deseara tragársela.

Madeleine iba unos pasos adelante, con su infalible tarta de queso y arándanos; mientras que, Patrick, sereno como siempre, sostenía la pequeña mano de Stella, que trotaba emocionada con su vestido celeste. Lauren marchaba al lado de Lenny, demasiado cerca para su comodidad emocional. El viaje había sido un desfile tenso de silencios, apenas tapado por los chillidos musicales de Stella, que había cantado con entusiasmo todo el repertorio pop de los últimos dos años. En algún momento, Leonard se mostró divertido ante las interpretaciones de su hermana. Ella, en cambio, no.

La puerta se abrió antes de que pudieran tocar. Marcus y Jeane salieron con la sonrisa que habían practicado para no parecer tan eufóricos. Sin embargo, sus miradas traicionaron toda contención, porque se fueron directas a Susan. Era como si vieran a un milagro hecho realidad.

—Bienvenidos —dijo Jeane con una dulzura que se le escapaba por los ojos. Abrió los brazos, aguantándose de correr a abrazarla.

Stella, en cambio, corrió hacia ella con los brazos abiertos. Jeane la recibió con una risa llorosa, colmándola de besos apurados.

—Mi niña bonita… qué grande estás… —murmuró, con la voz trémula.

Marcus saludó a Madeleine con un beso, luego recibió la tarta y le dio a Patrick un apretón firme y afectuoso.

—Papá… mamá… —Madeleine se adelantó unos pasos, con la emoción subiéndole a la garganta—. Ella es Susan.

—Hola… —dijo Lauren con la voz estrangulada, forzando una sonrisa débil, que pedía disculpas por no recordarlos—. Es un placer.

Marcus dio un paso hacia ella, observándola con una mezcla de asombro y ternura.

—Hermosa, el placer es nuestro —dijo Jeane, mirando los atrayentes ojos de su nieta—. Tenerte de vuelta, es algo que no creímos que volveríamos a vivir.

Lauren inclinó levemente la cabeza, su mirada esquivó la de ella con discreción; sentía un amor que todavía no podía corresponder. Jeane no quería abrumarla y tampoco quería quitarle atención a sus otros nietos.

—Lenny, amor mío… cada vez que te veo, estás más guapo —dijo, girándose hacia su nieto mayor, con un brillo cómplice en los ojos—. ¿Qué te estás echando en la cara, niño? ¿Magia?

—Gracias, abuela —sonrió Leonard, dándole un beso en cada mejilla—. Es genética. Tú también luces de veinte.

Lauren no pudo evitar coincidir con Jeane. Leonard tenía una belleza rebelde que parecía hacerse más intensa con los días, pero se obligó a desterrar el pensamiento como si fuera un insecto que le zumbaba en la conciencia.

—Cariño, bienvenida de nuevo a casa —dijo Marcus, con la voz un poco temblorosa—. Con tu familia.

—Gracias —susurró, sin poder sostenerle la mirada. El corazón le palpitó más rápido. ¿Cómo respondía a eso, si no tenía memoria del hogar?

—Por favor, pasen, siéntanse en casa —insistió Jeane, dando un paso hacia adentro—. Todo está listo.

Cuando Lauren cruzó el umbral, fue como atravesar un portal. Del otro lado la esperaba un mar de rostros, algunos vagamente parecidos entre sí, todos iluminados por la misma mezcla de ansiedad y alegría. Arthur y Christina, los padres de Patrick, se pusieron de pie casi al instante. Arthur se limpió las manos con disimulo en los costados del pantalón antes de extenderlas.

—Así que tú eres nuestra Susan —dijo con voz ronca, emocionado—. Has crecido como un roble. Y más bella de lo que recordábamos.

—Bienvenida, querida. —Christina tenía las manos juntas, apretadas como si rezara en silencio—. No sabes cuántas veces soñé con este momento.

Lauren sonrió sin saber dónde poner las manos. Se dejó abrazar y se sentía como si estuviera prestando su cuerpo para una ceremonia que aún no comprendía. Luego vinieron su tía Melania, su esposo Joel y sus dos hijos; un niño de unos cinco años que se escondía detrás del padre, y una adolescente de doce que la miraba con fascinación como si estuviera frente a una estrella de rock.

—Eres exactamente igual al dibujo… —dijo Melania, sin poder evitar mirarla de arriba abajo. No pudo contenerse en darle un abrazo sentimental—. Te pareces mucho a tu tía Melanie…

—Eso me han dicho —respondió Lauren, buscando con su mirada a esa mujer de la que al parecer, había heredado el mayor parecido, pero no la halló.

—Bienvenida, Susan. —Joel le ofreció un apretón de manos cálido y educado—. Tu historia… bueno, es un milagro que estés aquí. —Él se integró a la familia mucho después de la desaparición de la niña, pero como siempre fue un tema recurrente en cada reunión, sentía que en verdad la conocía.

Lauren solo asintió, sintiéndose rodeada de mucha atención. Demasiado amor a cuenta de algo que ella no recordaba haber vivido. Y aun así, no quería decepcionarlos.

Madeleine notó la ausencia de su hermana menor, pero suponía que no debía tardar en llegar, porque imaginaba que estaba ansiosa

por reencontrarse con Susan. Aunque nunca hablaba del tema, ella sabía que Melanie sufrió mucho la desaparición, porque cargaba con una culpa demasiado pesada.

El sol empezaba a inclinarse, derramando una luz ámbar sobre el porche trasero de la casa y el jardín se convirtió en un lienzo en movimiento con niños corriendo, adultos sentados en sillas plegables con vasos de limonada, y la tarta de queso reduciéndose en la mesa como si el tiempo también se la estuviera comiendo.

Lauren estaba sentada en uno de los bancos de madera, bajo un toldo, con una taza de té entre las manos. La porcelana temblaba ligeramente, mientras fingía observar los rosales, los jazmines y una fila de tulipanes; sin embargo, sus ojos se desviaban, hacia donde Leonard jugaba con los niños.

Él había improvisado una especie de carrera de obstáculos usando cojines y ramas, mientras gritaba instrucciones en voz alta como un general en el campo de batalla.

—¡Soldados, al ataque! ¡No dejen que los zombis lleguen al fuerte!

Los niños chillaban encantados. Él se tiraba al suelo, rodaba, fingía ser mordido y luego curado por Stella, que lo perseguía con una rama como si fuera una varita mágica.

Lauren no pudo evitar sonreír, asombrada de verlo revelarse sin máscaras. Leonard, con la camisa remangada y la risa desbordada, parecía otra versión de sí mismo. Más niño, más libre, pero también más lejano.

«Si todo hubiera sido distinto», la atacó ese pensamiento recurrente. Si ese reencuentro en Londres no se hubiese ahogado en desaciertos, si las promesas hechas no se hubieran convertido en un eco trágico y si no llevaran ahora la condena de un apellido compartido.

—Él siempre fue así —dijo una voz a su lado.

Lauren se giró, para ver a Jeane que se sentó junto a ella con una taza de té igual a la suya. Sus manos eran pequeñas y arrugadas, pero la forma en que sujetaba la taza era firme.

—¿Así cómo? —preguntó con un intento de ligereza que no le salió del todo natural.

—Salvaje por fuera, dulce por dentro. —Jeane sonrió—. Se metía en problemas en la escuela porque defendía a los chicos que molestaban. Una vez empujó a un compañero por llamar idiota a otro niño. Diez años tenía. Y no se arrepintió. *«Lo volvería a hacer»,* dijo. Yo estaba tan enojada… y tan orgullosa.

—Tiene un gran corazón —dijo, más para sí que para Jeane; bajó la vista a sus dedos que jugaban con la cucharilla de su té.

—¿Sabes? —La abuela la observó por un momento—. No quiero presionarte, no espero que seas la misma niña que se perdió. Nadie lo espera, no necesitas recordar nada para que seas parte de esta familia. Estás aquí con nosotros… Y eso basta.

—Me siento como… —Lauren tragó saliva, porque esa bondad la desarmaba—, como una impostora —murmuró—. Es como si me hubieran puesto un vestido que no me queda, pero, aun así, todos insisten en que me luce bien.

—¿Y si piensas que es un recuerdo nuevo? —Jeane tomó su mano. Estaba tibia y suave—. Uno que empezamos a escribir ahora. Tienes derecho a escribir tu versión de esta historia, no tienes que encajar en páginas viejas.

Lauren sintió un nudo en la garganta, le asombraba que alguien pudiera ser tan sabio sin hablar como si estuviera dando un discurso. Solo bastaba decir lo justo.

—Gracias —murmuró. No sabía cómo agradecer tanto amor sin merecerlo.

—No tienes que agradecerme nada, cariño. Tienes los ojos de tu madre, pero el alma… esa es toda tuya.

Una carcajada en el jardín les hizo desviar la mirada. Leonard estaba tirado en el césped, tenía a Kurt subido en la espalda y a Stella encima de los hombros.

—¡Súbete al tren zombi! ¡Vamos a atacar la cocina!

—¿Cómo te llevas con Lenny? De niños eran muy unidos… Él siempre fue muy protector contigo.

—Nos llevamos bien… Supongo —dijo soltando un suspiro—. No me habla mucho de cuando éramos niños.

—Y tienen muchas anécdotas. Una vez se interpuso ante un perro, para evitar que te mordiera… a pesar de que era un Yorkshire

terrier, terminó con unos cuantos rasguños y seis pinchazos de las vacunas antirrábicas.

—¿En serio? —preguntó, como si necesitara que Jeane lo confirmara en voz alta, no por dudar de la historia, sino por lo absurda, dulce y dolorosamente real que sonaba.

—Así como lo oyes. —Ella asintió, riéndose para sí como si reviviera la escena en una vieja cinta de video mental—. Fue en el jardín de atrás, justo donde ahora están los rosales. El perro de los vecinos se coló por un hueco en la cerca. No era grande, pero ladraba como si quisiera comerse el mundo. Tú jugabas con una muñeca, ni lo notaste. Pero Lenny… él lo vio. Y antes de que el animal pudiera acercarse demasiado, le lanzó una piedra, lo espantó y… —Alzó las cejas con teatralidad—, cuando el perro se le fue encima, no retrocedió y lo enfrentó con valentía.

—¿Y luego? —preguntó Lauren soltando una carcajada incrédula. La taza de té tembló entre sus manos.

—Luego el perro se fue aullando y Lenny terminó en la sala de emergencias. Lloró con la primera vacuna, pero luego me dijo que dolía menos que pensar que el perro te hubiera lastimado.

La risa de Lauren se quebró. No llegó a ser un llanto, pero sus ojos brillaron, cargados con una emoción densa, casi imposible de nombrar.

—No tenía idea… Nadie me había contado eso.

—Es que hay recuerdos que no se cuentan, cariño. Se guardan, se protegen. Lenny quizá no te lo haya contado, pero cuando te ve, cuando te mira… —Jeane la observó de soslayo—, me doy cuenta de que no ha dejado de hacerlo… De protegerte.

Lauren bajó la vista, porque el peso de esas palabras la llenó de calidez, pero también era un recordatorio cruel del muro que ahora se alzaba entre ellos.

—¿Sabe? —dijo en un susurro—. A veces me despierto en medio de la noche y tengo la certeza absurda de que todo esto es un error. Que cuando me hagan la prueba, será negativa y me dirán: «Lo sentimos, no eres Susan Russell. Puedes volver a tu vida».

No sabía por qué, pero con Jeane le salía fácil decir esas cosas. Era como hablarle a alguien que sabía escuchar sin juzgar, que

entendía el dolor sin pedir explicaciones. No podría habérselo dicho a Patrick, ni mucho menos a Madeleine; con Jeane, en cambio, las palabras encontraban su salida antes de que pudiera detenerlas.

—Y si eso pasara. —La anciana miró el jardín y luego al cielo teñido de cobre y azul, como si buscara una señal ahí—. ¿Te irías?

Lauren no supo qué decir. Su mirada vagó hacia el césped, donde Leonard fingía desmayarse después de una «batalla final». Los niños reían, trepados encima de él como si fuera una montaña humana.

—No lo sé —respondió al fin—. Supongo que ya no sería tan fácil irme.

—Ese es el punto, querida. —Jeane se levantó con dificultad, apoyándose en el brazo del banco—. No todo lo que nos ata es sangre. A veces, lo que nos retiene es el amor que fuimos sembrando sin darnos cuenta.

Lauren la vio alejarse con pasos lentos pero firmes. Luego volvió la vista al jardín, justo cuando Leonard la miraba de nuevo, esta vez no sonreía. Solo la miraba con intensidad.

Leonard miró hacia el porche, en busca de Lauren entre las sombras del toldo; solo para descubrir también lo miraba, solo fueron unos segundos, pero no se necesitaban más. Ella desvió la mirada antes de que la viera llorar; el té en sus manos ya estaba frío. Los niños y Leonard siguieron jugando; pero en su interior, todo era una batalla.

CAPÍTULO 51

Esa noche, apenas llegaron a casa, Leonard dejó con sumo cuidado a Stella en los brazos de su padre. La pequeña, agotada por la intensa jornada de juegos y risas, se rindió al sueño en el auto, con la cabeza vencida sobre su hombro. No se despertó ni siquiera cuando cambiaron de ambiente; simplemente suspiró en sueños, como si aún corriera por el jardín.

No se demoró en las despedidas, le dio a su padre una palmadita en el brazo, un gesto breve y afectuoso. A su madre le dejó un beso en la mejilla; sin embargo, cuando llegó el turno de Lauren, la miró con una mezcla de deseo y culpa; quiso dar un paso atrás, pero no lo hizo, solo terminó inclinándose y le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Hasta mañana —murmuró, sin mirarla a los ojos.

Luego se alejó a grandes zancadas, con una verdad insoportable persiguiéndole. No entró a su cabaña buscando descanso, sino que fue directo por las llaves del auto, decidido desde hacía horas ir a visitar a su tía Melanie. No podía quedarse con la incertidumbre; quería hablar con ella, mirarla a los ojos, entender por qué no fue al almuerzo. Aunque en el fondo ya lo sospechaba, solo que necesitaba oírselo. Que lo dijera, aunque fuera con la tristeza de la que nunca se despojó.

Sentía una punzada de compasión por su tía, sabía cuánto había cargado. Años enteros siendo señalada, culpada, convertida en una sombra dentro de su propia familia. Nunca se permitió celebrar, nunca volvió a reír como antes; porque en algún lugar oscuro de su alma, creía que el destino de Susan, o su desaparición, era culpa suya. Como si hubiese fallado en protegerla, como si cargar con esa pérdida fuera su condena personal.

Pero ahora Susan había vuelto. Y él pensaba que eso bastaba para reparar el daño; ya era hora de que su tía dejara de vivir como una paria y que saliera de ese exilio emocional autoimpuesto, de esa cueva de culpa. Que volviera a ser parte de los abrazos, de las sobremesas y de las risas familiares. Que se permitiera, al fin, algo parecido a la felicidad.

Con ese pensamiento, subió al auto, encendió el motor y se internó en la carretera. La oscuridad del bosque parecía más densa esa noche, como si incluso la luna hubiera decidido esconderse tras los altos pinos. Conducía con las luces largas encendidas, abriéndose paso entre la niebla tenue; cada bache o crujido de ramas bajo las ruedas, lo hacía apretar con más fuerza el volante.

La cabaña de su tía Melanie, apareció entre los árboles, de tejado empinado y con las farolas amarillentas parpadeando como luciérnagas; el porche, envuelto por enredaderas, fue iluminado solo por la luz de los faros. Apagó el motor, y el silencio volvió a devorarlo todo. Salió del auto y se quedó unos segundos respirando hondo. Sabía que ella ya tenía que saber que él estaba allí. No por el sonido del auto, ni por el crujir de la grava, sino porque ella lo sentía. Cuando estuvo frente a la puerta, los maullidos le dieron la bienvenida; sonrió, a pesar del nudo en su estómago.

—Vamos, bribones... —susurró, al tiempo que abría la puerta.

Apenas rozó la manija las tres sombras se arremolinaron al otro lado del umbral: Houdini, el negro de ojos dorados; Greta, la gris atigrada de porte altivo; y Mozart, el marrón, gordo y melodramático como su nombre. Los gatos le dieron paso con la solemnidad de una corte real, pero apenas cruzó el umbral, comenzaron a restregarse contra sus piernas, demandando atención como si su ausencia hubiera durado años.

—Nunca cambian ustedes, ¿eh? —Lenny se agachó para acariciarlos, rascando detrás de las orejas a Houdini, que ronroneó como un motor viejo.

—Y tú nunca avisas —dijo la voz cálida de Melanie, a pocos metros. Estaba junto al umbral que daba al salón, envuelta en un chal bordado y con los brazos cruzados, observándolo con ternura y

resignación. Su cabello castaño claro le caía suelto sobre los hombros y tenía esa sonrisa apacible que a él lo calmaba.

—Y tú nunca dijiste que no irías al almuerzo. —Lenny se enderezó y caminó hacia ella, esquivando a Mozart, que intentaba subirse a su pie. Al llegar a su lado, la abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla. Su tía olía a lavanda, madera y al perfume antiguo que siempre usaba—. Pensé que si alguien querría verla… serías tú —dijo, soltándola despacio. La miró, buscando en sus ojos una excusa válida, algo que no le supiera a derrota, pero ella bajó la vista.

—Entonces sí crees que es Susan —murmuró, sin mirarlo—. Pensé que tú mismo te negabas a esa idea. Aquella noche, en la llamada me dijiste que creías que no lo era. Que podía ser… otra persona.

—Lo que te dije por teléfono fue solo… una reacción estúpida. —Lenny se frotó la nuca, sintiéndose incómodo, atrapado entre la verdad y la vergüenza—. No estaba preparado. Fue como ver a un fantasma, tía Mel. Fueron muchos años esperando, deseando que apareciera. Y cuando al fin pasa… simplemente no supe qué hacer. Fue el impacto, algo dentro de mí se negó a aceptarlo.

—¿Y ahora? —preguntó, asintiendo levemente, sin levantar la mirada.

—Ahora… no sé. Quiero pensar que es ella, que todo este infierno terminó... ¿Por qué no fuiste? —insistió él.

El suspiro que soltó Melanie pareció arrastrar años de cansancio. Se sentó en una de las sillas de mimbre junto al ventanal, con las manos en el regazo. Greta saltó al sillón contiguo, como una sombra fiel.

—Porque… aún no estoy lista. Tal vez, al igual que tú, no estoy preparada para verla —dijo en voz baja—. O tal vez soy demasiado cobarde. Temo que ahora, que es adulta, me culpe por lo que pasó. Por no haber sabido protegerla.

Lenny, solo la observó con un gesto de comprensión dolida. Sabía que su tía siempre había sido el chivo expiatorio, la oveja negra con la que todos pagaron el precio del dolor.

—No fue tu culpa —dijo, finalmente—. Y lo sabes.

—Lo sé… —susurró—. Pero nunca fue suficiente saberlo para dejar de sentirlo. —Se hizo otro silencio, más liviano esta vez. Entonces ella se levantó—. ¿Quieres un té?

—Prefiero una cerveza.

—Sabes que no bebo. —Lo miró con una ceja alzada, apenas divertida.

—Pero siempre guardas una para mí —dijo sonriente.

Ella solo se limitó a levantarse con un suspiro y caminó a la cocina, mientras los tres gatos la escoltaban, con sus colas en alto y maullidos hambrientos. Lenny los siguió, y al cruzar ese umbral pequeño y tibio, con el olor a pan tostado y especias flotando en el aire, se sintió más en casa que en la casa de sus propios padres.

La cocina era un rincón detenido en el tiempo con cortinas de cuadros rojos y una estufa de hierro fundido. Melanie sacó una botella del refrigerador y se la tendió sin palabras. Él la tomó y le dio un largo trago. El frío le bajó por la garganta refrescante.

—¿Cómo es ella? —preguntó, sin mirarlo, mientras le servía comida los gatos—. Susan.

Lenny se quedó en silencio, con la botella a medio camino de su boca. No podía decir demasiado, sin delatarse.

—Es… Susan —dijo al fin, encogiéndose de hombros—. Delgada, alta… Tiene los ojos del color de mamá. Todos dicen que se parece más a ti que a cualquier otro miembro de la familia.

Melanie sonrió, tímida y se acuclilló para acariciar a Mozart. Adoraba a sus gatos, los trataba como hijos; les hablaba, los mimaba y les cantaba. Lenny había aprendido a quererlos también, sabía que el día que alguno faltara, ella se partiría en dos.

—A veces me cuesta creer que haya pasado tanto tiempo —murmuró, mientras los gatos comían con avidez a sus pies—. Y que aún me duela como el primer día. —Se volvió para prender la estufa, luego puso la tetera.

—Fue difícil para todos —dijo Lenny, con un tono sereno, mirando la etiqueta de la botella que sostenía entre las manos—. Pero sé que, para ti, lo ha sido especialmente. Porque además del dolor, llevas encima una culpa que nunca mereciste. Y eso pesa mucho más de lo que los demás imaginan.

—¿Y Stella? —Ella bajó la vista, mientras ponía una bolsita de té negro dentro de una taza—. ¿Cómo se portó hoy? —preguntó alzando la mirada con un intento de sonrisa.

—Jugó todo el tiempo con Kurt y Emelie —dijo Lenny, relajando los hombros mientras apoyaba la botella de cerveza sobre la encimera—. Se la pasó corriendo por el jardín con ellos, riendo como si no hubiera mañana. Yo también terminé jugando un rato y me arrastraron, literalmente… —añadió con una leve sonrisa—. Cuando nos subimos al auto para volver, se quedó dormida casi al instante.

—Seguro se lo pasaron muy bien… —murmuró, justo en el momento en que la tetera dejó escapar un pitido agudo—. Y estoy casi segura de que mi madre y Christina hicieron comida como para alimentar a un batallón.

—Sí… fue demasiada comida. —Lenny asintió con una pequeña risa, mientras la miraba verter el agua hirviendo en la taza—. Como si tuvieran miedo de que alguien quedara con hambre… Todos esperaban por ti —dijo sin reproche, con suavidad.

—Tal vez… —Melanie desvió la mirada hacia el vapor que salía de su taza y vio el reflejo de la lámpara amarilla que temblaba en la superficie del té—. Pero el almuerzo era en honor a Susan, no a mí.

—Pero tú también eres parte de esto, tía Mel. Eres parte de la familia —dijo con voz baja, pero firme—. Que Susan haya vuelto… no borra los años en los que sufriste, solo significa que ahora podemos cerrar la herida juntos… como familia.

Melanie mantuvo la vista fija en la taza, como si el líquido pudiera revelarle una respuesta. El silencio no era incómodo, solo denso.

—¿Y cómo fue para ella? Quiero decir… ¿Cómo actuaron todos cuando la vieron? —preguntó con tono suave y levantó la mirada, para aligerar el ambiente—. ¿Cómo se sintió? No debe ser fácil… reencontrarse con una familia que no recuerda.

—Déjame coger otra cerveza —dijo, acercándose a la nevera, tomó una botella y la destapó. No hicieron falta palabras, para que se dirigieran al salón; ella con la taza de té y él con la cerveza—. Fue raro —empezó a decir hundiéndose en el sofá—. Pero también… muy fuerte. La abuela Jeane no paraba de mirarla, como si intentara

encontrar a la niña de tres años. A ratos parecía a punto de llorar… y a ratos como si temiera que todo fuera un sueño.

—¿Y papá? —curioseó, mientras sostenía la taza sobre su regazo.

—Él fue más sobrio, como siempre, pero se le notaba en los ojos. No decía mucho, aunque se mantuvo cerca de ella todo el tiempo. En silencio, como si no quisiera perderse un solo gesto de Susan.

—¿Y Melania? —preguntó con un brillo apagado en los ojos.

—Ella la abrazó apenas la vio… Le temblaban las manos —respondió él—. Creo que no sabía si tenía derecho a hacerlo. Estaba emocionada, pero también incómoda. Como si no supiera dónde pararse. Y Joel… bueno, fue más práctico. Le habló con calma, como si quisiera que se sintiera segura.

Melanie asintió despacio. La imagen de la escena parecía flotar en el aire, vívida y ajena, como si la estuvieran describiendo de una película que no llegó a ver.

—Y Susan… —dijo en un susurro—. ¿Cómo estaba?

—Intimidada —respondió Lenny, sin dudar—. Había demasiados ojos sobre ella. Todos querían abrazarla, preguntarle cosas, decirle lo mucho que la habían extrañado durante tantos años… Y Susan, bueno… no recuerda nada. Se le notaba que no sabía cómo responder a tanto amor desconocido. A veces sonreía con amabilidad, pero sus ojos estaban llenos de miedo… de confusión. O de ambas.

Hubo un momento de silencio. Solo interrumpido por el leve tintinear de la cucharilla contra la taza.

—Hizo lo mejor que pudo —añadió él, con un tono más bajo—. Pero se notaba que estaba sobrepasada.

Melanie apretó los labios, sintiendo una punzada de algo que no supo cómo nombrar. Lenny tomó otro sorbo de su cerveza y recostó la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Pero… estuvo bien, fue un buen día. Aunque tú no estabas. Y te juro que todos lo notaron.

Aunque ella no dijo nada, una sombra de gratitud se asomó por su expresión. Lo observó desde su asiento, con las manos rodeando

la taza humeante, y una mirada que se ablandaba por segundos. Había algo en la forma en que Lenny hablaba de Susan que le hacía entender más de lo que él mismo admitía.

—Estoy segura de que quién más me extrañó fuiste tú. Por eso viniste —dijo sin rodeos, sin dramatismos, porque era una verdad tan evidente que no requería énfasis. Dio un sorbo a su té, mientras pensaba. «Nadie me llamó para preguntar por qué no fui. Solo tú mostraste interés. Solo tú viniste».

Lenny la miró con una tristeza honesta, no era algo que pudiera camuflar con una sonrisa ni con un comentario superficial.

En ese momento regresaron los gatos; primero Houdini, con su aire altivo. Luego Mozart, siempre al acecho de algún rincón tibio. Y por último Greta, que subió al sofá con su elegancia indolente, y sin pedir permiso se acomodó en el regazo de Lenny como si le perteneciera desde siempre.

Él sonrió y enseguida llevó los dedos al lomo de la gata con movimientos pausados, cariñosos. Greta cerró los ojos y se dejó hacer, como si también encontrara refugio en ese gesto.

—A ella le agradas mucho —dijo Melanie, sonriendo con asombro—. Lo digo en serio, porque suele ser muy arisca.

—El afecto es mutuo —respondió, como si hablara por los dos, mientras la miraba con ternura.

Permanecieron en silencio por un rato, solo el sonido leve del reloj de pared y el ronroneo de Greta llenaban el ambiente. Finalmente, Lenny dejó escapar un suspiro y se incorporó con cuidado para no molestar a la gata, que protestó con un maullido adormilado.

—Bueno, ya es tarde… mejor me voy —dijo, buscando su chaqueta del respaldo de una silla—. Mañana vamos a ir a la feria, Stella está entusiasmada desde hace días. Dice que quiere montar en todos los juegos y comer algodón de azúcar hasta empalagarse por lo que le resta de vida.

Melanie sonrió, con una mezcla de ternura y nostalgia. Al tiempo que dejaba la taza de té sobre la mesa de centro.

—Dale un beso de mi parte —pidió, mientras lo acompañaba hasta la puerta con los gatos siguiéndolos como escoltas peludos.

—Tienes que venir, Mel. —Lenny se volvió una vez más antes de salir—. A la próxima, digo… Recuerda que eres parte de la familia.

Ella no dijo nada, solo le sostuvo la mirada por un segundo más de lo necesario. Luego asintió, sin promesas, pero con una intención que bastaba por esa noche.

CAPÍTULO 52

El aire olía a algodón de azúcar y a césped mojado. El domingo tan esperado por Stella había llegado al fin; en cuanto la Wagoneer se detuvo en el terreno polvoriento del campo adyacente en Timonium, la niña prácticamente saltó fuera del asiento trasero como si su cuerpo no pudiera contener la emoción. Vestía un vestido amarillo claro con una diadema de flores de plástico que rebotaba con cada paso que daba. Iba de la mano de Susan, aunque parecía más bien que era ella quien la guiaba.

—¡Miren! ¡Miren eso! —gritaba con la voz aguda y encantadora. Estaba segura de que ese era el lugar más feliz del mundo—. ¡Hay elefantes! ¡Y un carrusel! ¡Y algodón rosa! ¿Lo ven? ¡¿Lo están viendo o solo yo lo veo?!

—Lo vemos, lo vemos, pequeña guía turística —respondió Patrick con una sonrisa amplia y mirándola encantado.

Él iba cogido de la mano de Madeleine, y aunque su andar era pausado, casi ceremonioso, había algo en su gesto que lo hacía parecer un joven enamorado otra vez. Sus dedos entrelazados con los de ella no se veían como los de una pareja desgastada por los años, sino como los de dos jóvenes que consiguieron reencontrarse en el momento exacto en que más se necesitaban.

Leonard caminaba junto a ellos, algo más atrás, como escoltando al grupo sin saber exactamente cuál era su papel en esa escena. Llevaba las manos en los bolsillos, la mirada baja, pero de vez en cuando alzaba la vista hacia Lauren, le cautivaba verla feliz, sonriente, sin la sombra de las dudas y la culpa nublando sus ojos.

La feria se alzaba ante ellos como una explosión de colores y sonidos; había banderines ondeando al viento, luces parpadeantes incluso a plena luz del día, parlantes que escupían jingles pegajosos, y un centenar de aromas diferentes que se entremezclaban con el

humo de los asadores y el dulzor de los postres. Cada stand parecía competir con el siguiente: uno ofrecía manzanas acarameladas, otro mazorcas de maíz, uno más vendía limonadas en vasos gigantes con pajillas a rayas, también había carritos con perros calientes.

—¡Vamos a comprar los tiques! —exclamó Stella, tirando del brazo de su hermana.

—Sí, vamos, antes de que te emociones tanto que quieras subirte al techo del auto —le respondió Lauren, sonriendo con una ternura que se sentía tan natural, tan suya, que por un momento se olvidó de todo lo que la perseguía.

Se quedó unos pasos atrás, mirando el panorama como si acabara de cruzar la frontera hacia un país del que solo había oído hablar en cuentos. Las risas d ellos niños flotaban en el aire, también los gritos que provenían de las montañas rusas. El ambiente estaba cargado de un olor dulzón mezclado con grasa frita, todo eso la golpeaba con la intensidad de una primera vez.

Era su primera feria con su familia. Y no solo eso; era su primer domingo así, uno sin miedo ni dudas.

Había gente por todas partes, familias enteras con camisetas a rayas y pantalones cortos, parejas adolescentes agarradas de la cintura, niños con globos, con churros, con manchones de helado en la cara. Todos solo querían divertirse.

Pasaron frente a un stand donde un hombre vestido de vaquero animaba con un megáfono a lanzar pelotas y derribar latas. El premio era un oso de peluche más grande que Stella.

—Ese no cabe en la casa —murmuró Lauren, pero había una parte de ella, pequeña y torpe, que deseó ganarlo.

Casi sin darse cuenta, su mano se apretó un poco más a la de Stella. Observó a la niña señalar un puesto tras otro, saltar en su lugar y reírse con los ojos entrecerrados. Y sintió un poco de envidia; no por los juguetes o los dulces, sino por la libertad y por la legitimidad de esa risa.

Pero entonces, mientras caminaban bajo las guirnaldas de luces de colores, algo dentro de ella empezó a aflojarse, era como si la cuerda invisible que sostenía su espalda recta decidiera ceder. Se quedó admirando todo lo que le rodeaba: una niña que pasó

corriendo con una diadema de orejas de conejo. Un globo se le soltó a un bebé y se perdió en el cielo. Una pareja de jóvenes que se besaba como si no hubiera un mañana.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Stella, al notar que su hermana se había quedado quieta, con la cabeza inclinada.

—Todo —respondió ella—. Estoy mirando todo, Stell. Nunca había estado en un lugar como este. Es como... si el mundo hubiera decidido olvidar por un día lo feo que puede ser.

—Entonces hoy tú también puedes ser niña, si quieres —le dijo, dedicándole una mirada entre incrédula y solemne.

Lauren tragó saliva, sintiendo que algo la apretaba por dentro; por un momento, entre el bullicio, los colores y el azúcar en el aire, se permitió ser de nuevo una niña.

La fila para la taquilla era corta. Patrick sacó la billetera y preguntó cuántos tickets querían. Madeleine, haciendo cálculos, sugirió treinta, lo que provocó una mirada entre Susan y Lenny.

—¿Treinta tickets? ¿No crees que son demasiado? —dijo Leonard, arqueando una ceja—. ¿Piensas montar a Stella en el carrusel o comprarlo?

—Si me permitieran comprarlo, no lo dudaría —respondió Madeleine, con una chispa traviesa que no se le veía desde hacía años.

Los tickets pasaron de mano en mano como si fueran billetes a un universo paralelo. Y en cierto modo, lo eran.

La primera atracción fue elegida por Stella que corrió hacia los carritos chocones. El pabellón cerrado donde se encontraban vibraba con música pop, luces estroboscópicas y los chirridos de metal contra metal. Leonard subió con Stella a uno de los carritos mientras Madeleine y Patrick tomaban otro. Lauren eligió uno por su cuenta, alejándose apenas unos metros.

La música comenzó como un latido artificial que marcaba el ritmo de los choques. Y en cuanto los carritos arrancaron, Stella soltó un chillido de alegría, Leonard giró el volante como un maniático, dirigiendo el carrito directo hacia Lauren.

El choque fue inevitable, haciendo que el cuerpo de los tres se sacudiera.

—¡Te tengo! —gritó Stella, con una risa que estalló de lo más profundo, libre y auténtica.

Leonard miró a Lauren, y por un segundo se detuvo el tiempo. No por el golpe, no por el juego, sino por la forma en que se estaban riendo, como si nada importara.

—No juegas limpio, Leonard —le dijo, con una media sonrisa.

Y se volvieron a reír, como dos personas que, por un instante efímero, encontraron refugio en la risa del otro.

Cuando se bajaron de los carritos chocones, con el cabello revuelto y las mejillas sonrojadas por la risa, todos llevaban en las miradas el brillo de la niñez.

Lenny, despeinado, caminaba con cada músculo de su cuerpo recuperándose de las vueltas y los choques.

—Creo que me partiste una costilla —le dijo a Lauren, masajeándose el costado con fingida gravedad.

Ella aprovechó para vengarse de ese primer choque; por lo que, en cuanto tuvo la oportunidad también embistió contra ellos, pero del lado de Lenny.

—Es solo para que no me subestimes —respondió ella.

Soltaron una carcajada, como esas que se permitieron muchas veces mientras vivieron su historia de amor en las calles londinenses.

Del otro lado, Madeleine se acuclilló frente a Stella para acomodarle la diadema torcida, mientras Patrick se sacudía con energía la chaqueta como si hubiera sobrevivido a una batalla. Sus ojos buscaron los de su esposa y sonrieron.

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo así? —preguntó él en voz baja. Temía que si lo decía en voz alta rompiera el encanto.

—Nunca con todos ellos —respondió Madeleine, con la dicha que sentía por tener a su familia cerca y entera.

Patrick asintió y se permitió algo inusual; deslizó el brazo por la cintura de Madeleine y la atrajo hacia sí, dándole un beso en la sien. Ella se rio, sorprendida, y apretó su mano. No era solo la feria, era la idea de tenerlos a todos ahí.

—¡Quiero ir al stand de los patitos! —gritó Stella, señalando uno decorado con colores chillones donde patitos de plástico flotaban en una improvisada piscina pequeña.

El objetivo era sencillo: pescar uno con una caña. Pero para Stella, era una misión de vida o muerte. Todos fueron con ella, como si tuvieran la instrucción tácita de dejarse llevar. Patrick pagó con dos tickets, y Stella levantó la caña con seriedad militar. Lauren se agachó junto a ella, apoyando las manos en sus rodillas.

—¿Cuál crees que es el bueno?

—Ese de ahí. Tiene cara de que me va a dar el premio grande.

—Tiene cara de dormido.

—¡Es un genio disfrazado! —declaró Stella, convencida, mientras lanzaba la caña con torpeza.

Leonard las miraba desde el borde del stand, había algo en la forma en que Lauren se agachaba junto a Stella, en cómo le hablaba sin infantilizarla, que lo dejaba sin aliento. No era solo ternura. Era que, por una vez, ella no parecía una sombra. Se había encendido. Y él… él no sabía cómo no amarla así.

Después del stand de los patitos vino el carrusel. Madeleine no dudó en subirse en uno de los caballos de madera junto a Stella, riéndose como si tuviera diecisiete años otra vez. Patrick les sacaba fotos con una cámara compacta, y cada clic sonaba como una cápsula del tiempo construyéndose.

—¿Te subes? —preguntó Lauren, ya en el escalón de la plataforma, mirándolo desde arriba.

—¿Quieres que monte un caballo pintado? —dijo Leonard, con gesto escéptico.

—No, quiero que te rías otra vez como en los carritos —le respondió ella, sin cambiar de expresión.

Eso fue suficiente para convencerlo.

Cuando el carrusel comenzó a girar, la música de órgano antiguo sonó por los altavoces con una melancolía encantadora. Lauren miró hacia el centro, donde Madeleine sostenía a Stella mientras ambas se inclinaban hacia adelante como si realmente galoparan.

La tarde fue transcurriendo suave como la brisa cálida que empezaba a enfriar. Comieron palomitas de maíz, manzanas acarameladas que Lauren apenas probó —porque le parecieron demasiado dulces—, también aprovecharon los perros calientes que Patrick devoró sin piedad. Había música en vivo en un pequeño escenario; una banda local tocaba *covers* de REO Speedwagon, y la gente aplaudía.

Madeleine, con los dedos entrelazados con los de Patrick, giró el rostro hacia él.

—No quiero olvidar este día.

—No vamos a olvidarlo.

—¿Tú crees?

Patrick la miró con esa mirada que le dedicaba cuando aún eran novios.

—No, porque aunque el mundo se venga abajo… este día va a seguir en nuestras memorias… Como una isla, solo para nosotros.

Lauren los miró desde unos pasos atrás, en silencio. Y sin saber por qué, algo dentro de ella se quebró suavemente. Como si presenciar ese amor verdadero le recordara que sí, ese tipo de cosas existían. Que eran reales. Y que tal vez, solo tal vez, aún estaba a tiempo de merecerlas.

Leonard apareció a su lado.

—Se ven adorables, ¿no? —dijo él, señalando a sus padres con la barbilla—. Parecen sacados de una película de Frank Capra.

—Sí —respondió Lauren, sin apartar la vista—. Pero esta película es mucho más hermosa.

La música seguía sonando desde el escenario principal y el cantante desentonaba levemente la versión de Time After Time, pero eso no parecía importar. Stella, subida en los hombros de su padre, agitaba los brazos como si dirigiera la orquesta, y Madeleine, con las palmas juntas bajo el mentón, la miraba como si la vida entera valiera la pena solo por esa imagen.

—¿Y si vamos a la montaña rusa? —propuso Leonard, con una sonrisa ladina.

Lauren lo miró como si acabara de proponerle asaltar un banco.

—¿La montaña rusa? ¿Esa que hacer gritar a la gente como si los estuvieran sacrificando?

—Esa misma. Dicen que es el alma de la feria.

—¿Y si muero? —Ella frunció la nariz, pero en sus ojos había un destello de curiosidad.

—Morimos juntos —respondió Leonard sin pensarlo.

Ella soltó una risa breve, nerviosa, pero llena de luz.

Él se dirigió hacia sus padres, que seguían embobados con la actuación y con su hija más pequeña.

—Vamos a ir a la montaña rusa —anunció Leonard.

—Solo un rato —agregó Lauren, rápido.

—Vayan, diviértanse —dijo Patrick—. Pero vuelvan antes de que empiecen los fuegos artificiales.

—Y griten fuerte —dijo Stella, riéndose.

Lauren les dijo adiós con la mano, pero empezaba a sentir cómo el corazón le palpitaba frenético. La montaña rusa se alzaba al fondo del campo ferial, como un esqueleto de acero que crujía y rechinaba entre las luces intermitentes. Era grande, muy grande.

La fila avanzó rápido y en unos minutos ya estaban frente al vagón; fue entonces cuando ella se frenó. Se quedó petrificada en el andén.

—Leonard… no sé si pueda.

—Claro que puedes.

—No, en serio. ¿Y si se suelta la barra? ¿Y si se descarrila? ¿Y si…?

—Lauren —dijo él, mirándola con calma—. No va a pasar nada. Estoy contigo. ¿Confías en mí?

Ella lo miró, con los labios entreabiertos, como si quisiera decir algo que no sabía traducir en palabras.

—Sí —dijo al final y asintió despacio—. Confío.

Así que sin perder tiempo subieron y se sentaron. La barra de seguridad bajó con un chasquido metálico y ella la agarró como si fuera un ancla. El vagón vibraba bajo ellos, el olor a metal y a grasa vieja lo invadía todo. Los gritos de otros pasajeros se fundían con la música lejana y con el crepitar de los focos.

Entonces sintió la mano de Leonard buscar la suya. Primero rozándola apenas; luego, con decisión. Ella no se resistió, entrelazó sus dedos con los de él como si esa fuera la única seguridad real en ese mundo en movimiento.

—Solo diviértete —le susurró, justo antes de que el vagón comenzara a avanzar.

El ascenso fue lento, cada clic de la cadena era como una cuenta regresiva. Lauren respiraba por la boca, sintiendo el viento subir por su pecho, por sus muñecas y un vacío empezaba a formarse por dentro como una ola contenida.

—Leonard… no sé si estoy respirando.

—Vas a estar bien. Mírame —le pidió haciendo más fuerte el agarre.

Ella lo hizo. Y fue justo cuando llegaron a la cima.

Un segundo de silencio absoluto.

Y entonces vino el vacío.

El vagón cayó en picada y con ello, todo lo que Lauren había estado reprimiendo. Gritó, pero no de terror… Fue un grito de liberación. Como si cada curva, cada sacudida, cada giro de esa montaña rusa la arrancara de su historia.

Leonard también gritaba, pero reía entre los gritos. Y sin soltar su mano.

El recorrido duró apenas un minuto, pero para ellos fue una eternidad sagrada. Al llegar al final, con el pelo revuelto y el rostro encendido por el viento, Lauren giró hacia él; los ojos le brillaban como nunca.

—¡Dios! ¡Estoy temblando!

—¿Y eso es malo?

—¡No! Es… es como si hubiera saltado desde un lugar donde ya no quiero volver... como si hubiese tenido la capacidad para volar.

Leonard la miró, todavía sosteniéndole la mano, aunque ya no hacía falta.

—Eso es lo que quiero para ti —le dijo—. Que vueles un poco.

Ella no contestó, solo bajó la mirada, sabiendo que lo amaba de una forma que no tenía permiso sentir; a pesar de ese recordatorio de su consciencia, tampoco le soltó la mano.

La montaña rusa se apagó tras ellos con un silbido agudo y el crujir de los frenos. Las luces intermitentes seguían destellando, pero el bullicio comenzaba a calmarse. Las familias caminaban en manada hacia la explanada principal, donde el escenario aún zumbaba con los últimos acordes y donde los fuegos artificiales serían lanzados en cuestión de minutos.

No hablaron de inmediato, solo caminaron por el sendero de grava que estaba algo apartado, flanqueado por árboles bajos y puestos ya cerrados. Había niños dormidos sobre los hombros de sus padres, restos de manzanas caramelizadas en el suelo; mientras, arriba, el cielo era un lienzo oscuro sembrado de estrellas.

Lauren levantó la mirada, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de mezclilla.

—Nunca había visto un cielo así… tan claro —dijo en voz baja, como si le hablara a sí misma.

—Ni yo te había visto así —dijo Leonard, sin adornos.

Ella giró el rostro, pero él no la miraba. Seguía caminando, con las manos en los bolsillos también, como si de verdad hubiera dicho aquello sin pensar.

—¿Así cómo?

—Sonriendo —respondió, y esta vez sí la miró—. Riéndote… solo viviendo el momento sin miedo.

Ella tragó saliva y respiró hondo, percibiendo el aire fresco de la noche, perfumado con el heno del campo.

—Al menos por hoy todo fue menos… complicado —murmuró con la mirada en el suelo.

—Es por tu ex… —dijo él. No fue una pregunta.

—Por James —asintió con un gesto breve—… y por tantas cosas. —Se dio cuenta de que cada vez dolía menos mencionarlo.

Y ahí estaba el nombre. El maldito nombre del hombre que la hundió en un pozo que, al parecer, no tenía fin.

James.

El fantasma al que no podía vencer, porque no se trataba solo de un recuerdo. Era una herida viva, una sombra que dormía entre los pliegues del alma de Lauren.

Leonard no dijo nada, solo sintió cómo todo el calor del cuerpo se le iba concentrando en el estómago… no sabía qué emoción cobraba más fuerza, si los celos, el dolor o la pena. Esa que le provocaba saber lo mucho que ella sufría, se había convertido en un terreno baldío tras ese malnacido.

—James —murmuró, como si masticara el nombre—. Claro… ¿Lo sigues amando?

Lauren se giró hacia él, enseguida notó cómo endurecía el gesto con la mirada al suelo, como si necesitara encontrar algo ahí que lo salvara de sí mismo.

—Leonard… no quise…

—Sí, sí quisiste —la interrumpió, sin aspereza, pero con una sinceridad dolorosa—. Lo llevas dentro. Aunque no quieras, aunque lo odies... Aunque te haya roto.

—Me rompió… —confesó, cerrando los ojos—. Pero también me hizo sentir viva, de una forma que no supe manejar. Me arrastró… y yo me dejé. Era caos. Era necesidad. Y ahora es… nada. Pero aún me duele.

Leonard respiró hondo. No la juzgaba, no podía; pero no por eso dolía menos.

—Tú eras… diferente cuando te conocí —dijo al fin—. Eras como… como una canción que no se parece a nada más. Única. No sabías que eras hermosa, no sabías que tenías esa forma de mirar el mundo, como si cada cosa te sorprendiera.

—Y él me apagó eso, ¿no?

—No. —La miró entonces, directamente, con una intensidad que gritaba todo eso que sentía—. Él te ensució, pero no te apagó. Lo que eras… aún está dentro de ti, solo que se esconde.

Lauren sintió un nudo en la garganta, viéndose a sí misma en su forma más vulnerable. Porque Leonard no solo la había visto… la había entendido. Y aun así, la amaba.

—No me mereces así —murmuró, con las lágrimas al borde de los párpados—. Llena de grietas.

—Mejor que eso —contestó él, sin apartar los ojos de los suyos —. Te merezco así. Justamente así. —La voz le tembló, pero no de tristeza. Era emoción cruda y rabia contenida.

—Todavía así —murmuró Lauren—, somos un error.

Él bajó la cabeza y sonrió con tristeza.

—Sí, pero qué hermoso error, ¿no?

Ella sonrió también, una sonrisa débil pero real. Y, sin saber cómo, sin importar cuánto pesaba todo, el uno junto al otro, bajo ese cielo lleno de estrellas, sintieron por un instante que amar así —aunque doliera, aunque fuera imposible— merecía la pena.

No dijeron más, solo caminaron el resto del camino en silencio. Al llegar a la explanada, los vieron enseguida. Patrick, de pie, cargando a Stella mientras coreaba una canción de los Beach Boys que Madeleine intentaba seguir, entre carcajadas.

Lauren sonrió, esa era su familia ahora. Se acercaron justo cuando la voz del locutor anunciaba el espectáculo pirotécnico.

—¡Ya empieza! —gritó Stella, emocionada.

Y entonces, una explosión de colores iluminó la noche. Rojos, dorados, azules que reventaban como flores gigantes sobre sus cabezas. Lauren se sentó en el césped y Leonard se ubicó a su lado; sin pedir permiso, sin que hiciera falta, le pasó un brazo por los hombros. Ella se recostó suavemente, apoyando la cabeza contra él.

Los dedos de ella jugaron con la manga de su chaqueta, en silencio.

Para Patrick y Madeleine, era el abrazo de dos hermanos que se volvían a encontrar, que recuperaban algo perdido en la infancia. Para el mundo, era algo puro. Íntegro. Pero entre ellos, entre Lauren y Leonard, el abrazo tenía otra textura. Era deseo, era nostalgia de algo que no debió pasar, pero que dejó huella. Era ternura, y también dolor.

CAPÍTULO 53

La ciudad se deslizaba tras el cristal empañado de la Wagoneer, difusa y gris, dejando atrás los bosques de los suburbios, para llegar a Baltimore; con su característico espeso olor a gasolina, concreto caliente y humedad que se pegaba a la piel. Lauren viajaba en el asiento trasero, con las manos apretadas entre las piernas y los ojos fijos en el parabrisas.

Patrick mantenía ambas manos firmes sobre el volante, los nudillos blancos y los ojos clavados en la carretera. Mientras que Madeleine miraba por la ventana, pero de vez en cuando giraba apenas el rostro para observar a su Susan, como si necesitara comprobar que seguía allí, que no era otra ilusión con la forma de su hija.

Nadie hablaba demasiado; no porque no tuvieran qué decir, sino porque los nervios no les permitían ser más elocuentes.

Cuando por fin el edificio apareció a lo lejos, una estructura baja, funcional, sin adornos, coronada por un letrero discreto que decía: «Departamento de Policía de Baltimore – División de Personas Desaparecidas».

Patrick apagó el motor y respiró hondo, intentando menguar los nervios que lo invadían.

—¿Estás segura? —preguntó Madeleine, con la voz entrecortada.

—Sí. —Lauren asintió sin mirarla—. Vamos a hacerlo.

Caminaron juntos hacia el edificio. El oficial de guardia los recibió con una mirada escéptica que se transformó en tensión profesional apenas escuchó el apellido Russell.

—Un momento, por favor —dijo, y desapareció por una puerta con cristales esmerilados. A los pocos minutos, regresó y les pidió

que lo acompañaran.

Subieron las escaleras como si se acercaran a una corte marcial. Los pasillos del lugar tenía un olor institucional, de esos que no que cambiaban con las décadas.

Los recibió la detective Halloran, una mujer alta, de rostro anguloso y mirada difícil de sostener. Llevaba el cabello recogido en un moño perfectamente apretado.

—Disculpe, pero es el detective Benson el que lleva el caso de Susan —intervino Madeleine, en cuanto la mujer se presentó.

—El detective Benson fue transferido a otro condado; sin embargo, dejó a mi cargo todos sus casos. Pueden estar tranquilos, estoy bastante familiarizada con el caso de su hija —explicó la mujer sin rodeos—. Gracias por venir. Acompáñenme, por favor —pidió haciendo un ademán y los guio hasta su oficina.

Una vez sentados, Halloran dejó caer una carpeta sobre el escritorio y los observó durante unos segundos.

—Hemos recibido toda la documentación de las embajadas —empezó con voz grave, aunque no carente de empatía, mientras hojeaba los papeles con dedos cansados—. Fotografías, registros escolares, certificados de adopción, informes médicos… Tenemos copia del informe británico y los datos biométricos. Hay muchas coincidencias, pero como saben, no podemos cerrar un caso de esta magnitud sin confirmación científica.

Patrick asintió con rigidez, dándole la razón a la detective. Mientras que Madeleine mantenía una mano sobre la rodilla de Susan, que no había dicho nada desde que entraron.

—Estamos listos —dijo él—. Por eso hemos venido, queremos saber cuándo se podrá hacer la prueba, porque no queremos más dudas… Lo único que queremos es poner punto final a toda esta pesadilla.

—En ese caso, tengo que hacer una llamada —dijo la mujer al tiempo que se levantaba.

—Está bien, muchas gracias —asintió Madeleine y tragó saliva.

La detective salió, no sin antes, pedirle a su secretaria que les ofreciera algo de tomar a los visitantes.

El reloj marcaba las once y cuarenta y cinco cuando la detective Halloran regresó con un sobre manila bajo el brazo. Se notaba que había fumado un cigarrillo en el pasillo, lo dejaba claro la estela de nicotina que se coló en la oficina cuando entró.

Lauren ya no estaba sentada, caminaba lentamente de un lado a otro, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida. Patrick la observaba como si temiera que, si pestañeaba, ella volviera a desaparecer. Madeleine, en cambio, la miraba como si pudiera leerle los pensamientos.

—Disculpen la demora —dijo cerrando la puerta con suavidad—. Ya tengo la confirmación de Quantico.

Lauren volvió a sentarse, sintiéndose ansiosa y nerviosa a parte iguales.

—¿Quantico? —Patrick frunció el ceño—. ¿El cuartel del FBI?

—Exacto. Es el único laboratorio en la costa este que está habilitado para realizar pruebas genéticas de identidad humana. —Abrió el sobre y extrajo un formulario con papeles carbónicos—. Lo que ustedes conocen como «prueba de ADN»… Es en realidad, un análisis de polimorfismo de ADN mediante enzimas de restricción.

—¿Qué significa eso? —preguntó Madeleine, acariciando el brazo de su hija como si temiera que se desvaneciera.

—Es un método nuevo, complejo. Analizan ciertas secuencias específicas del ADN que varían entre individuos, lo que permite determinar parentesco con un nivel de certeza superior al noventa por ciento. La técnica aún está en desarrollo, por eso los casos se seleccionan dependiendo la importancia.

—¿Y seleccionaron el nuestro? —inquirió Patrick, entre incrédulo y tenso.

—El caso Russell ha estado abierto por más de una década. Hay archivos en múltiples estados. Además de participación internacional… Una menor secuestrada y potencialmente encontrada en otro país. Créame, señor Russell… el FBI quiere respuestas tanto como ustedes.

—¿Y qué harán exactamente? —Lauren levantó la mirada hacia la detective, con la luz del techo rebotando en sus mejillas pálidas.

—El procedimiento es sencillo en apariencia. —Halloran bajó la mirada a los papeles—. Se toma una muestra de sangre de los tres. Luego, se analiza y compara. El problema es que el análisis puede tardar… semanas… Incluso meses. Todo depende de la carga de trabajo en el laboratorio.

—Hemos esperado dieciséis años. —Patrick apretó los labios—. Unas semanas más no importan. —En su voz había rabia contenida.

Lauren lo notó y Madeleine también.

—La toma de muestra será este viernes, a las diez de la mañana. —Halloran se giró hacia la chica con una suavidad que no había mostrado antes—. En el laboratorio móvil del FBI, en Baltimore. —Le entregó un papel—. Aquí están las instrucciones, el mapa y el formulario de consentimiento. Tú decides, ya eres mayor de edad. Nadie puede obligarte a someterte a esta prueba si no lo deseas… Aunque es estrictamente necesario para poder cerrar el caso y así legalmente puedas asumir la identidad de Susan Russell; de otras forma, me temo, seguirás siendo Lauren Spencer.

Ella sostuvo el papel entre las manos como si fuera más pesado que el plomo. Leyó en silencio las palabras «autorización de extracción de muestra biológica»

—Quiero hacerlo —dijo al fin. Su voz era clara, pero sus ojos estaban velados por una emoción difícil de nombrar—. Necesito hacerlo.

—Yo no necesito una prueba que me diga que eres mi hija, porque sé que lo eres. —Madeleine pareció quebrarse en ese instante—. Mi corazón me lo grita; pero si tú quieres hacerlo, si eso te da paz… entonces sí, hagámoslo.

Patrick le entregó el bolígrafo a su hija sin decir una palabra.

Lauren firmó, mientras lo hacía, sentía que la tinta revelaba algo más que su nombre, era miedo, rabia, esperanza y duda.

—Gracias —dijo Halloran con un leve asentimiento—. Estaremos en contacto. Mientras tanto, les pediré que no hablen con la prensa ni compartan esta información con nadie fuera de su círculo íntimo. Evitemos que esto no se convierta en un circo mediático.

Los tres asintieron, se levantaron al tiempo que se despedían con agradecimientos y apretones de manos, luego salieron de la

oficina. De vuelta al pasillo, Lauren sintió que todo era más real de lo que había imaginado. No eran solo rasgos físicos y coincidencia temporal. Era su sangre, su nombre y su historia puesta en duda, todo eso terminaría en tubos de ensayo.

Al salir del edificio, el aire de la tarde era más cálido, como si el mundo siguiera girando sin darse cuenta del vértigo que los sacudía. Subieron al auto en silencio.

—Fuiste muy valiente —dijo Madeleine al fin, mientras tomaba la mano de su hija.

Lauren no respondió, solo cerró los ojos, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y pensó, que el pasado ya no era una jaula… sino una puerta. Aún no sabía si abrirla la iba a liberar o a destruir.

Octubre 1987: Birmingham – Inglaterra

James estaba dispuesto a agotar todos los recursos con tal de encontrar a Lauren. No iba a darse por vencido sin que ella lo escuchara, sin que lo mirara a los ojos y le permitiera decirle cuánto la había jodido… y cuánto quería remediarlo. Necesitaba que supiera que había despertado y que al fin lo entendía todo. Estaba dispuesto a cambiar, no por redención, no por castigo. Por ella, solo por ella.

Había viajado hasta Birmingham por esa razón, porque estaba seguro de que ese era el único lugar del mundo en el que Lauren se refugiaría, si quería desaparecer. No tenía por qué hacerlo, claro. No si él estaba dispuesto a ser su refugio, su puerto seguro. Lauren no necesitaba esconderse del mundo… solo tenía que volver a él.

Ella misma le enseñó ese lugar. Muchas veces le contó que ahí creció, entre muros fríos, rutinas rígidas y oraciones que rara vez traían consuelo. Lo dijo sin rencor, pero con una sombra en la voz que él no olvidó jamás. Por eso, cuando no la encontró en ningún otro lugar, supo adónde debía ir.

Llegó sin muchas complicaciones y una convicción temblorosa en el pecho. Lo que no esperaba era a la novicia de rostro adusto y corazón hermético que le cerró el paso como si fuera un intruso.

—Lo lamento, señor. La Madre Superiora no puede atenderlo —dijo sin mirarlo directamente a los ojos, como si su presencia ya fuera una falta de respeto.

—Solo quiero hablar con ella. No es para molestar, es importante —insistió James, esforzándose por sonar calmado.

—La Madre Superiora está en oración. No puede interrumpir su retiro espiritual por asuntos mundanos —respondió Antoniette, marcando la palabra «mundanos» como si fuera veneno.

James apretó los dientes, sabía que le estaba mintiendo, podía notarlo en la forma en que evitaba mirarlo de frente, en la forma en que sus manos nerviosas se escondían bajo el hábito. No le dijo nada a la Madre. Solo lo quería lejos.

—Está bien —dijo con una sonrisa resignada—. No quiero discutir, pero no me voy a ir.

No podía hacerlo, no cuando sentía que estaba a centímetros de volver a verla. Necesitaba hablar con alguien; si no era con la Madre Superiora, sería con quien fuera. Por eso, cuando escuchó las campanas de misa, tomó la decisión sin pensarlo dos veces.

No recordaba la última vez que entró a una iglesia. Probablemente, nunca lo hizo por voluntad propia. No creía en Dios, ni en redenciones. Pero sí creía en Lauren, y eso era más que suficiente.

Entró al templo y se ubicó en el último banco. El aire olía a incienso y a madera vieja, las figuras de santos colgaban de las paredes como testigos de su miseria. Desde ahí, observó al padre dar el sermón, mover las manos, elevar la hostia, cantar letanías que no entendía y que le parecían eternas. Cada minuto se alargaba como una tortura. Estaba ansioso, con las piernas temblando y con las uñas clavadas en las palmas de las manos.

Cuando por fin terminó la misa, no esperó a que nadie se despidiera. Se levantó con un movimiento seco y avanzó por el pasillo central. Lo hizo con decisión, con la mirada fija en el hombre que acababa de oficiar la ceremonia y que ahora caminaba hacia la sacristía, acompañado por tres pequeños monaguillos que iban en fila como patitos.

—¡Padre! —llamó James con urgencia.

El padre Francis se detuvo con elegancia medida, girando apenas el rostro con la serenidad que le había otorgado la carga de años de experiencia sobre los hombros. Sus ojos azul claro, tan serenos como inquisitivos, se entrecerraron con intensidad; al reconocerlo, no por agrado, sino por el recuerdo de un dolor ajeno. La luz que entraba desde los vitrales coloreaba su expresión, pero no lograba suavizarla

—Usted —dijo con tono neutro, sin asombro, sin efusividad, como si hubiera sabido desde el principio que esa visita terminaría ocurriendo tarde o temprano—. Qué ironía.

James, visiblemente agotado, no supo si debía interpretar esas palabras como una bienvenida o una advertencia; aun así, caminó con decisión hacia el sacerdote. Sabía que si quería alguna respuesta, alguna pista, alguna oportunidad de redención, debía empezar por él, por ese hombre que había estado en la vida de Lauren desde siempre.

—Necesito hablar con usted. Es importante… Es sobre Lauren.

El nombre, apenas pronunciado, pareció pesar en el ambiente. El padre Francis sostuvo la mirada de James por unos segundos que se sintieron eternos, y sin decir nada, hizo una seña con la cabeza, conduciéndolo hacia una pequeña sala privada a un costado del altar, un espacio sencillo donde el crucifijo colgaba con solemnidad sobre una mesa de madera pulida. Cerró la puerta con calma, preparándose para una conversación que preferiría evitar pero que era inevitable.

—Supuse que aparecerías algún día —dijo finalmente, sentándose frente a él con el porte tranquilo pero firme, acostumbrado más a contener que a juzgar—. Y también supuse que sería por ella.

James asintió, sin intentar siquiera armar una defensa. No había excusas que pudieran reparar lo que hizo, y tampoco tenía tiempo para fingir que podía explicarlo.

—Sé que la lastimé y que cometí errores que... que no tienen perdón, pero también sé que ella me amó, y que, por un tiempo, yo fui lo único que la hacía sentir viva. Ahora no sé dónde está, y no puedo seguir sin verla, sin pedirle que me escuche, sin...

—Sin justificarte —lo interrumpió el sacerdote, aunque su tono no era agresivo, porque tenía toda la intención de poner las cartas sobre la mesa—. Lauren me lo contó todo, lo que vivió a tu lado, lo que calló, y lo que le costó admitir incluso aquí, donde ha aprendido a hablar desde que era una niña. Soy su padrino, sí, pero también he sido su único refugio durante años, y cuando volvió con los ojos llenos de miedo y el cuerpo lleno de moretones, lo único que pude pensar fue que había vuelto al punto de partida por culpa de alguien que creyó que el amor era sinónimo de posesión y agresión.

James bajó la mirada, tragándose la culpa, lo que le hizo sentir como si tragara vidrio molido.

—Yo no quería... hacerle daño. Ni volverla eso, pero me perdí… Me perdí completamente.

—Y arrastraste con ella —respondió Francis, con la voz baja pero cargada de verdad—. Y no lo digo como cura, lo digo como el hombre que ha criado a esa niña, que ha visto cómo tejía con hilos invisibles su manera de soportar la vida. Tú le prometiste un mundo que luego hiciste pedazos.

James se pasó las manos por el rostro, desesperado, con la ansiedad latiéndole en las sienes como un tambor.

—No vine a pedirle que me justifique, ni que me consuele, ni que me dé la razón. Solo quiero saber si está bien. Si se fue, si... si me recuerda.

El padre Francis lo miró con ojos tan azules como implacables. No había rencor en ellos, pero sí una tristeza densa, por haber tenido que consolar a Lauren demasiadas veces por el mismo motivo.

—Claro que se fue. Y no dejó dirección, ni cartas, ni un número al cual llamarla, ni siquiera una promesa. Se fue como se van los que no quieren volver a mirar atrás. No sabría decirte dónde está, y aunque lo supiera, no lo compartiría; porque Lauren merece paz. Y tú, por más que quieras cambiar, no eres sinónimo de eso en su vida.

Lo dijo con firmeza, con la entonación de haber hecho un juramento íntimo e irreversible, aunque al hacerlo sintió cómo una sombra le atravesaba el alma. Sabía que estaba mintiendo, y no era

cualquier mentira; era una de esas que se clavaban como astillas en la conciencia, que violaban el voto de veracidad que había defendido desde que fue ordenado. Sin embargo, también sabía que, entre el pecado y el amor, había elegido el amor y proteger a Lauren; si eso significaba arriesgar su lugar en el Reino de los Cielos, que así fuera. Porque Dios sabría comprenderlo; y si no lo hacía, entonces que le pusiera su castigo, pero después de haber cumplido su deber como padre, no como cura.

James cerró los ojos, conteniendo una lágrima que no terminó de caer, y cuando volvió a hablar, su voz tenía una honestidad que nacía del fondo mismo del abismo.

—Ella fue lo único bueno que tuve, y lo destruí… Lo sé, pero no me rendí, padre. No me drogo desde hace semanas; estoy dispuesto a dejar la banda, dejar todo... Solo para encontrarla, porque si ella me ve, si me escucha, si me mira de nuevo… tal vez pueda saber que no todo está perdido.

El sacerdote lo escuchó en silencio, cruzando lentamente los dedos sobre la mesa y sin apartar la mirada.

—Hay una parte de ella que todavía cree en ti —dijo al fin, con un dejo de dolor en la voz—. Y es justamente esa parte la que quiero proteger. Porque si regresas, si logras alcanzarla, y esa parte se activa otra vez, temo que todo el trabajo que hizo para reconstruirse se venga abajo.

James se puso de pie, derrotado pero no vencido.

—No voy a dejar de buscarla —dijo, sin arrogancia—. Aunque tenga que recorrer todo el país, aunque me cierre todas las puertas, aun si ella no quiera verme. Solo quiero que, si alguna vez la vuelve a ver, le diga que no me rendí. Que sigo aquí, que cambié por ella.

El padre Francis asintió con gravedad, sin decir si cumpliría o no con esa petición, pero sus ojos azules brillaron con una intensidad silenciosa que no dejaba lugar a réplica.

James salió de la iglesia sin volver a mirar atrás. No sabía exactamente hacia dónde iría ahora, ni qué haría; sin embargo, no se daría por vencido.

Octubre 1987: Baltimore – Estados Unidos

En el laboratorio del FBI en Baltimore, el zumbido constante de los fluorescentes, el eco amortiguado de pasos sobre el linóleo encerado, y la pulcritud milimétrica del mobiliario creaban una atmósfera aséptica que no dejaba lugar a las emociones. Sin embargo, bastaba con mirar a Lauren para entender que allí, en esa sala blanca y ordenada, se estaba librando una batalla silenciosa.

Estaba sentada en una camilla baja, con la chaqueta doblada sobre las piernas y las mangas de la blusa recogidas hasta los codos. No podía dejar de mirar su propio brazo, delgado y tenso, mientras la enfermera preparaba la jeringa. El corazón le latía con una fuerza que sentía en la garganta, en los oídos, en cada costado del cuello. Intentó tragar saliva, pero la boca le sabía a tiza. Había esperado ansiosa ese momento desde el miércoles, tal vez años sin saberlo, pero ahora que estaba tan cerca, lo único que sentía era miedo.

—Relaja el brazo —indicó la enfermera, sin levantar la vista. Su tono era neutro, profesional, como si el drama no existiera más allá de las venas.

Lauren obedeció, aunque el temblor en sus dedos la delataba. Cerró los ojos un segundo, respiró hondo, pero eso no hizo que el miedo se disipara. Estaba atrapada entre dos finales posibles, ninguno del todo feliz. Si la prueba resultaba positiva, si era Susan Russell, tendría que renunciar definitivamente a Leonard… Leonard, su confidente, su amor, su herida más profunda. Ser su hermana significaba que lo que vivieron fue un pecado, y que ninguna redención sería suficiente para aliviar la culpa. No habría marcha atrás, no podría volver a mirarlo sin sentir vergüenza; no podría quererlo sin lastimarse.

Pero si la prueba era negativa… No quería pensarlo, porque entonces, ¿qué era? ¿Quién era? Volvería a ser una hoja suelta, sin árbol, sin raíz. Solo sería un rostro que no aparece en ninguna foto familiar, una historia sin prólogo. Estaba cansada de perder, y no sabía si podía resistirlo una vez más.

—Va a doler un poquito —avisó la enfermera mientras ajustaba el torniquete y palpaba la vena.

Lauren asintió sin responder. Cuando la aguja entró en su piel, no hizo gesto alguno. El dolor era insignificante comparado con lo

que sentía por dentro.

Al otro lado del laboratorio, Patrick se sentó en otra camilla, más rígido que de costumbre. Había pasado por procedimientos más difíciles, pruebas más invasivas, interrogatorios en los que la vida de otros dependía de su temple, pero nada se comparaba con esto. Sostuvo la mirada en la pared, evitó mirar a Susan, y apretó las manos sobre sus rodillas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

La enfermera le pidió que se arremangara la camisa, y él lo hizo sin decir palabra. Por fuera, se veía sereno. Por dentro, era un caos absoluto. Tenía miedo. Miedo real, tangible. Miedo de que todo fuera un error, de que esa chica con los ojos tristes y la voz temblorosa no fuera su hija. Volvió a creer en algo que había enterrado hacía años. Sintió una esperanza tan intensa, tan viva, que ahora lo aterraba perderla. Y si la prueba salía negativa, ¿qué pasaba después? ¿Le daban las gracias por participar y le devolvían el vacío?

—Tiene buena vena —comentó la enfermera, como si quisiera suavizar el ambiente.

Patrick no respondió.

Observó de reojo a Susan mientras ella presionaba un algodón sobre su brazo. Había algo en su expresión, en la manera en que sostenía el silencio, que le revolvía el alma. Parecía tan asustada como él… Tan sola.

En cambio, Madeleine se mantuvo de pie todo el tiempo, junto a la camilla donde su hija —porque sí, para ella lo era— acababa de ser pinchada. La observó con una calma que no tenía nada de pasiva. Se le veía firme, confiada, incluso protectora. Como si ya hubiera pasado por todo esto en su mente y ahora solo estuviera esperando que el mundo se pusiera al día con lo que ella ya sabía.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó con voz suave, apenas tocando su brazo.

Lauren asintió, sin atreverse a hablar. Aún tenía la mirada concentrada en el algodón que presionaba contra la pequeña herida. Madeleine se agachó un poco, buscándole la mirada.

—No importa lo que diga ese papel. Estoy aquí. No te voy a dejar sola.

Lauren parpadeó varias veces, como si no estuviera segura de haber escuchado bien. O como si no supiera cómo procesarlo; quiso agradecerle, decir algo, pero no pudo.

Madeleine se giró entonces hacia su marido, que seguía quieto como una estatua. Se acercó a él y le rozó el hombro con la mano.

—Lo va a ser, Patrick. Ya lo verás, no hay sangre que lo niegue. Yo la sentí antes de verla —afirmó, sin titubeos.

Él soltó una risa seca, mezcla de cansancio y escepticismo.

—Espero que tengas razón.

—La tengo —dijo mirándolo de frente.

El técnico del laboratorio tomó las muestras, las rotuló con cuidado y las colocó en una bandeja metálica que luego desapareció por una puerta con acceso restringido. El sonido del cierre automático fue como un veredicto que aún no caía, pero que todos esperaban.

Entonces, el silencio se instaló por un momento. Era un silencio espeso, hecho de pensamientos no dichos, de fantasmas familiares, de recuerdos que dolían y de futuros posibles que aún no sabían si debían soñar o temer.

Lauren se puso de pie con lentitud, sintió las piernas algo débiles, pero no quería que nadie lo notara. Patrick se acercó a ella, como si dudara en tenderle la mano o quedarse quieto.

—Gracias… por hacer esto —le dijo al fin.

Ella alzó la vista, mirándolo como si quisiera reconocer algo en su rostro, algo suyo, algo que le dijera que todo eso no era en vano; pero no dijo nada. Solo asintió, una vez más.

CAPÍTULO 54

Como casi todos los días, Madeleine esperó en el auto frente a la escuela, con las manos sobre el volante y la mirada fija en la verja principal. El reloj del tablero marcaba las tres en punto. A su lado, Susan jugueteaba con una pulsera de cuentas que Stella le había regalado días atrás; por lo general, no solía acompañarla, prefería quedarse en casa repasando libros de arte o ayudando con las tareas del hogar, pero esa tarde algo la impulsó a salir, quizá por la promesa de una visita al supermercado o por el simple deseo de compartir más tiempo con su hermana.

En cuanto el timbre de salida sonó, fue Susan quien bajó del coche. Caminó con paso decidido hacia la entrada del edificio, destacando entre los demás padres por su porte elegante y su andar seguro. Apenas Stella la vio, soltó la mochila y corrió con todas sus fuerzas hacia ella. Susan se agachó sin esfuerzo, la levantó en brazos y la abrazó fuerte, como si no la viera desde hace meses. Madeleine, desde el asiento del conductor, se llevó una mano al rostro. Las lágrimas estaban ahí, al borde, contenidas apenas por la emoción. Ver a sus hijas juntas, riendo, compartiendo… todavía le costaba creer que esa imagen era real, que Susan había vuelto, viva, entera. Un milagro que a veces se le antojaba demasiado grande para asimilarlo.

Susan abrió la puerta trasera y ayudó a Stella a subir. La niña saludó de inmediato con un beso en la mejilla.

—Hola, mami.

—Hola, mi amor —le respondió Madeleine, sonriendo—. ¿Cómo te fue hoy?

—Hoy hice un dibujo en clase —dijo con orgullo, acomodando su mochila en las piernas.

—¿Ah, sí? —Madeleine la miró por el espejo retrovisor, limpiándose las lágrimas con disimulo—. ¿Y qué dibujaste, mi amor?

—Un murciélago y una casa embrujada. Pero el murciélago se parecía a un conejo —respondió con total seriedad.

Susan se echó a reír bajito mientras se abrochaba el cinturón. Madeleine se giró apenas para mirarla y le acarició la mejilla.

—Eso suena muy creativo, cariño. Seguro fue el murciélago más tierno de toda la clase. ¿Lista para ir al supermercado?

—¡Sí! —exclamó Stella, dando una palmada en el aire—. ¡Quiero ver si hay dulces de Halloween!

Susan que ya estaba sentada en el asiento del copiloto, miró de reojo a Madeleine, que le devolvió una sonrisa mientras ponía el auto en marcha. Encendió la radio, dejando que una canción suave de June Carter Cash las acompañara hasta el centro del pueblo.

Las hojas caídas se arremolinaban con el paso de los autos, y algunas calabazas ya adornaban los escalones de los negocios. Aparcaron en el gran estacionamiento descubierto frente al supermercado, donde se veían decoraciones anaranjadas y negras desde la entrada.

Stella bajó del auto brincando de emoción; mientras que Susan fue por un carrito, y sin decir mucho, hizo un gesto para que la niña subiera al asiento. Stella lo hizo encantada, estirando los brazos como si estuviera en una montaña rusa.

Madeleine sacó su libreta de la cartera y repasó la lista mientras caminaban hacia el ingreso. El ambiente del supermercado ya se sentía distinto, habían guirnaldas de fantasmas colgando del techo, cajas de cereales con edición especial de Halloween, pilas de calabazas a precios promocionales, y un mostrador con tartas de manzana y especias que llenaban el aire con un aroma cálido, como de hogar.

—Creo que aprovecharé para hacer un pastel de calabaza —dijo Madeleine, hojeando su lista con el pulgar—. Hace meses que no preparo uno, pero es temporada, y tengo muchas ganas.

—¿Uno con crema encima? —preguntó Stella desde su trono sobre ruedas—. ¿Y canela?

—Por supuesto —le respondió su madre—. Con mucha canela. Y te dejaré ayudarme a batir la mezcla, pero solo si prometes no comerte la masa cruda esta vez.

Stella asintió solemnemente. Susan sonrió, pero no dijo nada, su mirada vagaba entre los estantes decorados, todo aquello le pareciera ajeno, ya que no era una festividad a la que estuviese acostumbrada.

—Si ves algo que te guste —dijo Madeleine girándose hacia ella —, lo que sea, no tienes que esperar a que esté en la lista. Échalo al carrito. No quiero que te falte nada.

Lauren la miró de lado, porque Madeleine lo dijo con la naturalidad de quien da un permiso común, pero ella lo sintió como un gesto mucho más maternal.

—Gracias —susurró, apenas audible.

Madeleine notó la emoción en sus ojos, pero no dijo nada. Entretanto Lauren se limitó a seguir empujando el carrito con calma. Al pasar por el pasillo de decoraciones, Stella empezó a señalar con entusiasmo.

—¡Mira! ¡Fantasmitaaaa! —gritó, señalando unas cadenetas que brillaban con ojos fosforescentes.

—¿Y si compramos algunas cosas para adornar la casa? —dijo Madeleine, dejándose contagiar por la emoción de su hija menor—. Un mantel para la cocina... y tal vez unas velas negras, por diversión.

Susan la observaba mientras añadía un mantel plástico con estampado de calabazas al carrito. Luego, sin pensarlo demasiado, Madeleine se detuvo. Había hecho cálculos mentales rápidos. Faltaban apenas unos días para el trece de octubre.

El cumpleaños de Lauren.

Lauren, no Susan. Lauren, esa identidad que durante años había cargado sola, confundida, herida… Pero que también había vivido, reído, soñado. No se le escapaba lo complejo que debía ser.

Se giró hacia ella con cautela, como si estuviera a punto de tantear un terreno frágil.

—Estuve pensando... —empezó con suavidad—. Ya casi es tu cumpleaños.

Lauren parpadeó, sorprendida. No esperaba que ella lo recordara, mucho menos que le diera importancia.

—Bueno… el de Lauren —aclaró enseguida, con una media sonrisa—. Es el trece, ¿no? —continuó—: No tiene que ser algo grande, claro. Solo... me gustaría que no pasara desapercibido. Podríamos hacer un almuerzo familiar. Sencillo, algo bonito..

Ella no respondió de inmediato. Bajó la mirada hacia el carrito, donde las cadenetas brillaban levemente. No esperaba que Madeleine recordara esa fecha. Y, aunque no le entusiasmaba la idea de celebrarla, tampoco quería apagar la luz en los ojos de su madre. No después de todo lo que ella había hecho por mantenerla a flote.

—Un almuerzo suena bien —dijo al fin, con una pequeña sonrisa—. Con los más cercanos.

—¿Te gustaría que hiciera algo especial? ¿Un pastel en particular? ¿Algún plato que te guste?

—No hace falta complicarse. Lo que tú hagas va a estar bien, de verdad.

Madeleine la miró con ternura, como si en sus ojos pudiera encontrar a la niña que le arrebataron tantos años atrás.

—Perfecto —respondió, visiblemente aliviada—. Lo haremos hermoso. Ya verás que te gustará.

Lauren pensó, que cualquier cosa sería mejor que las incómodas celebraciones con Harriet, llenas de silencio, control y falsa cortesía. Aquello, por lo menos, prometía ser real.

Madeleine empezó a colocar nuevas decoraciones en el carrito; servilletas, platos de cartón con detalles dorados, una guirnalda que decía «Happy Birthday» sin colores infantiles. Iba pensando en qué platillos podía preparar, en quiénes invitar, en cómo hacer que Susan sintiera, por un día, que esa fecha no pertenecía solo al pasado.

Un par de horas después, el carrito rebosaba de productos, y era Lauren quien lo empujaba hacia las cajas. Madeleine comenzó a sacar los artículos con movimientos ágiles y sistemáticos, colocándolos sobre la cinta transportadora. Saludó a la cajera con una calidez que parecía natural en ella.

—Hola, Diane. ¿Cómo sigue tu padre? Me dijiste que lo iban a operar.

—Bien, gracias, señora Russell. Le dieron el alta esta mañana —respondió la joven, con una sonrisa genuina.

Lauren, desde el costado, observaba la escena. Conocía bien ese tipo de cliente, los que preguntaban por el nombre, los que miraban a los ojos, los que no trataban a los empleados como si fueran parte del mobiliario.

Madeleine no solo veía a la gente. Les hacía saber que los veía.

«Y eso —pensó Lauren mientras acomodaba las bolsas en el carrito—, es algo que no se puede fingir».

A Madeline la felicidad le latía en el pecho como una canción suave pero constante, apenas podía creer que Susan hubiese aceptado celebrar el cumpleaños de Lauren, esa identidad que tanto la había acompañado, y que seguramente no sería sencillo dejar atrás. Era como despedirse de un fantasma que durante años le había susurrado al oído que estaba sola, que nadie la buscaba, que no tenía historia. Por eso, mientras acomodaba las bolsas del supermercado en sus respectivos estantes de la cocina, sentía una gratitud tan profunda que tuvo que detenerse un momento, con las manos sobre el mármol, cerrando los ojos para que la emoción no se le derramara en forma de lágrimas.

Abrió su viejo cuaderno de recetas y buscó algo especial. Quería una cena que abrigara, que uniera, que dijera sin palabras que ese era su hogar. Al levantar la vista hacia el reloj de pared, se dio cuenta de que apenas le quedaban unos minutos antes de que su hijo saliera del trabajo. Caminó hasta la nevera, apartó el imán con forma de pera y tomó el número escrito en papel. Marcó.

Del otro lado de la línea, la voz de Lenny sonó cansada, algo distante.

—¿Hola?

—Hola, amor —dijo ella, tratando de sonar casual, aunque el corazón le galopaba—. ¿Podrías venir a cenar esta noche? Tengo una buena noticia que darte.

—¿Una buena noticia? —preguntó, intrigado pero con ese tono a medio camino entre el interés y la desconfianza—. *¿Qué clase de noticia?*

—Una sorpresa —dijo Madeleine, con una sonrisa que él no podía ver pero que se sentía en su voz—. Solo te lo diré si vienes.

Él guardó silencio un momento.

—Está bien. Estaré ahí.

Colgó antes de que ella pudiera decirle cuánto lo quería, pero no le importó. El hecho de que aceptara ya era suficiente.

Volvió a su cuaderno, pasó el dedo por los ingredientes de una receta anotada con letra redonda y comenzó a preparar la cena. El aroma de la calabaza asándose en el horno pronto invadió la cocina, llenándola de un calor otoñal, envolvente.

Fue entonces cuando Susan y Stella entraron, tomadas de la mano.

—¿Ya terminaron las tareas? —preguntó Madeleine sin dejar de remover en una olla.

—Sí —respondió Stella con su voz cantarina—. Y venimos a ayudarte con el pastel de calabaza.

Madeleine sonrió y, con cuidado, abrió el horno. Sacó el refractario humeante con la calabaza dorada, lo colocó sobre la encimera con un paño grueso.

—Tienen que esperar a que enfríe un poco —les dijo mientras les ofrecía una manzana a cada una—. Todavía está muy caliente.

—¿Puedo ayudarte con la cena? —preguntó Susan dándole un vistazo a las ollas, curiosa.

—No hace falta, cariño. Ya está casi todo listo. Si quieren, pueden ir a ver televisión… o jugar al patio.

—¡La pelota! —Stella no necesitó más—. ¡Vamos, Susan!

Ambas salieron corriendo hacia el patio trasero, riendo. Madeleine las miró desde la ventana mientras pelaba unas papas. El crepúsculo empezaba a teñir el cielo de un violeta suave. Podía verlas correteando entre los arbustos, lanzándose la pelota, cayendo sobre el césped y levantándose cubiertas de risas y hojas secas. Y por un instante, le pareció que su vida —tan llena de silencios y pérdidas— encontraba por fin un compás dulce, una suerte de paz.

Quince minutos después, regresaron acaloradas y con las mejillas sonrosadas. La calabaza ya estaba lo suficientemente tibia

como para empezar. Entre risas y salpicones de harina, mezclaron, añadieron canela y nuez moscada, llenando la cocina de aromas.

Cuando Patrick y Lenny llegaron, la casa estaba cálida y olorosa, como un refugio. La mesa estaba puesta con esmero, y la comida servida con dedicación. Fue Patrick quien, al probar la primera cucharada del guiso, soltó un suspiro de satisfacción.

—Esto es celestial, Mad. Como en los viejos tiempos.

Lenny no dijo nada al principio. Comía en silencio, con la mirada baja, como si le costara concentrarse en el momento. Madeleine, sin embargo, esperó el instante justo. Fue a mitad de la comida, mientras todos atacaban el pastel de calabaza aún tibio, cuando se animó.

—Tengo algo que quiero compartir con ustedes —anunció con una sonrisa nerviosa. Todos la miraron—. Susan... bueno, Susan aceptó celebrar un almuerzo especial con los más cercanos el día de su cumpleaños… es decir, el de Lauren.

El tenedor de Lenny se detuvo en el aire.

—Me parece una idea hermosa. —Patrick sonrió enseguida—. Será un día especial. Celebramos su vida, la de ambas. Estoy seguro de que lo pasaremos muy bien.

Pero Leonard la miró como si le costara entender lo que acababa de oír. Porque lo sabía… Sabía que esa fecha no era cualquiera. Era el cumpleaños de la chica que había amado en Londres, de la que había intentado olvidar mil veces sin lograrlo, porque estaba impregnada en su piel y en sus sueños.

—¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó al fin, con voz baja, casi ronca.

—Creo que es importante que celebremos… —Madeleine lo miró con dulzura—. Todo lo que hemos ganado. Y Susan está de acuerdo.

El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí denso. Lenny bajó la mirada. Patrick siguió comiendo, contento. Y Lauren, desde el otro extremo de la mesa, observaba a Leonard en silencio, adivinando en sus ojos una tormenta que no terminaba de disiparse.

13 de octubre 1987: Baltimore – Estados Unidos

Cuando el avión aterrizó con un leve estremecimiento, James fue el primero en ponerse de pie, apenas las ruedas tocaron pista. Su cuerpo entero pareció impulsado por una urgencia más fuerte que el desface horario, que el hambre o incluso que el temblor constante que lo sacudía desde que dejó las drogas y el alcohol. Las manos le sudaban y el corazón le latía como si le avisara que estaba a punto de cruzar una frontera invisible.

Bajó del avión, atravesó el aeropuerto Thurgood Marshall de Baltimore con pasos largos, tenía el rostro demacrado pero estaba decidido, y ni siquiera se detuvo a respirar. Solo pensaba en ella, en Lauren… O Susan. No importaba el nombre, la nacionalidad, solo importaba el ahora.

El punto de partida de este viaje no había sido un impulso ciego, sino una conversación inesperada, en un lugar donde jamás pensó encontrar respuestas: el supermercado de Birmingham. Fue hasta allí porque algo dentro de él lo empujó, quizá un presentimiento. Entró al local con la mirada desorbitada, hasta que la vio. Tracy. La pelirroja, amiga de Lauren, esa que le presentó cuando se hizo el concierto en la ciudad. Su primera impresión era que se trataba de una jovencita bastante introvertida, pero en ese momento parecía una fortaleza difícil de atravesar.

Ella lo miró sorprendida al verlo aparecer frente a la caja.

—James… —dijo, con una sonrisa incómoda—. ¿Tú por aquí?

Él tragó saliva. Se veía distinto, más flaco, los ojos rodeados de sombras, la voz ligeramente temblorosa.

—Hola Tracy, es un gran alivio que me recuerdes —suspiró como si por fin encontrara las respuestas a sus dudas. A pesar de que ya no podía pasar desapercibido en varios lugares, contaba con la fortuna de que en Birmingham no había sido asediado—. Necesito preguntarte algo. Es importante.

—¿Tiene que ver con Lauren? —preguntó. Ella supuso que solo su amiga podía ser el motivo de esa inesperada visita.

—Sí. —Él asintió, sin rodeos—. ¿Sabes dónde está?

—Me extraña que no lo sepas…

—No, es que no separamos durante la gira… Ella estaba agotada… no he podido hablar con ella últimamente. ¿Sabes dónde

puedo encontrarla? —suplicó de nuevo su pregunta. .

Tracy dudó, bajó la mirada un segundo y luego soltó un suspiro.

—Bueno… sí. Al parecer, encontró a su familia biológica. Resultó que… no es británica. Es estadounidense y su verdadero nombre es Susan. Susan Russell.

James parpadeó, como si su mente necesitara unos segundos para acomodar esa información. Sintió que todo cobraba un sentido torcido, cruelmente lógico.

—¿Y está bien? —la voz le salió ronca, debido a la presión en su pecho.

—Sí —dijo Tracy, con una mezcla de sorpresa y dulzura—. Muy emocionada, según supe. Me dejó su dirección para que siguiéramos en contacto por carta, pero…

—¿En serio? ¿Podrías dármela?… —susurró, como si la pregunta doliera—.Tracy, de verdad, la necesito, no tienes idea de lo urgente que es. —Sabía que insistencia ya rozaba la humillación, pero no le importaba.

—Pero no la tengo aquí, está en mi casa. —Miró la hora en su reloj—, y mi turno termina en tres horas…

Se notaba que no estaba enterada de todo lo que había pasado entre ellos, o al menos no en detalle, porque accedió con relativa facilidad.

—Yo espero —la interrumpió con urgencia—. Espero lo que haga falta.

—Está bien, pero no puedes quedarte aquí.

—Estaré afuera.

Ella asintió.

Él salió y se sentó en la acera, con el rostro medio cubierto con una capucha, encorvado, fumando cigarrillo tras cigarrillo, era lo único que se permitía para lidiar con la ansiedad.

Cuando Tracy salió, el cielo ya estaba oscureciendo. Caminaron juntos, sin hablar mucho, él un paso detrás, ella masticando una incomodidad que parecía no tener nombre. A media calle de su casa, se detuvo.

—Mejor espera aquí. A mi mamá no le gustaría que llegara con un hombre. Ni aunque fueras el Papa.

James asintió sin discutir. Se apoyó contra una verja y encendió otro cigarrillo. La vio alejarse calle abajo, cruzar la acera y desaparecer en una casita de fachada azul.

Pasaron cinco, diez, quince minutos. Luego Tracy volvió.

Sacó del bolsillo trasero de su pantalón un papel doblado y se lo tendió sin desconfianza, sin segundas intenciones. Como si no supiera nada. Como si, en su mundo, James y Lauren jamás hubiesen tenido un final abrupto y doloroso.

James tomó el papel con manos temblorosas y miró la dirección, escrita con trazo redondo y femenino, la guardó como si fuera una joya. No tenía un plan, solo una convicción: debía ir por ella. Traerla de vuelta, a su lado, a su vida.

No sabía qué decir, y Tracy pareció leer su silencio.

—¿Vas a ir a verla?

—Sí —respondió él, con voz seca—. Voy a traerla de vuelta.

No se despidieron; ella se dio la vuelta y se fue. Él guardó el papel como si fuera un pasaje a otra vida.

Un par de días después, ya en Estados Unidos, alquiló un coche en el aeropuerto. Mostró la dirección al empleado y también pidió un mapa. No quería depender de nadie más. Quería leer con sus propios ojos el camino.

Antes de arrancar, pasó por una tienda. Allí, entre vitrinas polvorientas y peluches pasados de moda, vio un oso gigante, de un tamaño absurdo. Lo compró sin pensarlo y lo cargó al asiento trasero con torpeza, sin importar las miradas ajenas. Era ridículo, sí. Pero también era símbolo de todo lo que aún creía posible.

Iba a conducir directamente a la dirección de Lauren, pero el hombre del alquiler le advirtió que estaba lejos. Un par de horas, tal vez más. Y James quería llegar bien, no sudado, no derrotado por el viaje. Así que eligió un motel cercano al aeropuerto. Se registró y subió a su habitación cargando el peso del mundo, pero también una maleta pequeña que contenía lo más importante: el anillo.

Se duchó, luego se afeitó frente al espejo empañado y se puso el traje que había comprado para ese momento. Era gris oscuro,

sobrio, nuevo, porque quería dar la mejor impresión, no solo a Lauren, sino a su nueva familia.

Sacó el anillo del fondo de la maleta y lo sostuvo entre los dedos con una mezcla de fe y miedo.

Estaba decidido.

Ese día, precisamente ese día, iría a buscarla.

No sabía cómo sería el reencuentro, no sabía si ella lo abrazaría o lo echaría a gritos, pero una cosa sí tenía clara: no se iría sin verla. Y sin decirle que, a pesar de todo, a pesar del océano y los problemas, ella seguía siendo su amor.

Y si ella lo aceptaba, aunque fuera solo con la mirada…Volverían juntos a casa.

CAPÍTULO 55

Todo el esmero que Madeleine había puesto para hacer que el almuerzo en honor al cumpleaños de Lauren mereciera la pena, dio sus frutos desde temprano. La noche anterior ya se había quedado en la cocina hasta entrada la madrugada, preparando entremeses, revisando recetas, adelantando el postre. Y esa mañana, apenas la primera luz del día tocó los cristales de la ventana, ella ya estaba de pie, removiendo salsas y horneando con devoción.

Patrick la encontró así, con el delantal atado de forma descuidada y una expresión de concentración profunda, como si el destino de la familia dependiera de que el asado quedara perfecto. Él se sirvió un café y una tostada, lo que comió en silencio y con una media sonrisa, sabiendo que interrumpirla era inútil. Luego se fue al cobertizo para buscar el mobiliario que colocarían en el jardín. La emoción en él no era menor porque llevaban demasiado tiempo sin celebrar nada, y esta era la primera vez que abrían su casa de nuevo a la alegría.

Lauren y Stella bajaron cuando Madeleine las llamó para desayunar. Ambas estaban cansadas, pero felices. Se habían quedado despiertas hasta tarde ayudándola en la cocina, riendo, probando masas dulces a escondidas. Leonard llegó justo a tiempo para compartir el desayuno con todos. La mesa se llenó de voces, felicitaciones, y anécdotas que Lauren compartió sobre sus celebraciones en el orfanato. Contó historias sobre Henry. Eran como hermanos, inseparables, y se protegían mutuamente en un mundo que muchas veces parecía hecho para romperles el alma. Todos la escucharon con atención, incluso Stella, que no apartó los ojos de su hermana mayor.

Tras el desayuno, mientras recogían los platos, llegaron Melania y su madre, Jeane, para ayudar con los últimos detalles. En la cocina, el aire se impregnó de aromas cálidos y palabras cruzadas entre risas y consejos culinarios. Mientras tanto, en el jardín, Patrick y Leonard se encargaban de colocar las mesas plegables de madera, una al lado de la otra, bajo la sombra generosa de los árboles. Con la ayuda de Lauren y Stella, inflaron globos y colgaron cadenetas de colores. Cada uno de ellos trabajaba con una mezcla de entusiasmo y nerviosismo que no se podía ocultar.

Luren inflaba un globo dorado cuando escuchó la voz de Madeleine llamarla desde el umbral de la puerta mosquitera.

—Susan, cariño, tienes una llamada.

—¿Una llamada? —preguntó, alzando la vista, sorprendida.

—Sí, es importante.

Dejó el globo sin inflar sobre la mesa y salió apresurada, con el corazón algo agitado. ¿Quién podría ser? ¿Harriet? ¿Enya?

Pero en cuanto levantó el auricular y escuchó aquella voz pausada y cálida al otro lado de la línea, un alivio dulce se le derramó por el pecho.

—¡Feliz cumpleaños, Lauren! —dijo el padre Francis con esa entonación suave que parecía envolverlo todo en algodón.

—Padre Francis… —Ella no pudo evitar sonreír—. No sabe cuánto me alegra oírlo.

—Bueno, sé que el cumpleaños de Susan es el catorce de abril, pero tú estás mucho más acostumbrada al de Lauren, así que hoy también merece celebrarse. Y si algo he aprendido, es que los cumpleaños deben festejarse desde el alma, no desde el calendario.

Lauren apretó el auricular con más fuerza, sintiendo cómo se le humedecían los ojos.

—Debe ser una llamada carísima —dijo con una risa suave, intentando disimular la emoción que le nublaba la garganta.

—Puede que sí —respondió él, con una ternura contenida—, pero hoy no importan los costos. Es un día especial, y tú mereces ser celebrada, niña mía.

Hubo un silencio corto, mientras ella calibraba las emociones. Cerró los ojos, tratando de hacer vívido el recuerdo del rostro del

padre Francis, la Madre Superiora… y todos a los que había dejado y tanto extrañaba.

—Gracias, de verdad. Ojalá pudiera compartir este día con usted.

Francis dudó. Estuvo a punto de contarle que James había estado allí, golpeando puertas con los ojos inyectados de súplica. Quiso advertirle, prepararla, protegerla. Sin embargo, se tragó las palabras, porque no quiso ensombrecerle el día con una herida más.

—Lo harás. Tal vez no hoy, pero vendrán días para eso, ahora solo quería recordarte lo querida que eres. No olvides nunca que hay gente que te quiere como si fueras un milagro.

—Gracias por llamarme, por sus palabras… —Ella sonrió, aunque con una punzada de nostalgia—, por todo.

—Feliz cumpleaños, Lauren —dijo él otra vez, esta vez más bajo —. Que la vida te regale más paz que preguntas.

—Gracias, padre. Lo extraño mucho.

—Yo también, mi pequeña.

Y la línea se cortó.

Lauren se quedó unos segundos con el auricular en la mano, sintiendo el hueco de la ausencia, pero también el calor de ese amor incondicional.

Para media mañana, todo estaba listo. El jardín quedó sencillo, encantador, íntimo. Madeleine, satisfecha, le pidió a Lauren que subiera a ducharse y se pusiera la ropa nueva que Patrick le había obsequiado. Ella aceptó con una sonrisa contenida, sabiendo que ese detalle, los vaqueros y le jerséis marrón oscuro, decía más de lo que Patrick era capaz de admitir.

Mientras Madeleine bañaba y vestía a Stella, Leonard decidió que esta vez no iba a dejar que su tía Melanie encontrara excusas para no asistir. Con determinación, se duchó, se puso ropa limpia, y salió rumbo a su casa. Sabía que Melanie arrastraba más peso emocional que todos los demás juntos, pero también sabía que si no asistía, Lauren lo notaría.

Las mesas con manteles blancos y detalles en tonos otoñales le daban al lugar una elegancia sencilla. Mientras que las hojas crujían

bajo los pasos de los niños que corrían de un lado a otro, riendo, jugando a las atrapadas, ignorando por completo el mundo adulto.

Los entremeses estaban perfectamente dispuestos sobre las mesas laterales: bandejas de canapés caseros, pastelitos de jamón y queso, huevos rellenos, *dips* de espinaca con pan crujiente, y una ensalada de papas con mayonesa que Madeleine había preparado con esmero casi obsesivo. Había también una pequeña mesa de postres con galletas de mantequilla, pastel de manzana y una torta de cumpleaños decorada con flores de azúcar que aún estaba cubierta con una campana de vidrio, como si fuera una reliquia. Las bebidas, alineadas sobre una mesa al costado, eran todas sin alcohol, limonada, té helado, jugo de arándano, refrescos de cola, entre otras.

La familia ya estaba casi completa. Jeane, sentada en una silla plegable con cojines, sostenía un vaso de limonada mientras conversaba con Madeleine.

Stella, con un vestido azul pastel que combinaba con el lazo de su cabello, corría con sus primos. Lauren, hablaba con Melania cerca del set de fotografías improvisado con una sábana blanca como fondo y una cámara Polaroid sobre un trípode.

A esa hora, todo estaba suspendido en una calma delicada. El murmullo de las conversaciones flotaba entre los árboles, las risas de los niños se mezclaban con el crujido de las hojas, y el perfume de la comida recién servida comenzaba a despertar los estómagos de todos.

Fue entonces cuando se escucharon pasos en la grava del camino de entrada. No hubo portón que se abriera, ni timbre que avisara su llegada; solo el sonido de los zapatos pisando con calma el sendero de tierra que conducía desde la calle hasta el jardín trasero, donde todos se habían reunido.

Madeleine fue la primera en girar la cabeza. Luego Patrick, que sostenía un bol de ensalada. Después Jeane, que dejó su vaso de limonada a medio levantar. Incluso los niños frenaron sus pasos, como si algo en el aire les indicara que debían prestar atención. Porque mientras caminaban y mirada fija hacia el grupo, venían Leonard… y Melanie.

Un silencio sutil, casi imperceptible, se extendió como una corriente de aire helado. Todos la miraban con una mezcla de sorpresa, incredulidad y discreta tensión. Hacía meses que Melanie evitaba cualquier reunión familiar, era experta en excusas, en llamadas de última hora, en enfermedades imprevistas y dolores de cabeza repentinos. Y sin embargo, ahí estaba, con una blusa de lana verde oliva, el cabello recogido en una coleta discreta y los ojos azules que evitaban mirar directamente.

Leonard caminaba junto a ella con la determinación haber ganado una batalla silenciosa. En cuanto cruzaron la verja, él la miró con calma, como diciéndole sin palabras que lo peor ya había pasado.

Madeleine se recompuso de inmediato y se acercó con una sonrisa suave.

—Melanie —dijo simplemente, abriendo los brazos en un gesto contenido.

Melanie dudó un segundo. Luego asintió con la cabeza, casi imperceptiblemente, y dejó que Madeleine la abrazara con brevedad. Fue un contacto rápido, pero significativo. Como si ambas supieran que había heridas que aún no cerraban, pero al menos estaban dispuestas a dejarlas respirar.

Patrick se acercó después, le ofreció un té helado y un gesto cordial. Lauren se quedó unos pasos atrás, mirando la escena sin saber si debía intervenir o solo esperar. Mientras que Lenny se fue a saludar a sus abuelos.

Fue Stella quien rompió el silencio con su espontaneidad.

—¡Tía Melanie! —gritó, corriendo hacia ella con un globo en la mano—. Viniste por el pastel, ¿verdad?

—Hola, pequeña flor. Sí, por supuesto. —Se agachó, la abrazó con torpeza, y sonrió. Una sonrisa débil, contenida, pero honesta.

—Seguro que te va a encantar, porque yo ayudé a prepararlo.

—Entonces estoy segura de que será el mejor pastel que comeré en toda mi vida. —Le guiñó un ojo con gesto cariñoso.

Luego Stella volvió a sus juegos y ella se quedó de pie junto a una de las mesas, sonreía con discreción, sin exagerar los gestos;

sin embargo tenía los hombros tensos, como si aún no terminara de convencerse de que debía quedarse.

Madeleine, atenta, se le acercó por detrás y le apoyó suavemente una mano en la espalda, solo para guiarla.

—Melanie —le dijo con voz baja y cálida—. Quiero que hables con ella.

Melanie giró apenas la cabeza, sin necesidad de preguntar a quién se refería. Porque allí, a unos metros, estaba Susan. Sentada en la banqueta de madera bajo un árbol, tenía las manos sobre las rodillas, juntas, tranquilas. Como si estuviera intentando aprenderse de memoria ese momento.

—No sé si ella quiera —dijo Melanie, bajando la vista hacia su vaso.

—Claro que quiere. Te ha estado mirando cada tanto —respondió Madeleine, con una sonrisa breve, esa que usaba cuando quería convencer sin forzar—. Dale una oportunidad, por favor.

Melanie cerró los ojos por un instante y asintió con suavidad, como si le costara desprenderse de algo muy pesado. Caminó con pasos reservados hacia su sobrina.

La muchacha la notó de inmediato. Se levantó, algo torpe, como si no supiera bien cuál era la manera correcta de comportarse frente a alguien tan significativo y, al mismo tiempo, tan desconocido.

—Hola —dijo Lauren, con una voz suave, dulce, que arrastraba la cadencia de una niña que busca aprobación.

Le habían dicho que de niña, solía ser muy apegada a Melanie y que físicamente era a quien más se parecía. En eso, les daba la razón, ya que de las tres hermanas Lewis, era la más castaña y con los ojos azules más oscuros, más intensos; sin embargo, no vino a ella ningún recuerdo de esa devoción que debía sentir.

Melanie se detuvo frente a ella, sus ojos se posaron en los de Susan con una mezcla de duda y ternura.

—Hola, Susan —respondió.

—Estoy… feliz de conocerte —añadió Lauren, bajando la mirada —. Madeleine me ha hablado tanto de ti; Patrick… Y Stella también. —No podía evitar estar nerviosa.

Melanie respiró hondo y asintió despacio; luego se acercó un poco más, dejando el vaso sobre la mesa cercana. Por un instante, pareció que iba a tomarle la mano, pero se contuvo. En cambio, la miró de frente.

—¿Sabes? —empezó—. Hay algo en ti que… que me resulta muy familiar. —Su voz no era ni dulce ni cortante.

—¿De verdad? —Lauren la observó, ilusionada.

—Sí.

—Yo no me acuerdo de mucho… mejor dicho, no recuerdo nada —confesó, con los ojos aguados pero sin derramar ni una lágrima.

Melanie la miró un largo rato, después le sonrió. Con esfuerzo, pero con sinceridad.

—Tu madre te buscó cada día. Nunca dejó de hacerlo. Y yo… —titubeó, bajó la mirada y la alzó otra vez—. Yo también lo hice, a mi manera. —Se acercó, y sin pedir permiso, la abrazó. Fue un abrazo corto, incómodo al principio, pero necesario. Cuando se separaron, la tocó suavemente en la mejilla—. Feliz cumpleaños.

Y se fue hacia la sombra del gran árbol del fondo, donde nadie hacía preguntas. Donde podía sentarse con sus propios fantasmas y tomar limonada en paz.

Lauren se quedó mirando ese punto vacío donde antes estuvo Melanie. Y por alguna razón que no supo explicar, sintió una punzada fría en el estómago.

El ambiente era alegre, familiar, mientras sonaba un cassette de The Bangles y los globos de colores se balanceaban con la brisa.

Ella giró la cabeza cuando escuchó un auto detenerse frente a la casa y nadie le prestó demasiada atención. Patrick seguía conversando con Jeane, Madeleine servía limonada, y los niños seguían corriendo detrás de una pelota. Pero lo sintió, algo en su pecho dio un tirón leve. El coche era distinto a todos los del vecindario, se trataba de un sedán negro, reluciente, sin una sola mancha, con las placas todavía brillantes.

La puerta se abrió con suavidad. Y entonces lo vio. James bajó del auto con una calma ensayada; llevaba un traje gris oscuro, perfectamente planchado, con la camisa blanca y sin corbata.

Lo reconoció de inmediato; aún bajo la compostura y la espalda erguida, tenía los ojos cargados de una mezcla peligrosa de culpa, anhelo y desesperación. Lo miró desde el centro del jardín, de pie entre globos y platos con entremeses, y sintió cómo algo se le hundía en el pecho. Una punzada, no era dolor, era algo más primitivo. Algo que no sabía si era advertencia o terror.

James caminó con paso firme. Nadie habló, pero Leonard se tensó al instante. Patrick dejó de servir y bajó lentamente la cuchara a la fuente. Madeleine frunció el ceño con desconcierto. Jeane levantó la vista y susurró algo a Melania, que no respondió.

James se detuvo a un par de metros del jardín, sin cruzar todavía el límite simbólico de la reunión familiar.

—Lauren —dijo, con voz clara pero sin alzarla demasiado.

Leonard dio un paso hacia adelante, pero no dijo nada. Patrick se quedó dónde estaba, con la mandíbula tensa.

Lauren no se movió, no podía. Todo era nítido a su alrededor; el sol brillaba sobre los globos, las hojas secas eran arrastradas por el viento y la música de fondo animaba la escena. James estaba ahí, vestido para una ocasión que ninguno entendía. Un hombre que parecía haberlo perdido todo, menos la esperanza.

Ella no pudo sostenerle la mirada; fue apenas un segundo, pero bastó. Algo en su interior se rompió, no supo si fue su respiración o el control sobre sus piernas. Solo sintió un impulso brutal e instintivo de alejarse, dio un paso atrás, luego otro. Y de pronto, echó a correr.

El murmullo que empezaba a formarse en el jardín se cortó de golpe. Todos se volvieron hacia ella, sorprendidos, sin saber qué había pasado. Solo Patrick, Madeleine y Leonard entendieron; aunque por dentro, cada uno interpretó algo distinto.

Lauren corrió hacia la parte trasera de la casa casi tropezando. Abrió la puerta con violencia y se metió en el hogar como si la persiguiera una sombra. El sonido de la madera crujió bajo sus pies mientras corría por el pasillo en dirección a las escaleras. El aire empezó a faltarle antes de llegar al primer escalón, era como un tirón seco en el pecho, como si James hubiese tenido el poder para

meterle una mano entre las costillas. Jadeó, tragó saliva, pero el mundo se le volvía cada vez más pequeño, más oscuro.

—No —susurró, sin voz.

El dolor le subía desde el estómago hasta la garganta. Cada latido era una punzada y las manos le temblaban tanto que apenas podía apoyarse en la baranda mientras subía las escaleras tambaleándose. Las lágrimas empezaron a subirle a los ojos, pero no caían. Se le acumulaban ahí, como una presión insoportable que no encontraba salida. En su mente, una única frase resonaba como un golpe seco «No puede ser. No puede estar aquí.»

Llegó al pasillo del segundo piso y se arrastró hacia su habitación. Quería meterse debajo de las sábanas, cerrar la puerta, desaparecer, pero antes de alcanzar el pomo, una mano fuerte la sujetó por un hombro.

—Lauren —dijo Leonard, cerca de su oído.

Ella se estremeció, no podía hablar, no conseguía respirar.

—Hey, hey, mírame —insistió él, girándola con suavidad.

Lauren negó con la cabeza, llevándose una mano al pecho y se dobló ligeramente hacia adelante, con la frente casi tocando el hombro de Leonard.

—No puedo... no puedo respirar...

—Lauren, escúchame, escúchame… —le pidió Leonard, mientras la sostenía con fuerza, evitando que se desplomara.

Ella temblaba entera, las piernas ya no le respondían. Aún así, intentó seguirlo. Inspiró, pero apenas pudo porque el pecho le dolía como si alguien le apretara los pulmones con una prensa invisible. Leonard apoyó una mano en su espalda y otra en su nuca.

—Estás a salvo, ¿sí? —murmuró, con un esfuerzo feroz por sonar tranquilo, aunque el miedo y la rabia también lo atormentaba —. Nadie va a hacerte daño. Él no va a entrar aquí… No lo voy a permitir —le susurró, dándole un delicado beso en la frente.

Ella, por fin, cedió al llanto.

Leonard sentía que el corazón le ardía dentro del pecho. Verla así, encogida, pálida, temblando como una niña perdida en una tormenta, le revolvía algo peligroso y caliente en las entrañas. Un fuego primitivo que le decía que tenía que bajar en ese instante y

partirle la cara a James… Romperle la mandíbula, aplastar cada uno de sus huesos.

«¿Qué le hiciste, hijo de puta? ¿Qué le hiciste para que te tenga tanto miedo?»

Pero no. No, no podía dejarla sola, no podía fallarle él también.

Lauren se aferraba a él como si se estuviera cayendo por un abismo. Respiraba con dificultad, y cada bocanada de aire parecía que le dolía más que la anterior.

Leonard apretó los dientes, tragándose el grito que le subía por la garganta, y la sostuvo con firmeza, como un ancla. Le acarició el cabello con movimientos lentos, con una ternura contenida que contrastaba con la tormenta que lo golpeaba por dentro.

—No estás sola, ¿me escuchas? —le susurró, con la voz quebrada por la rabia contenida—. Estoy aquí, contigo. Él no va a tocarte… Nadie volverá a herirte.

Ella apenas alzó la mirada y sus ojos estaban vidriosos, llenos de un miedo animal que le atravesó el alma.

—Quiero desaparecer... quiero que se vaya... —sollozó.

Leonard apoyó la frente contra la de ella. Cerró los ojos e inspiró hondo, queriendo robarle el miedo con la respiración, con el contacto.

—No tienes que verlo, no tienes que enfrentarlo, ni ahora ni nunca —murmuró con suavidad—. Lo único que importa es que estás a salvo… Conmigo estás a salvo. —Las palabras eran simples, pero en su boca eran promesas grabadas a fuego.

Lauren seguía temblando, el pecho le subía y bajaba con violencia. Leonard deslizó los dedos por su mejilla con un cuidado absoluto, como si la tocara por primera vez, con miedo de romperla más. Y entonces, sin pensarlo, o tal vez por haberlo pensado por demasiado tiempo, se inclinó hacia ella y la besó.

No fue un beso apresurado, ni hambriento, fue lento, un roce suave, profundo, que hablaba más que cualquier palabra. Era su manera de decirle: «Yo te elijo así, hecha pedazos, porque quiero ayudarte a reconstruirte.»

Lauren no se apartó, no se tensó, no se resistió; al contrario, cerró los ojos y se dejó llevar. Como si ese beso fuera el único lugar

seguro en el mundo, como si por fin pudiera respirar dentro de ese instante.

Cuando Leonard se alejó, lo hizo con la mayor lentitud del mundo, como si desprenderse de ella le arrancara algo por dentro. La abrazó con fuerza, escondiéndola en su pecho, y entonces, al girar apenas el rostro para contener sus propias emociones, la vio.

Su tía Melanie estaba a mitad de las escaleras con el cuerpo rígido y una expresión de puro espanto. Tenía los ojos desorbitados, fijos en ellos, como si acabara de presenciar un crimen.

Leonard sintió que el alma se le helaba en la médula. Una descarga le recorrió el cuerpo en una mezcla de vergüenza, terror y una culpa tan grande que le nubló la vista por un segundo, pero no dijo nada, no hizo un solo movimiento.

Melanie lo miró un segundo más. Y luego, sin emitir palabra, dio media vuelta y bajó las escaleras con pasos rápidos.

Leonard apretó los ojos, pero no soltó a Lauren. No podía permitirse caer ahora; no cuando ella necesitaba respirar, sostenerse, entender que había alguien ahí que no pensaba romperla más.

El juicio vendría después. Ahora, solo importaba ella.

CAPÍTULO 56

James apenas dio un par de pasos, los suficientes para ver cómo Lauren se giró bruscamente y salió corriendo hacia la casa, como si acabara de encontrarse con una amenaza. El estremecimiento que recorrió su espalda no era nuevo, pero nunca fue tan intenso, tan gélido.

«¿Eso fue miedo? ¿Miedo de mí...?»

Sintió el corazón encogerse dentro del pecho, como si algo lo apretara desde dentro. Tragó saliva y dio otro paso, casi por reflejo, pero entonces, sin que nadie alzara la voz ni hiciera un solo gesto brusco, un hombre se interpuso en su camino. Un muro humano, firme, imposible de ignorar.

James no lo conocía, pero lo reconoció al instante; tenía que ser el padre biológico de Lauren. Un hombre de postura recta, hombros amplios, mentón alzado y la mirada precisa, no hacía falta haberlo visto antes y no necesitaba presentación.

Sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta, quiso hablar, decir cualquier cosa, pero la mirada de ese hombre lo sostuvo con tal intensidad que lo dejó inmóvil, como si evaluara cuántas advertencias merecía antes de ser echado definitivamente.

Patrick lo observó de arriba abajo con calma, luego giró apenas el rostro, procesando lo que acababa de ver. Notó el miedo en los ojos de su hija; eso era algo que no iba a olvidar fácilmente.

—No sé qué estás haciendo aquí —dijo con voz grave—. Pero sí sé a quién viniste a buscar.

James respiró hondo, quería parecer razonable, porque no había ido con la intención de provocar un conflicto, solo quería hacer lo correcto.

—Sí —respondió, con esfuerzo—. Vine a hablar con Lauren. Necesito... necesito aclarar algunas cosas con ella.

—Su nombre es Susan —intervino Patrick con el señor fruncido.

No era una corrección, era una advertencia. Una línea trazada con claridad, ya no era la jovencita que él destrozó, ahora era su hija y a la que protegería con su vida, si era preciso.

James asintió con incomodidad, mientras la ansiedad le subía por la nuca como una fiebre lenta y empezaba a notar cómo algunas personas alrededor los miraban. La atmósfera, que antes era festiva, ahora parecía suspendida.

—Lo sé —dijo—. Es solo que... señor, sé que no soy bienvenido, y no quiero interrumpir esta reunión ni causar un escándalo. No es mi intención, solo necesito un momento con Lauren… Susan.

—Entonces lo mejor que puedes hacer es marcharte en este instante. —Patrick entrecerró los ojos y dio un paso, acortando aún más la distancia—. Porque quedó claro que ella no quiere hablar contigo.

—Por favor —insistió, con voz baja, casi suplicante—. Solo necesito una oportunidad. No quiero presionarla, no voy a tocarla. Solo quiero hablar… Que me escuche.

—Te vio... y salió corriendo. —Patrick no se alteró—. Eso fue lo que ocurrió.

James desvió la mirada, respiraba con dificultad y las manos le temblaban. De pronto, el traje que había elegido con esmero, el auto alquilado, el inmenso oso en el asiento trasero y el anillo en su bolsillo… todo parecía fuera de lugar, como si hubiera intentado disfrazar el desastre que llevaba dentro.

—Lo sé —murmuró—. Pero necesito entender, o al menos cerrar esto. No puedo simplemente desaparecer sin haberle dicho nada.

—Te lo diré por última vez —dijo con voz firme y mirándolo con decisión—. Ella no quiere verte.

James abrió la boca, pero Patrick levantó ligeramente la mano. No fue una amenaza, ni una provocación, solo fue un gesto para detenerlo, para dejar claro que no tenía derecho a insistir. Él bajó la mirada, mientras su corazón golpeaba con fuerza. No había ido allí a

pelear, no quería provocar a nadie, solo necesitaba verla. ¿Era demasiado pedir?

Sin embargo había algo en el tono de ese hombre que no dejaba espacio a la discusión. Una autoridad tranquila, implacable, que lo desarmaba sin necesidad de levantar la voz. Dio un paso atrás, luego otro. No era miedo, era impotencia y la mandíbula le temblaba de pura frustración. Sintió que el mundo entero se le volvía borroso por un instante. ¿Eso era todo? ¿Hasta ahí llegaba?

No.

No.

Él no había cruzado un océano, no había perdido el sueño ni arriesgado su salud para quedarse parado frente a un muro humano, con los labios apretados y el alma hecha trizas. Así que, se recompuso como pudo. Apretó los puños, tratando de contener ese torbellino que lo empujaba a gritar, a romper, a llorar. Se pasó una mano por el rostro; luego levantó la cabeza con determinación y tragó saliva.

—¡Lauren! —El grito atravesó la música suave del fondo, las conversaciones de los familiares, las risas de los niños. Fue un rugido desesperado, lleno de un dolor tan crudo que nadie pudo ignorar—. ¡Lauren, por favor! ¡Solo escúchame! ¡Por favor!

Algunos se giraron de inmediato; otros lo miraron con sorpresa, con desconcierto, con fastidio. Patrick lo observó sin moverse, con los músculos tensos bajo la camisa, listo para actuar si era necesario. Pero James no parecía tener intención de avanzar, solo estaba llamándola como si su vida dependiera de ello.

—¡No vine a hacerte daño! ¡Te lo juro! ¡Solo necesito hablar contigo, un minuto, nada más! —Su voz se quebró al final. Era como si cada palabra le desgarrara un poco más la garganta, su mirada buscó las ventanas, la puerta, el segundo piso. Cualquier indicio de que ella lo había oído—. ¡Te lo suplico! —añadió con un tono más roto—. ¡No me dejes con esto adentro! ¡No así!

El silencio que siguió fue denso. Algunos familiares empezaron a murmurar y los niños dejaron de correr. Patrick no dijo nada, no era necesario, su sola presencia bastaba para dejar claro que, si James daba un paso más, no iba a tolerarlo. Pero él solo bajó los brazos,

exhaló con fuerza, y dejó que el peso de la frustración se le hundiera en los hombros.

—Por favor… —susurró una vez más—. Solo un minuto… eso es todo lo que pido.

No obstante, la casa permanecía en silencio, y si Lauren lo había escuchado, no dio señales de querer aparecer.

Las paredes no lograban ahogar su voz; a pesar de los vidrios, del segundo piso, de los murmullos y de la música, el grito de James se filtró con claridad hasta ella, como si el sonido supiera exactamente dónde encontrarla. Se quedó quieta, temblando, no solo por el impacto del tono desgarrado de su voz, sino por lo que despertaba en ella. No era nostalgia, ni tristeza… Era indignación.

Pasó una mano por su rostro, secándose las lágrimas con torpeza. Se frotó los ojos, la frente, como si pudiera quitarse el miedo de la piel. Luego se apoyó en la pared, respirando con fuerza. El eco de las súplicas de James todavía vibraba dentro de su pecho, pero algo había cambiado. El terror se retiraba, paso a paso, cediendo espacio a una resolución más firme… Más feroz.

—No puedo creerlo —susurró, mirando hacia las escaleras—. ¿Después de todo lo que hizo? ¿Después de todo lo que me gritó, de lo que me rompió… tiene la cara de venir así? ¿De irrumpir como si tuviera derecho a una explicación? —Esos cuestionamientos eran más como un recordatorio para ella. Y no por poner al tanto a Leonard de lo sucedido.

Él que no se había movido de su lado, la observaba con los labios apretados, tenso, expectante, pero no la interrumpió. Sabía que ella necesitaba decirlo… Sacar toda la mierda que ese hijo de puta le hizo.

—Me humilló, me pegó… maldito cobarde —escupió con desprecio—. Me hizo sentir como si no valiera nada. Y ahora… —su voz se quebró por un segundo, pero se sostuvo—, ahora viene a gritar mi nombre, como si yo le debiera algo.

Se miró las manos que todavía le temblaban, pero no como hacía un rato. Toda ella temblaba, pero no de miedo, lo hacía de rabia contenida, de convicción.

—Esto tiene que terminar. —Levantó la cabeza hacia Leonard, sus ojos brillaban, no por el llanto, sino por la fuerza que se encendía detrás de ellos—. No puedo seguir escondiéndome, no puedo dejar que me destruya… no más.

—No tienes que hacer nada —dijo Leonard, en voz baja, pero firme—. Él se va a ir. Papá lo va a sacar de aquí, todos vamos a asegurarnos de que no se te acerque, no hace falta que tú...

—Sí, sí hace falta —lo interrumpió mirándolo a los ojos—. Porque si no lo hago ahora, va a seguir persiguiéndome… Lo conozco y sé que no va a descansar hasta que escuche todas sus mentiras… todas sus disculpas vacías y llenas de manipulación.

—Lauren… —Leonard negó con la cabeza, porque no quería verla sufrir más.

—Tengo miedo, sí. Mucho, pero… —suspiró hondo, cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos, con los hombros erguidos—, también sé que del miedo nace el valor. No me voy a quedar en silencio esta vez, necesito que lo escuche de mí. Que no hay vuelta atrás, que ya no tiene poder sobre mí.

Lo dijo con una seguridad que ni ella sabía que tenía. Una certeza que le brotó del fondo de las entrañas, como si por fin hubiera recordado quién era y lo que valía.

Leonard la miró con dolor y orgullo mezclados. Quiso detenerla, protegerla, esconderla de todo, pero también entendía que protegerla era dejarla pelear su propia batalla.

—Entonces iré contigo —dijo al fin, en un murmullo—. Te prometo que no voy a intervenir… Solo me quedaré cerca, por si me necesitas.

Lauren asintió, tragando con fuerza, no podía negarse que tener el respaldo de Leonard, afianzaba un poco más su valentía. Caminó por el pasillo, sus piernas aun temblaban pero avanzó determinante.

Era hora de terminar con eso y recuperar lo que quedaba de sí misma. A cada paso, la vergüenza le subía por el pecho como una ola ardiente, porque todos la miraban; habían enmudecido de golpe, esperando ver en qué terminaba esa escena.

La incomodidad la azotó con fuerza y la furia también. No solo por James y lo que había sido capaz de provocar con su presencia, sino por ella misma, por haber permitido alguna vez que él tuviera ese poder sobre su vida. Por haberle dado tanto, y que él se lo cobrara con gritos, golpes y humillaciones.

James la vio y dio un paso hacia adelante. Sus ojos brillaban de alivio, como si verla aparecer fuera la señal que había estado esperando durante semanas, como si aún existiera un «nosotros.»

—Lauren —murmuró con la voz rota, y luego más fuerte—. Lauren, por favor.

Ella no contestó, todavía no pensaba hacerlo.

Leonard la seguía a pocos pasos, con el rostro rígido y la mirada fija en James, esperando cualquier movimiento en falso para intervenir. Patrick fue el primero en interceptarla, ubicándose a su lado como un escudo, como si con su sola presencia pudiera hacer retroceder al intruso.

—No tienes que ceder a las presiones de ese hombre —dijo con voz firme. Ya lo había juzgado y condenado—. No tienes que darle ni un segundo de tu tiempo.

—Mi amor... —dijo Madeleine con cautela, acercándose por el otro lado—. ¿Estás segura de que quieres hablar con él?

Lauren respiró hondo, miró a Madeleine y después a Patrick. Luego más allá, donde James la observaba como si su mundo dependiera de ese momento, cada una de esas miradas pesaba distinto, pero ella ya había tomado una decisión.

—Sí —respondió con calma—. Estoy segura, necesito hacerlo… Por mí.

Hubo un silencio breve, tenso. Madeleine asintió con los labios apretados, todavía insegura. Patrick, en cambio, la miró por casi un minuto.

—Está bien —cedió al fin—. Pero cualquier cosa… estaré cerca. —Se giró hacia James, clavando en él una mirada que no necesitaba palabras para amenazar—. No olvides eso —le advirtió con una voz ronca que no admitía discusión.

James sostuvo esa mirada, pero asintió sin hablar. Lo último que quería era provocar a un hombre con esa clase de temple.

Lauren inspiró una última vez y avanzó. El corazón le latía con fuerza, pero cada paso que la acercaba a James era un acto de poder y de recuperación. Él ya no tenía el control, no más; y en su interior, aunque quedaban heridas sin cerrar, algo comenzaba a cambiar porque esta vez, no se trataba de sobrevivirlo. Esta vez, se trataba de ponerle fin.

Se detuvo a apenas un metro de él. Pese a las semanas de distancia, James seguía teniendo ese brillo indescifrable en la mirada, mezcla de desorden y deseo, como si cada emoción que sentía se desbordara sin filtro, pero ahora también estaba el miedo. Un miedo sincero.

—Lauren… escúchame —dijo él, con la voz temblorosa, haciendo un esfuerzo visible por contenerse de acercarse—. Necesito que me escuches. —resopló, nervioso. Se pasó una mano por el cabello, sin saber dónde meter las manos, cómo empezar. Había ensayado este momento mil veces. Cada palabra, cada gesto; sin embargo, ahora que la tenía enfrente, todo se desmoronaba—. Había pensado en tantas cosas que decirte… Sabía cómo iba a empezar esta conversación, lo juro. Pero ahora… ahora solo soy un caos… Un puto caos.

Lauren lo miró sin alterarse; le dolía verlo así, sí, pero no podía permitirse ceder.

—Tienes un minuto, James —dijo, con una frialdad que apenas le costaba sostener.

—Está bien, sí. —Asintió rápido, con ansiedad—. Sé que estás molesta, que estás harta de mí, y con total razón. Me comporté como el peor de los miserables. Soy un hijo de puta. Lo sé. —Sus ojos se movían por su rostro, buscando algo de ternura que le confirmara que no todo estaba perdido—. No tengo mucho tiempo, lo entiendo… Me equivoqué. Siempre actué mal, siempre tuviste razón… Siempre quisiste lo mejor para mí, por eso te amo.

Lauren hizo el amago de interrumpirlo porque no quería que empezara a usar palabras que pudieran socavar su decisión, pero James alzó una mano, suplicando sin palabras.

—Espera, solo un minuto más, por favor… Ya sé que no basta con decir «te amo», que eso no repara nada. Sé que eso no borra

todo el daño que te hice, pero tenía que venir y suplicarte perdón… porque estoy roto, Lauren. Soy un desastre… entendí algo, la banda, la fama, las giras… nada tiene sentido si tú no estás. Sin ti no hay nada… Nada.

Se adelantó un paso, buscando su cercanía, un gesto, una chispa de lo que una vez fueron, un beso. Pero ella reaccionó primero y le plantó ambas manos en el pecho deteniéndolo con firmeza.

—No, James… no puedo.

—Sí puedes —se aferró a su voz como si todavía hubiera esperanza—. Claro que podemos. Nos amamos como nadie, Lauren. Nuestro amor es único, inquebrantable, somos el uno para el otro… ¿lo recuerdas? Sin ti yo no existo. Y tú no puedes sin mí. Nos necesitamos.

—No. No, no —negó con vehemencia y con los ojos húmedos de tanto contenerse—. No puedes seguir diciendo eso, James. Eso no es amor, es dependencia... Es egoísmo.

—Muñeca… atravesé un océano por ti —dijo con voz ronca—. No he dejado de buscarte ni un solo día, no he dormido bien desde que te fuiste.

Hizo una pausa, mirando alrededor con incomodidad; por un instante, pareció notar realmente que estaban en medio de ese patio silencioso donde cada conversación había cesado, donde cada mirada fingía desinterés pero estaba clavada en ellos como cuchillas; sobre todo, la de quien parecía ser su hermano. Aunque todos intentaran disimular, eran el centro de atención, el espectáculo trágico que nadie se atrevía a interrumpir.

—¿Podemos hablar en otro lugar? Solo tú y yo…

—Prefiero que no —contestó con una calma forzada, como si cada palabra le costara contener un alud.

—¿Me estás castigando por todo lo que hice? —James bajó la mirada un segundo, dolido. Luego la alzó otra vez, desesperado—. Lo merezco, sí. Pero…

—No, no te estoy castigando.

—Tú me amas, Lauren.

—Sí. —Tragó saliva y no desvió la mirada—. Aún te amo, pero eso no significa que vayamos a estar juntos, porque lo nuestro no está bien.

—¿Yo no te hago bien? —James retrocedió como si esas palabras fueran una bofetada.

—No. Y bien lo sabes —respondió con voz quebrada—. Te amo, pero no quiero vivir en constante agonía. Te amo, pero no quiero estar al lado de alguien que se autodestruye y arrastra a los demás en el proceso. No merezco eso.

—Ya no más. Estoy limpio, Lauren. Lo juro… Llevo semanas así, me estoy desintoxicando, estoy haciendo todo bien esta vez... Por ti.

—Bien por ti. Me alegra de verdad, pero yo no quiero volver a una historia que nació torcida, se rompió, James. Y no hay forma de repararla.

—¿Es que hay otro? —Cerró los ojos, como si le doliera respirar —. ¿Ya conociste a alguien?

—No tengo que darte explicaciones. —Lauren inspiró hondo, porque no iba a caer en ese juego.

—Sí, sí tienes que dármelas. Me dices que soy lo peor que te pasó, que te hice sufrir… ¿y eso es todo? ¿Así termina?

—¿Quieres una explicación? —preguntó cruzando los brazos sobre su pecho como un escudo.

—La necesito —exigió con la voz rota.

—No, no hay nadie más. —Lo miró fijamente, sin odio. Solo con la verdad ardiendo en los labios—. Pero si algún día llega, me gustaría que fuera alguien que me vea como soy. Que apoye mis metas, mis sueños y me respete, que me dé la importancia que merezco y no me haga sentir pequeña, ni insegura, ni celosa. Y esa persona no eres tú, James.

Él negó con la cabeza, como si las palabras no pudieran entrarle.

—Te amo…

—Y yo a ti, pero no todas las historias de amor están hechas para ser vividas. Al menos, esta no.

—Lauren… —Dio un paso, tambaleando entre súplica y resignación.

—Haz lo que quieras con tu vida —dijo ella, firme, sin levantar la voz—. Solo con la tuya. No con la mía. —Y sin esperar respuesta, se volvió.

Lo dejó ahí, en mitad del jardín, con el rostro vencido y los ojos llenos de un amor que ya no tenía a dónde ir.

—Lauren… —susurró, sin que ella volteara—. No me daré por vencido, porque aún me quieres… Y no podemos dejar que se pierda lo nuestro… —Las palabras se le ahogaron en la garganta como si le hubieran puesto una piedra en el pecho. Ni siquiera pudo desearle feliz cumpleaños, no pudo decirle que fue a buscarla para pedirle que se casara con él, ni le entregó el maldito oso de peluche.

Dio un paso, quizá dos, en un impulso que ya no tenía destino, pero el padre biológico de Lauren, se adelantó con una determinación peligrosa. Y detrás, el joven de expresión contenida, claramente un hermano, por la semejanza en la mandíbula, en los ojos... preparados para interponerse si era necesario.

Apretó los puños, sintiendo cómo todo el mundo se le venía abajo y seguía ahí, de pie, solo, sin siquiera el consuelo de una despedida. No le quedó más que darse media vuelta mientras masticaba la humillación, y caminó hacia el auto.

Cada paso dolía, pero su resolución seguía en pie. Ella no pertenecía a ese lugar; esa vida tranquila, decorada con margaritas, árboles podados y sonrisas familiares, no era para Lauren. Porque «su Lauren» era pasión, era arte, fuego, vértigo… Era ruido, era rock e iba a recuperarla.

CAPÍTULO 57

El silencio que quedó tras la marcha de James era denso, casi palpable. Lauren seguía de espaldas, aún con la respiración agitada y los ojos ardiendo. En ese momento, Leonard se le acercó, colocándole una mano en el hombro con delicadeza como si tocara una herida abierta; ella no se volvió, pero tampoco se apartó.

Madeleine, con la preocupación aún evidente en el rostro, se adelantó un paso, insegura. Patrick, en cambio, no apartaba la vista del camino por donde James se había ido. Su mandíbula seguía tensa, como si una parte de él esperara que ese muchacho tuviera la osadía de volver.

Y fue entonces cuando Jeane se puso en pie, con la espalda recta y los ojos cargados de compasión, aplaudió dos veces, suave pero firme, invocando de nuevo a la fiesta.

—Bueno, creo que es momento de retomar la celebración —anunció, con esa calidez suya que no forzaba sonrisas, pero sí las sostenía—. Sé que todos estamos un poco… conmocionados, pero este es un día importante. Lauren merece algo más que recuerdos amargos. —Se acercó a su nieta, tomó su rostro con ambas manos y le dio un beso en la frente—. Mereces alegría, cariño. Mereces más que lo que él vino a recordarte. Y ahora… creo que es hora de los regalos, ¿no crees?

Hubo un murmullo de aprobación, tímido al principio. Madeleine asintió, aliviada por esa iniciativa, y fue a buscar los paquetes que esperaban en la mesa junto a las bebidas. Leonard no se movió del lado de Lauren, como un centinela, pero también evitando mirar a su tía Melanie.

Patrick, aún con el ceño fruncido, se relajó solo un poco, lo justo para acercarse a su hija

—Estamos todos contigo, ¿de acuerdo? —le dijo en voz baja—-. Lo que necesites… Siempre.

Lauren respiró hondo, como si por fin pudiera hacerlo con algo de libertad; se obligó a parpadear, a mirar a su abuela, a dar un paso hacia los demás. No sonrió, no todavía, pero sus hombros dejaron de pesar tanto.

Y entonces, lentamente, entre la pena y el cariño, la celebración empezó de nuevo. Poco a poco, la propuesta de Jeane comenzaba a dar frutos. Madeleine dispuso una silla para su hija cerca de la mesa, bajo las guirnaldas de luces, como si fuera un trono improvisado. Ella se sentó, algo tensa al principio, como si no supiera muy bien si podía quedarse. Pero Leonard le apretó la mano y le guiñó un ojo infundiéndole más seguridad; entonces bajó la mirada, todavía con los ojos brillosos, pero con una mueca que ya no era tristeza, era algo más sereno.

—A ver, a ver —dijo Jeane, palmeando una caja envuelta en papel de flores—. Yo empiezo, porque tengo sesenta y cinco años y el privilegio de ser impaciente.

La risa de los demás fue tímida, pero fue risa al fin. Lauren sonrió apenas.

Jeane le entregó una caja que, al abrirla, reveló un álbum de fotos de cuero rojo. Al tocarlo, Lauren notó la suavidad del cuero envejecido, y al abrir la primera página encontró una foto suya, de niña, junto a Madeleine, claramente restaurada. Siguieron otras imágenes: de paisajes, de cartas escritas a mano, de retratos de familia… y algunas fotos de bebés que no reconocía.

—No teníamos muchas fotos tuyas, así que Madeleine y yo decidimos mezclar recuerdos —explicó Jeane—. Fotos nuestras, de tu madre, de Stella de pequeña, incluso de lugares que imaginamos que algún día vas a visitar, para que lo llenes como quieras. Es tu historia ahora.

Lauren tragó saliva. El obsequio era tan íntimo, tan inesperado, que le dolía de forma dulce. Besó a su abuela en la mejilla y murmuró un «gracias» ronco.

Después vino Madeleine, con un paquete pequeño, envuelto con esmero. Dentro había una cadena de plata con un dije

minúsculo en forma de girasol.

—Porque tú eres como eso —dijo, apretando la mano de su hija —. Una flor que siempre encuentra la forma de volver a mirar al sol, aunque haya vivido años en la sombra.

Lauren se rio entre lágrimas; el collar era sencillo, pero precioso, y el corazón le latía rápido. Era raro sentirse amada por personas que hasta hacía poco eran unos desconocidos, pero empezaba a gustarle.

Luego fue el turno de Melania, que se acercó con una caja grande y un brillo de orgullo en los ojos.

—Te hice esto —anunció, emocionada.

Al abrirlo, Lauren encontró un suéter tejido a mano, con colores suaves: verde menta, blanco y un toque de azul celeste. El tejido no era perfecto, tenía sus imperfecciones, pero eso lo hacía más real, más conmovedor.

—No es tan lindo como uno de tienda, pero… quería que tuvieras algo hecho por mí.

Lauren la abrazó con fuerza, y esta vez sí sonrió sin reservas.

Leonard se acercó a ella, no agarró de la mesa de regalos ninguna caja i bolsa. Sacó de su chaqueta un estuche pequeño y lo puso sobre sus manos.

—Es más simbólico que otra cosa —dijo, algo incómodo—. Es un llavero. De hecho, son dos: uno para ti, uno para mí.

Cuando Lauren abrió el pequeño estuche, todos los presentes se inclinaron ligeramente hacia adelante, con curiosidad. Dentro había dos mitades de un mismo diseño, como esas piezas de rompecabezas que encajan entre sí. En una se leía «Aquí», en la otra «Siempre».

La abuela Jeane sonrió con ternura, murmurando algo sobre lo dulces que podían llegar a ser los hermanos mayores. Madeleine y Patrick intercambiaron una mirada cómplice, como si recordaran en silencio el vínculo entre ellos de niños. Leonard, el hermano mayor, el protector, reafirmaba que seguiría ahí para Susan. Como lo estuvo antes, como lo estaría siempre.

Sin embargo, solo Lauren y Leonard conocían el verdadero significado de aquel detalle. No era solo una muestra de afecto

fraternal, ni una metáfora sobre la infancia compartida. Esas dos mitades representaban algo más íntimo, más complejo, algo que aún no sabían cómo nombrar.

—Para que sepas que, estés donde estés, siempre tendrás dónde volver… A mí —le susurró sonriente y mirándola a los ojos.

Lauren no respondió con palabras, solo cerró el estuche y lo sostuvo entre las manos como si contuviera algo frágil, algo que debía proteger. Porque lo entendió, esa pequeña pieza no solo era un regalo, también forjaba un secreto.

Recordó el beso que se habían dado poco antes, no fue largo ni arrebatado, sin embargo, la estremeció hasta el fondo. Fue ese gesto, sutil y valiente, lo que le dio la fuerza necesaria para salir al encuentro con James.

Era consciente de que aquello no estuvo bien, que lo que hicieron fue un error, un desliz que muchos considerarían imperdonable; no obstante, hacía mucho que no sentía algo parecido. James se encargó de asesinar cada una de las mariposas que solían habitar en su estómago, una por una, hasta dejarlo vacío. Sin ilusión, sin consuelo, sin alivio. Y Leonard… Leonard, con un simple roce, revivió a una de esas mariposas. Solo una, quizás, pero bastó para recordarle que todavía estaba viva y que no todo estaba perdido.

Recibió otros regalos: Neuromante de William Gibson, un libro de ciencia ficción de parte de Patrick, una pulsera con dijes de su abuela Christina, una libreta de tapas duras que Stella decoró con calcomanías de estrellas y guitarras. Y cada uno, con sus detalles y su intención, parecía añadirle una capa a su alma, como si de a poco la fueran vistiendo de vida nueva.

Después de abrir todos los regalos, llegó el momento más esperado por Madeleine: el almuerzo. Pasó días planeándolo todo al detalle, la mesa era digna de una postal, con flores frescas, vajilla antigua y un mantel bordado que había guardado especialmente para la ocasión. Quería que ese instante quedara grabado para siempre en la memoria de su hija.

Cuando todos estuvieron sentados, justo mientras Madeleine servía las primeras porciones, el timbre del teléfono rompió

momentáneamente la armonía de la escena.

—Yo voy —dijo Patrick levantándose con rapidez—. No se preocupen, sigan comiendo.

Lauren tragó saliva; de manera inevitable, el corazón le dio un vuelco en el pecho y sintió el estómago encogerse. La primera imagen que le vino a la mente fue a James con su voz quebrada al otro lado de la línea, pidiendo una súplica… interrumpiendo una vez más. Miró su plato sin verlo, esperando lo peor.

Sin embargo, el temor se disipó al ver a Patrick regresar con una sonrisa tranquila.

—Cariño, es tu primo de Londres, Paul —le dijo con un tono suave, acercándose a ella—. Quiere felicitarte.

Lauren parpadeó, sorprendida, y alzó la vista. Miró alrededor, con duda, como si levantarse de la mesa fuera una falta de respeto.

—Ve tranquila —le dijo Patrick, adivinando sus pensamientos—. Podemos esperar. No todos los días llama un primo británico a larga distancia.

Con una sonrisa tímida y un leve «permiso», se levantó y caminó hacia la cocina, mientras los murmullos retomaban su curso en la mesa.

Tomó el auricular y se apoyó contra la encimera.

—¿Paul?

—¡Ey, cumpleañera! —La voz al otro lado era inconfundible, desenfadada y cálida—. ¿Cómo va todo? ¿Estás rodeada de regalos y tartas, como debe ser?

—No sabes lo feliz que me hace escucharte —Lauren rio feliz—. ¿Allá no es ya de madrugada?

—Y sí, ya casi —dijo él con su habitual tono teatral—. Pero no iba a dejar que terminara el día, al menos en Londres, sin felicitarte.

—Gracias. De verdad.

—¿Te agarré justo con la boca llena de pastel?

—No, por suerte. Pero justo íbamos a empezar a comer —contestó con una sonrisa—. ¿Estás llamando desde la residencia?

—No, desde casa. La línea segura, donde mamá puede espiar todo —bromeó.

—¡Paul! —Frunció el ceño, divertida—. ¿Tu madre se va a molestar cuando vea lo que costó esta llamada!

—Bah, no se dará cuenta hasta que llegue la factura... y para entonces, ya me estaré en la universidad —dijo entre risas.

—Insolente como siempre —respondió, con afecto.

—Lo intento. Si no hago enojar a mamá al menos una vez al día, siento que he fallado como hijo.

Ambos rieron. Después, la voz de Paul se tornó un poco más seria, sin perder su calidez.

—¿Y tú cómo estás? ¿Cómo va todo con... la nueva familia? Es decir, la verdadera familia.

Lauren se quedó en silencio unos segundos, como si las palabras necesitaran acomodarse.

—No lo sé aún con certeza —dijo finalmente—. Me hicieron la prueba de ADN. En un mes nos darán los resultados. Supongo que ahí sabré si todo esto es real o no.

Paul guardó un breve silencio, como para respetar el peso de esas palabras.

—Yo sé que sí eres una Russell. Pero… si no lo fueras, si el destino decide jugar otra mala pasada, ya sabes que puedes regresar. Aquí siempre tendrás una familia, primita.

—No creo que a Harriet le entusiasme mucho esa idea. —Ella sonrió, apretando un poco más el auricular.

—Que se joda mamá —soltó Paul con su característico desparpajo—. Tú siempre serás mi prima. Le guste o no.

—Gracias, Paul. En serio —dijo soltando una carcajada autentica —. No sabes lo que significan tus palabras para mí.

—Ya me lo agradecerás invitándome a una fiesta allá cuando vayas por tu segundo cumpleaños en América —bromeó él.

Se despidieron entre risas y cariño, como si la distancia no existiera. Cuando colgó, se quedó unos segundos mirando el teléfono; luego regresó al jardín, aún con una leve sonrisa en los labios. Al sentarse, todos comentaban lo delicioso del almuerzo.

Madeleine, radiante, iba de un lado a otro llenando platos, visiblemente emocionada de ver a su hija al fin integrada a una gran mesa familiar. Las voces se mezclaban, las risas suaves salpicaban la

conversación, y todo parecía desarrollarse con naturalidad… aunque Melanie apenas podía escuchar una palabra. Tenía el tenedor suspendido entre los dedos y, aunque no había probado bocado, no era por falta de apetito, sino porque desde hacía rato sentía el estómago revuelto. Desde que vio el beso.

Lo había presenciado sin querer, justo en el momento en que Leonard se inclinaba hacia Susan, y ella le correspondía, cerrando los ojos con suavidad. No fue un gesto ambiguo ni un roce fraternal, no hubo tensión ni urgencia en la escena; todo lo contrario. Fue un beso breve, tierno, como si intentaran agarrarse el uno al otro en medio de un naufragio. Como si se prometieran, en silencio, que todo estaría bien. El gesto de ella al corresponderlo fue suave, sin resistencia, casi instintivo y natural, como si no fuera la primera vez. Un beso que nació del caos, del dolor, de la necesidad de consuelo, pero que, sobre todo, cruzaba una línea que ningún ser humano debería cruzar. Y esa línea no era menor, no era simbólica… era de sangre.

Ella sintió cómo una corriente helada le bajaba por la espalda; a lo largo de su vida había sido testigo de muchas desgracias, había guardado más secretos de los que una sola persona debería cargar, pero jamás pensó que sus ojos llegarían a ver algo así. El beso entre Susan y Leonard no le pareció perverso; al contrario, le resultó profundamente humano, como si dos almas heridas hubieran tropezado en la oscuridad, buscando un poco de calor, sin medir las consecuencias. Y sin embargo, el peso del pecado, de la tragedia inminente, le oprimía el pecho.

Alzó la vista por instinto y lo encontró a él, a Lenny, mirándola. No era una mirada inocente, no buscaba consuelo. Él sabía lo que había hecho y también era consciente de que alguien más lo sabía; fue un segundo breve pero denso.

Leonard desvió la vista enseguida, bajó la cabeza y fingió interesarse en su plato, como si pudiera esconderse bajo el mantel, como si la vergüenza pudiera disiparse.

Melanie sintió que no podía quedarse sentada, que el aire se había vuelto demasiado pesado en el comedor.

—Disculpen, regreso en un momento —anunció, forzando una sonrisa que se sintió como una máscara mal puesta.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó Jeane desde el otro extremo de la mesa, sin dejar de servir panecillos.

«Pequeña», ese era el apodo con el que su madre le había llamado desde siempre, por ser la menor de las Lewis.

—Sí, sí. Solo necesito ir al baño —respondió y su excusa fue recibida sin sospecha.

Mientras se dirigía al interior de la casa, no parada de cuestionarse. ¿Qué debía hacer? ¿Confrontarlos? ¿Contárselo a Madeleine? ¿Esperar a que ellos dijeran algo? La cabeza le daba vueltas. Durante años había mantenido el secreto más grande de su vida enterrado bajo capas de culpa y miedo, pero ahora el pasado le estallaba en la cara de la forma más retorcida imaginable.

Abrió la puerta del baño del pasillo, el que sería su refugio mientras encontraba un poco de calma.

Mientras tanto, Leonard continuaba fingiendo normalidad, respondía con monosílabos, sonreía a destiempo, asentía cuando los demás reían, pero el sudor en su nuca delataba la batalla interna. Sabía que debía enfrentarla; estaba seguro de que su tía no se quedaría callada, que tarde o temprano le exigiría una explicación, y no tenía ninguna, ni limpia, ni lógica; solo sabía que no se arrepentía. Y ese pensamiento era, quizá, el más vergonzoso de todos. Tendría que enfrentar la culpa y sobre todo, la decepción en los ojos de su tía.

Melanie regresó a la mesa cerca de diez minutos después, lo hizo más calmada, aunque no tenía la menor idea de qué haría con aquello que había presenciado. La celebración continuó sin ella, con risas más sueltas y el ambiente distendido, como si el fantasma de la visita de aquel hombre —el tal James— ya hubiera abandonado la casa. Sin embargo, para ella, lo que vio desde las escaleras seguía atormentándola.

Lenny, su sobrino, su niño. El mismo que le traía flores cuando era pequeño, que corría a sus brazos para contarle secretos tontos y que la hacía sentir parte de algo más grande que sus propios

silencios. Lo amaba con total devoción, ella no lo parió, pero eligió quererlo con toda el alma.

Solo tenía una certeza: no podía guardar ese secreto para siempre, aunque parte de ella quisiera protegerlos a los dos, porque no se trataba de juzgar, sino de entender. Aunque, honestamente, no entendía nada.

El almuerzo se dio por terminado y la celebración se trasladó a la sala; el ambiente se fue llenando de voces suaves, de tazas de café y de pequeños juegos improvisados. Lauren se mostraba más animada, incluso se sentó en el piso con los niños a jugar Monopoly, se rio con un comentario de Stella y hasta discutió, en tono de broma, una mala jugada. Nadie habría dicho que hacía unas horas su mundo parecía a punto de derrumbarse. Nadie… salvo ella misma.

Fue ya entrada la noche cuando se encendieron las velas del pastel. La sala entera se oscureció y la luz titilante sobre el bizcocho iluminó los rostros con un aire de complicidad festiva. Jeane inició el canto con su voz quebrada, y pronto el resto la acompañó. Lauren cerró los ojos para soplar las velas, su deseo no fue que James desapareciera de su vida. Fue más simple, más doloroso. Pidió que alguien, alguna vez, le dijera que todo estaría bien… y que no estuviera mintiendo.

Tras disfrutar del pastel, comenzaron las despedidas. Melania, Joel y los niños, fueron los primeros en marcharse. Melanie se quedó un poco más, con el plato de pastel aún en la mano, mirando a su sobrino desde el otro extremo de la sala. Tenía mil preguntas, pero sabía que aquella noche no era el momento para hacerlas.

Leonard tardó en tomar la decisión, durante más de media hora se quedó en la sala, fingiendo ver cómo los niños recogían las fichas del Monopoly y algunos adultos conversaban sobre trivialidades. Pero no podía concentrarse en nada, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar a su tía. No podía hacerlo frente a todos, tampoco quería hacerlo a solas; sin embargo, sabía que era lo correcto. Él fue quien la sacó de su casa, y sería un cobarde si ahora la dejaba irse sola. Respiró hondo y caminó hacia ella con pasos lentos.

Melanie estaba sentada junto a la ventana, con el mismo plato de pastel intacto sobre sus rodillas, miraba hacia la nada, con expresión tranquila, pero sus ojos la delataban: estaban fijos en algo que no estaba ahí, como si reviviera mentalmente un recuerdo que no sabía si quería conservar o enterrar.

—Tía —dijo Lenny, con la voz ronca y suave—. Te llevo a casa.

Melanie giró el rostro hacia él, mirándolo con una mezcla de sorpresa y resignación. No preguntó si estaba seguro, ni se excusó; solo asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Gracias, cielo —respondió, como si aceptara algo más que un simple transporte.

Se levantó con suavidad, dejó el plato en la mesa más cercana y fue a despedirse de su hermana.

—Gracias por recibirme, Mad. Todo ha estado hermoso, y lo has hecho muy bien —dijo, con una calidez genuina.

—Gracias a ti por venir —respondió Madeleine, emocionada—. Me alegró mucho verte aquí.

Melanie luego buscó a Patrick, que charlaba animadamente con un su padre.

—Patrick —lo interrumpió con cautela—. Gracias por tu hospitalidad, por todo.

—No hay de qué —dijo él, con una sonrisa honesta—. Eres de la familias, siempre serás bienvenida.

Entonces fue el turno de Susan. Melanie se acercó con cierta contención, pero sin frialdad, abrazándola con delicadeza, sin apretar, pero tampoco con distancia. Era un gesto sencillo, que decía mucho.

—Sé que fue un día difícil —le susurró al oído—, pero también fue un día hermoso. Y tú eres parte de eso, lo que sea que haya pasado… No estás sola. Esta es tu familia, y puedes contar con nosotros… siempre.

Lauren sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Asintió en silencio y le devolvió una mirada que llena de gratitud.

Leonard observó la escena desde la puerta. Cuando su tía volvió junto a él, caminó unos pasos adelante, evitando su mirada, como si

el auto pudiera servir de refugio para lo inevitable. No quería hablar, no quería preguntas, no quería sentir.

CAPÍTULO 58

El camino se extendía entre la espesura del bosque como una cicatriz oscura sobre la tierra. Las luces del auto apenas lograban perforar la negrura entre los árboles, y la luna, oculta tras nubes dispersas, parecía haberse resignado a observar desde lejos. Dentro del vehículo, el silencio era casi reverencial, denso como el aire antes de una tormenta. Melanie observaba los perfiles negros de los pinos desfilar por la ventanilla, como si cada sombra le hablara de una posibilidad no dicha. Leonard, al volante, mantenía la mirada fija en la carretera, como si temiera que cualquier desviación, de ruta o de pensamiento, lo hiciera estallar.

No habían cruzado palabra desde que salieron de la casa. Cada uno arrastraba sus propios fantasmas, y ninguno se sentía con el derecho ni la fuerza, para interrumpir el duelo silencioso del otro. Melanie, aún aturdida por lo que había presenciado horas atrás, evitaba deliberadamente cualquier juicio, porque no quería perderlo, no a él.

Leonard iba al borde del abismo, con la vergüenza haciéndose más intensa y con el peso del pecado oprimiéndole el estómago. Cuando al fin el auto se detuvo frente a la cabaña, la noche se cerró a su alrededor con un silencio aún más rotundo. El sonido del motor muriendo fue un alivio y una amenaza a la vez. Él soltó el volante con lentitud, como si acabara de atravesar una zona de guerra, y se frotó las manos contra los muslos, buscando en ese gesto una calma que no llegaba.

Melanie desabrochó su cinturón, pero no se movió de inmediato. Se volvió apenas hacia su querido sobrino, buscando sus ojos, aunque él seguía con la mirada clavada en el parabrisas como si pudiera encontrar allí el valor que le faltaba.

—Buenas noches, cariño —dijo finalmente, con la voz temblorosa—. Gracias por traerme.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla, breve y cargado de una ternura contenida, aunque evitó mirarlo a los ojos. Ya tenía una mano en la manilla de la puerta cuando sintió que Lenny le sujetaba el brazo, no con fuerza, sino con una urgencia silenciosa.

—Tía… —murmuró, con la garganta cerrada y la mirada clavada en sus propias manos—. Sé lo que viste.

Ella se quedó quieta, con la espalda aún hacia él y los hombros tensos. No dijo nada, no lo interrumpió; solo esperó, porque sabía que lo que vendría no era fácil ni para él ni para ella.

—Sé que fue… —continuó, titubeando, buscando las palabras adecuadas— una aberración. Lo sé, no hace falta que lo digas… Lo he repetido tantas veces en mi cabeza que ya no sé si lo escuché de alguien o si lo grito yo mismo cada vez que cierro los ojos. No tengo cómo justificarlo, no tengo una historia triste que lo explique, ni una versión más amable de lo que pasó; solo tengo… esto. Este desastre en el pecho, esta culpa que no me deja respirar.

Melanie cerró los ojos lentamente. El corazón se le apretaba dentro del pecho como si alguien lo estrujara con las manos.

—No quiero que me entiendas —siguió él, y su voz se quebró por un segundo—. Ni siquiera espero que me perdones, pero necesitaba… decirte la verdad. Necesito que alguien, aunque sea solo tú, sepa todo, porque siento que si me callo un minuto más, voy a volverme loco.

Fue entonces cuando la miró, cuando por fin se atrevió a mirarla, con esos ojos derrotados de niño asustado que ella conocía desde que tenía ocho años. El mismo niño que se refugiaba en sus brazos cada vez que la vida se le hacía demasiado grande.

—Susan… —susurró—. Susan es Lauren… Lauren es la chica que conocí en Londres. ¿Te acuerdas? La del Live Aid. Esa chica que me hizo sentir que el mundo tenía sentido por primera vez en mi vida.

Melanie se giró lentamente hacia él, y sus manos volaron hacia su rostro, cubriéndose la boca como si quisiera impedir que un grito

se escapara. El silencio de la cabaña, del bosque, del universo entero, se sintió repentinamente ensordecedor.

Y entonces lo recordó…. recordó cómo Lenny volvió de aquel viaje a Londres transformado. Nunca lo había visto así, con los ojos encendidos de felicidad y una sonrisa perenne. Hablaba de aquella chica como si tratara de un milagro. Le contó cómo la conoció de la forma más natural, un cruce de palabras, una coincidencia que ahora, con el tiempo, parecía destino. Decía que tenía unos ojos azules vibrantes, tan vivos que parecían mirar por dentro. Él nunca había creído en el amor a primera vista y siempre se burlaba de esas historias… pero que lo había vivido. Que Lauren —porque así le dijo que se llamaba— era encantadora, diferente a cualquier mujer que hubiese conocido, que en apenas un fin de semana vivieron todas las etapas de una relación: el flechazo, la risa, la intimidad, la entrega total. Se habían desnudado el cuerpo y el alma sin reservas, como si no existiera un mañana. Y no lo dijo con tono de aventura pasajera, sino con la fragilidad esperanzada de haber encontrado algo demasiado grande para explicarlo.

Lenny esperó durante semanas con el corazón latiéndole cada vez que sonaba el teléfono, preguntaba al cartero por si acaso llegaba una carta. Estaba incluso decidido a dejarlo todo, a mudarse a Londres, a ejercer allá su carrera, solo para estar con ella. Sin embargo, esa llamada nunca llegó, la carta tampoco. Y lo vio apagarse poco a poco, decepcionarse con una intensidad que solo puede sentir alguien que ha conocido el amor de verdad. Nunca lo había visto sufrir así, nunca lo había visto tan roto por amor. Y ahora… ahora comprendía que todo estaba siendo mucho peor para él.

—No… —susurró, sin aliento—. No puede ser…

Leonard asintió, sin fuerza.

—No sabíamos… no lo sabíamos, tía. Ni ella ni yo… ahora ya es demasiado tarde. Y que desde entonces, no sé cómo seguir viviendo conmigo mismo.

Melanie bajó lentamente las manos, sus ojos aún estaban abiertos como si todo fuera una pesadilla de la que no lograba despertar.

—Dios mío, Lenny… —murmuró, y ahora sí las lágrimas empezaban a resbalarle por el rostro—. Dios mío…

Leonard apretó los dientes, cerró los ojos y se inclinó hacia el volante como si quisiera desaparecer, reducirse, dejar de existir.

—No me juzgues —susurró, tan bajito que casi no se oyó—. Por favor, no me juzgues.

Melanie no contestó, solo lo miró, devastada, con el alma hecha pedazos… pero sin moverse. Porque aunque dentro de ella se alzaban todas las alarmas del sentido común, del amor familiar, de la moral… también había un lugar, silencioso y profundo, que aún lo amaba. Porque a pesar de todo, era Lenny… su Lenny.

El recuerdo de aquel joven enamorado, de ojos brillantes y alma desnuda, se le había clavado como una espina cruel en el corazón. Entonces lo abrazó, sin palabras, sin condiciones, sin juicio, rodeándolo con ternura. Hundió el rostro en su cuello, lo acarició con la palma abierta sobre la nuca y le susurró como si el mundo se hubiera vuelto demasiado pesado para ambos.

—Shhh... mi amor, tranquilo… todo va a estar bien —le dijo, apretándolo aún más fuerte, como si pudiera recomponerlo entre sus brazos—. No debes sentirte culpable, ¿me escuchas? No puedes culparte por algo que no sabías. Ninguno de los dos lo sabía, Lenny. Nadie puede reprocharles lo que vivieron… porque fue bonito. Porque lo fue, ¿verdad?

Él asintió, con la cara empapada y los labios temblorosos, y entonces la abrazó también, con desesperación, con fuerza, como si en ese contacto pudiera vaciarse de la vergüenza, de la culpa, de la confusión. Como si su tía fuera el único refugio posible para tanto dolor.

—Fue lo más bonito que me ha pasado —alcanzó a decir, entrecortado, con la voz ahogada—. Yo… nunca he amado así. Nunca.

Melanie siguió sosteniéndolo sin importar el peso de su cuerpo o el de aquella confesión. Su propia ropa se empapaba de lágrimas, pero no la importó, porque en ese instante no era una tía enfrentando el pecado ajeno, sino una mujer queriendo proteger al único ser que había amado como a un hijo.

—Lo sé —susurró, con los ojos cerrados y la voz quebrada—. Y no hay nada de qué avergonzarse. Lo que viviste con Lauren fue real… fue hermoso… y no tenías cómo saberlo, nadie lo tenía. Lo importante es que ahora lo sabes… y ahora puedes sanar.

Leonard no respondió de inmediato, seguía aferrado a ella porque temía que si la soltaba, algo dentro él terminaría rompiéndose. El silencio era espeso, húmedo de lágrimas y temblores contenidos.

—No sé cómo hacerlo, tía… —su voz emergió baja, rasposa, como si viniera desde el fondo mismo de su ruina. Sin separarse de su abrazo—. No sé cómo vivir con esto… porque todos los días son un infierno. Cada vez que la veo… cada vez que la escucho reír, cada vez que se me queda mirando con esos ojos… es una tortura.

Tragó saliva con dificultad. Se apartó apenas lo suficiente para poder verla, con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas.

—Porque aún la amo. Muy a mi pesar, la amo… y no como debería. No como se debe amar a una hermana. He intentado, de verdad lo he intentado, tía… mil formas, todas… he buscado cómo transformar esto en otra cosa, en algo menos espantoso, pero no puedo, no sé cómo se hace eso. Me siento... roto, podrido por dentro. —Sus palabras se fueron volviendo más urgentes, como si necesitara vaciarse de esa verdad que lo consumía por dentro—. Y por eso, cuando la vi por primera vez… cuando me enfrenté a la posibilidad de que fuera Susan… rechacé todo. No quise saber, no quise escuchar. Porque si no era Susan… todo sería más fácil, más sencillo, más soportable. —Bajó la mirada, derrotado—. Pero si no es Susan… entonces Susan sigue desaparecida. Y mis padres… mis padres seguirán esperando una llamada que nunca llega, una pista que nunca aparece. ¿Y quién soy yo para desear eso? ¿Quién soy yo para preferir el amor a costa del dolor de todos los demás?

La voz se le quebró por completo, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, sin dejar de hablar, como si la culpa no le permitiera detenerse.

—Estoy atrapado, entre lo que siento y lo que es correcto. Entre el amor que me consume y el horror de saber a quién va dirigido. Y no puedo huir de eso, tía… no hay a dónde correr.

Melanie lo miró con el alma encogida, con los ojos vidriosos y una ternura temblorosa que le cruzaba el rostro. El muchacho frente a ella no era un monstruo, era solo un joven roto por una verdad insoportable. Uno que lo había apostado todo por una ilusión que terminó por derrumbarlo desde adentro.

Leonard soltó un sollozo y se permitió sentirse abrazado, contenido, aceptado. Por unos minutos no fueron un sobrino y su tía enfrentando un secreto abismal, sino dos seres humanos quebrados por la vida, intentando sostenerse el uno al otro para no caer.

Desde su habitación, Lauren apenas podía escuchar el lejano crujido de las ramas meciéndose con el viento y el canto intermitente de los grillos que, desde el césped húmedo, daban la única señal de vida.

Ya se había duchado y llevaba puesto el pijama de tela suave, que todavía olía vagamente a suavizante de lavanda, pero por más que cerrara los ojos y tratara de concentrarse en su respiración, el sueño no llegaba. Su cabeza era un hervidero de pensamientos, un torbellino que giraba sin tregua ni sentido. Y por mucho que intentara razonar con su propia ansiedad, esta no le daba tregua.

Con un suspiro resignado, se giró hacia el colchón, metió la mano debajo de él y sacó una cajetilla arrugada de cigarrillos junto con un encendedor. No entendía por qué todavía no le había contado a Madeleine ni a Patrick sobre su vicio; tal vez una parte de ella quería seguir escondiendo ciertas cosas, reservándose pequeños secretos que le dieran la ilusión de seguir siendo suya, aunque fuera a pedazos.

Se acercó a la ventana, la abrió con cuidado y se sentó en el alfeizar con las piernas recogidas, como si quisiera hacerse lo más pequeña posible. Encendió un cigarro y lo llevó a sus labios, aspirando con ansiedad; el humo se dispersó hacia la noche, llevándose con él un poco de su temblor, pero no el nudo en su estómago.

Eran cerca de las once, la noche estaba fresca, húmeda, impregnada del olor a hojas secas y a tierra mojada. Desde allí, la oscuridad del bosque parecía más densa, más viva, como si la

naturaleza conspirara con sus pensamientos, volviendo todo más opresivo.

Su mente no podía soltarse de la imagen de James apareciendo en el jardín como si tuviera algún derecho, como si todo lo que ocurrió entre ellos no hubiera sido suficiente para destruirla. ¿Cómo demonios supo dónde encontrarla? ¿Quién se lo dijo? ¿Por qué vino?

Y lo peor no era que hubiese venido sino que se atrevió a pedirle perdón; como si eso bastara, como si unas palabras pudieran deshacer todo lo que le hizo aquella noche. Aún hoy, tanto tiempo después, había veces en que al cerrar los ojos, revivía cada instante con una claridad dolorosa: el engaño, la emboscada y la forma tan aberrante en que la humilló. Recordaba su voz, su risa, la fuerza con que la golpeó… el asco y el miedo que le hizo sentir. Recordaba el instante exacto en que sintió que su alma se partía en dos y que nadie acudiría a salvarla.

James era un cobarde. Y odiaba que, aún después de todo, su sola presencia la desestabilizara de esa manera. Odiaba que su cuerpo recordara cosas que su mente suplicaba olvidar; odiaba que su rabia y su dolor, no pudieron transformarse en palabras cuando más las necesitó. Tenía tantas cosas que decirle, tantos insultos, tantas verdades... pero nada salió de su garganta. Tal vez porque, en el fondo, él no se merecía ni siquiera eso.

El cigarrillo temblaba entre sus dedos, como temblaba ella por dentro. Una vez más, las lágrimas le nublaron la vista, tibias y traicioneras, escurriéndose por sus mejillas en silencio y no hizo nada por detenerlas.

—Decías que te morías por mí... que morirías conmigo —murmuró, apenas audible—. Al final, solo yo estoy muriendo.

Se abrazó las rodillas, sin soltar el cigarro, la brasa brillaba intermitente, como una pequeña señal de que algo seguía encendido dentro de ella, aunque no supiera qué era. Quizá era rabia o miedo.

Porque ella sí lo había amado, con todo. Se entregó a él sin medida, sin defensa. Y la traicionó de la forma más sucia posible.

Ahora lo sabía; fue él quien perdió... perdió a una mujer que lo amó con un corazón que no conocía límites, que creyó en él incluso cuando el resto del mundo le advertía que no lo hiciera. La perdió

para siempre, y nunca…jamás volvería a encontrar a alguien que lo amara así. No de esa manera, no con esa pureza.

El silencio de la noche fue súbitamente interrumpido por el sonido de un motor acercándose. El rugido bajo de un auto que avanzaba por el camino de tierra resonó entre los árboles como un eco lejano y creciente. Desde donde estaba sentada, pudo ver las luces frontales recortando la negrura del bosque. No necesitó más para saber que Leonard estaba de vuelta.

Por la hora, no tenía dudas de que iría directo a su cabaña. Una parte de sí quiso salir corriendo, buscar refugio, esconderse. No porque tuviera miedo de que la descubriera fumando —eso era lo de menos— sino porque no soportaba la idea de que la viera con los ojos hinchados, la mirada perdida, el dolor desbordándosele por cada poro. No quería que la viera deshacerse por alguien que no lo merecía.

Aspiró por última vez, con rabia más que con deseo, y apagó el cigarrillo contra el marco metálico de la ventana, lo dejó caer dentro de la lata vacía que usaba como cenicero, escondida detrás del baúl. Luego cerró la ventana con cuidado, tragándose el humo, las lágrimas, y la voz temblorosa que le quemaba la garganta.

El motor se detuvo a lo lejos. Y algo dentro de ella seguía agitado, despierto, inconforme, porque aunque apagara el cigarro y cerrara la ventana, aunque Leonard no viera nada… el incendio dentro de ella seguía ardiendo.

Apagó la lámpara de la mesita de noche, se metió en la cama sin hacer ruido y se acurrucó debajo de las sábanas, buscando formar un capullo que la protegiera del mundo exterior, aunque fuera por un rato. Ese mundo en el que James seguía acechándola, incluso sin estar presente. Quería calmarse, dejar de llorar, deseaba con desesperación borrar cada rastro de lo vivido con él, arrancarlo de su memoria y sacarlo para siempre de su pecho. Porque ese resentimiento, ese odio que la devoraba lentamente por dentro, no era otra cosa que una trampa. La estaba consumiendo, le robaba el aire, el sueño, la paz... que apenas había comenzado a recuperar.

Lloraba bajito, porque no quería que nadie la escuchara… por orgullo y vergüenza; por ese anhelo imposible de querer parecer

fuerte. Pasó mucho tiempo envuelta en su llanto. Una hora, tal vez más; no lo sabía porque el tiempo se volvió borroso entre las lágrimas y los pensamientos, hasta que escuchó la puerta abrirse con suavidad.

Contuvo el aliento y se llevó una mano a la boca para sofocar los sollozos y fingió estar dormida; seguramente era Madeleine que tenía la costumbre de entrar por las madrugadas, sin hacer ruido, solo para asegurarse de que seguía allí. De que no había vuelto a desaparecer. Lauren lo sabía, lo entendía. El miedo no se le quitaba fácil a una madre que recuperó a su hija después de haberla dado por perdida.

Desde su escondite bajo las sábanas, vio apenas la sombra que cruzó la habitación, rezó en silencio para que se conformara con verla acostada y se marchara sin más. Y, al cabo de unos segundos, oyó lo que tanto esperaba: la puerta volvió a cerrarse. Apenas un clic, casi imperceptible, pero suficiente para que sus pulmones soltaran el aire atrapado. Se quedó inmóvil un poco más, por si acaso, esperando a que todo volviera a la quietud. Cuando estuvo segura de que ya no había nadie más en la habitación que pudiera presenciar su desdicha, dejó escapar el sollozo que la estaba ahogando.

Fue entonces, en ese instante de aparente soledad, cuando sintió algo inesperado, el colchón se hundió ligeramente a su lado, como si alguien se hubiera sentado en el borde. Se le heló la sangre, porque no escuchó pasos; sin embargo, alguien estaba ahí.

—No deberías seguir llorando por él —dijo, en un susurro rasposo, casi un pensamiento en voz alta—. No merece ni una sola de tus lágrimas. No merece tu sufrimiento.

El corazón le dio un vuelco, desbocado, al reconocer la voz de Leonard. No lo esperaba, mucho menos en ese momento y no con esas palabras; le ardió el pecho de vergüenza, porque la sorprendió en su peor estado, en la más íntima de sus derrotas.

Por un segundo consideró no decir nada, fingir que dormía y dejar que pensara lo que quisiera, que malinterpretara su llanto si era necesario; al menos, así no tendría que dar explicaciones, pero

hubo algo en el tono quebrado de sus palabras, que la hizo cambiar de idea.

Con manos temblorosas, se descubrió el rostro y parpadeó, secándose el rastro húmedo de las lágrimas con el dorso de la mano. Él estaba sentado, dándole la espalda, con apenas la luz pálida de la luna que se colaba por la ventana iluminando su cabello rubio con un resplandor plateado.

—Leonard… —susurró, apenas audible— gracias.

Él no respondió al instante, solo bajó la cabeza un poco más, como si también le doliera estar allí, viendo lo vulnerable que estaba. Entonces, ella estiró una mano desde su pequeño refugio de tela y la posó con suavidad sobre su espalda. Ese gesto, simple pero lleno de significado, hizo que él girara apenas el rostro por encima del hombro para mirarla.

—No tienes nada que agradecerme —dijo, con una voz áspera pero cálida—. Solo… solo me gustaría no verte sufrir más, porque lo entiendo, Lauren. Entiendo que el amor no desaparece solo porque uno quiera, que ni siquiera la decepción es suficiente para arrancarse a alguien del corazón. Y que eso de que el tiempo todo lo cura… —se le quebró un poco la voz— es mentira, porque hay cosas que ni el tiempo toca.

—No es eso… —murmuró, intentando tragarse un sollozo y sacudiendo la cabeza con suavidad—. Yo… ya no siento nada bonito por James, nada. Y hoy, cuando lo volví a ver, me lo confirmé. No lloro porque lo siga queriendo… lloro porque me atormenta, como un fantasma que no deja de aparecer cuando más quiero olvidarlo. Lloro porque me quedé muda, con todos los reproches atravesados en la garganta, porque no pude decirle todo lo que quería, no pude escupirle todo el dolor. —Hizo una pausa, intentando tomar aire entre lágrimas que parecían no terminar nunca—. Lo odio, Leonard. Lo odio por todo lo que me hizo, por haber manchado de una forma tan ruin la idea que yo tenía del amor. Y también me odio a mí… por no haberme alejado a tiempo, por no haber escapado antes de que me destrozara.

—Lo entiendo, pero… —Él asintió con lentitud, dejando escapar un suspiro largo, casi resignado—. ¿Sabes qué es lo peor? Que él

todavía tiene poder sobre ti. Aunque ya no lo quieras, aunque lo odies, sigue dentro de ti como un veneno. Y depende de ti empezar a quitarle ese poder, no dedicarle ni un pensamiento más. Sé que decirlo no basta, ojalá bastara, pero lo único que tengo para ayudarte son palabras, y créeme que lo lamento… porque si pudiera entrar en tu cabeza o en tu corazón y cambiar la forma en que sientes, lo haría sin pensarlo, si pudiera filtrarme en tus venas y drenar cada gota del veneno que ese hijo de puta te dejó… créeme que lo haría, pero no puedo —su voz se quebró en esa última frase. Se quedó un segundo más en silencio, luego se levantó, incapaz de seguir ahí sin sentir que se le partía el alma—. Será mejor que me vaya —dijo, sin fuerza—. Así te dejo descansar. Ojalá puedas hacerlo.

Pero cuando intentó incorporarse por completo, sintió que una mano se cerraba en torno a la suya. Se volvió y la vio con los ojos hinchados, la piel pálida y la mirada temerosa… pero decidida.

—Tienes razón —murmuró ella—. No puedes hacer nada de eso, pero sí hay algo que puedes hacer… ¿puedes abrazarme? Es todo lo que necesito en este momento. Más que quedarme sin veneno en las venas… necesito unos brazos que me ayuden a contener todos los pedazos en los que me he convertido.

Leonard la miró fijamente por un segundo que pareció eterno. En sus ojos había algo más que compasión o ternura, había tormenta. Porque verla tan mal despertaba en él un instinto feroz de protección… pero también un deseo que le costaba domar. No era deseo carnal, o no solo eso. Era un anhelo profundo, arraigado en los huesos. Desde que la vio de nuevo, desde que volvió a tenerla cerca, todo en él se había vuelto a desordenar. Y el beso que se habían dado aquella tarde no había hecho más que avivar lo que durante tanto tiempo intentó enterrar.

Había vuelto a sentir la suavidad de sus labios, el calor de su aliento, el sabor inconfundible de su saliva. Y fue como si el tiempo no hubiera pasado, como si nada se hubiera roto entre ellos… como si su amor, pese a todo, siguiera intacto, escondido bajo los escombros del caos. Besarla fue recordar todo lo bueno, todo lo que

en algún momento les hizo bien, y justo por eso le dolía más, porque sabía que no debía.

Luchaba en silencio contra ese deseo, contra esos sentimientos que no tenían permiso de existir, no ahora, no así. Se esforzaba por recordarse todo lo que debía sentir, todo lo que se suponía que debía hacer: ser fuerte, ser su sostén, no su carga. Pero su mirada… esa forma en la que ella lo miraba, como si él fuera el único salvavidas en medio del naufragio, le destrozaba cualquier defensa.

Ella lo necesitaba, lo suplicaba sin palabras; así que debía encontrar la forma de resistirse, de sostenerla sin hundirse con ella. Tragó saliva, cerró los ojos un instante como si necesitara acallar el caos interior, y luego asintió.

—Claro que puedo hacerlo —dijo en voz baja, sabiendo que se estaba metiendo, una vez más, se acercaba demasiado a la línea de fuego.

Ella le susurró un «gracias» apenas audible mientras se hacía a un lado, abriendo espacio para él en la cama. Leonard se recostó con cuidado, como si temiera lastimarla más, y la abrazó con fuerza, queriendo recomponerla con solo apretarla contra su pecho. Lauren se aferró también a él, rodeando su torso con los brazos y hundiendo el rostro en su calor, como si buscara esconderse del mundo.

—Gracias… —murmuró otra vez.

—Mis brazos —le respondió Leonard, apretándola un poco más y besándole la cabeza con ternura—, siempre van a estar dispuestos a mantener tus pedazos unidos. Siempre…

El silencio que los envolvía tenía algo distinto, más íntimo que incómodo. En medio de la penumbra, Lauren no se movía, se aferraba a él como si en sus brazos hubiera encontrado un refugio que no sabía que aún existía. Leonard la sostenía sin apuro, con una mano en su espalda y la otra sobre su brazo, en una caricia lenta, que no buscaba consolar desde el gesto sino desde la presencia. Ella temblaba apenas, pero su respiración comenzaba a acompasarse con la de él.

—Gracias a ti —susurró de pronto, sin levantar la cabeza—, he encontrado una fuerza que no sabía que tenía.

Él sintió que ella alzaba el rostro y giró para mirarla. Sus ojos se encontraron en la penumbra, iluminados apenas por la luz plateada que se filtraba. En los de ella había algo que no esperaba, una mirada profunda, suave, que le devolvía de golpe una imagen conocida, casi olvidada: esa forma en que lo había mirado en Londres, como si fuera lo único que existía en el mundo. Y aunque no quería, aunque luchaba por no caer en la trampa de los recuerdos, no pudo evitarlo, su corazón dio un vuelco, un latido distinto que intentaba ignorar pero lo sentía en todo el cuerpo.

Ella no apartó la mirada, observándolo como si tratara de memorizar cada línea de su rostro; él sintió una punzada que no era del todo dolorosa. Era deseo, ternura y la certeza de estar atrapado en un lugar que conocía demasiado bien y del que había intentado salir tantas veces sin éxito. Y eso lo asustaba, porque sabía que estar tan cerca de ella era arriesgarse a ceder.

Tragó saliva, intentando poner barreras donde ya no quedaban muchas. Seguía mirándolo, como si quisiera decirle algo pero no encontrara las palabras, como si la distancia entre sus labios y los de él fuera demasiado breve, demasiado peligrosa. Y por un instante, creyó que ella iba a hacerlo, que iba a acercarse aún más, que iba a buscarlo.

No la detuvo, pero tampoco la dejó llegar. Antes de que el abismo se abriera del todo, inclinó la cabeza y le besó la frente, un gesto que le costó más de lo que hubiera querido admitir. Porque todo en su cuerpo le pedía otra cosa; pero besarla así era protegerla… y protegerse.

Lauren suspiró, rindiéndose al gesto, comprendiendo que él había tenido el control que a ella le faltaba. Entonces volvió a acomodarse contra su pecho, como si ese suspiro hubiera soltado un peso que ya no podía cargar sola.

Leonard cerró los ojos, apoyando el mentón sobre su cabeza, y le acarició el cabello con ternura.

—Trata de dormir —murmuró, con la voz apenas audible.

—Lo intentaré… pero aunque me quede dormida, no dejes de abrazarme —dijo ella, en un murmullo casi infantil, como si temiera que al despertar ya no estuviera.

—No lo haré —respondió enseguida, porque esa promesa era lo único firme que podía ofrecerle.

CAPÍTULO 59

La mañana apenas comenzaba a despuntar, y en la casa aún reinaba un silencio apacible, interrumpido solo por el canto tímido de los pájaros que anunciaban el amanecer. Madeleine se despertó como siempre, con la necesidad casi instintiva de asegurarse de que sus hijas estaban bien.

Se puso la bata, se recogió el cabello en un moño apurado y caminó por el pasillo con pasos suaves, descalza, por temor a romper la quietud que aún envolvía la casa. Empujó la puerta de la habitación con delicadeza y al asomarse, lo que vio le detuvo el corazón.

Susan dormía profundamente, envuelta entre los brazos de Lenny.

El abrazo no era solo físico, había algo en la forma en que él la sostenía, en cómo ella reposaba la cabeza sobre su pecho y cómo sus cuerpos se adaptaban el uno al otro, como piezas hechas para encajar. Una imagen tan serena, tan íntima, que a Madeleine le fue imposible no emocionarse. Sintió que las lágrimas le nublaban la vista sin previo aviso, porque no podía mirar esa escena sin recordar a aquellos dos niños que tantas veces encontraron dormidos de la misma manera, después de un día de juegos o de alguna pesadilla.

Se llevó una mano al pecho, tratando de contener el llanto, no por tristeza, sino por la ternura brutal que le llenaba el alma. No quería ser la única testigo de esa imagen, no podía guardarse algo tan bello para sí sola. Así que, giró con cuidado y caminó hasta la habitación matrimonial, donde Patrick se encontraba terminando de vestirse para irse al trabajo.

Él estaba sentado al borde de la cama, inclinado, atándose los cordones con la rutina mecánica de haber hecho eso cada mañana

desde hacía años.

—Cariño... —dijo ella en un susurro emocionado—. Tienes que venir a ver esto.

—¿Qué pasa? —Patrick levantó la vista, con el ceño levemente fruncido.

—Ven, por favor. Solo ven.

Algo en la urgencia suave de su voz, lo hizo terminar de anudarse los zapatos con un poco más de prisa. Se puso de pie y la siguió sin hacer preguntas. Cuando llegaron a la habitación, Madeleine se hizo a un lado para dejarle ver. Y entonces, él también se detuvo.

Se quedaron en silencio, contemplando a sus hijos. Patrick no dijo nada, pero la expresión en su rostro lo dijo todo; aquella escena, simple y poderosa, le apretó el pecho. Porque estuvo ahí cuando Lenny, consumido por la rabia y la negación, se encerró en sí mismo, rechazando de plano la idea de que esa joven fuera su hermana. Vio su mirada herida, su distancia, su silencio. Y ahora, verla en sus brazos, protegida por ese mismo hermano que la apartó de sí... era como ver una herida que por fin empezaba a cerrar.

Madeleine, que conocía cada expresión de su esposo como si leyera su mente, deslizó su mano dentro de la suya.

—¿Ves? —susurró—. Ya la aceptó. Ya está con ella... como siempre debió ser.

Patrick asintió lentamente, apretándole la mano en respuesta. No hacía falta decir nada más, la imagen hablaba por sí sola: dos hermanos que, después de tanto dolor, al fin se encontraban. Y en medio de tanta tragedia, de tanto desgarro, algo tan simple como un abrazo les devolvía la paz que todos necesitaban.

Patrick se quedó un momento más observándolos, como si quisiera grabarse la imagen en la memoria. Luego, sin dejar de mirar, se inclinó ligeramente hacia su esposa.

—Será mejor que los dejemos descansar... —le susurró—. Bajemos a la cocina. Ahí podemos hablar con más libertad.

Madeleine asintió con suavidad, secándose una lágrima antes de girarse. Cerraron la puerta con sumo cuidado, como si cualquier sonido pudiera quebrar ese instante maravilloso. Bajaron las

escaleras en silencio, todavía conmovidos, y en cuanto llegaron a la cocina, Madeleine encendió la cafetera sin decir palabra, como si el ritual del café les diera el espacio necesario para ordenar lo que sentían.

Patrick se sentó a la mesa y se frotó el rostro con ambas manos, tratando de sacudirse esa emoción difícil de nombrar. La miró en cuanto ella se sentó frente a él.

—¿Crees que deberíamos preocuparnos por el tipo ese?

Madeleine lo miró, sin necesidad de aclaraciones. Sabía que hablaba de James.

—No lo sé —admitió en voz baja—. Pero no me pareció que se diera por vencido. Y eso me inquieta.

—A mí también. —Él asintió con un gesto grave—. Susan parecía nerviosa después de esa visita... como si todavía sintiera que él puede alcanzarla. No quiero que vuelva a pasar por nada parecido.

—Ni yo —dijo ella, cruzando los brazos sobre la mesa, con la mirada fija en el vapor que empezaba a salir de la cafetera—. Pero esta vez no está sola. Nos tiene a nosotros.

—Ojalá sea suficiente. —Patrick soltó un suspiro largo, más resignado que tranquilo.

El silencio se rompió de pronto con un pitido agudo y breve que brotó del reloj de pulsera de Leonard, ese que nunca se quitaba, programado con antelación antes de caer rendido. Movió el brazo a tientas, medio dormido, hasta que lo desactivó. El sonido bastó para que Lauren también se removiera entre las sábanas.

Abrió los ojos con pereza, parpadeando hacia la claridad que se colaba por la ventana, y giró el rostro apenas. Sonrió al ver que él seguía allí, que no se había movido en toda la noche, que aún la rodeaba con su abrazo como si todo el mundo fuera ese pequeño refugio entre ambos.

—Buenos días —murmuró con voz suave, cargada de la ternura que le provocaba despertar entre los brazos de Leonard.

Él giró el rostro hacia ella y le devolvió la sonrisa, aunque el sueño aún le pesaba en la mirada. Se inclinó apenas y le dio un beso

en la frente.

—Buenos días... Tengo que irme. No puedo llegar tarde al trabajo.

Ella asintió despacio, apartándose con delicadeza para que pudiera levantarse.

—Está bien, gracias por haberte quedado. No sabes cuánto lo necesitaba.

Leonard se incorporó, estiró el cuerpo con desgano, y pasó los dedos por su cabello revuelto. Luego se quitó la liga elástica que llevaba siempre en la muñeca y se lo recogió en una coleta rápida, sin preocuparse mucho por la forma.

—¿Estás bien? ¿Más tranquila?

—Sí... muchísimo más. —Asintió mientras se abrazaba a sí misma, dejando escapar un suspiro que ya no era de angustia, sino de alivio—. Gracias por quedarte, de verdad.

Él le sostuvo la mirada unos segundos más, como si quisiera asegurarse de que estaba diciendo la verdad. Luego asintió y caminó hacia la puerta. La abrió con cuidado, sin hacer ruido, y desapareció al otro lado, cerrándola con la misma delicadeza con la que había estado abrazándola toda la noche.

Lauren se quedó inmóvil unos segundos, mirando el espacio vacío junto a ella. Acarició con los dedos el hueco tibio que él había dejado en la cama, como si pudiera atrapar algo de esa presencia, de ese consuelo, antes de que se disipara.

Sabía muy bien que lo que sentía no iba en la dirección correcta. Sus emociones volvían a moverse como un río subterráneo que nunca dejó de fluir, aún cuando ella pensaba haber contenido sus aguas. Era su hermano, pero también era el único que había sabido calmarla, abrazarla con esa fuerza que hacía que todo volviera a su sitio. Nunca había podido luchar contra lo que sentía, apenas aprender a controlarlo. Y quizás, por ahora, eso fuera suficiente.

Se recostó otra vez, dejando que el silencio de la mañana la envolviera. No sabía qué haría con todo aquello que volvía a latir en su pecho, pero sí sabía que esa noche fue un respiro, un refugio, una tregua. Y eso, por ahora, bastaba.

Leonard bajó las escaleras despacio, mientras aún intentaba sacudirse el sueño. El aroma a café recién hecho y pan tostado lo guio directo a la cocina, donde encontró a sus padres sentados a la mesa. Madeleine removía su taza con aire pensativo, mientras Patrick hojeaba el periódico sin mucho interés.

—Buenos días —saludó, con voz grave, aún cargada de sueño.

—Buenos días, cariño —respondió Madeleine con una sonrisa cálida, como si llevara mucho tiempo esperándolo ahí.

—Hola, hijo —dijo Patrick sin apartar la vista del periódico, aunque su tono dejaba ver algo de ternura.

Leonard se acercó a la cafetera, se sirvió una taza de café y, mientras lo hacía, notó que ninguno de los dos parecía sorprendido de verlo ahí, bajando desde la habitación de su hermana. Se quedó un momento en silencio, con la mirada fija en el vapor que se elevaba de su taza. Luego carraspeó suavemente y se giró, con el café entre las manos.

—Anoche, cuando regresé de dejar a la tía Melanie… —empezó, sin mucha seguridad—, vi que la luz de la habitación de Susan seguía encendida. Supuse que no podía dormir… quizá todavía estaba muy alterada por la visita de ese hombre…

Madeleine alzó la mirada y lo observó con dulzura, como si ya supiera lo que iba a decir.

—Entonces quise hacerle compañía un rato —continuó Leonard, bajando la vista hacia su taza, jugando con el borde—, para que se sintiera más tranquila. Supongo que… no me di cuenta de que me quedé dormido.

—Lo sabemos, hijo —intervino Patrick, dejando el periódico a un lado—. No tienes que explicarte.

—De hecho —añadió Madeleine con una sonrisa que le llenaba los ojos—, fue muy bonito verlos así. Nos dio mucha paz…

Leonard asintió en silencio, algo incómodo, como si aún necesitara justificar lo que sus padres ya habían entendido. Se llevó la taza a los labios y dio un sorbo largo, esperando que el café no solo lo despertara, sino que también le ayudara a ordenar sus emociones.

—Nos alegra que la acompañaras —dijo Patrick, con un tono más serio—. Imaginamos que todavía debe estar nerviosa, después de lo que pasó con ese hombre.

—Sí… lo estaba. —Leonard asintió, dejando la taza sobre la encimera con cuidado—. Le costaba calmarse.

—¿Crees que deberíamos preocuparnos? —Patrick frunció el ceño con preocupación—. Ese hombre no parecía alguien que se diera por vencido fácilmente.

Leonard se quedó pensativo unos segundos, mirando por la ventana como si pudiera encontrar allá afuera la respuesta exacta.

—No lo sé. Pero… por si acaso, es mejor estar atentos.

Madeleine lo miró con ternura y asintió. Luego se levantó para prepararle un plato con pan tostado y un poco de mermelada, como solía hacer cuando él era niño y salía temprano para ir a la escuela. Leonard lo aceptó en silencio, agradecido.

A pesar del café y del sol que ya iluminaba todo, la sensación de la noche aún no lo abandonaba del todo. Minutos después miró la hora en su reloj de pulsera y suspiró. Se terminó el segundo café de un trago y dejó la taza en el fregadero.

—Tengo que darme una ducha y salir —dijo, ajustándose el reloj en la muñeca—. Hoy tengo reunión temprano con un cliente. Vamos a revisar los últimos planos del complejo residencial de Green Valley, quieren hacer unos ajustes en las terrazas.

—Ese proyecto se ve muy bien. —Patrick asintió con un gesto de aprobación—, ojalá no pidan nada que arruine el diseño.

—Yo también —murmuró Leonard con una sonrisa leve, antes de mirar a su madre—. Gracias por el café y las tostadas.

—Ve tranquilo, cariño. Que te vaya bien —le dijo Madeleine, tocándole brevemente el brazo.

—Gracias. Nos vemos más tarde —se despidió, y salió de la cocina con paso apurado.

—Voy a despertar a Stella. —Madeleine miró su taza aún medio llena y luego se puso de pie—, ya es hora de que se prepare para la escuela.

Patrick asintió y volvió a tomar el periódico, mientras ella subía las escaleras con su andar silencioso y ligero. Sin embargo, al llegar

al pasillo, se detuvo al ver que la puerta del cuarto de su hija menor ya estaba abierta. Al asomarse, la sorpresa le dibujó una sonrisa inmediata.

Susan estaba en la habitación, sentada al borde de la cama de Stella, ayudándola a peinarse el cabello. La niña, aún algo somnolienta, sonreía con ojos brillantes.

—Buenos días —saludó Madeleine desde la puerta.

—Buenos días —respondió Lauren, sin dejar de pasar el cepillo suavemente entre los mechones cobrizos de su hermana.

—Buenos días, mami —repitió Stella, medio escondida bajo la manta.

—Ya estaba sacándola de la cama —dijo Lauren con una sonrisa tranquila—. Yo me encargo de alistarla.

—Perfecto —respondió Madeleine, algo emocionada por aquella escena—. Entonces bajaré a preparar el desayuno. ¿Quieren algo en especial?

—¡*Biscuits and Gravy*! —dijo Stella de inmediato, sentándose un poco más erguida.

—¿En serio? —Madeline arqueó las cejas, divertida—. Siempre pides cosas dulces…

—Pero hoy quiero eso —insistió la niña, muy convencida.

—¿Qué es eso? —Lauren la miró con curiosidad.

—¿No sabes? Stella abrió los ojos con sorpresa—. ¡Son como unos panecillos, y mami les pone encima una salsa cremosa con salchichas! —explicó con entusiasmo—. ¡Y la de ella es la más rica!

—Suena delicioso. —Lauren sonrió con ternura—. Ya quiero probarlo.

—Muy bien. —Madeleine asintió con satisfacción, tocándose las manos con un gesto animado—. Haré eso. No tardo.

—Tranquila —dijo Lauren—. Aquí estamos bien.

Después del delicioso desayuno, Madeleine empacó con esmero el almuerzo que Patrick se llevaría al trabajo, mientras Lauren acompañó a Stella de regreso a la habitación para que se cepillara los dientes y buscara su mochila. La niña, aún algo somnolienta, se apoyaba en ella como si su presencia le diera una tranquilidad especial.

Una vez todo estuvo listo, ambas descendieron nuevamente al primer piso. Madeleine y Lauren acompañaron a Patrick y a Stella hasta el auto, estacionado en el camino de entrada. Se despidieron con abrazos y besos, deseándose un buen día. Patrick le dedicó una sonrisa afectuosa a su esposa antes de subir al coche, mientras Stella agitaba la mano con entusiasmo desde el asiento trasero.

Cuando el auto se alejó por la calle, Madeleine se desvió hacia el buzón, al borde del jardín, para revisar el correo. Había una suave brisa matutina que movía apenas las ramas de los árboles, y el sol filtraba su luz entre las hojas, tiñendo de dorado el césped aún húmedo.

Lauren, por su parte, regresó sola a la cocina. Con movimientos tranquilos y conscientes, comenzó a recoger los platos, tazas y cubiertos del desayuno. El aroma de los *biscuits and gravy* todavía flotaba en el aire, cálido y reconfortante; mientras enjuagaba una taza, dejó escapar una leve sonrisa al recordar la cara de felicidad de Stella mientras comía. Esa pequeña rutina, tan sencilla, tenía un efecto inesperadamente sanador.

Madeleine entró por la puerta mosquitera con una sonrisa serena en el rostro, cargando un pequeño manojo de sobres. El crujido leve de la madera bajo sus pies anunció su llegada.

—Oh, cariño —dijo al ver a Susan junto al fregadero, secando con cuidado unos platos—, llegó correspondencia para ti.

Lauren se giró de inmediato, sorprendida. Se secó las manos en un paño colgado del horno y se acercó con expresión curiosa y una sonrisa que se asomaba sin reservas.

—¿Para mí? ¿De quién será? —preguntó con un brillo repentino en los ojos, aunque en el fondo sabía que eran pocas las personas que conocían su nueva dirección.

Madeleine separó un par de sobres del pequeño montón y se los tendió con delicadeza.

—Estos están a tu nombre —dijo—. El resto son solo algunos recibos y la cuenta del gas, nada interesante.

Lauren los tomó con entusiasmo, observando los remitentes con rapidez. Pero su expresión cambió apenas leyó el primero. Frunció

levemente el ceño y su sonrisa se apagó un poco, sin desaparecer del todo.

—Es de parte de la familia Deacon Spencer —masculló, casi para sí, mientras pasaba el dedo por el borde del sobre—. Estoy segura de que es Harriet.

Guardó silencio por un instante, aún sosteniendo los sobres como si pesaran más de lo que aparentaban. Había algo en su postura, en la ligera tensión en sus hombros, que no se le escapó a Madeleine.

—¿Quieres abrirlos aquí o prefieres hacerlo más tarde, con calma? —preguntó con dulzura.

Lauren no respondió enseguida. Simplemente miró los sobres con una mezcla de curiosidad y precaución, como si no supiera si en su interior encontraría consuelo o inquietud.

—Está bien —dijo Lauren con una sonrisa breve—. Puedo abrirlo aquí.

Se sentó en una de las sillas del desayunador y colocó los dos sobres en la mesa. Madeleine, con gesto discreto, se acercó al fregadero para no invadir el momento, aunque sus ojos seguían posándose de tanto en tanto en su hija.

Lauren rompió con cuidado el primero, deslizándole el dedo por la solapa. Dentro encontró una postal sobria, de bordes dorados, con una imagen pintoresca de flores silvestres. Antes de girarla, ya intuía de quién se trataba. Y en efecto, al ver la letra inclinada y elegante, no tuvo dudas de que era de Harriet.

Leyó en silencio.

«Querida Lauren,

En este día tan especial, deseo que encuentres paz y equilibrio en tu nueva vida. Que tu cumpleaños esté colmado de serenidad y buenos propósitos.

Con afecto,
Harriet y familia.»

El mensaje era bonito, sí, pero había una frialdad en esas palabras pulidas que no pasaba desapercibida. Estaban impregnadas

de esa cortesía forzada que Lauren conocía bien, como si la postal no fuese más que una obligación anual que Harriet cumplía sin emoción alguna.

Dejó la postal a un lado y suspiró, más resignada que triste. Luego tomó el segundo sobre; apenas vio el remitente, su pulso se aceleró ligeramente. Una parte de ella se sorprendió, pero otra… otra ya lo esperaba.

Era de Brendan.

Lo abrió con más lentitud, como si pudiera anticipar que el contenido no sería sencillo de procesar. La postal, a diferencia de la anterior, era más llamativa con colores intensos, un dibujo caricaturesco de un pastel con velas que parecía burlarse de la ocasión. Antes de girarla, ya podía imaginarse el tono de lo que estaba por leer: ácido, irónico, hiriente.

Pero al darle vuelta, el mensaje fue aún más desconcertante por su brevedad.

«Sé que ha pasado poco tiempo, pero recuerda lo último que te dije.
¡Feliz cumpleaños!»

Nada más, ninguna firma, ninguna nota adicional.

El corazón de Lauren dio un brinco incómodo, su mente fue arrastrada sin resistencia al recuerdo más reciente que tenía de Brendan; aquel momento tenso en el baño de la casa de Harriet. La forma desesperada en que la besó, su voz suplicante pidiéndole que se quedara, como si lo que estaba en juego fuera algo más que orgullo. Apretó los labios y un nudo se le formó en la garganta, cerró los ojos solo un instante, intentando apartar la marea de confusión que volvía a envolverla.

Desde la cocina, Madeleine notó el súbito cambio en su expresión.

—¿Sucede algo, cariño? —preguntó con delicadeza—. ¿Estás bien?

Lauren abrió los ojos y asintió, con una sonrisa que intentó disimular la agitación.

—Sí… sí, estoy bien. Es solo una postal de Brendan —dijo, bajando la mirada al papel—. Mi primo —ironizó.

No añadió nada más, pero las palabras de Brendan seguían resonando en su mente como un eco molesto. Y el recuerdo de aquel beso no se disipaba tan fácilmente.

Madeleine terminó de enjuagar una taza y la dejó con cuidado en el escurridor. Secándose las manos en su delantal, se volvió hacia su hija, con esa mirada suave y maternal que tantas veces había ofrecido sin necesidad de palabras.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con voz baja, sin presionar, pero dejando claro que estaba ahí, dispuesta a escuchar.

Lauren sostuvo la postal entre los dedos un segundo más, antes de depositarla lentamente sobre la mesa, al lado de la otra.

—No hay mucho que decir —respondió con una sonrisa que no le alcanzó los ojos—. Solo fue un mensaje… inesperado. Eso es todo.

Madeleine se acercó y tomó asiento frente a ella, sin apartar la mirada.

—A veces lo inesperado es lo que más nos remueve —dijo con suavidad—. Especialmente si viene de alguien que alguna vez nos hizo daño… o nos hizo dudar de quiénes somos.

Lauren bajó la mirada y jugó con el borde del paño de cocina que aún tenía sobre las piernas. No respondió de inmediato. Había algo en las palabras de Madeleine que la tocaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Todavía no sé cómo sentirme con respecto a él. Es como si… como si no pudiera acomodarlo en mi cabeza. Ni en el pasado, ni en el presente.

—Y eso es completamente válido —respondió Madeleine, con una ternura intacta—. No estás obligada a entenderlo todo de golpe. Ni a perdonarlo, ni siquiera a responderle.

Lauren asintió despacio. Agradeció el consejo, y más aún, la libertad de no tener que tomar decisiones apresuradas.

—Gracias… por no juzgarme —susurró.

—Jamás lo haría. —Madeleine le sonrió, estirando la mano para rozar la suya con una caricia suave.

Se quedaron en silencio unos segundos, acompañadas solo por el canto lejano de los pájaros y el sonido del reloj de pared, que marcaba el lento avanzar de una mañana que había comenzado cargada de emociones.

CAPÍTULO 60

La habitación del hotel era un reflejo perfecto de su estado mental. Desordenada, saturada de olores rancios, humo de cigarro y comida fría. Papeles arrugados, envases vacíos, colillas de cigarrillo hasta en los vasos. Las cortinas a medio cerrar no lograban detener del todo la luz de la tarde que, en lugar de traer calma, marcaba con crueldad el paso del tiempo.

James se desplazaba por la alfombra como un animal encerrado, los pies descalzos, las manos temblorosas y un cigarro entre los dedos. El cuerpo le dolía, pero no era por la abstinencia; no del todo, era otro tipo de dolor, uno que nacía de saber que Lauren se le estaba escapando de las manos; no podía permitirlo, no cuando tenía la certeza de que ella todavía lo quería, solo estaba dolida y confundida.

Marcó el número de su casa en Londres con dedos torpes, mientras exhalaba el humo del cigarrillo que impregnó de olor a nicotina todo a su alrededor. Ray contestó al segundo tono.

—La encontré —dijo sin saludar.

—¿Dónde estás? —preguntó con la voz cansada—. ¿Dónde demonios estás, James?

—En Estados Unidos… Está con ellos, con su supuesta... familia. —Escupió la palabra como si le supiera a óxido—. Dicen que se llama Susan… Susan, Ray. ¿Puedes creerlo?

—¿Y habló contigo?

—Sí, me dijo que no quiere volver, que quiere hacer su vida aquí y que yo siga con la mía. Que quiere quedarse con ellos... Que este lugar es su hogar. —James rio por lo bajo, una risa amarga que no tenía alegría, ni alivio, solo rabia.

—¿Y no lo es?

—Claro que no —respondió de inmediato, con un tono seco, defensivo—. Esa gente no la conoce, solo la están usando para llenar un hueco. La tratan como un recuerdo rescatado del pasado, como un milagro, pero no la ven de verdad.

—Tal vez sí la ven, James. Quizá tú eres el único que no puede aceptar que ella...

—No, no sigas. No me digas que la deje ir, no puedes pedirme eso. ¡Tú no viste cómo me miraba! No era odio, era miedo de volver a sentir, miedo de rendirse. Y ella... —bajó la voz, calmándose—, ella todavía me quiere. Yo lo sé.

—Puede que sí, pero eso no significa que vaya a volver… No después de lo mucho que la cagaste en Manchester…

—Lo que pasó en Manchester fue un error —dijo James con rapidez, como si tuviera que justificarlo ante sí mismo—. Le grité, la lastimé… dije cosas que no sentía... Fueron las malditas drogas las que me hicieron actuar así, no puedes castigarme por perder el control…

—La próxima semana tenemos que presentar las canciones. —Respiró hondo, cambiando de tema—. Necesitamos que regreses, no solo por el grupo… sino por ti también.

—Te dejé la libreta. Todo lo que quiero decir está ahí.

—Lo sé, catorce canciones sobre cómo Lauren te dejó y te convertiste en una piltrafa, pero no vamos a hacer un disco entero de tu dolor. Los demás también han trabajado, también tienen canciones que quieren mostrar, y tú tienes que estar en la votación. No podemos seguir decidiendo sin ti.

—No me importa el disco ahora. —James apretó los dientes—. Nada de eso tiene sentido sin ella, lo único que necesito es hablar con Lauren una vez más… para hacerla entender.

—¿Y si no quiere?

—La convenceré, siempre lo he hecho. Ella no es Susan, ese nombre no le queda, no le pertenece. Lauren es real, es mía, Ray.

—¿Te escuchas? —dijo Ray, con tono bajo pero firme—. No es un objeto, primo. No es algo que puedes recuperar y guardar bajo llave, si dice que no quiere volver contigo, tal vez deberías empezar a escucharla.

—Tú no entiendes... ella está confundida. Y esos extraños se están aprovechando de eso, le están vendiendo una historia que no le pertenece, solo necesita que la saque de ahí y que le recuerde quién es.

—No puedes arreglar esto a la fuerza, no puedes reconstruir lo que rompiste fingiendo que nunca pasó.

—No me iré sin ella —dijo determinante, respiraba fuerte, mirando un punto fijo en la pared como si de pronto todo a su alrededor careciera de forma y color.

—Tienes que volver —La voz de Ray se volvió más dura, como si estuviera dejando de ser el primo comprensivo y pasara a ser el baterista que sostenía a un grupo a punto de romperse—. Esto no se trata solo de ti, recuerda que tienes un compromiso con la banda. Lo tuyo con Lauren es personal, sí, y lo entiendo... pero nosotros también estamos aquí, esperando. No puedes dejarlo todo colgando solo porque estás detrás de una mujer que ya te dijo que no quiere seguir contigo.

—No es solo una mujer... —Cerró los ojos, tragando saliva.

—Entonces dilo de una vez, si ya no quieres estar en la banda, si ya no te importa, dímelo claro, porque si no piensas regresar, necesitamos empezar a buscar a otro vocalista. No voy a dejar que todos tiremos por la borda nuestros sueños solo porque tú no sabes soltar.

El golpe fue seco, más duro que cualquier insulto. James sintió que se le crispaban los dedos.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no me importa?

—Lo que creo es que estás al borde de perderlo todo, James… Y esta vez no va a haber nadie que te cubra la espalda. Tienes que decidir: o peleas por algo, o lo pierdes todo, pero no sigas fingiendo que puedes tenerlo todo sin consecuencias.

James no respondió, la línea quedó muda por unos segundos eternos. Luego colgó, con los ojos encendidos por una furia que no encontraba salida. Lanzó el cigarro aún encendido contra la pared y pateó una silla que se desplomó con un estruendo seco.

Caminó de nuevo hacia la ventana y se quedó mirando el bosque silencioso, indiferente al tormento que vivía. No podía

renunciar a la banda ni a Lauren, porque ambos le daban sentido a su vida, debía encontrar el equilibro y para ello, necesitaba recuperarla primero; cuando lo hiciera, entonces sí volvería a Londres, pero llevándose a la mujer que amaba. Ray estaba equivocado, sí lo tendría todo.

El silencio se había instalado en la habitación como una presencia opresiva, densa, casi tangible. Permanecía de pie frente a la ventana, con los brazos cruzados y la mirada perdida; desde que colgó con Ray, no había logrado sentarse ni encontrar un instante de quietud, por lo que empezó a caminar de un lado a otro.

En medio de ese caos, su mirada se detuvo en la guía telefónica. Enseguida se acercó, la cogió y empezó a pasar las páginas con dedos temblorosos hasta que finalmente encontró lo que buscaba: Russell, Patrick & Madeleine, seguido de una dirección en Catonsville. El corazón le golpeó el pecho como si no le perteneciera y, sin pensarlo más, tomó el teléfono, marcó con rapidez y esperó.

Cada tono al otro lado de la línea lo llenaba de una ansiedad abrumadora; finalmente, alguien respondió. Era una voz de mujer, con un tono sereno y educado.

—Residencia Russell, buenas tardes.

James respiró hondo, intentando no sonar ansioso, aunque sentía que la garganta se le cerraba.

—¿Podría hablar con Lauren, por favor?

El silencio que siguió fue breve pero significativo, un vacío lleno de reconocimiento.

—Lo siento. —La mujer habló, aunque su tono ya no era tan neutro como antes—. Está equivocado, aquí no vive ninguna Lauren.

La negación lo golpeó con una frialdad que solo podía venir de alguien que sabía exactamente quién era él. James cerró los ojos con fuerza mientras apretaba el auricular contra la oreja, masticando cada palabra con una calma forzada.

—Sé que sí vive ahí. Tal vez ahora se llama Susan... pero es mi Lauren. Y necesito hablar con ella.

—Ella no quiere hablar con usted. —La voz al otro lado se volvió más firme—. No tienen nada que hablar.

James contuvo el impulso de gritar, sabía que perder los estribos solo cerraría aún más esa puerta que ya estaba casi clausurada.

—Mire... no quiero causar problemas. —Bajó el tono, suavizó la voz, casi como si sus palabras pudieran acariciar—. Solo necesito un momento, solo uno… déjeme hablar con ella, por favor. Se lo ruego.

Al otro lado del teléfono no hubo respuesta inmediata. Por un instante, creyó haber tocado alguna fibra, una duda, una vacilación.

—No moleste más. —La respuesta llegó seca y luego colgó.

James se quedó inmóvil con el teléfono aún pegado a la oreja, como si en su silencio pudiera forzar el milagro de que la voz regresara, pero no hubo nada, solo el zumbido sordo de la línea muerta.

Con un gruñido cargado de impotencia, lanzó el teléfono sobre la cama, caminó hacia el centro de la habitación y se pasó las manos por el rostro, como si pudiera arrancarse de un tirón el cansancio, la frustración, el vacío. La rabia le subió por la garganta como un ácido que no lograba tragar, mientras sus músculos se tensaban.

—Maldita sea...

Quiso golpear algo, lanzar una silla, estrellar un vaso contra la pared, pero respiró hondo y no lo hizo. En su lugar, volvió a encender otro cigarro, aspiró con fuerza y se dejó caer en el borde de la cama con la mirada fija en el suelo.

Sabía que esa mujer estaba mintiendo y que Lauren estaba a pocos metros del teléfono, solo no le dio la gana de comunicársela y eso lo enfurecía más que cualquier otra cosa. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. Había cometido errores, muchos, demasiados quizás, pero eso no quería decir que ella no lo amara. Estaba seguro de que todavía lo hacía, aunque le hubiera dicho que no, aunque lo hubiera dejado y ahora estuviera rodeada de gente que decía ser su familia, estaba convencido de que Lauren seguía siendo suya; así que, volvería a intentarlo.

La luz cálida del comedor acariciaba las paredes con suavidad, proyectando sombras alargadas que parecían moverse al ritmo de la conversación. En la mesa, los platos humeaban con una receta poco

convencional para una cena estadounidense; pastel de papas con carne especiada.

Susan había preparado una ensalada templada con manzanas salteadas y nueces caramelizadas que sorprendió a todos; incluso Leonard, que rara vez comentaba sobre la comida, reconoció que estaba muy rica. Stella, por su parte, solo asintió con la boca llena y los ojos brillando de aprobación.

—Entonces... —preguntó Madeleine mientras servía agua fresca a Patrick—, ¿cómo estuvo hoy el trabajo?

—Tuvimos bastante movimiento. —Suspiró con esa mezcla de cansancio y satisfacción—. Un cliente vino buscando un modelo imposible de conseguir, pero al final se fue con algo mejor y más barato, así que supongo que fue una victoria. —Sonrió con un gesto tranquilo.

—Eso sí que es talento para la persuasión —comentó Leonard con una media sonrisa mientras cortaba un pedazo del pastel de papas.

—Más que persuasión, paciencia —replicó Patrick.

Leonard aprovechó la pausa para cambiar de tema. Se inclinó hacia su hermana y sacó del bolsillo de su chaqueta de mezclilla un folleto doblado por la mitad, que había solicitado esa misma mañana al pasar por la institución, ya que la firma de arquitectos en la que trabaja quedaba relativamente cerca. Lo desplegó con cuidado y se lo pasó a Susan con una sonrisa.

—Te he traído esto, es del Maryland Institute College of Art. Las clases comenzaron hace apenas unas semanas, pero si quieres, puedes empezar para el semestre de primavera. Comienza en enero, así que tenemos tiempo para que puedas aplicar como estudiante transferida.

Lauren tomó el folleto con delicadeza, como si le entregaran algo frágil. La portada mostraba una fotografía aérea del campus, rodeado de árboles en tonos rojizos y dorados, y el logo de la institución en letras sobrias. Pasó los dedos por el papel con una mezcla de anhelo y temor.

—Me tomé el atrevimiento de hacer algunas preguntas sobre lo que necesitas —prosiguió Leonard, deseaba más que nada que ella

retomara su vida—. Y dijeron que solo requieren una transcripción oficial de notas de la UCL, tu portafolio de arte, una carta de motivación explicando tu deseo de continuar en MICA y un par de cartas de recomendación de profesores de la UCL… Luego de eso, harán una evaluación de los créditos y un ajuste curricular… Solo tendrás que tomar algunas clases obligatorias del plan estadounidense que no existen en la UCL, como lo son Fundamentos de Arte Americano, Práctica de Estudio Independiente y Ética profesional en arte…

—Es una de las escuelas de arte más antiguas del país —añadió Patrick con una sonrisa paternal—. Y no solo eso, es prestigiosa. Muchos artistas importantes comenzaron ahí.

—Y es reconocida por su enfoque contemporáneo, experimental. —Leonard asintió con entusiasmo—. Es... muy tú. Estoy seguro de que te sentirías muy bien.

Lauren no supo qué decir, acarició de nuevo el folleto, bajó la vista y luego la alzó, deteniéndose en los rostros de cada uno, nadie la presionaba, pero todos esperaban. Sintió un nudo en el estómago, una emoción que mezclaba gratitud, nostalgia y la tenue esperanza de un futuro distinto.

Ella quería estudiar, le hacía falta reconstruirse y tenía tantas ganas de volver a agarrar un lápiz sin pensar en el pasado, en lo perdido y en el dolor. Cuatro semestres en Londres llenos de tinta, yeso y noches sin dormir, que no iba a perder, le tranquilizaba no empezar de cero.

—Gracias... —murmuró, y su voz tembló, apenas un poco—. No tienen idea de cuánto significa esto para mí. Es... es mucho más de lo que esperaba.

Patrick le puso una mano en el hombro. Leonard simplemente sonrió, y Stella, desde su lugar, la miraba con admiración. El momento, sin embargo, se interrumpió con el repentino y agudo timbre del teléfono. Madeleine enseguida se levantó y caminó con paso firme hasta el teléfono en la cocina.

—Residencia Russell —respondió con voz serena, aunque sus ojos se entornaron apenas escuchó la voz al otro lado—. Lo siento, está equivocado.

—Sé que está ahí… —Del otro lado, James apenas podía contenerse—, necesito hablar con ella, por favor.

—Ella no quiere hablar contigo. —Madeleine apretó los labios en un gesto de molestia. Volteó apenas, como asegurándose de que Susan no se acercara—. Entiéndelo.

—Solo escúcheme un momento —dijo él, haciendo un esfuerzo por no alzar la voz, por mantener la compostura que le quedaba—. Necesito explicarle lo que pasó…. Yo la amo y necesito que lo sepa.

—No —dijo Madeleine, esta vez sin espacio para réplica—. Te exijo que no vuelvas a llamar, por respeto a ella... no lo hagas más.

Madeleine colgó el teléfono con un suspiro pesado, luego se quedó un instante quieta, mirando el aparato como si todavía pudiera sentir la voz del otro lado. Regresó al comedor con paso lento y se sentó de nuevo, recuperando su lugar con una expresión serena pero distante.

—¿Quién era? —preguntó Patrick en voz baja, con un murmullo cargado de sospecha.

—Número equivocado —respondió ella sin mirarlo directamente, aunque un instante después sus ojos se encontraron en un intercambio silencioso. No hacía falta más, su marido entendió de inmediato que había sido James.

Sabían que esa conversación tendría que darse, pero no durante la cena, no con Susan tan cerca, rodeada de una calma frágil que no merecía romperse.

Más tarde, ya en el dormitorio, el murmullo lejano del televisor apenas llegaba desde el piso inferior donde Susan se quedó viendo videos musicales. Madeleine estaba frente al espejo, aplicándose crema con movimientos lentos, mientras Patrick se cepillaba los dientes en el baño contiguo. Ella vestía una bata azul marino de algodón suave, él una camiseta blanca gastada y pantalones de pijama.

—Me preocupa que ese hombre se aparezca en la casa —dijo Patrick desde el umbral, secándose la boca con una toalla pequeña —. No sé si debería tomarme unos días en el trabajo, quedarme aquí por si acaso.

—No —respondió ella, cerrando el frasco y mirándolo a través del espejo—. No creo que se atreva. O al menos, quiero pensar que no, pero sí he estado pensando en algo... ¿crees que debería decirle a Susan que está llamando?

Patrick dudó, apoyándose contra el marco de la puerta. Su rostro mostraba una mezcla de protección y tristeza.

—No es necesario, eso solo la mortificaría más. Ya tiene suficiente con lo que carga.

Madeleine asintió, se volvió hacia él y caminó hasta la cama, acomodando las sábanas con lentitud. Patrick se unió a ella, y mientras apagaban la lámpara de noche, la conversación tomó un giro más suave.

—¿Viste cómo le brillaron los ojos cuando Lenny le dio el folleto? —murmuró ella, ya entre las sábanas.

—Sí... estaba muy emocionada —respondió él con una sonrisa apagada, pero genuina—. Fue bonito verla así. Como si, por un momento, todo lo demás no existiera.

—Ojalá y se anime a ir con Lenny para que conozca el campus, estoy segura que eso es todo lo que necesita.

—Sé que lo hará —susurró Patrick, atrayéndola sobre su pecho.

Madeleine cerró los ojos, con el corazón más tranquilo. Esa noche, al menos, podían descansar sabiendo que poco a poco su hija se iba integrando cada vez más a la familia.

La sala estaba en penumbra, iluminada apenas por los destellos de la televisión. MTV transmitía una maratón de videos de rock, y los rostros maquillados y los riffs de guitarra llenaban el espacio con una energía vibrante. Leonard y Lauren estaban sentados juntos en el sofá, envueltos por una manta gruesa que compartían sin decirlo. Ella abrazaba un cojín contra el pecho, y él sostenía un vaso con refresco a medio terminar.

En la pantalla apareció Jon Bon Jovi, con su melena revuelta y la chaqueta de cuero abierta sobre una camiseta sin mangas. Apenas comenzó el video, los ojos de Lauren se iluminaron.

—Estuve ahí —dijo de pronto, emocionada y señalando la pantalla.

—¿Dónde? —Leonard giró la cabeza hacia ella, curioso.

—En el Hammersmith Odeon, el año pasado… Fui a verlos en vivo.

—¿Viste a Bon Jovi en Londres? —Levantó las cejas, impresionado.

—Sí, fui con mi primo Paul… fue una locura. El lugar estaba lleno, la gente gritaba como si el fin del mundo estuviera por empezar… pero en el buen sentido —dijo sonriendo feliz ante el recuerdo—. Me quedé sin voz, me dolían los pies, me empapé de cerveza ajena… pero fue el mejor concierto del año.

—Suena intenso. —Leonard rio por lo bajo.

—Lo fue, cada canción me explotaba en el pecho.

Leonard la observó con atención, como si quisiera grabarse en la memoria esa expresión de ojos brillantes, la voz ligera y postura relajada.

—¿Tienes una canción favorita de ellos?

—*Livin' on a Prayer*. —Ella no lo dudó.

—Muy buena elección —asintió, satisfecho.

—Es más que buena —respondió con una sonrisa que no escondía nada—. Es… brutal, cada vez que la escucho siento que todavía tengo una oportunidad; aunque sea una entre un millón. Me aferro a esa canción como si me sostuviera por dentro, me hace sentir que si la dejara ir, todo se caería.

Hubo un silencio que no fue incómodo, sino necesario. Leonard bajó la mirada, procesando lo que acababa de escuchar.

—«*Tommy used to work on the docks. —Lauren empezó a cantar en voz baja—, union's been on strike, he's down on his luck… it's tough… so tough…*» —Su voz era suave, casi un susurro, pero tenía una emoción honesta que erizaba la piel.

—«*Gina works the diner all day, working for her man…*» —Él la acompañó sin pensarlo.

Cantaron juntos, bajito, como si no quisieran romper ese momento tan frágil como valioso entre ellos. Cuando se detuvieron, se miraron en silencio, sintiendo que tenían tantas cosas para decir, pero sin el valor para hacerlo. Ella respiró hondo, tragando el nudo que se le formaba en la garganta, necesitaba expresar con palabras

las emociones que la azotaban, pero al mismo tiempo la aterrorizaba lo que pudiera decir.

Entonces, Leonard se quitó una pulsera de cuero oscuro de la muñeca. Estaba algo gastada, con remaches metálicos y una inscripción apenas visible: *Slippery When Wet – Tour '86*.

—La compré en el primer concierto donde los vi, fue en Washington. Me colé por una entrada lateral con unos amigos, nos empujaron como ganado y terminé con el codo dislocado. Pero valió la pena… cada segundo. —Se la extendió con naturalidad—. Tómala.

—No, Lenny. Es tuya… Es parte de tu historia —dijo ella, conmovida, mirando la pulsera.

—Y ahora quiero que sea parte de la tuya también —insistió, mirándola a los ojos.

Lauren la tomó con cuidado, como si tuviera miedo de romperla. Se la puso en la muñeca, aunque le quedó algo floja.

—¡Me encanta! —chilló, admirando la pulsera.

Leonard la ayudó a ajustarla, en silencio. Cuando terminó, la miró a los ojos.

—Te queda mejor a ti.

—Gracias —sonrió, feliz con el regalo—. Nunca me la quitaré.

Se recostaron en el sofá, más cerca que antes; mientras que en la televisión seguía el especial de videos y ellos siguieron cantando en voz baja.

CAPÍTULO 61

La mañana había comenzado gris, con una neblina tenue que se colaba entre las ramas desnudas de los árboles como un presagio. James llevaba dos días dando vueltas en su auto, estacionándolo unas cuadras más abajo, y caminando hasta perderse entre los arbustos al otro lado de la calle; desde ese rincón en penumbra, observaba la casa.

Cada persiana bajada, cada sombra tras la cortina, le hablaba de una vida de los que ahí vivían. Había aprendido los horarios de la familia; el padre salía con la niña por la mañana, el chico mayor se marchaba poco después, y Lauren quedaba sola con la mujer a la que llamaba madre, pero no salían, no hasta la tarde; era un encierro que le dolía más que cualquier rechazo. Lauren no era libre, y él tampoco.

La lógica, en algún rincón de su mente, le advertía que lo que estaba haciendo era una locura, que incluso sería tentar a su suerte —y también a la ley—, pero la pasión le empujaba como un tren sin freno. Si tan solo pudiera explicarle que había cambiado, que esta vez era en serio...

Fue esa mañana, justo después de que el viento despejara un poco el cielo, que la vio salir. Llevaba una jarra en la mano y caminaba hacia el huerto con paso distraído e iba sola.

Él sintió el corazón dar un salto en el pecho, como si de pronto todo el oxígeno del mundo se concentrara en esa oportunidad. Salió del escondite y atravesó la calle casi corriendo.

—Lauren —la llamó, con la voz rota y urgente.

Ella se volvió de inmediato, lo miró con una mezcla de asombro y turbación, sus manos comenzaron a temblar y soltó la jarra que

cayó al suelo con un golpe sordo, derramando agua entre las raíces de las calabazas.

—¿Qué haces aquí? ¡Lárgate! ¡Te dije que no quería volver a verte!

Retrocedía con pasos cortos, nerviosos, como quien intenta mantener la compostura sobre hielo fino de un lago congelado. Había miedo en sus ojos, pero también algo de rabia.

—Solo escúchame, por favor… —pidió, dando un paso hacia ella —. ¿Podemos hablar?

—Ya te escuché. Y te dije que lo nuestro terminó, no quiero volver a verte, James. No tenemos nada de qué hablar.

—Sé que estás molesta, muñeca —Él bajó un poco la cabeza, como si quisiera mostrarle que no venía a imponer, sino a suplicar—. Que estás herida por todo lo que pasó en Manchester… Sé que cometí un grave error y que merezco...

—¿Un error? —repitió ella, con una risa amarga—. James, un error es dejar el café en la estufa y quemarlo. Un error es olvidar una fecha, perder un tren… Pero tú… tú me humillaste, me golpeaste, y luego me mostraste a tus zorras como si yo fuera basura. Eso no fue un error, eso fuiste tú… mostrando quién eras de verdad.

—Lo siento, Lauren. De verdad… —Apretó los puños, sintiendo cómo cada palabra lo golpeaba más fuerte que una patada—. Yo estaba confundido. Consumí tanta mierda que perdí el control, pero tú… tú siempre tuviste razón; ahora que estoy limpio puedo verlo, estaba en un camino de autodestrucción.

—¡Pues felicidades por tu revelación! —No quiso sonar irónica, pero la rabia que sentía le dio ese matiz a sus palabras.

—He venido hasta aquí para pedirte perdón por no haberte escuchado… Y porque deseo recuperarte.

—Ya es tarde, porque ya no te quiero —pronunció con seguridad.

—Sí me quieres. —James sintió que se quedaba sin aire, pero no retrocedió—. Lo sé, lo veo en tu mirada.

—No te atrevas a dar un paso más —le advirtió, alzando la mano con firmeza—. No te acerques y ni se te ocurra tocarme

porque me das asco… —dijo con los dientes apretados. Vio como la mirada de él se oscurecía, y supo que lo mejor era terminar con esa situación de una vez por todas—. Acepta que ya no te quiero, que tú solo mataste todo lo bonito que alguna vez sentí por ti. Eres una basura, James... Eso eres.

—Insúltame todo lo que quieras, lo merezco. Pero no dejaré que lo nuestro termine así; sabes que somos el uno para el otro.

—¡No lo somos! —gritó, saliéndose de sus cabales—. ¡Yo no quiero ser la estúpida que vive bajo tu sombra! ¡Sigue con tu vida, como te dé la gana, pero hazlo lejos de mí!

—Amor… muñeca… —James dio un paso, y luego otro—. No tienes idea de cuánto he sufrido. —Los ojos le brillaban con desesperación, buscando asirse a algo que ya no existía.

—¡No me jodas más, James! —Lauren cerró los puños—. No me interesa tu sufrimiento, ni tus miserias, ni tus cambios. No voy a perdonarte, ni ahora, ni nunca.

—Lauren… —dijo con voz quebrada—, si no vuelves conmigo, mi vida ya no tendría sentido... Y te juro que me mato.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo cómo si no pudiera creer lo que acababa de escuchar, en lugar de preocupación, le generó rabia.

—No… no —susurró al principio, pero luego su voz se volvió dura—. ¡No pongas sobre mí esa carga! Si vas a matarte, hazlo. Lánzate frente a auto, tírate a un río o metete toda la puta droga que quieras, pero no quieras manipularme de nuevo. No soy responsable de lo que hagas con tu miserable vida... Tal vez así le harías un favor al mundo, y evitas destruir a otra estúpida como lo hiciste conmigo.

James la miró perplejo, sin poder creer que todo ese amor que ella decía sentir por él, de verdad se hubiese esfumado; el asombro fue reemplazado por la impotencia, por lo que dio un salto hacia ella y la atrapó por los brazos. Lauren gritó, aterrada e intentó liberarse, pero la fuerza que él tenía era superior y comenzó a sentirse sofocada, al tiempo que viejos recuerdos volvían, aterrorizándola.

—Dices eso porque estás herida… ¡pero yo te amo! ¡Te amo, Lauren! —gritó para ver si así lo entendía de una puta vez.

—¡Pero yo no! —gritó ella, forcejeando—. ¡Suéltame!

—¡No lo haré, vendrás conmigo a Londres! —Él la apretó más fuerte, cegado por la desesperación.

—¡Suéltala! —El grito rasgó el aire. Desde la puerta, Madeleine apareció con una escopeta en las manos, temblorosa de furia—. ¡Suéltala ahora mismo o te juro que te abro un maldito boquete en el pecho!

—Señora… yo solo quiero… —James parpadeó asombrado y retrocedió un paso, sin soltar a Lauren.

—¡Señora, nada! ¡Quítale las manos de encima! —exigió una vez más, apuntándolo—. No sé cómo son las leyes en tu país, pero aquí, si pones un pie en mi propiedad y tocas a mi hija, tengo derecho a volarte la cabeza y no pasaré un solo día en prisión.

Él soltó a Lauren en ese instante, porque la voz y la actitud de la mujer le decía que hablaba muy en serio. Ella corrió con las piernas temblorosas hacia su madre, y se refugió en su cuerpo mientras sollozaba. Madeleine la rodeó con un brazo, sin bajar el arma.

—Lauren… tú no perteneces aquí. —James las miró, jadeando —. Este no es tu mundo, no eres ni la sombra de la chica que eras.

—¡Cállate! —rugió Madeleine—. ¿Con qué derecho vienes a hablarle así a mi hija? ¿De verdad crees que vas a llevártela? ¿De mi jardín? ¿De su casa? ¿Estás loco? —gritó temblando de rabia.

Dieciséis años atrás, algún malnacido se la había llevado del jardín. Susan, con solo tres años, había desaparecido de la forma más atroz, fue un segundo de descuido; ese error la condenó a un infierno que la devoró viva durante casi dos décadas. No hubo un día, ni una noche, ni una estación completa sin que recordara el vacío que dejó aquella mañana, ni la culpa sofocante, ni el eco de su propio grito llamando un nombre que nunca respondió.

Ahora su hija estaba de vuelta, aunque tenía otra voz, otro nombre, otras heridas... pero era ella. Y si alguien pensaba que iba a permitir que la arrancaran de su lado otra vez, estaba jodidamente equivocado. Podía haberse convertido en ama de casa, en madre de tres, en una mujer con hábitos suaves y mirada templada, pero si era necesario convertirse en asesina para proteger a su hija, lo haría.

—Vete, James. —Lauren se volvió hacia él con firmeza—. No quiero volver a verte nunca más.

—Muñeca, por favor… —James insistió una vez más, con la voz rota por el llanto, no quería dejarla en ese lugar.

—Ya la escuchaste, sal de aquí… —siseó Madeleine.

—Está bien… me iré… saldré de tu vida. —Él tragó saliva y dio un paso atrás, pero no quería irse derrotado—. Que te quede claro que eres tú quien termina con lo nuestro. —James intentaba hacer contacto visual con Lauren—. Aunque tu decisión me esté matando, voy a aceptarlo… Y no será ahora ni mañana, pero te olvidaré… Solo espero que no te arrepientas cuando tenga a alguien más a mi lado.

—¡Largo! —gritó Madeleine, y disparó al aire.

El estruendo hizo que los pájaros salieran volando de los árboles cercanos. James se sobresaltó y retrocedió más, pálido; por un segundo pareció que iba a decir algo más, pero el cañón humeante de la escopeta y la determinación inquebrantable en los ojos de Madeleine le cerraron la boca y lo hicieron huir.

Una vez que lo vio desaparecer, Madeleine exhaló aliviada, dejando caer la escopeta al suelo. Su prioridad ya no era apuntar, era sostener y espantar con un abrazo los miedos de su hija, la sujetó con ambas manos y pegándola a su pecho la envolvió como si quisiera fundirla con su cuerpo, como si pudiera esconderla del mundo entero dentro de sí.

—Tranquila, mi amor… ya pasó, estás conmigo, nadie va a hacerte daño… —le susurraba, una y otra vez.

Entonces, mientras ella sollozaba en su pecho, algo se le quebró por dentro. No de dolor, no esta vez; era como si una parte de ella, petrificada desde que comenzó su peor pesadilla en 1971, se descongelara de golpe. Y ese hielo se derritió en lágrimas calientes que rodaron por sus mejillas mientras le acariciaba el cabello a su hija.

—No voy a dejar que te hagan daño nunca más, Susan… nunca más —murmuró en su oído.

El camino hacia la escuela serpenteaba entre árboles otoñales, mientras Madeleine conducía en silencio, con las manos aún tensas

en el volante, pero su mirada más serena. A su lado, Susan iba con la cabeza recostada contra el cristal de la ventanilla y los ojos fijos en algún punto indescifrable del horizonte.

En la radio, a un volumen casi imperceptible, sonaba «*In Too Deep*» de Genesis. La voz suave de Phil Collins flotaba como una manta ligera sobre los restos de la tormenta emocional que habían vivido horas antes.

Lauren suspiró bajito, casi como si el aire se le escapara por accidente, luego se giró hacia Madeleine con gesto precavido.

—Mamá.

Madeleine apenas la miró, pero su mano izquierda aflojó levemente el agarre del volante, atenta. Aun así, por dentro, algo se encendió con una calidez inesperada. Susan la había llamado «mamá.»

No lo hacía muy seguido, y cada vez que lo hacía, su corazón parecía reconocerse en ese nombre. Le bastaba una sola palabra para sentir que todo lo sufrido, todo lo esperado, valía la pena. No dijo nada, pero su respiración se hizo más suave, porque ese pequeño regalo le devolvió el aire.

—Dime, amor.

Lauren se humedeció los labios y miró hacia el frente, como si con eso pudiera hacer menos complicado lo que estaba a punto de pedir.

—Lo que pasó hoy… —empezó con voz temblorosa—. Lo que hizo James, lo que hiciste tú… no quiero que nadie más lo sepa.

—Susan… —Madeleine frunció el ceño, sin dejar de mirar el camino.

—No quiero preocupar a nadie más. Ustedes han pasado por suficiente… y yo… yo estoy bien, de verdad. Estoy mejor ahora… Sé que él no va a volver, lo vi en sus ojos. Ya se fue, esta vez de verdad.

Solo la batería suave de la canción marcaba el ritmo de lo que no se decía. Lauren giró la cabeza hacia su madre, mirándola a los ojos con una mezcla de súplica y resolución.

—Por favor, ¿puedes no decir nada? ¿Puedes guardarlo solo para ti y para mí?

Madeleine la miró de reojo durante un instante, con una especie de tristeza. Entendía que su hija creció en medio de los problemas del mundo real y no en la suavidad de los cuentos de hadas.

—Claro que sí, cariño —asintió, despacio—. Puedes contar conmigo, no diré nada. Te lo prometo.

Lauren sonrió apenas, con alivio, y volvió a apoyar la cabeza en el cristal. La canción terminó justo cuando el auto doblaba la esquina del colegio.

Cuando Stella salió por la puerta principal de la escuela con su mochila llena de dibujos y una sonrisa, no notó nada fuera de lugar. Ahí estaba su madre, esperándola como cada tarde.

—¡Mami! —gritó, alzando una carpeta de papel construcción decorada con lentejuelas torcidas.

Madeleine bajó del auto y corrió a recibirla con una urgencia mal disimulada, le colocó una sudadera que traía en la mano aunque no hacía frío, le revisó el rostro con una mirada casi médica y la abrazó con fuerza por un segundo más del necesario.

—¿Estás bien? ¿Te sentiste mal? ¿Te peleaste con alguien? —susurró atropelladamente mientras la ayudaba a subir al asiento trasero.

—¡Mami! Estás loca. —Stella rio como si fuera un juego—. ¡Fue un día genial! Hicimos máscaras de Halloween y a Daniel le pusieron una nota porque dijo «demonios» en clase. ¡Mamá! ¡¿Puedes creerlo?!

Lauren giró desde el asiento del copiloto, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Sabía que tenía que parecer tranquila, normal, incluso despreocupada, porque su hermana merecía una tarde sin que la tristeza la opacara.

—¿Y tú hiciste una máscara? —preguntó con dulzura mientras se giraba un poco más.

—¡Sí! Pero es sorpresa. —Alzó una ceja con complicidad infantil —. Aunque no sé si asusta tanto. ¿A ti qué te da miedo?

«James y mi propia confusión», pensó y tragó saliva.

—Las cucarachas. —Se obligó a sonreír—. Me dan un asco terrible.

Stella se rio con ganas, y Madeleine, desde el asiento del conductor, se permitió mirar a Susan de reojo. Notó cómo intentaba sostenerse entera por dentro, parpadeaba apenas más lento de lo habitual y su voz se había vuelto más aguda.

Cuando Stella empezó a cantar Uptown Girl de Billy Joel que sonaba bajito en la radio, Madeleine estiró una mano y la apoyó, con discreción, sobre la rodilla de Susan, en una presión breve, protectora y sin palabras.

Lauren no la apartó, pero tampoco miró, solo sonrió agradecida.

CAPÍTULO 62

Londres - Inglaterra

Una llovizna fina empapaba las ventanas del edificio donde Sweet Poison volvía a reunirse después de meses de inestabilidad, separaciones momentáneas y silencios cargados de algo de resentimiento. En el interior del estudio de ensayo, una sala de techos bajos y amplificadores apagados como gigantes dormidos. Joyce, con su eterno abrigo beige y sus gafas colgando de la punta de la nariz, hojeaba una carpeta de papeles, tratando de poner orden al caos que había sido la banda durante demasiado tiempo.

Estaba sentado al borde del sofá, y frente a él, en sillas dispersas, Billie, Tommy y Ray. James, de pie, con una botella de agua entre las manos, parecía otro hombre, más delgado, más calmo, aunque la sombra de sus tormentas aún se le divisaba en la mirada.

—Bien —dijo Joyce sin levantar la vista—. Estamos todos. Y para variar, casi puntuales... Milagros ocurren.

Ray sonrió, incómodo. Billie carraspeó, Tommy se cruzó de brazos; mientras que James bajó la mirada.

—Antes de que me arrepienta de haber venido —continuó Joyce, con esa voz que podía sonar sarcástica sin necesidad de alzar el tono—, quiero decir que estoy aquí porque Billie me llamó. Me habló de segundas oportunidades, de una banda que quiere hacer las cosas bien; de un vocalista limpio y comprometido. Y francamente... me cuesta creerlo, pero aquí estoy.

—Estoy limpio, Joyce. Llevo más de un mes en rehabilitación — su voz fue suave pero firme, como si cada palabra la hubiese ensayado frente al espejo—. No fue fácil, pero... quiero que sepan

que voy en serio esta vez. No solo por mí, por ustedes, por la música… y por todo lo que arruiné.

Se hizo un silencio denso. Billie lo miró con aprobación contenida. Ray bajó la vista, visiblemente conmovido. Tommy, fiel a su estilo, lo miró de arriba abajo con escepticismo.

—¿Y qué garantías tenemos de que no vas a arruinarlo todo otra vez en medio de una gira? —preguntó Joyce, directo—. Porque honestamente, James, me arrastraste contigo en más de una ocasión. Y yo ya estoy grande para limpiar vómito de quien se cree estrella del rock.

James asintió despacio, sin dar una respuesta inmediata, caminó unos pasos y se detuvo frente a ellos.

—No puedo prometer perfección, no puedo prometer que no voy a tener días malos —habló con una honestidad casi dolorosa—. Pero puedo prometer que no quiero volver a tocar fondo. Y esta vez... tengo ayuda, estoy yendo a terapia, tengo un padrino, y cada día elijo estar sobrio. Lo hago por mí... pero también porque los necesito… A ustedes —Miró uno a uno a sus amigos—. Y a ti, Joyce. Te jodí muchas veces, lo sé, pero te pido que me dejes demostrarte que puedo cambiar.

Joyce lo observó largo rato, se quitó las gafas y se las limpió con el dobladillo del suéter.

—No voy a mentirte —suspiró—. No me gusta la idea de volver a salir de gira con una banda que tiene más demonios que instrumentos, pero no soy idiota. Sé de lo que son capaces de hacer juntos cuando están enfocados; así que esto es lo que propongo. —Abrió la carpeta y sacó algunos papeles—. Me quedo, sigo siendo su mánager, pero para las giras, contratamos a un tour mánager. Alguien que se encargue del día a día, que esté encima de ustedes cuando estén de gira. Yo seguiré al mando desde aquí, en contacto permanente, pero no voy a estar subido en un bus con un cadáver ambulante por segunda vez.

Los músicos lo miraron, luego se miraron entre sí.

—Si tú eliges a esa persona... —Billie asintió primero—, confiamos.

Tommy no dijo nada, pero no se opuso.

—Gracias por no mandarnos al carajo —añadió Ray, más emocional—. Por intentarlo una vez más.

—No se me ocurre a quién más podría arruinarle la vida con tanto estilo. —Joyce bufó.

Hubo una risa tímida, que alivió un poco la tensión.

—¿Y el disco? —James, todavía de pie, se atrevió a sentarse en el borde de una silla.

—Eso. —Joyce asintió—. Me alegra que lo menciones, porque si no producimos algo pronto, sus fans van a pensar que están muertos o en prisión. Billie, ¿tienes algo?

—Tengo tres canciones terminadas. —El bajista sacó un par de hojas arrugadas de una carpeta—. Y dos ideas más en progreso, quiero que las lean.

—Yo tengo un demo con una base rítmica nueva. —Ray se inclinó hacia su mochila y sacó una cinta—. Es distinta, algo más tribal, pero podría funcionar.

Tommy sacó una libreta donde garabateaba letras y escalas desde hacía años. La arrojó al centro de la mesa.

—No digan que nunca les doy nada.

James sonrió y sacó también su cuaderno. El mismo en el que había volcado todos sus estados de ánimos desde hacía varias semanas. Estaba manoseado, con las tapas rotas y lleno de frases sueltas, versos, ideas de melodías.

—Aquí hay canciones que escribí en los peores días. Algunas son basura, pero otras… otras creo que podrían decir algo.

—Bien. —Joyce tomó todos los materiales con cuidado, como si fueran artefactos frágiles—. Voy a hacerlos revisar por algunos productores, arreglistas y compositores de confianza. Gente de EMI y Capitol, de oídos agudos y bocas crueles. Nos dirán qué sirve y qué no. Una vez tengamos la selección final, pedimos agenda en el estudio. Si todo fluye sin tantos contratiempos, —Miró directamente a James al decirlo—. Podríamos tener disco nuevo para el próximo verano.

—¿Y dónde grabaríamos? —preguntó Ray, ya con cierto entusiasmo.

—Eso depende del productor. Estuve en contacto con Bruce Fairbairn. No prometo nada, pero si acepta, tendríamos que trasladarnos un tiempo a Vancouver. Él trabaja desde los estudios Little Mountain Sound. Ha producido a Bon Jovi, Aerosmith, Scorpions, INXS… no es poca cosa. Si lo conseguimos, puede ser un salto enorme para ustedes, pero será un compromiso total; sin dramas y cero excusas.

Los cuatro músicos se miraron.

—Si Bruce dice que sí... yo me comprometo. —James tomó la palabra—. En serio, cien por ciento. Y si hay que vivir en Vancouver, lo haré, estoy listo.

—Eso tendremos que conversarlo —intervino Tommy, sin dureza esta vez—. Pero la idea no me desagrada.

—Vancouver suena bien —dijo Billie, con una media sonrisa—. Mejor que Liverpool en enero, al menos.

—¿Y qué hay de Canadá en diciembre? —preguntó Ray.

—Ah, cierto —asintió Joyce—. Hay promotores interesados en una serie de conciertos allá. Diciembre y enero; eso nos daría visibilidad, fondos y energía antes de encerrarnos en el estudio. Además, también se habla de una posible minigira por Australia, pero no quiero adelantarme. Primero, necesito que se comprometan. ¿Están dispuestos?

Uno por uno, los integrantes de la banda fueron asintiendo. Con reservas y con cicatrices aún frescas, pero también con una voluntad renovada.

—Entonces, tenemos un pacto. —Joyce los observó, con una mezcla de cansancio y afecto—. No me hagan arrepentirme otra vez.

James extendió la mano. Y esta vez, el mánager la estrechó.

—No lo haré —dijo—. Esta vez... vamos en serio.

El salón se fue quedando en silencio cuando Joyce se puso de pie. Ajustó su abrigo con parsimonia. Se despidió con un apretón de manos a cada uno, sin ceremonias, sin palabras de más.

James apenas levantó la cabeza; Tommy asintió; Billie le agradeció en voz baja. Ray, fue el único que lo acompañó hasta la puerta y se quedó un par de segundos mirándolo alejarse por el pasillo iluminado, hasta que lo perdió de vista.

Cuando volvió al salón, James ya no estaba; entonces salió tras él con paso rápido, cruzando el hall donde las luces de neón vibraban en los cristales empañados, lo encontró justo cuando empujaba la puerta del edificio. El frío londinense de finales de octubre se colaba con un silbido sutil desde la calle, y James, con su gabardina abierta y los hombros encogidos, caminaba sin destino. Ray lo alcanzó en la esquina, casi al trote.

—¡James! —llamó, sin alzar demasiado la voz, por temor a asustarlo.

Él se detuvo, pero no giró del todo. Solo esperó, con las manos en los bolsillos, mientras el tráfico nocturno zumbaba con su letanía gris detrás de ellos.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Una sola palabra y lo bastante seca para matar cualquier amago de conversación.

Ray no insistió de inmediato; en cambio, se acomodó la bufanda y lo siguió, caminando a su lado por las veredas húmedas de Londres, mientras las farolas dibujaban sombras largas que les alcanzaban los tobillos. James tenía ya casi dos semanas de haber regresado de Estados Unidos, pero no se había aparecido. Se fue directo a la casa de su madre en Croydon, tal vez porque no tenía ganas de darle explicaciones a nadie, y menos a él. Solo le avisó por teléfono, con una voz seca y sin pausas, que ya estaba de vuelta y que iría a la reunión con Joyce. Colgó antes de que Ray pudiera siquiera preguntarle cómo estaba.

—¿Y la tía? —preguntó después de unos metros—. ¿Cómo está?

—Bien… —James hizo una pausa breve—. Fumando tanto que parece una chimenea en pleno invierno. Aunque, bueno, tampoco soy quién para juzgarla. Estoy igual o peor.

Ray sonrió con un dejo de resignación, le dolía más verlo así.

—¿Y qué pasó, entonces? —dijo al fin, sin rodeos—. ¿Con Lauren? ¿Cómo terminó todo allá en Estados Unidos?

James se detuvo frente a una vidriera cerrada de una tienda de discos, no miró los vinilos tras el cristal. Solo apretó los puños dentro de los bolsillos.

—¡Que se joda Lauren! —escupió la respuesta como si le ardiera en la garganta—.Ya se terminó. Esta vez de verdad, que se quede con su gente en su vida perfecta. Según ella, solo perdió el tiempo conmigo… como si yo no le hubiese dado todo de mí. No solo mi maldito tiempo. Le di todo, Ray… todo… Y tú eres testigo de eso.

Ray no dijo nada, solo lo dejó hablar. Cada frase y sentencia llena de rabia y decepción, confirmaba lo que ya intuía; su primo no necesitaba respuestas, necesitaba espacio para arder. Aunque debía tener claro que él fue un cabrón, un imbécil con Lauren y que él mismo saboteó lo único bueno que había tenido en años; no era el momento para escupírselo en la cara, lo conocía demasiado bien como para interrumpir ese derrumbe. Sabía que en el fondo, aunque no lo dijera en voz alta, James ya cargaba con toda esa culpa y que solo necesitaba sacar el dolor antes de atreverse a mirar de frente lo que había hecho.

—Creo que nunca me quiso, no de verdad. Solo quería jugar a tener una vida distinta, a sentir cosas que su rutina de mierda no le daba. Yo fui una experiencia, Ray. Un jodido medio para su catarsis, y ahora que tiene a esa familia que tanto anhelaba, no hay espacio para mí. Ya no encajo… Ahora se cree mejor que yo, como si fuera mucho para mí… —La voz le tembló, pero no se rompió; era experto en sostenerse en la orilla del abismo.

—¿Y cómo es esa familia? —preguntó Ray, sin sarcasmo, más por curiosidad que por juicio—. ¿Se parece a ellos? A esa gente. ¡Qué locura! ¿No? ¿Quién iba a pensar que Lauren terminaría siendo americana?

—La típica familia de rubios estadounidenses. —James rio con desprecio—. Padre, madre, hermanos. Todos rubios, como si los hubiera diseñado un publicista de Nebraska. Ella ahí no encaja, no importa cuánto se esfuercen en convencerla, esa gente solo la tiene ahí para llenar el vacío de la hija que perdieron.

—Si está con ellos… —Ray frunció el ceño—, será porque está segura de que sí es Susan, ¿no? Susan es que se llama, ¿verdad?

—Sí, Susan Russell… —repitió, mascando el nombre como si tuviera mal sabor—. Pero no es como ellos, Ray.

—No hace falta que lo digas como si fuera una sentencia de muerte —replicó su primo, más calmado—. Si es por el color de cabello, recuerda que Lauren… o Susan, se lo tiñe. No es rubia como el sol, pero sí tiene el cabello bastante claro. O bueno, tú que tuviste la suerte de inspeccionar otros… territorios, sabrás mejor.

—No seas imbécil —gruñó James, sin mirarlo—. No es una cuestión de físico, ni de tonalidades, ni de genética. Es su esencia, pero ¿sabes qué? Ya no me importa, que haga lo que quiera… que viva su maldita vida. Al final, se va a aburrir, porque ella nunca está satisfecha con nada. Lo peor vendrá cuando se dé cuenta de que solo yo estaba para ella, que era lo único real que tenía. Y me terminó perdiendo… por estúpida. —Hizo una pausa, con la rabia filtrándosele en la respiración, en la forma en que se apretaba los dientes, en el modo en que clavaba la mirada en la nada como si pudiera incendiarla—. ¿Puedes creer que me echó de su vida apuntándome con una puta escopeta?

—¿Qué? ¿Lauren hizo eso? ¿Ella? —Ray se detuvo, atónito—. No me la imagino ni sosteniendo un cuchillo para untar mantequilla…

—No fue ella —respondió James, con una mueca amarga—. Fue su… madre. La que supuestamente es su madre.

—Entonces sí es la típica familia de la resistencia aria blanca… — soltó una risa baja, casi incrédula—. Ya sabes, Asociación del Rifle, matanza en Texas, y el sueño americano con balas incluidas.

—Son unos putos locos, Ray… Y Lauren cayó en sus garras. Intenté sacarla de ahí, pero fue ella quien eligió. No me eligió a mí, los eligió a ellos y esa vida.

Hubo un silencio largo después. Solo se escuchaban los motores lejanos, el murmullo del viento entre los edificios, y la respiración pesada de James.

Ray se metió las manos en los bolsillos y desvió la mirada hacia la calle vacía. Dudó un segundo antes de hablar.

—¿Y tú? ¿Estás bien de verdad?

James no respondió. Caminó unos pasos, pisando un charco que salpicó su bota.

—No —dijo, casi como si hablara consigo mismo—. Pero voy a estarlo.

Siguieron caminando, uno al lado del otro, sin decir nada más, mientras la ciudad seguía su curso indiferente, como siempre.

Noviembre 1987: Maryland – Estados Unidos

Habían pasado dos semanas desde la última vez que vio a James, y con cada amanecer, Lauren sentía cómo el tono de su voz se desvanecía un poco más dentro de ella. No era olvido, porque sabía que eso no llegaría nunca, pero sí una distancia saludable que le devolvía la dignidad. El dolor comenzaba a asentarse en algún lugar más profundo; aunque no podía decir que ya no dolía, sí podía afirmar que ya no la hacía trizas.

Recordar las humillaciones, los desplantes, las promesas rotas, ya no era como caminar descalza sobre vidrios. Al contrario, era una forma de recordarse a sí misma que nunca más permitiría algo así. Como le dijo el padre Francis, ese dolor había sido una puerta; y del otro lado, estaba su valor. Y ella decidió cruzarla; por eso, cuando Leonard le propuso visitar el Maryland Institute College of Art para averiguar sobre la equivalencia de su carrera, aceptó sin vacilar, aunque por dentro, temblara como una hoja.

Era la primera vez que estaría a solas con él, sin la presencia vigilante de Patrick, Madeleine o incluso Stella, y el peso de esa cercanía le apretaba el pecho. Le avergonzaba reconocerlo, pero no podía seguir negándolo, Leonard le despertaba emociones que no eran propias de un hermano. Ella lo sabía, se lo recordaba cada día, cada vez que sus ojos lo encontraban, cada vez que su voz grave y serena la atravesaba sin permiso. Pero por más que quisiera imponerle una frontera, los sentimientos pasados parecían haber echado raíces en un terreno que ni el pecado ni la lógica podían desalojar del todo.

Él conducía con la ventanilla bajada y el viento se colaba por el coche como una caricia atrevida. Tenía una mano firme en el volante y la otra descansaba sobre la palanca de cambios, como si su sola presencia bastara para dominar la máquina. Llevaba un suéter oscuro, de esos que se ajustan apenas a los hombros, y se lo había arremangado hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos definidos, con venas que se marcaban como ríos bajo la piel. Muñecas adornadas con brazaletes de cuero negro, un par de anillos plateados en los dedos largos, uñas cuidadas, masculinas. Su cabello rubio ondeaba con libertad bajo la brisa, y cada tanto, un rayo de sol se colaba por entre los árboles y le dibujaba destellos dorados en las sienes. Era, sin lugar a dudas, un hombre que encarnaba el tipo de belleza que se arrastraba en silencio por los rincones de la conciencia y despertaba en los sueños más prohibidos.

Apenas se atrevía a mirarlo de reojo, pero esa imagen bastaba para acelerarle el corazón como si estuviera escapando de algo... o corriendo hacia ello.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, sin apartar la vista de la carretera. Su voz no tenía juicio, solo una nota suave, como si le acariciara la pregunta en lugar de lanzársela.

Ella tardó unos segundos en responder, dudando entre la verdad y la prudencia.

—No... ¿por qué lo dices?

—Porque estás muy callada. —Giró el rostro, apenas una fracción de segundo, pero suficiente para que sus ojos se encontraran.

—Estoy ansiosa, solo eso —admitió, mordiéndose un poco el labio. No mentía, no del todo.

—No tienes por qué estarlo —le dijo con una calma que casi la hizo sentirse protegida—. Es solo una visita. Vas a ver el campus, hablar con un par de personas. No hay presión, solo estás viendo opciones, eso es todo.

Ella asintió, con el mentón bajo, agradeciendo ese tono paciente y cuidadoso.

—¿Quieres escuchar música? —sugirió él, cambiando el ambiente con naturalidad—. Te puede ayudar a relajarte.

—Sí, por favor. Creo que eso me vendría bien.

—Busca en la guantera, hay unos cuantos casetes. Elige el que quieras.

Lauren abrió el compartimento y se encontró con una pequeña colección que parecía haber sido elegida con esmero y algo de obsesión. Empezó a sacar uno por uno, leyéndolos en voz baja, como si descubriera tesoros polvorientos en un desván.

—The Smiths… —leyó, con una sonrisa—. Journey… Blondie… Echo and the Bunnymen… ¡Ey, tienes a The Cars! ¡Y The Psychedelic Furs! —Sacó otro casete—. Aerosmith… Van Halen… ¡Esto es "1984"!

—Esa cinta casi se me desintegra de tanto escucharla en el 85. —Leonard rio entre dientes.

—AC/DC… Ozzy Osbourne… —Lauren siguió hojeando con más interés—. Iron Maiden… ¿Tienes The Number of the Beast? —Lo miró, sorprendida—. ¿Esto es tuyo?

—Sí, claro. También está Master of Puppets por ahí. Mira más al fondo.

—¡Metallica! —exclamó como si acabara de hallar oro—. Y aquí está Motörhead… Judas Priest… Dios, tienes a todos.

—Faltan algunos —dijo él, fingiendo modestia—. Pero creo que tengo lo esencial.

Lauren sacó otro casete, sonriendo con complicidad.

—¿Black Sabbath con Dio? Esto ya roza lo religioso.

—Eso es porque todavía no llegas a Deep Purple y Led Zeppelin. Busca bien. —Leonard soltó una carcajada grave.

—¿Estás seguro de que esto no es un archivo nacional? —preguntó ella, mirando la pila con ojos brillantes.

Pero entonces, sus dedos tropezaron con un casete distinto. Una carátula sin nombre, solo una hoja doblada dentro de la caja de plástico, con títulos escritos a mano en tinta azul. El trazo era desigual, ansioso.

—¿Y este?

—Ese… —Leonard soltó una risa suave, casi nostálgica y asintió con la cabeza—. Ese fue un proyecto de insomnio. Lo grabé directo de la radio, hace años. Tenía que rogarle al universo para que los locutores no hablaran antes de que terminara cada canción. Me llevó noches enteras, pero valió la pena. Ahí están muchas de mis favoritas.

Ella lo abrió con cuidado, como si estuviera descubriendo un pedazo de la adolescencia de Leonard.

—Mmm… Crazy Train, Hallowed Be Thy Name, Fade to Black, Holy Diver, You've Got Another Thing Comin… —iba leyendo mientras se reía—. ¡Dios! Esto es oro puro… —Levantó la mirada, divertida, como si no pudiera creer lo que tenía entre manos—. ¡Rainbow in the Dark! Esto es heavy metal con alma. Y... ¿es Seek and Destroy? —alzó una ceja, impresionada—. ¿Grabaste esto de la radio?

—Sí, me llevó semanas… Ponlo —dijo él, con media sonrisa—. A ver qué tal ha envejecido.

Lauren metió el casete en el reproductor y esperaron el zumbido familiar del cabezal. La cinta comenzó a girar y, de pronto, el rugido de una guitarra rompió el silencio con fuerza. «You Shook Me All Night Long» de AC/DC irrumpió con su descaro glorioso. Lauren soltó una carcajada ahogada, sorprendida y encantada al mismo tiempo.

—¡No me lo esperaba! —gritó por encima de la música.

Leonard comenzó a tamborilear sobre el volante con los dedos, marcando el ritmo con una precisión casi instintiva. Ella no se quedó atrás, por lo que empezaron a mover las cabezas al compás del riff.

—*She was a fast machine, she kept her motor clean*… —cantó Leonard con una voz ronca y entusiasta.

—*She was the best damn woman that I ever seen*… —siguió ella, usando el puño cerrado como micrófono improvisado, apuntándoselo a él.

Leonard le siguió el juego, acercándose al puño con teatralidad, como si diera un solo frente a un estadio invisible. Rieron a carcajadas, sin miedo al ridículo, con los cabellos agitados por el viento y la música subiendo como marea.

Durante un momento, el mundo se redujo a una carretera solitaria, el estallido de una guitarra, dos voces desafinadas y una complicidad que ardía con una alegría salvaje. No había pasado ni media hora desde que salieron, pero ya algo había cambiado entre ellos. O quizá solo se había despertado lo que siempre había estado ahí, escondido, esperando una excusa para surgir.

CAPÍTULO 63

Leonard estacionó en una plaza libre frente al campus. El rugido del motor se apagó con un suspiro metálico, y durante unos segundos el único sonido fue el leve clic del casete saliendo del reproductor cuando Lauren pulsó el botón. Estaban sonrojados, con el cabello algo alborotado, la voz todavía áspera tras haber cantado a gritos durante casi todo el trayecto. Compartían una sonrisa cómplice, como si acabaran de regresar de una aventura que solo ellos comprendían.

Él se inclinó hacia el asiento trasero para tomar su chaqueta de cuero y se la puso con un movimiento rápido. Lauren ya llevaba la suya abotonada hasta el cuello, pero aún así se estremeció al salir. A pesar de que era apenas la primera semana de noviembre, el frío de Maryland ya se filtraba por las rendijas del abrigo, colándose como un susurro helado hasta la piel. No obstante, lo que le hizo erizar los brazos no fue únicamente el clima, sino la emoción, esa mezcla embriagadora de miedo y entusiasmo que le apretaba el estómago y le aceleraba el corazón.

Desde hacía cuatros meses no pisaba un campus universitario, ni sostenía un pincel, ni sentía el olor a trementina o el tacto de una espátula sobre el lienzo. Cuatro meses sin dejarse llevar por la historia del arte, sin perderse en una charla sobre Turner o Rothko. Ahora estaba ahí, de pie frente al edificio principal del Maryland Institute College of Art, y le parecía tan imponente como un templo.

La arquitectura tenía algo de solemnidad y de vanguardia al mismo tiempo. Columnas sobrias en la fachada, rematadas por ventanas amplias y modernas, como ojos abiertos al mundo creativo. Un juego de ladrillo rojo y cristal que se elevaba sin pretensión pero con dignidad, abrazado por árboles que ya

comenzaban a perder sus hojas. Ella se quedó mirando la estructura, respirando hondo, imaginándose recorriendo esos pasillos, llevando sus materiales bajo el brazo, con las manos manchadas de pigmento y el corazón vibrando con cada nuevo proyecto.

Leonard la sacó de su ensoñación, sin decir palabra, levantó la mano y le apartó un mechón de cabello que el viento le había dejado sobre el rostro. El roce fue apenas una caricia de la yema de sus dedos sobre su mejilla izquierda, pero a ella le bastó para sentir que el tiempo se detenía. No se atrevió a mirarlo a los ojos porque tenía miedo de que él notara lo mucho que le afectaba, lo fácil que podía leerla cuando estaba cerca.

—No estés nerviosa —dijo con una sonrisa suave y sincera—. Estoy aquí para servirte de apoyo. ¿Recuerdas?

Le ofreció el brazo con ese aire entre galante y burlón que usaba para que todo pareciera más fácil. Ella dudó por un instante, más por costumbre que por convicción, pero al final se sujetó de él. No veía nada de malo en ese gesto. Y, además, se sentía bien.

—Estoy lista —respondió con una sonrisa más segura, aunque todavía le temblaban un poco las manos.

—Entonces vamos —dijo él, y caminaron juntos hacia la entrada del edificio.

A cada paso, Lauren observaba todo con una atención casi infantil. Había estudiantes sentados en las escaleras exteriores, con cuadernos de dibujo sobre las rodillas, trazando líneas rápidas, concentrados. Otros se agrupaban en los pasillos acristalados, donde la luz natural caía como una bendición sobre las hojas y los rostros. Vio un jardín interior, amplio, con bancos de piedra y esculturas en proceso. Algunos chicos trabajaban con caballetes, otros daban forma a figuras de arcilla en tornos eléctricos, tenía las manos cubiertas de barro y pasión.

—¿Te gusta? —le preguntó Leonard cuando notó cómo sus ojos se movían de un punto a otro, brillando.

Lauren asintió de inmediato y sus labios se curvaron en una sonrisa profunda, casi emocionada.

—Mucho —respondió, sin dejar de mirar el lugar—. Me gusta... de verdad. Es como si todo esto me hubiera estado esperando.

Él la miró de reojo, fascinado por verla así. Había algo en ella, en su manera de caminar con esa mezcla de nostalgia y esperanza, que le resultaba infinitamente conmovedor. Aquel brillo en los ojos, tan auténtico, tan suyo, que a él lo dejaban sin palabras.

Llegaron a la recepción, un espacio amplio y cálido que desentonaba, para bien, con la rigidez habitual de las oficinas académicas. Las paredes estaban pintadas en tonos neutros, pero decoradas con una serie de cuadros vibrantes, probablemente realizados por antiguos estudiantes. Había desde expresionismo gestual hasta abstracción geométrica, todos enmarcados con sobriedad pero sin quitarles protagonismo. La luz natural entraba a raudales por los ventanales laterales, proyectando sombras suaves sobre el suelo de madera clara, que crujía ligeramente bajo los pasos.

Detrás del mostrador de roble barnizado, una mujer de rostro amable y gafas finas escribía algo en una carpeta manila. A su alrededor, todo parecía cuidadosamente organizado, carpetas codificadas por colores, folletos informativos, una cafetera humeante en una esquina junto a una bandeja con vasos de cartón. A su lado, una planta en una maceta crecía desbordante, como si también quisiera formar parte del arte.

Un par de estudiantes esperaban sentados en un banco tapizado de azul marino. Uno hojeaba una libreta llena de bocetos mientras masticaba chicle; el otro tenía auriculares enormes y los ojos cerrados, moviendo el pie al ritmo de una canción muda. El ambiente no era ruidoso, pero tampoco estéril, tenía un murmullo de fondo constante, como si las ideas circularan incluso en los silencios.

Lauren no pudo evitar pensar que esa sala, una simple recepción, estaba viva, y que, a diferencia de otras oficinas, no intimidaba. Más bien invitaba, era como si le estuviera diciendo, sin palabras: «Aquí podrías empezar de nuevo.»

Ella se quedó unos segundos de pie, contemplándolo todo en silencio, tenía los labios entreabiertos y una expresión en el rostro que Leonard no había visto desde que la conoció, era una mezcla de asombro, ternura y nostalgia. Sus ojos brillaban, no por el reflejo de

los ventanales que bañaban la sala con una luz suave, sino por algo mucho más íntimo, era una alegría que se desbordaba de su pupilas.

—¿En qué puedo ayudarlos? —les preguntó la mujer, sonriendo con cortesía.

—Tenemos una cita —dijo Leonard—. Con el Departamento de Intercambio Académico. Ella es Lauren Spencer. Estudió cuatro semestres de Bellas Artes en Londres y quiere continuar la carrera aquí.

La recepcionista revisó unos papeles, luego los miró.

—Segundo piso, a la derecha. Oficina 203, la señora Whitmore los está esperando.

Agradecieron y subieron por una escalera amplia, de peldaños pulidos, decorada con fotografías en blanco y negro. En el trayecto, Lauren no dejaba de mirar a su alrededor; había estudiantes con el cabello teñido, ropa intervenida con pintura, botas gastadas, estilos tan distintos y tan libres que sentía que encajaba allí.

Llegaron a una pequeña sala de espera. Lauren se sentó con las manos sobre las piernas, respirando con lentitud. No tardaron mucho en ser atendidos, una puerta se abrió y una mujer de cabello castaño recogido en un moño bajo, con aire amable pero profesional, los miró.

—¿Lauren Spencer?

—Sí, soy yo. —Ella se puso de pie enseguida.

Leonard permaneció sentado, hasta que ella giró para mirarlo.

—¿No vienes?

—¿Quieres que vaya? —Él la miró con una leve sonrisa, ladeando la cabeza.

—Por supuesto. —Asintió con una dulzura tan sencilla como profunda.

Leonard se puso de pie, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y caminó junto a ella hacia la oficina. Entraron sin decir nada más; la mujer los invitó a sentarse, señalando dos sillas frente a su escritorio, donde comenzaría a escribirse un nuevo capítulo para Lauren.

La oficina era sencilla pero acogedora, tenía estanterías altas repletas de libros y carpetas etiquetadas con esmero.

—Bienvenidos, es un gusto conocerlos. Soy Anne Whitmore, coordinadora del departamento de intercambio.

Lauren asintió, se sentó con la espalda recta y las manos en el regazo. Mientras que Leonard lo hizo junto a ella, con la chaqueta de cuero aún puesta y la mirada atenta.

La mujer abrió una carpeta manila, ya familiar para ella, y repasó los documentos con una concentración breve. Era la misma información que Lauren le envió unos días atrás para coordinar la cita. Se trataba de su historial académico, una breve descripción de su situación y una fotocopia de su pasaporte.

—He leído tu expediente. Estuviste cursando Bellas Artes en UCL… Cuatro semestres completos con muy buen promedio. ¿Y ahora estás interesada en continuar tu formación aquí en MICA?

—Sí. —Lauren asintió con calma—. Me mudé hace unos meses, y estoy buscando continuar mi carrera sin perder el ritmo.

—¿Motivos personales?

—Sí —respondió con tono neutro, sin evasivas pero sin más detalles.

Whitmore no presionó, era una mujer inteligente que había aprendido a leer los silencios.

—Bien, como sabrás, nuestro semestre comenzó en agosto. Para ti, el ingreso sería en la primavera, a mediados de enero. Aún estás a tiempo para completar el proceso, pero requerimos algunos documentos específicos como tu historial académico oficial de Londres, una carta de intención y un portafolio de obras actualizado.

Lauren asintió otra vez, sin necesidad de hacer preguntas. Lo tenía todo claro.

—Ya solicité mis documentos a UCL. Puedo preparar la carta esta semana y empezaré a hacer el portafolio.

—Perfecto, agradecemos la eficiencia —sonrió—. El comité de admisión se reunirá a finales de diciembre. Si todo está en orden, recibirás la respuesta en la primera semana de enero. En caso de ser aceptada, y todo indica que lo serás, empezarías el diecinueve de enero.

—Está bien. —Lauren cruzó las piernas con elegancia y dejó escapar un leve suspiro, no de alivio, sino de confirmación—. Ese

calendario funciona para mí.

—MICA es un entorno muy particular. —Whitmore cerró la carpeta suavemente—. Exigente, sí, pero también visceral. Aquí no se viene a «aprender arte», se viene a enfrentarlo.

—Suena perfecto —respondió sin ironía, aunque sus palabras tuvieron una solidez casi cortante.

La mujer levantó una ceja con ligera curiosidad. Había conocido muchos estudiantes con entusiasmo, con ambición, con vanidad. Pero no muchos con esa templanza extraña que daba la impresión de haber vivido varias vidas antes de llegar allí.

—¿Has tenido la oportunidad de recorrer el campus?

—Sí. —Leonard respondió antes de que Lauren lo hiciera—. Estuvimos caminando un poco y le gustó mucho el ambiente.

Lauren, sentada a su lado, alzó la vista hacia él un instante, sus ojos se encontraron, y aunque no hubo palabras entre ellos, bastó una leve sonrisa para confirmar que ella agradecía su presencia allí.

—Me llamó la atención el enfoque —añadió ella, regresando la mirada a la mujer—. No parece haber un molde. Cada quien construye su propio lenguaje.

—Esa es la idea —afirmó Whitmore, con un brillo de aprobación en la mirada—. La identidad artística no se enseña, se provoca.

Un silencio breve se instaló en la habitación, que dejaba claro que la reunión estaba por finalizar.

—Entonces, te entregaré una hoja con los requisitos exactos —dijo mientras se inclinaba hacia un archivador detrás del escritorio—. Y si necesitas orientación para el portafolio, puedo ponerte en contacto con uno de nuestros mentores. Él podría escribirte o llamarte directamente, si lo prefieres. ¿Tienes dónde quedarte en Baltimore?

—Sí, vivo en Catonsville, con mi familia.

—Bien. —Anne asintió con una sonrisa tenue—. No te agobies con el calendario, lo importante es que tomaste la decisión de seguir. Y eso no siempre es fácil.

Lauren se puso de pie y sonrió con honestidad; una sonrisa pequeña, pero profundamente luminosa. Sostuvo la hoja con ambas

manos, como si cargara algo valioso, y alzó la mirada hacia la mujer con una expresión que era tan clara como sus palabras.

—Gracias… de verdad —dijo con una entonación cálida—. Me hace mucha ilusión.

Se giró apenas hacia Leonard y le compartió una mirada rápida, cómplice. Él le sostuvo la mirada y le sonrió como si hubiera estado esperando ese gesto desde que entraron. Por un momento, parecieron los únicos dentro de esa oficina, como si toda la burocracia del mundo no pudiera interponerse entre la esperanza y el futuro.

—Nos veremos pronto —concluyó la señora Whitmore.

Leonard se puso de pie junto a ella, y al tomar la carpeta con los formularios, sintió que algo casi simbólico pasaba de una mano a otra. Tal vez no era más que un puñado de papeles, pero en ellos empezaba, o mejor dicho, continuaba la vida de Lauren… Susan… o simplemente, la chica que había decidido seguir adelante.

Cuando salieron al pasillo, Lauren no dijo nada y Leonard tampoco. Solo bajaron las escaleras en silencio, con pasos tranquilos.

—¿Qué tal te sentiste? —preguntó él finalmente, cuando cruzaban el vestíbulo.

—Como si hubiera pisado un terreno que ya era mío antes de saberlo. —Ella se detuvo un segundo, contemplando el mural de azulejos que decoraba la entrada.

—Me alegra que estés aquí. —Él la miró de reojo, sonriendo apenas.

—A mí también —respondió.

Ya estaban en la plaza del estacionamiento cuando Leonard, ajustando el ritmo de su paso al de ella y con ese tono de voz grave y sereno que solía emplear para conversar sobre cosas importantes, rompió el silencio con una pregunta que llevaba un dejo de interés genuino.

—¿Y ya tienes pensado algo para el portafolio o prefieres esperar a hablar con el mentor?

Lauren se detuvo por un instante, giró ligeramente la cabeza hacia él y sostuvo su mirada. El sol de otoño teñía su cabello con

reflejos dorados, y en sus labios se dibujó una sonrisa tranquila, casi entusiasta.

—Prefiero empezar cuanto antes —respondió, con una seguridad que no le era común, pero que ahora parecía fluir con naturalidad—. En cuanto tenga los materiales, voy a ponerme a trabajar. Siento que necesito practicar, volver a agarrar confianza con los pinceles, los lápices, el carboncillo, la tinta… el óleo. Han pasado solo unos meses, pero se siente como si fuera mucho más. Quiero que el portafolio esté lo mejor posible, de verdad quiero hacerlo bien.

Leonard asintió sin perder esa expresión cálida que solía reservar para ella, y con un leve movimiento de cabeza indicó hacia el auto para que continuaran el paso.

—Entonces podemos ir a comprar todo lo que necesites —dijo entusiasta—. En casa tengo algunas cosas… reglas, estilógrafos, papel vegetal, herramientas que uso como arquitecto, pero no creo que mucho de eso te sirva realmente.

Lauren comenzó a caminar de nuevo con él hacia el auto, pero su ceño se frunció apenas.

—Primero tendría que pasar por la casa y buscar dinero —su tono, aunque seguía siendo amable, se cargó de preocupación—. Y después encontrar una agencia de cambios. No creo que acepten libras aquí.

—No hace falta. —Leonard negó con la cabeza, divertido—. Yo puedo comprártelo; además, hay una tienda llamada Blick Art en el centro de Baltimore que tiene absolutamente todo lo que necesitas. Desde aquí, nos queda más cerca, podemos ir ahora, si quieres.

Ella se detuvo junto a la puerta del copiloto, evidentemente incómoda ante la idea, y lo miró con una mezcla de gratitud y reparo.

—No me gusta que tengas que hacerlo tú… que gastes tu dinero en mí. Ya lo hiciste en Londres, lo pagaste todo, y veo que no has cambiado nada.

Leonard soltó una breve carcajada, no burlona, sino más bien afectuosa. Abrió la puerta del auto para ella con un gesto galante que parecía venirle natural.

—Cuando se trata de ti, jamás es un gasto —dijo con una sonrisa mientras ella se acomodaba en el asiento—. Digamos que mi espíritu de proveedor no me lo permite. Es algo que he visto toda mi vida, papá es el proveedor… y mamá, bueno…

Ella lo miró con interés mientras se abrochaba el cinturón, esperando que desarrollara esa idea. Entonces él rodeó el coche, abrió su puerta y se acomodó en el asiento del conductor.

—No quiero que seas como Madeleine, si eso pensabas —agregó con tono reflexivo, tras cerrar suavemente la puerta—. Quiero decir… mamá es la mejor ama de casa que conozco, sin duda. Pero a veces pienso que dejó de vivir su propia vida. Me gustaría que algún día pudiera retomarla, es una mujer brillante, sensible, dulce… y muy capaz. No obstante, lleva años sin pensar en sí misma.

Lauren lo miró con curiosidad, como si acabara de descubrir una nueva arista en el retrato de aquella mujer que aún se le hacía tan extraña y tan cercana al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó con suavidad.

—¿Sabías que ella era maestra en el colegio donde estudia Stella? —Apoyó las manos en el volante, sin arrancar aún.

—No… no tenía idea. —Lauren abrió los ojos, genuinamente sorprendida—. ¿En serio?

—Sí. Yo era pequeño, así que no lo recuerdo del todo, pero mi abuela y mis tías suelen hablar de eso. Y hay fotos con sus alumnos… y parecía que lo disfrutaba mucho, pero dejó de dar clases.

—¿Por qué? —preguntó, aún más intrigada, sin saber que esa pregunta abriría una herida aún sensible.

Leonard respiró hondo y bajó la mirada por un momento.

—Porque tú desapareciste —su tono cambió a un matiz distinto, una mezcla de tristeza y cuidado—. Desde que te raptaron, mamá dedicó su vida a buscarte… Y no podía estar rodeada de una veintena de niños de tu edad, eso era una tortura para ella.

El silencio volvió a instalarse en el auto, pero esta vez con un peso distinto. Lauren bajó la mirada al sobre que aún sostenía entre sus manos, y sus labios se curvaron hacia abajo.

—Lo siento —murmuró.

—No tienes por qué. —Leonard se giró levemente hacia ella, con expresión seria pero no dura—. No fue tu culpa, solo fuiste una víctima más de toda esa pesadilla.

—Pero, por mi ausencia, arruiné la vida de muchas personas —añadió con voz temblorosa—. No solo la de Madeleine y Patrick. También la de Melanie… me pareció una mujer con una mirada muy triste. Creo que no ha podido deshacerse de la culpa.

—Es complicado —respondió con una mezcla de franqueza y ternura que solo él podía manejar con tanta naturalidad—. Es verdad que mi tía se aisló un poco de todos. Es muy reservada, pero es una mujer maravillosa, amorosa, comprensiva… es la mejor tía del mundo. La mayoría de los recuerdos que conservo de cuando éramos niños están ligados a ella, y a Graham, su novio. Nos llevábamos muy bien con él. —Una sonrisa nostálgica le iluminó el rostro al evocarlos—. Siempre nos dejaban al cuidado de tía Melanie, y ella aprovechaba la casa sola para invitarlo. A mis abuelos no les gustaba mucho Graham, así que tenían que ser discretos, pero para nosotros era una fiesta. Acampábamos en el jardín, nos dejaban quedarnos despiertos hasta tarde… jugábamos hasta que nos dolía la panza de tanto reír.

Lauren lo escuchaba sin interrumpirlo, sintiendo cómo poco a poco aquella historia tejía un lazo que, aunque frágil, comenzaba a sostenerla.

—Melanie tenía diecisiete y Graham veinte —continuó, permitiéndose acariciar un recuerdo feliz—. Eran jóvenes, sabían cómo divertirnos. Y aunque no tengo muchos recuerdos de ti, sé que también estabas ahí… riendo con nosotros.

Ella bajó la vista, con una sonrisa leve, mientras el atardecer se deslizaba por los cristales del auto. Entonces él puso en marcha el motor y arrancó.

—¿Y qué pasó con Graham? —preguntó Lauren, cuando salían del campus.

Leonard, con ambas manos sobre el volante, sostuvo el silencio unos segundos. Sus ojos se clavaron en el parabrisas, pero su mente miraba más allá.

—Murió hace tiempo... en un accidente —respondió finalmente, con una suavidad que no evitó que la frase cayera como una piedra. Él lo sabía desde siempre, sabía que Graham había perdido la vida pocos años después de la desaparición de Susan, pero había evitado mencionarlo. No quería cargarla con más dolor, al menos no tan pronto, pero ya no podía seguir evitando la verdad.

—Lo siento mucho... seguro no fue nada fácil para Melanie. —Lauren bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre los documentos.

—No, no lo fue —respondió Leonard, con un suspiro casi imperceptible—. Pero ya ha pasado mucho tiempo… —añadió, con una entonación que buscaba alivianar el peso de la conversación.

El Mustang avanzaba con ritmo firme hacia el centro de Baltimore, devorando la carretera que se desplegaba entre los árboles de un otoño ya vencido, donde las hojas secas bailaban al compás del viento. El sol se filtraba entre los edificios bajos y las grandes vallas publicitarias. A lo lejos, el contorno urbano se iba delineando con más claridad, y el bullicio de la ciudad empezaba a insinuarse con el lenguaje de los cláxones, los silbidos de los agentes de tránsito y los pasos apurados en las aceras.

El centro de Baltimore era una amalgama de edificios industriales, grafitis en los muros, librerías de segunda mano, cafeterías llenas de humo y tiendas de discos donde aún sobrevivían los vinilos. A medida que se adentraban, la ciudad parecía desplegarse como un collage de culturas; puerto, historia obrera, arte callejero, jazz que provenía desde alguna ventana entreabierta, y un mural gigantesco que homenajeaba a Billie Holiday.

—¿Ya habías venido a Baltimore con mamá? —preguntó Leonard, buscando despejar los nubarrones que aún flotaban en el aire. Su tono era ligero, casi cómplice.

—No... —Lauren negó con una sonrisa serena—. Solo hemos ido a la escuela de Stella, y de ahí al centro del pueblo. Esto es lo más lejos que he llegado —respondió, observando por la ventana y todo le resultaba encantador.

—Entonces espero que te guste. —Le lanzó una mirada, antes de regresar la vista al camino—. Esta parte del centro tiene su

encanto…

—Estoy segura de que sí. Me gusta mucho, de hecho, tiene algo que me recuerda a Bloomsbury… —dijo con un brillo nostálgico en los ojos—. Donde vivía en Londres, en la residencia estudiantil. Todo tenía un aire artístico, bohemio, a veces incluso caótico, pero eso lo hacía especial.

—Eso tiene sentido. —Leonard asintió, entusiasmado—. Algunos dicen que Baltimore tiene un aire a Liverpool, incluso a Bristol, por su historia marítima, su carácter portuario e industrial… una mezcla cultural que se siente en cada rincón. Tiene una atmósfera vibrante, artística, un poco impredecible… como algunas ciudades inglesas.

Lauren lo miró de reojo, era imposible no admirarlo. Su forma de expresarse, la calma en su voz… La luz de la tarde se reflejaba en su rostro con una suavidad que hacía que todo en él pareciera más nítido, más real. Tenía que tragarse el suspiro que se le subía como espuma al pecho. Estar con él, escucharlo, observarlo mientras conducía, le provocaba una paz que desarmaba todo lo que le dolía por dentro.

—Seguro me va a gustar mucho —dijo por fin, con una sonrisa que le cruzó el rostro como un rayo tibio.

—Si quieres seguir escuchando música, adelante —dijo él, sin dejar de sonreír.

Ella asintió y, con un gesto casi automático, empujó nuevamente el casete dentro del estéreo. Unos segundos después, los acordes eléctricos de Rainbow in the Dark comenzaron a llenar el interior del Mustang, sacudiendo el aire con esa energía inconfundible de Dio.

Lauren movía la cabeza al ritmo de la música, dejando que el viento que se colaba por las ventanas abiertas agitara su cabello con fuerza. El Mustang avanzaba por un tramo de carretera enmarcado por árboles y, en un impulso espontáneo, sacó un brazo por la ventanilla y lo dejó bailar con el viento, mientras sonreía, sintiéndose plena.

Leonard giró en una calle lateral del centro, sus ojos recorrieron con rapidez ambos costados en busca de un sitio libre, hasta que divisó un pequeño espacio justo frente a la tienda con vitrales

pintados que anunciaba en letras gastadas: «Blick Art Materials – Since 1911».

—Perfecto —murmuró con satisfacción, maniobrando con destreza el Mustang hasta que quedó perfectamente alineado entre los bordes pintados en blanco.

Lauren bajó primero, se acomodó la chaqueta con una mano mientras la otra sujetaba su bolso. Al cerrar la puerta, miró la fachada de la tienda con una mezcla de curiosidad y entusiasmo.

—Antes de entrar —dijo Leonard al rodear el auto—, necesito hacer una llamada. Si no le aviso a mamá dónde estamos, va a pensar que nos tragó la tierra; puede ser muy imaginativa cuando quiere.

—Claro, me parece bien. —Lauren sonrió, asintiendo con un leve gesto de cabeza.

Cruzaron la acera hasta una cabina telefónica en la esquina. El cristal estaba rayado con grafitis, pero la estructura seguía firme, como si resistiera obstinadamente el paso del tiempo. Leonard abrió la puerta y, sin pensarlo dos veces, entraron. El espacio reducido los obligó a acomodarse frente a frente, apenas separados por los centímetros que les concedía la estructura. El aire se volvió un poco más espeso, debido a la sensación que apareció por que la distancia entre ellos se acortó más de lo prudente.

Leonard metió la mano en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros, rebuscó un momento y extrajo unas cuantas monedas. Las sostuvo un segundo en la palma, luego introdujo una en la rendija. Marcó con agilidad los números memorizados desde niño.

Mientras esperaba la conexión, levantó la vista y la encontró mirándolo con esos ojos claros y silenciosos que le decían más de lo que sus labios nunca dirían. Había en su expresión una ternura reservada, una fascinación tranquila, la misma que recordaba de aquellas tardes en Londres, cuando lo escuchaba hablar de arquitectura, música o incluso del color del cielo. Leonard supo, sin palabras, que estaba viéndose reflejado otra vez en esa mirada… y que estaba peligrosamente cerca de perder la compostura. Pero no podía, no debía.

Levantó la mano y, con un gesto ligero, le dio un toquecito juguetón con el dedo índice en la punta de la nariz.

—Eh —murmuró con una sonrisa—, no dejes que tu imaginación vaya muy lejos.

Ella parpadeó, sorprendida, y soltó una risa suave. Sus mejillas se tiñeron de un rosa evidente, y desvió la mirada hacia un costado, intentando disimular la oleada de emociones que acababa de sacudirla. Él se inclinó apenas y le dio un beso en la sien, cálido y breve.

—No pasa nada —le susurró al oído.

—*Aló, residencia de la familia Russell.* —Del otro lado de la línea, Madeleine contestó al fin.

—Hola, mamá —dijo él, con voz serena.

—*Lenny, cariño. ¿Cómo les fue?*

—Bien, muy bien. Solo quería avisarte que vinimos al centro de Baltimore. Susan necesitaba comprar algunos materiales para preparar su portafolio, pensé que sería una buena idea venir a Blick Art.

Sabía que su madre conocía muy bien la tienda porque cuando empezó sus estudios de arquitectura, fue ella quien lo llevó ahí.

—*Gracias por avisar, hijo*. —Del auricular, la voz sonó aliviada y, al mismo tiempo, enternecida—. *Me da tanta tranquilidad saber que estás pendiente. Me emociona pensar que por fin podrá preparar su portafolio. Dile que estoy feliz por ella, ¿sí?*

Leonard volvió a mirar a Lauren mientras hablaba, ella estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de serenidad recién descubierta. Él sintió que no quería estar en ningún otro lugar.

—Se lo diré. Y no te preocupes, tendremos cuidado. Vamos a entrar a la tienda y luego le mostraré un poco más de la ciudad, no quiero que se quede solo con la idea de Catonsville.

—*Está bien. Cuídense, y salúdala de mi parte*.

—Lo haré. Un beso, mamá. Chao.

Colgó con un leve chasquido, y salieron de la cabina. El sol había bajado un poco, dorando los bordes de los edificios con esa luz cálida y melancólica de finales de otoño. Caminaron en silencio

hacia la tienda, dejando atrás la cabina, sin necesidad de decirse nada. La conexión entre ellos hablaba por sí sola.

CAPÍTULO 64

El interior de la tienda era un universo aparte, con estantes altos repletos de tubos de óleo alineados como soldados en formación, vitrinas con papeles de acuarela en tonos marfil, marcos de madera pulida, pinceles de mango largo que colgaban como instrumentos de orquesta esperando el primer compás. Un suave olor a pigmento, madera recién cortada y barniz flotaba en el ambiente, como si el arte mismo tuviera su propio aroma.

Leonard se acercó a la entrada y tomó uno de los carritos metálicos. Su rueda izquierda chirrió levemente, lo que le arrancó una sonrisa burlona.

—Este será nuestro carruaje —dijo, empujándolo con una mano y ofreciéndole la otra a Lauren—. Vamos, elige todo lo que necesites. Y no te cohíbas, ¿sí? Es mejor que sobre y no que tengamos que volver por un pincel número dos.

Ella rio suavemente mientras caminaba a su lado, acariciando con los dedos el borde del carrito.

—Está bien —dijo, aunque había algo cauteloso en su tono—. Pero quiero que sepas que te pagaré por todo lo que llevemos. No hay discusión.

—¿Pagarme? —Él alzó una ceja, fingiendo sorpresa—. No lo sé, señorita… —Se encogió de hombros con resignación—. Conociéndote, seguro encontrarás la forma, pero no es necesario, de verdad.

Lauren no respondió, pero su expresión decía que no iba a aceptar regalos. Era parte de su carácter y él lo respetaba… aunque eso no significara que fuera a dejar de tener ese gesto. Pasaron por la sección de papeles y blocs de dibujo. Ella eligió uno de gramaje grueso, ideal para grafito, y luego otro más grande para acuarela.

—Siempre me han gustado los soportes que dan batalla —comentó mientras pasaba la yema de los dedos por la textura rugosa del papel—. Que me obliguen a negociar con ellos. Supongo que mi estilo no es muy moderno, me atrae demasiado lo clásico…

—Botticelli, Da Vinci… —interrumpió él. Recordaba muy bien esa visita a la Galería de Arte.

—Esa manera de capturar la luz sin siquiera tener electricidad… —Ella asintió, sonriente.

—Tiene todo el sentido del mundo. —Leonard la miró con genuino interés—. Lo tuyo está en la delicadeza, en la armonía… En lo simbólico, ¿no? Como esas composiciones renacentistas donde todo tiene un significado, hasta el vuelo de una tela o la dirección de una mirada.

—Exactamente eso —susurró, como si no esperara que él lo entendiera con tanta precisión—. Me gusta que cada trazo tenga un propósito, como una pequeña verdad escondida.

Leonard sonrió y se inclinó para tomar una caja de carboncillos prensados. Se enderezó y, al hacerlo, se pasó los dedos por el cabello, apartándolo de la frente con un gesto natural. Los mechones dorados, revueltos por el movimiento, cayeron con gracia detrás de sus orejas. El gesto era sencillo, pero Lauren se quedó inmóvil, observando su perfil por un instante que pareció detenido en el tiempo.

Había algo imposible de ignorar en su rostro; los pómulos definidos, la mandíbula firme, la curvatura precisa de su nariz, y esos ojos claros, concentrados en buscar algún tipo de lápiz técnico. Tenía la belleza melancólica de un ángel expulsado del cielo o de un personaje atrapado entre los frescos de Botticelli. Era eso… exactamente eso.

Lauren apartó la mirada, ruborizada, como si acabara de interrumpir una escena íntima sin querer, pero no podía evitar pensarlo… Con Leonard, se sentía distinta. No como se sintió con James… con él había sido intensidad, vértigo, una llama que se alimentaba de su propia destrucción. Sin embargo, con Leonard había calma, certeza, seguridad, equilibrio… era como una amalgama.

Siguieron caminando entre los pasillos, ella eligió pinceles redondos, firmes, un set de acuarelas profesionales, una paleta de madera, una caja de lápices de colores suaves, un juego de portaminas de diferentes grosores, goma de borrar moldeable, cinta de enmascarar, fijador en spray. Él no objetó nada, solo observaba, hacía sugerencias suaves de vez en cuando, y colocaba todo con cuidado dentro del carrito.

—A veces pienso que estudiar arte es como aprender a vivir en otro idioma —dijo ella, distraída, mientras examinaba una regla metálica—. Uno tiene que desaprender todo lo que cree saber, y volver a mirar el mundo como si lo viera por primera vez.

—Me pasa algo similar con la arquitectura. —Leonard asintió—. También se trata de mirar el espacio de otro modo… de habitar ideas antes de que existan.

Sus palabras la conmovieron de forma inesperada, lo miró con una mezcla de ternura y asombro; sentía que, aunque dijera poco, él entendía mucho. Y que en su silencio había espacio para que ella existiera sin justificar su forma de sentir. Estaban hechos del mismo barro, solo que él lo moldeaba con planos, y ella con líneas.

Al salir de la tienda, cargados con varias bolsas de papel grueso que crujían con cada paso, Leonard soltó una risa entre dientes al ver cómo Lauren intentaba equilibrar una caja de pinceles sobre una carpeta de dibujo tamaño tabloide.

—Será mejor dejar todo esto en el coche antes de que termines construyendo una instalación artística en plena acera —sugirió, acomodándose una bolsa bajo el brazo.

—Buena idea —respondió con una sonrisa franca, animada por una energía nueva que la recorría de pies a cabeza.

Poder tener todos esos materiales entre las manos era más que una simple compra; significaba volver a respirar, era como si una parte de sí misma que había permanecido adormecida hubiera despertado al fin. En silencio, mientras cargaban las bolsas al asiento trasero del auto, sintió una punzada de gratitud que no supo cómo expresar.

Leonard cerró la puerta con cuidado y luego se volvió hacia ella con una sonrisa relajada.

—¿Helado, café, o algo más osado? —preguntó, con un aire desenfadado.

—Helado —respondió ella sin pensarlo demasiado—. Aunque solo si tú también pides.

—Trato hecho —asintió, indicándole con un gesto que lo siguiera.

Caminaron entre las calles de Baltimore, bordeando murales desteñidos y fachadas de ladrillo rojo que daban testimonio de una ciudad viva, rugosa y llena de historia. Mientras que Leonard se movía por ese escenario con familiaridad.

—¿Ves ese edificio alto al fondo? —preguntó, señalando con el cono de helado recién comprado—. Ahí hice mis primeras prácticas como arquitecto. Llegué pensando que iba a diseñar museos y auditorios, y pasé tres meses ajustando planos de sanitarios públicos.

Lauren rio suavemente, saboreando su helado de vainilla mientras lo miraba de reojo. Había algo admirable en su capacidad para reírse de sí mismo.

—¿Y eso no te quitó las ganas?

—Al contrario, me enseñó que hasta los baños necesitan belleza —respondió con una sonrisa filosófica.

Siguieron caminando sin prisa, saboreando cada paso. Leonard le señalaba librerías antiguas, pequeños teatros independientes, cafés con historia. Había algo casi íntimo en que le mostrara su ciudad, su mundo, los rincones donde había dejado huellas invisibles. Lauren lo escuchaba con atención, cada vez más cautivada, no solo por lo que decía, sino por cómo lo decía, por la pasión con la que evocaba detalles aparentemente nimios.

Él estaba enfrascado en su relato sobre una cafetería donde un día lo confundieron con un camarero y terminó sirviendo tres cafés antes de ser descubierto, no vio el desnivel en la acera. Tropezó, y aunque logró mantenerse en pie, el cono de helado terminó estrellándose contra su mentón y parte de la nariz.

—¡Joder! —exclamó, tambaleándose—. ¿Estoy sangrando pistacho?

—¿Estás bien? —Lauren dio un paso instintivo hacia él, con expresión alarmada—. ¿Te lastimaste?

Pero, al verlo perplejo, con helado derritiéndosele por la cara, no pudo evitarlo, una carcajada genuina, brillante y espontánea le brotó del pecho. Sonaba a libertad, a alivio… a algo profundamente humano que retumbó por la calle y atrajo algunas miradas curiosas, entre ellas la de una mujer…

Melanie, acababa de salir de la cafetería donde entregaba sus postres, tenía una caja en las manos y la falda ligeramente empolvada de azúcar glas. Iba hacia su camioneta cuando vio a los dos jóvenes bajo la luz dorada de la tarde; al principio se quedó quieta, como si su mente demorara en procesar lo que veía; sin embargo, no tardó en reconocerlos.

Leonard, sonriendo, acorraló juguetonamente a Lauren contra una vidriera, y con la mano libre, le untó la nariz con un poco de helado.

—Eso por reírte —murmuró, limpiándose con una servilleta.

—Lo siento… pero no pude evitarlo, te veías muy gracioso.

—Tranquila, me volvería tu payaso con tal de verte reír siempre de esa manera —dijo sin medir el alcance de sus palabras.

Lauren bajó la mirada, ruborizada, y sonrió.

Desde la acera de enfrente, Melanie sintió un nudo en el estómago. Algo más profundo que incomodidad… algo que dolía.

No era la primera vez que veía a su sobrino con una mujer, le había presentado a dos novias, chicas simpáticas, dulces, apropiadas, pero con ninguna había visto esa clase de vínculo. Con ninguna se le vio tan feliz, tan desarmado, tan entregado. Y lo que era aún más perturbador, nunca vio a una mujer mirar a Lenny como Susan lo miraba en ese instante.

Aquello no era ternura fraternal, no era admiración… Era amor, uno tan profundo, tan evidente, que casi provocaba envidia verlo.

Melanie retrocedió un paso, sintiendo la garganta cerrada; sabía que ese vínculo era imposible, que era una tragedia y que si no se detenía, acabaría arrasándolo todo. Sin embargo, ¿cómo decirlo? ¿Cómo intervenir en algo que, a pesar de ser un error, era tan evidentemente hermoso, puro y genuino?

Con las manos temblorosas, entró en su camioneta y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Solo cuando estuvo sola, con el corazón desbocado y la cabeza llena de imágenes que no podía borrar, se permitió llorar.

Ellos siguieron caminando, aún con el sabor del helado en sus lenguas y el retumbar de las risas entre los edificios, Baltimore parecía abrirse como una ciudad encantada. Cada esquina traía consigo una anécdota de Leonard, una historia de su adolescencia o una referencia arquitectónica que, lejos de aburrirla, la fascinaba.

Él se detuvo frente a un edificio de fachada sobria, con columnas clásicas y un aire casi europeo. Ella alzó la vista, atraída por la imponente estructura de piedra gris, mientras que una bandera ondeaba con discreción en el dintel.

—Es el Museo Walters —dijo Leonard, señalando con la cabeza hacia la entrada principal—. ¿Te gustaría visitarlo?

—¿Tenemos tiempo? —Lauren parpadeó, como si despertara de un trance.

—Claro que sí. Mamá no nos puso un horario para regresar —respondió con media sonrisa—. Y créeme, no todo el tiempo puedo darme el lujo de tomarme un día libre; así que aprovecha.

Ella no dudó más y asintió enérgica.

Cuando cruzaron el umbral del museo, una especie de solemnidad los envolvió. El aire tenía un peso distinto dentro, como si cada centímetro del lugar guardara remembranzas de civilizaciones pasadas y respirara con el aliento del tiempo. El mármol de los suelos brillaba bajo la luz cálida de los faroles antiguos, y el silencio era tan perfecto que parecía sacado de otro siglo.

—¿Sabías que este museo comenzó como la colección privada de un padre y un hijo? —comentó Leonard mientras subían por la escalinata central—. Dos tipos con mucho dinero... y, por suerte, muy buen gusto.

Lauren lo escuchaba sin quitar la vista de las vitrinas, atrapada entre vitrales franceses del siglo XIX, manuscritos iluminados y esculturas de mármol que parecían poder despertar si se quedaba viéndolas demasiado tiempo. En cada sala, una época distinta se

desplegaba como una escena de teatro; se detuvo ante una pintura del Renacimiento italiano y se quedó en silencio largo rato.

—Siempre sentí que el arte era la única forma verdadera de inmortalidad —murmuró finalmente, sin mirar a Leonard—. Ver esto... es como tocar la mano de alguien que murió hace quinientos años.

Él la observó de perfil, con la luz reflejándose en sus ojos como si también tuvieran siglos de historias que contar. Se inclinó hacia ella, casi sin darse cuenta.

—¿Te das cuenta de que hablas como si fueras parte de este lugar?

Ella sonrió, pero no respondió. Siguieron caminando, perdiendo la noción del tiempo entre vitrinas y galerías, entre la sala de arte bizantino y una pequeña colección japonesa con pantallas de madera y seda pintada. Y así, casi sin darse cuenta, salieron del museo bajo un cielo que ya se había oscurecido por completo.

—¡Dios mío! —dijo, mirando el cielo—. ¿Pasamos tanto tiempo aquí? —Lauren al mirar el reloj se dio cuenta de que eran casi las ocho.

—Estuvimos a punto de que el guardia nos sacara a escobazos —respondió Leonard con una sonrisa.

Lauren soltó una carcajada, luego se estremeció, debido a que la noche se había cerrado con una brisa helada. Leonard la rodeó con un brazo y la atrajo hacia su costado, cubriéndola con el calor de su cuerpo sin soltar una palabra; a ella no le hizo falta más.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, aunque imaginaba la respuesta.

—Mucha.

Caminaron por el borde del Inner Harbor, entre las luces que se reflejaban en el agua y el murmullo lejano de la ciudad. Finalmente, llegaron al enorme edificio de ladrillo rojo y una guitarra eléctrica gigante anunciaba el Hard Rock Café.

—Tiene su encanto, ¿no? De central eléctrica a templo del rock. Supongo que todo puede transformarse con el tiempo... —comentó mientras abría la puerta.

Ella no supo si hablaba del edificio o de ellos, pero igual le sonrió, y entró con él sin soltar su abrazo. El restaurante los recibió con un murmullo vibrante de guitarras distorsionadas y risas amplificadas por la acústica del lugar. Las luces eran tenues, pero las vitrinas brillaban con objetos que parecían sacados de un santuario del rock; chaquetas de cuero que alguna vez vistieron ídolos, guitarras firmadas que colgaban como reliquias, fotografías en blanco y negro de conciertos legendarios, y vinilos autografiados incrustados en las paredes.

—Siempre es igual y siempre distinto —acotó Lauren, paseando la mirada por las vitrinas—. Me recuerda un poco al de Londres, pero este tiene algo… más teatral. —Alzó la mirada hacia una chaqueta de cuero firmada por Springsteen.

—Claro, estás en Baltimore —dijo con tono divertido—. Aquí hasta el rock necesita una puesta en escena.

Ella soltó una pequeña risa mientras lo seguía hacia una mesa junto a la ventana. Desde allí se veían las luces del puerto reflejadas en el agua, como si la ciudad respirara a su propio ritmo eléctrico.

Un camarero joven, con una camiseta ajustada del tour del ’84 de Van Halen, se acercó para tomar el pedido.

—Dos hamburguesas dobles con papas —pidió Leonard sin mirar el menú—. Y dos Coca-Colas, bien frías.

—¿Ni siquiera me preguntaste si quería ensalada? —Lauren arqueó una ceja, divertida.

—¿Confías en mí o no?

—Esa es una pregunta peligrosa viniendo de ti —le lanzó, con una sonrisa pícara.

Minutos después la comida llegó en bandejas metálicas, humeante, sencilla y brutalmente americana.

—¿Esto se supone que cabe en una sola mordida? —Lauren examinó su hamburguesa como si analizara algo de otro planeta.

—Sí, pero solo si no tienes dignidad —dijo Leonard, dándole un buen bocado a la suya.

Ella lo imitó con algo de cautela, y al primer bocado se le escapó una risa sorprendida.

—Dios mío… esto está indecente. ¿Qué demonios le ponen? —preguntó con media sonrisa. Abrió su Coca-Cola y dio un primer sorbo. El sabor burbujeante la hizo fruncir levemente el ceño—. A veces olvido lo diferente que sabe todo aquí.

—¿Mejor o peor? —preguntó, mientras terminaba de masticar.

—Solo... más exagerado —rio ella—. Pero no está mal; es como comerse una canción de los Ramones, grasienta, directa y absolutamente innecesaria… pero deliciosa.

—Ah, es porque llevan además de grasa, un poco de nostalgia… y probablemente algo de veneno legalizado —bromeó, mientras acomodaba el servilletero entre ellos.

La conversación fluyó fácil, entre anécdotas de conciertos, bandas locales que apenas recordaban su nombre y los posters que Lauren había tenido en su habitación de adolescente.

—Definitivamente esto es escandalosamente bueno —dijo tras haberse comido la mitad—. No pensé que lo diría sobre una hamburguesa en América.

—Eso lo tomaré como un cumplido internacional.

—Lo es, aunque creo que mi estómago necesitará firmar un acuerdo diplomático más tarde.

La música cambió y las guitarras suaves de *Hey You* de Scorpions comenzaron a llenar el ambiente con una melancolía envolvente, distinta al estruendo habitual del local. El ritmo lento, casi hipnótico, parecía abrir una grieta en el tiempo, y Leonard, sin proponérselo, dejó de hablar. Se quedó quieto, con los dedos rodeando su vaso de Coca-Cola, mientras su mirada buscaba la de ella como si ahí encontrara la única respuesta que valiera la pena.

Hey you, I'm just another one…

La letra le cayó como un puñetazo suave; no porque no la conociera, sino porque, esa noche, en esa mesa, con ella frente a él, todo cobraba un sentido distinto. La canción no hablaba solo de una súplica o de nostalgia; hablaba de él. De su impotencia, de su anhelo, de ese amor imposible que cada día se le adhería más a la piel.

Lauren sonreía, distraída, envuelta en la decoración del lugar, en el sabor de una hamburguesa americana con más historia que

pan. Ni se dio cuenta del silencio de Leonard, pero él no podía apartar su mirada de ella.

Entre más la veía, más la descubría; no era solo hermosa, era infinitamente fascinante. El brillo de sus ojos bajo las luces rojas del local, la forma en que se mordía el labio inferior cuando pensaba, cómo dejaba la servilleta arrugada al lado izquierdo del plato… Cada gesto era una pincelada nueva de un retrato que nunca terminaba de conocer. Y eso lo volvía loco, porque mientras más la entendía, más la deseaba, y mientras más la deseaba, más cruel le parecía la verdad.

Hey you, do you wanna make it right?

Cerró los ojos un instante, como si eso pudiera ayudarlo a ordenar lo que sentía, pero al abrirlos, ella seguía ahí, tan cerca y tan lejana. Ajena a la tormenta que él arrastraba por dentro. Todo lo que no podía decirle, todo lo que no debía sentir, se le escapaba por las pupilas. Si alguien lo hubiera visto en ese momento, habría sabido sin lugar a dudas que la amaba; en ese instante, ella giró el rostro para mirarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó con un dejo de ternura.

—Nada —murmuró él, y le sostuvo la mirada—. Solo… estoy contento de estar aquí contigo.

—Yo también lo estoy. —Lauren le sonrió, no con euforia, sino con algo mucho más peligroso: sinceridad.

La canción terminó, y aunque la conversación volvió, y las risas también, Leonard ya no era el mismo, algo dentro de él había cruzado una línea. Al desviar la mirada, su expresión cambió, porque un grupo de cinco personas acababa de entrar al local; dos hombres, tres mujeres, todos en sus veintitantos. Uno de los chicos lo reconoció y levantó la mano para saludarlo. Otro lo siguió, sonriendo ampliamente mientras se dirigían hacia su mesa.

—Mierda… —masculló Leonard, sonriendo tenso.

—¿Qué sucede? —Lauren lo miró, confundida.

—Se están acercando unos amigos, son excompañeros del instituto, hacía mucho que no los veía… Y yo no soy lo bastante buen actor para hacerme el loco —explicó rápido, bajando la voz—.

Creo que es mejor si te presento como una amiga. No quiero que te incomoden con preguntas, ya que ellos saben sobre tu desaparición.

—Por favor, sí. —Asintió con firmeza, aunque su gesto denotaba cierta tensión—. Es mejor así; además… —agregó, bajando la voz aún más, con un tono casi suplicante—, la policía nos sugirió mantener la noticia solo entre nosotros por el momento.

—Lo sé. —Le apretó la mano debajo de la mesa—. Tranquila.

Ella le sostuvo la mirada un segundo más, agradecida, justo antes de que las voces amistosas de los recién llegados rompieran la burbuja cálida en la que habían estado.

Leonard con una sonrisa ensayada y los restos de la cena aún tibios entre ellos, se levantó a recibir a su pasado, mientras Lauren alzaba su vaso de Coca-Cola, buscando en las burbujas una distracción que la protegiera de lo que venía.

CAPÍTULO 65

Greg y Dustin se acercaban con paso tranquilo y con expresiones relajadas, considerándose amigos que no necesitaban anunciar su llegada para hacerse notar.

—Mira quién se dejó ver —dijo Greg, con su tono característico, medio burla, medio afecto, abriendo los brazos como si abrazara al mundo—. ¿Cuánto ha pasado? ¿Tres años?

—Más o menos —añadió Dustin, dándole una palmada en la espalda—. Pensábamos que te habías perdido entre planos y proyectos en la ciudad.

Leonard se puso de pie, sonrió con calidez comedida y los saludó con firmeza, sin excesos. La distancia no había sido solo cuestión de tiempo, sino también de decisión.

—He estado trabajando mucho —respondió con voz neutra, elegante, cuidando que no sonara a excusa ni a confesión—. Ya sabes, el tiempo libre es un lujo últimamente.

—Sí, claro, siempre es el trabajo —dijo Greg con una risa contagiosa—. Es la versión adulta de «no eres tú, soy yo».

En ese momento, las chicas que habían quedado en la entrada también se acercaron. Lauren las vio venir con atención; una mujer de piel oscura y figura escultural, con un andar seguro y sonrisa de revista; otra, de cabello castaño y ojos dulces, que parecía observarlo todo con reserva; y una tercera, pelirroja, cuya expresión se iluminó al ver a Leonard, como si acabara de recuperar algo que creía perdido.

—¡Lenny! —exclamó Bethany, se acercó y lo abrazó con soltura, rozándole la mejilla—. Estás igual... bueno, tal vez un poco más interesante… y atractivo, los años te han sentado bien.

Él respondió con cortesía, apenas una sonrisa diplomática y un movimiento de cabeza. Lauren, aún sentada, sintió cómo una presión conocida se instalaba justo en la boca del estómago, tibia y densa. No esperaba volver a sentir celos, no con esa claridad que rozaba lo vergonzoso, pero ahí estaban. Los reconoció al instante, incómodos y persistentes.

—Chicos —dijo Leonard, recomponiendo el tono—, les presento a Lauren. Es una amiga que me visita desde Londres.

—Oh, de Londres —repitió Tori con entusiasmo sincero, extendiéndole la mano con una sonrisa cálida—. Encantada. Yo soy Tori, ella es Bethany… y Erin. Bienvenida a Baltimore.

Lauren se levantó con elegancia y estrechó cada mano con la misma educación pulida que la caracterizaba.

—Gracias. —Sonrió, dejando que el acento británico fluyera sin pretensión—. Es un placer conocerlos a todos.

—Me encanta cómo suena todo lo que dices —añadió Tori con un brillo genuino en los ojos—. Siempre pienso que los británicos podrían recitar una lista de supermercado y parecer poetas.

—Gracias, de verdad —dijo Lauren con una sonrisa genuina, mirando a cada uno con atención—. Todo esto es nuevo para mí, pero se siente bien estar aquí esta noche.

—Un gusto conocerte, Lauren. Si eres amiga de Lenny, entonces seguro vamos a llevarnos bien —dijo Dustin con una calidez sincera en la voz—. Por cierto, ¿ustedes también vinieron por el tributo?

—¿Tributo? —Leonard frunció el ceño, desconcertado—. No, solo venimos a cenar.

—¿En serio? ¿Y no viste el aviso gigantesco en la entrada? —preguntó Dustin, señalando hacia la puerta con una sonrisa divertida —. Esta noche hacen un homenaje a Poison. Van a tocar varias de sus canciones más icónicas en vivo, seguro se pone bueno… Así que tienen que quedarse.

Leonard giró el rostro hacia Lauren, cediéndole con ese gesto la decisión. Ella, sin pensarlo demasiado, asintió con entusiasmo.

—Me encantaría, Poison siempre me ha gustado mucho, tienen una energía que simplemente... atrapa. Seguro va a ser una buena

noche.

—Entonces están de suerte —dijo Erin—. El tributo empieza en unos quince minutos. El lugar se va a llenar.

—¿Poison también es popular en Inglaterra? —preguntó Greg, girando la cabeza hacia Lauren con curiosidad—. Pensé que ustedes ya tenían suficientes bandas legendarias como para importar más.

—Bueno. —Lauren rio suavemente, disfrutando el tono ligero de la pregunta—, no nos faltan bandas icónicas, es verdad —respondió con naturalidad—, pero Poison ha ganado terreno, incluso entre los fans más exigentes. Para mí su energía y estilo son suficientes para disfrutarlos esta noche —al terminar la frase miró a Leonard.

—Entonces, nos quedamos —respondió él, mirándola un instante más de lo necesario.

Comenzaron a ubicarse en la mesa contigua, ya que solo había un lugar disponible junto a Leonard; Bethany, con una sonrisa que buscaba parecer casual, hizo ademán de sentarse a su lado, pero él se movió con una naturalidad impecable; rodeó la mesa y se ubicó junto a Lauren.

—Así estarás más cómoda —le dijo con una sonrisa tenue. No quería que Bethany interpretara mal el gesto ni parecer frío.

Mientras se sentaba, dejó caer su brazo sobre el respaldo del asiento de Lauren, inclinando apenas el cuerpo hacia ella, no era un gesto íntimo, pero sí protector. Lauren sintió el calor de su proximidad no como algo físico, sino más emocional y envolvente.

Bethany tomó el lugar libre sin comentar nada, aunque sus labios se cerraron un poco más de lo necesario. Lauren no pudo evitar observarla de reojo, había algo en su mirada y en la forma en que no dejaba de ver a Leonard, que le revolvía algo dentro, una inquietud nacida del reconocimiento; esa mujer sentía algo por él. Y aunque ella no tenía ningún derecho, la idea le dolía.

Leonard se inclinó ligeramente hacia Lauren, con esa manera suya de hablar que parecía un secreto compartido entre dos.

—Tengo que llamar a casa —murmuró casi al oído, sin apuro, pero con intención—. ¿Quieres acompañarme o prefieres esperar aquí?

Ella ni siquiera necesitó pensarlo, sabía que no se sentiría del todo cómoda, quedándose sola con personas que apenas estaba conociendo, por más amables que fueran.

—Voy contigo. —Asintió, con una sonrisa leve.

Leonard agradeció con la mirada y se puso de pie con calma, dándose la vuelta hacia la mesa mientras el murmullo creciente del restaurante se mezclaba con la música de fondo. Se detuvo junto a los demás y los observó con un aire sereno.

—Ya volvemos… Tengo que avisarles a mis padres que llegaré más tarde.

—No has cambiado nada, Lenny —comentó Greg, que acababa de acomodarse en su silla y levantó la cabeza con una sonrisa ladeada—. Siempre tan considerado con los señores Russell.

Era un gesto que todos reconocían como parte de él, casi un ritual; desde que lo conocían, Lenny jamás dejaba pasar la oportunidad de llamar a su casa, una costumbre que no necesitaba explicación, porque todos sabían lo que significaba haber crecido con una hermana desaparecida y padres que, incluso después de tantos años, no terminaban de soltarla del todo.

—Tú tranquilo, pero no se fuguen y nos dejen con la cuenta, ¿eh? —bromeó Tori, señalando la mesa aún con restos de servilletas arrugadas y vasos a medio terminar—. Que te veo capaz, Russell.

Lauren soltó una pequeña carcajada, encantada con la ligereza de Tori, le parecía que tenía la capacidad para equilibrar la energía del grupo sin sonar forzada ni invasiva.

—No te preocupes. —Lauren le respondió con la misma calidez y mirándola con complicidad—. Volveremos, no me perdería por nada la oportunidad de escuchar las canciones de Poison en vivo.

Erin hizo un gesto afirmativo, como si confirmara en nombre de todos, mientras Leonard, aún de pie, se permitió una última mirada al conjunto de amigos; luego giró hacia la salida con Lauren a su lado.

—Hacen una pareja preciosa —suspiró Tori, con añoranza. Por lo que se ganó una mirada de molestia de Bethany—. Pero vamos, está clarísimo que son más que amigos.

Tras escuchar a Tori, Lauren soltó una risita involuntaria, bajando la mirada mientras se acomodaba un mechón detrás de la oreja. Leonard, por su parte, sonrió apenas, con una expresión leve y silenciosa que parecía decir mucho sin necesidad de palabras. No negaba nada, pero tampoco necesitaba confirmarlo.

Salieron por la puerta principal del restaurante justo cuando la brisa nocturna les golpeó el rostro. Era una de esas ráfagas frías que parecían venir del mismísimo corazón del lago, cargadas de humedad. Lauren se abrazó a sí misma con un leve estremecimiento, y Leonard, sin pensarlo mucho, deslizó un brazo por sus hombros mientras caminaban hacia la cabina telefónica que se alzaba al borde de la acera, bañada con la luz amarilla de un farol.

Entraron juntos en la cabina, que olía a metal, a frío y a un perfume leve que alguien había dejado antes. Leonard cerró la puerta tras ellos y marcó el número de casa con movimientos mecánicos.

—*¿Sí?* —La voz que respondió esta vez no fue la de Madeleine, sino la de Patrick.

—Papá, soy yo. Perdona la hora, sé que es tarde, pero perdimos la noción del tiempo en el museo y luego terminamos viniendo al Hard Rock a cenar —explicó Leonard, con tono sereno—. Están haciendo un tributo a Poison, y a Susan le gusta mucho esa banda; así que vamos a quedarnos un rato más.

Del otro lado de la línea, hubo un silencio corto, seguido por un suspiro paternal.

—*Está bien, no se preocupen. Son jóvenes, tienen derecho a disfrutar. Solo... cuida bien de ella, ¿sí? No dejes que se le acerquen hombres a molestarla*.

Leonard sonrió, pudo imaginarse a su padre, sentado en la butaca del salón con un libro abierto, reprimiendo los celos protectores.

—La estoy cuidando muy bien, papá. No te preocupes.

—*Y si llegan a beber... puedo ir a buscarlos cuando acabe la presentación.*

—No será necesario —respondió Leonard, aún con esa sonrisa que solo se reservaba para él—. Seré precavido, lo prometo. Dale las buenas noches a mamá de mi parte y dile que no se preocupe, que Susan estará bien. Yo... yo la cuidaré.

Al decirlo, giró apenas el rostro hacia ella. Lauren lo miraba con una expresión suave, cálida, y le devolvió una sonrisa tan genuina que, por un instante, el aire frío pareció disiparse entre los dos. Leonard sostuvo su mirada y asintió apenas, como si sellara una promesa silenciosa.

—Me alegra saber que como hermanos se están llevando tan bien —dijo Patrick del otro lado, con voz más suave—. *Siempre supe que eran los mejores hermanos.*

Las palabras cayeron con más peso del que Patrick imaginaba. Leonard cerró un instante los ojos. Sí, lo eran… tenían que serlo.

—¿Quieres hablar con ella? —preguntó, limpiándose la garganta.

—Claro que sí.

Leonard le tendió el auricular a Lauren y ella lo recibió con una sonrisa.

—Hola —dijo, con voz amable—. Gracias por darnos permiso. Estoy muy emocionada, me encanta Poison, prometo que me cuidaré.

—Eso espero —respondió él, con tono grave pero afectuoso—. *Disfruta, Susan. Te lo mereces, buenas noches, cariño.*

—Buenas noches.

Ella colgó con cuidado; luego Leonard abrió la puerta de la cabina, y la brisa volvió a envolverlos, se quedaron un instante mirándose sin decir nada, pero tampoco hizo falta. Cuando regresaron al restaurante, las luces eran más tenues, teñidas de azul y púrpura, y el murmullo de las conversaciones competía con la música de fondo, que empezaba a subir de volumen. La atmósfera se sentía más eléctrica, como si todo el lugar estuviera conteniendo la respiración ante lo que vendría.

Llegaron a la mesa donde los esperaban los demás; él se sentó junto a ella, sin pensarlo mucho, como si ese fuera su lugar natural.

Lauren apoyó el codo en la mesa y su mentón en la mano, aún con las mejillas encendidas por el aire frío.

—¿Todo bien? —preguntó Dustin, inclinándose un poco hacia ellos—. ¿Qué dijeron los Russell? ¿Hubo regaño parental o aprobación celestial?

—Aprobación celestial. —Leonard sonrió, apoyándose contra el respaldo con un aire entre relajado y divertido—. Mi padre dijo que podíamos quedarnos. Solo me pidió que no dejara que ningún hombre se acercara a molestar a Lauren. —Mientras lo decía, su mirada se deslizó hacia Greg, que en ese momento se inclinaba un poco más de lo necesario hacia Lauren con ese gesto medio seductor que solía usar—. Ya sabes —añadió, con fingida ligereza, pero clavando la mirada en el vaso de Coca Cola frente a él—. Cuestiones de seguridad nacional.

Lauren sonrió, captando el matiz distinto en su voz y apoyó la mano sobre la mesa, lo bastante cerca de la de Leonard como para que sus dedos se rozaran.

—Si ya te ganaste el afecto de Patrick Russell, tienes todos los puntos ganados —añadió Tori con una carcajada—. Ese hombre tiene todo el carácter de un militar, pero si sonríe contigo, es que vales oro.

—Lo que me hace pensar que ya llevan un buen rato conociéndose... —Dustin se acomodó en su silla, girándose ligeramente hacia Lauren, con una mezcla de curiosidad auténtica y picardía amigable en la mirada—. ¿Cuánto tiempo tienes en Baltimore? ¿Dónde te estás quedando?

—Se está quedando en la casa con nosotros. —Leonard intervino con naturalidad, pero su tono tenía un tinte protector.

—¡Ah! —exclamó Greg, alzando las cejas—. Con razón, entonces todo va muy en serio, ¿eh?

Lauren se limitó a sonreír, sin corregirlos, mientras Leonard le sostenía la mirada por un instante, como si supieran que no era necesario aclarar nada… todavía.

—Sí, bueno —añadió con el acento británico aún más evidente debido a los nervios—. Igual le dije que estoy en buenas manos —zanjó, dedicándole una mirada a Leonard.

Bethany, que hasta entonces había permanecido callada, se acomodó en su asiento, fijando la mirada en Lauren, como si se preparara para una escena cuidadosamente ensayada.

—Bueno, con Lenny definitivamente estás en buenas manos —dijo, mirándolo con una chispa de complicidad e insinuación—. Lo digo por experiencia —finalizó con una sonrisa.

Lauren giró levemente el rostro hacia ella, sin perder la sonrisa pero bajando apenas los párpados. Dustin suspiró y la miró como si ya supiera lo que venía.

—¿Ah, sí? —preguntó Erin, arqueando una ceja. Ya que nunca se enteró de ningún tipo de relación entre ese par.

—Oh, sí —respondió Bethany, con un tono casualmente venenoso—. Lenny y yo estuvimos muy enamorados cuando teníamos... ¿qué? ¿Quince? ¿Dieciséis? Fue breve, pero... intenso. Ya sabes, esas relaciones adolescentes que dejan huella.

—¿Huella? —repitió Leonard, soltando una risita por lo bajo—. No exageres, Beth. Fue más bien un experimento producto de las hormonas; dos adolescentes aburridos y mucha curiosidad. Duró lo que tenía que durar… Tres semanas y media, si no me falla la memoria.

—Cuatro —corrigió ella con una sonrisa tensa.

—Incluyendo el tiempo en que me ignoraste por no haber aprendido a tocar guitarra —añadió él, alzando las cejas.

—Igual, hay recuerdos que se quedan —replicó, fingiendo ligereza. Mantuvo la sonrisa, pero sus ojos bajaron por un segundo, como si ese comentario le hubiera dejado un hueco en el pecho.

Los demás rieron, aunque no con el deseo de burlarse de ella. Lauren también sonrió, con un gesto tranquilo y seguro que solo mostraba cuando sabía exactamente quién era y dónde estaba parada.

—Yo a los quince tenía brackets —dijo Tori, levantando su vaso de cerveza—. Y un amor imposible por Bruce Springsteen. Creo que eso resume mi vida amorosa de esa época.

—Yo tenía una colección de revistas de rock ocultas bajo la cama —admitió Dustin, como si confesara un crimen de guerra—. Y estaba convencido de que algún día sería guitarrista de Mötley Crüe.

—¿Y tú, Lauren? —preguntó Erin, girándose hacia ella con una sonrisa curiosa—. ¿Algún amor adolescente memorable?

—Nada muy emocionante. —Lauren negó, divertida—. A los quince todavía estaba tratando de decidir si quería casarme con Bret Michaels o con Simon Le Bon, pero era más fácil soñar con eso que con alguien real.

Leonard la miró de reojo, con una expresión suave en el rostro. Había algo en la forma en que lo había dicho... un pequeño atisbo de melancolía en medio del humor.

Antes de que pudiera decir algo más, las luces del local comenzaron a atenuarse de nuevo.

—¡Damas y caballeros, prepárense! —una voz por el altavoz anunció con entusiasmo—: Esta noche, el Hard Rock Café se transforma en Sunset Strip… ¡con ustedes, Fallen Roses, el mejor tributo a Poison de toda la Costa Este!

La atención de todos se dirigió hacia el escenario improvisado, donde una banda apareció entre luces estroboscópicas y humo artificial. Conformada por cuatro tipos con melenas rubias, pantalones de cuero ajustado, delineador negro y camisetas rotas.

—¿¡Están listos para un poco de rock sucio y glamouroso, Baltimore!? —El vocalista tenía un pañuelo en la cabeza y una actitud que rozaba lo arrogante.

El público estalló en vítores y aplausos cuando empezaron a tocar los primeros acordes de «Talk Dirty to Me». Leonard miró a Lauren, que tenía los ojos iluminados, el pie marcando el ritmo bajo la mesa, la emoción grabada en cada línea del rostro. Para ella no era solo una banda, era un escape, una pequeño momento de libertad.

—¿Lista para cantar a todo pulmón? —Le preguntó al oído, con una sonrisa cómplice.

—Nací lista. —Lauren giró hacia él y asintió con una sonrisa que parecía iluminar todo el lugar.

Un par de camareros llegó, retirando con eficiencia los platos usados y dejando espacio para lo que estaba por venir. Uno de ellos colocó una bandeja inmensa al centro, humeante y con un aroma que cortaba cualquier conversación; eran alitas de pollo estilo

Bufallo, al menos unas sesenta, brillando de picante y cubiertas con especias que parecían arder con solo mirarlas.

—¡A esto le llamo una bienvenida oficial! —exclamó Greg, frotándose las manos—. Aprovechamos que estaban fuera para hacer un pedido decente. Cervezas para todos, y esto… esto va a necesitar valor.

—Coman con confianza —añadió Dustin, empujando la bandeja hacia el centro—. Son nivel «llamas del infierno», así que están advertidos.

—Y sin servilletas, por supuesto —agregó Erin con sorna—. Aquí se mide el carácter, no la limpieza.

El ambiente se volvió más distendido, las primeras botellas se destaparon con un sonido casi celebratorio y las risas comenzaron a fluir con más soltura. Lauren tomó una alita con elegancia estudiada, como si eso fuera posible, y le dio un mordisco valiente.

—Oh, Dios… —murmuró, entre toses disimuladas y una carcajada—. ¿Esto está permitido?

—No en todos los estados —respondió Tori entre risas.

Dustin, que se había sentado frente a Lauren, comenzó a inclinarse cada vez que le hablaba, con una sonrisa que rozaba lo insinuante. Le hacía preguntas sobre Londres, sobre sus bandas favoritas, y aunque Lauren respondía con cortesía y encanto, Leonard lo observaba con una ceja apenas levantada.

—¡Brindemos! —pidió Tori—. Por los reencuentros … y las visitas británicas inesperadas.

Los vasos tintinearon con un sonido breve pero simbólico.

—¡Dios mío! —exclamó Erin, al primer mordisco de una alita, con los ojos bien abiertos mientras se abanicaba con la servilleta—. ¿Quién pidió esto? ¿Lucifer?

—Greg, obviamente —gruñó Dustin, con la boca llena y los ojos llorosos—. Este tipo tiene un pacto con el diablo.

—¡Están buenísimas! —dijo Tori, sin dejar de comer aunque claramente sufría—. ¡Sabe a incendio, pero del rico!

Lauren, que había intentado hacerse la valiente, terminó dando un gran trago de su cerveza, como si eso pudiera apagar el incendio en su boca.

—¡Esto es un atentado culinario! —dijo entre risas, con los ojos brillosos por el picante—. Me voy a prender fuego desde adentro.

—Te lo dije —murmuró Dustin, llevándose una alita a la boca sin perder la compostura—. Pero no quisiste escuchar al veterano.

—¿Veterano de guerra? —preguntó Lauren, sonriente.

—De este tipo de guerras, sí —respondió con media sonrisa.

Todos comenzaron a bromear sobre quién sobreviviría más tiempo sin tomar agua, cerveza o rogarle a algún santo.

Varios de los asistente se pusieron de pie, algunos subieron a bailar cerca del escenario, otros coreaban a gritos cada palabra. La mesa de Leonard y compañía no fue la excepción.

—¡Esta sí me la sé! —dijo Greg, alzando su cerveza como si estuviera en un estadio.

—¡Vamos, chica británica! —Tori se levantó sin dudar y estiró la mano hacia Lauren—. ¡No puedes venir al Hard Rock y quedarte sentada!

Lauren la miró, dudando, pero Leonard ya estaba poniéndose de pie también, le tendió la mano con una sonrisa torcida, que no necesitaba palabras. Ella aceptó y terminaron entre risas, saltando al ritmo de la canción, gritando el estribillo como si Poison hubiera sido la banda sonora de sus vidas.

En medio del desorden, Dustin los observó desde la mesa, todavía saboreando una alita mientras Greg murmuraba algo que él no escuchó. Bethany, con una sonrisa apenas forzada, tomó otra cerveza.

—Ese par tiene mucha química —dijo Tori, volviendo a sentarse mientras se secaba el sudor de la frente.

El cantante del grupo dio la introducción para la siguiente canción, «Cry Tough», mientras el guitarrista lanzaba el icónico riff.

—¡Esta es mi favorita! —gritó Lauren por encima del ruido, volviéndose hacia Leonard.

—¡Lo sabía! —le gritó de vuelta, mirándola con los ojos iluminados por las luces de colores.

Y sin más, siguieron bailando, riendo, sudando y cantando; en medio de la noche, entre la música, el picante, y las cervezas frías,

no importaba lo complicado del pasado o la incertidumbre del futuro. Solo ellos y lo que estaban viviendo en ese momento.

CAPÍTULO 66

Aunque las últimas notas del tributo ya se habían apagado y las luces comenzaban a perder intensidad, el local seguía palpitando con una energía residual, como si se resistiera a cerrar el telón. Las mesas estaban salpicadas de vasos vacíos, servilletas arrugadas, risas que todavía flotaban en el aire, mientras los asistentes comenzaban a abandonar sus asientos con pasos torpes, rostros encendidos y un brillo especial en las miradas, debido a la noche memorable.

El grupo, aún exaltado por el vértigo del concierto y la acumulación de cervezas, caminaba entre la euforia y el agotamiento, arrastrando una complicidad recién reforzada; ya que la experiencia compartida los enlazó de una forma nueva y más honesta. Nadie quería decirlo en voz alta, pero todos sabían que esa noche, por razones difíciles de explicar, los dejaría marcados. Salieron entre risas desordenadas, abrazos mal coordinados y restos de canciones que aún zumbaban en la garganta.

—¡Eres un loco, Greg! —gritó Tori entre carcajadas, tropezando con una grieta del pavimento y sujetándose del brazo de Lauren—. ¡Lo juro, si muero esta noche, será por esas malditas alitas!

—Por las alitas… o por el Poison en tu sangre —bromeó Leonard con tono socarrón, guiñándole un ojo a Lauren, que aún reía a carcajadas, en parte por el chiste y en parte por la embriaguez.

—¿Y ustedes en qué se van? —Dustin se acercó a Lenny, sacándose las llaves del bolsillo con un gesto mecánico, pero aún sonriente.

—Dejé el auto cerca de Blick… —Se encogió de hombros—, fuimos al museo y de ahí vinimos a pie. Así que... —Alzó las cejas,

haciendo un gesto hacia Lauren—. No creo que caminar más de cuarenta minutos con este clima, y con ella medio etílica, sea la mejor idea.

Lauren, aún apoyada en Tori, soltó un «¡oye!» en tono de protesta, aunque se tambaleó lo suficiente como para darle la razón.

—Los llevo. —Dustin asintió sin dudar—. Vamos, no hay drama.

El grupo empezó a caminar hacia el estacionamiento con pasos que resonaban sobre el asfalto húmedo y risitas embriagadas.

Dustin les abrió su auto, un Camaro Z28 del 84, negro con franjas plateadas. El tipo de auto que gritaba rock, testosterona y carreteras sin límites.

—Bueno… nos vamos a acomodar como sardinas en lata, pero entramos —dijo Greg, mientras abría la puerta trasera con un gesto dramático.

Tori, completamente ida, se dejó caer entre risas sobre Greg, sentándose en sus piernas sin ceremonias. Lauren lo miró todo con lentitud, como si su cerebro procesara la logística en diferido. Luego, con una media sonrisa que mezclaba alcohol y descaro, se dejó caer también… sobre Leonard.

Para él fue una tortura gloriosa; el peso de ella, el calor del cuerpo que se amoldaba al suyo, el olor a cerveza, perfume y algo dulzón que solo podía pertenecerle.

—Perdón —susurró Lauren, casi sin voz, mientras buscaba cómo apoyarse sin aplastarlo por completo.

—No te preocupes —respondió Leonard, más tieso que nunca, como si fuera una estatua de mármol.

Bethany iba encajada contra la puerta, mirando hacia adelante con los labios apretados. Delante, Dustin y Erin reían, ya con Poison otra vez sonando en el casete.

La música volvió a levantar al grupo. Entre gritos desafinados y manos levantadas como si estuvieran en otro concierto, cruzaron calles casi vacías, iluminadas solo por luces ámbar de algún farol.

En menos de lo que imaginaban, Dustin giró en una calle lateral y se detuvo frente al parqueadero cercano a Blick. Apenas apagó el motor, Tori salió disparada del auto como si huyera de un incendio.

—¡Muero! —gritó antes de doblarse sobre la acera y vomitar con todo el desenfreno que la noche le había cobrado.

—¡Tranquila, amiga! —Lauren la siguió entre risas—. No te mueras aún… al menos no sin glamour —dijo mientras le recogía el cabello abundante y rizado con manos torpes pero cariñosas.

—Dios, qué postal —dijo Greg, apoyado contra el Camaro y no podía dejar de reír—. Qué manera de terminar la noche. Me siento en un episodio de «Cheers».

Leonard, desde el borde del asiento, los observaba con una media sonrisa. En parte divertido, en parte agotado, y completamente consciente de las sensaciones que dejó el cálido peso de Lauren sobre sus piernas.

Cuando Tori se reincorporó, con los ojos llorosos pero ya repuesta, recibió aplausos burlones de todo el grupo.

—¡Sobreviviste, campeona! —gritó Erin.

—Sí, sí, hagan fila para besarme los pies —murmuró Tori, arrastrándose de vuelta al auto.

Greg le lanzó un beso sonoro desde la acera. Luego todos se fueron despidiendo entre abrazos desordenados y promesas arrastradas por la cerveza y el cariño.

—¡Tenemos que repetir esto! —gritó Dustin.

—¡Lo juro por las alitas del infierno! —agregó Greg.

Cuando Leonard y Lauren subieron finalmente al Mustang rojo cereza y brillante bajo la luz de los postes, los otros ya volvían a su auto. Ambos vehículos encendieron motores casi al mismo tiempo, y arrancaron en paralelo por la calle solitaria.

Al llegar a la intersección, se separaron; desde el Camaro, se alzaron manos en señal de despedida y los cláxones sonaron como un último brindis. El Mustang dobló a la izquierda, el Camaro siguió de frente. Y, poco a poco, la noche fue devorando los sonidos, solo quedaron las luces traseras alejándose, como luciérnagas veloces en la bruma de la madrugada.

Lauren se había quitado los zapatos, tenía las piernas dobladas sobre el asiento y la cabeza apoyada en el cristal helado de la ventanilla. Mientras que una sonrisa aún colgaba de sus labios, borracha no solo de cerveza, sino de una adrenalina cálida que le

provocó sentirse parte de algo. Leonard, con una mano firme en el volante y la otra descansando sobre su muslo, lanzaba de vez en cuando una mirada lateral, con esa expresión medio divertida y medio vigilante que reservaba solo para ella.

—No puedo creer —dijo Lauren, soltando una risa suave y casi pegajosa por culpa del alcohol—, que comí tantas alitas… siento que todavía estoy escupiendo fuego. Y encima Tori me miraba como si me estuviera retando. Me cae tan bien, es como si la conociera de toda la vida… —Volvió a reírse, llevándose la mano a la frente—. Perdón, estoy un poco… tú sabes… etílica. ¿Así se dice?

—Sí, más o menos así. —Leonard rio por lo bajo, sin apartar la vista del camino—. Aunque suena peor en voz alta.

—Ya, ya… Pero fue buena la noche. Inesperadamente buena —dijo con lentitud, por hablar desde la emoción más que desde la razón—. Hacía mucho que no me reía así, que no me sentía… no sé… recargada. Es como si estar con gente así, con buena vibra… me hubiera recordado que también puedo pasarlo bien. Que no todo tiene que doler.

—Te hacía falta. —Leonard asintió despacio, su rostro seguía sereno, pero había una ternura clara en el gesto—. Te lo dije, a veces uno se olvida de que también merece eso… Estar bien.

Hubo un breve silencio, cómodo, sin presión. Solo el murmullo del motor, el viento nocturno golpeando suavemente las ventanas y las luces naranjas de las farolas iluminando el camino.

—Tori y Erin son increíbles… —dijo Lauren de pronto, con voz pastosa—. Pero dime… ¿y Bethany? —la pregunta salió con cautela.

—¿Bethany? —repitió, como si le costara recordar a qué se refería—. Ya lo dije antes, no fue nada serio, nada que yo pudiera llamar una relación. Fue… más curiosidad que otra cosa. Duró poco, muy poco.

Lauren asintió lentamente, con una sonrisa ambigua. No iba a reconocer que preguntaba por celos, tampoco tenía por qué hacerlo.

—Hmm… curioso —musitó, bajando la mirada, aunque no pudo evitar la curvatura satisfecha de sus labios.

Después de otro breve silencio, ella giró un poco el cuerpo hacia él y apoyó la mejilla en el respaldo, contemplándolo con esos

ojos que, incluso borrachos, veían más de lo que dejaban ver.

—Pero si viven en la misma ciudad… ¿por qué llevaban tanto tiempo sin verse? Tus amigos y tú, digo. ¿Por qué no volvieron a saber de ti?

La pregunta lo tomó con la guardia baja, no porque no lo hubiera pensado, sino porque no esperaba tener que explicarlo en voz alta. Tragó saliva, manteniendo la mirada fija en la carretera unos segundos más.

—El problema era yo —admitió con un tono más grave—. Me costaba, porque cuando estaba con ellos, el tema de Susan siempre salía, ya sabes… la desaparición, los Russell… Era como si no pudiera existir sin que me lo recordaran, como si todo lo demás en mí quedara reducido a eso; al chico con la hermana desaparecida. Y Dustin… —su voz se endureció apenas, pero lo suficiente para mostrar un resentimiento antiguo, enterrado pero no muerto—, él no siempre sabía cómo manejarlo. A veces… sentía que se burlaba, no en plan malicioso, pero… sí con ese tono de «otra vez el drama». Y yo odiaba eso, la lástima o que me hablaran como si estuviera hecho de cristal. Me hacía sentir invisible, como si todo lo que era, todo lo que había construido, quedara eclipsado por esa tragedia.

Lauren lo miró largo rato, con un nudo suave apretándole la garganta. El chico que todos creían que lo tenía todo controlado, que era fuerte, seguro, brillante… también cargaba con sus conflictos.

—No eres invisible, Leonard —susurró, tocándole la mano que descansaba sobre su pierna—. No para mí.

—Lo sé —musitó y tragó para pasar el nudo en su garganta—. Y lo agradezco.

El Mustang avanzaba por una carretera solitaria, sus faros cortaban la oscuridad en líneas largas y amarillentas, mientras que a ambos lados del camino, los árboles altos se erguían como centinelas dormidos; aunque Catonsville no estaba lejos, daba la sensación de estar cruzando una frontera invisible entre el bullicio y la calma.

—¿Sabes qué me encanta? —preguntó, rompiendo el silencio con la voz pastosa, arrastraba las palabras como si cada una de ellas

le costara un pequeño esfuerzo—. Cuando sonríes así… como ahora… —soltó una breve carcajada, ahogada por el recuerdo de algo que no explicó—. No tienes idea de lo poco que te he visto sonreír… en serio.

—¿Y eso es algo bueno o malo? —Leonard esbozó una sonrisa, sin mirarla directamente.

—Buenísimo —exclamó con tono cómico—. Es como ver a un lobo bailar… Extraño, pero fascinante.

—¿Un lobo? —La risa de Leonard brotó de forma inesperada. El comentario, por lo absurdo y lo acertado a la vez, lo tomó completamente por sorpresa.

—Sí, de esos que parecen solitarios, intensos… como si fueran a devorarse el mundo, pero que, en el fondo, solo quieren una manta y una taza de té —respondió con un tono burlón, aunque levemente teñido de ternura, como si esa verdad se le hubiera escapado sin filtro.

—Creo que estás más ebria de lo que estás dispuesta a admitir.

—Estoy perfectamente consciente de mi estado etílico, señor Russell —dijo con tono teatral, llevándose una mano al pecho como una actriz dramática en plena escena trágica.

Él rio con más suavidad, aunque con la misma sinceridad. Había algo en ella, en su forma de estar suelta, torpe y brillante a la vez, que desarmaba cualquier defensa que él pudiera tener.

—¿Quieres que baje la ventana? Tienes las mejillas rojas como tomates.

—No… me gusta este calorcito. Además, si la bajas, me da frío, pero si la dejas cerrada, me sofoco. Entonces… —Lo miró ladeando la cabeza, como una niña que reflexiona sobre un dilema existencial —, probablemente no haya solución. Y eso está bien.

—Eres imposible. —Leonard negó con la cabeza, sonriendo, mientras el automóvil tomaba una curva suave.

—Y tú eres increíblemente tierno, pero lo escondes. Como un pastel de chocolate cubierto de espinaca. Horroroso al principio… y luego descubres que es delicioso.

La carcajada que estalló en él llenó el interior del coche. Su risa, profunda y abierta, se mezcló con la de ella, hasta que tuvieron que

detenerse para recuperar el aliento.

—¿De dónde sacas esas comparaciones?

—De la parte afectada de mi cerebro. Estoy científicamente segura de que el alcohol desbloquea metáforas ridículas.

Continuaron conversando, a veces diciendo cualquier cosa, otras simplemente dejándose arrastrar por los silencios, las miradas cómplices y el zumbido del motor. La carretera se volvía más estrecha, y las luces del pueblo comenzaban a dibujarse a lo lejos.

Al llegar al barrio residencial, Leonard redujo la velocidad, giró con cuidado por una calle conocida y estacionó al extremo derecho de la casa.

—Hemos llegado —dijo en voz baja, como si no quisiera romper el hechizo de la noche.

Lauren no respondió, seguía sonriendo, aunque ahora con los ojos cerrados, como si intentara saborear los últimos segundos antes de tener que bajarse.

—¿Sabes que no quería que terminara? —susurró, en un hilo de voz—. La noche, digo. Me sentí feliz... simplemente libre.

Leonard la miró, durante un instante pensó en decir algo profundo, algo que estuviera a la altura de lo que ella acababa de confesar, pero nada le llegó a la mente.

—Yo también —susurró con un suspiro.

Ella soltó otra risa, esta vez más suave, como una burbuja de champagne escapando de la copa.

—Estoy borracha, pero lúcida —declaró mientras abría la puerta con torpeza—. Y tengo frío… y los pies helados.

—Eso te pasa por andar descalza en otoño, Sherlock.

—¿Sherlock? Por favor… mínimo soy Poirot.

Leonard negó con la cabeza mientras apagaba el motor y bajaba del auto. Lauren ya estaba de pie, con las botas en las manos y tambaleándose ligeramente sobre el césped húmedo. Él se acercó, dispuesto a sostenerla si era necesario.

—Deja que te ayude a ponerte los zapatos o se te van a congelar los pies —dijo quitándole una de las botas y se acuclilló.

Lauren se apoyó con ambas manos en los hombros de Leonard para mantener el equilibrio, mientras intentaba meter el pie.

—Listo —suspiró una vez que consiguió calzarla. Se levantó, llevándose las manos a las caderas y se quedó mirándola sonriente.

—No te rías —dijo ella con el índice en alto, como si pronunciara un veredicto solemne—. Estoy bien —rio sola, inclinándose levemente, llevándose una mano al abdomen como si en ese instante se le escaparan todas las carcajadas que había guardado durante años.

Leonard no pudo evitarlo, y terminó riendo con ella. Entre risas que flotaban en la noche y pasos inestables, cruzaron el jardín en dirección a la puerta trasera.

Desde la ventana del segundo piso, oculta tras las cortinas de lino crudo, Madeleine entreabrió apenas el visillo. A su lado, Patrick permanecía en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión que oscilaba entre el alivio y la ternura. Lenny les había asegurado que no hacía falta preocuparse, que volvieran a sus rutinas, que se fueran a dormir y confiaran en él. Pero, por más lógica que tuviera su petición, ninguno de los dos había logrado siquiera cerrar los ojos. No cuando Susan estaba allá afuera. No cuando, después de tanto tiempo, volvía a salir por la puerta de casa como una joven normal, en compañía de alguien en quien podían confiar.

La tensión se había colado en el cuerpo de Madeleine como una segunda piel, tan imperceptible como constante. Intentó leer, tomar té, distraerse en las sombras suaves del dormitorio… pero nada le funcionó. Solo cuando vio la silueta del Mustang detenerse a un lado de la casa, y las figuras de Susan y Leonard emerger bajo la luz tenue, su corazón dio una tregua.

—Están bien —murmuró Patrick, apoyando una mano sobre el hombro de su esposa—. Y no parecen tan borrachos.

Madeleine soltó una risa breve, cargada de un alivio casi infantil. Observó cómo Susan se tambaleaba ligeramente, riendo con una alegría tan pura que se sentía contagiosa incluso a través del cristal. Lenny, por su parte, reía también, relajado, suelto… como hacía años no lo veían.

—Se lo pasan muy bien juntos —comentó Patrick con media sonrisa, sus palabras estaban salpicadas de una emoción cálida y

difícil de disimular.

—Tal parece que ella lo hace sentir diferente —dijo Madeleine, sin despegar la vista del jardín, donde Susan hacía equilibrio sobre sus propios pies como si intentara caminar sobre una línea invisible —. Más relajado, más desenvuelto, como si fuese otro —hizo una pausa, mientras los admiraba—. Susan regresó para salvarnos a todos —añadió, casi en un susurro, como si temiera romper el momento con una afirmación demasiado grande.

—Ha marcado una diferencia en todos nosotros. —Patrick asintió con lentitud. Luego se giró hacia su mujer con una sonrisa cómplice—. Pero será mejor que nos acostemos, no vaya a ser que se den cuenta de que los estábamos esperando como padres primerizos.

Madeleine soltó una risita y dejó caer la cortina, ocultando la escena como si cerrara el telón de una obra. Se alejaron de la ventana con paso silencioso hacia la cama mientras el eco suave de las carcajadas de Susan se colaba por las rendijas de la casa, aún más claro cuando la puerta se abrió y la pareja entró en la cocina.

Ya entre las sábanas, Patrick y Madeleine se miraron con esa complicidad que solo los años compartidos le permitían. Afuera, la noche seguía su curso, pero dentro de la casa, las risas de Susan eran un bálsamo, una promesa, una música demasiado esperada que les recordaba que, después de tanta oscuridad, era posible volver a creer en los milagros.

Lauren y Leonard subieron las escaleras despacio, no por prudencia, sino por pura torpeza. Ella no podía dejar de reír, una risa incontrolable, burbujeante, que le surgía desde lo más profundo del estómago y se le escapaba en oleadas cada vez que intentaba reprimirla.

Leonard, cada vez que le pedía en voz baja que guardara silencio, no hacía más que provocar aún más carcajadas.

—Shh, por favor… —susurró, girándose hacia ella con una expresión entre divertida y alarmada.

—Lo intento… —musitó ella, llevándose una mano a los labios en un intento fallido por contenerse—. Pero tu cara cuando me dices que me calle… es demasiado graciosa.

—¿Mi cara? No tiene nada de gracioso.

—¡Tiene todo de gracioso!

Leonard se llevó una mano al rostro con resignación y continuó subiendo, pero Susan se detuvo a mitad de camino. Había girado la cabeza hacia la galería de fotos que colgaban en la pared lateral de la escalera, apenas iluminadas por la tenue luz del pasillo. Una en particular captó su atención, era una imagen antigua, con los bordes ligeramente amarillentos. En ella, un niño de cabello revuelto y sonrisa tímida sostenía por las axilas a una niña que, evidentemente, estaba pisándole los pies.

—¿Sabes qué estábamos haciendo en esta foto? —preguntó con voz pastosa, señalando la imagen.

—No lo recuerdo del todo. —Él se inclinó ligeramente, acercándose para observarla con más atención—. Pero según mamá… estábamos bailando.

—Claro, bailando. —Soltó una risa suave—. Evidentemente yo no sabía, te estoy dando un pisotón que seguro dolió.

—Vamos. —Leonard sonrió, enternecido por la imagen y por el tono arrastrado de ella—. Es hora de dormir —dijo con suavidad, apoyando una mano en su espalda para animarla a continuar.

Al llegar por fin a la habitación, Leonard abrió la puerta con cuidado y encendió la luz con un giro de muñeca. La calidez del espacio los envolvió de inmediato; ese orden suave y acogedor que Madeleine mantenía con esmero se hacía sentir. Lauren cruzó el umbral como si acabara de completar una carrera agotadora y se dejó caer sobre la cama con un suspiro exagerado.

—¿Crees que puedes arreglártelas sola? —preguntó Leonard, apoyándose en el marco de la puerta.

Lauren asintió, aunque el gesto fue más un leve bamboleo que otra cosa. Sopló los mechones que le caían sobre el rostro, sin conseguir apartarlos, y resopló frustrada.

—Confirmo que en Estados Unidos todo es más intenso… —murmuró con los ojos entrecerrados—. No entiendo cómo me emborraché con tres cervezas.

—Fueron muchas más que tres. —Él alzó las cejas, conteniendo la risa.

—¿De verdad? —preguntó ella, perpleja—. Juraría que dejé de contar después de la tercera.

—Brindo por tu falta de memoria. —Se acercó, sonriendo, y se agachó junto a la cama—. Ahora, dame un momento —dijo mientras comenzaba a desatarle las botas—. Porque está claro que no vas a poder hacerlo sola.

Lauren no se quejó, solo lo observó con una mezcla de ternura y mareo. Cuando él tiró de las mantas atrapadas bajo su cuerpo, ella emitió un gemido suave.

—Oye, eso fue un poco brusco…

—Sí, pero funcionó —respondió, cubriéndola con las sábanas ya liberadas.

Cuando la arropó, ella suspiró con alivio, como si por fin su cuerpo reconociera el descanso. Leonard, con un gesto delicado, apartó de su frente los mechones rebeldes que aún colgaban sobre su rostro. Ella cerró los párpados y esbozó una sonrisa apenas visible, mientras el mundo giraba lentamente a su alrededor, aunque ya no importaba. Sentía la calidez de las mantas y la proximidad de Leonard, tan pendiente de ella. Sintió el roce de sus dedos apartándole el cabello de la frente, el murmullo de su respiración acompasada, y entonces abrió los párpados.

Lo miró y todo lo que había reprimido durante el día… la cercanía, la ternura, la admiración y la atracción, se concentró en ese instante suspendido en el aire. Estaba arrodillado junto a la cama, a unos centímetros de su rostro; tan irresistible, tan guapo y tan familiarmente conocido. Por más que quiso no pudo seguir conteniéndose.

Le tomó el rostro entre las manos con decisión, con una urgencia torpe nacida el alcohol y el deseo. Le aprisionó las mejillas entre los dedos, al tiempo que levantaba la cabeza, atrayéndolo hacia ella. No hubo aviso ni titubeos, simplemente lo besó.

El contacto de sus bocas fue abrupto, casi torpe al principio, pero apenas los labios se reconocieron, se fundieron con una fuerza que desbordó toda barrera. Leonard no se resistió, también estuvo al borde todo el día, se había cohibido y fingido serenidad mientras por dentro ardía.

Llevó una mano a la nuca de ella para sostenerla, para asegurarse de que no se alejara y que ese momento no se rompiera. El beso se volvió profundo, lleno de hambre y de memoria, sus lenguas se encontraron como si se buscaran desde siempre. Fue un beso nacido de la necesidad, del cansancio emocional y del vértigo de reencontrarse en un mundo sin respuestas claras.

A medida que sus bocas se buscaban con más desesperación, el ritmo de sus corazones se desbocó, golpeando con fuerza y sincronizados en una carrera sin control. El aliento de Lauren, cálido y entrecortado, se mezcló con el de Leonard en una sucesión de jadeos.

Ella se aferró a su nuca, sintiendo el roce suave de su cabello entre los dedos mientras sus labios, abiertos al deseo, se movían con una necesidad casi salvaje. El sabor de su boca era familiar y nuevo al mismo tiempo; cada caricia con la lengua, cada leve mordida, encendía un rincón distinto de su piel, hasta que le fue imposible distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Leonard, por su parte, la sujetó por la cintura con una firmeza nacida del miedo a perderla, arrastrándola hacia. Sus manos bajaron por su espalda lentamente, sin pedir permiso. El mundo exterior desapareció, no había habitación, ni tiempo; solo el calor húmedo de sus bocas fundidas, el roce de la ropa que ya parecía estorbar, los pequeños gemidos apagados que escapaban sin intención, y la sensación de que todo lo que habían callado se estaba diciendo ahora, sin palabras.

No pensaban, no se cuestionaban, no se reconocían más allá de lo que sentían. Estaban entregados al instante, perdidos en el lenguaje mudo del cuerpo, en el vértigo de una pasión que no admitía tregua ni explicación. Y mientras el beso se volvía más profundo, más atrevido, más necesario, comprendieron que nada, absolutamente nada, importaba tanto como ese momento suspendido entre la piel y el deseo.

El aire se volvió imprescindible, y se separaron apenas, buscando aliento. Lauren mantenía las manos en la nuca de Leonard, mientras que sus ojos brillaban de deseo y sus labios húmedos temblaban. Él la miró por un segundo... y entonces sintió

el frío de la realidad; el mundo regresó de golpe, con todos sus matices oscuros y complejos.

Se apartó bruscamente, como si el contacto le quemara; se levantó de un salto, retrocedió un paso y luego otro. Lauren, aún tumbada, lo miraba con las pupilas dilatadas, la respiración agitada y el cuerpo todavía encendido.

—Duerme, Susan —dijo, con la voz quebrada.

No solo para ella, sino también para sí mismo, como un recordatorio, una súplica, un límite. Caminó hasta la puerta sin mirar atrás, apagó la luz y salió cerrando con suavidad, pero con la determinación de poner una barrera entre el deseo y lo correcto.

ADELANTO

Leonard acababa de entrar, dejó los zapatos junto a la puerta y se desplomó en el sofá sin molestarse en encender todas las luces; solo la lámpara de mesa encendida arrojaba un círculo de luz tenue sobre el suelo de madera. Tenía la camisa arrugada, la espalda hundida contra el respaldo y los ojos cerrados, como si por fin pudiera entregarse al agotamiento. La jornada lo había exprimido; sin embargo, el verdadero cansancio estaba mucho más adentro. No necesitaba planos ni papeles para enredarse en su propia arquitectura emocional.

El chirrido de la puerta al abrirse lo obligó a incorporarse. Alzó la cabeza, y al verla en el umbral, una oleada de algo indefinido lo invadió.

—Susan… —No había sorpresa en su voz, como si supiera que había agotado sus márgenes de evasión.

—¿Hasta cuándo pensabas seguir evitándome? —preguntó ella, cerrando la puerta tras de sí. Tenía el rostro pálido, las botas cubiertas de barro y escarcha y un abrigo sobre el pijama—. ¿Seguirás escondiéndote cada vez que llegue la cena? ¿Por qué me evitas? ¿Por qué desapareciste así? ¿Por qué me dejaste sola con todo esto?

—No estoy escondiéndome —murmuró, sin convicción. Se enderezó en el sofá, frotándose el rostro con las manos, como si necesitara borrarse a sí mismo.

—¿No? Dos semanas, Leonard. Dos semanas de excusas, de llamadas escuetas, de «tengo mucho trabajo»

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó él, alzando la voz sin querer, como si le doliera tener que decir lo que estaba a punto de

escupir—. ¿Seguir fingiendo que nada pasó? ¿Que no sucedió ese maldito beso? ¿Qué no me sentí como si el mundo entero se viniera abajo cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo?

—Pero pasó —replicó ella, avanzando un paso más con sus ojos ardiendo de tristeza y rabia—. Como todo lo demás, como Londres y como nosotros. Ya antes pasó, y ni siquiera sabíamos quiénes éramos. Y ahora… ahora que lo sabemos, ¿pretendes borrarlo todo? ¡Yo tampoco lo planeé! Pero tú te fuiste… te escondiste detrás del trabajo, como si eso borrara todo, como si yo no estuviera aquí, cargando con la culpa, la confusión y la maldita soledad.

—¡No lo estoy borrando! —Él se puso de pie bruscamente, como si necesitara moverse para no colapsar—. Lo estoy enfrentando, porque ahora sé que eres Susan. No Lauren, sino Susan… Mi hermana. ¿Acaso no entiendes lo que eso significa para mí?

—¡Claro que lo entiendo! —gritó ella—. ¿Crees que para mí es más fácil? ¿Que no me lo repito cada noche antes de dormir? Pero entonces explícame por qué, si ambos lo sabíamos, si era tan terrible, no te alejaste antes. ¿Por qué me dejaste besarte?

Leonard la miró con furia, pero no era contra ella. Era contra sí mismo y contra el deseo que no moría aunque la conciencia lo apuñalara.

—Porque soy débil, Susan. Porque contigo no puedo pensar; durante años imaginé cómo sería encontrarte y… y lo único que logré fue enamorarme de ti sin saberlo. Y después, cuando lo supe, fue peor, porque ya era tarde… Porque ya te amaba —confesó con dientes apretados.

Lauren dio un paso más, reduciendo la distancia entre ellos a apenas unos centímetros. Ambos respiraban de manera erratica.

—Y yo a ti —susurró ella—. También te amé antes de saberlo. Y no pude dejar de hacerlo después, no es justo que me castigues por algo que tú también sentiste y no es justo que me dejes sola con esto.

Leonard la miró; por un momento, la furia, el deseo, la culpa y la ternura, se reflejaron en su rostro como si lucharan por tomar el control.

—No te estoy castigando, Susan. Me estoy castigando a mí, porque tú… tú te resignaste a crecer sin un pasado, sin saber quién eras, y no te culpo. Pero aquí, en esta casa, en esta familia, tú eras un tema de todos los días. Tu nombre nunca se fue, cada decisión de mis padres, cada silencio en Navidad, cada gesto mío al mirar una fotografía… todo estaba atravesado por tu ausencia. —La voz se le quebró—. ¿Sabes lo que es encontrarte después de todo eso? ¿Y no poder tocarte sin desearte? ¿No poder amarte como quisiera? — Por primera vez en dos semanas, no parecía el hombre que evitaba todo contacto, sino un niño derrotado que no sabía cómo reconstruirse.

Lauren no dijo nada, solo se limitó a mirarlo, a dejar que el silencio se hiciera denso, casi insoportable, hasta que las lágrimas empezaron a nublarle los ojos y la rabia que había traído consigo se transformó en tristeza, en dolor e impotencia.

Él negó con la cabeza, dando vueltas en su sitio, como si buscara un rincón donde esconderse de lo inevitable.

—Yo tampoco puedo con esto —murmuró Lauren. Ya no había fuerza en voz, solo la necesidad de no dejarse aplastar por el silencio—, pero no podemos seguir así, evitando mirarnos, como si no existiéramos, porque nos está destruyendo.

—No sé cómo seguir adelante, Lauren… —La nombró así, como solía hacerlo, sin querer. Su mente lo traicionaba en el momento más vulnerable—. No sé qué hacer contigo. No sé cómo verte sin que me duelas… Sin que te desee.

Ella quiso replicar, pero se le cerró la garganta. El cambio de nombre no pasó desapercibido, una parte de ella quiso aferrarse a ese instante, volver a ser la chica que conoció en Londres.

—Por favor… vete. No vengas más aquí —dijo él, con la mirada clavada en algún punto del suelo, sin poder sostener la suya—. Déjame mantener los límites, aunque sea así…

Lauren abrió la boca, pero no encontró palabras. Las que tenía se le quedaron atascadas en el pecho, golpeando contra sus costillas como mariposas asustadas. Bajó la mirada y asintió casi sin moverse.

—Está bien —murmuró, con la voz quebrada—. Pero no servirá de nada, para ti… ni mucho menos para mí. —Y sin decir nada más, giró sobre sus talones y salió.

ACERCA DEL AUTOR

Lily Perozo



Lily Perozo Altamar.

A pesar de que estudió Ciencias fiscales y aduaneras, es una apasionada de la literatura, sobre todo de la literatura romántica.

Siempre le ha gustado darle rienda suelta a la imaginación, por lo que en mayo 2013 se aventuró a crear su primera historia DULCES MENTIRAS AMARGAS VERDADES, obra con la que se dio la oportunidad de incursionar como escritora profesional.

DULCES MENTIRAS AMARGAS VERDADES, es una saga de romance contemporáneo, que sorpresivamente ha calado en los gustos de cientos de miles de personas que la catalogan como una obra

realista y apasionante, catapultando a Lily Perozo a ser una de las más vendidas del género romántico en español.

La segunda entrega de la saga, Dulces mentiras, amargas verdades: Revelaciones. En su semana de lanzamiento, ocupó los primeros lugares de ventas, compartiendo podio con la ganadora del premio Nobel de literatura: Alice Munro, también superó en ventas a Mario Vargas Llosa, según Pedro Huerta directivo ejecutivo de Amazon México en su rueda de prensa que se tituló "Transformación violenta"

La tercera entrega de la saga en su semana de lanzamiento, fue Best Seller en: Amazon Estados Unidos, México, Italia, España.

La saga ha sido traducida a inglés, portugués, e italiano.

Además, cuenta con muchos más títulos publicados entre los que destacan: la trilogía Mariposa Capoeirista, La Bestia, Corazón Indómito, Juegos de Poder, la serie Quédate, Ley de Talión... Entre otros.

LA CAÓTICA VIDA DE LAUREN

Madeline y Patrick, un matrimonio joven, sentirá cómo su mundo se derrumba, tras recibir una llamada de la policía de Maryland, donde le informan sobre la desaparición de su pequeña hija, Susan. Desde ese fatídico momento, todo cambiará para ellos.

Meses después, un detective de Birmingham, recibe una llamada a medianoche, donde le notifican del hallazgo de dos niños y una niña, que estaban en manos de una banda criminal, dedicada al tráfico de menores.

Así inicia la caótica vida de Lauren, cuando termina en un orfanato, donde pasará sus primeros años, hasta que es adoptada por la familia Spencer, quienes le darán el hogar que siempre soñó; sin embargo, por giros del destino, perderá esa estabilidad.

La Caótica Vida De Lauren

Madeline y Patrick, un matrimonio joven, sentirá cómo su mundo se derrumba, tras recibir una llamada de la policía de Maryland, donde le informan sobre la desaparición de su pequeña hija, Susan. Desde ese fatídico momento, todo cambiará para ellos.

Meses después, un detective de Birmingham, recibe una llamada a medianoche, donde le notifican del hallazgo de dos niños y una niña, que estaban en manos de una banda criminal, dedicada al tráfico de menores.

Así inicia la caótica vida de Lauren, cuando termina en un orfanato, donde pasará sus primeros años, hasta que es adoptada por la familia Spencer, quienes le darán el hogar que siempre soñó; sin embargo, por giros del destino, perderá esa estabilidad.

El Gran Problema De Lenny

En Inglaterra, Lauren sobrevive entre las dudas de su origen y una relación de dependencia con James, el carismático pero autodestructivo vocalista de Sweet Poison. El amor, la traición y la constante necesidad de pertenecer marcan su camino.

En Maryland, los Russell han vivido dieciséis años bajo el peso de la desaparición de su hija. Dejando a Lenny, el hijo mayor, atrapado en un lugar donde jamás se sintió suficiente. Silencioso y resentido, siente que su propia existencia quedó relegada a un segundo plano por una tragedia que no provocó, pero que lo marcó para siempre.

Cuando surge una nueva posibilidad y la esperanza de reencontrar a Susan vuelve a encenderse, todo cambia. Para los padres Russell, podría significar el final de una pesadilla. Para Lenny, el principio de un dilema que amenaza con desbordarlo.

El gran problema de Lenny es una historia sobre identidad, heridas invisibles y verdades que duelen más que las mentiras. Porque a veces reencontrarse con el pasado no trae consuelo… sino caos.

El verdadero problema no fue su desaparición… sino lo que trajo de vuelta.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Dulces Mentiras, Amargas Verdades (LA SAGA COMPLETA)

La saga completa que ha liderado los primero lugares de venta, una historia fascinante que ha ganado miles de seguidores al rededor del mundo. Una vez que empieces a leer no podrás parar. Dulces mentiras, amargas verdades. Dulces mentiras, amargas verdades: Revelaciones. Dulces mentiras, amargas verdades: Decisiones. Dulces mentiras, amargas verdades: É por amor.

MARIPOSA CAPOEIRISTA

Elizabeth Garnett, hija del Fiscal General de Nueva York y la más importante diseñadora de modas del momento. Es modelo desde niña, pero también por sus venas corre una desmedida pasión por la capoeira.
Debido a un cambio de planes deberá pasar sus vacaciones en Brasil, tierra que la vio nacer. Donde conocerá a tres hombres, que aparentemente no llevan una buena relación, pero que tienen tres cosas en común:
Los tres son capoeiristas; tienen el mismo tatuaje de una flor de Lis y cautivantes ojos grises, que hipnotizan con solo una mirada.
Elizabeth, inevitablemente caerá bajo el estudiado juego de seducción que los tres hombres despliegan, sin saber que tras la engañosa perfección que muestran, se esconde un terrible secreto.

Crímenes dantescos de mujeres y desapariciones, mantienen en alerta a la ciudad. Nadie sabe dónde, cuándo ni cómo desaparecen, solo tienen por certeza, que la persona encargada de sembrar el terror, cumple el mismo patrón y que sigue rondando por la ciudad, cada vez más cerca de su próxima víctima.
Sumérgete en esta historia cargada de intriga, acción y misterio, y descubre junto a Elizabeth el enigmático y apasionante mundo de la capoeira.

JUEGOS DE PODER

Florencia Brunetti, es una periodista que se centra en sus ambiciones profesionales. Para ella, lo más importante es la búsqueda de la verdad y desenmascarar todo lo que esconde la política de su país.
Keith Somerville es un abogado exitoso que no descansará hasta conseguir ser socio en la firma en la que trabaja. Es cínico y astuto, por lo que sabe que nada le impedirá ir tras sus objetivos.
Florencia y Keith saben que para alcanzar sus propósitos deberán jugar con sus propias reglas, porque en el juego de la política lo que sobran son los secretos.
La intriga, el misterio, la manipulación, la corrupción, el sexo y el romance serán elementos presentes en este thriller político.

Cambia Mi Suerte (Libro 1)

Samira tiene un sueño por cumplir y hará hasta lo imposible por alcanzarlo, aunque hacerlo, signifique ir en contra de los deseos de su familia y de todas las imposiciones de su cultura.
Renato vive atado a sus demonios personales y cada día lucha por doblegarlos.
Ella es capaz de descifrar las emociones que él intenta ocultar; él anhela la libertad que ve en los ojos de ella.
Ella necesita ayuda con urgencia y solo él puede dársela.

Un encuentro poco convencional los pondrá en el mismo camino y quizá, juntos puedan apostarle a la suerte y cambiar su destino.